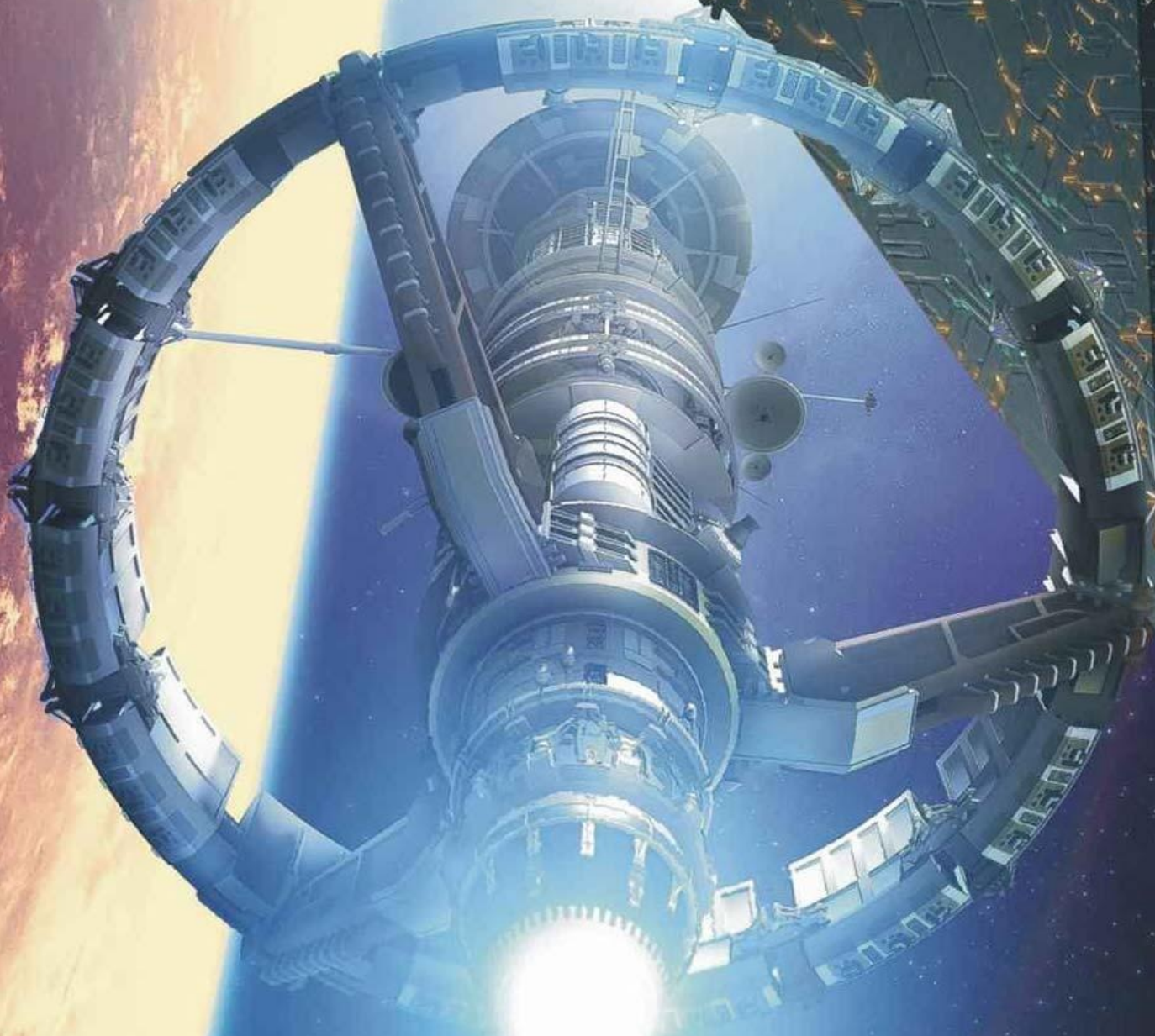


EL

se

ALGORITMO TRINITY



CARTER DAM

Lectulandia

Cuando la *Trinity*, la primera nave tripulada en ruta a Marte, desaparece inexplicablemente a mitad de su travesía espacial, la opinión pública mundial asume con fatalismo que la conquista del planeta rojo tal vez esté más allá de nuestras posibilidades. Tras un duro debate político, el programa espacial queda al borde de su cancelación. Sin embargo, la NASA, bajo la supervisión de la USAF, oculta celosamente la última comunicación de la *Trinity*, efectuada poco antes de perder contacto definitivo con la Tierra. Una poderosa tecnología, procedente de una civilización alienígena, aguarda a la potencia mundial que sea capaz de hacerse con ella. En *El algoritmo Trinity* participaremos en una creciente acumulación de misterios que nos empujarán a leer hasta la última página del libro con la avidez característica a la que su autor nos tiene acostumbrados. El reto de convertir el primer contacto con una inteligencia extraterrestre en una novela que supere a los clásicos del género se salda con una de las obras más sobresalientes de Carter Damon.

Lectulandia

Carter Damon

El algoritmo Trinity

ePub r1.0

Titivillus 06.02.2018

Título original: *El algoritmo Trinity*

Carter Damon, 2018

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

Parte 1

LA TRINITY

Capítulo 1

Ed Kersey alargó la mano hacia su móvil. Vibraba, insistente y sin piedad. Dos y media de la madrugada. Acababa de ser despertado de un profundo sueño, un estado que rara vez alcanzaba en los últimos tiempos. Se sentía tan agotado que ni siquiera logró enfadarse. Últimamente le costaba dormir más de cuatro horas seguidas, el trabajo le imponía un ritmo que a duras penas sobrellevaba. Las largas jornadas laborales se acumulaban, el cansancio hacía mella y perdía lucidez, pero cuando necesitaba descansar no conseguía librarse de la intranquilidad que lo asediaba.

La tenue pantalla en penumbras facilitó que finalmente pudiera activar la llamada entrante. Gruñó. Estaba aún demasiado conmocionado para intentar saludar. Era un móvil sin identificar en su lista de contactos.

—Es preciso que revisemos los cálculos de nuevo, Ed.

Una voz pronunció las palabras que provocaron una aceleración en los latidos de su corazón. ¡Había sucedido algo! Aquellas palabras significaban mucho más de lo que simplemente decían. Era un mensaje que tenía acordado con Boyce en caso de que surgieran problemas.

Ed murmuró unas excusas y se despidió torpemente. Margaret se quejó desde su lado de la cama. La había despertado. Ahora eso le daba igual. Respiró largamente para sosegar. Pensó lo que haría a continuación. Lo que tanto había temido parecía que iba a ocurrir finalmente.

¿Sería el fin de la NASA... y seguramente de su carrera? No podía evitar ser fatalista, de la misma manera que no le sorprendía demasiado que finalmente se hubiera producido un incidente grave. Resignado se puso en pie.

En silencio, lentamente, se dirigió al vestidor. Eligió un traje azul marino, camisa blanca, corbata oscura. Se afeitó. Pese a ser de madrugada, el día que despertaba sería largo e intenso. No había hecho más que empezar. Se preguntaba cómo se habría desencadenado la crisis.

Boyce y él habían previsto una eventualidad así. Habían decidido tener una señal clave, un mensaje de apariencia intrascendente, para alertarse discretamente, caso de que ocurriera un acontecimiento crítico, sin levantar sospechas. Era una forma de ganar tiempo. Las presiones habían sido enormes. Desde que la *Trinity* había sido lanzada al espacio, la *United States Air Force* había desarrollado un especial interés por la misma, del todo incomprensible. No había precedentes de ninguna intromisión similar del ejército en la Agencia Espacial. Inicialmente él, como jefe de vuelo, se había tomado a broma la insistencia del gabinete del ejército del aire por supervisar la misión. El primer sobresalto surgió cuando la Casa Blanca autorizó un mandato especial de la USAF con plenos poderes sobre la NASA. ¿Qué sucedía para despertar ese interés inusitado? El Pentágono había metido su hocico por todas partes. Incordiaban, especialmente el coronel Lionel Martin. Aquel odioso oficial...

Atravesó con su berlina las desérticas calles de Houston. Las luces de los semáforos le saludaban indiferentes y Ed conducía sin prisas. ¿Le seguían? Posiblemente. De lo que si estaban convencidos, tanto él como Boyce, era que sus líneas telefónicas estaban intervenidas. Un estúpido error, el asunto Merrickson, los había delatado. ¿Qué pintaba el ejército en la primera misión tripulada a Marte? Era difícil de definir... era como si supieran que algo iba a pasar. El pesimismo de los últimos meses parecía a punto de confirmarse.

* * *

Cuando Ed entró en la denominada «sala azul» del centro de control de misiones, situada en el Centro Espacial Johnson de la NASA, todos los operarios de guardia le saludaron expectantes. El semblante de Boyce, un hombre de color de mediana edad, de barriga oronda y mirada apacible, era todo un poema. Se acercó a él presuroso. Ed le interrogó con la mirada.

—No está todo perdido aún, Ed. Ha empezado a suceder hace dos horas... La *Trinity* se está desviando de su curso. Al principio pensábamos que se trataba de un error de las lecturas, pero hemos contrastado la señal con todas las estaciones disponibles. Si no se corrige... el objetivo de llegar a Marte, incluso de regresar a la Tierra, puede estar en peligro.

Ed se atusó los cabellos de la sien mientras pensaba. Preguntó lo obvio.

—¿Habéis enviado señal de comunicación a la *Trinity*?

Boyce asintió.

—Por supuesto. Le informamos del problema. Tardará unos minutos en llegar el aviso. Activará las alarmas pero... resulta extraño que no se hayan percatado de lo que sucede. —Ambos dirigieron la mirada hacia un pequeño panel digital que contabilizaba el periodo que tardaban en comunicarse con la astronave.

En la *Trinity* sería de madrugada. Descansarían. No habría nadie en la sala de mando. ¿Cuál podría ser la causa de la desviación? ¿Una fuga de combustible que, guardado a presión, actuaría como un propelente si se liberaba al espacio?

—¿El Hubble?

—Sí... ya cursamos petición tanto al observatorio espacial como a Hawái. Tal vez se pueda determinar la causa.

El sonido de la sala de control era una amalgama de murmullos, algunas toses, y el zumbido de los equipos informáticos. Ed miró los enormes paneles informativos que brindaban información general de la misión. Uno de ellos mostraba la línea de la trayectoria prevista de la *Trinity* en color verde y la actual trayectoria de la astronave en una línea de un color rojo chillón y parpadeante que provocó en Ed un profundo malestar.

—Quiero ver las últimas horas de vídeo de la tripulación...

—Por supuesto, Ed... vamos a la sala privada. Allí podremos ver la videograbación y debatir.

—Después nos reunimos todos los jefes de sección, —anunció Ed para que todos lo oyeran.

—Están todos en camino, menos Lance, que ya está aquí.

Cuando se hallaban cerca de la sala, Ed detuvo a Boyce.

—Hay algo que no entiendo, Boyce... ¿por qué diablos no han saltado las alarmas en la *Trinity*? ¿No son capaces de corregir el rumbo?

Boyce negó con la cabeza.

—Los chicos y yo no entendemos lo que sucede, —respondió su colega abrumado.

La sala de reuniones se iluminó con una luz blanca y fuerte, que resultaba desagradable por el contraste con la luminosidad mortecina de la sala de control de la que procedían. Boyce se apresuró a disponer en la gran pantalla que presidía la pared del fondo el vídeo solicitado por su jefe. Tras breves segundos, la pantalla se subdividió en gran número de paneles cada uno de los cuales mostraba imágenes de distintos espacios de la *Trinity*. Casi todos permanecían vacíos y muchos a oscuras. En esos casos estaba activada la visión de infrarrojos. Ed no tardó en seleccionar la cocina-comedor. Una amplia mesa redonda en su centro estaba rodeada por los cuatro miembros de la tripulación. Conversaban animadamente. Boyce subió el audio. Bromeaban.

Ed sintió como el sudor resbalaba por sus sienes, por la espalda, mojando su camisa. La tensión era enorme. Aquellas imágenes no revelaban nada. Douglas Sanders, el comandante, pelo cano, al igual que sus cejas, hablaba gesticulando y con efusividad. Era un entusiasta y necesitaba demostrarlo cuando se expresaba. Irradiaba empatía e ilusión de forma tan intensa que a veces a Ed le resultaba infantil. Pero su ausencia de malicia lograba aglutinar a la gente tras él. Un líder nato y jefe científico de la expedición. Kilkenny era el ingeniero. El más capacitado para determinar lo que pudiera estar ocurriendo en ese momento a la *Trinity*, pero permanecía callado la mayor parte del tiempo. No era muy hablador, pero ocasionalmente soltaba comentarios socarrones que hacían reír a todos. Susan Pérez era la bióloga. Se empeñaba en discutir con Douglas sobre cuestiones bizantinas entablando largas disputas, intensas, pero nunca violentas dialécticamente hablando, que aunque no servían para nada, bastaban para reafirmar la autoridad de cada cual en su campo. El teniente Rogers procedía del ejército y era el operador de vuelo. Su carácter era el más reservado de todos. Comedido, evitaba disputas, y siempre buscaba con la mirada a Douglas. La disciplina militar no había abandonado a aquel hombre de carrera pese a los años que llevaba en la NASA.

—Están hablando de banalidades... —murmuró Ed al cabo de varios minutos de paciente observación.

—Ya te dije que no tenemos nada.

—Convoca a los demás —concluyó Ed apesadumbrado.

* * *

Eran cinco en total los sentados alrededor de la enorme mesa de reuniones. Junto a Boyce se hallaba el jefe de control de vuelo, Lance Chapman, un hombre joven de pelo revuelto y rizado, de gafas de pasta oscura, que habitualmente se afeitaba cada dos o tres días. El trabajo lo ocupaba de tal manera que su aspecto se resentía. Vestía de forma informal y era nervioso por naturaleza. Ed notaba desde su asiento cómo las piernas de Lance bailoteaban en todo momento bajo la mesa. Más allá Stephen Hirston, jefe de comunicaciones, parecía ser la antítesis del joven barbudo. Veterano sexagenario, de mandíbula cuadrada y mirada firme. Su vocación por el trabajo le llevaba a tomarse pocas cosas a broma, y resultaba extraordinariamente difícil verlo sonreír, siquiera en los momentos más brillantes de una misión, cuando una crisis se resolvía con éxito. Lucinda Graves era la jefa de informática. Una mujer joven y menuda, de pelo corto que caía lacio hasta un poco por encima de los hombros. Siempre iba levemente maquillada, era de voz aguda y su forma de expresarse resultaba comedida. Todo el software de la *Trinity* estaba supervisado por su equipo.

Stephen fue el primero en solicitar la palabra, incluso antes de que Ed pudiera decir nada. Tan pronto se sentó explicó lo que consideraba era máxima prioridad.

—Tenemos escasa media hora adicional, Ed... después de eso la desviación afectará al rango de orientación de la antena de comunicaciones de travesía. Es muy posible que perdamos la señal de la *Trinity*. Nunca se tuvo previsto que la *Trinity* mantuviera una trayectoria perpendicular a la Tierra durante el trayecto a Marte... el margen de giro de la antena no va a dar tanto de sí.

Ed golpeó con furia ambas palmas contra la mesa. Era un detalle importante. La antena principal se reservaba para la órbita marciana. Era arriesgado desplegarla en la ruta espacial a Marte. Así que la antena de comunicaciones utilizada durante la travesía, menos potente, tenía también su limitación en cuanto a las direcciones a las que podía dirigir su señal. Hasta la fecha había contenido su frustración... pero la llegada de nuevas malas noticias lo alteró.

—¿No hay previsto ningún protocolo para algo así?

—La reorientación manual. Implica un paseo espacial y aflojar los soportes de la antena. Es un trabajo sofisticado pero puede hacerse. Es una emergencia que está contemplada en nuestros protocolos... pero... llevará horas.

Todos se quedaron en silencio. Ed dirigió la mirada a Lucinda.

—No hay nada, Ed, que explique una alteración de la ruta a través del software. Los chicos están revisando rutina a rutina si se nos ha escapado algo. Si pudiera tratarse de sabotaje lo descubriremos...

—¿Qué otras explicaciones tenemos para esto?

—Lo obvio es una fuga —explicó Chapman—. Sin embargo ese hecho habría disparado varias alarmas... no solo una. Habríamos recibido aviso de la *Trinity* al poco de observar la desviación... Es algo por completo incomprensible. Si ese fuera el caso un telescopio de infrarrojos debería detectarlo... He solicitado a los chicos del Spitzer su ayuda.

Las palabras de Lance finalizaron sin que nadie replicara nada.

—Bien... bien... hemos dicho lo obvio. Ahora hace falta que pensemos en otras posibilidades... por absurdas que nos parezcan —sugirió Ed.

Boyce suspiró.

—Se me ocurre una completamente disparatada... ¿Si fuera la tripulación la que ha alterado el rumbo? —Elucubró el propio Boyce, aunque Ed sospechó que, al igual que le sucedía a él mismo, no descartaba esa posibilidad en absoluto. El piloto era un oficial de la USAF.

—¿Sin comunicarlo a Houston? —intervino Lucinda—. Absurdo por completo.

—Imaginemos que ha sido el operador de vuelo. Lo ha hecho a propósito... ha saboteado los sistemas de alarma y no ha comunicado nada a nadie... —insistió Boyce.

—Pero eso es... completamente disparatado. ¿A dónde se dirige la *Trinity* exactamente ahora, Lance? —preguntó Stephen escandalizado por valorar esa opción.

—A ningún sitio... quiero decir... no hay nada ahí fuera... ¿Al cinturón de asteroides? ¿A Júpiter? Sea cual sea el destino alternativo si no se ciñen a la misión... están muertos.

Todos callaron de nuevo, hasta que finalmente Stephen preguntó a Ed.

—¿Qué vamos a hacer Ed? ¿Qué vas a hacer ahora?

Ed asintió. Sí, tenía que mover ficha.

—Informaré al administrador de la NASA... pero la verdad... me gustaría tener algo... una explicación... vamos a parecer unos niños asustados que no saben resolver un problema... quiero esperar un poco... quiero hablar con la *Trinity*, ¡ya!

* * *

El grupo regresó a la sala azul. La sección de comunicaciones estaba distribuida a lo largo de una mesa con tres operadores, frente a los cuales diversas pantallas monitorizaban multitud de sistemas. Ed indicó uno de los mismos y el operador hizo que apareciera en la pantalla principal de la sala. Todos los presentes la miraron expectantes. Era un reloj con una cuenta atrás.

—Señoras y caballeros. Ese es el tiempo que nos queda. Una vez agotado, las probabilidades de volver a contactar con la *Trinity* se reducen drásticamente. Si alguien tiene una idea de lo que está pasando diferente de las que hayan comentado con sus jefes respectivos, este es el momento de hablar.

Pero nadie repuso nada. El desconcierto era absoluto.

—Imágenes del Hubble en pantalla, —cantó uno de los operadores.

Inmediatamente uno de los monitores mostró una imagen difusa. Era apenas un punto metálico brillante.

—No hay activación de propulsores... —comentó Eddie en voz baja, aunque con el silencio reinante todos en la sala lo oyeron—. También podría bastar con que hubieran permanecido encendidos unos segundos...

—¡Rápido! —Interrumpió Ed— ¿Qué pasa con el Spitzer? Los infrarrojos nos dirían si esos motores se han encendido recientemente.

Boyce dijo que se ocuparía él. Inmediatamente tomó su móvil y marcó una numeración automática. Se alejó del grupo mientras conversaba precipitadamente.

Los minutos se hicieron eternos. Algunos «bips» de los sistemas informáticos que testeaban sensores o mediciones, se convertían en sonidos terribles para los nervios de Ed. Era consciente que su futuro dependía de lo que aconteciera en ese momento. Daba igual si tenía la culpa o no. Su cabeza se iba a servir en bandeja de plata.

Ed necesitaba desahogarse, poner las ideas en claro. Le hizo un gesto a Boyce para que le siguiera y avisó a Lance para que los llamaran desde que hubiera cualquier novedad.

Estaban solos de nuevo en la sala de juntas.

—¿Qué vas a hacer, Ed?... Tienes que avisar a Charles...

Ed sacudió la cabeza.

—Todavía no. Tengo que ofrecerle al menos a él una oportunidad de salvar el cuello.

—Lionel irá a por nosotros.

Ed sintió una corriente de afinidad con Boyce. Ambos estaban embarcados en el mismo navío, ese que Lionel Martin quería hacer naufragar a toda costa. ¿Por qué la USAF quería el dominio absoluto sobre la *Trinity*?

—Maldito Lionel... Hay algo en todo esto, Boyce, que no acabo de comprender.

—Es como si lo supieran, o lo esperaran... ¿crees que puede ser algún tipo de sabotaje?

—A veces lo creo... pero ¿qué sentido tendría? Vamos a Marte... no hay nada allí que explique este afán.

—Tomar el control de la NASA... ¿te parece un trofeo suficiente?

—Aún así... no será tan fácil.

Ambos se quedaron callados, en silencio.

—¿Recuerdas el asunto Merrickson?

—Sí, claro. Cuando descubrimos que Lionel nos espiaba. —Ambos sonrieron al recordar la anécdota—. Bromeábamos con las posibilidades que tenía aquel candidato, Randell Merrickson de obtener la plaza para la misión... y hablando por teléfono, se te ocurrió decir que tenía un pasado anarquista... Recuerda lo que nos reíamos de aquella camiseta antisistema que él llevaba a todos lados y que había comprado en un mercadillo hippy, sin saber lo que quería decir realmente. Al día

siguiente apareció un informe objetando su candidatura... ¡hasta nos llamó el mismísimo administrador para descartarlo!

—Y después el cabrón de Lionel presumía de que no interferiría en el proceso de selección...

—Más vale que nunca se entere de esto.

Boyce miró a Ed, que tenía la vista fija en el techo.

—Lionel siempre ha ido por ti. No sé lo que quiere... ¿tu puesto? No está capacitado. Pero no me dirás que no parece un perro de presa al que le han dado un señuelo. Siempre hemos creído que era un pájaro de mal agüero...

—Sí, lo sé, lo sé... y nunca he entendido esa fijación, ni conmigo ni con esta misión, Boyce... no lo entiendo. Lo que sí sé es que si no retomamos el control de la *Trinity* esto se va a convertir en un infierno... Boyce... —Ed retomó la conversación. Iba a expresar en voz alta una intuición—. Lionel ha estado esperando una crisis para hacerse con el mando. Ahora lo va a tener en bandeja.

Pero no terminó la pregunta. Lance asomó la cabeza por la puerta.

—El Spitzer... ¡lo tenemos!

Jefe de misión y ayudante corrieron tras el ingeniero de control de vuelo, justo a tiempo para ver cómo, en una de las enormes pantallas denominada panel dos, se aclaraba una imagen oscura con escasos puntos brillantes de color rojo. Alguien marcaba con un puntero el área en la que debía hallarse la *Trinity*.

—Nada anormal... —musitó Ed.

—No han activado ninguno de los propulsores principales —Lance se explicaba con entusiasmo—. No se trata de ninguna maniobra imprevista, ni de ningún fallo informático que haya activado algún propulsor de maniobras. Tampoco puede deberse a una fuga de combustible. La temperatura a la que se encuentra almacenado crearía una nube o una estela con un contraste nítido. Esas imágenes descartan muchas conjeturas... —concluyó lentamente mientras su voz se apagaba.

—Sí... pero hace que nos preguntemos qué demonios está pasando ahí arriba. Si no son ellos los que voluntariamente o por accidente, están alterando el rumbo de la *Trinity*... ¿qué o cómo está provocando esa desviación? —Ed se frotaba la barbilla con fuerza, como si quisiera que la tensión que acumulaba fuera capaz de resolver aquel enigma irresoluble.

Se llevó la mano al bolsillo de la chaqueta. Consideró marcar el teléfono de Charles, el administrador de la NASA... Pensó en lo que iba a decirle. Cómo empezar a explicar aquello.

Si hubiera algún dato más... Ed Kersey rezó por primera vez en mucho tiempo.

—¡Comunicación entrante de la *Trinity*!

El grito lo dio un operador de comunicaciones, un hombre maduro, calvo, que captó la atención de todos. Trasladó la imagen de vídeo al panel tres, el gran monitor que ocupaba el frente izquierdo de la gran sala de control.

La imagen borrosa del capitán de la *Trinity* apareció ante ellos. Se desdibujaba, como si sufriera muchas interferencias. Apenas tenía color. Era un contraste extraño. Acostumbrados a los vídeos de alta definición que se recibían, con imágenes de una nitidez absoluta, aquella señal parecía proveniente de un lugar remoto, como si la enorme distancia debilitara notablemente la señal.

—Houston. Aquí la *Trinity*. —La voz del comandante sonaba cansada. Su aspecto parecía envejecido, como si una intensa preocupación hubiera desfigurado su semblante. Su voz llegaba entrecortada y el vídeo alternaba imágenes borrosas con interrupciones frecuentes, de estática estridente—. Hemos sufrido... averías... que se han producido... desviado de nuestra trayectoria... Alteraciones en el programa... Kilkenny... recuperar el control... Potencia de transmisión... Impide emitir y recibir... Estamos preocupados... arrastrados por un objeto masivo... Un enorme... masivo... Rumbo es de colisión... Repito, hemos sido... Imposible... Cambio y corto.

Ed no tardó en tomar la palabra según cesó la transmisión.

—Señor Hirston... —A Ed le gustaba referirse con el apelativo de señor al *veterano* del equipo, le confería solemnidad y evitaba frivolidades que sabía que el jefe de comunicaciones no toleraría.

—La señal ha tardado seis minutos, treinta segundos en llegar a nosotros, —informó Stephen—. Imposible mejorarla —dijo anticipándose a las preguntas de su superior—. No se trata de un fallo de recepción. Está emitida en condiciones adversas. La orientación de la antena no es causa suficiente... y creo que existen dificultades adicionales, posiblemente algún campo electromagnético está interfiriendo la señal. Sí. La orientación incorrecta no explica tantos fallos.

—Lance... —Ed bajó la cabeza y se frotó la frente mientras hablaba, con el índice y el pulgar... los ojos cerrados, concentrado, recordaba cada una de las palabras del comandante de la *Trinity* como si hubieran sido grabadas en su piel—. Hablan de rumbo de colisión... y dice un par de veces la palabra masivo... ¿De qué coño están hablando? ¿Qué hay ahí fuera?

Pero Lance se encogió de hombros.

—No hay nada Ed. Mira las pantallas. Tenemos imágenes del Hubble en el espectro visible e infrarrojos del Spitzer. Estamos hablando del barrio en el que vivimos. No puede haber algo tan cercano a la Tierra que no hayamos visto, Ed. Sencillamente es imposible.

Ed suspiró.

—¿Arecibo?

—Estamos en ello —replicó uno de los operadores de Stephen.

Ed asintió.

—Necesito que lo calcules. Dónde y qué masa debe tener un objeto para provocar la alteración del rumbo que ha sufrido la *Trinity*. Por Dios... han hablado de rumbo de colisión. Debe ser algo que ellos están viendo.

Ed pensó en muchas cosas, pero cada segundo contaba. Su mensaje tardaría seis minutos y treinta segundos en recibirse en la *Trinity* y otros tantos en el retorno de una respuesta. Pensó en la baja calidad de las comunicaciones.

—Stephen, mensaje de texto. Quiero asegurarme de que reciben nuestras comunicaciones.

Stephen indicó con un gesto que estaba listo.

—*Trinity*, no podemos ver hacia dónde os dirigís, ese objeto masivo del que habláis. Necesitamos información, todo lo que nos puedan enviar. Lo necesitamos para establecer un rumbo que evite la colisión y os traiga de regreso. La señal de comunicación es pésima. ¿Cuál es la causa? Fin de mensaje.

El operador indicó que enviaba el mensaje varias veces.

Un reloj de cuenta atrás se activó. Indicaba el periodo de tiempo que transcurriría para que la *Trinity* recibiera el mensaje, respondiera y Houston recibiera el mensaje. A partir de ese momento se abría una ventana de posibilidades. Podían retrasarse en la respuesta segundos, minutos... o tal vez no tuvieran nuevas señales.

Ed sudaba. La tensión de la responsabilidad lo atenazaba. El protocolo era claro. En una incidencia grave, como era el caso, el enlace de la USAF debía ser alertado, al igual que su superior en la NASA. Siendo él director de misión, solo rendía cuentas al Administrador. No tenía miedo a Charles, eran viejos amigos. A quién temía era a Lionel Martin. ¿Cómo utilizaría la USAF el incidente?

«Dios mío... ¿cómo vamos a salir de esta?».

Ed sentía sobre sus hombros un peso enorme. Todos aquellos hombres y mujeres que le rodeaban le miraban de reojo de vez en cuando. Él era el pilar, lo percibía. Mantendría el aplomo. «Lo que deba suceder que suceda».

* * *

El reloj finalizó la cuenta atrás... y había seguido contando minutos. Había sido media hora de sufrimiento. Ed sintió una punzada en el pecho. Le costó respirar un momento. Era la pura agonía.

Al cabo de tanto tiempo de espera el desánimo cundía. Una operadora no pudo evitar un largo suspiro, un llanto contenido. El compañero cercano le apretó el antebrazo en señal de empatía. Todos compartían el mismo dolor.

—¡Nuevo mensaje! ¡La *Trinity* vuelve a transmitir!

Ed tragó saliva. La pantalla número tres volvió a reproducir imágenes distorsionadas. El comandante Sanders reaparecía. Esta vez con el traje de astronauta puesto, salvo la escafandra. Parecía a punto de partir en un paseo espacial.

—Hemos abordado... Gigantesca... Creo que impiden... interferencias electromag... estaremos incomunicados el tiempo que... La apertura no representa... Iremos... Esto es increíble... No hay nada por... Temer... —La expresión de Sanders, intentando sonreír, no resultó tranquilizadora. ¿Qué estaba pasando allí? Ed

estuvo a punto de levantar la palma de la mano para contener aquella decisión que parecía precipitada. Era absurdo. ¿Por qué no aguardaban órdenes? Estaban incomunicados... sin embargo podían transmitir... No tenía sentido. Después de una larga interferencia y nieve estática la pantalla mostró al teniente Rogers.

—Me quedo...

Se interrumpió el mensaje.

—¡Mierda! —El grito de furia de Ed provocó un silencio sepulcral a su alrededor. La rabia hizo que sus rostro enrojeciera—. ¡Pantallas uno y dos, con el Hubble y el Spitzer!... ¿cómo es posible que no veamos nada? Se están refiriendo a un objeto masivo al que se plantean abordar... ¡Debería estar allí!

Ed prorrumpió en una sarta de maldiciones que atemorizaron al personal, pero necesitaba desahogarse. Cuando terminó musitó un tibio «perdón» y buscó con la mirada a Boyce.

—¡Arecibo señor! —cantó otro operador—. Envío señal a la pantalla dos.

Allí estaba la *Trinity*. Una mancha blancuzca, punteada, sobre un fondo negro oscuro. Era una imagen sucia, ampliada, de una señal de radio rebotada, básicamente un radar, pero la información que transmitía era nítida. La *Trinity* estaba sola en mitad del espacio sideral. Nada a su alrededor.

El desconcierto era total. Alguien dijo «imposible» en voz baja pero todos guardaron silencio. Transcurrieron minutos, que sumados, se convirtió en una larga hora de espera. Cuando se aproximaba la segunda hora de tensión sin tener nuevas noticias, Ed sentía que su paciencia se agotaba. Intercambiaba miradas con Boyce, que más prudente, le sugería liberar su responsabilidad.

—El protocolo, señor... —murmuró tímidamente Boyce cuando aguardar más tiempo ya parecía injustificado.

—Sí, cumpliré el protocolo aunque sea lo último que haga en esta puta noche.

Se dirigió a su despacho. «Primero el jefe». Sus manos temblaron mientras manejaba el smartphone.

—¿Qué sucede Ed?

La voz de Charles sonaba clara.

—Problemas graves con la *Trinity*. Se ha desviado de su curso, no recibe nuestra señal y parece que van a abordar un objeto masivo que tal vez haya sido el causante de su desviación.

—¿Quieres decir... algo como un planeta?

Ed bufó.

—No tenemos ni idea, señor. Ni el Hubble, ni el Spitzer, ni Arecibo detectan nada.

—Voy para allá.

Ahora llegaba la llamada más difícil.

—¿Coronel Martin? —interrogó Ed cuando verificó que se recibía la llamada.

—Sí, me dirijo hacia allí. Llego en quince minutos.

Ed colgó. Ya lo sabían. Estaban siendo monitorizados, espiados, vigilados. ¿Por qué? ¿Qué sabía el ejército en relación a esa misión que desde el primer día habían vigilado hasta el pormenor más insignificante como si les fuera la vida en ello?

Ed se derrumbó sobre su mullido sillón giratorio. Se preguntó si tal vez estaba viviendo sus últimos minutos de trabajo en aquel despacho. Libros, fotos, títulos que llenaban las paredes... Se imaginó cargándolos en una caja de cartón... Sus ojos se humedecieron. ¿Cómo se lo explicaría a su mujer? Tal vez esa jubilación soñada en un estado del sur no podría ser. No sabía en qué condiciones iba a quedar fuera de la NASA. Charles era un buen amigo... pero siempre se necesita un cabeza de turco, ¿verdad?

No, él no era un agente de contrainteligencia. La misión no solo lo había acaparado por completo, lo había consumido. No había tenido energías para enfrentarse a Lionel Martin y su ejército, nunca mejor dicho, de técnicos militares que todo lo anotaban, fotografiaban, investigaban. Una injerencia permanente y provocativa, Lionel nunca pedía nada por favor, que había erosionado su resistencia y su carácter. Se había resentido incluso en su forma de ser, resignado a ser vigilado como si no pudiera confiarse en él, como si fuera el principal sospechoso de no sabía qué crimen. Y ahora sucedía eso... algo completamente imprevisto. Lionel se lo había advertido con una cantinela cruel; «Señor Kersey, el objeto de su trabajo es estar preparado para lo imprevisto». Pero, ¿quién podía prever algo así?

Ed miraba el minuterero del reloj de su despacho. Lionel ya no tardaría mucho en presentarse allí. Era el tiburón que olía sangre.

Boyce irrumpió de nuevo sacándole de su ensimismamiento.

—¡Nuevo mensaje!

Ed corrió tras él. Repentinamente había vuelto a la vida. El pasillo era corto pero oía la voz del comandante Sanders, entrecortada, saludando de nuevo a la Tierra.

—¡Hemos estado allí! Envío... Grabada de vídeo. Envío... vídeo... Grabación. Repito... nivel uno... rango... Nivel... uno... —El comandante repetía incesantemente rango y nivel como un mantra. Ed comprendió de inmediato lo que sucedía. El comandante Sanders enviaba una grabación, solo visible por personal de rango uno. Quería asegurarse de que no había errores. Aún así el código de transmisión una vez activado establecía un protocolo de encriptado que solo las personas con ese rango serían capaces de desbloquear. Es decir, el mensaje se dirigía específicamente a él, como jefe de misión, al administrador de la NASA, y el presidente de la nación y sus asesores directos. Ni siquiera Lionel podría verlo.

—Pasa el archivo a mi ordenador, —murmuró Ed al operador—. Allí tengo las claves para el desencriptado.

Ed pudo sentir las miradas de todos clavadas en su espalda mientras se dirigía a su despacho. Ya no sentía presión. La suerte estaba echada. Cerró con llave. No quería que Lionel le interrumpiera. Se demostró una decisión correcta. Según se sentó frente al escritorio segundos después, alguien intentó entrar en la habitación. La

manilla giró con fuerza varias veces. Después se oyó una discusión. Seguramente Boyce explicaba al insidioso coronel que no disponía del rango suficiente para visionar el mensaje. «Muy bien Boyce», se dijo Ed, y sonrió. Al menos se apuntaba en su haber la victoria en esa pequeña batalla.

Por fin encontró en el manual de claves el código que se le solicitaba para el visionado del vídeo. Sus manos temblaban mientras pasaba las páginas. El código era diferente según día, hora y minuto. Se oía un tumulto de pasos en el pasillo que conducía a la sala de control. ¿Llegaba Lionel con personal del ejército dispuesto a asumir el mando? Aquella había sido una de sus monsergas más habituales, soltadas como veladas amenazas cada vez que la misión llegaba a un punto crítico. Sí... en breve él y su equipo serían desalojados de allí.

«Céntrate Ed».

Las primeras imágenes ofrecían una panorámica del destino al que se habían dirigido. Ed quedó sin aliento. Comprendió de pronto cuál podía ser el interés militar por seguir de cerca la misión. ¿Cómo podían conocer la existencia de... eso?

El plano cambiaba y la secuencia de imágenes que seguían era completamente distinta. Se trataba de una grabación realizada en un recinto diferente por completo al de la *Trinity*, con el que tan bien familiarizado estaba Ed. Pasillos oscuros iluminados por una linterna que se movía rítmica y caóticamente en diferentes direcciones. La luz revelaba una fisonomía arquitectónica por completo diferente a la *Trinity*, una manufactura distinta, extraña... alienígena, pensó por último excitado. No sabía quién grababa. Tras un largo minuto, se alcanzaba una gran sala semicircular que mantenía una gigantesca claraboya en su techo. La imagen fugaz de la *Trinity*, suspendida pequeña y lejana en el cielo justo encima del astronauta que portaba la cámara le impresionó.

Pero la grabación continuaba. La cámara enfocó a los dos compañeros de expedición. Se hallaban junto a lo que parecía ser una extensa consola de mandos, que en forma de media luna, se extendía a lo largo de varios metros. Su estética fusiforme le resultaba desagradable. Ed apretó las mandíbulas. La expectación era mayúscula. No sabía qué iba a contemplar pero la intuición le preparaba para algo terrible.

Dedujo que los allí presentes debían tratarse del comandante Sanders, la bióloga Pérez y el ingeniero Kilkenny. El teniente Rogers había dado a entender que se quedaba en la *Trinity*, recordó.

El astronauta que estaba grabando se acercó a la pareja. Habían manipulado algunos controles. Un monitor de gran tamaño, que sobresalía en un ángulo de treinta grados sobre la superficie del panel de control se encendió. Junto a él la mesa iluminó una serie de mandos virtuales, que brillaban con una luz fluorescente. Parecían imágenes tridimensionales. «Un holograma fantástico», dijo Sanders, cuya voz resultó claramente reconocible. Ed sufrió un primer sobresaltó cuando creyó entender lo que estaba viendo. La imagen había mostrado con toda claridad algo que resultaba

increíble. Ed apretó las manos en los respectivos reposabrazos de su sillón. Acababa de ver lo imposible.

* * *

Alguien llamaba con insistencia a la puerta. Pero Ed aún no se había repuesto.

Había contemplado el vídeo hasta el final y había repetido el último minuto varias veces. Se sentía extraordinariamente confundido. Debía llamar a... Tobías... pero eso implicaba saltarse el protocolo. Daba igual el protocolo... era necesario hablar con él... él debía entender lo que había visto. Resultaba incomprensible... la única manera de explicar aquello era... absurda. La física decía que sencillamente aquello era imposible.

Golpeaban la puerta con más fuerza. La iban a echar abajo.

Una indiferencia absoluta respecto a su propio futuro lo inundó repentinamente de paz. Aquello era mucho más grande que él mismo. Escapaba a su control... y a su simple comprensión. Después de horas de terrible angustia, la idea del destierro al que sería sometido parecía que ya no podría hacerle mella. Sonríó, melancólico. Sí, aquello le superaba. Llamaban de nuevo, con brutalidad. Seguramente fuera Lionel con una orden de destitución... Si no abría pronto echarían la puerta abajo.

Tomó el móvil y buscó el número de Tobías...

Dudó una vez más.

Sí... quizás pudiera hacerse las cosas bien siguiendo el protocolo. Al menos, si no rompía las reglas, tendría una oportunidad.

Finalmente marcó el número de Charles, y mientras esperaba tono, remitió el archivo por conducto seguro al administrador, eliminando la copia de su disco duro.

No permitiría que Lionel viera aquello. Al menos nadie le quitaría ese triunfo.

Capítulo 2

El comandante Douglas Sanders bromeaba con la tripulación mientras cenaban. Su humor era excelente. Todo marchaba según lo previsto, y aunque después de varios meses de viaje la tripulación de la *Trinity* empezaba sentirse harta los unos de los otros, él seguía siendo el que más empeño ponía en mantener el espíritu del grupo animado. Su sentido del humor provocaba especialmente a Susan, la bióloga, que le tachaba de ingenuo y cabezota cada vez que se enredaban en discusiones tan bizantinas como divertidas sobre cuestiones ajenas por completo a la misión.

Ninguno de sus tres compañeros figuraba para el comandante como conflictivo o problemático, y a pesar de la larga y estrecha convivencia a la que se veían sometidos, rara vez habían aflorado roces o discrepancias entre ellos.

El ingeniero, Kilkenny, era reservado en comparación con él mismo, mucho más extrovertido y campechano, pero afortunadamente sus frases socarronas e irónicas eran una buena válvula de escape que evitaba que se acumularan resentimientos en su interior. El teniente Rogers le resultaba más problemático. Rara vez reía y casi siempre le tomaba en serio por más que le incitase a bromear. A Susan era fácil tirarle de la lengua, y a menudo lo hacía, pues era la más charlatana de todos y Douglas odiaba los silencios largos y prolongados.

—Teniente Rogers, —dijo en un momento dado Douglas, después de que la conversación hubiera languidecido en los últimos minutos—, Houston ha supervisado las últimas analíticas de sangre... había olvidado comentárselo... y se ha detectado un alto contenido de testosterona en sus resultados. Supongo que sabe lo que significa eso, ¿verdad?

El comandante mantenía su mirada fija en el plato de comida en el que hundía una cuchara con indiferencia. Linton Rogers sin embargo se quedó con el tenedor que sostenía un trozo de filete a mitad de camino de su boca.

—No, señor, —replicó con cierta preocupación mientras devolvía el bocado a su plato.

—Debería usted cuidar sus hábitos sexuales...

Esta vez el teniente tosió. Un leve rubor enrojeció sus sienes.

—No entiendo a qué se refiere señor...

—Bueno, ya somos adultos y no me quiero meter en sus asuntos personales...

Linton carraspeó.

—Señor... —parecía absolutamente azorado.

—No seas ingenuo Linton, —regañó Susan—. El comandante está tomándote el pelo otra vez... ¿no sabes que cuanto más serio parece es cuando más peligroso resulta?

Aaron Kilkenny protestó.

—¡Aguafiestas! Con la buena pinta que estaba tomando esto... ¿No te das cuenta que iba a insinuar que tú y el teniente estabais enrollados?

Rogers dibujó una leve sonrisa en sus labios y volvió al punto donde había dejado de comer.

—No seas ingenuo, Aaron, —le recriminó el comandante—. Con quien iba a sugerir que mantenía un idilio era contigo.

Susan hizo un gesto, asqueada.

—¡Qué ganas tengo de llegar a Marte de una vez! A ver si hay manera de que algún día de estos os dejéis de comportar como estúpidos adolescentes...

Y dicho esto se levantó y se dirigió a su camarote mientras se despedía de todos con un simple «buenas noches». Fue después de un largo minuto que Aaron rompió el silencio.

—Y bueno, comandante, ¿cómo va su misión de conquistar a la marciana? Se percibe mucha tensión emocional pero parece que no acaba de concretar la jugada...

—Aaron sabía donde pinchar a su jefe de misión.

Douglas rio de buena gana.

—Me río, señor Kilkenny, porque sus palabras delatan su profundo desconocimiento de cómo se entabla el flirteo amoroso, y a lo que a usted le parece tensión emocional, no es sino la evidencia del puro impulso contenido, que por razones obvias de pudor, no puede mostrarse efusiva y espontáneamente delante de caballeros ajenos a esta relación. —Al comandante le encantaba dar a sus respuestas irónicas un aire teatral.

Aaron se rio a su vez mientras el teniente sonreía aún más abiertamente.

—Caballeros, feliz descanso. Mañana nos espera otra estupenda jornada de rutina espacial, —se despidió el comandante, de excelente ánimo.

* * *

Aaron dormía pocas horas, y era precisamente antes de acostarse, cuando se dedicaba a realizar una última comprobación de sistemas de ingeniería de la *Trinity*. Revisar que todo marchaba correctamente contribuía a mitigar la sensación de claustrofobia que le producía su encierro en la astronave. Había comprobado que a menudo, cuando le costaba dormirse, que su mente se entretenía en todo tipo de cábalas en relación a la seguridad de la *Trinity*. O incluso peor, se daba cuenta de que una mente ociosa fácilmente elucubraba sobre los aspectos de la vida en la *Trinity* que le incomodaban, lo cual derivaba en una cierta predisposición a adoptar actitudes negativas. Su psicóloga de preparación del viaje se lo había advertido. La mejor rutina era mantener la mente concentrada previamente al dormir. Le ayudaba a mantener una sana disciplina emocional.

Por ejemplo, la preferencia del comandante por Susan a veces le hacía descubrir un trato de favor hacia ella que en ocasiones le resultaba irritante, muy irritante.

Cuando sucedía, se daba cuenta que era incapaz de apartar esa idea de la cabeza, hasta que de tanto considerarla, una y otra vez, llegaba a sentirse enfadado. Era un sentimiento que no solía exteriorizar, pero le provocaba un sufrimiento interior desagradable que ensombrecía su ánimo. Muchas veces sus sarcasmos eran la forma humorística e inocua de liberar su enojo. En ocasiones comprendía que se había pasado de la raya con sus comentarios agudos, cuando era demasiado tarde, pero el comandante no cesaba de mostrar un excelente estado de ánimo y parecía invulnerable a las indirectas y chascarrillos que él largaba con su afilada lengua. Mejor así, concluía resignado.

El firmamento estrellado resultaba impresionante aunque Aaron ya estaba acostumbrado a él. El puente de mando, al que se desplazó el ingeniero a fin de verificar los sistemas principales, se situaba en la zona de sombra de la *Trinity*, en el extremo delantero del cilindro central que constituía la *Trinity*. Era una de las escasas zonas habitables donde no se generaba gravedad artificial, como así sucedía en el anillo del módulo vital, donde se hallaban la mayoría de las dependencias habitables, y cuya fuerza centrífuga de rotación brindaba una cómoda normalidad. Aaron completó su protocolo en pocos minutos. Como otras veces buscó su destino entre la miríada de puntos titilantes que tenía ante sí. Allí, delante de ellos, cada día más distinguible con su pálido brillo rojo, se encontraba Marte.

Sin embargo, cuando en esta ocasión Aaron dirigió su mirada hacia el planeta rojo, su corazón dio un brinco inesperado por la sorpresa. No lo encontró dónde esperaba hallarlo, cada día un poco más cerca del centro del campo de visión del puente. Aaron juraría que Marte se había desplazado levemente respecto a su posición habitual, en la dirección contraria a la esperada, y aquello era absolutamente imposible.

La *Trinity* no iba en línea recta al encuentro de Marte. Dos objetos en movimiento, como eran la astronave y el planeta, debían encontrarse en un punto de intersección que se hallaba por delante de ambos. Por esa razón Marte no era un punto fijo al que se dirigían, como si apuntaran por la mirilla de un rifle, sino un blanco que lentamente iba poniéndose delante de ellos. Cuando apareciera cercano e impresionante, justo frente a la *Trinity*, sería el momento crítico de la interceptación, puesta en órbita y amortizaje.

Así que Marte, minuto a minuto, se desplazaba milimétricamente de derecha a izquierda en su horizonte y, grado a grado, se iba acercando imperceptiblemente a la posición central de la claraboya del puente de mando.

Menos en ese día y en ese momento. Aaron estaba seguro de que estaba viendo Marte ligeramente más a la derecha que la última vez que lo había observado. Sabía que no podía ser cierto... pero una rara sensación lo incomodaba.

«No puede ser, sencillamente es imposible», se dijo a sí mismo, tranquilizador.

Se retiró a su pequeño camarote a descansar. Se iba a desvestirse cuando comprendió que sería absolutamente imposible relajar su mente con semejante duda

rondando la cabeza.

Mientras volvía al puente se detuvo. «Es imposible». Sonrió. «Habrían saltado multitud de alarmas, de sistemas... sería una verdadera emergencia». Giró para volverse a su dormitorio y estaba a punto de entrar en el mismo cuando volvió a detenerse.

«Eres un auténtico cretino Aaron Kilkenny, vete y compruébalo con tus propios ojos que todo está bien, porque si no lo ves no te lo vas a creer».

Una vez en el puente, sentado en su puesto, empezó a realizar comprobaciones sencillas pero que podrían implicar una alteración accidental del rumbo. «Depósitos de combustible, correcto, temperatura de colectores, correcto... así que no hay fugas, ningún motor se ha encendido accidentalmente... Nivel de oxígeno y reservas correctas. No hay descenso de presión atmosférica. Y es evidente que nada nos ha golpeado violentamente haciéndonos girar caóticamente por el espacio. Así que todo está bien... pero para que te quedes tranquilo de verdad voy a verificar la carta de navegación, rumbo y posición...».

Entonces Aaron sí que sufrió un sobresalto. La pantalla en la que dispuso la trayectoria de la *Trinity* mostraba una evidente desviación del rumbo.

—Pero... ¡cómo!

Debería haber llamado al comandante, pero se quedó tan perplejo al ver aquello que simplemente no dio crédito a lo que mostraba el panel. Trasladó la imagen a la pantalla principal que ocupaba gran parte de uno de los extremos de la cabina de mando.

—¿Cómo es posible que estemos aquí? ¿Será un error? —preguntó en voz alta, hablando consigo mismo y enfadándose a medida que surgían nuevos interrogantes.

Activó el monitor de navegación y dispuso de diversas fotografías del paisaje estelar. Por paralaje podría determinar su posición exacta. Los cálculos los resolvió el ordenador rápidamente. La posición desviada de la *Trinity* respecto a su trayectoria era un hecho.

Aaron suspiró preocupado. Una desagradable sensación le inundaba. ¿Era miedo aquello? No, era algo peor. Se preguntaba qué estaba sucediendo sin hallar respuesta. Un ingeniero, si ve un problema que comprende, puede buscar soluciones, echar mano de su imaginación y conocimientos y resolver la situación. Pero el hecho de ignorar por completo qué sucedía le daba náuseas.

Otra pregunta surgió con fuerza. ¿Por qué los sistemas de navegación no habían alertado de una circunstancia tan grave? Era completamente incomprensible.

Pasaron largos minutos sin que la mente de Aaron hallara explicación al misterio. Derrotado, activó la comunicación desde su pantalla con el camarote del comandante.

—Señor... venga al puente. Es grave.

* * *

La inquietud cundía en la tripulación. Douglas Sanders era plenamente consciente de que a medida que llegaban malas noticias todos acrecentaban su nerviosismo. No había explicación plausible.

—Confirmado comandante —no tenemos comunicación—. Es incomprensible. He compensado la dirección de la antena. Ninguno de nuestros mensajes ha recibido acuse de recibo. Houston no nos escucha... pero los sistemas parece que están bien... —Linton, como tripulante con formación militar y en activo, solía ser el más ecuánime de todos, pero hasta él se mostraba desconcertado.

Llevaban quince minutos en la cabina de mando revisando todos los controles sin hallar explicación a lo que sucedía. Douglas decidió que era necesario cambiar el escenario y regresar a un lugar con gravedad donde pudieran sentirse más cómodos.

—Vamos al comedor. Nos sentamos y pensamos bien el siguiente paso a dar. Aquí ya no hay nada más que hacer.

Pero en el comedor nadie pareció tener ninguna idea brillante. ¿Por qué esa desviación de quince grados respecto a la trayectoria? ¿Por qué falló el programa de alerta?

—Aaron, lo único que se me ocurre es revisar el programa... detectar por qué se ha omitido esta alarma... Debe existir un fallo, es obvio. Tal vez si damos con la clave de ese error también encontremos la explicación de la desviación.

El ingeniero asintió. Era un trabajo que no le apetecía en absoluto. Era como buscar una aguja en un pajar. Empezaría por los algoritmos críticos e iría descendiendo de nivel.

—Por la razón que sea nuestra señal ordinaria de comunicación está bloqueada. Todo indica que somos capaces de transmitir... pero ignoro la causa por la que la señal no llega. Se me ocurren dos opciones. Primera, revisar la antena físicamente. Eso implica un paseo espacial. Susan me acompañará. También he considerado la opción de transmitir con la antena de emisiones seguras.

—¿El canal de máxima seguridad? —preguntó el teniente Rogers.

—Sí, no perdemos nada por intentarlo.

—En la Tierra deben saberlo ya... —comentó Aaron al cabo de unos segundos—. Han debido observar la desviación de la trayectoria... Seguramente están intentando comunicarse con nosotros. Es como si estuviésemos aislados electromagnéticamente...

—Pero no tenemos ningún indicio de que ningún campo esté operando sobre nosotros, ¿verdad? —Preguntó Susan. Aaron y Linton cruzaron una mirada entre ellos y sin decir palabra echaron a correr de nuevo hacia el puente de mando.

Pero Douglas detuvo a Susan, que iba ir tras ellos, con una señal de la mano, y le indicó que le siguiera. Buscó en sus bolsillos y extrajo un pequeño alfiler de metal.

—Es del pin que llevo siempre puesto. Se me rompió. Observa.

Douglas frotó con fuerza la aguja contra la manga de su uniforme espacial.

Tomó un vaso, lo llenó de agua y depositó sobre la misma un tapón de plástico al que incorporó la aguja que acababa de magnetizar. El tapón se quedó flotando sobre el agua, impulsado originalmente por los dedos del comandante, pero en pocos segundos la aguja giraba claramente en una dirección hacia la cual se quedaba apuntando.

Douglas suspiró. Susan empezó a exclamar algo, pero su sorpresa también fue mayúscula.

—¿Te has fijado dónde está el sol? —murmuró Susan, incrédula.

Se sentaron en la mesa principal mientras seguían observando su brújula casera. De vez en cuando Douglas alteraba su posición para comprobar que la aguja regresaba a su orientación original.

Las voces de Aaron y Linton regresaban por el pasillo. Comentaban lo infructuoso de su búsqueda.

—Nada, señor... —indicó Rogers mientras se sentaba. Los indicadores no muestran nada especial. Era una conjetura absurda...

—¡Calla! —Le interrumpió el ingeniero—. ¿Qué significa eso? —Aaron había reparado en la brújula casera que había elaborado el comandante. La movió con su dedo índice para comprobar que volvía a indicar el norte una y otra vez.

—¡Es imposible! —exclamó—. Estamos en mitad del espacio... en el sistema solar la aguja debería seguir el campo magnético del sol... debería estar alineada con ese campo. El sol no está donde apunta esa brújula casera. Obviamente la *Trinity* no puede ser... ¿Qué hay ahí fuera capaz de algo así? Yo os lo diré... ¡Nada!

—¿Seguro que no hay nada? —Cuestionó el comandante—. ¿Seguro? ¿Lo dices porque así lo indican unos sensores que parecen estar fallando estrepitosamente?

Los cuatro se quedaron en silencio.

Después fue el propio Aaron el que hizo la siguiente deducción.

—Estamos girando en un módulo habitable, pero es cierto que nuestra posición respecto al sol es la misma. La aguja busca el norte...

—Es decir, debe estar delante de nosotros... —concluyó Susan.

Nadie replicó.

—Sin embargo desde el puente de mando no se aprecia nada... También es cierto que no tenemos una visión completa de lo que hay ante nosotros.

—Así es comandante. Habría que ir al hangar del módulo de amortizaje... introducirnos en el módulo y abrir la barriga de la *Trinity*. Desde allí completaremos la visión frontal del puente.

El comandante asintió solemne.

—Susan y yo vamos al módulo. Mantened los comunicadores en abierto. Iremos sin traje espacial para no perder una hora... y no me miréis así. Al diablo con el protocolo ahora. Cuando estemos en el módulo de amortizaje, con las puertas selladas, os avisaré para la apertura de la bóveda de carga.

Se pusieron manos a la obra. Susan y Douglas abandonaron la cabina y cruzaron los departamentos modulares del cilindro central de la nave. Una vez llegaron flotando al otro extremo, abrieron una compuerta circular. Un hálito de aire helado los saludó. El comandante Sanders solicitó por radio a Aaron Kilkenny que encendiera las luminarias de la bóveda. Ante ellos se iluminó un pasillo estrecho que descendía hasta llegar a una doble puerta de descompresión. Apoyándose en una serie de sujeciones dispersas por la pared llegaron hasta la doble puerta que accedía a la bodega de carga. En la sala intermedia entre ambas compuertas se calzaron unas botas magnéticas apresuradamente y con ellas se desplazaron torpemente en dirección a la puerta tras la cual se alojaba el *Fram*, la nave con la cual estaba previsto descender hasta el planeta rojo. Había sido bautizado con el mismo nombre del barco que había llevado a Amundsen a la Antártida cuando conquistó el polo sur. El comandante tuvo un mal presentimiento mientras se dirigían a la zona de anclaje del *Fram*. Tal vez nunca abordarían con ese módulo al planeta rojo.

La *Fram* permanecía intacta, anclada en el techo de la bóveda, pero ingrátida, dado que se hallaba en el cilindro central de la *Trinity*. Subieron por una de las paredes.

—Hace un frío terrible, —comentó Susan con voz temblorosa. No habían tenido tiempo de abrigarse y la bodega de carga mantenía los calefactores habitualmente desconectados para no malgastar energía.

—En el interior del *Fram* encenderemos la calefacción, —prometió el comandante.

Una vez en lo que era el techo, caminaron hacia la escalerilla que accedía a la pequeña nave espacial. Abrieron la esclusa sin dificultad y se adentraron en el módulo de amortizaje. Cuando cerraron la doble puerta tras ellos, Susan comprobó los cierres e hizo una señal a Douglas confirmando que el sellado era correcto.

—Aquí el comandante Sanders. Señor Kilkenny, proceda a abrir la bóveda de carga. Apertura total. —Estaban en una situación anómala, que podía derivar en crítica. Posiblemente aquellas conversaciones que mantenían entre ellos fueran escuchadas una y otra vez por los asesores de la NASA en el futuro. Douglas sentía esa responsabilidad sobre sus hombros y cada palabra que decía la sopesaba cuidadosamente.

Susan y Douglas ocuparon los asientos de piloto y copiloto mientras la bóveda iba deshojándose ante ellos, mostrando la negrura de un firmamento impenetrable.

—«Fuera luces», —comentó Aaron por el intercomunicador.

Sus pupilas se adaptaron poco a poco a la oscuridad total que surgía ante ellos. Lentamente el espacio fue llenándose de una miríada de estrellas. La estructura de la *Trinity* los protegía del sol.

—Debería estar ahí delante... —comentó el comandante.

—No se ve nada —replicó la bióloga mientras escudriñaba un cielo repleto de estrellas.

—Quizás está demasiado lejos... Está claro que carece de brillo alguno. Si no veríamos algo.

—Tendría que ser un objeto enorme... un asteroide del tamaño de Ceres como mínimo... y aún así reflejaría luz.

—A no ser que sea algo completamente distinto Susan... —murmuró el comandante, en un tono que daba a pensar que hablaba para sí.

Douglas Sanders se empezaba a preocupar. Desviados de su trayectoria y sin posibilidad de comunicarse con la Tierra, dos ingredientes de una situación diabólica. Se imaginaba que en Houston, en la sala azul de mando, estarían tirándose de los pelos, observando su desviación y preguntándose si había sucedido algún percance. «También ellos obtendrán sus conclusiones, y deducirán con facilidad que no se trata de un accidente ni de una maniobra de la *Trinity*».

Pasaron largos minutos en silencio durante los cuales Susan y Douglas examinaron el cielo ante ellos, dividiéndose la tarea en cuadrantes que escudriñaban detenidamente.

Douglas estaba por sentenciar con un «imposible» la inutilidad de su esfuerzo, cuando la voz de Aaron resonó inesperadamente en sus auriculares.

—Lo tengo... Comandante, es increíble lo que he encontrado. Chicos, venid todos para acá. Vais a alucinar. Os cierro las compuertas y recupero presión para que podáis abandonar la *Fram*.

—Va a pasar unos minutos antes de que podamos llegar, Aaron... Cuéntanos de qué va esto...

Aaron tardó en replicar. Todos aguardaron a su respuesta.

—Esto va de sabotaje, comandante.

* * *

Sentados alrededor de la mesa de la sala de reuniones, una pequeña estancia del módulo vital rotatorio en la que se disponía de grandes monitores así como de cómodos asientos, el comandante obligó a explicar una vez más al ingeniero cómo había llegado a esa preocupante conclusión. Aaron se había armado de paciencia, pero como sus anteriores explicaciones habían resultado precipitadas y poco desarrolladas, el resto de la tripulación, poco versado en temas de programación, había perdido el hilo de su argumento.

—La *Trinity* dispone de un programa central, un algoritmo, que controla e integra cada una de sus funciones, de tal manera que todas ellas están interconectadas. Por ejemplo, si detecta una pérdida de presión la nave procederá a sellar todas las esclusas, pero también su sistema de navegación compensará cualquier desviación que pueda ocasionar la fuga a fin de evitar que, por ejemplo, el impulso propinado por una fuga masiva de gas al espacio, nos hiciera girar como una peonza alejándonos sin remedio de nuestra ruta. ¿Ok?

Todos asintieron.

—Muy bien. Eso es un algoritmo. Un sistema de instrucciones condicionadas a acciones realizadas por los tripulantes, o de reacciones a circunstancias arbitrarias acontecidas ajenas a la voluntad de la tripulación. Obviamente es muy complejo. Millones de líneas de código...

—¿Cómo has encontrado tan fácilmente el error entonces? —preguntó con serenidad el comandante, que aún dudaba del veredicto del ingeniero.

Aaron sonrió y por fin relajó su ímpetu por explicar lo sucedido.

—Porque existe una línea de código extraordinariamente llamativa que establece una serie de prerrogativas extraordinarias... o dicho de otra manera, anula todas las directivas para una situación así.

—¿Qué dice esa línea, Aaron?

—Esa línea dice... —el ingeniero soltó una sonora carcajada—. Perdonad que me ría, pero es que me resulta increíble. Esa línea dice... —y ahora su semblante se volvió extraordinariamente serio—, que cuando la *Trinity* alcance este punto de su navegación, se desactiven los sistemas de alerta por variación de su trayectoria.

Todos se quedaron mudos de asombro.

Roger se incorporó en su asiento. Con los ojos cerrados intentó expresar la idea que encerraba aquella afirmación...

—¿Quieres decir que alguien en la NASA programó la *Trinity* para que cuando llegáramos a esta región del espacio... es decir... sabía que íbamos a ser arrastrados en la dirección en la que vamos?

—Eso mismo digo. —Repuso tajante Aaron, y señaló con energía la enorme pantalla que permanecía iluminada en uno de los murales de la sala de reuniones—. Esa es la línea en cuestión. Deriva el programa a una subrutina que altera todos los sistemas de autorespuesta de la *Trinity*. La han convertido en un zombi.

El comandante se frotó las sienes con las yemas de los dedos.

—Debemos informar a Houston tan pronto restablezcamos comunicación, —comentó pensativo. Después se dirigió hacia su ingeniero—. ¿Se puede deshacer la jugada?

—Es una pregunta interesante. Sí... pero a lo mejor no conviene. Me explico. Si la *Trinity* recupera el control de pronto, observará la anomalía del cambio de trayectoria y querrá corregirla en el acto. La cuestión es si no habrá otras condiciones impuestas que permanecen ocultas y que, caso de que la *Trinity* recupere el control, fuercen los sistemas hasta el punto de sobrecalentarlos... o entrar en conflicto... —Aaron se quedó pensativo un minuto largo mientras cavilaba y todos esperaban pacientes a su dictamen—. Lo más sencillo sería reiniciar el sistema después de borrar ese comando principal. Deberíamos controlar la nave en modo manual... pero yo me pondría los trajes espaciales por si las moscas, —concluyó con voz convencida.

—Un momento. Si eso es cierto... ¿no habría contemplado el saboteador esa posibilidad? ¿Es tan fácil de corregir?

—Todavía no sabemos si el saboteador ha tenido éxito o no —intervino el teniente—. De momento han transcurrido horas en las que la *Trinity* está siguiendo un curso no programado. Está por ver en qué momento recuperamos el control plenamente y cómo nos deja en relación al objetivo de llegar a Marte. —Explicó Linton. Como piloto de la *Trinity* contemplaba otros factores que los demás no sopesaban—. Además... ¿cuál es la fuerza gravitatoria que se está ejerciendo sobre nosotros ahora mismo? Tal vez no sea tan fácil parar y dar media vuelta...

El comandante sacudió la cabeza.

—Eso nos devuelve a la realidad, aquí y ahora, cada segundo cuenta. Vamos a reiniciar el sistema. Todo el mundo con traje espacial y a la cabina de mando.

Veinte minutos más tarde Aaron Kilkenny terminaba de teclear en su consola de la cabina de mando. «Listo», dijo en un suspiró. Nadie gastó ninguna broma. Él era el que solía soltar alguna bufonada de vez en cuando, pero no se sintió con ánimo para ello. Todos permanecían sujetos por sus arneses de seguridad a los asientos de cabina. Se puso los guantes apresuradamente, cerrando los seguros sobre la manga del traje con sonoros chasquidos. Sus compañeros ya se ponían las escafandras. Él hizo otro tanto. Las luces de control advertían que todos los trajes se hallaban correctamente sellados.

—Comandante, la *Trinity* está lista para ser reinicializada. Se ha procedido a depurar el código corrupto. —Su voz le resultó extraña en el interior de su traje espacial presurizado.

—Teniente Rogers. Proceda a apagar el sistema —ordenó el comandante por el intercomunicador.

El teniente levantó una tapa de metal sobre el tablero de su consola. Varias advertencias de texto rojo rodeaban la cerradura que quedó expuesta. Introdujo en la abertura una llave metálica de diseño especial... y la giró.

Las luces se apagaron. No hubo ningún ruido especial, ya que sus escafandras los aislaban del exterior. Toda la cabina se quedó desoladamente a oscuras, salvo la mortecina luz estelar que penetraba por el acristalamiento frontal. Parecían unos náufragos a la deriva en un océano infinito y desconocido.

El comandante tardó largos segundos en dar la siguiente orden.

—Teniente Rogers, reinicie el sistema.

El teniente giró la llave en dirección opuesta y oprimió un botón grueso y verde que se hallaba junto a la llave. De inmediato las luces parpadearon y todos los monitores se iluminaron, indicando con diversos textos los sistemas que estaban reiniciándose. Ante el comandante, una terminal ofreció una alternativa; automático o manual. Pulsó el segundo botón y el proceso de encendido, que se había pausado momentáneamente, prosiguió.

Después de un largo minuto todo había quedado operativo sin mayor dificultad.

—Bien, creo que puedo corregir el rumbo manualmente. Utilizaré la asistencia informática... —comentó Rogers. El comandante asintió mientras observaba como manipulaba la consola que tenía frente a él—. Todo listo. Primero voy a alterar la posición de la *Trinity* para el posterior encendido del motor principal. Con unos minutos de ignición debería ser suficiente para retornar al rumbo establecido.

—Proceda —ordenó el comandante.

Linton Rogers se centró en una de las pantallas que tenía frente a sí. Pulsó varios botones de selección de opciones y finalmente un croquis de la *Trinity* apareció en su pantalla frontal, más ancha y grande. Con la mano enguantada procedió a seleccionar dos motores de escape, situados a babor de la *Trinity*. Ambos quedaron marcados en color verde. Después seleccionó un icono de potencia en el que marcó un nivel cercano al mínimo.

—Procedo a la maniobra primera. Corrección de treinta grados.

Y a continuación el teniente pulsó el botón de ignición. Automáticamente los dos motores seleccionados cambiaron a color rojo. Un mensaje de funcionamiento erróneo ocupó al completo su pantalla.

—No puede ser... —murmuró—. Lo intentaré otra vez.

Linton repitió la maniobra en sucesivos intentos, todos infructuosos. Procedió entonces a utilizar otros motores y después a realizar el cambio de trayectoria con maniobras más complejas. Pero ningún propulsor parecía operativo.

El comandante se cansó de tanto esfuerzo inútil.

—Está bien, ya hemos perdido bastante tiempo. Volvamos a la sala de reuniones. Debemos pensar cuál debe ser el siguiente paso.

* * *

La tripulación estaba desconcertada, pero Douglas Sanders se temía que el desánimo o el miedo cundieran en alguno de ellos.

—El sabotaje es más sofisticado de lo que aparentaba. Me lo temía... —comentó Aaron abatido. Enterró las manos en el pelo lacio y negro de su cabellera y se quedó con la mirada fija en la mesa acristalada de la sala.

—Aún estamos a tiempo de que procedas a revisar el código, borrar líneas con instrucciones extrañas y reiniciar el sistema... tantas veces como sea necesario, —indicó Douglas—. Mientras tanto tenemos que seguir avanzando. Es perentorio comunicarnos con la Tierra. Deben estar preocupados. Se me ha ocurrido que no solo debemos reorientar la antena, pues seguramente ya estaremos fuera de la cobertura prevista, sino que vamos a aumentar la potencia de transmisión. Creo recordar que podemos hacerlo desde la cabina...

—Hará falta desconectar los limitadores... pero si hay que dar un paseo espacial para manipular la antena se puede aprovechar y hacerlo. No obstante, tenemos que tener cuidado. Podríamos freír los circuitos.

—Correcto. Iremos subiendo poco a poco la potencia de transmisión. Os quiero a ti y a Linton en el puente. Susan y yo nos vamos fuera.

Nadie rechistó. Cada cual tomó camino dónde era requerido.

* * *

—¿A qué crees que obedece todo esto, Douglas? —preguntó Susan.

Se hallaban en la cabina de trajes espaciales. Junto a ellos se encontraba la esclusa para paseos extravehiculares. Ambos se habían quedado en ropa interior y procedían a vestirse con las diferentes capas de ropa, si bien el traje era mucho más ceñido y ligero que los empleados por la NASA durante el siglo xx. De momento tenían gravedad artificial, pero tan pronto quisieran abrir la primera esclusa, para pasar a la cabina de descompresión, el anillo de la *Trinity* detendría su giro y quedarían ingravidos.

—No lo sé, Susan. No tengo ni idea. No se me ocurre cómo puede haberse producido un fallo de seguridad tan grave.

Terminaron de vestirse, en silencio, nerviosos. Cada uno revisó los cierres de su compañero y finalmente procedieron a detener el giro del módulo de la esclusa exterior. Lentamente empezaron a flotar. Se habían aferrado a distintas sujeciones de acero dispuestas junto a la puerta. El comandante procedió a abrir la primera esclusa. Ambos la cruzaron y esta se cerró a sus espaldas. Un último gesto de aprobación de Susan indicando que todo estaba correcto y Douglas oprimió el botón digital que produjo la salida de aire de la cabina. Un siseo fuerte fue seguido de un silencio absoluto.

—Vamos allá, —murmuró el comandante, y oprimió el mando de la puerta exterior.

Una negrura abismal los recibió. Flotando ante ese vacío Susan no pudo evitar una intensa sensación de vértigo. Era muy diferente de las prácticas que había realizado en la Estación Espacial, siempre con la luminosa y azulada Tierra refulgiendo bajo sus botas. Ahora se hallaban en mitad de ningún sitio. Ninguna estrella parecía lo suficientemente cercana. Ningún planeta azul y luminoso, ni satélite gris y ceniciento, nada distinguible se presentaba ante ella para brindarle un saludo tranquilizador.

El comandante sujetó su arnés de seguridad con un cable y el otro extremo lo enganchó a un tubo de acero en el exterior de la *Trinity*. Susan esperó a que el comandante saliera para proceder de igual forma. Siempre avanzarían sujetos por el arnés. Cuando llegaban a un punto donde el tubo de acero que servía de conexión segura terminaba, tomaban otro cable de seguridad, se enlazaban con el siguiente tubo, y una vez afianzados, liberaban el primero.

El comandante podía oír la respiración agitada de Susan en su intercomunicador.

—Relájate Susan. Tenemos tiempo de sobra, no hay prisa... precisamente aquí no tenemos ninguna prisa...

—Lo sé... lo sé... —repuso la chica con voz entrecortada.

Llegaron a la parte de la *Trinity* iluminada por el sol. El comandante Sanders activó el protector visual de su casco y lo mismo hizo Susan. Ahora sus rostros permanecían ocultos.

—Allí —señaló el comandante a Susan. La antena de la *Trinity* se erguía como una estatua abstracta sobre el casco pulido de la astronave.

—Aaron, ¿me recibes? Estamos aproximándonos a la antena. Explícame cómo proceder.

El ingeniero explicó al comandante los registros que debía abrir. Para ello contaba con una serie de llaves especiales incluidas en un pequeño bolsillo del muslo del pantalón. No le resultó complicado hacerlo. A continuación debió proceder a anular los disyuntores, cuestión que resolvió fácilmente.

—Desbloquear el ángulo de giro de la antena puede resultar más difícil —comentó Aaron—. Es algo que los ingenieros de la NASA nunca previeron. Una estructura fija siempre es mucho más segura que una móvil, sobre todo teniendo en cuenta las fuerzas a las que se ve sometida...

—Vamos al grano, Aaron.

—Creo que lo más sencillo será que desatornilles la base de la estructura. Es hexagonal. Con que la dejes sujeta con un único punto atornillado será suficiente... me imagino. Debes ser capaz de hacerla girar entonces diez grados a la izquierda del eje central de la *Trinity*. En ese momento puedes aplicar varios remaches para dejarla fija. Eso debería llevar la antena a su posición correcta.

—¿Has dicho «me imagino»? —interrogó el comandante que no se esperaba un escenario de probabilidades.

—Bueno, señor Sanders... la *Trinity* está llena de sorpresas —replicó el ingeniero, socarrón.

Susan le acercó el desatornillador, un voluminoso aparato, que el comandante aplicó, uno a uno, a los tornillos que le había indicado Aaron. En el último simplemente desatornilló levemente a fin de poder desmovilizar la pequeña estructura de la antena. No resultó difícil y Susan le ayudó a calcular la posición exacta de la nueva posición conforme las instrucciones de Aaron. Una vez determinada procedieron a aplicar remaches en varios puntos. No sería difícil volver a retirarlos más adelante.

De pronto el comandante se llevó una sorpresa. Uno de los parches metálicos, que no había llegado a utilizar y que había dejado flotando a su lado, salió despedido y empezó a alejarse de ellos. Primero levemente... después más rápido.

—¡Caramba! —exclamó sorprendido Douglas.

—Comandante... ¿sabe lo que significa eso? —Susan estaba comprendiendo algo que al comandante se le había pasado por alto en un primer momento. Pero

rápidamente lo entendió. Tomó otro parche de la bolsa de su cinturón, lo soltó frente a él, y de nuevo empezó a alejarse de ellos, primero levemente, después se perdió de vista por la parte delantera de la nave.

—Rogers, aquí el comandante. La *Trinity* está experimentando una deceleración. ¡Compruébelo!

—Si señor... es cierto... —respondió displicente el teniente que estaba comprobando la información en su consola—. Pero si fuera así les recomiendo que se introduzcan en la *Trinity* cuanto antes. Puede ser muy peligroso permanecer ahí fuera, señor.

Douglas Sanders se inclinaba hacia el suelo, dispuesto a iniciar el camino de regreso a través de las secciones de tubería que recorrían la superficie de la *Trinity*, cuando observó que Susan se había quedado completamente parada. Miraba algo que estaba más allá.

—Susan... ¿a qué espera?

—Debe ver esto, señor —fue la respuesta de la bióloga.

El comandante se incorporó y miró en la dirección en la que oteaba Susan. Era ligeramente a la derecha, mirando en dirección al morro de la *Trinity*. Al principio no distinguía nada pero cuando sus ojos se esforzaron, una silueta oscura, sin brillo, pareció revelarse contra la oscuridad del cosmos.

—¿Qué es eso?

—Yo diría que es un octaedro de dimensiones colosales.

—¿Un octaedro?... —El comandante escrutó la silueta. Poco a poco, gracias a las estrellas que iba ocultando la misteriosa figura, se delineaban los contornos de una figura octaédrica. Dos pirámides, base contra base, cuyas caras triangulares no eran equiláteras, conformaban un octaedro alargado, negro como el azabache, absolutamente impenetrable a la vista, indistinguible si no fuera por el fondo estrellado que delineaba su enigmática presencia.

—Ya hemos visto suficiente Susan. Regresemos al interior. Puede ser peligroso permanecer aquí.

* * *

—¿Qué sucede exactamente? ¿Por qué deceleramos? —Preguntó el comandante según se reincorporaba a la cabina de mando seguido de Susan.

—Es esa cosa, señor —respondió Linton—. Nos estamos acercando a ella y frenando a la vez. De momento la deceleración es leve, pero aconsejo que tomen asiento y se sujeten con los cinturones. Intuyó que la deceleración va a crecer de forma geométrica y es posible que alcancemos varios *gs*...

—¿Cree que nos vamos a detener junto a ese...?

—Junto al *Octaedro*, sí. Me temo que así es.

—Muy bien. Cerremos todas las compuertas interiores. También quiero detener el giro de los módulos.

—Cierre de compuertas activado. Detengo el giro de los módulos habitables, señor. —El teniente Rogers actuó como un resorte. Parecía que aguardaba esas órdenes.

—Dios bendito... y sin comunicación con la Tierra. Vamos a probar la antena antes de que sea demasiado tarde... Dele máxima potencia sin que ese chisme arda, señor Kilkenny —solicitó el comandante.

—Toda suya, —replicó el aludido.

El comandante Sanders se aclaró la voz.

—Houston. Aquí la *Trinity*. Repito. Aquí la nave espacial *Trinity*. Hemos sufrido varias averías que nos obligan a pensar que se ha producido sabotaje. Nos hemos desviado de nuestra trayectoria hacia Marte. No sabemos cuando se produjo la desviación. Fallaron todos los sistemas de alerta y hemos detectado alteraciones en el programa principal. El ingeniero Kilkenny está intentando recuperar el control. Hemos procedido a reorientar la antena y aumentado su potencia de transmisión porque algo nos impide emitir y recibir señal correctamente. Estamos preocupados. Nos encontramos arrastrados por un objeto masivo. Se trata de un enorme *Octaedro*. Un objeto masivo, claramente artificial. No disponemos de instrumental capaz de analizar de qué está hecho. El rumbo es de colisión pero sospechamos que vamos a decelerar hasta detenernos junto a él. Repito, hemos sido atrapados por lo que parece ser una nave que denominamos *Octaedro*. Imposible obtener imagen del mismo. Cambio y corto.

El comandante suspiró cuando terminó su transmisión.

—¿Llegará? —preguntó.

Aaron sacudió la cabeza en señal de dudas.

—Dios mío... ¿Qué será lo que nos ha atrapado? —preguntó Susan, evidentemente asustada.

—Bueno... está claro que debemos prepararnos para mantener contacto con otros seres inteligentes. Madre mía... Nunca pensé que fuera de esta manera —comentó Aaron hablando para sí mismo.

—Tengo muchas dudas de si esto es realmente un primer contacto o qué es. —El comandante fruncía el ceño preocupado—. ¿No os dais cuenta? La *Trinity* ha sido manipulada desde Tierra para llegar a este punto. Allí ya sabían dónde querían llevarnos.

—Eso quiere decir... —continuó Susan—, que ya sabían de la existencia del *Octaedro*. Entonces ¿hemos venido sin invitación? Sin embargo, está claro que esa nave nos ha capturado de alguna forma, con una tecnología que no comprendemos.

—Tal vez se trate de un sistema automático... una especie de aterrizaje dirigido por control remoto y completamente automatizado —explicó Linton.

—Algo se nos escapa. —dijo tranquilo el comandante después de un rato en silencio—. La Tierra no podía estar al tanto de esa tecnología. Se supone que somos los primeros humanos en abandonar el sistema Tierra-Luna. Nadie había estado antes aquí ni sabía lo que ese *Octaedro* era capaz de hacer.

—Y otra cuestión —terció el teniente—. Si apenas se puede distinguir esa figura, estando relativamente cerca, ¿cómo es posible descubrir el *Octaedro* desde la Tierra? Fijaos. Tengo la cámara de proa fija en él. Por más que cambie el sistema de visión; infrarrojos, ultravioletas, óptica —dijo mientras cambiaba el espectro de la cámara sucesivamente activando un botón digital—... es completamente indistinguible. ¿De qué diablos está hecho ese artefacto? Es prácticamente invisible.

Se quedaron en silencio.

—¿Lo notáis? —Aaron se referían al aumento de la presión de los arneses.

—Colocad los asientos en posición correcta. Esto se va a ir poniendo cada vez más interesante.

Todos giraron sus asientos y los anclaron, en dirección contraria al morro de la astronave. Frente a ellos los monitores fijos en el techo les brindaban la información dispuesta en la consola principal de mando.

—Cero coma cinco *gs*... y aumentando, —cantó el teniente.

—Un *g*.

Susan se rebulló en el asiento.

—La deceleración se va hacer dura, damas y caballeros, —comentó Aaron con su voz socarrona—. Recuerdo que la *Trinity* va a veinte mil kilómetros por hora. No sabemos cuál es la velocidad relativa de ese chisme respecto a nosotros. Es imposible saberlo porque ningún instrumento es capaz de obtener ninguna referencia... Pero intuyo que el frenazo va a ser memorable.

—Dos *gs*. —Informó con voz neutra Rogers.

—¿A qué fuerza estuviste sometido durante tu entrenamiento en la fuerza aérea? —Preguntó Susan. Su voz delataba tensión.

—Doce *gs*, —repuso Aaron en lugar del militar. Recordaba perfectamente la cifra de la que el teniente Rogers había presumido en alguna ocasión.

—Sigue subiendo. Me siento como un chicle aplastado por la rueda de un camión. —Comentó Susan.

—Tres *gs*. Intenten relajarse. —Comentó Linton, más tranquilo—. Creo que ya no puedo manipular ningún mando. Estamos a merced del *Octaedro*.

—Pues que sea lo que Dios quiera. —Dijo Susan con miedo.

La presión de la gravedad por la deceleración siguió subiendo. Los tripulantes de la *Trinity* se sentían aplastados contra los respaldos de sus asientos. Aún así no podían evitar gemir por la incomodidad primero y después por el dolor. Después empezó un leve temblequeo, como si toda la nave espacial estuviera sufriendo un terremoto. Algunos objetos cayeron al suelo. La estructura metálica de la *Trinity* gemía con agudos chirridos. En algún sitio lejano se rompió un cristal. No habían tenido tiempo

de seguir el protocolo para una situación de desaceleración, pensó resignado el comandante.

El comandante Sanders no perdía de vista los monitores del techo de cabina. Ninguno brindaba información útil. Ni siquiera la cámara del morro era capaz de desentrañar la figura misteriosa del *Octaedro*. Sabían que estaba allí y que a ella se dirigían. Iban a ser capturados. ¿Por qué o quiénes? Tal vez nunca lo averiguarían. Poco a poco la visión se hacía borrosa. Perdía la percepción del color, su campo visual se reducía. El dolor le impedía pensar. Quería que todo acabase.

El dolor se intensificó. Articulaciones, huesos... parecía sentir cada filamento de su cuerpo. No podía respirar. Le costaba lo indecible no gritar.

—Diez *gs*... —Fue lo último que oyó el comandante.

Capítulo 3

—Estamos en órbita estacionaria en relación al *Octaedro*. Es mucho más grande de lo que pensaba, —informó el teniente Rogers al comandante cuando comprobó que se hallaba razonablemente recuperado.

El teniente Rogers había sido el primero en recobrar el sentido. Verificó que sus compañeros mantenían signos vitales correctos y entonces acudió a la cocina a proveerse de agua fresca. Todos se sentirían exhaustos y la iban a necesitar. Le brindó el primer botellín de líquido al comandante, que lo apuró rápidamente.

—Ha sido... Me siento descoyuntado.

Susan gemía.

—Creo que no puedo moverme... —se quejó con voz lastimera.

—No intentes moverte, Susan. ¿Quieres un poco de agua? —El teniente Rogers le acercó la botella a la boca, ya que ni siquiera podía articular los brazos. Bebió con avidez.

—El señor Kilkenny parece que está sumido en dulces sueños... —comentó el comandante mientras abandonaba el sillón y se volvía hacia el ventanal de la cabina. No veía el *Octaedro*.

—Desde las ventanas de los módulos habitables se observa perfectamente. No he iniciado la rotación de los módulos a la espera de que me lo confirmara. Creo que será mejor estudiar esa estructura antes de hacer nada.

—Bien hecho... Voy para allá, quiero verlo.

Afortunadamente la ingravidez no le obligaba a ejercitar su maltrecho cuerpo, pero incluso los leves movimientos de brazos hacían sufrir sus articulaciones. Se preguntó a que tensión gravitatoria se habían visto sometidos, pero prefirió no saberlo. Lo hecho, hecho estaba.

El tamaño gigantesco del *Octaedro* hacía imposible abarcarlo por completo. Rogers y Douglas se habían desplazado a la sala de comunicaciones, desde la que podían contemplar en los grandes monitores, distintas perspectivas proporcionadas por las cámaras distribuidas en el exterior de la *Trinity*. La gran estructura artificial se extendía ante ellos, ocupando gran parte del espacio visible desde los distintos puntos de observación. Camuflaba su opaca negrura con la del espacio y ni siquiera el sol lograba arrancar un destello, parecía absorber hasta el último fotón. Sus bordes eran aristas perfiladas y en la línea donde se fundían las dos pirámides que conformaban el *Octaedro*, se distinguía, llamativa, una amplia apertura con una única y clara fuente de luz.

—Es una entrada... —murmuró el comandante sorprendido.

—¿Es colosal, verdad? —El teniente se había situado flotando a su lado.

—Podemos ir allí, ¿verdad?

—¿Con el *Fram*? Por supuesto. Si tenemos combustible para amartizar y regresar a la *Trinity*, le puedo asegurar que para un paseo espacial como ese podemos ir y regresar cien veces si quisiéramos.

El comandante asintió.

—¿Qué tal está el señor Kilkenny?

Linton Rogers sonrió.

—Se negó a beber agua. Le tuve que llevar una cerveza bien fría.

Douglas Sanders se quedó mirando largo rato la silueta oscura que parecía pender sobre ellos, amenazadora.

—¡Qué diablos! Vamos allá. Antes quiero transmitir un nuevo mensaje explicando lo que ha sucedido. Aaron se quedará aquí. Y no quiero activar la rotación del módulo vital, así que toda la *Trinity* estará sin gravedad artificial. Si tenemos que acometer una maniobra de emergencia no quiero perder ni un segundo con el protocolo de detención de giro.

* * *

La *Fram* se despegó de la *Trinity* con un movimiento brusco. Linton no estaba acostumbrado aún a la extrema sensibilidad de los mandos y la breve maniobra de separación le pareció más brusca de lo que le habría gustado. Con leves toques en los propulsores laterales compensó el impulso. Ahora la *Trinity* se alejaba de ellos y se empequeñecía, volviéndose su aspecto más frágil. Ante ellos, la silueta indefinida, como una mancha de petróleo, de la figura romboide se erguía amenazadoramente ante su extrema pequeñez.

—Es raro que no haya comité de bienvenida, —comentó Susan a través del intercomunicador, mientras se ajustaba la visera de su casco espacial—. Después de todas las molestias que se han tomado para capturarnos...

Linton maniobró y la *Fram* inició su travesía hacia el *Octaedro*. Dejaron rápidamente atrás a la *Trinity*, y con más lentitud de la esperada, se inició su acercamiento al artefacto.

—Es enorme... —comentó sorprendido el teniente—. Ningún sensor detecta su presencia... y ni siquiera con los láser podemos determinar su posición... pero, la altura del *Octaedro* puede ser de...

—Sí, cientos de kilómetros... tal vez más de mil, —concluyó el comandante, mientras lo observaba acercándose al ventanal frontal. Intentaba delimitar el extremo superior de la estructura, que quedaba ya fuera de su campo visual.

Susan exclamó sorprendida. Desde el asiento de atrás, situado entre el piloto y el copiloto, su visión de la ventana de cabina de vuelo era más limitada, pero cuando la *Fram* se enfrentó hacia la negrura del *Octaedro* no pudo evitar sentir un escalofrío de miedo.

Lentamente la sombra octaédrica iba ocupando todo el campo de visión del *Fram*, que había tomado desde el principio ruta directa hacia la intersección de las dos pirámides. La tenue luz amarillenta que se observaba desde la *Trinity* era ahora claramente visible, un resplandor dorado y cálido en contraste al extraño aspecto y frialdad de la misteriosa estructura.

—¿Qué clase de civilización habrá construido esto? —Se preguntó la bióloga—. ¿Lo notáis? Tenemos gravedad de nuevo. Diría que debe ser muy similar a la terrestre.

El comandante asintió. Era cierto. Levantó su brazo con un ligero esfuerzo. Una gravedad mayor inmediatamente habría requerido más trabajo.

—Inicio maniobra de frenado... El *Octaedro* ejerce gravedad sobre nosotros. Creo que será conveniente examinar qué clase de lugar es al que nos dirigimos.

—Tenemos todo el instrumental científico que pensábamos utilizar en Marte. Nos vendrá de maravilla tenerlo aquí a fin de examinar su atmósfera...

Susan suspiró y no concluyó la frase. La abertura luminosa era cada vez más grande. La misma *Trinity* habría podido entrar con absoluta comodidad por aquel lugar. La *Fram* parecía una diminuta molécula de agua pululando en un inmenso océano.

—Es raro que no hayan venido a interceptarnos... o que no se hayan comunicado con nosotros... —murmuró el comandante.

—Es posible que nos consideren una amenaza —replicó la bióloga—. Tal vez dispongan de sistemas automáticos de protección. Salvo esa luz blanca... parece una estructura por completo muerta, abandonada en mitad del espacio.

—Quizás nos vigila... —comentó esta vez el teniente sin concluir la frase que después apuntilló—. Me refiero, no a nosotros, sino a la Tierra.

—¿Aquí en mitad de ninguna parte? —preguntó el comandante, extrañado.

—Así es. Un francotirador siempre elige un punto alejado y oculto. Lo último que desea es que lo descubran.

Susan rio, nerviosa, pero no comentó la idea que había cruzado por su mente.

La *Fram* se introducía por la abertura del *Octaedro*. Una luz intensa los rodeaba e incluso deslumbraba. El comandante Sanders bajó la visera de su casco pero aunque sus ojos se sintieron más descansados, no pudo discernir nada.

—Estoy pilotando a ciegas, con los retropropulsores disminuyendo potencia...

La *Fram* tocó suelo con una leve sacudida. Todos se sintieron aliviados, pero ninguno se movió.

—He consumido más combustible del que esperaba, señor —informó el teniente con su voz siempre formal—. No pensé que la gravedad fuera tan intensa... no tiene lógica.

—Es verdad, Linton... es similar a la que tenemos en la *Trinity*.

—Sí... —corroboró Douglas—. Es la gravedad de la Tierra. Vamos allá, quiero ver qué es esto y quienes nos esperan ahí fuera.

Cuando abrieron la esclusa no se percibió la habitual sacudida del aire escapando al vacío, pero ninguno de los tres prestó atención a esa circunstancia. Estaban expectantes. ¿Habría alguien al final de la escalerilla para recibirles?

—No hay atmósfera —informó Susan, que había permanecido alerta a los sensores que monitorizaba.

El comandante se asomó y descendió por la escalera. Al pisar el *Octaedro* le invadió una sensación extraña que no pudo identificar. Era Marte lo que pensaba haber hollado un día descendiendo aquella misma pasarela. Ahora llegaban a un lugar inesperado, misterioso, y quien sabía si hostil o no. Una vaga sensación de irrealidad se apoderó de él, como si estuviera soñando todo cuanto acontecía.

Se volvió en distintas direcciones, pero la claridad resultaba cegadora. Únicamente mirando a la gran abertura que daba al espacio exterior, la oscuridad ofrecía un extraño contraste y le recordaba de dónde procedían. «*Trinity*», pensó el comandante deseando poder verla.

Linton y Susan descendieron por la escalerilla y recorrieron el perímetro alrededor de la *Fram*. Fue Susan la que descubrió una gran puerta en lo que parecía ser un inmenso hangar. Hacia ella se dirigieron los tres. Nadie tenía ganas de hablar, pero por los intercomunicadores se notaba la respiración agitada de los astronautas, acelerada más por la emoción que por el esfuerzo.

La puerta era colosal, pero fría, desnuda, un simple «hueco» rectangular realizado sobre una pared lisa, luminosa e inmensa, que se perdía en el horizonte del hangar hasta su mismísimo final, sin ninguna interrupción o relieve. La luz parecía fluir directamente del material que cubría la pared, inundaba el gran hangar, y se radiaba al espacio exterior como un tímido faro en mitad de un océano de aguas oscuras.

Pasillos. Ante ellos un entramado de pasillos como un juego, constituyendo un laberinto de paredes negras, idénticas unas a otras. Fue Susan la que se dio cuenta. Al tocar las paredes, estas se iluminaban con blanco virginal. Comprendieron que a medida que avanzaban su camino quedaba señalizado por el alumbrado que quedaba marcado tras ellos.

Por accidente hicieron un descubrimiento. Linton trastabilló al ir mirando un pasillo lateral que dejaban atrás. Al caer fue a dar contra uno de los paneles en el que se apoyó. Pero al hacer algo de presión sobre su superficie, además de iluminarse, el panel se desplazó. Tras él quedó una abertura de unos dos metros cuadrados, que les permitió observar un complejo sistema de circuitería electrónica, trazada sobre paneles cristalinos de brillos azulados que estaban dispuestos en hileras interminables.

—Frágil y hermoso... —murmuró Susan observando fugaces resplandores azulados que fluían por la superficie de cada cristal.

El panel se cerró al cabo de unos segundos con un movimiento elegante y perfecto. Douglas Sanders quedó intrigado. Resultaba fascinante la visión que acababan de tener de las entrañas del *Octaedro*.

—Esto está plenamente operativo. —Concluyó el comandante Sanders—. Debe haber alguien por aquí controlando todo esto. Vamos a ir con cuidado.

—Ese alguien debe saber con seguridad que estamos aquí... —comentó Susan.

—¿Habéis leído *Veinte mil leguas de viaje submarino*? —preguntó Linton mientras reemprendían la marcha—. Me recuerda al *Nautilus*, un sofisticado submarino en el que su comandante fue a morir solo, episodio que sucede al final de otra novela de Julio Verne, *La isla misteriosa*. —Siguieron caminando un rato más en silencio, después del cual el teniente explicó su conclusión—. Pues bien... no sé por qué tengo esa impresión de que el *Octaedro* es una especie de *Nautilus*... y que tal vez encontremos a un capitán Nemo...

—Esperemos que no... —terció el comandante, al cabo de unos segundos—. El capitán en cuestión era un hombre que vivió para la venganza, destruyendo sin cesar navíos ingleses... Esperemos que este no sea el caso y no nos encontremos con un ermitaño con tendencias misántropas.

Llegaron a un lugar imponente. El pasillo por el que habían avanzado había finalizado súbitamente. Se habían introducido en una sala grande, abovedada, con un gran mirador en el que quedaron sorprendidos al descubrir la insignificancia de la *Trinity*, una pequeña estructura brillante bañada por el sol. Su cubierta irradiaba destellos intensos, como una piedra preciosa al ofrecerse a un potente foco, conforme giraba en torno al *Octaedro*.

La sala permanecía iluminada con una luz mortecina, ideada para favorecer la contemplación del panorama cósmico. Había algo, en su exigua decoración artística, extraña y fría, que incitaba a la solemnidad. Una consola alargada se extendía frente a un mural. El comandante se aproximó e intuitivamente apoyó sus manos enguantadas sobre la superficie. El panel reaccionó a su presencia y se iluminó. Un cristal de color anaranjado cobró vida. Miles de pequeños destellos nacarados recorrieron su superficie y dibujaron en un segundo, mandos, botones, e instrucciones irreconocibles. Incluso el contorno de varias pantallas tridimensionales pero etéreas se dibujó ante ellos. Eran hologramas de una perfección y realismo sorprendentes. Susan pasó su mano a través de los mismos, deshaciendo por un momento el espejismo de su solidez.

—¿Qué significa esto?

El comandante Sanders se refería a una representación tridimensional que mostraba al *Octaedro* flotando en el aire. Junto a él un diminuto punto brillante se asemejaba a la *Trinity*. Pero bastó que señalara con la mano hacia la pequeña nave espacial para que esta se agrandara en un proceso vertiginoso que terminó con la visión completa del interior de la nave espacial. Por un momento dio la impresión de que estaban realmente allí dentro. Después, cuando su visión se acostumbró a la holografía, comprendieron que era una mera representación.

—Solo falta que Aaron aparezca por algún lado... —bromeó Susan, pero con la voz temblorosa por la emoción del descubrimiento.

—Seguramente estará en la cabina de mando... —dijo pensativo el comandante. De nuevo levantó la mano en dirección hacia el puente de mando y la imagen holográfica se deslizó suavemente, como si realmente se desplazaran por el interior de la *Trinity*. Una sensación de mareo provocó que los tres astronautas perdieran su sentido del equilibrio ante el movimiento que percibían a su alrededor, conformen flotaban hacia la cabina de mando. Trastabillaron, confundidos y desorientados, y extendieron los brazos hacia los lados intentando compensar la percepción de que iban a caer.

—¡Aaron! —exclamó Susan.

Estaba ante ellos, sentado en su puesto de copiloto, trabajando sobre su consola. Abstraído por completo. El resto de la tripulación lo observaba entre sorprendidos y divertidos.

—Es en tiempo real. Fijaos en el reloj de vuelo... coincide con el que marca nuestras pulseras —observó Linton. Douglas y Susan comprobaron maravillados que así era.

—Parece que lo podemos tocar... —murmuró el comandante.

—Pero no nos oye... ¿cómo es posible que lo estemos viendo tan claramente? Es como si estuviéramos allí realmente... ¿Qué clase de tecnología tiene este artefacto?

—No lo sé... pero esta posibilidad resulta apabullante... ¿Qué más puede hacerse desde aquí?

Se quedaron un rato observando a su compañero, atónitos. Seguía trabajando concienzudamente, hasta que de pronto sucedió algo extraordinario. Giró bruscamente en su asiento y miró asustado en dirección a la puerta que comunicaba con el pasillo de acceso a las dependencias del cilindro central. Parecía que había oído algo. No oían qué sucedía, pero siguieron a Aaron que se desplazó ingrávido por el cilindro central de la *Trinity*, y después se encaminó, siempre flotando e impulsándose con las manos, al anillo del módulo vital. Descendió por la escalera de mano mientras sus compañeros seguían sus pasos, inmóviles, en la sala del *Octaedro*, preguntándose qué sucedía, asustados por el incomprensible comportamiento del ingeniero.

—La radio... rápido —exclamó el comandante, pero Linton ya estaba en ello.

—¿Aaron Kilkenny? Aquí la *Fram*. ¿Me escuchas?

Pero la comunicación resultaba del todo imposible. Aaron estaba lejos de la cabina donde pudiera oír su señal, si es que llegaba hasta allí. Se movía con cautela. Era obvio que había oído algo dentro de la sección de los camarotes. Aaron gritaba, pero no podían entender ni lo que decía ni qué sucedía. Al llegar a la cocina tomó un cuchillo de cocina que blandía con fuerza.

—¿Qué diablos está pasando ahí? —Douglas Sanders estaba absolutamente perplejo. Pensó en que tal vez deberían regresar de inmediato a la *Trinity*... pero la escena los mantenía a todos hipnotizados. Estaban allí mismo, acompañando a Aaron en un acontecimiento absurdo, increíble, pero aterrador. Aaron estaba asustado. Las

luces del módulo vital se apagaron de pronto. Una sombra se movió. Era Aaron, que abandonaba el lugar, y flotando, trepaba ágilmente por las escalerillas hacia el puente. Regresó a la cabina principal y cerró la puerta tras de él. Sus compañeros atravesaron la recreación holográfica como fantasmas situándose a su lado.

—¿Aaron? ¿Puedes oírme? —El teniente Rogers insistía, frenético, pero aunque Aaron activó el conmutador de radio, no pudieron escuchar su voz. Estaba intentando comunicar con ellos.

—Es inútil señor, la señal está bloqueada...

Todos asintieron.

De pronto la puerta del puente que Aaron había dejado sellada se abrió violentamente. En la holografía todos se giraron asustados en esa dirección, como si realmente compartieran la suerte de su compañero. Aaron esgrimió su cuchillo, con expresión desesperada. El comandante Sanders contemplaba la situación incrédulo, tenso. Susan gritó. El teniente Rogers parecía a punto de saltar. ¿Qué iba a entrar por esa puerta?

La holografía se desvaneció en ese momento. Regresar a la sala del *Octaedro* de golpe resultó un shock para los tres astronautas.

—Debemos regresar cuanto antes...

—Señor, debe ver esto... es... es absolutamente increíble...

El teniente Rogers se había fijado en un monitor menor, que figuraba en el extremo de la consola en la que se encontraba. Se había apoyado y sin querer había activado algo, que al verlo, lo había sorprendido.

Susan y Douglas se arracimaron junto a él.

—Es increíble... —murmuró Susan.

—No puede ser... no puede ser... —dijo el comandante incrédulo al contemplar las imágenes que aparecían ante él.

—Pero si son...

—Sí... es increíble... son ellos...

* * *

El regreso a la *Fram* fue todo lo rápido que sus trajes espaciales les permitían. El temor por lo que pudiera haberle sucedido a Aaron los inquietaba... y asustaba. Además el comandante no daba crédito a lo que había podido grabar con su cámara de la escafandra. Debía retransmitir aquella información. Las imágenes descubiertas por el teniente Rogers resultaban por completo incomprensibles. No tenía capacidad de entender nada, pero tal vez en la Tierra...

El hangar mostraba el mismo aspecto de su llegada. La esclusa de la *Fram* permanecía abierta, tal y como la habían dejado. El comandante se introdujo en primer lugar e inspeccionó el pequeño habitáculo para la tripulación. No observó nada anormal.

El teniente maniobró con prudencia y minutos después la pequeña *Fram* regresaba al encuentro de su nave nodriza. El comandante Sanders apretaba los dientes, lleno de impaciencia que no podía contener. Ocasionalmente hacía llamadas de radio a su ingeniero, pero no había respuesta. Sospechaba que el bloqueo electromagnético era el responsable, pero la duda de que algo malo pudiera haberle pasado a Aaron lo sobrecogía. Rezaba para que caso de que tuviera que ocurrir un incidente desagradable a algún miembro de la expedición, fuera a él. No se perdonaría si sucedía de otro modo.

La entrada en la *Trinity* se realizó con precipitación. Todos estaban nerviosos. Cuando se cerró la esclusa de la nave procedieron a quitarse rápidamente los trajes espaciales, que dejaron abandonados desordenadamente flotando en el aire. Querían encontrar a su compañero cuanto antes. Lo habían visto por última vez en la cabina de mando. Se impulsaron con pericia con las manos a través del módulo habitable aprovechando la ausencia de gravedad. Tomaron la escalerilla que conducía al cilindro central y de ahí, ingrávidos, avanzaron velozmente con las manos en dirección al puente de mando. Mientras tanto Douglas no dejaba de gritar el nombre de Aaron, que debería estar escuchándolo claramente a través de sus auriculares, aunque no daba respuesta alguna.

Pero la cabina de mando permanecía vacía por completo.

No había rastro de su compañero. Solo el cuchillo de cocina, tirado en el suelo. Regresaron. Revisaron cada centímetro cuadrado de la *Trinity*. Verificaron que su traje espacial seguía colgado. No había abandonado la nave espacial por sus propios medios. El cuaderno de bitácora no mostraba ninguna apertura de las puertas exteriores de la *Trinity* que no hubiera sido la que la tripulación había ejecutado para ir al *Octaedro* y regresar. Aquella desaparición de Aaron era tan extraordinaria como inexplicable.

Entonces lo oyeron. Un sonido extraño. Como una interferencia. Iba y venía. ¿Qué significaba o qué sentido tenía? Lo desconocían, pero el comandante sintió como el miedo crecía en su interior. Las miradas que cruzó con Susan y Linton mostraban lo mismo.

Solo una idea ocupó su cabeza entonces.

«Pase lo que pase, he de transmitir la grabación a la Tierra».

Parte 2

BEVERLY HILLS

Dos años antes

Capítulo 4

Garland Sutton conducía despacio por una de las sinuosas carreteras que ascendían por Beverly Hills, dejando a ambos lados de la estrecha calzada suntuosas mansiones de las que sus amurallados límites apenas dejaban adivinar atisbos de riqueza y magnificencia. Fachadas embaldosadas de pórfidos coloridos, casas de estilo colonial de paredes enjalbegadas y teja roja, diseños ultramodernos de acero y cristal que brillaban como una lujosa caja de regalo, daba igual cual fuera el estilo arquitectónico elegido, su apariencia delataba un envidiable estilo de vida.

Ocasionalmente, cuando la carretera lo permitía, surgía brevemente una panorámica de Santa Mónica iluminada por infinidad de viviendas. Se extendía como una amplia y titilante alfombra que se apagaba finalmente en las aguas oscuras del Pacífico. El cielo, de un tono azul marino, a punto de devenir en negro, mostraba tímidamente algunas estrellas, las más brillantes, como un reflejo incompleto de las luces terrestres. Una brisa fresca de anochecer mecía las ramas de palmeras y árboles, un apacible abanico que contribuía a insuflar un hálito de paz a los paseantes.

Garland conducía un Chevrolet Camaro, de un color rojo brillante, cuyo motor vibraba al más leve toque del acelerador, y al que Garland evitaba presionar en exceso, como si fuera un pecado deshacer el hechizo de la solemnidad y calma reinantes.

La casa de Peyton lucía flamante. En el atardecer, las luminarias del jardín enaltecían las altas paredes de piedra y los ventanales que subían vertiginosos hasta la misma azotea, permitiendo una visión fugaz al curioso que transitara por los alrededores, del lujo y confort del interior de la vivienda, como una mujer coqueta, que brevemente deja que el corte de la falda muestre interesadamente una visión seductora de sus piernas.

Un murmullo de animadas conversaciones y risas procedía del interior. Garland lo escuchó fugazmente, mientras circulaba frente al largo muro que delimitaba su jardín. La fiesta había empezado ya, no obstante odiaba llegar temprano y mantener conversaciones frías con gente que apenas conocía. Sabía que Georgina iba a llegar tarde, al igual que Tobías, y por otro lado los anfitriones iban a estar realmente ocupados, pendientes de recibir a los invitados y agasajarlos, y no podrían dedicarle un tiempo del que no disponían. Sin embargo, llegando con cierta impuntualidad, con todo el mundo presente, los primeros cocteles servidos y la música sonando en una esquina del jardín, los formalismos sobraban. Era otra cosa.

Aparcó lejos de la vivienda, aunque no le importó. Contaba ya con la eventualidad del escaso espacio para estacionar. Para él no representaba un inconveniente el darse un paseo mientras fumaba un cigarrillo.

Cuando descendió del Camaro y cerró la portezuela se percató de que alguien que permanecía en el interior de un vehículo cercano también descendía del mismo. Era

un hombre joven, de treinta años, tal vez alguno menos, pelo de un rubio rojizo, muy corto, vestido con un aire muy formal, la camisa blanca extraordinariamente almidonada. Garland se preguntó qué querría, porque se dirigía hacia él con cierta prisa y una sonrisa nerviosa en su semblante.

—¿Va usted también a la fiesta? Yo... no conozco a nadie, y la verdad es que no querría entrar solo...

Garland le miró con desconfianza primero. Echó mano de su cajetilla de tabaco y le ofreció un cigarrillo, que el otro rechazó. Encendió uno para él y le dijo un «claro», indiferente, que sirvió para que el joven se alegrara.

—No suelo frecuentar mucho este tipo de fiestas...

Garland no tenía muchas ganas de hacer nuevas amistades. Ojeó de nuevo al joven. Sería una reciente adquisición de la NASA. Nunca lo había visto, no obstante.

—¿Y cómo es que estás por aquí? ¿Quién te ha invitado?

—Oh... la verdad es que... fue el jefe el que me la consiguió...

—¿El jefe?... ¿Te refieres a Ed? ¿Ed Kersey?

—Oh, nooo..., me refiero al jefe del jefe. —Sonrió nervioso. Garland soltó un «caramba» interior. El administrador de la NASA colando a sus favoritos en las fiestas de sus astronautas. Eso sí que era abrir puertas.

—Me llamo Lionel... Lionel Martin... —se presentó nervioso el joven y extendió su mano a Garland, que no se lo esperaba y siguió caminando. Quedó un metro por delante cuando se dio cuenta. Le estrechó la mano y prosiguieron su camino, cuesta abajo. Aún no se divisaba la casa de Peyton Sharrow.

—Puedes llamarme Gar... Todo el mundo me llama así.

—¿Garland Sutton?... Claro, he oído hablar de ti. Formarás parte de la tripulación de la *Trinity*, ¿no es verdad? ¡Viajar a Marte! Es un honor. —El joven exclamó admirado.

Garland soltó un bufido, a modo de risa. Aquel chico parecía el típico aficionado empollón que se sabe de memoria todos los jugadores de las grandes ligas.

—Ahí en la fiesta está el resto del equipo, —señaló carretera abajo—. Los podrás conocer a todos... y pedirles autógrafos si te parece —terminó a modo de guasa aunque el joven Lionel no pilló la broma o al menos esta no le hizo gracia.

Garland no tenía ganas de hacer migas con mequetrefes con recomendación. Allá Peyton si se dejaba mangonear. Aunque luego recordó que él y el administrador de la NASA tenían una estrecha amistad... una amistad de conveniencia, y claramente Peyton, el rey de las relaciones públicas, no iba a negarse a una petición tan sencilla. Siempre había tenido un pie metido en política, como si fuera una afición deportiva, pensó Garland con cierta envidia. A él en cambio le gustaba investigar en su campo de estudio, la astrofísica, escribir, y practicar escalada en su escaso tiempo libre.

—Tiene un coche fantástico, señor Sutton, —comentó el joven Lionel.

—Gar... llámame Gar..., —se limitó a murmurar Garland.

—Ah, sí... Gar, —repuso cohibido el joven recomendado.

Tras un recodo, la mansión de Peyton emergió resaltada por las luces amarillentas y cálidas del jardín, medio escondida entre copas de árboles, todo lo cual contribuía a darle un toque pintoresco. La brisa acercaba hasta ellos el sonido de voces y una melodía orquestal ligera, que a Garland le evocó la banda sonora de una película. Lo meditó un segundo, pero fue incapaz de recordar de cual se trataba. Un leve fastidio por esa pequeña contrariedad lo incomodó.

—Rebelde sin causa... —murmuró Lionel—. Me refiero, esa música que suena, es de esa película...

—Sí, —murmuró Garland sorprendido, y con resquemor. ¿De dónde habrían sacado esa pequeña sabandija sabelotodo? Tenía ganas de llegar a la fiesta, servirse una buena copa y dejarse caer sobre el mullido sofá que rodeaba uno de los laterales de la piscina. Esperaba que Peyton o Marina, o quien fuera de sus amistades, estuviera disponible para conversar distendidamente. De lo que no tenía ganas era de tener que explicar su trabajo y sus vicisitudes de astronauta al habitual empresario o político de postín, o incluso peor, a su pareja correspondiente. Se sentía en esos casos como un animal enjaulado en un zoo, mostrando los colmillos al típico turista que hace fotos sin parar. Sospechaba que ese tal Lionel tenía la capacidad de hacerle sentir de esa manera. Si le hacía alguna pregunta sobre el espacio lo fulminaría con la mirada, pensó. Creció el deseo de desembarazarse de él cuanto antes.

La puerta se abrió tan pronto pulsaron el timbre. Una azafata exquisitamente maquillada comprobó sus nombres en una lista y los invitó a pasar.

Garland se las ingenió para deshacerse de su incómoda compañía, y conector de los entresijos del jardín de la casa de Peyton, se escabulló discretamente tras un seto y rápidamente llegó a la piscina. Una pequeña orquesta interpretaba temas de bandas sonoras, imprimiendo al ambiente un aire sofisticado y elegante. Garland sonrió. Reconocía la impronta de su amigo. Gente chic, jóvenes y maduros, política, empresa, universidad, ejército... y hasta el alzacuellos de un predicador reconocido compartían el espacioso jardín. El reflejo desdibujado de la gente en la piscina de la casa inspiró en Garland un desalentador pensamiento; todo es pura apariencia... Se dirigió al primer barman que encontró y solicitó una copa de champán, deseoso de encontrar un ánimo más alegre. ¿Por qué perderse en subterfugios alcohólicos si desde el principio podía disfrutar de lo bueno? Tras el primer trago notó que su temple cambiaba.

—¡Tobías! —exclamó cuando distinguió entre la gente a su amigo. Observó que varias mujeres habían seguido sus pasos cruzando el jardín. Tomó nota mental de quienes eran.

—¡Qué alegría verte Tobías! —Se abrazaron efusivamente.

—Deja que vea esa pelusa que llevas en la cabeza, viejo negrata... —bromeó Garland sinceramente contento de volver a ver a su amigo.

—Yo también tenía ganas de ver esa cara paliducha de tísico, —repuso no menos alegre Tobías.

—¿Cómo estás? Fue terrible lo que pasó en Aspen... pero cuando nos enteramos que salías de la UCI y todo estaba bien... fue un verdadero alivio... Veo que no te han cortado ningún brazo ni pierna. —Garland sentía una alegría inesperada por el encuentro. Se daba cuenta que el largo periodo de inactividad, si bien lo había ocupado en diversas aficiones, no había extinguido ni mucho menos las ansias por continuar con su verdadera vocación, la carrera espacial, ni la ilusión por retomar la amistad con sus compañeros de aventura—. ¿Estás bien, verdad tío?

Sin embargo el semblante de Tobías se ensombreció levemente. Garland supo de inmediato que algo no iba bien. Tobías inició otro tema de conversación, quería que le contara qué había hecho en los últimos dos meses sabáticos, dado el bloqueo que habían sufrido los presupuestos federales. Pero Garland le interrumpió inconscientemente antes de que concluyera su pregunta.

—Cielos... otra vez ese tío, Lionel, viene hacia aquí... Rápido, Tobías, vamos a meternos dentro de la casa. Me niego a hacer de canguro de los compromisos de Peyton.

Y tomándole del brazo se introdujeron en la casa. Debieron sortear varios corrillos de personas. Algunas trajeadas, otras vestidas con aire más informal. Garland tropezó con la espalda de una persona y de pronto se encontró pidiendo disculpas a Keanu Reeves.

—Creo que lo hemos dejado atrás —comentó Garland a su amigo mientras dejaba la copa vacía en una estantería de libros y pedía a un camarero cercano una nueva de champán.

—Y yo veo que no pierdes el tiempo. ¿Quién era el fulano en cuestión?

—¿No lo viste? Un pipiolo, recién salido del MIT, tiene toda la pinta. Uno de esos cerebritos que lo saben todo y te dejan en evidencia, pero como se creen que eres Dios pues no paran de hacerte reverencias y ofrecerte sacrificios humanos... horrible.

Tobías rio de buena gana. Charlaron durante un rato. Garland se interesó por Beatrice, que no había podido acudir a la fiesta, y poco después la conversación derivó hacia temas laborales. La próxima reincorporación al Centro Espacial Johnson, retomar el programa, iniciar la preparación... pero Garland se daba cuenta que su entusiasmo no era compartido. Iba a preguntar qué sucedía cuando apareció Marina.

Era una mujer rubia, de figura esbelta, realzada por su estatura y unos zapatos de tacón que incluso la elevaban por encima del resto de los convidados. Su vestido largo, rojo y ceñido, le resultó a Garland extraordinariamente sensual. No pudo evitar que su vista recorriera su talle y su pecho antes de detenerse en sus ojos para saludarla.

—Marina, esta noche estás más que deslumbrante... —reconoció con sinceridad.

—Eres un pillo, Gar. ¿Crees que a estas alturas me vas a conquistar con tus piropos de escolar? ¿Qué tal Tobías? Aún no he podido saludarte... Estamos tan contentos de que estés aquí con nosotros... Fue tan trágico lo que pasó... Cuando nos

enteramos lo sentimos tanto. Pero lo importante es que lo puedes contar... y se te ve tan espléndido como siempre. Si no fuera por este anillo... —bromeó mientras mostraba una alianza de brillantes con un reluciente diamante rematándolo. Parecía que lo había dicho refiriéndose a Tobías, pero un leve giro de sus ojos en el último instante hizo comprender a Gar que el dardo iba dirigido a él.

Marina estrechó las manos de ambos amigos. Garland se había quedado pensativo con la impresión que le había provocado. El champán recorría sus venas, la sensación de que Tobías debía sincerarse con él crecía, pero ganó el ánimo de pasárselo bien y se dirigió a Marina.

—¿No se baila en este velatorio?

La preciosa boca de Marina relució con una sonrisa. Garland pensó que hacía tiempo que no se sentía tan a gusto.

—¿No ha venido Georgina? Es la única que falta del grupo... —comentó Marina mientras tomaba de la mano a Garland y lo conducía de nuevo al jardín, pero esta vez cruzaron el salón, vanguardista, con varios niveles, salieron a través de unas amplias puertas acristaladas de nuevo, para ir a dar junto a la orquesta. No había nadie bailando, pero a Marina le encantaba llamar la atención. Garland la tomó en sus brazos y bailaron lentamente, al compás de una melodía romántica que sonaba en ese momento. Sintió el pecho de la mujer apoyado contra el suyo, la calidez de su mano, el roce de sus muslos.

—¿Alguna vez has pensado si lo nuestro podría haber seguido adelante, Gar?

La pregunta fue hecha como en un susurro. Gar quiso bromear, pero algo en su garganta se lo impidió. Su voz se habría quebrado si hubiera pronunciado una palabra. Debió tragar saliva. Marina pareció apoyarse aún más en él y su perfume le trajo recuerdos que creía olvidados. La vista de Santa Mónica iluminada en la noche le resultó mágica. La luna bajaba hacia la línea del horizonte, a punto de sumergir su círculo ambarino en las cálidas aguas del Pacífico.

La música cesó y con ella se eclipsó aquel momento memorable. Una salva de aplausos recompensó a los músicos. Garland pensó que era necesario recuperar su buen humor y fue a solicitar dos copas de champán. Soltó una carcajada cuando observó en el jardín, unos metros más allá, al joven Lionel dando la vara a Tobías. «Qué conste que te lo advertí», conminó a Tobías mentalmente, consciente de que este, completamente acaparado por el joven que lo interrogaba con avidez, tendría difícil apercibirse de su mirada irónica. Cuando regresó junto a Marina, Peyton se había materializado junto a ella. Por fin podía saludar a su viejo amigo.

Capítulo 5

—¡Peyton Sharrow! —exclamó Garland nada más verlo. Pero fue Peyton sin embargo el que le abrazó efusivamente. Puso sus anchas manos sobre los hombros de su amigo y se deleitó contemplándolo. Sonreía feliz y satisfecho, como si acabara de encontrar una joya que creía perdida.

—Así que has venido finalmente. Pensé que estarías en uno de esos viajes tuyos que tanto te gusta organizar... —La tez morena de Peyton contrastaba con sus ojos claros y su cabellera rubia. Su mirada era intensa, eléctrica. Garland siempre había descrito a su amigo como un haz de energía con forma humana.

—Expedición —aclaró Garland—. En la selva centroamericana, Guatemala. En busca de restos arqueológicos mayas... Después te enseño las fotos.

—¿Te fue útil el programa que diseñamos? —preguntó Peyton mientras palmeaba de nuevo los hombros de Garland, como para asegurarse que no hablaba ante un espejismo.

—¿El de análisis fotográfico satelital? ¡Ni te imaginas! Fue como buscar un tesoro siguiendo las instrucciones de un mapa —explicó Garland con entusiasmo.

Peyton volvió a abrazar a Garland.

—Me siento tan satisfecho de que estés aquí. Tenemos que recordar viejos tiempos, ¿verdad Marina?

Marina sonrió complacida, asintiendo.

—Solo falta Georgina... Por Dios, espero que no falle. ¿Tú estás seguro de que venía verdad Gar?

—Descuida, por supuesto que viene. Me dijo que llegaría un poco más tarde, eso es todo... Cuenta con ella —tranquilizó Garland.

—Tendremos tiempo para que se reúna el grupo, cariño, pero será mejor que atiendas al alcalde... creo que quería hablar contigo... No ha dejado de preguntar por ti desde que llegó, —informó Marina.

—Gar, ni se te ocurra desaparecer como haces siempre —advirtió Peyton—. Debo cuidar mis compromisos, pero confía, no me llevará mucho tiempo. Hoy hablaremos largo y tendido. Tengo que contarte algo.

Ya se despedía y se dirigía hacia un corrillo de hombres y mujeres en el que sin duda se encontraba el alcalde aludido, cuando deshizo rápidamente lo andado para compartir una inspiración súbita. Gar pensó que Peyton seguía siendo puro nervio.

—Marina, ¿por qué no buscáis la botella de Borgoña? La que teníamos reservada para una ocasión especial...

—El Domaine de la Romanée-Conti... —adivinó Marina.

Peyton le guiñó el ojo, confirmando, y reemprendió el camino hacia donde dictaban sus obligaciones de anfitrión.

—Suenan a vino caro —comentó Garland.

Pero Marina se limitó a tomarle de la mano y a tirar de él. Era una mano delgada, firme... muy agradable al tacto. Garland fue consciente de que sentía cada centímetro cuadrado de la piel con la que sus yemas acariciaban la mano de la mujer. Se dejó guiar por ella y lo condujo a la parte del jardín más apartada, parecía que iba a acceder por una de las puertas de la casa cuando se volvió de pronto hacia él.

—¿Sabes de qué me he estado acordando hoy cuando me enteré que vendrías, Gar?

Gar negó levemente con la cabeza. Marina estaba más hermosa que nunca. Observó su figura reflejada en uno de los ventanales de la sala de estar.

—¿Recuerdas aquella vez en Honolulu?

Garland tragó saliva. Sí, recordaba aquel verano tórrido, varios años atrás, cuando se conocieron en el Centro de Convenciones de Hawái. Había sido un flechazo. Coincidieron en la mesa del almuerzo. Ya no recordaba cuál había sido el motivo del congreso, pero él participaba en una insulsa mesa redonda.

—Sí, cómo iba a olvidarlo, —confirmó azorado.

—Siempre pensé que darías conmigo...

—No me llegaste a dar tu número... En aquel tiempo pensaba que simplemente había sido eso, una noche... —se excusó Garland que no esperaba rescatar aquel tema de conversación después de tantos años en los que tácitamente lo habían eludido.

Marina dejó de mirarlo intensamente, como si quisiera averiguar cuánta verdad había en esas palabras. De improviso su semblante se relajó. Murmuró «vamos» y se adentraron en la casa.

Desde un pasillo que partía de la enorme sala de estar, atiborrada de gente, le condujo escaleras abajo, a una zona de la casa habilitada como área de esparcimiento. La música de orquesta llegaba como un eco diluido. Distante, la fiesta y el bullicio de la gente se esfumaron de la mente de Garland como por ensalmo. Biblioteca, bar, sala de billar... No había invitados en esa parte del inmueble. Lo dejaron todo atrás y, recorrido un corto pasillo en penumbras, llegaron a un cuarto refrigerado y con una iluminación tenue. La bodega de la casa.

—¡Qué frío está esto! —Se quejó Marina, con una voz casi infantil, mientras se arrebujaba contra Garland. Él le puso su brazo sobre sus hombros desnudos.

—Aquí hay cientos de botellas... —comentó Garland, mientras recorría con la vista los estantes con decenas de caldos adecuadamente asentados con la inclinación debida. Su mano estrechó el hombro de la mujer. Sintió la cabellera rubia de ella rozando su mejilla. Su perfume intenso le evocó un recuerdo sensual.

—Creo que estaba por ahí arriba.

Marina miró hacia lo alto de la estantería que Garland tenía a su izquierda, pero cuando volvió la vista hacia Marina para interrogarla, encontró su rostro inesperadamente cerca del suyo. Se besaron con intensidad. Cada fibra de su ser

vibraba de excitación. Adivinó en la boca de ella un deseo irrefrenable, como si desde el principio hubieran estado destinados a ese encuentro.

Al separar sus labios Marina apoyó su cara en el pecho de Garland.

—¿Qué habría pasado si después de aquella noche nos hubiéramos vuelto a ver? —Preguntó con un susurro y voz grave.

Entonces Marina se apartó de pronto.

—Alguien viene... —murmuró con una sonrisa. Garland, que se sentía confundido, también sonrió. Las burbujas del champán parecían revestir la escena de un aire divertido. Marina interpretó la mirada del hombre y se rio.

—Hoy tengo ganas de ser mala, Gar... —comentó mientras le tomaba de la mano y le guiñaba enigmáticamente. Antes de salir de la bodega tomó la botella que habían ido a buscar. Estaba en un estante especial. Garland comprendió entonces que desde el principio ella había sabido dónde encontrarla. El acurrucarse junto a él fingiendo buscar la botella había sido una estratagema. Volvió a reír.

Al salir de la bodega se cruzaron con un camarero que al parecer se dirigía a buscar más vino. A Garland le habría gustado saber qué pensaba aquel joven imberbe vestido de smoking, pero su semblante impertérrito no filtraba ningún pensamiento. Se limitó a actuar profesionalmente, como si ni siquiera los hubiera visto.

Mientras subía las escaleras en pos de Marina, Garland se preguntó qué demonios había pasado. Aquel beso no tenía el más mínimo sentido. Sin embargo algo había cambiado en él. Se sentía poseído de una fuerza salvaje que no podía controlar. Resultaba una emoción desconocida para él. Nunca se había sentido tan seguro de lo que debía hacer, aunque lo que le pasaba por su cabeza en ese momento era una verdadera locura. No se reconoció a sí mismo. Una insólita seguridad lo dominaba, una certeza que lo situaba por encima del bien y del mal. La atribuyó al champán. Sin embargo, cuando se mezclaron con el resto de los invitados, los pensamientos que habían dominado su mente hacía menos de un minuto parecían haberse disuelto, y de la certeza que lo había ocupado por completo quedaba tan solo un vago recuerdo, como la leve impresión de humedad que deja en la arena la ola que se retira.

Marina soltó su mano y se dirigió en busca de Peyton. Un extraño sentimiento lo invadió. El hechizo se deshacía. Peyton había tomado un micrófono y, entre bromas y anécdotas, estaba agradeciendo la presencia de diversas autoridades. El alcalde, a su lado, vaticinaba algún breve panegírico político cuando el anfitrión terminara.

—Bien, como todos sabéis está fiesta tiene una motivación muy especial, si no fuera por esta hermosa mujer que nos acompaña seguramente no estaríamos aquí. Marina Sharrow es la presidenta de la Fundación Educación en Libertad, que tiene como noble objetivo...

Garland giró sobre sus talones mientras observaba como Marina se situaba sonriente junto a Peyton y apoyaba su mano en la espalda de su marido. Conocía de sobra los entresijos de los discursos para la adscripción de donativos y no tenía ganas de ponerse serio.

Capítulo 6

A Garland no le costó mucho encontrar a Tobías. Sabía cuál era su lugar preferido y, al igual que él, los actos públicos de recaudación de fondos le repelían. Asistían a demasiados eventos con fines altruistas como para que lo que debiera ser el reencuentro de un grupo de amigos derivase en algo tan formal. Lo encontró sentado en un sillón del jardín, en la parte más alejada del bullicio, junto a la piscina, agitando el hielo de su copa, pensativo.

—Sabía que te encontraría aquí, —saludó Garland mientras se sentaba a su lado.

Garland observó el semblante taciturno de su amigo. Tobías era una persona de natural reservado. Del grupo de expedicionarios de la *Trinity*, él fue el que tardó más en congeniar con el resto. Al principio todos interpretaban su retraimiento como una señal de desconfianza, pero el tiempo demostró que era una persona de una pieza a la que simplemente le costaba abrirse a los demás.

—¿Qué pasa Tobías? ¿Algo que deba saber? Te veo serio...

Tobías gruñó.

—¿De qué letrina dices que sacaste a ese mequetrefe del que me hablaste antes? —preguntó finalmente.

—Ese tipo...

—Lionel —recordó Tobías.

—Ese Lionel, sí. Me tropecé con él en la carretera. Cuando aparqué estaba allí, esperando a alguien. No quería entrar solo aquí. Parecía un niño. Ya vi antes que te estaba dando conversación... ¿Tan terrible es?

—No es como te imaginas, Gar.

—¿No?

—Lo sabe todo de nosotros.

Gar dejó la copa que iba a llevarse a los labios a mitad de camino. Después sonrió y la apuró hasta el final.

—Bah, ¡tonterías! —exclamó—. Nuestras vidas están en internet... cualquiera puede saber todo de nosotros, y ese es el típico ratón de biblioteca. Eres demasiado susceptible.

Tobías se quedó unos segundos en silencio. Después le miró con los ojos entrecerrados.

—¿Tú sabías que Peyton ha estado maniobrando para...?

Garland se le quedó mirando en silencio. Parecía que Tobías era incapaz de terminar la frase.

—¿Para qué, Tobías? —Insistió.

—Para dejarme fuera del equipo.

—¿Qué?! —exclamó Garland mientras se echaba hacia delante en el sillón—. Eso son sandeces. Peyton jamás haría algo así. Nadie te va a dejar fuera del equipo...

—Pero el caso es que estoy fuera...

Garland le miró con incredulidad y Tobías sonrió resignado, asintiendo.

—Sí, tío, sí. Estoy fuera. Es por lo del accidente. Estuve en coma, puede haber secuelas. Yo sabía que el equipo médico tenía sus dudas. Fue Peyton el que insistió con la idea de que debíamos ir con todas las garantías, según me he enterado. Un astronauta que puede sufrir un ictus en cualquier momento no es buen candidato para conducir un cacharro que cuesta una millonada por el espacio rumbo a Marte. ¿Verdad? En el fondo, lo que me fastidia, es saber que tiene razón.

Garland soltó un taco. De pronto todo el bienestar que sentía se había transformado en cólera. Se sentía indignado. Después se tranquilizó.

—Aun así... sigo sin ver lo de Peyton. ¿De verdad crees que esos rumores son ciertos?

Tobías se limitó a mirar hacia el corazón de la fiesta, sin decir palabra.

—Mira. Ahora está allí, hablando con Peyton... ¿qué hace abordándonos a cada uno de nosotros? —Tobías hizo un gesto con la cabeza, indicando hacia dónde se refería. Garland fijó la mirada en la pareja que charlaba. Ocasionalmente quedaban ocultos por corrillos de hombres y mujeres o por los camareros que iban y venían ofreciendo canapés.

—¿Qué quiere ese tío? ¿Qué más te preguntó, Tobías? —inquirió Garland volviéndose hacia su amigo.

Tobías sacudió la cabeza. Después de un rato recordó un detalle de su conversación con Lionel.

—Hubo algo verdaderamente extraño. En ese momento pensé que estaba zumbado. Me preguntó si para mí un emblema tenía algún sentido.

—¿Un emblema?

—Sí, un emblema. No sé cómo salió el tema pero ahora que lo pienso creo que era algo que tenía preparado. Me habló primero del emblema de nuestra misión y después, sin venir a cuenta, me acabó mostrando un logotipo que dibujó en una servilleta.

—¿Qué emblema era?

—Jamás lo había visto antes, Gar. Bastante raro. Una especie de figura geométrica... Maldita sea, no me viene a la mente...

Garland negó con la cabeza, escéptico. Quería olvidar toda aquella basura. Había ido a la fiesta a ver a sus amigos, no quería ni siquiera hablar de trabajo. Aún le quedaba una semana de descanso antes de que la dura rutina empezara. Bien sabía cómo se la gastaban en la Agencia Espacial.

—Voy a buscar otra copa. ¿Te traigo una para ti?

Tobías asintió y Garland se encaminó hacia el barman más cercano. La música le tranquilizó. Sonaba una melodía romántica que le resultó familiar, con un tempo lento, los violines creaban una cadencia creciente, que, como olas sucesivas, se

superponían unas sobre otras de una manera inacabable e hipnótica. Mientras esperaba que le atendieran intentó identificarla, pero en vano.

Sí, la fiesta era un éxito. Peyton estaba rodeado de invitados. A saber qué magnates variopintos habrían acudido. Actores de Hollywood, senadores, empresarios de Silicon Valley y hasta algunos gerifaltes del JPL o decanos del MIT, una extraña amalgama de personajes a los que Peyton sabía cautivar con su personalidad arrolladora. Garland no dudaba que tras su prometedora carrera como astronauta Peyton recalaría en algún importante cargo público. Había nacido para ello, era evidente.

—Perdón, ¿es usted Garland Sutton?

Garland se volvió sonriente hacia un hombre de aspecto académico. Lucía unas gafas quizás un tanto pasadas de moda, grandes y metálicas, que delataban un alto grado de miopía de su portador. Por lo demás se trataba un hombre de cabellera tupida y voluminosa, peinada hacia atrás, y de constitución muy delgada como rasgos más sobresalientes. Garland no lo había visto en su vida, pero le inspiró confianza.

—Ese soy yo, —dijo con aire despreocupado.

—Encantado, —respondió solícito el hombre mientras le ofrecía la mano, que estrecharon brevemente—. Me llamo Dan Sinclair, doctor of philosophy del California Institute Technology, en Cosmología en concreto. He seguido sus publicaciones con mucho interés.

Garland asintió agradado por la lisonja de aquel hombre que parecía mirarle con unos ojos de un tamaño hiperbólico y que parecía estar especialmente atento a cuanto dijera o callara. No esperaba ningún encuentro académico en un evento tan festivo y empezó a sentirse un tanto incómodo.

—Me imagino que no se refiere a mis obras literarias de ciencia ficción... — bromeó Garland.

—Me encantó su propuesta en el ensayo sobre la materia oscura, del *Astrophysical Journal*. Estoy planteando a la NASA ahora mismo un prototipo de satélite a fin de verificar una serie de mediciones sobre la materia oscura que tienen mucho que ver con su propuesta sobre la detección de estrellas oscuras...

Garland estuvo varios minutos entretenido en una conversación científica a la que costó adaptarse. No obstante, se quedó con el teléfono de Dan. Su propuesta era realmente interesante, pero no quería derivar una noche de diversión en una de trabajo. Se despidió efusivamente y con la promesa de que se pondría en contacto con él sin falta.

Una vez liberado, repasó una vez más con la vista a los comensales y su mirada fue a posarse finalmente en Tobías. No estaba solo ahora. De pie, junto a él, una mujer de pelo castaño claro, que caía en bucles sobre sus hombros, lo estaba saludando. Lucía un vestido ceñido, de color azul oscuro, con algunos brillantes delineando una figura de ameba en su costado, que delataba una figura femenina escultural. Hablaban sobre él, porque de pronto los dos se giraron hacia Garland. Los

rasgos de la mujer eran perfectos. Una nariz delicada, ligeramente respingona, unos ojos castaños y grandes, una boca de labios sensuales que le sonreía en un saludo. «Georgina», pensó Garland como en un suspiro.

Pidió una copa de champán adicional y se encaminó en busca de la pareja. Georgina le saludó con un pequeño beso en los labios.

—¿Qué te parece Gar? —Fue Tobías el que recuperó la conversación—. Aquí tenemos a la que faltaba. Le decía que hay que hablar seriamente con los de la NASA. Está claro que a esta mujer lo que le sienta bien son estos trajes de noche y no esos uniformes de mecánico, amorfos y masculinos.

—Olvida eso Tobías. Si crees que voy a ir con tacones y traje de noche por ahí estás loco. Además sé que Gar se pondría celoso en seguida, y no quiero tener problemas de esa clase.

Garland rio la broma.

—¿Te has dado cuenta Gar? Suena la melodía que tanto nos gustaba, *You only live twice*...

Garland sacudió la cabeza. Estaba claro que su memoria musical dejaba mucho que desear.

—Peyton siempre ha tenido mucha clase. Si yo hubiera organizado todo este tinglado me habría traído una buena banda de raperos con cadenas de oro, y no una orquesta emperifollada, y ahora estaríamos bailando todos como locos —comentó irónico Tobías, con su voz ecuánime—. Y nada de canapés de pitiminí ni camareros engominados. Aquí hace falta unos buenos chuletones de res, ¿verdad?

Los tres rieron la ocurrencia mientras brindaban.

—Me imagino que habrás saludado a Peyton y a Marina... —comentó Garland.

—Acabo de llegar. Primero quise saludaros a vosotros antes de meterme en la vorágine. Sé que estaríais aquí, os conozco bien. Además... Tobías me ha puesto al día. Es un golpe muy duro para todo el equipo... No sé qué vamos a hacer.

—No os preocupéis. Hay un equipo de suplentes, muchachos. Me enviaréis una postal desde Marte... eso es todo. —La sonrisa de Tobías fracasó a la hora de intentar ser plena.

Georgina se aproximó a él y le dio un abrazo.

—Un octaedro —dijo de pronto Tobías—. Ya lo recuerdo. El emblema que me mostró el dichoso chico tenía como figura central un octaedro.

Capítulo 7

Garland se sentía inquieto. Lo que había sido un simple remordimiento había llenado finalmente por completo su mente. Era un sentimiento de culpa... por algo que no había sucedido. Pero su intensidad era tal que se vio obligado a dar una excusa tonta y a dejar a Georgina y Tobías enfrascados en su conversación sobre la NASA y Marte, y seguir adelante, en busca de algo incierto e impreciso. Posiblemente fuera la fecha próxima de la reincorporación a la misión que tanto iba a exigir de él lo que le atemorizaba. O tal vez fuera otra fuerza la que le empujaba a moverse por entre la gente, escrutando sus rostros, buscando una mirada que no lograba hallar.

La música, parsimoniosa y relajada, no contribuía a serenarle. Se sentía dentro de una película de Hitchcock en la que el crimen está a punto de ser perpetrado y él es el espectador que está en un tris de presenciarlo. En cualquier momento un súbito crescendo alteraría esa falsa paz que emanaba de los acordes melódicos de los músicos y con grandes percusiones de tambores y timbales se precipitaría la acción. El presentimiento lo dominaba.

Una mujer hermosa, engalanada con un estilizado traje de noche gris resplandeciente detuvo sus ojos de gata en él un instante más de lo que era la mera casualidad, una clara invitación a entablar conversación. Pero la mirada de Garland estaba fija mucho más allá de aquellas insinuantes pupilas, y pasó de largo.

Se introdujo en la casa. Había menos gente en la sala de estar. Las conversaciones se mezclaban con las risas, en un rumor agradable que borboteaba en satisfacción y alcohol. Una sonrisa tonta se dibujó en su semblante. «Honolulu», pensó de pronto y se detuvo junto a la chimenea apagada, donde apoyó la copa. Sus sienes se encendieron al calor del recuerdo. Estuvo tentado de sentarse en un mullido sofá que tenía frente a él, pero consideró que su cuerpo le traicionaría si se relajaba lo suficiente. Algo en su interior clamaba, pero Garland no sabía identificar qué grito de llamada era aquel ni a qué clase de acción le impelía.

De pronto la vio. Estaba rodeada de hombres, no podía ser de otra forma. Bella, simpática, reía mientras sus cabellos rubios se agitaban y sus pendientes de brillantes titilaban. Ella le vio. Fue una mirada corta, de la que se sabe observada y comprueba quien es el hombre que espía. Garland sintió que la sangre le subía a la cabeza. Parecía que todos los pensamientos quedaban supeditados a un único motivo. No pudo apartar la mirada de aquella cabellera que ondeaba con cada movimiento grácil de su cabeza, ni de sus hombros morenos y sedosos, ni de su cuerpo, como si cada movimiento sirviera para enaltecer cada uno de sus rasgos, relieves, curvas.

Marina se zafó finalmente de sus galantes admiradores, y sin dudar se dirigió hacia Garland, como si fuera un náufrago que se apresura a aferrarse a lo único que permanece a flote. Su mirada, alegre, revelaba un sentimiento aún más profundo de lo que las palabras pudieran nunca significar al ser pronunciadas.

Garland creyó oír una excusa, en relación a lo pesado que son los hombres a veces, y que para su desdicha, alguien había derramado algo de vino sobre su vestido. Señaló una pequeña salpicadura sobre el vestido rojo, pero Garland solo vio la exquisitez del muslo que Marina extendió levemente hacia él para que comprobara la magnitud del desastre.

—Sí —asintió con voz ronca.

Marina murmuró al oído, «acompañame».

Subieron a la planta superior. Era la zona privada, excluida del alboroto y los invitados. Los sonidos del exterior llegaban muy amortiguados, como si la fiesta no fuera algo distinto a un programa de televisión que alguien ha dejado encendido pero nadie mira. Varios dormitorios, el despacho de Peyton..., Garland curioseó desde el recibidor de la planta en distintas direcciones, pero Marina retrocedió un paso y le tomó de la mano para obligarlo a seguirla. Le condujo a su dormitorio de matrimonio. Desde allí se accedía a un enorme vestidor de madera color caoba, enmoquetado y confortable, un armario en forma de gran semicírculo exponía una ingente cantidad de trajes y vestidos. Una mesa en su centro mostraba, desperdigadas, las corbatas que habían sido descartadas por el anfitrión.

Marina suspiró.

—¿Qué me pongo ahora, Gar? —Y adoptó una divertida pose, a la vez que sensual, como la modelo que se exhibe con una extravagante contorsión.

—Tienes de sobra para elegir.

—Tendré que cambiarme de zapatos... pero no los pendientes de oro... ¿Qué te parece este?

Marina extrajo una percha del que pendía un vestido beige muy claro. Garland pensó que cualquier vestido le iba a sentar de maravilla. Marina interpretó su gesto y rio.

—Ayúdame con la cremallera...

Garland se acercó. El cierre estaba en la parte superior del costado. La cremallera descendió sin dificultad, con un leve siseo. Marina hizo un breve movimiento de caderas y el vestido cayó al suelo. Garland percibió el olor de la mujer, no tanto de su perfume, sino de su ser más intenso y carnal. Su mano rozó la espalda de Marina y se quedó allí, descendiendo por su costado hasta llegar a su ropa interior. La expresión de Marina cambió. Su sonrisa se evaporó y fue sustituida por una expresión interrogativa, como una joven inexperta que se enfrenta a un hombre, desnuda por primera vez en su vida.

Sus labios se besaron. Esta vez con lentitud, como si supieran que disponían de toda la eternidad por delante. Sus cuerpos se unieron. Las manos de Garland recorrieron la piel desnuda de la mujer mientras ella desabrochaba su camisa primero y después su pantalón. Una intensa palpitación animal se había apoderado de ambos.

Garland arrancó casi con furia la ropa que aún ocultaba la desnudez de ella y se dejaron caer en el suelo. Todo se desarrolló rápidamente. Era un deseo que se había

alimentado en su interior en la última hora con una virulencia incontenible y el acto sexual representaba una culminación ineludible. No había otra cosa en la mente de Garland que no fuera yacer con Marina. Esa había sido la inquietud que lo había dominado, hasta exasperarlo, en la última hora, desde que había surgido aquel beso apasionado en la bodega. Ese incendio solo podía ser aplacado de una manera. Ahora, cuando Garland se separó de Marina y se quedó mirándola, junto a ella, comprendía que no habría fuerza humana ni sobrenatural que hubiera impedido que se amaran hasta el final.

Cuando la mirada de Marina se volvió hacia él, Garland supo que los sentimientos que anidaban en el corazón de la mujer eran los mismos que los suyos.

Sin embargo la expresión de Marina cambió de improviso. Gritó.

Garland se incorporó. Marina había visto algo o alguien. Pero cuando él miró más allá de la doble puerta del vestidor no vio a nadie. Tampoco era cuestión de iniciar una persecución desnudo.

Ambos se vistieron apresuradamente.

—Dios mío... no estoy muy segura, Gar... pero creo que había alguien mirándonos...

Garland deseó tener una copa a mano. Vaciaría una botella en cuanto llegara de nuevo a la fiesta.

—Baja tú primero Gar. Dentro de un rato lo haré yo, —indicó Marina. Su voz había perdido la calidez, volvía a emplear las palabras de una persona madura y prudente. El incidente los había devuelto de golpe a una realidad desprovista del candor del ensueño.

Garland se vistió apresuradamente, se peinó ante un espejo y emprendió camino de regreso, bajando las escaleras con agilidad. En cuanto vio a un camarero aproximarse con una bandeja de copas de champán se proveyó de dos, la primera de las cuales despachó casi de un trago.

Desaparecida la premura que lo había atenazado la hora previa, el hecho frío de lo acontecido adquiriría un color distinto. La pasión, una vez enfriada y vista a posteriori, se desdibujaba como una acuarela recién pintada que es expuesta a la lluvia.

Capítulo 8

La percepción de cuanto le rodeaba se le antojaba a Garland absurda y ridícula a la vez. La fiebre que lo había poseído había cesado. De pronto su mente había quedado liberada de aquel extraño embrujo que lo había impulsado con tanto frenesí. Incluso el conato de borrachera en el que había procurado sumergirse se había disipado por completo, como una niebla matutina dispersada por el viento de levante. No comprendía sus sentimientos. Se hallaba confuso.

No podía unirse a Georgina y Tobías. Observó de lejos su charla intensa. En aquel estado interior en el que se encontraba, no. Notarían que le sucedía algo y las preguntas acrecentarían su aprensión. Navegó entre los corrillos. Ocasionalmente algún invitado le tendía la mano y lo saludaba, pero Garland no hallaba a nadie con quien congeniar y tras algunas bromas, breves y tópicas, eludía su compañía y proseguía su deriva hacia ningún sitio. La orquesta interpretaba una obra cargada de fuerza, que incitaba a pensar en un abismo en el cual uno mismo se precipitaba en una caída sin final. Garland sintió que se mareaba.

Marina hablaba coloquialmente en un grupo de hombres y mujeres maduros. La descubrió por casualidad, porque ahora no la buscaba. Parecía que su naturalidad se mantenía incólume, pero un intercambio de miradas casual reveló que al igual que él, el acto que acababan de consumir había alterado intensamente su ánimo.

La esquivó para sufrir un cruce aún más raro e incómodo. Se adentró en el interior de la casa y se topó de frente con Lionel. El joven lo miró de hito en hito. Garland quiso eludir esos ojos claros, pero por algún motivo su mirada quedó clavada en el pelirrojo. No hubo saludos, ni tan siquiera un gesto de reconocimiento, pero Garland experimentó una honda inquietud. Las palabras de Tobías surgieron en su mente, «parece saberlo todo de nosotros», y entonces recordó el grito de Marina cuando creyó ver a alguien en el cuarto. Una fracción de segundo en el que todo se agolpó en su mente, como un relámpago cegador. Cuando Lionel se giró y siguió su camino Garland se quedó a solas con su inquietud. Los remordimientos hacían presa en él.

Pero mientras su mente bullía frenética, un pensamiento lo alivió, y se aferró a él, como si fuera un juramento que cada vez que era invocado reducía a ascuas el fuego que lo consumía. «Nunca más volverá a suceder. Si es necesario jamás regresaré a esta casa... jamás volveré a ver a Marina». Se apoyó contra la pared, mirando al suelo, mientras repetía el mantra y permitía que su efecto purificador lo aliviara.

Sí, la certeza de esa voluntad relajó sus nervios y pareció acallar el clamor de su conciencia. Los músculos de su nuca se destensaron, incluso los de su semblante abandonaron una expresión asombrosamente seria que descubrió al observarse en un espejo del salón. Reconoció que a pesar de la mejoría, en sus facciones afloraban los rasgos que delataban su desconcierto. No podía afrontar el reencuentro con los demás

de esa manera. Acudió al alcohol en busca de un aliado, pero por alguna razón las burbujas del champán ya no le hacían efecto.

De improviso apareció Peyton, cruzando la sala de estar como un misil teledirigido, en su busca. Garland intentó esquivar su mirada, eludir el encuentro, pero Peyton llegó mucho antes de que hubiera dado dos pasos en dirección contraria.

—Gar, hombre... llevo un rato buscándote. No te vas a librar de mí tan fácilmente. Tengo una sorpresa preparada para ti... y Georgina. Ninguno de los dos se me va a escapar ahora.

Peyton lo tomó del hombro y lo condujo al exterior, a la pequeña tarima junto a la orquesta, donde estaba dispuesto un micrófono desde el que se había dirigido la subasta benéfica. Peyton con su inagotable energía, arrastró a Gar, que insistía en eludir cualquier género de protagonismo. Pero su forcejeo fue tímido y de pronto una cálida salva de aplausos les recibió.

Peyton, micrófono en mano, saludó de nuevo a la concurrencia.

—Estimados amigos. Esta no es simplemente una reunión social con un acto altruista de fondo. Os considero a todos mis amigos y me siento dichoso de compartir las alegrías que llenan mi corazón. —Peyton parecía realmente exultante. Para todos resultó evidente que hablaba con sinceridad, y el murmullo de las conversaciones cesó por completo. La mirada de Garland se cruzó inesperadamente con la de Georgina, que le sonreía divertida. Le pareció más hermosa e inalcanzable que nunca.

—Ha sido maravilloso compartir la realización de un acto benéfico en el que mi mujer, Marina, había dedicado tanto tiempo y esfuerzo. Sé de sobra que ella está llena de gratitud... Ha sido muy hermoso que algo así tuviera lugar en mi propia casa, me siento honrado, —dijo mientras se llevaba una mano al pecho y se inclinaba hacia el público en señal de respeto.

La gente aplaudió emocionada. Peyton cuando hacía algo aplicaba toda la intensidad de la que era capaz. No en vano era considerado el mejor programador con el que contaba la Agencia espacial. Gar recordó que no había actividad que emprendiera en la que no sobresaliera. Incluso su faceta física era extraordinaria. Era de los mejores cualificados por la NASA para el programa espacial. Tanto Tobías, Georgina o él mismo podían ser prescindibles, pero a nadie de la misión *Trinity* se le escapaba que Peyton resultaba insustituible. Parte de él mismo, solía decir Peyton en broma, estaba impreso en los códigos de programación de la *Trinity*, la nave que habría de transportarlos hasta el planeta rojo.

Peyton proseguía su discurso mientras Garland volvía a prestar toda su atención a sus palabras.

—... por ello os digo que no solo me alegro de vuestra presencia aquí, también quiero compartir las alegrías que son mías con todos vosotros. Hoy me siento en familia. —La risa de Peyton resultó contagiosa, todos sonrieron ante la empatía que fluía del orador—. Tengo junto a mí a un buen amigo, Garland Sutton. Sí, lo sé, siempre acabo hablando de Gar en mis conversaciones... es como mi hermano

pequeño, siempre lo he tenido junto a mí, y siempre le he tenido que sacar del atolladero, ¿verdad colega? —Nuevas risas ante la broma de Peyton. Garland también sonríe, pero en su interior teme hacia donde pueda derivar ese discurso. Advierte que el mismo se yergue sobre arenas movedizas y en cualquier momento su expresión puede delatar su espíritu inundado de contradicciones—. Sí, no podría explicar mi vida sin este hombre a mi lado. Seguramente sin su ayuda jamás me habría metido en el programa espacial... ¿por qué lo hice? Porque Gar apostó contra mí que no sería capaz de hacerlo. ¿Hay algo más retorcido que la psicología inversa? —Mucha gente rio el gag—. Después me retó a que no sería capaz de apuntarme al programa *Trinity*... y ya saben dónde estaré dentro de unos años... camino de Marte. No les digo cuál ha sido su último reto porque no se lo creerían... —Peyton rio su propia broma acompañado del público—. Así que, con Gar, mucho cuidado, —concluyó mientras palmeaba su espalda—. Sabe encontrar su punto débil, y después sabe apretar... hasta llegar a donde quiere. ¿Verdad Georgina? —El público se volvió hacia ella y no le quedó más remedio que saludar tímidamente con la mano. Garland observó cómo se ruborizaba levemente, aumentando más si cabe su encanto—. Sí, con Georgina también lo supo hacer ¿no es así, don Juan? Os contaré un secreto que he mantenido guardado hasta la fecha. Cuando ella se incorporó al programa *Trinity* yo fui el primero del equipo que gané su confianza... debe ser por mi *sex appeal*..., o tal vez mi lado femenino —nuevas risas—, pero lo cierto es que, en esas típicas conversaciones de altas horas de madrugada, después de una larga jornada de entrenamiento, en la que se han tomado un par de cervezas de más, esta encantadora joven me mostró su corazón... Y todo lo que lleva dentro... esa mujer me reconoció que Garland Sutton, este caballero que me acompaña, le caía ¡como una patada en el culo! —Todos se rieron con fuerza. Georgina puso cara de circunstancias un momento pero después rio con ganas. Gar cabeceó. Sí, era la anécdota preferida de Peyton—. Y después de empezar en menos diez en la escala de valores de esa joven, atractiva e inteligentísima señorita que nos acompaña, este elemento fue escalando posiciones, y algo habrá logrado desde entonces... porque, hoy, señoras y señores, tengo el placer de anunciar públicamente la boda de mis dos mejores amigos. ¡Georgina Salucci y Garland Sutton! —Un clamor de voces, silbidos y aplausos ensordecía las palabras que siguieron de Peyton, que se vio obligado a repetir las varias veces. Finalmente logró hacerse oír. Llamaba a Georgina al estrado. La orquesta inició una música animada de jazz.

Los convidados clamaban que los novios se besaran.

Garland se enfrentó a los ojos oscuros de Georgina, que le sonreían llenos de felicidad y confianza. El hombre sintió dentro de sí como sus fuerzas flaqueaban. Se sentía vacío, como si hubieran extraído toda la sustancia etérea que conformaba su alma y no fuera sino un cascarón hueco. No podría sostener durante mucho tiempo esa mirada. Se rearmó interiormente. «Nunca más volverá a pasar», se conjuró. Logró

sonreír, aunque sabía de sobra que no era una expresión auténtica. Georgina le preguntaría después. Ya diría algo. Se besaron.

Curiosamente cuando los ojos de Garland volvieron a perderse entre el público se encontró con la mirada de Marina, que sonreía con un rictus en el que Garland se sintió reflejado. Desvió la mirada hacia las últimas filas. Tobías le hacía señas y silbaba. Su amigo estaba encantado como el que más. Algo de ese calor pareció insuflarle ánimos.

«Georgina es maravillosa y tú un estúpido bastardo», fue lo único que se le ocurrió pensar. Ambos descendieron al césped unidos por las manos mientras a su alrededor se arremolinaba la gente para felicitarles y desearles lo mejor.

Capítulo 9

Poco a poco la sensación de asfixia que agarrotaba a Garland fue cediendo, a medida que los convidados iban retirándose, y él y Georgina encontraron un momento de sosiego e intimidad, al que por otro lado, Garland temía.

—Esta noche estás bebiendo demasiado, Gar. Te noto extraño.

Garland sacudió la cabeza.

—Creo que tenía una expectativa diferente de la velada. Demasiada gente y demasiado formal, —comentó mientras miraba en lontananza el paisaje de Santa Mónica iluminada como un árbol de navidad. Georgina se apoyó en su hombro y ambos se quedaron pensativos contemplando las vistas. Él pasó su brazo sobre el hombro de ella, protector, aunque interiormente su entereza estaba lejos de haberse repuesto.

—Te eché de menos mientras estuviste en Guatemala. Me habría gustado que nos viéramos antes de esta fiesta. Ha sido todo muy raro, —comentó Georgina, y Garland no supo qué responder, salvo un lacónico sí. También comprendió que el Garland habitual, el que conocía Georgina, la habría tomado en un abrazo y se habrían besado ansiosos. Sin embargo se veía incapaz de algo así, al menos en ese momento, o esa noche.

—Te veo raro, Gar. ¿Ha sucedido algo? Pareces preocupado.

Garland sabía que negarlo resultaría ridículo y Georgina adivinaría que mentía.

—Creo que es el reencuentro y el recuerdo que dentro de nada empezamos con el trabajo intenso. Por un lado me alegro pero... me impone respeto. Sé que cuando empecemos seré el más entusiasta de todos, aunque ahora mismo siento que estamos embarcados en una locura.

Garland al menos era sincero en el sentimiento que expresaba. La inminencia del inicio de la preparación para el viaje a Marte lo inquietaba, como si fuera un paracaidista novato antes de su primer salto.

—Te entiendo... a mí me sucede lo mismo... —respondió lentamente Georgina—. Habría jurado que se trataba aún así de otra cosa. Pareces preocupado... No nervioso.

Esta vez Garland no supo qué decir y se limitó a besar con cariño la sien de Georgina.

Fue Peyton quien interrumpió el silencio de la pareja, pidió disculpas a Georgina y se lo llevó nuevamente del brazo con el pretexto que tenía algo para él.

—Hay un asunto que quiero comentar contigo, Gar. Sé que no volveremos a vernos hasta dentro de dos semanas en Houston, así que tengo que aprovechar ahora. Se trata de algo absolutamente extraordinario... y solo puedo confiar en ti.

Peyton se fue explicando en ese sentido varias veces, repitiendo el mismo mensaje con distintas palabras. Garland se sentía presa de una sensación mareante.

Pensó que habría sido buena idea desaparecer de la fiesta, excusarse con un malestar intenso y marcharse si acaso dejando un recado a Tobías para que le cubriera las espaldas. Se maldijo por no haber estado más rápido de reflejos. Ahora aquellas palabras de Peyton le laceraban el alma.

Habían cruzado la parte más animada del jardín. Algunos invitados detuvieron a Peyton para hacerles algún comentario o ruego y Garland sopesó la posibilidad de poner su plan en marcha a la más mínima oportunidad, pero Peyton no le perdía de vista, y si daba un paso alejándose disimuladamente de su amigo, este le tomaba nuevamente por el brazo y no le soltaba. Garland se sometió a esa fuerza inexorable que le impedía huir y se resignó.

Se adentraron en la casa y Peyton subió las escaleras con su habitual dinamismo. Detrás le siguió Garland, repitiendo un camino que ahora le provocaba una intensa desazón. ¿Había sucedido aquello realmente? En el rellano comprobó que el escenario no había cambiado nada. Sus ojos se clavaron en la puerta del dormitorio, que permanecía entornada. La claridad crepuscular que llegaba a través de un amplio ventanal, le confería un aspecto distinto y extraño. Garland se sintió intimidado. De nuevo fue Peyton quien lo sacó de su mutismo y le instó con un enérgico «ven» para que se adentrara con él en el despacho.

Al abrir la puerta enérgicamente, y antes de que nadie pudiera encender la luz, resultó evidente que había alguien allí. La luz de un móvil sobre el escritorio de Peyton dibujaba el contorno de una silueta, que tan pronto fue descubierta, echó a correr en busca de la única escapatoria que quedaba en la habitación, una amplia terraza desde la cual podría ser sencillo descolgarse hasta la parte posterior del jardín. Pero Peyton saltó ágilmente cerrando el paso en esa dirección. La sombra parecía una bestia acorralada. Amagó en distintas direcciones y finalmente dribló a Peyton e intentó alcanzar al puerta, pero Garland bloqueó al hombre y ambos cayeron al suelo rodando. El intruso trató por todos los medios de zafarse del abrazo férreo de Garland, y de hecho estuvo a punto de conseguirlo, pero entonces Peyton encendió la luz, y lo que tanto había perseguido el fugitivo, el anonimato, quedó definitivamente descartado.

—¿Lionel? ¿Qué coño estás haciendo en mi despacho?

Peyton gritó furioso. Era evidente que ninguna excusa que le diera aquel joven iba a servir para aplacar su temperamento colérico. Lo levantó del suelo tomándolo de la pechera de la camisa y lo empujó, encarándose con él. Garland se puso a su lado. Reparó que Lionel miraba hacia el suelo. Habían caído dos objetos, un sobre de color azul oscuro, grueso y de papel *martelé*, y el smartphone, que debía ser suyo. Se agachó ágilmente y tomó las dos. Le llamó la atención un bajo relieve plateado que era el único identificativo que mostraba el sobre.

Peyton insistía en preguntar qué hacía en su despacho. Estaba a punto de emprenderla con él a puñetazos si no confesaba qué lo había llevado a revolver entre

sus cosas. Estaba ido. Reparó de pronto en los objetos que sostenía Garland. Le arrancó de las manos el sobre así como el móvil.

—¿Es tu móvil, no? —preguntó colérico. Lionel por el contrario, mostraba una extraordinaria calma. Había asimilado ya que su huida no había tenido éxito, y parecía dispuesto a guardar silencio sin más explicación. Garland se encaminó a un cuadro situado tras el escritorio, lo desplazó y depositó el sobre en una pequeña caja fuerte que se abrió tras presionar un largo código numérico. Tras cerrarla y dejar el cuadro en su lugar volvió a encararse con Lionel, amenazador.

—No he hecho nada malo... —comentó con parsimonia. Garland consideró que para tratarse de un joven mostraba una extraordinaria sangre fría.

—Sí... pero ibas a llevarte este sobre. Has tenido que forzar la cerradura de mi escritorio. Eso puede ser constitutivo de delito.

—En mi caso... creo que no. Cumplía órdenes.

—¿De quién?

—No estoy autorizado a revelarlo.

El semblante de Peyton se congestionó. Garland nunca lo había visto tan furioso.

—Mientes.

La réplica de Lionel fue hecha en un tono sorprendentemente frío. A Garland le pareció que ocultaba una velada amenaza.

—Creo que haría bien en compartir el contenido de ese sobre.

Peyton le miró con rabia, pero reparó que los ojos de Lionel buscaban su móvil. Peyton se interesó por el dispositivo.

—¿Qué has fotografiado?

Rápidamente activó el aparato y accedió a la galería de fotografías. Lionel ni siquiera hizo un ademán por intentar impedirselo. Un súbito presentimiento heló la sangre en las venas de Garland. Observó, completamente abatido, la sucesión de imágenes que mostraban a una pareja haciendo el amor en el suelo del vestidor de su habitación. Inicialmente era difícil reconocer los rostros, pero el vestido rojo de Marina, la camisa de un color verde claro de Garland, las piezas iban encajando, y Peyton susurraba exclamaciones que oscilaban entre la incredulidad y la sorpresa, hasta que una imagen nítida despejó por completo las dudas que pudieran existir de lo que Peyton estaba observando.

—¡Traidor! —exclamó fuera de sí enfrentándose a Garland. Primero le dio un fuerte empujón, y después cargó sobre él intentando alcanzarle con un fuerte puñetazo directo a la cara. Garland pudo esquivarlo por los pelos, pero cayó al suelo, desequilibrado. Rápidamente intentó ponerse en pie, pero Peyton se lanzó sobre él y ambos rodaron. Garland sintió su espalda comprimirse dolorosamente contra el mueble biblioteca que ocupaba uno de los extremos del despacho. Peyton lo insultaba sin dejar de sacudirle y propinarle dolorosos puñetazos en el abdomen. Garland finalmente se zafó de él empujándolo con las piernas. Ambos se pusieron de pie. Garland comprendió entonces que no le quedaba más remedio que defenderse o aquel

hombre le mataría allí mismo. Estaba cegado de odio. Esquivó un nuevo golpe, pero la embestida lo arrojó a la terraza. Las cortinas se deshicieron arrastradas por su mano derecha y los soportes cayeron de la pared con gran estrépito. Uno de los ventanales, al que fue a parar el cuerpo rebotado de Peyton, se hizo añicos y una lluvia estrepitosa de fragmentos de cristal inundó el despacho y la terraza. Garland se reequilibró rápidamente. Peyton tardó más. Se había lastimado el hombro en el golpe. No obstante su mirada cargada de furia no mostraba ninguna señal de que fuera a aplacarse.

De nuevo Peyton volvía a la carga. En esta ocasión Garland lo contuvo y pudo propinarle un gancho que le alcanzó en la mandíbula, pero en vez de conmocionarlo pareció infundir nuevo coraje a su adversario. Forcejearon en la terraza, y en el intento de arrastrar el uno al otro, cayeron sobre la baranda, y de esta se precipitaron al seto que crecía en el jardín. El ruido de ramas rotas y las exclamaciones de ambos contendientes llamaron la atención de los invitados que se hallaban en la zona colindante. No entendían muy bien la escena que estaban presenciando, no obstante, cuando vieron que Peyton se lanzaba sobre Garland y le propinaba una patada en el costado, antes de que pudiera incorporarse, se produjeron algunos gritos de sorpresa. La música seguía sonando más allá, pero algunas personas se aproximaron. Peyton gritaba «hijo de mala madre» una y otra vez, mientras aprovechando la semiinconsciencia de Garland, asestaba puñetazos en cara y cuerpo de su víctima.

La escena duró unos interminables segundos antes de que Tobías llegara y placara a Peyton, y sujetándolo con su hercúlea musculatura, logró inmovilizarlo en el suelo.

Garland recuperó levemente la consciencia. Su lengua detectaba el abundante sabor metálico de la sangre. Apenas abrió los ojos se encontró cara a cara con Georgina, que lloraba, y arrodillada en el suelo junto a él, acariciaba su pelo ensangrentado y no cesaba de decir «amor mío».

Antes de quedar inconsciente, abrumado por un mar de dolor y confusión, solo una idea emergió de aquel caos de emociones que lo sacudían; «Todo está mal».

Capítulo 10

Garland quería esfumarse de allí, pero en aquel estado resultaba imposible. Sentía la mirada de Georgina llena de compasión mientras lloraba y sus manos acariciaban su hombro y su pecho, como si con aquel cariño el dolor y la sangre pudieran evaporarse. Tuvo una certeza, la comprensión de que aquellos momentos críticos iban a marcar su vida, no solo el futuro inmediato. Se hallaba en una encrucijada desde la que veía un porvenir que ya nunca podría realizarse. La curiosa visión de una carretera polvorienta flanqueada por verdes praderas se extendía ante él, pero ya sabía Garland que sería un camino que nunca recorrería. No sabría lo que habría tras las primeras lomas en las que se adivinaban copas de árboles frondosos. Un paisaje que ya nunca podría observar ni recorrer. Su corazón se había partido y nunca podría ser rehecho.

Ver el dolor de Georgina le desgarró. Todavía no había pasado lo peor. ¿Habría forma de impedir lo que parecía ya inevitable? Intentó reincorporarse, pero un dolor en las costillas le advirtió que tal vez se hubiera fracturado alguna. Gimió y Georgina se preocupó por él. Le rogó que no se moviera.

Algunos invitados que habían oído el barullo inicial se habían acercado y Georgina los tranquilizaba explicando que parecía que había sido un accidente. Uno de los presentes se ofreció a buscar un médico que se hallaba entre los asistentes. Georgina rogó a los demás que no se entretuvieran allí, que todo estaba en vías de solución.

Afortunadamente Tobías había conducido a Peyton al interior de la vivienda, a través de la cercana cocina, y solo algunos cocineros y personal de servicio oían sus diatribas, que a Garland apenas le resultaban audibles. Intentó levantarse nuevamente pero el dolor resultó demasiado fuerte. Se sentía mareado. Sí, los puñetazos de Peyton habían logrado conmocionarlo. No iba a ser tan sencillo como ponerse en pie, quitarse el polvo de la ropa con un par de palmetazos y salir en busca de su Camaro.

—Soy el doctor Ewart. Si me permite.

Garland se dejó auscultar por el médico mientras oía la voz de Georgina que tranquilizaba a los curiosos que se acercaban y los enviaba de vuelta a la fiesta. A saber lo que sentía ella en su interior. ¿Sabría algo ya? Peyton, antes de ser sacado de la escena por Tobías había estado insultándolo. No sabía exactamente qué había dicho.

—No parece grave. Me dicen que se cayó de la balaustrada sobre ese arbusto.

Garland asintió inicialmente, pero omitió responder a la causa de la caída. Gimió cuando el doctor palpó su costado.

—Sí, un par de costillas rotas. No es el fin del mundo. Será mejor que descanse hasta que llegue una ambulancia a recogerlo.

—Deberías tumbarte en una cama... —sugirió Georgina.

El doctor secundó su iniciativa. Garland deseaba apartarse del foco de atención cuanto antes. Hizo un esfuerzo doloroso y logró incorporarse. El doctor y Georgina le ayudaron con delicadeza y entre ambos lograron conducirlo por la escalera de servicio a la planta alta de la vivienda. Allí Georgina los guio hasta un dormitorio de invitados. Se encontraba junto al despacho de Peyton. Pudo escuchar las voces de Tobías y él discutiendo sobre lo ocurrido, pero afortunadamente no eran lo suficientemente nítidas para entender todo lo que decían.

El médico salió fuera a telefonar y Georgina le acompañó. Garland se dejó sumir en un ligero sopor. Las voces del descansillo de la escalera llegaban amortiguadas. De pronto alguien se acercó a él. Se presentó como un abogado y dejó una tarjeta de visita en el bolsillo interior de su chaqueta. Garland entendió confusamente algo de demandar a Peyton. Rebuscó en el interior de la camisa y rompió la tarjeta en mil pedazos, justo cuando Georgina volvía a entrar en la habitación y se encaraba con el intruso.

Finalmente llegó la pregunta que tanto había temido. Georgina se sentó junto a él, en la cama, y con un paño húmedo empezó a limpiar la sangre del rostro.

—Hemos solicitado una ambulancia para trasladarte al hospital. Deberás estar en observación al menos veinticuatro horas, cariño. —Garland sentía la delicadeza con la que la mujer limpiaba las heridas de su rostro. Le daba igual el dolor que le provocaba aquella operación, sentía una pena infinita por lo que estaba por venir.

—¿Qué fue lo que sucedió, Gar? ¿Te peleaste con Peyton? ¿Cómo es posible eso?

Garland negó con la cabeza. Le costó tragar saliva. La garganta seca parecía incapaz de pronunciar una palabra. Solicitó un vaso de agua y Georgina fue en su busca.

Al cabo de un tiempo regresó y ayudó a Garland a incorporarse levemente. Bebió el agua con avidez. Las voces del despacho habían subido de tono. A la de Tobías, más moderada, y la de Peyton, completamente fuera de sí, se unió la de Marina, que al igual que Tobías intentaba ser calmada. Pero Peyton no cesaba de recriminarle a gritos «cómo has podido hacerme esto». Georgina miraba consternada a Garland, y este se daba cuenta de que aún no había atado cabos. Era demasiado terrible para que algo así pasara por su imaginación.

Las voces decrecieron, como cuando una tormenta amaina y cesan los truenos y el viento se aplaca. Garland musitó que quería irse de allí, pero Georgina no lo oyó. Estaba prestando atención a la conversación que se apagaba. Es posible que ya estableciera una relación. La mano de ella reposaba sobre la de Garland que descansaba sobre la cama. Para Garland representaba mucho más que un contacto casual, era su vida y toda su esperanza de felicidad concentrada, sí, en una escasa superficie de su piel, pero que para él lo era todo.

Las voces subieron de tono. Era imposible no distinguir unas palabras que Peyton profería con furia. «Fotos». Eran arrojadas como si de insultos se trataran. La voz de Tobías dejó de escucharse, la de Marina se volvió más aguda. Era obvio que lloraba.

Garland quería desaparecer de la escena. Sabía que dentro de un tiempo aquello no sería más que una anécdota desagradable destinada a olvidarse... quería minimizar la situación, pero otra vez la impresión de que su vida se hallaba ante una terrible encrucijada le oprimió el pecho con un sentimiento triste y desesperanzado. Los dedos de Georgina se despegaron levemente de su mano. Había oído algo.

Garland lo había oído también. «Tú y Gar lo habéis hecho en nuestro dormitorio». Era una frase que podía interpretarse de muchas maneras diferentes, pero Garland comprendió que en la cabeza de Georgina todo empezaba a encajar. La pelea, el enfado de Peyton con Marina... unas fotos... Georgina se levantó nerviosa de su silla y se dirigió al umbral de la puerta. Garland la vio desaparecer lentamente, en dirección al despacho del cual provenía la bronca de la que estaban siendo testigos involuntarios.

Al dejar la puerta abierta el diálogo resultaba claramente inteligible. Tobías había abandonado la habitación, dándose cuenta de que ya sobraba en una disputa de pareja y se había encontrado con Georgina, que había escuchado con perplejidad los reproches que Peyton dirigía a su mujer. Garland escuchó los murmullos de una conversación entre Tobías y Georgina. No le costó mucho imaginar el desconcierto inicial de Georgina, reclamando de Tobías que le negara la veracidad de la historia. Seguramente Tobías, fiel a su espíritu prudente, debió de dar explicaciones ambiguas, un «todo se aclarará» que no sirvió para tranquilizar a Georgina. Garland supo lo que se avecinaba entonces. No le extrañó ver a Georgina entrar de nuevo en la habitación con los ojos inundados en lágrimas.

La escena en el despacho continuaba. La trifulca entre Peyton y Marina aumentaba de nuevo y las recriminaciones de él se hacían más duras mientras que ella parecía no ser capaz de replicar un «lo siento» gritado con una voz cada vez más histérica. Era perceptible que Marina había bebido demasiado. El tono de su voz fluctuaba, tal vez anegada por el dolor, o tal vez por el alcohol.

Garland no necesitó que Georgina pronunciara una sola palabra. Sus ojos cargados de incredulidad primero, y después de una dolorosa certeza, hablaban sin que sus labios tuvieran que pronunciar recriminación alguna. Apartó la mirada porque no soportaba ver ese dolor. Las lágrimas rodaron por su mejilla y un malestar, muy superior al ocasionado por sus lesiones, inundó todo su ser hasta el punto de que pareció impedir la respiración.

Marina gritaba que si él quería que se fuera de casa se iría en ese mismo instante. Tobías había vuelto a intervenir y con su voz grave rogaba que ya era momento de dejar de gritar y les instaba a calmarse. Peyton se dirigía a él explicando la traición de ella, como si Marina no estuviera presente y la escena culminó súbitamente en un grito de ella, que clamaba por poner fin a aquella pesadilla. «Me voy si es lo que quieres», gritó, pero su voz perdió fuerza en el final de la frase y de nuevo Garland pensó que Marina había bebido de más. Los pasos marcados por sus tacones de aguja

denotaron que la mujer efectivamente había abandonado la planta superior y bajaba las escaleras con determinación.

Se hizo por fin el silencio. De nuevo la música del jardín era lo único que llegaba con claridad a los oídos de Garland.

Al cabo de un tiempo interminable, en el que halló suficiente valor, dirigió la vista hacia la puerta en cuyo umbral había visto a Georgina por última vez, pero ella había desaparecido. Garland comprendió que posiblemente jamás la recuperaría.

La encrucijada quedaba atrás. Se había iniciado un camino nuevo, y los primeros pasos resultaban ser un verdadero tormento.

Capítulo 11

Garland ya echaba de menos el contacto de Georgina. Parecía que su piel ardía al no sentir el peso de la palma de su mano sobre su pecho, o los dedos entrelazados con los suyos. El dolor físico no era nada comparado con la herida abierta en su corazón. Un pesar enorme le impedía moverse. Todo le daba igual. La fiesta, cuyos murmullos llegaban en esporádicos vahídos, parecía frívolamente ajena a su desgracia, se burlaba de él. El mundo y sus alegrías seguía su ritmo vertiginoso, indiferente al hecho de que se hubiera apeado de esa llamativa noria, ruidosa y multicolor, y se hallara en mitad de un paraje desolado. Garland se preguntó qué había sido del doctor Ewart y la dichosa ambulancia que se suponía había solicitado.

La conversación entre Tobías y Peyton llegaba ahora con sorprendente claridad. La puerta del despacho había quedado abierta de par en par cuando Marina abandonó el lugar y al parecer no eran conscientes de su cercanía. Las voces de ambos hombres parecían más sosegadas, especialmente la de Peyton, que gracias a la paciencia de Tobías, parecía empezar a asimilar el golpe recibido y la furia estaba siendo sustituida por otros sentimientos más sosegados. El sonido de unos hielos contra el cristal le indicó que estaban sirviéndose un par de copas.

—... ¿No tienes la sensación de que todo está escrito? Da igual lo que uno planifique en la vida, siempre acontecen hechos imprevistos que nos llevan por senderos que jamás habríamos querido emprender. Quizás no sea exactamente así. Quiero decir que... ¿te has arrepentido alguna vez de algo? Yo creo que nunca... pero ahora pienso si eso no ha sido un error... Nadie es infalible y me imagino que me habré equivocado mil veces. Esto no debería haber ocurrido, y Tobías, no sé por qué, pero siento que ha sido por mi culpa...

Tobías tardó en responder. Garland se sentía como un espectador anónimo que ve una obra de teatro que no va con él. Una insensibilidad de piedra parecía hacerle indiferente a lo malo que pudieran decir de él en ese momento.

—Peyton... Ni una cosa ni otra. Todas las personas tenemos derecho a equivocarnos... incluidos Marina y Gar... Es una desgracia que personas de confianza nos engañen. El dolor es terrible. No olvides que yo también he sufrido desengaños, ¿verdad? Así que sé cómo te sientes. Y no, no creo que el destino esté escrito como dices. Todos somos libres... hasta para cometer errores, por desgracia.

—Sí... yo también pensaba así, pero... ha sucedido esto y compréndelo, para mí es como si mi mundo entero se hubiera derrumbado. Las personas en las que más confiaba. Dios mío, ¡Gar! Si fuera otro no me dolería tanto... pero siendo Gar es como si hubieran dividido mi ser por la mitad. Confiaba ciegamente en él... Si esto es así, si la vida tiene estos desengaños, ¿qué será de mí, Tobías? Jamás volveré a confiar en nadie. Me siento roto en mil pedazos...

Se produjo un largo silencio.

—Y lo que es peor, no dejo de reprochármelo a mí mismo... como si tuviera la culpa, como si fuera algo que yo mismo he provocado.

—Peyton, ese pensamiento es ridículo. Comprendo que quieras buscar una manera de perdonar y comprender pero... culpabilizarte por los actos de los demás no es sensato.

—¿Perdonar? No, no... Tobías, esto no tiene nada que ver con el perdón. Creo que jamás perdonaré nada a ninguno de los dos. Pero es que no puedo evitar sentirme culpable, responsable. Si hubiera obrado de otra manera... quien sabe.

—Pero tú amas a Marina. Jamás la has ofendido, ni despreciado... todo lo contrario.

—Me he entregado a ella por completo, —aseveró Peyton.

—¿Y con Garland? Vuestra amistad siempre fue más intensa y férrea que la que mantenéis conmigo. Erais como hermanos cuando os conocí a ambos...

Peyton exclamó algo, como queriendo olvidar. Después pareció que gemía. Hasta Garland llegaba el rumor del lamento de un hombre que llora. Tobías murmuraba palabras de tranquilidad. Ese mismo dolor de Peyton se infiltraba por las venas de Garland a través de sus oídos. Podía sentir como corroía su ser. No debería estar escuchando aquella conversación, pero se daba cuenta de que era parte del castigo que acarreaban sus actos. Se sentía paralizado, hipnotizado por aquella conversación que le atravesaba el alma.

—Ah, Tobías, me siento muerto... Gar... Marina. Jamás habría pensado yo...

—Y... ¿estás seguro de que lo que viste era cierto? Puede ser un montaje...

—¡Tobías! Ese cretino de Lionel se las apañó para fotografiarlos en plena acción. Y por si fuera poco, tenías que ver la cara que puso Gar cuando las descubrí. Era de por sí una confesión. ¿Y Marina? ¿Crees que es esa la reacción de una mujer inocente?

Las preguntas de Peyton condujeron a un largo silencio. Garland interpretaba que aquella desgracia era una expiación por su error. Tobías reinició la conversación.

—Aún así... no entiendo nada. ¿Qué hacía ese Lionel en tu despacho? Me lo has explicado antes, pero con tanta agitación no lo comprendí.

—Venía a espiarme, Tobías, a espiarme.

—Pero tú no guardas secretos de estado... ¿Qué querría averiguar?

—Es algo muy raro, que no sé si merece la pena que te cuente. Hoy mismo he recibido un mensaje muy extraño, en un sobre azul marino con el emblema de un octaedro en su centro. Después si quieres te lo muestro. Creo que es algo extraordinario por el hecho de cómo ha aparecido. —Tobías le miró extrañado—. Es una locura. Hoy todo lo es, ¿no es verdad? —Peyton se levantó, nervioso, como si no supiera qué hacer o dónde ir. Garland oyó sus pasos—. Había estado sentado esta misma mañana allí, en el sillón del escritorio, haciendo llamadas, organizando la velada... imagínate el lío. Estaba solo, aquí. Marina había salido, nadie del servicio en toda la planta. Entonces me acerco al balcón... estoy hablando por teléfono, no me

acuerdo con quién. Cuando regreso, el sobre está sobre la mesa, como si un ser invisible lo hubiera materializado en un instante. Pregunté a todo el mundo en la casa. Nadie sabía nada ni habían visto a nadie.

Tobías no supo qué decir.

—Pensarás que estoy loco, pero me sentí muy impresionado. Mira mi escritorio, Tobías. Está despejado. No tengo papeles. Una pluma en una caja de caoba y cristal, un vade de sobremesa de cuero, la lámpara de tulipa verde... lo puedes ver tú mismo. Nada más. Ni siquiera la correspondencia la dejo allí.

Garland se imaginó que Peyton se movía entorno al escritorio, y parecía que hablaba consigo mismo.

—Apareció, sin más...

—¿Cómo sabía entonces él que tenías el sobre? No parece plausible, si tan misteriosamente ha aparecido, que él estuviera al tanto de algo así.

—Me imagino que el remitente podría habérselo dicho. Por mi parte yo no le confié a nadie su existencia, ni siquiera a Marina. —Después de una pausa más larga, Peyton se sinceró—. Sin embargo, lo más extraño es que según Lionel él solo curioseaba. Pero localizó el sobre y me lo estaba robando. ¿Qué significa eso?

—¿Llegó a abrirlo? Me refiero, ¿llegó a leer el contenido del sobre?

—No, —repuso convencido Peyton—. De lo que estoy seguro es que no hizo fotografías de su contenido, porque revisé la galería de fotografías de su móvil, para mi desgracia... y no me mires así. Después de todo lo que ha pasado, creo que me da igual, absolutamente igual. —Peyton suspiró largamente y volvió a sentarse frente a Tobías y se reafirmó—. Sí, me da igual su contenido, y estoy seguro que ese hombre no... Pero como comprenderás ahora no me importa nada ese maldito sobre...

Tobías meneó la cabeza. Parecía incrédulo ante la relación de hechos enumerada por su amigo.

—No entiendo nada, Peyton. Ese tipo surge de la nada, viene a robarte una carta, pero mientras la busca acaba fotografiando a tu mujer y a Gar en plena acción... ¿Qué clase de individuo es ese?

—No lo sé, Tobías, no lo sé... —La voz de Peyton carecía de fuerza—. Confío en que ya se haya largado, porque si vuelvo a cruzarme con él no respondo de mis actos..., no respondo.

La conversación proseguía, pero el doctor Ewart irrumpió en la habitación en la que descansaba Garland. Sostenía un teléfono en la mano. Garland dedujo que acababa de concluir una conversación.

—Lo siento, las circunstancias nos están excediendo, —le informó el doctor—. Al parecer se está produciendo un fuerte incendio no muy lejos de aquí y los servicios de emergencia están absolutamente desbordados. Me temo que aún debemos aguardar un poco antes de que puedan atendernos. En estas situaciones las personas en peligro inminente son atendidas en primer lugar.

Garland asintió, comprensivo. No, él no iba a morir de aquellas heridas por más que su estado de ánimo lo deseara como un alivio. Ansiaba de todo corazón abandonar aquella casa, y si era posible, olvidarlo todo. Ahora que el doctor había roto el hechizo deseó con vehemencia abandonar el lugar. No sabía qué haría más adelante, pero intuía que al menos, lejos de allí, encontraría algo de paz.

En cuanto el doctor abandonó la habitación Garland hizo un esfuerzo, giró levemente y sacó las piernas de la cama. Lentamente se incorporó mientras sentía un fuerte dolor de cabeza y un intenso mareo se apoderaba de él. Si se inclinaba hacia uno de los lados veía las estrellas como consecuencia de la lesión de las costillas, pero comprobó que mientras no moviera el torso excesivamente y no respirase hondo, el dolor era soportable.

Se irguió. Sí, podría salir de allí por su propio pie. Tomaría el Camaro y se aproximaría al hospital más cercano.

Capítulo 12

Un sudor frío empapaba la camisa de Garland. Llegar hasta la puerta le supuso un esfuerzo considerable. Cada paso implicaba un dolor, cada respiración una agonía. Su cabeza palpitaba y el mero acto de erguirse o girar el cuello le ocasionaba una pérdida de equilibrio. Estuvo a punto de trastabillar, pero cuando llegó al umbral se apoyó en el marco y echó un vistazo al pasillo. Apagó la luz a fin de que su silueta no se dibujase contra el fondo de la habitación. Las voces de Tobías y Peyton parecían más apagadas. Garland supuso que se habían retirado a la terraza del despacho donde haría más fresco. Sabía que una escalera de servicio, al fondo de la casa, permitía acceder a la parte menos noble de la residencia, y desde allí era fácil recorrer un pequeño pasillo del jardín y abandonar la vivienda por la puerta de servicio, lejos del barullo de los invitados. Desaparecer.

Recorrer los escasos metros que le separaban de la puerta de servicio se le antojó una tarea titánica. Peyton le había golpeado con un ímpetu nacido de una rabia intensa. Observó la puerta abierta del baño de invitados y decidió entrar a asearse. Georgina lo había limpiado de algunas heridas, pero cuando observó su semblante se entristeció. No estaba tan mal como esperaba. Un corte en la frente, en el que tendrían que ponerle algunos puntos, había dejado un reguero de sangre seca que se apresuró a limpiar. Las manos se habían ensuciado con la tierra del jardín y se las enjabonó. Un ojo morado y el carrillo derecho ligeramente amoratado, junto con el párpado izquierdo inflamado, revelaban las consecuencias de la pelea. Se justificaría con el mundo diciendo que sufrió un percance, y no daría ulteriores explicaciones. La camisa estaba echada a perder.

«Mi nueva vida sin Georgina».

El pensamiento le laceró el alma. Debió apoyar ambas manos en el lavabo para no desvanecerse allí mismo. ¿Cómo había podido? Nunca había sufrido una fiebre sexual tan cegadora como la que le había impulsado en pos del cuerpo de Marina. No asimilaba aún lo sucedido. Maldijo las ganas de diversión y sus ansias de champán que lo habían llevado a aquella excitación incontrolada.

¿Le perdonaría Georgina alguna vez? Más valía no pensar siquiera en semejante posibilidad. Conocía a la que ya era su exprometida demasiado bien. No toleraría semejante engaño. De Peyton... tampoco era factible. Su mundo interior se había hecho añicos. Las personas que más quería y a las que más unido se hallaba iban a esfumarse de su vida. ¿A quién tendría a partir de ese momento? Era imposible, absolutamente imposible, llenar de nuevo su corazón con un nuevo amor... con una verdadera amistad. Su corazón... también estaba hecho añicos.

Cuando finalizó su aseo su aspecto era más presentable. La camisa rota quedaba a salvo cerrando la chaqueta, que había sobrevivido intacta milagrosamente. Apagó la luz y salió de nuevo al rellano. Desde allí partían las escaleras que conducían de lleno

a la gran sala de estar. A través de los balaustres observaba las estilizadas figuras femeninas erguidas sobre afilados tacones, o el elegante porte de los caballeros invitados, vestidos con selectos trajes de marca de aspecto informal.

Finalmente alcanzó la puerta de servicio. Una estrecha escalera de caracol descendía hacia la parte más prosaica de la vivienda. Cocina, cuarto de planchar y solana, y varios pequeños cuartos que Garland suponía destinado a usos domésticos menores. No había nadie allí. Una reja de hierro, abierta de par en par, conducía al jardín. Más allá, al fondo, distinguió el muro que colindaba con la carretera por la que unas horas antes había llegado hasta allí.

Respiró con dificultad mientras evaluaba lo que quedaba, primero el tramo para abandonar el recinto, y después el recorrido hasta su coche. Le parecía que jamás sería capaz de completarlo. Afortunadamente esa parte de la casa contaba con escasa iluminación pues anhelaba más que nada el anonimato. Varios árboles frondosos creaban una tupida sombra gracias al alumbrado público. Un sendero empedrado, oculto por un elevado seto, conducía a la puerta de servicio. A través del matorral pudo observar ese otro mundo social al que Peyton le había dado entrada y que seguramente quedaría vedado para siempre. Algunos invitados bailaban junto a la piscina iluminada, cuyos reflejos lapislázuli conferían a la escena un esplendor inalcanzable. Cuando llegó junto a la puerta debió detenerse a descansar. Apoyó la espalda contra la pared de ladrillo y aguardó a que el malestar y el mareo cesaran. Sudaba copiosamente, y no era debido al calor, sino a su estado físico calamitoso. Garland sabía que incluso peor que el dolor corporal era un dolor moral lo que iba y venía como súbitas mareas crecientes, provocando náuseas incontenibles.

Estaba a punto de reemprender el camino, pero cuando su mano se apoyaba en la puerta que conducía al exterior, un hecho imprevisto lo detuvo. Acababa de llegar un hombre, y no se trataba de un invitado. Garland había oído claramente unas voces. Un tal inspector Lane se había presentado y había solicitado la presencia de Peyton. La azafata que controlaba el acceso y que seguía firme en su puesto a pesar de lo avanzado de la velada, le había rogado que aguardara en un aparte en lo que cursaba su solicitud. Era claro que no quería introducir a un policía y alterar la fiesta, fuera cual fuera la causa que hubiera traído su presencia al domicilio de Peyton. La azafata había llevado al inspector a una zona un tanto apartada del jardín y de ahí que Garland oyera su conversación. El seto y las sombras le permitían permanecer atento, sin ser detectada su presencia, a la vez que se percataba de que no podría abandonar la casa sin que la apertura de la puerta de servicio llamara la atención, y eso era lo último que deseaba.

Peyton llegó en compañía de Tobías. Garland no pudo distinguir sus siluetas, pero oyó sus pasos firmes y los saludos y presentaciones de rigor.

—Me confirma que es usted Peyton Sharrow... y su mujer es..., Marina Sharrow,
—dijo mientras parecía consultar notas en una libreta.

—Así es... ¿ha sucedido algo?

—Su mujer tiene licencia de vuelo, ¿no es verdad?

—Sí... por supuesto, es una experta piloto...

Garland pudo sentir la tensión en la voz de Peyton y como esta se quebraba antes de finalizar la frase.

—Tengo el penoso deber de comunicarle, señor Peyton, que hemos confirmado el accidente de una avioneta de su propiedad en el que sospechamos que era su mujer la que pilotaba... —una interjección de Peyton y otra de Tobías acompañaron la noticia. El propio Garland no pudo evitar un jadeo de consternación—. Me gustaría que me acompañara a la morgue a fin de identificar el cadáver. Sé que es un asunto extremadamente desagradable pero... Sospechamos que consumió una alta dosis de ansiolíticos a tenor del frasco que hallamos junto a ella. Los análisis lo determinarán con certeza.

—Sí, por supuesto que iré... pero... necesito descansar antes... creo que... — Peyton se expresaba con dificultad, era evidente lo abrumado que se hallaba.

—No se preocupe señor Sharrow. Esperaremos a que vaya. Incluso si quiere ir mañana temprano...

—No, no... ni hablar... solo necesito reposar un poco... hacerme a la idea... es todo... tan rápido... No... no lo puedo creer...

Peyton se mostraba visiblemente emocionado. Fue Tobías el que despidió al inspector.

—No se preocupe señor Lane. Tan pronto se encuentre repuesto iremos para allá.

Los hombres se despidieron. Garland oyó como su pareja de amigos regresaba lentamente hacia el hogar. El sonido de la fiesta, alegre y rítmico, constituía un fondo grotesco y burlón... a Garland se le antojó insoportable. Con gran esfuerzo giró la manilla de la puerta y salió al exterior. Conforme avanzaba calle arriba sintió que tras él no solo dejaba una tragedia de la cual él era su artífice, también quedaba irremisiblemente perdida la parte más hermosa de su vida. Ahora la cuesta serpenteante, entre claros y luces, pero que desembocaba en un tramo absolutamente oscuro que carecía de toda iluminación, era una metáfora de la vida que le aguardaba.

Avanzó a trompicones. Ocasionalmente debía detenerse a tomar aliento. Las gotas de sudor resbalaban por sus sienes. Su cabeza parecía a punto de estallar. De improviso se echó a llorar al recordar inesperadamente el semblante sonriente de Georgina. La certeza de no volverla a ver nunca más evocó un sentimiento de profunda tristeza. Se apoyó en la carrocería de un sedán para no caer.

De pronto advirtió la silueta de alguien que subía andando por la carretera. Las facciones eran irreconocibles, pero la figura alta y ancha de Tobías le resultó familiar. Tobías tardó en apercebir su presencia.

—¿Gar? ¿Eres tú?

Garland asintió. Su voz, estrangulada por la emoción, era incapaz de pronunciar nada.

—Pero... ¿qué coño has hecho? ¿Cómo has podido hacer semejante cagada? — Tobías inició una serie de reproches intercalando obscenidades y tacos, mientras Garland no hacía sino gritar insistentemente, una y otra vez, sin parar, su excusa; «no lo sé, no lo sé». Hasta que finalmente sus palabras perdieron fuerza y los exabruptos de su amigo encontraron por respuesta un hombre que callaba y lloraba en silencio.

Tobías cesó en sus acusaciones, apesadumbrado.

—No lo sé... —concluyó finalmente Garland con un hilo de voz.

Tobías se apoyó en el coche sobre cuya carrocería ya descansaba Garland. Sacudió la cabeza.

—Marina ha muerto.

—Lo he oído, Tobías. Estoy enterado. —Garland explicó las circunstancias en las que había sido testigo de la conversación con el inspector.

—Se fue de casa bebida y furiosa... Nadie imaginó que... A ella le gustaba pilotar, se ve que la rabia o la frustración la llevaron a querer volar esta noche...

A Tobías le costaba finalizar las frases.

—¿Peyton?

—Peyton te odia a muerte, Gar. Esto no veo yo como se va a solucionar. Voy a buscarlo ahora para ir a la morgue, pero lo he dejado hablando por teléfono con Ed Kersey de la misión a Marte. Te quiere fuera a toda costa... Removerá cielo y tierra, hablará con Charles si es necesario. Sabes que son buenos amigos... Lo que sí ha dicho es que si vas tú, que no cuenten con él.

Garland permaneció cabizbajo, el mentón hundido en el pecho, abatido por la furia invisible de Peyton que parecía llegar hasta allí a través de las palabras de su amigo.

—Él es el alma mater del programa que controla la *Trinity*. Todo el sistema digital lo ha diseñado él... Es imprescindible. Tobías... yo... si es necesario renunciaré... sí, creo que lo haré —dijo levantando la mirada de nuevo, después de una intensa reflexión.

—Pero Gar... tú siempre fuiste el que quiso... el que arrastró a Peyton a la NASA..., siempre me lo has contado así... tú y él...

Gar sacudió la cabeza negando.

—Si es necesario lo haré. Y lo mismo por Georgina. No sé si me perdonará algún día... Mañana presentaré mi renuncia.

—Difícil lo vas a tener... el día que anunciaba tu boda en público... Gar... Una joya como Georgina... echado todo por la borda...

Quedaron en silencio.

—Voy a llevarte al hospital primero, Gar. Tú no estás en condiciones de ir por tu cuenta. Después vendré a buscar a Peyton. Ha tomado varios calmantes, los suficientes para tumbar a una manada de elefantes. Lo más probable es que se quede dormido. Están dando la noticia a los invitados, así que en breve esto se llenará de coches que quieren salir pitando. Vamos.

Y las sombras de ambos hombres, caminando despacio, sin decirse nada más, terminaron por fundirse con la negrura de la carretera.

Parte 3

HOUSTON

Tres años después de la desaparición de la *Trinity*

Capítulo 13

Charles Barret recibió a Tobías Harrelson con una cordial sonrisa. Tan pronto se estrecharon la mano el administrador de la NASA lo rodeó con un cálido abrazo, haciéndole sentir azorado por la confianza. Lo acompañó hasta una cómoda butaca frente a su escritorio y a continuación se sentó en su sillón de amplio respaldo. Charles siempre había demostrado debilidad por él, al menos así lo experimentaba el afroamericano, y sospechaba que era su coincidencia racial la que tal vez impulsaba ese sentimiento. En cualquier caso Tobías se sentía a sus anchas en presencia del insigne mandatario.

—Ah, Tobías, cuánto me alegra tenerte por aquí de vuelta. Cuando tu nombre se planteó para la próxima misión... me alegré sobremanera. Sé que te has esforzado mucho por adaptar tu carrera... ¿Qué tal estás de salud, hijo?

Tobías sonrió ampliamente mostrando una immaculada hilera de dientes blancos.

—Como un roble, señor. Entreno a diario. Por supuesto fue duro renunciar a convertirme en astronauta, pero la opción de formar parte del equipo de vuelo y seguimiento, es un verdadero honor... —Las palabras de Tobías murieron sin concluir definidas. Había abordado el objeto de la cita de manera abrupta. Charles pareció violentado por un momento, pero en seguida volvió a relajar el semblante y solicitó por el teléfono interno a su secretaria que trajera sendos cafés. Preguntó a Tobías cómo le gustaban.

—Sí, hijo sí. Estamos en una tesitura delicada. Qué te voy a contar que no sepas por la prensa. Después del desastre de la *Trinity*... no hay mucho que hacer, ¿verdad? Fondos congelados, supervisados por la USAF... No estoy en una posición nada cómoda, nada en absoluto... pero todos tenemos que apechugar. Siempre me gustó la carrera espacial, amo esta forma de explorar el universo... el más allá de esta diminuta burbuja en la que vivimos, Tobías..., y cuando fui nombrado administrador... no te puedes imaginar la felicidad que me embargó. Por eso el desastre de la *Trinity* me dolió tanto. Es como si hubiera perdido a cuatro hijos. —Un rictus serio suplió la expresión cordial de Charles—. Y después empezó otro calvario. Tuve que firmar una a una cientos de órdenes de cancelación de programas, desmantelando la NASA, Tobías... ha sido terrible... aún lo es. —Charles hizo una pausa, buscando una comparación apropiada—. ¿Sabes lo que es el «triage»? Un sistema médico de clasificación de heridos según su gravedad. En situación de emergencia debes distinguir entre los que son salvables y los que no. No puedes dedicarle tiempo a estos últimos porque ni los salvarás y además perderás a los que podrías salvar. Es la pesadilla de un médico... y ahora yo llevo tres años practicando triage aquí... Tob. —El semblante de Charles, una vez había relajado la sonrisa inicial mostraba unas marcadas líneas faciales. A Tobías no le costó mucho imaginar las amarguras que habría tenido que sobrellevar.

El administrador miró hacia el techo, pensativo. Tobías sintió una efímera empatía con aquel hombre. Conocía cómo era la euforia por la satisfacción de un anhelo cumplido. Él la había experimentado... fugazmente... y la frustración de ver los sueños reducidos a cenizas también le resultaba una experiencia familiar.

—Y ahora fíjate en dónde nos encontramos, —prosiguió el administrador—. Sin embargo, no todo es tan malo como la gente se piensa. Algunos programas siguen en marcha, afortunadamente. Y por eso nos hemos acordado de ti, Tobías Harrelson. Te quiero de director de vuelo de la próxima misión.

Aquellas palabras desconcertaron por completo a Tobías. Sabía que tenía excelentes cualificaciones en el programa de adiestramiento de directores de equipo, pero todos los directores de misión eran personas veteranas, experimentadas, que habían aguantado años, por no decir décadas, en obtener un puesto de tanta responsabilidad. No pudo disimular su sorpresa. Pasaba de una liga juvenil menor a jugar directamente la categoría profesional sin mediar fase intermedia alguna.

—Me siento honrado. Sí, ¡caramba! Aunque siempre pensé que tardaría más tiempo en conseguir un puesto semejante... No entiendo, la verdad, como puede suceder esto así... tan rápidamente.

Tobías sufría una mezcla de sentimientos encontrados, de incredulidad y alegría a la vez, por lo que Charles le había comunicado. No quería poner objeciones a una noticia que despertaba tanta ilusión, pero su sentido crítico le advertía que no parecía razonable.

—Enhorabuena hijo. Ya ves que has hecho bien los deberes. Tienes buenas aptitudes y serás un excelente jefe de misión. Confío en ti, sé que no me decepcionarás. Fue una lástima que nunca llegaras a desempeñarte como astronauta, después de todos los sacrificios que exigía la preparación... Pero fuiste afortunado, si lo piensas bien. Fíjate el desastroso final de la *Trinity*... Pobres chicos, cada vez que pienso en ellos me siento fatal. Una terrible pérdida sin duda.

Tobías asintió.

Era verdad. La cancelación de su participación en la *Trinity* le había partido el corazón. Después el tiempo determinaría que había sido algo providencial.

Charles empujó entonces una pila de expedientes en su dirección. Tobías le miró interrogativo pero Charles le animó a que los inspeccionara.

—Serán tus hombres, Tob. Espero... y confío que sepas dirigirlos. También comprenderás por qué quiero contar también contigo.

Tobías tomó el primero de ellos y lo abrió. La fotografía de Garland Sutton figuraba en la primera hoja del expediente. No necesitaba seguir leyendo nada más. Conocía bien a Gar, aunque llevaba años sin saber de él. Una corazonada le impulsó a mirar rápidamente los siguientes expedientes... Allí estaban. Peyton Sharrow. Georgina Salucci. Suspiró y miró fijamente al administrador, que le devolvió la mirada impertérrito, como si quisiera taladrar con sus ojos el cerebro de Tobías e inspeccionar sus pensamientos.

Al último no lo conocía.

—¿Quién es este tal... Arthur Daugherty?

—Es un programador... un excelente programador...

—Ya tenemos a otro excepcional en el equipo... ¿Hace falta otro? —Preguntó Tobías, confundido por la obvia redundancia.

Charles asintió seriamente, pero sin añadir explicación de ninguna clase. Ambos se miraron en silencio. La objeción que pasaba por la mente de Tobías era evidente, pero no pudo menos que plantearla.

—Ningún gabinete de supervisión psicológica admitirá un equipo semejante. Eso puedo anticipárselo de antemano. La predisposición hacia el conflicto entre los integrantes de la misión es manifiesta...

Charles asintió, sin mediar palabra de nuevo.

—Pero... —Tobías buscó las palabras adecuadas, incurriendo en un eufemismo, porque no quería desautorizar a su superior en la primera entrevista que mantenían—. Se da cuenta de que ese antagonismo puede hacer peligrar la misión... Ningún psicólogo dará luz verde...

Charles le interrumpió alzando la palma de la mano.

—Tobías, sabemos perfectamente lo que nos estamos jugando. Precisamente por eso confío tanto en ti. Creo que eres capaz de motivarlos lo suficiente como para que superen esas diferencias. Por encima de sus estúpidas rencillas particulares, esta Agencia Espacial les necesita, su país les necesita. Si quieren escribir una nueva página en la gloriosa historia de esta Agencia, serán homenajeados, pero si deciden pisotear su buen nombre... no tendré contemplaciones de ninguna clase con nadie del equipo, ¿entendido? Serán ellos. Está decidido.

La severidad de Charles resultó disuasoria. Tobías carraspeó y cambió precipitadamente de tema.

—¿Cuándo empezaremos? ¿Qué clase de misión es? ¿Qué preparación requerirá? Gar lleva años alejado de la NASA... En cuanto a Georgina Salucci no sé en qué estado de forma se encuentra. De Peyton tampoco he sabido mucho últimamente... Me resulta extraordinario que todos ellos hayan aceptado participar en esta misión... después de lo que sucedió hace cinco años, —Tobías expuso sus ideas atropelladamente. Habría seguido hablando pero Charles levantó ambas palmas de las manos en señal de calma.

—Por razones obvias confiamos en que estés al frente de esto, Tob. Creemos que eres el único capaz de aglutinar a este equipo. Sabemos que en su día sufrió una... llamémosla, lamentable fractura, pero si hay alguien capaz de reconducir la situación a día de hoy ese eres tú.

Tobías negó con la cabeza, incrédulo.

—De hecho... la responsabilidad de formar el equipo es tuya —añadió el administrador—. No nos hemos puesto en contacto aún con ninguno de ellos. Esa tarea va a recaer sobre ti.

Tobías se rio. Ahora empezaba a entender su nombramiento en su entera dimensión. Lo que no comprendía sin embargo era otra cuestión.

—Señor... si me permite, debo preguntarle algo. ¿Qué se espera de ellos? Mejor dicho... ¿por qué ellos precisamente? ¿Es que no hay otros astronautas mejores, ni siquiera con un mínimo de cualificación? Conformar el antiguo equipo de la *Trinity* no va a resultar nada, en absoluto, nada, subrayo, fácil. Creo que no se alcanza a entender...

—Articularemos todo tipo de resortes para que el equipo se avenga a colaborar, Tob, —interrumpió el administrador de la NASA—. Debes comprender una cuestión verdaderamente importante. La NASA no está en disposición de iniciar nuevos programas de formación de astronautas. ¿Sabes lo que cuesta preparar a una persona para lanzarla cuatrocientos kilómetros por encima de nuestras cabezas? La cifra es prohibitiva. Ahora, en nuestra tesitura, resulta completamente descabellado, sencillamente imposible. Si quiero que esta institución no muera por parálisis hay que buscar... debajo de las piedras. Tenemos que echar mano de los recursos disponibles, y es un verdadero dispendio desaprovechar a gente perfectamente preparada... En este sentido nuestro gabinete jurídico te ha adjuntado un dossier realmente interesante en el que hallarás preguntas y respuestas que allanarán sin duda la formación del equipo.

—¿El gabinete jurídico, Charles?

Tobías no daba crédito a lo que oía, pero efectivamente, un último cuadernillo, impecablemente encuadernado y con los logotipos de la agencia, indicaba que su redacción correspondía al mencionado *bureau*.

Tobías rio de nuevo, nervioso. Todo resultaba demasiado fantástico y descabellado para ser capaz de asimilarlo en esa entrevista. Incluso se sentía incapaz de tomar una decisión, pero sospechaba que su vida profesional descansaba por completo en manos de aquel hombre que le había tratado con tanta cordialidad. Ahora no la valoraba tan sincera. ¿Qué pasaría si se negaba? Sus manos repasaron el bajo relieve dorado del emblema del dossier jurídico. Era una pregunta que no merecería ser formulada. Él era ese tipo de personas que prefieren eludir el enfrentamiento si esa opción es factible. Otro cantar era Peyton. Se negaría en redondo a participar.

Suspiró finalmente. Se preguntó qué cara pondría Beatrice cuando se lo contara. Charles había aguardado a ver la expresión final de Tobías. Interpretó correctamente que aceptaba la misión, pese a todos los obstáculos que tendría por delante.

—Respecto a tu otra pregunta, Tobías, no se trata de nada excepcional en absoluto. Estación espacial, reaprovisionamiento y una relativamente corta estancia allí arriba. Queremos acabar una serie de experimentos y la formación en biología que recibieron en su día es más que suficiente como punto de partida. Es simple. Y el equipo que permanece en la estación en la actualidad ya acumula muchos meses en el espacio. Quieren descansar. Aquí tienes los detalles.

Un último cuaderno cambió de manos. Tobías ni siquiera se molestó en abrirlo. Ya habría tiempo.

—Tal vez deba consultarle algunos detalles respecto a todo esto... cuando lo haya estudiado detenidamente, señor...

—Sí, Tob, pero a mí no... a tu supervisor, obviamente.

—¿Supervisor?

Pero Charles ya estaba llamando a su secretaria por el teléfono interno.

—Por favor, haga pasar al coronel. Gracias.

Segundos después la puerta a espaldas de Tobías se abrió y el paso firme de un oficial del ejército del aire se aprestó a incorporarse a la reunión. Tobías se levantó para saludar al recién llegado. Conforme se erguía, su mirada recorrió sus pantalones bien planchados, su hebilla dorada, su camisa y corbata recién estrenada... hasta detenerse en unos ojos claros que reconoció de inmediato, aunque llevara años sin haber vuelto a cruzarse con ellos.

Charles se apresuró en realizar las presentaciones.

—Tobías Harrelson, coronel Lionel Martin.

Capítulo 14

Tobías se desplazó por una hilera de asientos que permanecía casi vacía, al fondo del hemiciclo, y se sentó procurando no hacer ruido. La charla se había iniciado y no quería ser una molestia para el público cercano.

Se trataba de un auditorio de tamaño medio, para capacidad de unas trescientas personas, pero que solo reunía para la ocasión a un tercio del aforo. No era la mejor sala de conferencias que Tobías había visto en su vida. Unos cortinones que delimitaban los extremos del escenario clamaban ya su sustitución. La tarima desgastada, sus remates de cara al público descoloridos, detalles de obsolescencia de la tramoya visibles desde la sala..., todo apuntaba a que aquellas instalaciones llevaban décadas sin haber sido reformadas. A fin de cuentas, pensó Tobías contemporizador, se trataba de una pequeña universidad privada del medio oeste, la típica en la que recalaban los hijos de burgueses locales y agricultores bien situados que tenían dificultad en terminar sus estudios superiores en centros académicos más rigurosos.

Se sentía un tanto incómodo. Mucha gente le miró de reojo y de pronto el pensamiento de que se hallaba en las tierras del «sur» le agarrotó. Tardó un tiempo en centrarse en la conferencia del ponente. Un hombre cercano a la cuarentena, que se movía por el escenario con una desenvoltura que invitaba a pensar que ya era ducho en esas labores. Su voz era segura y sus gestos naturales. «Hay que ver Gar a lo que has llegado», pensó Tobías entre asombrado y divertido.

Repasó el programa. Sí. No había duda, Garland Sutton, exoperativo del programa espacial, daba una conferencia sobre materia oscura. «¿Materia oscura? Siempre había sido objeto de los estudios académicos de Garland, ¿no era así?». Tobías se apoyó en el codo y dejó que sus pensamientos derivaran hacia la noche en la que sucedió todo. Había perdido contacto con todos los del grupo a raíz de la fatídica velada. Gar siempre había querido ser escritor, y creía recordar que tenía un libro que se vendía muy bien... pero divulgador científico era algo que no recordaba. En cualquier caso, cinco años dan para muchos cambios.

—Siempre ha habido una cuestión astrofísica que me ha fascinado, ha captado mi atención y me ha mantenido hipnotizado a esta rama de la ciencia. El principio antrópico. —Después de una larga introducción, Garland parecía abordar el núcleo de su conferencia. Tobías prestó atención al inicio de su exposición—. Todo está configurado de tal manera que hace posible nuestra presencia aquí. Tal es así que si pudiéramos aplicar un cambio infinitesimal, ridículamente minúsculo, en cualquiera de las constantes físicas que rigen nuestro universo, la existencia misma de todo cuanto nos rodea sería imposible... ninguno de los presentes existiría... ni siquiera el planeta en el que vivimos o el sol que nos ilumina. —Garland iba y venía, sin apenas prestar atención a las imágenes del proyector, que parecía conocer de memoria. Ponía

pasión en lo que decía y resultaba cautivador—. Basta que solo una de las fuerzas de la naturaleza operase con una mínima fracción de diferencia respecto a sus valores conocidos y la materia, o la luz, o la fusión nuclear... todo podría ser inviable. Ese es el principio antrópico; todo parece diseñado para que usted y yo estemos hoy aquí y el que nos mueve a preguntarnos por qué esto es así. Obviamente se nos brinda una respuesta fácil; pues porque si fuera diferente ni yo estaría aquí para proclamarlo, ni ustedes ahí para escucharme. —Garland sonrió—. Pero no es a ese «por qué» al que me refiero. Es mucho más profundo; por qué las cosas son justo como son. ¿Es azar? ¿Es Dios? ¿Es el hecho de que existen infinitos universos y este es solo uno de ellos? —Garland hizo una pausa. Tobías se percató del ambiente eléctrico dentro del público. Garland debía medir bien sus palabras. No estaba en Nueva York o Chicago. Su audiencia quizás no fuera proclive a iniciar controversias de índole teológico—. Lo cierto es que para un científico es un principio incómodo... ¿Por qué? Pues porque cada vez que la Ciencia tropieza con una nueva muestra de este «principio», todos exclamamos un taco, como si nos hubiéramos olvidado las llaves de casa... y exclamamos, ¡otra vez! —Garland activó la siguiente diapositiva—. Se preguntarán por qué estoy hablando del principio antrópico si la conferencia era sobre la materia oscura. Pues por esa razón a la que acabo de aludir. ¿¡Otra vez!?! Sí, otra vez. —Garland hizo una pausa, activó el proyector, y la imagen de una galaxia en espiral se presentó en la gran pantalla del fondo del escenario—. Para los que no lo sepan, esta galaxia, tal y como la vemos, no debería existir. Las fuerzas de gravedad no son suficientes para retener los cien mil millones de estrellas que la conforman. Si las leyes de la naturaleza funcionaran como deberían, las estrellas deberían salir disparadas en todas direcciones como niños despedidos de un tiovivo que ha adquirido mucha velocidad. Para impedir eso, para explicar por qué las galaxias siguen siendo entes compactos, como la que contemplamos aquí, hemos llegado a la conclusión de que existe la materia oscura.

Garland tomó un largo trago de agua y prosiguió la exposición.

—La ciencia ha topado de nuevo con la existencia de algo misterioso, invisible, pero que deducimos que está ahí para conseguir que todo vuelva a cuadrar, siga funcionando como vemos que funciona, pese a que las leyes de la naturaleza nos dice que no debería ser así. Sí, la materia oscura es un «otra vez» más, que nos pone nerviosos a muchos astrofísicos. De hecho algunos científicos están buscando teorías alternativas a la materia oscura, como las denominadas teorías de la gravedad modificadas y otras cuantas más. Otros científicos somos más modestos y simplemente nos hemos propuesto demostrar la inexistencia de algo así, y es que, si quieren saber mi opinión, damas y caballeros, creo que la materia oscura, simplemente, no existe.

Un murmullo de reprobación recorrió la audiencia. Tobías se acomodó en su asiento. Aquella afirmación tan poco ortodoxa le había interesado. ¿Se había convertido Garland Sutton en un transgresor de lo establecido y gracias a eso

pretendía obtener cierta notoriedad? El sensacionalismo tiene su público, pensó desconcertado, mientras seguía el hilo del discurso de Garland.

—Ah, pero advierto que si creen que les voy a dar una explicación alternativa van a quedar defraudados. No, no tengo una teoría alternativa. Lo único que tengo es que me resulta difícil de tragar el tener que recurrir a algo tan infantil como la materia invisible. Yo mismo he sido un postulante de los cuerpos denominados estrellas oscuras y en la actualidad dirijo un proyecto de investigación en ese campo. En poco tiempo un satélite, el DSP, permitirá saber si la existencia de esta materia es real o solo es un espejismo. ¿Qué es una estrella oscura? Puesto que la materia oscura, si ejerce fuerza gravitacional como enuncia el postulado de su naturaleza, debería forzosamente acrecerse, formar corpúsculos de tamaños cada vez mayores, de masas planetarias o incluso solares, y estos cuerpos deberíamos ser capaces de detectarlos. A esas acreciones teóricas se les denomina estrellas oscuras. Los astrofísicos hemos empezado a buscarlas, y tengo el orgullo de dirigir uno de los primeros proyectos para localizarlas. La teoría nos lo pone fácil; deberían existir en una proporción de cuatro a uno. Por cada estrella que brilla en el cielo deberían existir cuatro estrellas invisibles. Es paradójico verdad. No creo en la materia oscura, y sin embargo la busco para determinar su inexistencia.

El discurso continuó, pero Tobías ya no prestó tanta atención. Repasaba distintos paradigmas de la ciencia que habían sufrido diferentes controversias en la historia; desde la existencia del éter, que fue considerado como un ente real durante mucho tiempo hasta que finalmente se demostró su inexistencia, a la negación de la teoría de la tectónica de placas, que costó décadas que la ciencia oficial asimilara, pasando por el cambio de la física newtoniana a la relativista, o la teoría del Big Bang a la que el mismo Einstein se opuso. En ese punto perdió por completo el hilo de la charla y empezó a fijarse más en el Garland que tenía ante él. Le pareció desgastado y rancio. El tipo atractivo y brillante que aspiraba a ser el primer hombre en pisar Marte, reducido a un hombre deslucido, teórico, no muy aplicado en su vestimenta y en su aspecto físico. Le vino a la mente el flamante Camaro rojo que en otro tiempo poseyera su amigo y comprendió que aquel Garland no iba a conducir semejante portento cuando finalizara su mediocre conferencia.

Cuando la charla concluyó, la salva de aplausos que siguió fue la correcta. La despedida de Garland le pareció a Tobías excesivamente convencional y gris. Había sido interesante pero, le faltaba chispa. Tal vez se derivaba del hecho de que Garland no daba conferencias por vocación, sino para ganarse el pan. Carecía del toque desenfadado del Gar de años atrás. Sintió lástima.

El saludo que Tobías recibió de Garland también le resultó frío. Era una visita inesperada, bien era cierto, pero su antiguo amigo le miró con recelo. Un hombre acostumbrado a desconfiar, pensó entristecido Tobías cuando se dio cuenta de que Gar no iba a fiarse de él.

—¿Qué te trae por aquí, Tob? —preguntó finalmente Garland cuando se sentaron frente a frente en la cafetería de la universidad, un recinto de aspecto lóbrego, cuya suciedad acumulada del día advertía que había tenido un gran trasiego de gente hasta hacía poco tiempo—. No creo que se trate de una coincidencia, ¿verdad?

—No, la verdad es que no lo es. Me ha costado lo suyo localizarte. Finalmente comprendí que estás de gira dando conferencias por medio país. Me costó un poco pero pude dar con este lugar y esta fecha... y aquí me tienes. ¿No tengo derecho a buscar a un antiguo amigo y ver cómo le va?

Garland le miró con expresión seria mientras removía su café.

—Me enteré que escribes novelas de ciencia ficción... bajo un seudónimo... ¿es eso cierto?

Garland tardó en responder. Tobías tuvo la impresión de estar con un acusado que tiene miedo ante el juez de no decir las palabras correctas.

—Pues sí... Habrás tenido que moverte bastante para averiguar eso. Poca gente lo sabe...

Tobías sonrió.

—Recuerdo perfectamente hace años que era una afición tuya. Esa y desenterrar momias guatemaltecas. Me tienes que decir qué títulos tienes publicados. Me encantará leerte, Gar...

Pese a que su deseo era sincero la expresión de desconfianza de Gar no desaparecía. Garland había cambiado por completo. No era ese el hombre abierto al mundo, cordial y desenfadado, que recordaba.

—Soy yo Tobías... a mí me lo puedes decir.

Pero Garland negó con la cabeza.

—Sabes que tengo demasiados enemigos, Tob. No puedo permitirme un error como ese. Ya estoy escarmentado.

Tobías calló. No podía creer que los fantasmas del pasado aún se mantuvieran erguidos y sólidos en la mente de Garland. Aunque tal vez...

—¿Cómo te ha ido Gar? —preguntó esta vez más serio.

Garland le miró en silencio durante un rato. Después se dirigió al camarero y pidió un whisky con agua. Tobías le secundó.

—No me ha ido nada bien, Tob. Quien tú y yo sabemos me ha hecho la vida imposible. No solo fue cuestión de que abandonara el programa espacial. Me resultó imposible regresar a mi vida académica y mi licencia de piloto tampoco me sirvió para mucho. He ido subsistiendo con trabajos de mala muerte, Tob, que no duran demasiado. Una mano negra parece seguir mis pasos. Es más que un empeño personal... una sed de venganza insaciable.

Tobías suspiró. Su misión iba a resultar mucho más difícil de lo que había considerado inicialmente, que no era poco.

—Necesito dinero... —comentó Garland de improviso.

Tobías se sintió embarazado. Echó mano de su cartera. Llevaba unos trescientos encima.

Garland negó con la cabeza.

—No... no se trata de una pequeña cantidad, te lo agradezco. Necesito dinero para obtener tiempo de observación de uno de los grandes telescopios. He conformado un pequeño grupo de teóricos, Tob. Tenemos una conjetura. Tiene relación con todo lo que he estado exponiendo esta noche aquí, pero... nuestra fundación carece de fondos, y cualquier ayuda pública ha sido negada. Participo en el proyecto DSP, pero además, con un socio que conocía hace un par de años, Dan Sinclair, estamos avanzando en un estudio teórico... contábamos con la colaboración inicial de la Universidad de Arizona pero... misteriosamente se echaron atrás en el último minuto. La única opción viable son unas cuantas decenas de miles de dólares que nos permitan incluir un experimento en el DSP.

Tobías asintió. La explicación de Garland le resultaba confusa. Tal vez esa situación le convenía para sus propósitos.

—Yo... he puesto hasta el último centavo, pero mis ahorros están agotados. Llevo una temporada viviendo al límite y aceptando todo lo que me ofrecen. Cosas como la de hoy... ninguna maravilla, ya ves, —concluyó Garland con cara de circunstancias.

—Tal vez pueda ofrecerte algo, —dijo Tobías misterioso. La vista de Garland, que se perdía más allá de la ventana de la cafetería, fija en el aparcamiento iluminado con alumbrado público, regresó inmediatamente a su interlocutor.

—¿Qué te parecería regresar al espacio? —preguntó comedido Tobías.

—¿Bromeas? Esa es una puerta que tengo por completo cerrada, Tob. Me parece una broma de hasta mal gusto.

Tobías negó con la cabeza.

—Sí, sé lo que parece. Pero te aseguro que si una muy alta instancia no me hubiera planteado seriamente esa posibilidad no estaría aquí.

—¿Una alta instancia? ¿Cuán alta?

—La más alta, Gar.

Garland sonrió por primera vez. Pero no era la sonrisa franca y ancha que Tobías recordaba. Era una sonrisa taimada, burlona.

—Eso quisiera verlo Tob.

—Peyton y Georgina también participarán.

Entonces Garland se levantó y se fue. Tobías se quedó mirando la silla vacía mientras suspiraba, resignado.

Capítulo 15

El planetario Hayden. Tobías se quedó admirando la fachada del impresionante edificio durante unos minutos antes de decidirse a entrar. Los torreones que la jalonaban, coronados por tejados cónicos, le conferían el ensoñador aspecto de un cuento infantil, y lograban inspirar en el visitante un sentimiento de que algo mágico estaba a punto de suceder. La puerta principal no obstante tenía una presencia más majestuosa, como un arco del triunfo romano que se hubiera establecido como portón principal y que avisaba al que se adentraba bajo su palio que accedía a un templo del saber.

Accedió por las escalinatas a un amplio porche donde se acumulaban las filas de visitantes que aguardaban turno para pagar la entrada. Se alegró de estar en disposición de omitir el trámite. Odiaba las colas, pese a que su carácter poco propenso a las prisas hacía creer a todo el mundo que era paciente por naturaleza.

Más allá del pórtico una escalinata flanqueada por columnas de aspecto clásico y culminadas por arcos románicos remataba con solemnidad la antesala. En verdad que la reputación del lugar venía avalada por una presencia formidable en su interior. Le encantaría visitar el famoso planetario, que muchos afirmaban tratarse del mejor del mundo, así como visualizar los famosos vídeos que explican la edad del universo o su escala, pensados como instrumentos divulgativos pero que no obstante constituían una visita obligatoria para todo astrofísico que visitara Nueva York. No obstante aquellos divertimentos no ocupaban su lista de tareas prioritarias. Una entrevista, en primer término, condicionaba cuanto pudiera ocurrir después, si le quedaba ánimo para una visita cultural, o prefería resignarse a tomar un par de cervezas en el pub más cercano.

Se quedó plantado en mitad del enorme hall sin saber en qué dirección moverse. El lugar en el que había concertado su cita era demasiado amplio. Se sentía como un pez fuera del agua, mirando distraídamente de un lado a otro, cuando de improvisto surgió la figura femenina que aguardaba. Recordaba a Georgina como una mujer hermosa, pero los cinco años que llevaba sin verla habían atemperado su belleza con un saber estar que colmaba cada uno de sus gestos. La sonrisa cordial que le dedicó al verlo resultó tan sincera que Tobías al momento se sintió exultante. Se dieron un cálido abrazo y después se miraron casi sin decir nada.

—¡Tob! Te mantienes exactamente igual que hace tiempo. Incluso diría que estás más delgado.

—Ah, ¿y tú qué? Te veo más deslumbrante que nunca. No me extraña que te ficharan para llevar las relaciones públicas de la institución. ¿Qué haces aquí? ¿Atender a ricachones para que aflojen sus bolsillos?

Georgina rio el chiste.

—No vas en absoluto desencaminado. La verdad es que es un trabajo muy variado... que incluye por supuesto atender a nuestros socios mecenas, desde luego. Pero piensa que también organizamos visitas escolares... Aquí no me aburro en absoluto.

Charlaron durante un largo minuto pero convinieron en que era mejor conversar tomándose un café. Tobías había dejado caer en su conversación telefónica, una semana atrás, que iba a formularle una propuesta, por lo que la mujer le propuso dirigirse a una cafetería cercana. Abandonaron el planetario y recorrieron una avenida arbolada hasta llegar a una cafetería situada en la esquina de un edificio.

En el interior reinaba el bullicio de un lugar en hora punta. Encontraron una pequeña mesa para dos que un camarero se aprestó a limpiar eficazmente. Ambos pidieron sendos capuchinos.

Tras sentarse y tomar un par de sorbos Georgina se encaró con Tob.

—¿Garland Sutton?

Tobías se sintió cohibido y su expresión hizo sonreír a Georgina.

—¿Qué pasa con él? —preguntó incapaz de mostrarse indiferente.

—Lo has visto recientemente, ¿no es verdad?

Tobías se atragantó primero y después asintió.

—Eres transparente para mí Tob. ¿Cómo lo sé? —Georgina movió la cabeza, divertida—. Era lo primero que pensé. Después de casi cinco o seis años sin vernos, reapareces. Inmediatamente pensé en el equipo, y aunque me parecía del todo inverosímil, era la primera conjetura que tenía en la cabeza. Así que... ¿qué vienes a proponerme, Tob?

Tobías repasó todos los temas y preguntas que pensaba haber formulado a Georgina antes de entrar en materia, pero visto cómo había sido desarmado consideró que sería mejor aparcar la charla informal para después de la entrevista oficial, si es que la conversación mantenía una mínima cordialidad que lo permitiera.

—La NASA quiere reflotar el equipo original de la *Trinity*.

Georgina enarcó las cejas sorprendida.

—Nos necesitan. Sabes que el presupuesto ha sido recortado brutalmente y no pueden formar a nuevos astronautas, solo reentrenar a los viejos. Creo que tienen una misión a la estación espacial urgente y apenas tiempo para lanzarla...

Georgina le miró con aire desconfiado.

—Vamos Tob. ¿La NASA no tiene fondos? ¿Desde cuándo crees tú en lo primero que te dicen? No me tomes por una ingenua. Dime cuál es el verdadero propósito de semejante reenganche.

Tob dejó sobre la mesa la taza que iba a llevarse a los labios.

—Ya te lo he dicho, Georgina. Charles fue bastante explícito.

—¿Charles?... Si yo te contara de Charles... —Georgina bufó y agitó nerviosa la cucharilla en la taza, removiendo la espuma y fijando su vista en la espiral que formaba.

—Supongo que Gar participará entonces.

—Y Peyton... —anunció Tob con un hilo de voz.

Los ojos castaños de Georgina se clavaron como garras en los de él. El afroamericano no supo entender si la intensidad de la mirada reflejaba ira o nostalgia, pero en cualquier caso era un sentimiento intenso.

—Creo que podría hacerlo, Tob. Regresar al espacio es una idea que me atrae muchísimo y reconozco que es lo que más deseo... Respecto a Gar es verdad que... es agua pasada, pero no sé si la idea de reencontrarlo me resulta desagradable o morbosa. No entiendo a Charles. Es el primero que sabe que ese equipo está maldito. Nos odiamos entre nosotros...

Tob intervino prudentemente.

—Al menos yo no, Georgina.

—Sí, pero tú... ¿no estabas baldado? Y perdona mi brusquedad Tob. Creo recordar perfectamente tus explicaciones al respecto.

—Es cierto —asintió Tobías—. Sería el jefe de vuelo, en Houston. No podría formar parte del cuarteto.

Georgina hizo una mueca de reconocimiento y sorpresa. Tobías entendió que se alegraba sinceramente de su progreso.

—¿Quién sería el cuarto miembro?

—Un tipo... un tipo que no conoces, Georgina. Un tal Arthur Daugherty. Ni idea de quién es ni por qué lo tenemos que reclutar... Es otro genio informático me temo.

—¿Otro Peyton? —Georgina rio desenfadada. Después se quedó un rato pensativa—. ¿Sabes que un año después de lo de la noche del incidente... Peyton y yo empezamos a salir?

Tobías negó con la cabeza.

—No... no tenía ni idea, —murmuró.

—Sí. Más vale que lo sepas cuanto antes. Creo que fue una especie de venganza. Ambos queríamos resarcirnos por lo ocurrido pero... ¿sabes? Fue una mala idea, como puedes suponer. Conozco bien a Peyton. Es un hombre... desgraciado. Creo que nunca lo superará. Demasiado volcado en el dinero y el poder, es una especie de terapia para afrontar lo que sucedió. No me gustó esa deriva. Está mal que diga esto, pero preferí vivir una vida normal. Supongo que desde otro punto de vista tal vez carezca de esa ambición... —Georgina había desviado la mirada hacia el gran ventanal de la cafetería. El tráfico y los peatones iban de un lado a otro, ajenos a los sentimientos que en ella evocaban esos recuerdos. Después hizo un mohín, como rompiendo el hechizo de la nostalgia, y retomó la conversación. Sonrió—. Eso va a ser peor que la balsa de la Medusa. ¿Y Peyton consentirá ser acompañado por alguien que le haga sombra? ¿Otro informático? Menuda exageración. Además, Peyton no admite que nadie le tosa. —La mujer negó con la cabeza mientras su melena se movía grácilmente—. Eso lo quiero ver yo. Me temo Tob, que ese equipo jamás despegará de Cabo Cañaveral. La discordia va a ser tan intensa que Charles se

arrepentirá del día en el que tuvo esta estúpida idea de volvernos a juntar a todos otra vez.

—Pero... ¿cuento contigo?

—Por supuesto, Tob. La nómina sigue siendo tan espléndida como la de antaño, ¿no?

Capítulo 16

Tobías Harrelson recorrió en coche la amplia carretera asfaltada que atravesaba una planicie de aspecto inacabable, rumbo a la arboleda que rodeaba y escondía de la vista la casa de Peyton Sharrow, situada justo en el centro del enorme rancho de su propiedad. Había dejado atrás un lago rodeado de verdes pastos en los que algunas vacas reposaban mientras rumiaban su comida. A lo lejos una polvareda indicaba el camino que seguía un nutrido rebaño de reses escoltado por un grupo de vaqueros. Formaban una colorida estampa en la que el afroamericano se recreó con un sentimiento de envidia. Había oído hablar de la fortuna de Peyton, pero hasta ese momento no había constatado hasta que punto era un rumor cierto.

La casona texana emergió de entre los árboles frondosos y el asfalto devino en un suelo de grava que crepitó bajo los neumáticos de la berlina que conducía. Una criada joven, de origen mejicano, acudió a recibirle una vez se apeó del vehículo, y cortésmente le ofreció un vaso de agua gélida sobre una bandeja. El calor era notable y Tobías no dudó en aceptarlo y vaciarlo de un largo trago. La criada le indicó que le siguiera y tras atravesar el pórtico de entrada y llegar a un amplio hall donde todos sus elementos, escaleras, dinteles, suelo, destacaban por su madera bruñida, lo condujo a un salón no menos espectacular, en el que un mobiliario clásico y espléndido era acompañado por singulares recordatorios de la vida ganadera. Una reluciente silla de montar con cuero repujado y chapas de plata con filigranas en bajorrelieves adornándola, se erigía como un singular protagonista en la decoración del salón. Varios trofeos de caza adornaban distintos puntos de la pared, que también contaban con magníficos cuadros de la vida del vaquero; rodeos, puestas de sol junto a un río, un cowboy domando un potro salvaje... y aquí y allá algunos muebles surtidos con libros encuadernados en piel que hacían pensar en ediciones antiguas y exquisitas. Tobías reparó en el mueble bar y se acercó a echar un vistazo a los licores que se exhibían. Todas las botellas expuestas eran selecciones de los mejores whiskys. Constató, sorprendido, que no se había equivocado en reparar en una de las botellas de whisky que le había llamado la atención desde lejos. Una voz que sonó a su espalda le dio la explicación que necesitaba.

—Exacto, Tob, es lo que piensas. Un verdadero Dalmore. Y me alegro de que estés aquí porque es una espléndida ocasión para disfrutar de un trago de ese añejo.

Peyton sonriente avanzaba hacia él con los brazos extendidos para abrazarlo. Realmente su aspecto resultaba espléndido. Tobías no ignoraba que debía tener algunos años más que él mismo, pero su sonrisa cordial y su fisonomía atlética y jovial le restaban edad. Su tez morena acentuaba el blanco de sus ojos y el brillo de su dentadura, confiriéndole una apariencia aún más saludable.

Se abrazaron con fuerza y se rieron por la alegría del reencuentro. Peyton no lo dudó un instante y echó mano de la cara botella de whisky que Tobías había

descubierto y sirvió generosamente sobre dos vasos cargados previamente con hielo. Peyton le indicó que le siguiera hasta el porche posterior del salón y allí tomaron asiento en dos sillones de mimbre que crujieron levemente al apoyarse sobre sus cojines. La vista de un pequeño estanque con cisnes, a la sombra de enormes sauces llorones, incitaba a la relajación y a una conversación sin prisas. Tobías degustó un primer sorbo del whisky con verdadero placer. La calidez de la bebida le confortó y le ayudó a encontrar las palabras que buscaba y que tanto había ensayado. No obstante fue Peyton el que tomó la palabra.

—Cuanto me alegro de verte, Tob. Siempre recuerdo que te debo la vida. No sé que habría hecho sin ti en aquellos días, años atrás. De verdad. Nunca encuentro el momento de llamarte, es cierto, pero te aseguro que no hay día que pase sin que te rememore, —concluyó solemne—. Brindo por ti, viejo amigo, porque te debo la vida.

Tobías aceptó el brindis agradecido.

Sí. Habían sido unos tiempos muy duros para Peyton. Tobías sospechaba que incluso había estado pensando en el suicidio, tal era la intensidad del trastorno que sufría, por lo que decidió permanecer junto a él hasta que pasara lo peor. La pérdida sobrevenida había resultado demasiado traumática, y un hombre que siempre le había parecido a Tobías de una voluntad granítica y de una fortaleza inquebrantable, había quedado sumido en un sentimiento de desesperanza. Tobías había meditado a menudo sobre los misterios que esconde el corazón del hombre y de cómo solo en la más dura adversidad se conocen las hebras de las que está forjada el alma de cada uno.

Peyton captó la esencia de esos pensamientos de su amigo y asintió. Sí, habían sido días duros.

—Ahora todo me va bien, amigo mío. Tengo una vida sencilla y apartada del mundo. Por supuesto me mantengo al día en mi trabajo y mis empresas, pero afortunadamente la tecnología me permite trabajar cómodamente en mi despacho, supervisar mis negocios y... dar un paso y encontrarme en plena naturaleza, rodeado de estiércol maloliente y lobos aulladores.

Tobías sonrió.

—Así que las cosas te siguen yendo bien. Me alegro, —comentó con sinceridad.

Peyton miró hacia los prados que se extendían ante ellos, más allá de la arboleda.

Tobías tuvo entonces un súbito recuerdo del cual no pudo evitar formular una pregunta. Había recordado la época de Peyton trastornado, y una de las cosas de las que nunca llegó a hablar fue de la misteriosa misiva encerrada en un sobre azul. En los días de luto que siguieron a la pérdida de Marina, no era extraño encontrar a Peyton con ese sobre en la mano. Siempre eludió hablar del mismo, y aunque Tobías siempre creyó que su amigo acabaría contándole de qué se trataba, lo cierto es que nunca llegó a sincerarse al respecto.

—Me acabo de acordar Peyton. No sé por qué, pero el recuerdo de la fatídica noche ha venido ahora de improviso. Nunca lo he considerado pero, ha surgido una

idea como un fogonazo. —Peyton le miró interrogativo—. El sobre, ¿recuerdas? Aquel sobre azul oscuro con un emblema geométrico de color plateado. Aquel que...

—Sí, el que intentó sustraer aquel tipo, Lionel Martin. El muy cabrón.

Peyton quedó pensativo, agitando levemente el hielo de su copa con un balanceo de la mano.

—¿Qué contenía? ¿Por qué era tan importante?

Peyton le miró seriamente primero, pero después sonrió.

—No era nada importante... Tob. Al menos el tiempo me ha demostrado que no lo era. Sencillamente, un problema sin solución, podría decirse. Un imposible. Nada de lo cual merezca la pena siquiera dedicarle un tiempo de nuestra conversación.

Tobías comprendió que aquel era un terreno vedado. Las palabras de Peyton parecían sinceras, tanto en el fondo de lo que decía como al hecho de que no quisiera hablar de ello. Tobías no era de los que necesitaba que le recalcaran las cosas dos veces. Decidió que ya era momento de abordar la materia que le había llevado hasta allí. Repasó fugazmente el hilo que había ensayado y se aventuró a exponer los hechos a Peyton. Se sintió como un barco de papel a punto de entrar en el fragor de una tormenta.

—Peyton... ¿qué pensarías si te ofreciera retomar tu carrera como astronauta?

El semblante de su amigo se alteró varias veces, y finalmente no tuvo más remedio que abandonar el vaso de whisky sobre la mesa y se incorporó, agitado. Avanzó hacia el final del porche y se detuvo ante la escalinata que descendía hacia el jardín, dando la espalda a Tobías. Con los brazos en jarras le formuló una pregunta, sin que este pudiera observar su expresión.

—¿Qué quieres decir exactamente? En su día estaba preparándome junto contigo para ir a Marte...

—No se trata de eso, Peyton, —aclaró Tobías—. La NASA tiene el presupuesto restringido al máximo. Necesitan echar mano de todo aquel personal que tengan formado. Tú eres uno de esos pocos con los que cuentan... Comprendo que tienes de todo en la vida, pero ya antes incluso de ser astronauta no necesitabas ese trabajo, según recuerdo. El espacio era algo que te apasionaba... No sé si sigue siendo así.

Peyton giró sobres sus pies y clavó su mirada acerada en Tobías, que se vio obligado a tragar saliva.

—Sandeces —sentenció con rabia—. ¿Qué más hay detrás de esa propuesta? ¿Por qué has venido precisamente tú a hacérmela? Recuerdo perfectamente que antes de que la NASA nos apartara de la *Trinity*, tu accidente ya te había dejado descartado de la misión y de cualquier otra posibilidad de volver al espacio.

—Yo sería el jefe de vuelo... Charles me confía a mí la dirección siempre que consiga que...

Tobías suspiró y Peyton se acercó a él, fijo sus ojos y su mente en lo que venía a continuación.

—... siempre que consiga reunir al viejo equipo.

—¿Georgina? ¿Garland?! —Peyton estaba pasando a un estado de ira que sorprendió a Tobías. Después de tantos años la animadversión seguía latente, como el primer día.

Tobías asintió y Peyton rio como un loco. Finalmente se acercó a la mesa, tomó el vaso y lo vació de un trago, con un ademán enérgico.

—Hablaré con Charles y detendré esta locura. Si es necesario sufragaré yo mismo los gastos de otro astronauta... pero Garland no participará.

Tobías volvió a asentir.

—Sí, tal vez tengas razón... tal vez debas hablar con Charles. Ya le advertí que no ibas a querer participar.

—No, claro que participaré. Quien no lo hará será él. Es una insensatez... No pienso aguardar un minuto más. Discúlpame Tob... —Peyton se adentró en el interior de la casa con paso enérgico. Tobías escuchó el sonido de una puerta cerrándose violentamente. Iba a llamar a Charles... y este esperaba la llamada porque Tobías le había avisado previamente con quién se entrevistaba esa tarde.

Transcurrieron varios minutos. Tobías tomó un par de tragos cortos del espirituoso mientras intentaba relajarse. Odiaba la posición en la que le había situado Charles, pero había asumido su papel de mensajero. Podría haberse negado y otro hubiera ocupado su lugar. ¿Qué habría cambiado? Seguramente nada. Tal vez el hecho de haber perdido una oportunidad única, lo cual acabaría lamentando. Y por otro lado, si alguien podría conseguir la reconciliación del antiguo equipo, era él.

Contempló el paisaje sin verlo, nervioso, con la sensación de que todo su futuro dependía de lo que aconteciera acto seguido. Terminó por imitar a Peyton y vació de un trago lo que restaba del whisky. Un calor tonificante se irradió desde su interior y una vaga sensación de bienestar lo inundó. Peyton regresaba.

Su expresión era extraña. Tobías percibía claramente su perturbación. Tomó asiento despacio, como si hubiera envejecido diez años.

—Todo esto es inaudito, Tob. No sé si algún día seré capaz de contarte una historia increíble.

—¿Participarás?

—No lo sé, Tob... no lo sé. ¿Qué ha dicho Garland... o Georgina?

—Georgina es la que mejor se lo ha tomado, como un reto, me parece a mí. Garland no estoy seguro de lo que hará.

Peyton meneó la cabeza en señal de negación.

—Charles, ese gran bastardo hijo de puta... —murmuró con rabia, y Tobías se removió inquieto en el sillón, sintiendo la bilis del odio rezumando en su amigo—. Sí... sabes que gran parte de mis negocios tienen que ver con industrias que trabajan para el gobierno federal. Charles me ha amenazado con cancelar despóticamente todos los contratos si no participo.

Tobías se sintió acobardado, como si de pronto hubiera adquirido conciencia de que los resortes que estaba manipulando correspondieran a una maquinaria mucho

más poderosa y sofisticada de lo que se había imaginado. ¿Quién en su sano juicio forzaría tanto las cosas para lograr aquella insensatez? Si hubiera tenido otro vaso de whisky a mano lo habría vaciado en ese preciso momento sin la menor vacilación.

Finalmente Peyton recuperó la compostura.

—Está bien. Tú no puedes ir. ¿Quién es el cuarto en discordia?

—No lo conocemos. Un tal Arthur Daugherty... creo que es informático, como tú.

Peyton le miró asombrado. Sí, no necesitaban interrogarse para expresar la misma perplejidad que en su día había sentido Tobías y que aún le inspiraba desconcierto.

—No tengo nada que ver con ello, Peyton. El equipo lo ha impuesto Charles — aclaró Tobías mientras se encogía de hombros.

Pero la explicación era innecesaria. Ambos comprendían que los hilos eran movidos por personas mucho más poderosas e influyentes.

Peyton suspiró, derrotado.

Capítulo 17

Tobías Harrelson se sentía intimidado. De nuevo comprobó la dirección que había anotado en una pequeña cuartilla tras una breve conversación telefónica con la ITCC Merriks. Era el teléfono que le había facilitado Charles y todo apuntaba que localizar a Arthur Daugherty no iba a resultar una tarea tan sencilla como había pensado. Había mantenido una conversación breve pero llena de malentendidos. Su interlocutor hablaba con un deje extraño, como de abandono, aunque Tobías no estaba muy seguro si era debido a un estado de alcoholemia avanzado, o era que realmente esa mezcla de acento californiano y fumador de hachís se correspondía con una persona que tendía a expresarse con delirantes cambios de ritmo y entonación en su hablar natural. Después de muchas preguntas sin respuesta, en las que Tobías intentó expresarle que solicitaba una entrevista y que actuaba en representación de la NASA, la persona al otro lado de la línea accedió a recibirle, no sin antes permanecer en un silencio prolongado y haber tenido que asegurar una y mil veces que no tenía nada que ver con los inspectores del fisco o los agentes del FBI. Finalmente, después de una pausa más larga de lo habitual, Tobías dudaba si había sido fruto de una intensa meditación o que el sujeto en cuestión se había quedado dormido, su interlocutor aceptó darle una cita.

Y resultó, para sorpresa de Tobías, que la dirección que le había dado aquel extraño hombre se correspondía con una de las plantas más altas del emblemático Transameric Pyramid, el edificio moderno más singular de San Francisco, una afilada pirámide revestida de cuarzo triturado con dos aletas características en sendas caras de la pirámide, y que era considerado por Tobías, uno de los edificios más icónicos del planeta.

El despacho, al que le condujo la secretaria que salió a su encuentro tan pronto abandonó el ascensor, era una estancia confortable y de un diseño sofisticado y lujoso. El parqué, bruñido y oscuro, reflejaba la luz como si fuera un espejo. Las paredes ocultas por elaboradas librerías contenían desde distintos tipos de trofeos a colecciones de libros de carácter profesional, de arquitectura, diseño o arte vanguardista. Un inmenso televisor de pantalla plana situado frente a una zona de sillones, culminaba una de las paredes. El ventanal, situado al fondo, inundaba de luz la estancia, y brindaba una vista de la bahía con el Golden Gate como colofón que estremecía por su belleza y fuerza.

Un amplio escritorio se disponía de tal manera que pudiera contemplarse el magnífico paisaje. Frente a él cómodas sillas forradas de cuero, y más allá unos mullidos sillones. No todo era lujo y buen gusto. Estaba claro que el usuario que trabajaba o recibía allí sus visitas, imprimía un sello personal y característico al despacho. Una americana tirada sobre una silla, acompañada de una corbata que se había deslizado hasta el suelo, y unos zapatos tirados más allá. Sobre la mesa que se

hallaba en mitad del conjunto de sillones descansaba, mal apoyada y con un par de palos a punto de salirse fuera, un carrito de palos de golf. A saber qué hacía allí semejante conjunto. Una botella de whisky reposaba, peligrosamente inclinada, sin tapón, sobre uno de los sillones, y un vaso medio vacío que contenía presumiblemente el mismo licor ambarino de la botella, permanecía abandonado a su lado. Algunos papeles yacían dispersos por el suelo y Tobías comprendió a poco que se fijó en ellos, que se trataba de correspondencia comercial. Alguno de los sobres estaban rasgados y su interior había caído en diferentes puntos del despacho. Era fácil de presuponer que el que las había recibido las había arrojado con furia en todas direcciones.

No había nadie allí.

Tras la mesa del escritorio un sillón giratorio, vuelto de espaldas, parecía vacío. Tobías se aproximó al ventanal y se explayó largos segundos en las vistas. Después consultó la hora. Había sido escrupulosamente puntual.

—Buenos días.

El saludo, formulado con voz chillona, directamente a sus espaldas, logró que Tobías pegara un brinco. Al volverse no vio a nadie en primer término. Después reparó en que sí, había alguien allí, aunque medio escondido. Un hombre cincuentón, de pelo rubio y un tanto desgredado, cara ajada y un rictus severo pero que disimulaba la chispa de una sonrisa traviesa, cómplice. Había permanecido sentado en el sillón giratorio, inclinado completamente hacia delante, intentando encender lo que a todas luces era un canuto. Tobías no pudo evitar un gesto de reproche que desencadenó una amplia sonrisa en el hombre.

Sin embargo, el anfitrión abandonó la idea y arrojando la colilla a la papelera, salió a su encuentro, descalzo y con una mano tendida hacia él, que Tobías estrechó sin excesivo entusiasmo. Pero el hombre tomó su mano indecisa y la sacudió con energía.

—Así que usted busca a Arthur Daugherty... —murmuró mientras se volvía hacia su sillón giratorio.

Tobías también murmuró su nombre pero era evidente que su interlocutor había cambiado drásticamente de ocupación. Ahora prestaba atención a sus pies. Se sentó con desgana en uno de los sillones y replegó las piernas a fin de acceder con facilidad a sus dedos y la emprendió con un cortaúñas que tenía sobre la mesa.

—Dígame... dígame buen hombre qué puedo hacer por usted... —Había sorna a raudales en la frase.

—Necesito localizar a Arthur Daugherty y el suyo es el contacto que me han facilitado.

Tobías carraspeó y se acercó. Esperó a que le invitara a sentarse, pero puesto que el ofrecimiento no llegaba, se subió ligeramente la pernera del pantalón y se acomodó en el borde del sillón.

—Como le indiqué ayer por teléfono, vengo como delegado de la NASA... — Tobías sentía su mandíbula tensa y su voz más grave de lo normal.

—De la NASA ¿eh?

El hombre le miró ceñudo, a través de los largos flecos que medio ocultaban sus ojos, sin cambiar la orientación de su cara, volcada en la labor de pedicura.

—Siga, siga... le escucho atentamente...

—Como digo, mi representación es para ofrecer un puesto en la próxima misión espacial que está a punto de iniciarse... necesito a un tal Arthur Daugherty. Me facilitaron su teléfono...

El hombre detuvo su operación, con semblante preocupado, y miró con severidad a Tobías.

—¿De dónde dice que venía?

—De la NASA...

Tobías se rearmó de paciencia. Desconocía qué papel desempeñaba en aquel reclutamiento y por qué era el contacto facilitado por Charles para completar el equipo, pero era evidente que su perfil no parecía el indicado para el puesto de astronauta.

—De la NASA... —remedó varias veces y al final terminó en un canturreo—. ¡Coño! —gritó de pronto, tanto que Tobías se inquietó—. Joer, que casi me corto el dedo. Maldita sea.

Se volvió con cara de enfado hacia Tobías, como si este tuviera la culpa.

—¿Y usted qué diantres quiere de mí? —preguntó con tono violento.

—Le repito, la NASA me ha facilitado su contacto a fin de hacer llegar a Arthur Daugherty una oferta muy particular. Un puesto de astronauta en la próxima misión espacial de la cual yo seré director de vuelo.

—Ah... —Fue un «ah» prolongado que primero escaló varias notas de la escala musical y después bajó progresivamente hasta terminar en los tonos más graves.

Finalmente asintió varias veces.

—Y usted no sabe por qué la NASA quiere a Arthur Daugherty en esa misión, ¿verdad?

—Tengo entendido que se trata de un informático...

—Sí... es un informático con el cual yo tengo cierta relación, ¿sabe? Podríamos decir que trabaja para mí. Una mente brillante el tipo ese. ¿Creen que voy a permitir que se lleven su precioso cerebro para hacerle experimentos en el espacio o algo así?

Tobías se sintió confundido.

—No se va a experimentar con ...

—Calle, calle —interrumpió el hombre mientras se mordía ligeramente la lengua y aplicaba toda su pericia al siguiente corte de uña—. ¿Sabe lo que es una cláusula de rescisión?

Tobías dudó en responder, pero asintió.

—Son cláusulas para impedir que la competencia se me lleve a mis buenos chicos informáticos. Arthur tiene una de cien millones de dólares... así que si suelta la pasta gansa se lo regalo, pero si no, más vale que empecemos a hablar de otro tema... tengo otros asuntos en mente, asuntos importantes. —De pronto el hombre clavó fijamente la mirada en Tobías, que se sintió desconcertado. Apareció la sonrisa de complicidad y le guiñó un ojo—. Adivine quien es el amante del bombón que tengo de secretaria.

La sonrisa del hombre se amplió y mostró una hilera de dientes amarillentos. Después, regresó a su ocupación con frenesí.

—La NASA no dispone de ese dinero, —comentó Tobías con parsimonia, emitiendo un suspiro final—. Aún así me gustaría hablar con el tal Arthur Daugherty.

El hombre lo ignoró completamente.

—Si es necesario se dispondrá de esa persona sin su consentimiento. El gobierno tiene medios... —Tobías habló con la frialdad de una persona a la que la conversación le está resultando aburrida.

—Ah ¿sí?... permítame que lo dude seriamente. Lo cierto es que... Arthur Daugherty está muerto.

Tobías se sentía exasperar. No había conseguido dar con Arthur Daugherty y aquella conversación infantil lo estaba sacando de quicio.

—Verá, llega tarde. Arthur era uno de mis activos más codiciados, —prosiguió el hombre—, tanto que una multinacional rival creo que intentó llevárselo a toda costa... Su cuerpo permanece sin identificar en alguna morgue de la ciudad... pero sí, está muerto.

—Señor, según me indicó que le avisara, su padre está subiendo por el ascensor. —La secretaria había entrado sigilosamente en el despacho, emitiendo el anuncio pertinente, y regresado a su puesto sin inmutarse por cuánto de raro pudiera suceder en el despacho. Tobías reparó, esta vez sí, en el cuerpo escultural de la joven secretaria.

Pero el semblante del hombre había cambiado por completo.

—¡El viejo! —Gritó—. Por compasión... ayúdeme... —Su voz era un susurro suplicante.

Rápidamente cogió la copa de whisky y vertió su contenido en una maceta cercana. Después corrió con la botella y el vaso y los depositó torpemente en el mueble bar. Tomó los zapatos y calcetines y se los pasó a Tobías para que se los llevara, cuestión que aceptó hacer sin ocultar el desagrado que le producía esa ayuda. La correspondencia que yacía por el suelo la empujó con los pies, aún descalzos, bajo el sillón más cercano. Vació un cenicero sucio en la papelera y después lo limpió concienzudamente con parte del faldón de su camisa que quedaba por fuera del pantalón, para finalmente depositarlo sobre unos papeles que descansaban en una esquina del escritorio. Tobías echó un vistazo y comprendió que no era un cenicero, sino un pequeño trofeo que prestaba labores de pisapapeles sobre la mesa de su

titular. «Capitán torneo de Golf. Aegon. California». Letras doradas grabadas en bajo relieve sobre una superficie de piedra blanca cortada impecablemente.

—Rápido, rápido... —instó el hombre a Tobías para salir apresuradamente del despacho.

Tobías aceleró el paso y cuando salió de la oficina llegó a tiempo de ver intercambiar un tórrido beso de despedida con la que el hombre obsequiaba a la secretaria de su padre.

Tobías suspiró y emprendió camino por la escalera de incendios, en pos de su extraño contacto, que aún descalzo, brincaba de escalón en escalón mientras profería maldiciones por su mala suerte. Mientras tanto, a su espalda, sonaba la campanilla que anunciaba la apertura de la puerta del ascensor y la presumible llegada del progenitor de aquel excéntrico personaje.

* * *

La siguiente media hora le resultó a Tobías de las más extrañas que había experimentado en su vida. Habían descendido hasta la planta del garaje y allí el hombre le indicó que subiera a un coche de aspecto lamentable. Se trataba de un viejo Cadillac de interior forrado en cuero rojo, que presentaba serios credenciales para el desguace. Su carrocería había sido devorada por el sol, sus cromados se hallaban cubiertos por una pátina de óxido, y la capota, pues se trataba de un modelo descapotable, mostraba las cicatrices de innumerables remiendos efectuados con cinta de embalar.

—Siento cierto aprecio por esta joya... —explicó el hombre mientras se aplicaba en la tarea de calzarse sus zapatos sentado sobre el chasis del vehículo.

Poco después abandonaron, todo lo raudo que podía permitirse el estrafalario vehículo, el Transameric Pyramid y se dirigieron hacia la zona residencial más cara de San Francisco, el barrio de Pacific Heights. El recorrido serpenteó entre manzanas de edificios cortadas por un patrón simétrico, durante el cual el cincuentón no paró de hablar de los asuntos más variopintos, introduciendo siempre en sus disertaciones un vocabulario soez que empezaba a irritar a Tobías, cuando no a marearlo. Finalmente, tras doblar una esquina, introdujo velozmente el vehículo en el garaje de un chalet de diseño vanguardista. El cadillac se detuvo con un agudo chirrido de frenos y Tobías comprendió que parte del mareo devenía del estruendoso palpitar del motor, que una vez cesó, supuso una verdadera bendición para sus oídos.

Por lo que pudo ver fugazmente del exterior de la casa, se trataba de un chalet pintado de un blanco pulcro en el que se insertaban elementos arquitectónicos forrados de piedra de tonalidades grises. Las puertas del jardín se cerraron tan pronto la cruzaron. Un *porsche* de un color rojo chillón de aspecto impoluto ocupaba un lugar preponderante en el amplio garaje.

El hombre le indicó entonces que le siguiera y accedieron al interior de una mansión de curiosos contrastes. Mobiliario vanguardista inserto en un inmueble de diseño de estructuras y materiales clásicos, que acrecentó en Tobías la sensación de excentricidad y dudoso gusto de aquel hombre.

Entonces el anfitrión se deshizo de su camisa y el pantalón de vestir, que arrojó junto con la chaqueta del traje y una corbata roja, sobre uno de los sillones de la sala de estar. Le rogó a Tobías que esperara, y al poco tiempo reapareció con camiseta y vaqueros de marca. Le ofreció tomar algún refrigerio que el afroamericano rechazó y él reapareció al poco tiempo con una lata de refresco en la mano y un aire ufano, como satisfecho de sí mismo.

—Le voy a explicar, —dijo finalmente el hombre, abordando el tema que verdaderamente preocupaba a Tobías, como si estuviera a punto de hacer una importante declaración—. Arthur Daugherty era el alma mater de mi empresa. Sin él ya no soy nadie. No sé si lo entiende del todo...

—Creo que estoy perdiendo el tiempo con usted. No sé realmente quién es...

—Eso es fácil... puede echar un vistazo al listado de cien tipos con menos de sesenta tacos más ricos del mundo. Forbes lo publica y es fácil de localizar en internet. Me verá muy bien situado. No tardará en dar conmigo, se lo aseguro.

—Me alegro por usted.

—Gracias, caballero.

—Pero necesito a Daugherty, no a un millonario que no haya llegado a los sesenta años de edad —se quejó Tobías.

—Usted no sabe por qué lo necesita —sonrió su interlocutor después de un trago del refrigerio. Al finalizar eructó, provocador.

Tobías guardó silencio y el otro rio con ganas.

—Lo sabía. Es un correveidile. ¿Usted obedece siempre así? Tan dócilmente... ah, si supiera. Usted a quien necesita es a Crazybit.

Tobías enarcó las cejas.

—Sí... no ponga cara rara... Crazybit es a quien necesita. Todo el mundo conoce a Crazybit en la red.

—Crazybit... bien —murmuró Tobías mientras tomaba nota mental del nombre. Tal vez fuera fácil de identificar en internet. De hecho tomó su móvil y realizó una búsqueda con ese nombre.

—Usted no sabe que Crazybit fue el único entre los miles de informáticos y hackers que consultó la NASA para descifrar un jeroglífico. Solo Crazybit lo logró. Un hacha ¿no cree? Lo que sucede, es que a la NASA no se puede ir con un nombre como Crazybit... unos tíos tan estirados necesitan a alguien más formal.

—¿Un jeroglífico? ¿Qué jeroglífico?

Tobías dejó su búsqueda a medio terminar. Pero el hombre rio con fuerza y finalmente se apartó la pelambrea que caía sobre su rostro. Parecía más sereno, aunque una sonrisa mordaz aún figuraba en su semblante.

—Debería pedirle más explicaciones a su jefe, Charles. ¿Sabe que lleva un tiempo largo detrás de mí para conseguir a Crazybit? Pero usted me gusta, Tobías. La verdad... pensaba que me iba a enviar a algún tío desagradable, pero usted parece buena gente. Está claro que es demasiado formal, demasiado recto, demasiado estirado. —Tobías empezó a sentirse molesto—. Pero me gustan los tipos como usted. Se les ve llegar a la legua... —El hombre se rio—. No se lo tome a mal. Me refiero a que usted es de los que van de frente. Como un Gary Grant de la vida... o mejor aún, un Sidney Poitier. —El hombre pareció sentirse ufano por la comparación—. ¡Cacaculopedopis! —Soltó de pronto para sorpresa de Tobías y se echó a reír al ver su expresión de desagrado—. Ajá, es usted un tipo de lo más formal —Y se dedicó a canturrear, como el estribillo de una canción infantil, su extraña composición, que cuanto más evidentemente molesta resultaba a Tobías, más parecía divertir a su compositor. Pero cuando Tobías hizo el gesto de empezar a levantarse para abandonar la reunión, la broma del hombre cesó abruptamente—. Tan buena gente que da la impresión de que aún no sabe de qué va esto. Le comentaré que la NASA ha estado realizando un estúpido proceso de selección... basado en descifrar un código bastante simple, por cierto, desde hace tres años, más o menos. Al principio lo dejaron en manos de la NSA, pero los muy cutres no pudieron con ello. Después solicitaron ayuda a hackers famosos, criptógrafos profesionales, genios informáticos, la *crème de la crème*... y después a empresas como la mía.

Tobías pudo percibir como el pecho del cincuentón se henchía de orgullo.

Allí estaba. La búsqueda finalizó en su móvil y varios vídeos de Crazybit figuraban disponibles... un *Youtuber* muy famoso al parecer. También figuraba en Twitter con un sinfín de seguidores. Una de las búsquedas ofrecía un texto relevante: «Crazybit, alter ego de Arthur Daugherty».

El hombre se levantó y paseó por la habitación mientras encendía un gran televisor LED.

—No sé, me parece incluso posible que pudiera lograr que Crazybit colaborara con ustedes después de todo, —dijo despreocupado mientras pasaba de un canal al siguiente—. Tal vez resulte divertido... usted mismo me resulta divertido... así, pegados los ojos a su chisme, localizando a Crazybit con desesperación. ¿Qué piensa hacer cuando lo encuentre? —Rio con ganas.

Pero Tobías ya veía uno de sus innumerables vídeos. Una peripecia en snowboard. El citado Crazybit se deslizaba por una pendiente de nieve, ascendía un repecho pronunciado y salía volando haciendo una espectacular serie de volteretas mortales, hasta aterrizar milagrosamente sobre la nieve. Un grupo de colegas gritaban pletóricos por la gesta y el tal Crazybit se acercaba a ellos. Abrazos y apretones de manos. Finalmente Crazybit se retiraba las gafas de esquí. Por un segundo Tobías distinguió sus facciones con total claridad.

—¿Qué sucede hermano? ¿Ha descubierto algo realmente estremecedor en la *deep web*?

Allí estaba. No cabía duda al respecto. Crazybit era el tipo que tenía frente a él, tumbado despreocupadamente sobre el sofá, haciendo zapping en un televisor que debía costar una fortuna. Claro como el agua. Una breve biografía le atribuía la creación de un virus, *crazybit*, con el que ganó notoriedad, aunque el FBI nunca pudo atribuirle la autoría del mismo. Poco después creaba la famosa empresa de tecnología antivirus que lo hizo millonario.

—Bueno... se acabó la broma —dijo Tobías con gesto de fastidio—. ¿Qué era ese código del que me estaba hablando?

Crazybit le guiñó un ojo. Se levantó y paseó por la habitación de aquí para allá mientras hablaba sin cesar. Tobías se preguntó si no se pararía alguna vez. Tenía ganas de sujetarlo con cuerdas a una silla y someterlo a un tercer grado.

—En realidad fue como un juego de niños. Me resultó extremadamente sencillo dar con el significado del código... Un código octodecimal que resultó fácil de trasponer con un abecedario convencional... Bueno, fácil..., para una mente como la mía es fácil. Me limité a hacer un programa que ofreciera infinidad de combinaciones posibles. —El hombre miró con complicidad a Tobías y le habló en un susurro—. ¿Quiere saber lo que decía, verdad?

Lo cierto es que Tobías no era especialmente curioso, pero le había intrigado aquel sofisticado sistema de selección. Aguardó a que Crazybit desembuchará.

—Ah... —suspiró entonces largamente—. Ya le gustaría al Crazybit poder contárselo... pero obligaron al menda a mantener el secreto. Una cláusula de confidencialidad de los cojones, y además según mis abogados, que cobraron una pasta por decirme que, básicamente, si soltaba prenda lo tendría chungo. Así que... tenga por seguro que Crazybit arde en deseos de revelarle el misterio, pero no quiere pasarse lo que resta de vida en un penal, ¿comprende, verdad?

Y Crazybit se volvió a reír de su propia broma, lo cual empezó a exasperar a Tobías. Suspiró y se refugió en la fortaleza de su paciencia. La edad le había enseñado a esperar. No sería el primer engreído al que tarde o temprano vería caer.

—Oh, venga ya, señor Harrelson. No vaya a estropear ahora la tarde con lo bien que se lo está pasando Crazybit. Si usted va a ser el jefe de misión habrá una serie de cosas que deba saber de mí... Desde luego le advierto que no emplee conmigo el insulso nombre de Arthur Daugherty, pues, como le dije, esos apelativos están muertos para mí. También le diré que impondré ciertas condiciones que son importantes, porque, así, entre nosotros, le confesaré que Crazybit es un tío peñazo como pocos, que pone condiciones, y si ve que la peña se las salta, coge vuelo rápido, ¿*capisci*?

Tobías resopló y se recostó en el asiento. Después de todo, la entrevista que lo ocupaba estaba resultando la peor. El hombre retomó la palabra.

—Lo cierto es que con Daugherty Software no ha ido mal la cosa. Crazybit es un hacha con esto de jaquear ordenadores, meter troyanos en los correos de empresa o idear bombas lógicas... por puro divertimento el Crazybit se hizo un hueco en el hall

de la fama del jaqueo hace ya un tiempo. Lo puedo contar porque es *vox populi*. Hace unos años revolucioné el software del arbitraje financiero... no quiero aburrirle con largas explicaciones técnicas, pero descubrí que las diferencias de cotización entre distintos mercados y distintas divisas ofrecían una oportunidad. Hablamos de fracciones de céntimos de diferencia... pero teniendo en cuenta que nos movemos en mercados que mueven billones de dólares al día... puede hacer cuentas. Así que Crazybit descubrió que en el capitalismo se puede ser un auténtico corsario con todas las de la ley. Ahora me muevo en el mundo de las criptodivisas y soy lo que algunos llaman, no sin una envidia malsana, una ballena. —Crazybit se dejó caer pesadamente sobre uno de los sofás de cuero blanco de la sala de estar, frente a Tobías. Le miró desafiante—. Pero lo que realmente le pone a Crazybit hoy en día es alimentar su canal de Youtube. Crazybit no va a satisfacer a su ego comentando cuantos millones de seguidores tiene, pero aparte de una lujuriosa cantidad de pasta que le procura ese negocio, Crazybit disfruta con su peña. Eso mola, ¿entiende lo que quiero transmitirle con esto?

El flequillo largo de Crazybit tendía a caer sobre su frente y ocultaba sus ojos. Cada cierto tiempo ladeaba la cara, y con un rápido giro del cuello, apartaba el cabello que ocultaba parcialmente los ojos, con el estilo de una *top model* y que a Tobías le resultaba especialmente ridículo. Siempre se había considerado una persona paciente y comedida, pero algo en aquel hombre lograba exasperarle, aunque no sabía decir exactamente qué faceta del personaje despertaba con más brío esa pasión.

—Sí, veo que asiente, serio como una vaca rumiante que se ha tragado un pato de plástico enredado con el pienso. Verá. Tengo mis condiciones para aceptar esta... amable solicitud espacial. Veamos... como lo diría... Sí, Crazybit solo aceptaría la solicitud siempre que sus vídeos puedan ser subidos a la red sin injerencia alguna de la NASA o cualquier otra instancia gubernamental o empresarial. A Crazybit no le preocupan sus emolumentos... —el hombre rio con desgana—. Si usted fuera yo, comprendería fácilmente que el dinero no es algo que debiera preocuparle. Sin embargo, la fama... eso es algo que inspira profundamente al Crazybit, señor Harrelson.

Tobías resopló.

—Ese es un tema que tendré que consultar.

Crazybit le indicó entonces, con un leve gesto de cejas y con la mano extendida en un deje condescendiente, que no había objeción, que llamara a quien debiera llamar que él aguardaría pacientemente.

Tobías se levantó pesadamente de su asiento y salió al exterior a través de un amplio ventanal que contaba con puertas correderas. El sol del mediodía quemaba. Al menos en el jardín hablaría con intimidad sin la injerencia del millonario entrometido. Se puso las gafas de sol y marcó el número particular de Charles.

Charles ni se molestó en saludarle. Era como si esperara la llamada.

—¿Y bien?, —preguntó con voz impaciente.

—¿Y bien? —Replicó Tobías que notaba que la sangre afluía a la cabeza y la tensión se acumulaba en los hombros—. ¿Y bien? Eso es lo que pregunto yo. ¿Qué significa eso del código que descifró este personaje esquizofrénico, Arthur Daugherty alias Crazybit? He quedado como un paleta hablando con él. Creo que habría sido mucho mejor si me hubiera informado sobre el mismo.

Charles soltó una sarta de tacos, con tanta furia, que Tobías alejó el teléfono de su oreja. Cuando se calmó retomó la conversación. Charles le preguntaba con insistencia.

—¿Qué diablos le ha contado ese idiota? Tenemos un acuerdo de confidencialidad y le podemos empapelar si dice una palabra de más. ¿Qué dijo ese hacker por Dios?

—Nada, que fue seleccionado por descifrar un código. No dijo nada de su contenido...

—¿Y su procedencia?

—Nada, tampoco dijo nada. —Tobías se sentía cada vez más escamado por aquel hermetismo. Charles por otro lado pareció calmarse súbitamente. Su voz sonó completamente distinta.

—Está bien... está bien. Dejémoslo así, Tobías. Era necesario seleccionar a una persona con habilidades informáticas y... bueno, aunque contamos con Peyton, nos parece que ya no es el que era...

La voz de Charles le pareció a Tobías de pronto como la de un hombre viejo y cansado. Al nombrar el «código» se había enervado, y el susto lo había agotado. Tobías comprendió que no tenía nada más qué esperar del administrador de la NASA en esa materia.

—El hombre este, Crazybit, es el tal Arthur Daugherty que buscaba... Crazybit se hace llamar en las redes sociales, al parecer. También fue el nombre con el que bautizo a su primer virus. Todo talento al servicio del bien.

—Me temía algo así. Nunca llegamos a conocerlo realmente y toda la comunicación fue encriptada y secreta. La propuesta se formuló a Daugherty Software, pero él siempre nos dijo que había sido su informático más brillante el que tenía todo el mérito, sin decirnos de quién se trataba. Por eso fue siempre el dueño de la empresa nuestro único contacto. Cada vez que indagábamos sobre el susodicho informático el único nombre que nos topábamos era con Arthur Daugherty. He hablado con él alguna vez. Sí... un cretino exasperante, —concluyó Charles con tono de fastidio.

—Eso no es todo. El tal cretino es un *Youtuber* chiflado. Al parecer disfruta de lo lindo colgando vídeos exhibiendo sus proezas atléticas, desvelando trucos de videojuegos, y hasta tutoriales de hackeo tiene... por lo que he podido ver por encima. Varios millones de seguidores... Posee un canal potente.

—Está bien, Tobías, te creo... ¿y? —Voz impaciente de Charles. Había desaparecido el trato cordial que denotaba la preferencia por su persona de tan solo

unas semanas atrás.

—Quiere seguir colgando vídeos.

—Pues que lo haga, carajo.

Tobías permaneció en silencio, aguardando a que Charles acabara de comprender el calado de la solicitud.

—¡Maldición! ¡Joder no!... —Una larga pausa. De nuevo apareció Charles con la voz de persona agotada—. Está bien, está bien... necesitamos al hombre.

—Dice que nada de censura.

—No. Ni hablar. Podemos aceptar todo menos eso. Si no lo entiende ya me da igual, pero todo cuanto cuelgue en la red tiene que ser supervisado. Sencillamente es imposible... el entrenamiento, el calendario, la misión... no puede ser despachado alegremente al público. Supervisado, Tobías. De ahí no me desdigo.

—¿Por mí? —preguntó Tobías, aunque conocía la respuesta de sobra.

—No. Para eso está Lionel, —de nuevo resignación—. Él es un perro de presa. Mejor que sea él y sus chicos.

Lionel, por supuesto, el perro de presa, una acertada descripción, pensó Tobías no demasiado contento.

Charles se despedía ya, pero Tobías le pidió que no colgara aún. En el interior de la casa, Crazybit, sentado sobre el sillón, con las piernas cruzadas, le miraba fijamente a través de su pelambreira. Diría que estaba delectándose unas palabras a fin de recordarle algo en su conversación con Charles. Rogó a este que aguardara y prestó más atención al movimiento de los labios de Crazybit.

«Cacaculopedopis».

Capítulo 18

Tobías Harrelson se adentró en la pequeña sala de conferencias situada en uno de los edificios del complejo del Centro Espacial Johnson, en las afueras de Houston. Una estancia de fisonomía circular, con una grada escalonada que rodeaba el centro de gravedad de la sala, y justo allí, un atril desde el cual el orador se dirigía a su público. Tras él una gran pantalla permanecía apagada. La iluminación era débil y el aire acondicionado aliviaba el sofoco que el afroamericano experimentaba.

Cuando llegó frente al atril dispuso un breve memorándum sobre el mismo, tragó saliva, conectó el dispositivo en el que guardaba la información que desplegaría en su exposición, y finalmente levantó la vista hacia su escaso público.

A su derecha Garland Sutton le miraba con semblante tenso. Su rostro, pese ser agraciado, llevaba muchos años soportando un rictus de gravedad que había endurecido sus rasgos. Un poco más allá, en segunda fila, Georgina, permanecía igualmente seria, aunque su semblante más relajado aportaba una expresión más amigable y serena. Unas filas más atrás, donde apenas llegaba la luz, se emplazaba la silueta inquietante de Crazybit. Tobías evitaba mirarlo directamente. Sus ojos, ocultos tras la pelambreira enmarañada que caía desde su frente, no presagiaba nada bueno a Tobías, que ya consideraba al hombre como a un elemento absolutamente incontrolable y cuya inclusión en el equipo desaconsejaba, cuestión esta en la que ya había insistido reiteradamente a Charles.

En el extremo izquierdo se hallaba el asistente que más dudas suscitaban a Tobías, Peyton Sharrow. Llevaba años sin tener ningún contacto con Garland, y bien sabía Tobías que su animadversión por él no había decaído un ápice. Los ojos insondables del informático y empresario no presagiaban nada bueno, y miraban con severidad y desaprobación. De igual manera que años atrás aquel primer equipo de la *Trinity* había sido dejado de lado después del fatídico incidente de Beverly Hills, Tobías presentía que el actual intento por llevar a esos astronautas a la Estación Espacial Internacional acabaría en la misma vía muerta. Su única esperanza es que llegados a un momento crítico, que él no deseaba pero temía, Charles no tuviera más remedio que admitir que rodara alguna cabeza y dejara la puerta abierta a algún miembro nuevo que no fuera conflictivo. No comprendía el afán de Charles de forzar las cosas hasta lo imposible, añadiendo más leña al fuego al proponer a Crazybit como cuarto en liza. Tobías comprendía que el tripulante más prescindible sería Garland, pero no quería ni pensar en la posibilidad de sugerir eso a Charles. Se sentiría como un inmundo traidor si se expresaba en semejantes términos en relación a su amigo.

Por último comprobó la asistencia de un último participante, uno que a esas alturas habría dejado a todos los presentes perplejos; el coronel Lionel Martin. Había elegido como asiento una posición equidistante de la pléyade de astronautas que le

rodeaban. Con su uniforme caqui y su pelo cortado al uno parecía un marine recién salido de la instrucción. Las flamantes condecoraciones y las estrellas que lucían sus hombreras alejaban de su persona la bisoñez que podría aparentar sus rasgos jóvenes o sus mejillas exquisitamente afeitadas, aún sonrosadas.

Tobías saludó con voz vacilante. Sintió que la tensión se traslucía en sus cuerdas vocales por lo que se aclaró la garganta. Su discurso se afianzó y al poco se desenvolvía con su habitual seguridad.

—Señores, la NASA nos ofrece a todos una nueva oportunidad. Es absurdo que hable de lo que nos une y nos enfrenta unos a otros... especialmente a los que nos conocemos de años atrás. Voy a partir de la premisa de que somos personas adultas, sabemos por qué estamos aquí, tenemos la posibilidad de ayudar en una misión espacial, y la NASA ha solicitado nuestra colaboración... No se trata de que cada cual considere lo que egoístamente le conviene, sino de asumir que es la nación la que nos convoca. —Tobías hizo una pausa y dedicó una mirada decidida a cada uno de los expedicionarios—. Y supongo que si estamos aquí es porque queremos hacerlo. Sí, también es una revancha para todos nosotros, no puedo dejar de reconocerlo. Por mi parte no podré formar equipo como me hubiera gustado, pero puedo estrenarme como jefe de misión, y es algo que acometo plenamente convencido de mi capacidad. Desde mi infancia he soñado con un momento así y espero que por nada del mundo esta nueva ocasión se trunque. —Tobías hizo una larga pausa. Quería cambiar el registro de su discurso introductorio—. Pero tampoco podemos olvidar que estamos en deuda. Sí, estamos en deuda con esta institución y con la ciencia, y sobre todo, con los años de esfuerzo que tantos profesionales que integran esta casa nos dedicaron para trasmitirnos lo mejor de ellos mismos, de sus conocimientos y valores. ¿Vamos a devolver esa gratitud con un miserable comportamiento egoísta? No, espero que no. Recuerdo tantas caras y nombres de personas a las que respeto, que la posibilidad de defraudar sus expectativas me resulta intolerable. No... todos nosotros, se lo debemos. —Por último concluyó remachando cada una de las palabras que dijo—. Tenemos que dar lo mejor de nosotros mismos.

Por dentro pensó, «no la jodáis esta vez, porque de lo contrario...». Su mirada a cada uno de los integrantes de la misión intentó transmitir esa advertencia.

Hizo una pausa que aprovechó para tomar un trago de una botellita de agua que se había llevado con él. La necesitaba. Se percató del brillo del objetivo de la videocámara que pendía del techo, al fondo de la sala. Pensó que seguramente Charles estaría observando desde su despacho.

Accionó con el ratón que disponía en el atril las diapositivas que instruían sobre el objeto de la misión espacial para la cual iban a ser reclutados.

—MS 505, —dijo en voz más alta y cambiando su tono vehemente a otro neutro—. Esta es la denominación de nuestra misión. No es algo tan espectacular a primera vista como la *Trinity*, desde luego. Hoy en día el viaje a Marte está descartado por décadas, como lamentablemente todos bien sabemos. —Tobías alternaba imágenes

conforme hablaba—. Como pueden observar se trata de una nave *Soyuz* que será lanzada desde la base de Baikonur en Kazajistán. Es un milagro que aún la Estación Espacial siga flotando sobre nuestras cabezas, dada la gran cantidad de iniciativas de diversos senadores de todo signo, dispuestos a recortar gasto espacial y acabar con todos y cada uno de los programas de exploración. Si hemos logrado frenar su desmantelamiento ha sido debido a la influencia directa del propio presidente de la nación, que ha desactivado estos intentos uno a uno. Eso sí, la Estación Espacial está bajo mínimos. Se han distanciado tanto las misiones de reabastecimiento y sustitución de astronautas que en la actualidad se ha llegado al límite de los plazos. La MS 505 es una misión de urgencia y por eso se requiere de personal que tenga preparación debida. Al parecer en estos últimos años no se ha formado nuevos astronautas y la NASA está echando mano de sus... del personal más idóneo del que dispone.

Tobías se dio cuenta que había dado, sin pretenderlo, un tono desesperado a su conclusión. Ciertamente era que si el equipo presente era la «mejor opción», la razón de ello debía ser que tal vez fuera la «única opción».

Entonces dio paso a una serie de diapositivas en las que explicó en qué consistiría la misión. Un periodo de sustitución de varios meses en la ISS en los que se proseguirían diversos tipos de experimentos para los cuales serían formados durante un corto periodo de adiestramiento. A la NASA le resultaba más económico eso que capacitar a biólogos y bioquímicos para el viaje espacial, formación con la que ya contaban casi todos ellos... todos salvo Crazybit, cuya presencia allí resultaba a Tobías desconcertante, por más que leyera y relevara su programa de adiestramiento. Mantenía la personal convicción, dijera aquel hombre lo que dijera, que la NASA había empezado a vender billetes a la Estación Espacial a fin de buscar patrocinadores privados para sus misiones, algo que resultaba tan patético que era conveniente no divulgarlo. Se extendió en las explicaciones relativas a los detalles del lanzamiento, órbita y tiempo de acople a la estación. Información técnica que ya había estudiado concienzudamente en los últimos dos meses y que, como director de vuelo, debía establecer con máxima rigurosidad. Su coordinación con la agencia Roscosmos era uno de los aspectos más oscuros hasta el momento, pero Charles se había limitado a dar todo por sentado sabedor de que cuando llegaran las fechas claves todo se desarrollaría perfectamente.

—Debe tenerse en cuenta, —prosiguió Tobías—, que la vieja estación espacial tiene ya varios módulos que han dejado de estar operativos. La incapacidad de arreglar algunos desperfectos de sus hábitats debido a la falta de presupuesto ha obligado a su cierre. Aún así la Estación es una instalación enorme y su estancia allí les resultará todo lo cómoda que la vida en el espacio puede ser.

—Desde luego no será como en la *Trinity*... —La voz clara de Georgina fue la primera que rompió la monotonía de su discurso.

Tobías asintió.

—Sí, evidentemente la *Trinity* estaba preparada para que el módulo vital generase su propia gravedad a través de la generación de fuerza centrífuga... la ISS evidentemente no cuenta con esa... comodidad. Pero salvo esa razón...

—¿Cuándo partiríamos? ¿Hay fecha prevista?

Georgina era la única que preguntaba.

—Dos meses. En concreto el lanzamiento del *Soyuz* será el próximo trece de junio. Como ven vamos muy justos de tiempo.

—¿Cuál es el porcentaje de éxito de dichos lanzamientos? Tengo entendido que cada cierto tiempo... bueno, ya saben, broummgggrrr... —Crazybit se extendió en la onomatopeya de una explosión mientras sus manos y brazos dramatizaban el acontecimiento con gran exageración.

Tobías experimentó una súbita subida de tensión, pero respondió rápidamente.

—Es un porcentaje aceptable... Toda misión espacial tiene ciertos riesgos. Sí, es aceptable. He estudiado el asunto. Si pudiera, yo mismo iría. —«Si pudiera, yo mismo lo estrangularía», pensó sin embargo para sí mientras miraba al incordio de Crazybit con el ceño fruncido.

—Muy desesperada está la NASA si tiene que reclutar a un equipo que en su día ya resultó descartado. —Peyton dirigió una mirada cargada de intención a Garland—. No tengo problema alguno en participar, pero albergo serias dudas sobre la idoneidad de algunos de los integrantes de la misión.

Garland devolvió la mirada a Peyton lleno de enojo. Tobías observó como resoplaba. Crazybit emitió un largo y agudo silbido, porque también se sintió aludido, pero en su caso Tobías dedujo que la provocación le había divertido.

—¡Basta! —exclamó Tobías—. Me da igual lo que piensa cada uno. El administrador cuenta con este equipo. No juzgaré sus razones. De lo que estoy seguro es de que voy a llevar a la MS 505 a la Estación Espacial Internacional con todos ustedes dentro, les guste o no. Si es necesario los encadenaré y los mantendré sedados con morfina, ¡pero irán!

Peyton se rio levemente ante las palabras de Tobías, y comprendiendo que la conferencia de presentación de la misión había concluido, optó por levantarse y abandonar la sala, limitándose a despedirse de Tobías con un gesto de la mano que se llevó a la sien, al estilo del saludo militar. Garland hizo otro tanto segundos después, aunque se despidió de Tobías más formalmente estrechándole la mano. Ni siquiera miró hacia Georgina, fue algo que evitó voluntariamente. Tobías se reclinó sobre el atril. Le habría gustado explayarse con más detalle en diversos aspectos de la misión, pero lo cierto era que al menos no había estallado una crisis en la primera reunión del equipo, y eso ya era un éxito. A la mañana siguiente empezaba el programa de formación y capacitación. Se reunirían en una sala de trabajo, más pequeña, y el contacto entre ellos empezaría a ser más intenso. Suspiró abatido.

Una risa ligera y un tanto burlona llegó amortiguada desde lo alto de la grada. Lionel Martin se reía de sus palabras.

—Parece pretenciosa esa afirmación de que usted llevará la *Soyuz* con esta gente a bordo. Realmente ninguno de ustedes es consciente de la oportunidad que tienen, y de que quizás esta sea la última misión oficial de la NASA antes de que la USAF asuma por completo el programa espacial, —Lionel se puso en pie y avanzó hacia el estrado donde se encontraba Tobías—. Sí, mi consejo es que la aprovechen. La NASA no ha tenido más remedio que contar con ustedes, y eso no es otra cosa sino un síntoma, un... como diría, una evidencia, ¡la prueba!, de que los días de la Agencia están contados. Resulta patético ver un equipo como este... y pensar que la esperanza del administrador descansa sobre ustedes... me hace mucha gracia, sí. Creo que esto va a ser divertido.

Lionel se disponía a abandonar la sala pero Tobías no pudo reprimir una recriminación que hacer al oficial.

—Sé cómo presionó en su día a Ed Kersey... era amigo mío. Se comportó como un canalla. Estoy convencido que fue su actitud lo que le empujó al suicidio. No espero nada bueno de alguien como usted.

Lionel clavó por un momento sus ojos claros en Tobías, como si sopesara el verdadero valor de esas palabras, pero finalmente optó por desestimarlas. Tras una mueca de desprecio se giró y abandonó la sala.

—Bravo, Tobías. Te has convertido en el domador de una manada de leones. No te envidio lo más mínimo. —Georgina se acercó al estrado, al igual que hacía también Crazybit, que bajando las escaleras detrás de la mujer, no dejaba de observar sin disimulo los detalles de su silueta femenina. A Tobías no le hizo ninguna gracia esa actitud, es más, le molestó, pero calló.

—Georgina, te presento al compañero de la misión que me sustituirá a bordo...

—Crazybit... —se presentó el hombre, mientras hacía una simpática reverencia y estrechaba la mano de la astronauta—. Soy Crazybit... aventurero intrépido y ardoroso amante. A diferencia del resto de los presentes, y sin menospreciar a nuestro estimado jefe de vuelo, por mis venas fluye a la par talento, creatividad y dulce sensibilidad.

Georgina sonrió divertida por la escenográfica salutación de aquel veterano rocambolesco de pelambreira rubia desordenada y aspecto excéntrico. Tobías se preguntó qué había sido del lenguaje soez del informático. Concluyó que seguramente se lo reservaba para él con el fin de enervarle.

—Y... ¿pertenece al programa espacial? —Georgina no disimuló un ápice su incredulidad.

—Oh, no, por supuesto que no, —Crazybit adoptó un aire de estrella de cine sorprendida en un acto caritativo—. Yo soy la estrella invitada.

Georgina rio la ocurrencia.

—¿Y tú especialidad es?

—Es un Hacker —sentenció Tobías a fin de evitar una larga disertación del informático, que se aprestaba a lucirse con una larga explicación. Crazybit le miró

con fastidio al ver su discurso limitado.

—Entre otras cosas... entre otras cosas, —aclaró—. Soy dueño de algunas franquicias y aplicaciones de smartphone muy conocidas. Es muy posible que en tu móvil o en tu ordenador tengas algo de mi código genético... Crazybit siempre esta... cerca de tu corazón... o de dónde lleves el móvil —concluyó con una mirada de reojo llena de picardía.

Georgina se rio del tono pretendidamente seductor del cincuentón. A pesar de que la diferencia de edad no debía resultar insalvable, Georgina tenía la impresión de estar ante un viejo carcamal que ha vivido intensamente. Juzgó que Crazybit tenía el desenfado de un colegial y la malicia de un viejo diablo. Sin embargo la risa espontánea de ella pareció dar a entender al hombre que no era tomado en serio, así que cambió inmediatamente de estrategia y de interlocutor.

—Estimado Tobías... no he podido evitar, mientras hacía su brillante disertación sobre el espacio y todo lo demás... echar un vistazo a la información que pulula en la intranet del Centro. He hallado algo... que me ha llamado la atención. ¿Conoce a un tal Lance Abney?

Tobías reconoció el nombre. Era un conocido lejano.

—Un astronauta del programa espacial.

—Ha fallecido recientemente, —comentó Crazybit mientras mantenía la mirada fija en el supervisor.

Tobías exclamó sorprendido. Se trataba de un hombre joven. Era una lástima saber de esa pérdida.

—Ha sido un accidente, al parecer.

—Qué raro... Nadie ha comentado nada...

—Exactamente. Eso mismo he pensado yo. No hay ninguna referencia en ningún sitio de dominio público en la red al respecto. Generalmente los astronautas, como personajes públicos, tienen cierta notoriedad. Me ha sorprendido el silencio absoluto sobre este hecho en los medios de comunicación.

—¿No estarás equivocado, verdad?

Crazybit hizo una mueca de fastidio.

—¿Equivocarse? ¿Crazybit? Esas dos palabras no casan muy bien. Hallé una copia de la carta de indemnización enviada a su viuda.

Esta vez fue Georgina la que suspiró.

—Es algo lamentable... pero no sé a qué viene ahora hablar de este asunto...

—Curioseaba... —comentó Crazybit despreocupado aunque Tobías se quedó con la desagradable sensación de que el informático simplemente quería sacar a relucir sus cualidades para impresionar a Georgina.

Los tres abandonaron la sala y se dirigieron al exterior por un amplio pasillo, al final del cual, la claridad diurna parecía prometerles un alivio a la tensa reunión que habían mantenido. Una vez allí Crazybit fue el primero en despedirse. Tobías y

Georgina lo observaron alejarse despreocupadamente, con la americana echada al hombro y media camisa por fuera del pantalón.

—Tobías, no sabía lo del suicidio de Ed. Cuando se disolvió el equipo de la *Trinity* abandoné el programa espacial... y desconecté. Me tomé un año sabático residiendo en el extranjero.

—Lo sé. Intenté avisarte pero me resultó imposible. La NASA silenció por completo el asunto y todo el mundo estaba por completo pendiente de la *Trinity*. Ed no llevaba la comunicación con la prensa, así que su desaparición no resultó un asunto notable.

—Siento una pena terrible por su mujer. Me habría gustado ir a verla en ese momento... de hecho... creo que debería visitarla.

Tobías asintió.

—Ed era un buen amigo mío... y también hace tiempo que no veo a Margaret.

Hicieron una pausa antes de que cada cual tomara el camino hacia su coche.

—Hoy es un día triste, ¿verdad? No solo son esas malas noticias... sino esta reunión tan desagradable. ¿Es realmente imprescindible que participemos? Al principio, cuando me propusiste la idea le encontré cierto encanto... pero creo que fue la ilusión de una niña, que esperaba en el reencuentro recuperar algo de lo que teníamos antaño... ¿lo recuerdas?

Tobías asintió.

Sí. No iba a ser una tarea fácil. En absoluto, pensó.

* * *

Lionel Martin se sentó en la terraza de la primera cafetería que encontró una vez llegó a la ciudad. Necesitaba serenarse. Aquello estaba llegando demasiado lejos. No entendía a su jefe, ni entendía al Ejército.

Extrajo su móvil del bolsillo del pantalón y tecleó frenético. Enviaba un mensaje a la persona que le había empujado a una carrera de éxito, tres años atrás, pero que también le había embarcado en una aventura que se antojaba fascinante... y arriesgada. Ahora que los plazos se acababan, que estaba próximo a un nuevo límite, no estaba tan seguro de si haber aceptado aquel reto había sido una buena idea. Había confiado en sus instrucciones, que había seguido ciegamente. El precio a pagar había sido alto. Años atrás había cruzado una línea roja que esperaba no verse obligado a rebasar de nuevo. Solo en una ocasión había tratado de averiguar qué plan se ocultaba tras las misteriosas indicaciones y procedimientos de su mentor, pero este lo había descubierto. Un ultimátum pendía sobre su cabeza.

Recibió de malas maneras al camarero que se aproximó y le solicitó un ron con limón. Necesitaba algo que lo relajara. Se conocía demasiado bien. Estaba a punto de estallar.

«Esto ha ido demasiado lejos», tecleó en su móvil y envió el mensaje.

«No podemos dejar este asunto en manos de esa pandilla de incompetentes», añadió.

Miró hacia el cielo de un azul intenso, inmaculado, y respiró hondo. Sabía que el enfrentamiento con su mecenas no le conduciría a nada bueno, pero después de tantos años de obediencia ciega al menos tenía derecho a un desahogo.

Un breve pitido le alertó de la llegada de la contestación.

«No tienes la suficiente información para comprender».

¿Comprender el qué? Se preguntó malhumorado Lionel. Es posible que no tuviera toda la información, pero sí tenía la suficiente. Tenía acceso al dossier de la *Trinity*... ¿hacía falta algo más acaso? ¿No se encontraban ante el umbral de la amenaza más importante de la Historia a la que iba a hacer frente su país... y no había quedado suficientemente claro que era necesario que el Ejército se pusiera al frente? Ese había sido el argumento con el que Lionel había sido seducido años atrás. Bien era cierto que la oferta también incluía otra cláusula nada desdeñable; lograr que una a una, todas las puertas del poder a las que llamara, se fueran abriendo con una pasmosa facilidad, allanando un vertiginoso ascenso a la cima.

Pero su jefe no añadió ni una línea más a su último mensaje.

«Si mis superiores del Pentágono se enteraran de que trabajo para ti acabarías ante un Consejo de Guerra. Me juego demasiado para que no me mantengas informado».

Lionel temía excederse si proseguía la conversación y sabía que sería muy difícil objetar un razonamiento adicional sin soliviantar fuertemente el ánimo de la persona que se encontraba al otro lado de la línea. Finalmente optó por no enviar el mensaje, y lo borró.

Apuró un largo trago de su copa y la dejó sobre la mesa.

De momento seguiría el plan establecido por su jefe...

De momento.

Capítulo 19

Georgina conducía despacio por una calle tranquila y arbolada de las afueras de Houston. Intentaba recordar cuál era exactamente la vivienda que estaba buscando. Hacía años que no visitaba aquel barrio, otrora tan familiar. Diríase que había sido en otra época, cuando todo se desarrollaba de una manera maravillosa y la vida le sonreía. Qué diferente podían llegar a ser las cosas con el transcurso del tiempo. Ahora aquella visita resultaba tan antinatural por los sentimientos tan opuestos que suscitaba. Melancolía, tristeza, añoranza, cuando antaño, solo unos pocos años atrás, el lugar era sinónimo de encuentros alegres y de inusitadas ilusiones. Sí, fue allí donde fue conociendo a Garland, y se enamoró de él.

Sabía que la visita representaba un momento desagradable por lo que significaba enfrentarse a un pasado idealizado que había devenido en una realidad gris, desapasionada y decepcionante. Allí se había forjado el equipo de la *Trinity*, auspiciado una camaradería fraternal entre todos ellos, además de los sentimientos que la habían vinculado tan fuertemente a Garland. La casa de Ed y Margaret siempre la asociaba a momentos apasionantes de preparación de la misión, pero también alegres y divertidos. Ni una sombra pesaba sobre ese lugar... hasta la fecha. Sonrió al recordar el pasado, pero su semblante se entristeció de inmediato. Todo aquello había quedado perdido irremisiblemente, un tesoro que se había tragado las aguas y que era imposible de recuperar, hundido en un abismo infranqueable.

Ahora todo parecía una caricatura grotesca de aquel tiempo pasado.

Había estado a punto de abandonar al equipo varias veces en las últimas semanas. Tal vez era un sentimiento de lealtad que Tobías había auspiciado lo que la empujaba a seguir, o quizás el estúpido deseo de que todo volviera a ser como antes, un deseo que ella misma reconocía que alimentaba puerilmente, pero que en cuanto recapacitaba sobre ello rápidamente se recriminaba su estupidez.

Realmente no sabía cuál era la razón que le empujaba a seguir adelante. El vuelo espacial había perdido el encanto para ella y en más de una ocasión había estado a punto de abordar a Tobías y explicarle su decepción. Pero bastaba una excusa para que su intención se atemperara, y así dejaba transcurrir los días, esperando que tal vez los acontecimientos decidieran por sí mismos. Tobías se mostraba entusiasta y decidido y no quería ser ella la que desbaratara su castillo de naipes. A esas alturas ya todos sabían que él seguiría de jefe de vuelo siempre y cuando el equipo inicial se mantuviera íntegro.

Ciertamente que el ambiente en el grupo había empezado con mal pie el día de la exposición inicial de Tobías, pero las semanas siguientes habían dejado bien claro que la convivencia entre Peyton y Garland era inexistente. Curiosamente, Charles, como máximo responsable de la NASA, parecía ignorar aquella irreconciliable enemistad que contaminaba todo cuanto se esperaba de ellos. Georgina sabía que el

equipo que conformaban era inviable. Resultaba sorprendente el empeño en mantener semejante quimera en marcha.

En su ánimo influía, y mucho, la desagradable tensión emocional que surgía entre los tres antiguos amigos. Con Garland existía un muro infranqueable que impedía cualquier acercamiento. Parecía que entre ambos tan solo eran posibles los saludos monosilábicos y las frases convencionales. La herida que se había abierto en su corazón años atrás no había cicatrizado, y Georgina se percataba que no era algo que le incumbía en exclusiva a ella. Garland también parecía zaherido y esa sensación la indignaba. Era como si la traición que él había perpetrado hubiera sido propiciada por ella, algo descabellado, pero que de solo pensarlo la enervaba. Y ese malestar afloraba a veces de forma espontánea, incluso sorprendiéndola a ella misma, convirtiéndose en un elemento más de enfrentamiento en un grupo ya de por sí discordante y arisco. Crazybit pagaba a menudo los platos rotos y recibía sus cortesías con respuestas sarcásticas y cortantes.

Y eso por no hablar de los dos grandes contendientes del grupo, Peyton y Garland. En más de una ocasión las reuniones de trabajo habían concluido con ambos o uno de ellos abandonando la sala enfurecidos. Peyton despreciaba a Garland, y este estaba lleno de rencor por las jugadas que Peyton había emprendido contra él en los últimos años. De hecho había tenido que abandonar la carrera espacial, y su trayectoria como profesor universitario había sido entorpecida sistemáticamente por Peyton. La enemistad entre ambos irradiaba una tensión eléctrica tan evidente que parecía podía sentirse en la piel.

Además la presencia aleatoria, porque sus visitas carecían de cualquier orden o protocolo, del coronel Martin alteraba a todos, aunque especialmente a Tobías. Su altanería y su desprecio por el afroamericano parecía destinada a someterlo a un desgaste emocional, como si persiguiera intencionadamente que todo aquel equipo fracasara en su empeño desde el primer día. Disfrazaba sus irritantes comentarios y sus broncas con el empeño de llevar a buen fin la misión espacial, pero Georgina comprendía que su celo resultaba desmedido. Más de una vez le había espetado, cuando el militar les soltaba una arenga disciplinaria que resultaba especialmente humillante para Tobías, que escuchaba cariacontecido y paciente, que a qué venía tanto acoso. Aquello no dejaba de ser una misión relativamente rutinaria; reabastecer a la Estación Espacial y desarrollar unos pocos experimentos biológicos. Su exacerbación resultaba impropia.

Todo contribuía a que su ánimo la empujara constantemente a dimitir.

Pero, desconocía el motivo, nunca llegaba a sincerarse con Tobías y disimulaba su malestar. Suspiró.

Detuvo el vehículo. Había llegado. Aquella casa sencilla, de madera, con amplios ventanales y un jardín bien cuidado, en la que tupidas madre selvas ocultaban las tapias que separaban la vivienda de las colindantes, los colores pastel de la fachada y el tejado blanco, al igual que las ventanas... todo ello se agolpó en su memoria tan

pronto observó la casa de Ed Kersey produciéndole un hondo sentimiento de confusión e inseguridad. La avalancha de emociones la obligó a suspirar una vez más. No estaba segura, en ese preciso momento, si visitar a su viuda, Margaret, iba a ser tan buena idea como le había parecido. Tal vez no estuviera en casa. Un caprichoso sendero empedrado que conducía al porche de la casa se delineaba ante ella como el más difícil de los caminos que pudiera emprender. Una vez lo hubo recorrido y se encontró en aquel pórtico bien conocido, los sentimientos de nostalgia la abrumaron. Presionó el timbre.

No tardó en aparecer tras la puerta la figura de una mujer sexagenaria de rasgos marcados, cabellera rizada y entrecana y mirada vivaz. Su expresión se alteró, primero por la sorpresa, hasta que finalizó en una amplísima sonrisa. Sus ojos se humedecieron por la alegría.

—¡Georgina! —exclamó llena de contento. Y ambas mujeres se dieron un cariñoso y largo abrazo. La anciana no dejaba de musitar palabras de alegría y cuando se separaron Georgina observó conmovida que Margaret lloraba por la emoción del reencuentro.

—Querida Margaret... siento tanto haberme enterado de tu pérdida... He estado tan preocupada de otros asuntos que... sinceramente...

—Hija mía... por favor no te disculpes... Han sido tiempos difíciles para todos...

Margaret la invitó a pasar a la sala de estar y le ofreció un café con pastas, que Georgina aceptó encantada. Parecía que las emociones se habían comido todas sus fuerzas y agradecería cualquier cosa que le permitiera recuperarse. Mientras Margaret iba de aquí para allá realizando los preparativos del ágape, conversaron sobre frivolidades. Margaret consideraba que Georgina estaba más esbelta y guapa que nunca, y por su lado Georgina seguía viendo en Margaret una persona llena de determinación y energía. Poco después Margaret la tomó de la mano y le rogó que la acompañara al jardín posterior de la casa. Resultaba mucho más agradable y la anfitriona la invitó a tomar asiento en unos mullidos sillones de jardín que Georgina estimó que debían ser nuevos, pues no los recordaba. Sobre una mesa dispuso unas pastas y el servicio de café.

—No se suicidó, Georgina... no sé suicidó. Tú me conoces bien... y sabes que conocía a Ed tan bien que podía adivinar en qué pensaba o qué iba a decir en cualquier momento. Me bastaba mirarlo para saberlo. Él era un hombre fuerte, nunca se rendía.

Georgina asintió. Recordaba perfectamente la sincronía total de aquella formidable pareja que se había malogrado de manera tan triste. Habían conversado sobre frivolidades, inicialmente, pero no habían tardado en abordar los asuntos que habían marcado a ambas mujeres.

—Sí, Ed estaba atravesando un periodo de mucho estrés. La misión de la *Trinity* se desarrollaba correctamente, pero Ed y la NASA, tenían en el cogote a la USAF. ¿Qué demonios pintaba el Ejército del Aire en una misión espacial? Era algo que

traía a Ed de cabeza. No le dejaban trabajar... especialmente aquel joven energúmeno. Metía una presión terrible a todo el equipo. Su objetivo se suponía que era supervisar que todo saliera bien. Después de la crisis pasada, la oposición a la carrera espacial era fortísima... Bueno, qué te voy a contar que no sepas.

—Sí... lo recuerdo muy bien. Nuestro programa se canceló... y nuestro equipo fue sustituido... por el incidente...

—Ah, querida... fíjate qué bueno resultó aquello, a pesar del dolor y la decepción, ¿te has preguntado por lo que habría pasado en caso de que vuestro equipo hubiera embarcado en la *Trinity*? A saber cómo habríais terminado... porque de la *Trinity*...

—Sigue sin saberse nada... pero, prosigue, no quiero interrumpirte...

Margaret se mantenía erguida en el asiento de la sala de estar, como si una tabla invisible sostuviera su espalda firme. Su mirada parecía perdida, ensoñando o recordando aquellos difíciles días. Georgina se arrepintió de hacer pasar tan mal trago a su antigua amiga, tal vez fuera conveniente que cambiara de conversación. Pero Margaret le sonrió.

—No te preocupes, mujer. Este asunto ya dejó de hacerme sufrir hace tiempo, ahora ya solo es una pena que puedo llevar con resignación. Es más, me alegro tanto de que hayas venido a visitarme...

—No quería obligarte a recordar, Maggie, —dijo con cariño mientras tendía una mano de consuelo y la apoyaba en su brazo—. Hasta el otro día no supe ese final. Cuando abandoné la NASA perdí el contacto con todos y me fui al otro extremo del país. Creo que me sentía completamente humillada y quería que la tierra me tragara.

Margaret asintió, llena de empatía. Después prosiguió.

—Ed vivía con una presión enorme. Sabía que si se cometía un fallo, todo el peso de la culpa recaería sobre su espalda y allí estaría Lionel Martin para exagerar y engrandecer hasta la más mínima pifia. Trabajó como nunca. Jamás le había visto involucrado en algo con un compromiso más absoluto. Era una cuestión más que personal. —Margaret hizo una pausa y su mirada se perdió en lontananza—. Y así llegamos a la fatídica noche en la que se perdió la *Trinity*.

—¿Qué sucedió exactamente? Siempre he escuchado la versión oficial...

Margaret se rio suavemente.

—La versión oficial es la que yo tengo... Sin embargo aquel día todo cambió para Ed. Llegó abatidísimo... pero no porque pensara suicidarse. Sabía lo que se le venía encima... pero tampoco era eso lo que realmente le preocupaba. Lo sé, porque hablamos los dos y le dije que le acompañaría en su destierro fuera donde fuera. Él tenía asumido ya un cambio de aires y contemplaba sin miedo, aunque con tristeza, su posible despido de la NASA. Hablamos largo y tendido y le cambié de humor, sí. —Margaret sonrió con nostalgia. Después su mirada se volvió intensa y sus palabras se llenaron de firmeza—. Pero también me di cuenta de que había algo completamente nuevo. No solo era la posible tragedia de la *Trinity* lo que le

apesadumbraba, porque en aquellas primeras horas aún no se daba por perdida la misión, ni mucho menos. En fin, sé de sobra que no estaba pensando en suicidarse. Tenía algo entre manos, Georgina... De hecho... quiso hablar con Tobías, pero no logró comunicar con él.

—¿Hablaste con Tobías después?

—Claro... en el mismo entierro. Pero no sabía nada, era evidente. Ignoraba por completo de que se trataba lo que Ed le quería comentar. Tobías es un pedazo de pan. Cuando hablas con él puedes ver lo que piensa, y más yo, que es casi un hijo para mí.

Ambas se quedaron en silencio. Sin embargo, Georgina advirtió un brillo en la mirada de Margaret que la espabiló. La miró inquisitiva, parecía que Margaret requería un empujón para terminar de contar su historia.

—Ed me hizo jurar que jamás diría nada a nadie... No podíamos confiar en nadie de la Agencia Espacial pero... había un vídeo... una última transmisión codificada que solo el jefe de misión y el administrador de la NASA podían visualizar.

—¿Qué sucedió?

—Ed siempre sostuvo que transmitió el vídeo sin visualizarlo previamente. No sé si le creerían o no. El caso, Georgina, es que lo vio. Era eso lo que realmente le preocupaba. No quiso contarme cuál era su contenido, qué mensaje incluía, qué era lo que se veía que pudiera alterarlo tanto... porque pensaba que si lo hacía me pondría en peligro. Y... aquella misma mañana, cuando bajé a desayunar, él ya se había levantado. Me imaginé que habría ido a hacer deporte un rato, como hacía todos los días que se lo podía permitir... y lo encontré en el garaje.

La voz de Margaret se desvaneció en un susurro apenas audible. Se había emocionado al revivir aquello. Georgina se reprochó no haber sabido detener a su amiga en su relato. Le había podido más la curiosidad. La abrazó con ternura.

Al separarse Margaret se había recompuesto. Su semblante era más rígido, determinado.

—Todavía me asquea la conmiseración con la que me trataron muchos, empezando por Charles... O la propia policía. Todo el mundo dio por válido que se trataba de un suicidio, y mi insistencia en negarlo lo atribuían al dolor característico de estas situaciones en la que una pobre y desvalida viuda es incapaz de asumir la realidad. —Margaret sacudió la cabeza, molesta por ese recuerdo—. Sí... me asquea todo ello. Incluso yo misma... creo que de alguna manera me compraron. Ahora recibo una pensión de viudedad estupenda, sí... pero me amarga la existencia, es como si me hubiera convertido en cómplice.

Después de una pausa en la que se quedó mirando el césped del jardín, fijó la mirada en Georgina a fin de mostrar que hablaba con conocimiento de causa.

—Después de eso siempre he sospechado que me tienen bajo vigilancia. Cuando intenté contactar con periodistas, porque pensé que se estaban ocultando muchas cosas, y concerté citas... ninguno de ellos apareció, y su interés inicial se diluyó como por ensalmo. No sé, Georgina... no sé qué pensar. Me tomarás por una loca

desquiciada que no ha superado un hecho doloroso... Lo entiendo. Tal vez yo en tu lugar haría lo mismo.

Margaret frunció los labios y se quedó mirando a Georgina, como intentando romper aquella conversación que no conducía a ninguna parte.

—Lamento tanto lo que sucedió con Garland, Georgina. Parecía que estabais hechos el uno para el otro. Me parece increíble lo que sucedió... realmente era tan... increíble. ¿Estás segura de que no tiene arreglo lo vuestro? Siento tanta pena por ti...

Georgina sonrió. Ya no le dolía recordar a Garland como su pareja. Se había acostumbrado a verlo de nuevo sin que una mezcla de emociones sacudiera su corazón. Ni desprecio, ni odio, ni amor, ni nostalgia. Tal vez algún día volverían a ser amigos y eso sería todo.

—No... Margaret. Eso ya es pasado. No hay posibilidad de arreglarlo... Fue todo muy extraño, sí, pero al parecer Marina y Garland habían sido amantes hacía tiempo. Mucho antes de conocernos a Peyton y a mí. De hecho fue él quien la presentó al que sería su marido. Se ve que en aquella fiesta... las circunstancias fueron propicias... una cosa llevo a la otra...

—Ah, querida mía... ¡qué estúpidos son los hombres! Dejar escapar una mujer como tú por bajarse la bragueta cuando no debía. Es imperdonable. Apreciaba tanto a Garland... Ahora no sé qué pensar de él. Estúpido.

Georgina se rio. Le gustó el posicionamiento de su antigua amiga. Le apretó la mano con fuerza un instante agradeciendo su apoyo.

—No te preocupes Margaret. No es necesario que le odies ni le aborrezcas. De hecho... últimamente lo estoy viendo casi a diario.

Margaret pidió explicaciones inmediatamente y Georgina le aclaró su trabajo actual y cómo el equipo primigenio de la *Trinity* se había reunido de nuevo.

—Me alegro por todos. Debe ser... extraño también.

—Extraño no es la palabra que describiría el ambiente allí. Más bien diría... eléctrico, —aclaró Georgina mientras enarcaba las cejas.

Margaret sonrió.

—Pero... todavía debes sentir algo por él, ¿no es verdad?... Nunca me acuerdo de vuestra famosa anécdota, cuando os conocisteis...

—Margaret... no me la hagas contar de nuevo... —Pero su amiga insistió hasta el punto en el que Georgina se vio obligada a recordarla—. Sí, Margaret... yo iba a una reunión en el One Shell Plaza, un rascacielos, en Houston. Un edificio enorme y elegante. Acudía con mi violín, acababa de salir del conservatorio y no tenía tiempo de pasar por casa. Fue en uno de los ascensores donde coincidimos...

—Subisteis a la misma planta, ¿no es así?

—No... yo iba a una planta «veintialgo»... y él iba más arriba. Simplemente nos saludamos al salir, aunque es evidente que nos quedamos con nuestras caras. Él iba vestido con un traje gris y una corbata azul brillante, con el pelo embadurnado en gomina. Creo que tenía una reunión con un *staff* de selección de personal, una

empresa subcontratada por el JPL —Georgina sonrió—. Lo extraordinario del asunto es que el edificio es enorme... debía haber cientos de ascensores, y miles de personas subiendo y bajando por ellos a lo largo de todo el día. Yo concluí mi visita. Era para la contratación de un seguro médico... algo así. Había perdido la noción del tiempo, entre esperas, explicaciones del contrato... dudas. Al menos estuve dos horas... Cuando me iba...

—Ah... ¡ya recuerdo! Fue al abrirse la puerta del ascensor que te llevaba a la planta baja cuando os volvisteis a encontrar.

—Exacto... ¡menuda casualidad! Los dos nos reímos. Creo que bromeamos acerca de que ni aun queriendo habríamos sido capaces de sincronizar algo así. Después él siguió bromeando a cuenta de cómo me había ido a mí... y si el tiro había sido limpio. Se refería al estuche del violín, que parecía el de un arma de fuego... Seguimos con las bromas hasta que llegamos abajo. Fue muy divertido. Nos despedimos diciéndonos que seguramente el destino nos volvería a hacer coincidir...

—¿Fue así? ¿Hubo un encuentro casual más adelante?

—No, Margaret... ya me había alejado del edificio y me dirigía en busca de un taxi cuando de pronto apareció a mi lado, había venido corriendo. Me dijo que «le parecía muy arriesgado dejar un próximo encuentro en manos del destino»... así que preferiría eliminar la suerte de la ecuación para concertar un próximo encuentro y me pidió una cita.

Margaret se rio con ganas.

—Es verdad... es verdad... Sabía que era una anécdota que me hace reír...

—Empezamos a salir... y logró convencerme para que me presentara a candidata para el programa espacial... que era algo que él mismo estaba haciendo. Dadas mis aptitudes y preparación tenía buenas opciones... Soy fácil de convencer y un tanto aventurera...

—Qué simpático el muchacho... y qué romántico... ¡y menudo majadero! Cada vez que pienso lo qué paso... A punto de casaros y...

—Tenemos a Lionel Martin con nosotros. Es una especie de supervisor de la misión. —comentó abruptamente Georgina. Los recuerdos le empezaban a hacer mella y necesitaba un giro en la conversación.

—¡Dios mío! —exclamó su amiga, con expresión de rabia—. Ese canalla... amargó la vida de mi querido Ed. Los tenía a todos a raya, con amenazas y...

Ambas callaron. Retrotraerse a aquellos tiempos condujo a Margaret a otra cuestión.

—Lamento tanto lo que le sucedió a Marina. Nunca hubo una explicación alternativa a su accidente, ¿no es verdad?

Georgina negó.

—Alcohol en exceso... no estaba en condiciones de pilotar una avioneta, ni mucho menos de noche. Creo que el sentimiento de culpa la abrumaba y solo quería huir, despejarse...

—Recuerdo el funeral como una pesadilla... un día turbio y ventoso... y Garland observando la ceremonia alejado de la cripta, como si fuera un apestado. Peyton destrozado, sin decir palabra a nadie. Le saludé, pero fue un saludo sin palabras. Tomé sus manos entre las mías y le miré a sus ojos. Sentí que me traspasaba. Creo que su mente ardía enloquecida. Me dio un poco de miedo. Jamás le había visto así... a él, que era tan campechano.

—Cambió. Ya no queda nada del Peyton que recuerdas.

Margaret se quedó pensativa. Cuando retomó la conversación, para sorpresa de Georgina, regresó al hilo del primer tema, como si nunca lo hubiera dejado de tener presente.

—Hay una cosa extraña en la noche en la que me faltó Ed, Georgina. Yo vi como llamaba insistentemente a Tobías, pero este no le cogía el teléfono. Sabes que eran muy buenos amigos, a pesar de la diferencia de edad. Tobías es honesto hasta la última molécula de su ser, y Ed quería hablar con él, quería contarle algo...

—Bueno, el hecho de no descolgar no significa nada. Estaría ocupado.

—Oh, lo raro no es eso. Lo raro es que Tobías nunca recibió ninguna de aquellas llamadas. Estaba en su casa esa noche. Tenía señal de telefonía y de hecho hizo alguna llamada. Me enseñó su teléfono... y no constaba ninguna llamada de Ed... y yo le creo, Georgina, yo le creo. —Después de un suspiro prosiguió—. Sí, yo creo que iban a por él, y mi Ed lo sabía. Tenía algo de miedo, pero sobre todo rabia. Era por ese vídeo dichoso. Creo que quería confiárselo a él. Ese maldito Lionel Martin estaba encima de él y sospecho que le presionó muchísimo para que se lo entregara...

—Hizo una pausa mientras su mirada se perdía en el césped, como si su verdor pudiera inspirar un pensamiento que no se atrevía a pronunciar—. Hubo algo que murmuró, Georgina, que me preocupó porque hacía referencia a ti. Él pensó que no le había oído. Estaba convencida de que tarde o temprano me lo acabaría contando, como hacía siempre, pero no fue así. Por supuesto, nunca dije nada a nadie, ni mucho menos al desgraciado de Lionel.

Georgina miró intrigada a la mujer.

—«Georgina... la clave está en Georgina». Esas fueron sus palabras.

Capítulo 20

Garland sonreía por el desconcierto de Crazybit.

Había sido una larga jornada en la que ambos habían entrenado en el Neutral Buoyancy Laboratory y estaban agotados. Sorprendió a Garland el aguante del veterano, que había sido extraordinariamente mayor del que se esperaba. Después, cuando le comentó que entre otras aficiones, solía dedicarse al *skysurf* y al snowboard, según la temporada, y que subía vídeos habitualmente a Youtube, Garland comprendió que Crazybit estaba más en forma de lo que su enclenque figura aparentaba. Debía ser pura fibra.

El entrenamiento en el gran tanque de agua había sido duro. Había perdido la noción de las horas que habían permanecido sumergidos, acompañados por el equipo de submarinistas de apoyo, y realizando maniobras elementales a fin de familiarizarse con la ingravidez. Más adelante ya vendrían las simulaciones con tareas concretas, situaciones de emergencia o reparaciones complicadas. No le quedaba nada a Crazybit por aprender... y a él por recordar.

—Crazybit... —le comentó con suavidad Garland—. Ni a los operarios, ni muchísimo menos a los directores del Laboratorio de Flotabilidad Neutra, les agrada que llames al tanque de agua, piscina... recuérdalo. Mucho menos les complace el término «bañera» que te has pasado utilizando toda la mañana.

—Pero si es una bañera... —protestó el astronauta novato—. No entiendo por qué me miran tan mal. Esto es una piscina, les guste o no les guste, y bañera es el toque familiar y personal que me gusta imprimir al asunto. Simplemente quiero desdramatizar, ¿comprendes? Lo de decir que es un laboratorio es el colmo de la pretenciosidad.

Garland sonrió de nuevo. No haría entrar en razón a aquel cabezota.

Se habían desprendido de los trajes espaciales con la ayuda de los operarios y ahora se dirigían al amplio vestuario a desvestirse el mono, ya sin ayuda, y darse una larga ducha de recuperación. Habían sudado copiosamente y Garland solo pensaba en salir a tomarse una cerveza y algo de comer, antes de caer rendido en su cama.

—Creo que lo peor de todo ha sido estar boca abajo, aplastada la cabeza contra el casco... o la cara contra el cristal... según uno se gire, es de lo más incómodo. Estuve jodidamente cerca de un ataque de claustrofobia. —Crazybit concluyó su observación con un par de exabruptos.

—Hay que saber sujetarse y ceñirse muy bien el traje para estar bailando en su interior cuando uno se mueve. En el espacio eso no sucederá. Utilizaremos unos trajes mucho más ceñidos y ligeros. Estos son los antiguos, más pesados y robustos. Los entrenamientos aquí son más duros que allá arriba. Se hace así a propósito.

—Tú nunca has llegado a salir de la Tierra realmente, ¿verdad?

—Así, es... nuestro equipo era la primera opción para comandar la *Trinity*... pero se disolvió y dimos paso al de reserva...

Crazybit asintió.

—Sí... ya me he enterado que se armó un buen jaleo. —Habían llegado junto a las taquillas y Crazybit se quedó en ropa interior mientras arrojaba el mono a un cesto de ropa sucia.

—Al menos toda aquella preparación no ha caído en saco roto. Son muchos años pasando pruebas... y casi tres enteros solo para prepararte para una misión. Un curso de preparación básico, un segundo año de preparación avanzada, y por último en el tercer año de preparación técnica específica para el objeto de la misión en sí misma. Así que, ya ves... al menos voy a dar utilidad a tanta preparación. —Garland se quedó callado y dejó lo que estaba haciendo en la taquilla para mirar directamente a Crazybit—. Sin embargo... en tu caso todo es excepcional. Es verdad que tienes titulación superior y adecuada condición física... pero como tú hay miles y miles. ¿Qué te hace tan excepcional para que te cuelen aquí saltándote toda la formación?

Esta vez fue el programador el que se rio. Sacudió su melena antes de responder a Garland con otra pregunta.

—¿Por qué crees que estoy aquí?

—Porque eres un millonario playboy que sale en la revista Forbes, que le encanta ser el centro de atención y contar con cientos de miles de seguidores en Youtube, y aburrido de tanta notoriedad has pagado un pasaje para viajar al espacio y hacer unos cuantos vídeos más. ¿No es verdad que estás patrocinando en parte este lanzamiento espacial? Es lo que dice todo el mundo.

Crazybit se rio esta vez con más ganas.

—En absoluto. Me encanta que la gente se imagine ese tipo de cosas. Hacen parecer a Crazybit más estrafalario de lo que es. —Sonrió enigmático—. No, mi presencia aquí tiene que ver con la resolución de un extraordinario acertijo...

—¿Un acertijo?

Crazybit asintió mientras se envolvía la cintura con una toalla, presto a dirigirse a las duchas.

—Sí... sé lo que me vas a preguntar a continuación... pero es a partir de este momento cuando mis abogados me recomiendan que no diga una palabra más... Infringiría un contrato de confidencialidad del que me muero por anular... especialmente por ti.

—¿Por mí? —Garland miraba con incredulidad a aquel hombre que parecía mayor de lo que seguramente era. Dudaba en qué género de personaje encasillarlo, si el de los truhanes sin escrúpulos o los excéntricos inofensivos. El abanico de posibilidades era demasiado amplio y eso lo desconcertaba.

—Espero que algún día se pueda revelar el misterio. En cualquier caso desconozco por qué un acertijo tan vulgar es objeto de una maraña de legalismos tan impenetrable. Aún así, lo importante, amigo Garland, es que Crazybit está aquí única

y exclusivamente por el talento encerrado en su lata de materia gris... —concluyó mientras se golpeaba con el índice su sien.

«Menos humos», pensó para sí Garland mientras se desvestía.

—He estado ojeando el plan de preparación... —prosiguió Crazybit cambiando de tema—. Veo que los entrenamientos de simulación en la bañera... —Crazybit esperó la mirada recriminatoria de Garland, pero no llegó—, son exhaustivos. ¿No es un poco exagerado? A fin de cuentas vamos a estar encerrados en la Estación Espacial Internacional. No suele ser habitual los paseos espaciales... He hecho mis deberes, ¿sabes? Sé que vamos cortos de tiempo, pero... eso me lleva a pensar que quizás tengamos algún desperfecto en la Estación del que la NASA no nos dice ni pío. Un asunto serio.

Garland le miró mientras se secaba el sudor y asintió. Era cierto. En principio Crazybit y Peyton tenían asignada una dura labor de reprogramación de diversos equipos que requerían actualizaciones en el firmware, una operación delicada que podía dar al traste con la Estación entera si había algún fallo de gravedad. ¿Por qué tanta preparación para el paseo espacial? Lo hablaría con Tobías cuando tuviera ocasión. Se limitó a gruñir en señal de acuerdo con la observación de su compañero de entrenamiento.

—He leído algún que otro opúsculo tuyo. Desde que me enteré que formábamos equipo me ha interesado tus ensayos sobre el principio antrópico... Interesante.

—Me alegro —respondió lacónico Garland, que quería ocultar su sorpresa por ese hecho.

—Me interesó especialmente tu apunte sobre el ajuste fino... cuando hablabas sobre la constante cosmológica... la expansión acelerada del universo, ¿no es así?

Garland asintió y se explicó.

—Un ajuste de esa constante en setenta órdenes de magnitud... es decir, un cero coma y setenta ceros antes del primer valor distinto de cero. Bastaría un desajuste de una proporción infinitesimal hacia arriba o hacia abajo y el universo jamás habría existido como lo conocemos, o habría colapsado hace tiempo.

—Bárbaro... sí. Es de esas cosas que cuando uno las explica se te erizan los pelos de la piel. Y así con un montón de constantes... del cosmos, según entiendo. La cuestión es... ¿no es más fácil pensar en otras cosas divertidas de la vida en vez de comerse el tarro con cuestiones tan poco prácticas? Estamos aquí... ¿Qué más da por qué? Si te descuidas ese tipo de preguntas te llevan a cuestionártelo todo y hasta repensarte lo que decía Santo Tomás.

Garland hizo un gesto de paciencia.

—Bueno, la verdad es que como científico las casualidades me resultan odiosas. Nos gusta explicar las cosas que vemos como una consecuencia de una causa, en función de unas reglas que rigen la naturaleza y que hemos conseguido matematizar. Todo lo que se sale de eso resulta incómodo de aceptar. La única explicación para evitar argumentos inverosímiles a nuestra existencia es que no estamos en ningún

universo en especial... o que si lo fuera sería uno entre infinitos universos que existen o han existido, lo que habitualmente se denomina el multiverso. Es como la Tierra... es uno de tantos planetas de nuestro sistema solar, solo que en este se dan las condiciones para que surgiera la vida.

—Así que la vida solo existe en nuestro universo porque se dan las condiciones para ello...

—Así es. Eso es lo que se denomina principio antrópico fuerte. No obstante no deja de haber científicos que insisten en la idea que tanta casualidad no puede ser «natural». A fin de cuentas la existencia del multiverso es un acto de fe, es una hipótesis indemostrable, es una huida hacia delante que lleva a la presunción de la simultaneidad de infinitud de universos... y el número infinito abarca demasiado, hasta el punto de reducir el argumento al absurdo.

—Entiendo. ¿Y entonces tú en qué lado te sitúas?

—Da igual en qué lado me sitúe. Lo único que quiero es saber la verdad. Ahora mismo, mientras hablamos, se está desarrollando un experimento a través de un satélite, el DSP, que fue lanzado al espacio hace un par de meses. Queremos contrastar ciertas hipótesis relativas a la materia oscura. Pero no te aburriré con detalles técnicos, —Garland sonrió al ver que el interés de Crazybit parecía decaer.

Crazybit asintió. Se dio media vuelta y se alejó en dirección de las duchas.

—Por cierto... —comentó a mitad de camino, como pensándose algo, y se volvió hacia Garland.

—Por cierto —volvió a repetir. Se veía que buscaba las palabras adecuadas, lo cual resultaba algo extraordinario en una persona tan poco dada a andarse con contemplaciones—. ¿Georgina y tú...? —preguntó finalmente.

Garland le miró interrogativo.

—Sí... me refiero a que no ignoro que estuvisteis enrollados hace tiempo... pero me preguntaba si no tendrías inconveniente en que le pidiera una cita... —se explicó Crazybit, azorado.

Garland sintió una extraña mezcla de emociones ante la inesperada cuestión. Agradecía la deferencia de que su compañero le preguntara algo así, e incluso le hacía gracia... pero aún entonces no pudo evitar un malestar en su estómago.

—Por supuesto que no tienes ningún problema conmigo, Crazybit. Espero que te vaya muy bien.

Y Crazybit giró grácilmente sobre sus talones y se alejó silbando.

—Te dejo en buena compañía... —canturreó finalmente Crazybit—, pero procura no decir tacos porque le tocan las pelotas.

Garland levantó la vista, y tal y como había anunciado el joven, Tobías Harrelson se encaminaba hacia él desde el fondo de los vestuarios. Se veía que lo estaba buscando con cierta urgencia.

—¿Qué tal Garland? ¿Te lo has pasado bien en la pecera? —Saludó cordial.

—Había olvidado lo duro que resultaba esto. He perdido forma... pero en pocos días estaré casi al cien por cien, te lo aseguro.

—¿Qué te parece este novato que nos han endosado? —preguntó Tobías bajando la voz y haciendo una mueca que no revelaba demasiada simpatía para referirse a Crazybit.

—Me ha sorprendido, la verdad —repuso con sinceridad Garland—. Pilla las cosas a la primera, es intuitivo y... es duro decirlo, pero está mejor físicamente que yo.

—Es un jodido yupi millonario que no hace más que sacarme de quicio... —comentó Tobías.

—No muestres que eres tan susceptible —recomendó Garland—. Así que es cierto que no es un patrocinador del viaje... Entonces... ¿por qué nos lo han endilgado en el equipo? Hay gente muy bien preparada por aquí sin necesidad de buscar aprendices de brujo en el MIT.

Garland y Tobías intercambiaron una mirada de incompreensión.

—Bueno... Algo de eso venía a hablarte precisamente, porque esa misma pregunta me la llevo haciendo yo bastante tiempo. Conoces a Charles. Cuando se enroca en una respuesta no puedes insistir demasiado porque pasa de la paciencia al enfado muy rápidamente. Él me asegura que es necesaria la presencia de dos informáticos para la revisión del código de la estación Espacial... Pero... al menos yo conozco dos excelentes programadores en activo aptos para el vuelo espacial, con mucha más experiencia. Uno de ellos incluso ya ha viajado al espacio y realizado actividades extravehiculares... ¿Recuerdas a Stephen Donaldson?

Garland asintió.

—Además repasando mi lista de conocidos encontré a otro candidato con la titulación requerida, un tal Barry, Leonard Barry. Y estoy hablando solo de memoria... —pero Garland negó con la cabeza. No sabía a qué llevaba ese razonamiento ni conocía a ese tal Leonard—. El caso es que reunían los requisitos más que de sobra para una labor así. Quise localizarlos. Quería saber por qué habían sido descartados y en su lugar puesto a dos personas que por diferentes razones pueden considerarse no aptas, o al menos, no óptimas para la misión. —Tobías se sentó en el banco frente a Garland y lo miró en silencio unos segundos antes de proseguir—. No sé lo que se está cociendo, amigo mío, pero no localizo a ninguno de los dos.

—¿Y? —Garland no comprendía a dónde quería llegar su jefe de misión—. Localizar a una persona siempre es complicado.

—En este caso no sería demasiado. Debe figurar en la base de datos de personal, en su relación de fichas de astronautas. Con mi rango tengo acceso a esa información, y te aseguro que es exhaustiva. Y no figuran ni en la actualidad ni en el registro histórico. Como si jamás hubieran pisado el Centro Espacial...

—¿Estás seguro de eso?

Tobías asintió lentamente.

—Llevo varios días con este asunto. Sé que es extraño. Parece como... Bueno, ya sé que es una intuición, una premonición, si quieres decirlo así, pero tengo la impresión de que hay algo en marcha, Garland, algo gordo.

—¿Qué podría ser gordo ahora, Tobías? El programa espacial está casi cancelado... Fíjate para lo que nos reclutan...

—Exacto. Echan mano de personal descatalogado como nosotros, que ya estábamos desahuciados porque la gente preparada ya está en marcha...

—¿En marcha a dónde? —preguntó lleno de escepticismo Garland.

—En marcha a... No sé. Tal vez se han planteado retomar el camino a Marte, en secreto, para no soliviantar a la opinión pública... tal vez recuperar la *Trinity*... o ambas cosas.

Garland se rio.

—La NASA está en bancarrota...Demasiado presupuesto para acometer tantos objetivos.

—No es demasiado presupuesto si es el Ejército del Aire el que respalda las misiones. Eso explicaría la presencia insoslayable de nuestro colega Lionel.

Garland se encogió de hombros.

—Eso es cierto, con su prepotencia y arrogancia insoportables. Siendo así realmente sería intocable... —Garland se echó hacia atrás y se apoyó en la taquilla. Aquel razonamiento parecía tener cierta lógica. Sintió una ligera desazón al considerar que la misión para la que se había entrenado tan duramente en el pasado volvía a pasar delante de él como una oportunidad perdida.

—De hecho recuerda que Lionel es mi supervisor —prosiguió Tobías—. Tengo que rendirle cuentas tanto a él como al Administrador.

—Puede que tengas razón, Tobías... es posible que tengas mucha razón... pero yo necesito tomarme una ducha... estoy agotado.

Y Tobías se quedó con la palabra en la boca y con ganas de seguir la conversación. Pero se limitó a chasquear los labios y se encaminó resignado a su despacho. Había mucho trabajo por delante como para perderlo en chismorreos que no conducían a nada. Al menos se había desahogado.

Capítulo 21

La tensión se percibía en todos los miembros del equipo del Neutral Buoyancy Laboratory, en sus miradas, en sus gestos, en sus silencios. Tobías, con los brazos cruzados sobre el pecho, paseaba de un lado a otro de la sala de control mientras, junto a la piscina, el personal de apoyo ayudaba a los astronautas a introducirse en el traje espacial. Después una grúa los trasladaría al interior del tanque donde iba a tener lugar el ejercicio de entrenamiento del día, cuyo propósito iba a ser realizar una reparación del brazo robótico de la Estación Espacial, una avería relativamente frecuente y que constituía parte de la preparación básica de cualquier astronauta. Sus dos candidatos, cada cual en su zona de preparación, atendían los requerimientos del personal ayudante con la solemnidad de un sacerdote oficiando. Los prolegómenos de ponerse la vestimenta espacial, ajustando cada uno de sus cierres y realizando las pertinentes verificaciones, se alargaba durante una interminable hora y media porque se utilizaba aún el obsoleto equipo empleado durante el siglo xx. La teoría inducía a que los preparadores creyeran que someter a los astronautas a condiciones más adversas que las que ocasionaban los modernos trajes espaciales contribuía a que el entrenamiento fuera más efectivo. Tobías tenía serias dudas al respecto.

Nadie hablaba. Todos sabían de la rivalidad destructiva que existía entre los astronautas que iban a realizar el entrenamiento, Peyton y Garland. Había sido la comidilla de todo el Centro Espacial Johnson desde que se hizo pública la lista de los candidatos del nuevo equipo para la misión MS 505. Muchos habían creído que era una broma, pero cuando la presencia de Garland Sutton y Peyton Sharrow se volvió habitual por los pasillos de las instalaciones supusieron una verdadera conmoción.

Garland miraba de reojo a Peyton, el cual apenas le había dirigido la palabra directamente desde su reencuentro después de tantos años. Obviaba su presencia en las reuniones comunes de preparación, o en las sesiones de adiestramiento. Afortunadamente muchas horas eran de preparación exclusiva, atendiendo a la especialidad que cada tripulante ostentaba, con lo cual cada uno de ellos era guiado por monitores técnicos individualizados, y eso impedía que la cercanía entre ambos hombres fuera constante. Sin embargo, en lo sucesivo resultaría inevitable entrenamientos como el de aquella mañana donde la coordinación entre ambos era imperativa. Ambos tenían sobrada preparación, no en vano habían sido seleccionados para la primera misión tripulada a Marte. El actual entrenamiento era, en comparación, poca cosa. Pero en esta ocasión todo se desdibujaba bajo una pátina de rencor y desconfianza. Peyton parecía sofocar su mal talante con respecto a la situación con escasa diplomacia y un humor hosco que contagiaba a todos los ayudantes del Laboratorio. El resto del equipo aguardaba tenso a que en cualquier momento se descargara una espantosa tormenta. Garland aguantaba el tipo, sopesando si, llegada la crisis, sería capaz de mantener la calma, o su rabia contenida

por tantos años de persecución de su ahora adversario, haría saltar por los aires la espita de la paciencia que hasta ahora lo había contenido. Y Tobías valoraba cada gesto, cada mirada, temiendo que la tormenta que hubiera de desatarse diera al traste con la misión.

La vestimenta espacial era compleja. Varios hombres ayudaban con cada parte de los componentes en los que Garland se introducía, como en un extraño proceso de momificación en el que el traje se asemejaba a un ataúd articulado. La operación le resultó extraña. Después de tantos años sin visitar la piscina de preparación de misiones, se sintió embargado por la emoción de retomar un sueño abandonado, a la vez que la antipatía suscitada por su compañero de prácticas enturbiaban la alegría que debería haber experimentado, hasta conseguir impregnar la experiencia de una desagradable amargura.

Finalmente ambos hombres quedaron equipados y llegó entonces el proceso de verificación de cada uno de los componentes y equipos electrónicos del traje. El protocolo de seguridad era imprescindible, pero también muy lento. El equipamiento resultaba tan embarazoso que los brazos no podían ceñirse al cuerpo y permanecían medio extendidos hacia delante en una extraña pose.

Finalmente ambos astronautas fueron izados por una grúa amarilla con un largo brazo articulado, en una amplia cabina abierta, y sumergidos lentamente en el enorme tanque de agua, en cuyas aguas se reproducían elementos similares a los que formaban parte de la Estación Espacial Internacional.

—Caballeros, empieza el baile.

La voz del jefe de la «piscina», Jeff Dayton, sonó a través de la radio del traje cascada por la electricidad estática, pero no disimulaba ese defecto el tono sarcástico que había imprimido a sus palabras. Jeff era un veterano del Centro Espacial. Había entrenado a ambos hombres en su día, y seguía estando a cargo de las instalaciones de gravedad nula de la institución. Para él las disputas y rivalidades que tuvieran entre sí los astronautas eran trivialidades.

Tobías se había sentado junto a Jeff en la sala de control. Desde allí numerosos monitores seguían la evolución de los astronautas, cada uno de los cuales se dirigía desde la escotilla de salida, donde la grúa los había depositado, a los puntos asignados para llevar a cabo la primera fase de la reparación, retirar el rotor dañado del brazo robótico a fin de proceder a su sustitución.

Un enjambre de submarinistas acudió en auxilio de los astronautas. Era necesario conducirlos al lugar de operaciones. A partir de ese momento vigilarían el desarrollo del trabajo y actuarían como auxiliares o socorristas en caso de necesidad. Cada astronauta contaba con cuatro de esos auxiliares, que se reemplazaban constantemente bajo la dirección de Jeff y el equipo técnico que monitorizaba cada instante de la operación. Tobías repasaba el plan de trabajo.

—Vamos a desmontar el brazo robótico de la estación por lo que veo —comentó Tobías a Jeff a fin de corroborarlo.

—Sí, una sustitución del rotor por desgaste. Es una operación que ya se ha realizado con anterioridad en la Estación, así que la tenemos bien estudiada. La hemos explicado exhaustivamente a los dos chicos. No es muy compleja, pero hay que tener cuidado. Ese chisme pesa lo suyo.

Tobías observó las cámaras que enfocaban el transporte de los astronautas hacia la zona de trabajo, llevados cada uno por un par de submarinistas que flanqueaban sus costados. Pronto estuvieron junto al gran brazo articulado que se disponía sobre una serie de enormes cabinas cilíndricas que simulaban los habitáculos de la Estación Espacial. Los astronautas permanecían sumidos en un incómodo silencio. Generalmente siempre se hacían comentarios graciosos durante el transporte. Su tensión resultaba contagiosa y al propio Jeff no se le vino a la mente ninguna ocurrencia que aliviara la tensión.

—Fíjate. Ahí tenemos el brazo, —dijo a Tobías señalando uno de los monitores— Ese es el punto en el que debe desmontarse. Unas correas que hemos dispuesto permitirán que la estructura no se hunda hasta el fondo, sino que permanezca en su actual punto de flotación, reproduciendo las condiciones de ingravidez del espacio. —Jeff señaló las distintas correas de sujeción que pendían del techo y se introducían en la piscina.

—Vamos allá. —Fue el primer comentario de Garland hasta el momento. Los buzos lo habían situado en su punto de inicio de operación, junto a lo que sería la escotilla de salida de la Estación. Peyton fue dejado a su lado. Ambos emprendieron el lento y penoso camino hacia el brazo robótico. Para ello emplearon diversos agarres dispuestos en la estructura exterior de la estación así como distintos arneses. Jeff fue verificando pormenorizadamente cada uno de los pasos dados por cada hombre e iba confirmando el adecuado desarrollo del plan.

Cuando llegaron junto al punto de anclaje del brazo robótico, una grúa de 17 metros de longitud en su máxima extensión y mil ochocientos kilos de peso, Garland dispuso del destornillador eléctrico, un aparatoso accesorio, que permitiría desmontar el anclaje del brazo a la estructura. Peyton se situó a su lado para asistirle. La cámara de un submarinista cercano enfocó la operación y Jeff comprobó sobre sus diagramas que Garland seguía el procedimiento correcto. Una vez se iba desmontando perno a perno el anclaje de la grúa, Peyton recibía las piezas y las guardaba en una bolsa. El silencio entre ambos resultaba embarazoso.

—Atención Garland, vas a proceder a retirar el último perno. Especial cuidado ahora. Peyton, asegura que los anclajes fijados a la Estación son firmes.

Peyton ya había realizado la comprobación, pero ante la indicación del jefe de operaciones se limitó a gruñir y a realizar la correspondiente verificación. Minutos después se giraba hacia Garland, que aguardaba su indicación, y le hizo la señal de visto bueno levantando el pulgar de la mano.

Garland procedió a retirar el último perno.

Pero algo salió mal en el momento en el que el enorme tornillo era retirado de su posición. La pesada grúa se movió leve e inesperadamente, provocando un ruido metálico que alarmó a todos. De inmediato los submarinistas acudieron a apartar a los astronautas de su lugar de trabajo, pero la maniobra resultó lenta. La grúa, al quedar suelta, reposaba al completo sobre las correas de sujeción, pero al parecer estas no se hallaban lo suficientemente tensas y equilibradas. La grúa se había bamboleado peligrosamente y el largo brazo se deslizó rápidamente por una de las sujeciones, hasta que uno de los goznes rasgó la soga que sostenía la grúa por su centro de gravedad. De improviso el pesado y largo brazo cayó cuan largo era sobre los astronautas, a los que arrastró vertiginosamente hacia el fondo de la piscina.

El audio de comunicación se llenó de gritos y órdenes contrapuestas. Dos submarinistas habían sido golpeados violentamente por la grúa. Varios compañeros se dirigieron en su auxilio mientras otro par se sumergía en pos de los astronautas hacia el fondo de la piscina.

Garland había sufrido un golpe en el pecho, pero el traje lo había amortiguado considerablemente. Sintió que una fuerza imposible de contrarrestar lo hundía hasta el fondo de la piscina. Un poco más allá Peyton seguía su misma caída, si bien su situación resultaba muy diferente. La grúa se había enredado con sus conductos de soporte vital y era arrastrado hacia el fondo mientras agitaba manos y piernas intentando asirse a algo en un intento imposible. Observó que el conducto del aire debía haber sido perforado, porque una exuberante columna de burbujas borboteaba con fuerza y ascendía hacia la superficie. Comprendió que Peyton se quedaría sin aire en poco tiempo.

Finalmente la caída concluyó antes de que Garland tocara fondo. El extremo del brazo que le arrastraba había tropezado con otra de las estructuras de la estación y había detenido su caída. Sin embargo la otra parte de la grúa, sin oposición alguna, se hundió hasta el fondo arrastrando consigo a Peyton como un muñeco. Garland utilizó tan rápido como pudo la propia estructura del brazo para acercarse a su compañero. Intentó hablar con él, pero resultaba obvio que no le entendía, había perdido la comunicación por radio. Su semblante mostraba angustia. Le costaba respirar. La caída de la grúa había rasgado definitivamente su conducto de respiración.

Garland observó que Peyton apenas podía moverse. Los conductos de asistencia vital permanecían sujetos por un brazo de metal que pesaba más de mil kilos. Se situó tras la espalda de su compañero. Observó que dos submarinistas se aproximaban a su rescate.

—Voy a proceder a soltar su manguera de suministro. Está rota y lo mantiene atrapado en el fondo.

Los submarinistas se acercaron y dieron su visto bueno. Jeff procedió a dar su rápida conformidad y Garland maniobró hábilmente. En pocos segundos Peyton era liberado y rápidamente conducido a la superficie por sus dos escoltas. Poco después

otro par de submarinistas ayudaban a Garland a alcanzar la grúa que le izaría fuera de la piscina.

* * *

Crazybit se encontró a Tobías sentado solo, frente a uno de los monitores de la sala de control. Hacía tiempo que había terminado todo el incidente de la mañana y tan solo unos minutos antes, Jeff y su gente habían ultimado el informe del accidente y se habían dirigido a sus respectivos despachos. Pero Tobías se sentía aún demasiado conmocionado por todo lo sucedido. La llegada de Crazybit le obligó a salir de su estupor.

—Me dijeron que estabas aquí, —saludó informal—. Así que ha habido jarana. Me acabo de enterar. ¿Qué sucedió exactamente?

Tobías sacudió la cabeza. No había nada que ocultar, y de hecho tenía ganas de desahogarse con alguien. Todavía no sabía muy bien qué iba a suceder después de lo acontecido.

—Ha sido un desastre completo. Y no solo por el hecho de que el brazo robótico estaba mal equilibrado... —Tobías hizo una pausa—. Disculpa. Me explico. La operación de hoy consistía en sustituir el rotor principal del brazo robótico de la Estación. Es una reparación que cada cierto tiempo debe hacerse por el desgaste de las piezas. Ten en cuenta que el brazo pesa más de una tonelada.

Crazybit asentía mientras Tobías le explicaba los pormenores del incidente.

—Quedó todo en un susto, ¿no es verdad? —preguntó al final de la exposición.

Tobías dejó de mirar la pantalla y prestó más atención a Crazybit.

—Ni mucho menos. Una vez se quitaron el traje Peyton arremetió contra Garland. Le acusó de negligente y de provocar un accidente que casi le cuesta la vida. Hubo un altercado de lo más desagradable. Después de unos cuantos puñetazos pudieron separarlos el uno del otro.

Crazybit se echó para atrás en el asiento que había tomado. Aquella escena no se la había imaginado.

—Esto cambia por completo el panorama. El equipo, así... viendo este conflicto, me imagino que será desmantelado... al menos uno de ellos... será expulsado.

—No, —repuso con rotundidad Tobías—. No... no es así. No va a ser así. Apareció Charles una vez concluyó la pelea. Creo que había estado observándolo todo por el sistema cerrado de televisión desde su despacho y vino corriendo a la piscina. Resultó taxativo. No admitirá cancelaciones de la misión por muy mal que se lleven entre ellos. Ninguna pelea iba a servir de excusa para anular la misión. Ni hay tiempo ni dinero para otra tripulación.

—Resulta... increíble, —Crazybit enarcó las cejas.

—Sí. Este empeño... Reconozco por un lado que me agrada esa determinación, porque nada detestaría más que perder este trabajo. Por otro lado... yo soy el primero

que debe aconsejar a Charles que cambie de equipo. Así que estoy desconcertado por su decisión. No la entiendo.

—Yo también me alegro... —comentó Crazybit casi para sí mismo. Su audiencia en Youtube se había disparado gracias a los vídeos que la NASA le permitía colgar y si disfrutaba con ello ahora, cuánto más cuando estuviera en órbita y pudiera contemplar la Tierra desde el espacio. Le hacía sentir como un chaval con una moto nueva. Cancelar la misión supondría un disgusto.

Ambos hombres se quedaron en silencio, sumidos en sus consideraciones.

—Sin embargo he oído que antes eran uña y carne, —comentó Crazybit de pronto, ante lo cual Tobías sonrió.

—Antes eran amigos del alma. Cada vez que los veo enfrentados me cuesta reconocer al Peyton y al Garland que conocí tiempo atrás. Me hice amigo de ellos cuando ya los unía una fuerte amistad. Al parecer se conocieron siendo pilotos de pruebas en la USAF. Garland ya había decidido ser astronauta desde que estaba completando sus estudios en astrofísica e inició el programa espacial más ortodoxo, incluyendo piloto de fuerzas aéreas. Peyton procedía de una familia acomodada, y aunque ya tenía una pequeña fortuna familiar, aún no había heredado, así que una vez finalizados sus estudios académicos se decidió por la aviación más por aventura que otra cuestión. Según dicen ambos eran fuera de serie. ¿No conoces la anécdota de cómo se conocieron? —Crazybit negó con la cabeza. Tobías sonrió al recordar la historia—. Era la primera vez que volaban juntos, un F-18 Super Hornet... ya sabes, piloto y copiloto... y algo salió mal. Un fallo en la ingeniería alertó de que el motor iba a fallar en cualquier momento. Recibieron orden de eyectar... pero el dispositivo de Peyton mostró un error y se quedó sin opción de abandonar la aeronave. Garland podría haber saltado sin que nadie le pudiera recriminar nada... pero se quedó hasta el final y logró aterrizar el aparato contra todo pronóstico.

Crazybit silbó.

—Menuda manera de conocerse —comentó.

—Sí... después de eso se hicieron grandes amigos. Yo lo conocí unos años más tarde. Intentaban acceder a una fiesta de directivos de la NASA para la cual no tenían invitación. —Tobías sonrió relajadamente al recordar la anécdota—. Me habían encargado la organización y casualmente me encontraba supervisando el control de accesos cuando los vi llegar con aire arrogante, explicándonos que pertenecían a la Agencia, a la CIA me refiero, y que estaban allí por motivos de seguridad nacional. Había indicios de un grupo antisistema extranjero que preparaba algo contra los representantes de las corporaciones presentes en el evento.

—No me lo creo. ¿Se hicieron pasar por agentes de la CIA?

—Pues sí, créetelo. —Tobías soltó una carcajada—. Al menos lo intentaron.

—¿Los dejaste pasar?

—Sí... pero no me lo acababa de tragar, así que los seguí y en cuanto empecé a comprobar en qué consistía su servicio de seguridad, que no era otra cosa que

lanzarse ávidamente sobre cualquier silueta femenina que se presentara a tiro, comprendí que me había topado con dos capullos de tomo y lomo.

Crazybit se rio con ganas.

—Los expulsarías... conociéndote...

Ahora fue Tobías el que rio.

—¡Noooo! —exclamó sonriente—. Yo por aquella época tenía otro talante... no tan formal. Cuando me dirigí a ellos les expliqué que efectivamente las cámaras de seguridad habían detectado a un grupo sospechoso en el área reservado de estacionamiento y les insté a que colaboraran en su detención. Les facilité un walki y los tuvimos dando vueltas por el gigantesco aparcamiento una larga hora y media bajo una lluvia intensa, mientras los observábamos por las cámaras del circuito de televisión. Parecían dos agentes 007, se lo tomaron a pecho, créeme. —Tobías se quedó pensativo durante unos segundos en los que esbozó una amplia sonrisa—. De verdad, no me había reído tanto en toda mi vida.

Capítulo 22

Crazybit paseaba nervioso de un extremo a otro de la amplia puerta del restaurante. No era habitual en él ni llegar tan temprano a una cita ni encontrarse tan agitado, pero la persona a la que esperaba estaba empezando a resultarle especialmente atractiva. No deseaba pensar en ello, pero en su mente rondaba constantemente una idea desconcertante. Se estaba enamorando. Era algo que rara vez le había sucedido en su vida. De hecho estaba prácticamente seguro que debía remontarse con seguridad a su adolescencia para comprender que empleaba el término sin temor a equivocarse. Había sido de una compañera de clase de coleta vibrante y mirada inteligente, extraordinariamente divertida que había cautivado su corazón. Mantuvieron una larga amistad hasta que finalmente sus estudios le llevaron por derroteros diferentes. Él era un superdotado que avanzaba fugazmente por los cursos escolares más básicos. También era tímido. Tardaría en comprender las ventajas que su intelecto le podrían proporcionar en la vida. Con el tiempo llegó la desinhibición y la fortuna... o tal vez el orden fuera al revés. Daba igual. Aquella jovencita había quedado atrás como un recuerdo maravilloso... y según creía interpretar los acontecimientos de su vida, nunca jamás había vuelto a sentir nada parecido por nadie... hasta entonces.

Aquella mujer lo había ido deslumbrando poco a poco. Era obvio que resultaba atractiva y sensual. Se encontraba en una edad, previa a la madurez, en la que el entrenamiento físico la había moldeado esculturalmente, pero su mente iba a la par. Brillante e inteligente, se hallaba en el momento más pleno de su vida, al menos así lo consideraba Crazybit. Era, sin duda alguna, una mujer.

No podía compararla con ninguna de sus amantes de los últimos años, chicas guapísimas, por lo general con «algunos» años menos que él, aunque generalmente superfluas y frívolas, tal vez porque lo que deseaba ante todo era diversión y bonitas tomas para sus vídeos. No, ella era una mujer de verdad. Y por primera vez se sintió inseguro de veras después de mucho tiempo.

Georgina apareció al doblar la esquina. Lucía un conjunto veraniego, de faldas con pliegues, y una blusa blanca. Avanzó grácil hacia él y Crazybit se sintió cohibido.

—Caramba, estás preciosa.

Georgina sonrió ante el halago.

—Tú sí que te has puesto elegante. ¿De dónde has sacado esa espectacular corbata tejana? Solo te falta el sombrero de ala ancha.

Georgina se refería al cordón y al emblema de plata con una gran C en oro, que lucía como corbata. Crazybit se había puesto un traje de aire informal que le permitiría estar a la altura de Georgina viniera todo lo elegante que viniera. La invitó a pasar al restaurante en el que se habían dado cita, un sofisticado local de lo más sibarita de la ciudad. Un educado maître les recibió y los acompañó hasta la mesa

reservada. Crazybit rogó a Georgina que eligiera un vino y esta se decantó de inmediato por un tinto californiano que al parecer conocía muy bien.

Comentaron brevemente las incidencias del día mientras ojeaban la carta y finalmente el camarero tomó nota de su comanda.

—Estás realmente espectacular Georgina... y hay algo que me muero por decirte desde que te conocí.

Georgina asintió, como dando permiso a su anfitrión a que declarase sus intenciones, hecho que no le hacía demasiada gracia. El talante caótico e irreverente de Crazybit no iba con ella, aunque puntualmente pudiera parecerle simpático por su ingenio agudo o su genuino carácter inimitable.

—Georgina, he tenido tres esposas, —confesó abruptamente—. Cada una de ellas acumulaba un atributo que siempre he considerado fundamental en una mujer. Clara, una muchacha sensual, fue mi primer amor. Su cuerpo era escultural... y créeme mujercita, si te digo que soy muy exigente en la materia. Cuando dispones de tantos millones en el banco puedes volverte todo lo escrupuloso que quieras en los asuntos que estimes oportunos. Sin embargo, a pesar de que pudiera parecer que estábamos hechos el uno para el otro, aquel matrimonio no funcionó... quiero decir, en determinados aspectos funcionó de maravilla —Crazybit guiñó el ojo a Georgina pícaramente—, pero solo en esos aspectos...

Georgina suspiró. Parece que la declaración iba a ser más larga de lo que le habría gustado.

—Con el tiempo ese amor, si esa palabra pudiera ser la acertada, se enfrió. Comprendí que aquella muchacha espectacular no despertaba en mí ningún sentimiento profundo. Poco después conocía a Débora. Era la belleza hecha carne. Pueril, infantil, ingenua. Lo opuesto a Clara, toda experiencia y exceso. Creo que Débora me hipnotizó y viví subyugado por ella un buen par de años... Hasta que me cansé. Comprendí qué había pasado. Estaba eligiendo a mis parejas por su aspecto exterior, pero no había nada en ellas intelectualmente, que me satisficiera. Intelectualmente, ambas, eran nulas. Una el exceso carnal, la otra, la belleza espiritual. Por mucha pasión que hubiera por medio... he de reconocer que después del acto físico no quedaba nada que mereciera la pena. No podía hablar de mis proyectos, mis planes, mis ideas... necesitaba a alguien que estuviera a mi nivel, y siempre sentía que faltaba algo. La relación iba a la pata coja, ¿comprendes? —Georgina comprendía—. Así llegó Alexandra, un portento de mujer. Inteligente como nunca he conocido a nadie. Era capaz de hacerme reír, pincharme, criticar mis ideas... o aplaudirlas... Me hacía rabiarse de veras con un par de frases sardónicas. ¡Dios!, aquella mujer hería con la mirada. Creo que llegué a sentirme intimidado... algo inaudito. Era divertido... bueno, a veces.

—Pero...

—Ah... sí, había un pero. La complicidad de Alexandra con Crazybit desaparecía cuando llegábamos al dormitorio. Alexandra no despertaba en mí... como decirlo...

—No sería al revés... —Georgina intuía que Crazybit no iba a dejarse mal a sí mismo. El hombre sonrió como un niño pillado in fraganti.

—Alexandra no despertaba en mí lo que las anteriores mujeres habían logrado. Había vuelto a cometer el mismo error. Cada una de mis esposas cubría una faceta distinta... pero Crazybit debía seguir buscando a su Santo Grial, la mujer perfecta.

El hombre le dirigió una mirada espléndida y Georgina, que ya veía por dónde iban los tiros, se rio de buena gana.

—Sí, tú Georgina eres esa mujer que aúna a mis tres diosas del pasado. Clara, Débora y Alexandra, en un mismo ser y una misma alma. ¡Y no te rías! Porque hablo absolutamente en serio. Eres atractiva y hermosa, ocupas mis pensamientos noche y día, y no me cabe duda alguna de que eres de las personas más perspicaces e inteligentes que conozco, y por lo que veo careces de la lengua viperina de Alexandra. —Crazybit, que observaba como Georgina le miraba desenfadada, redobló sus esfuerzos—. Después de años viviendo la vida loca te he visto y me he dicho, «he aquí un ser admirable junto al cual debo sentar la cabeza». —Crazybit se expresó por unos instantes con una voz solemne, como un profeta, pero en breve se deshizo el hechizo—. Sí, soy unos pocos años mayor que tú, lo sé, —Georgina remedó «¿unos pocos?» con expresión de asombro— pero si lo piensas bien, puedo ofrecerte seguridad, riquezas, y una vida pletórica de emociones. Crazybit es un adicto a las emociones, a la aventura, soy la receta perfecta contra una vida plana y anodina... y eso sin tener en cuenta mis indudables atributos físicos.

Georgina observó al hombre. Se había esmerado en domesticar la larga cabellera rubia sujetándola con un elegante cordón de cuero y la cola de caballo que caía lacia sobre su espalda, le infería un aire de veterano acostumbrado a la aventura. Su barba de dos días también reforzaba ese aspecto. Los ojos risueños parecían no obstante los de un crío que acaba de cometer una travesura inconfesable. Georgina se rio con ganas de nuevo. No podía tomarse esa propuesta descabellada en serio ni por un minuto.

Crazybit reconoció que era momento de recular. Ya habría más ocasiones en el futuro, pensó lleno de optimismo. Había hecho su primer movimiento y al menos no le habían arrojado una copa de vino a la cara. No habría sido la primera vez, por otro lado.

Sonrió y cambió drásticamente de tema de conversación.

—Fue terrible la pelea del otro día. ¿Has hablado con Garland o Peyton al respecto?

Georgina negó con la cabeza.

—La verdad es que no hablo mucho con ellos últimamente.

—Pero tengo entendido que antes erais buenos amigos.

—Garland y yo nos íbamos a casar... y sí, Peyton era muy buen amigo de ambos. Éramos un equipo excelente.

—Lástima que todo se rompiera. Lo siento.

Crazybit no quería seguir preguntando en esa línea. Conocía de sobra lo que se rumoreaba y no necesitaba abrir antiguas heridas, salvo que Georgina quisiera desahogarse, pero no parecía necesitarlo en absoluto.

Brindaron. El vino resultaba excelente y sintió que su calor le animaba.

—Es raro todo esto, ¿verdad? —Interrogó a la mujer, pero Georgina se limitó a mirarle con cara de póquer—. Me refiero a que... ¿quién en su sano juicio iba a constituir un equipo cómo este? Yo no soy astronauta... y me estoy entrenando a marchas forzadas, pero claramente me voy a sentir como un lastre, rodeado de profesionales de verdad... Y por otro lado, Peyton y Garland no pueden estar en el mismo equipo, es obvio, y sin embargo el administrador no da pie a relevar a ninguno de los dos. Parece una extraña obsesión fuera de toda lógica. ¿No crees?

Georgina no respondió durante unos segundos.

—Sí. Lo cierto es que no tengo nada claro qué sucede con esta misión. No solo es una cuestión de la tensión desagradable que se acumula entre nosotros tres... es la manera en la que se está forzando todo cuanto la rodea. Parece un mal sueño del que me gustaría despertar.

—¿Por qué sigues entonces si te resulta tan desagradable? —Interrogó Crazybit que era un curioso irrefrenable.

Georgina sonrió.

—Es algo difícil de explicar. Siento que es algo que debo hacer, que no me perdonaría no haber participado... no sé si me comprendes. Tal vez dentro de unos años, si hubiera renunciado, concluiría que me habría comportado como una adolescente que obra por resentimiento en vez de ser profesional. El arrepentimiento me dominaría. Creo que el conocimiento de ese posible juicio de valor me mantiene firme aquí, como un palo.

Crazybit fue el que se rio ahora.

—Sentido del deber, se dice.

Crazybit se quedó mirando la expresión serena de Georgina, que atisbaba una leve sonrisa. «Qué belleza», pensó.

—Ha debido ser duro tu reencuentro con Garland.

Ella ladeó la cabeza. La cabellera ondeó en un hipnotizante vaivén.

—Me temo que la conversación va a derivar hacia un tema del que te advertí no hablaría.

Crazybit reconoció el campo minado que tenía ante sí.

—Es verdad. No solo te he invitado para piroparte. —Reconoció Crazybit con una sonrisa de niño pillado con en una travesura—. Me urgía hablar en confianza de algo delicado, que nos incumbe a todos.

—¿Por qué conmigo? —Inquirió incisiva la mujer.

—¿Por qué no? —Respondió esta vez sin cautela el veterano—. Tobías es el jefe, y con Peyton y Garland sencillamente no se puede hablar. El primero se cree Napoleón a punto de enfrentarse a su Waterloo particular, y a todo cuanto hace o dice

le da un aire de graciosa gravedad, como si se estuviera rodando una película dramática de la cual él es el protagonista. Garland no me presta demasiada atención. Cree que siempre estoy de broma y por otro lado va de un lado a otro acarreado sobre sus hombros el peso del Universo entero, con todas sus estrellas, planetas y agujeros negros encima, tal es el pesar que arrastra el pobre tipo. De Peyton que te voy a decir. Cuando él sale del Centro Espacial Johnson, toma su coche y conduce hasta Houston, la cola de su arrogancia todavía no ha terminado de salir del centro espacial. Tú eres la más natural de los tres, la única, según mi forma de verlo, que tiene la cabeza sobre los hombros... y ¡qué cabecita!, todo sea dicho de paso.

Georgina soltó una breve carcajada y le indicó que continuase.

—Hace unos días estando en el vestuario hablando con Garland, llegó Tobías. Hablamos de temas varios, hasta que me fui hacia las duchas. Se ve que Tobías tiene más confianza con Garland que conmigo, porque cuando me di cuenta que había olvidado el bote del gel y retrocedí hacia mi taquilla, los encontré conversando confidencialmente.

—¿Escuchaste? —Georgina se escandalizó.

—Lo cierto es que al darme cuenta que era un asunto que incumbía a la misión, me quedé. No me mires con cara de susto porque quiero compartir contigo lo que he descubierto.

Georgina empezó a negar con la cabeza, discrepando del criterio moral de su contertulio, pero Crazybit desembuchó antes de que ella pudiera objetar nada.

—Tobías explicaba a Garland un hecho que para él resultaba obvio. ¿Por qué reclutar al antiguo equipo de la *Trinity* cuando la NASA cuenta con personal que está más capacitado y en plena forma? Ponía el ejemplo de Peyton y mío. Dos especialistas en ingeniería informática. La NASA tiene en activo astronautas con preparación técnica similar... no tan brillante como la mía, obviamente... pero... —Georgina le miraba seriamente. No iba a aceptar sus bravuconadas simpáticas por el camino—. El caso es que Tobías citó dos astronautas que conocía personalmente. Había decidido indagar qué había sido de ellos pero no aparecían en la base de datos a la que como director de vuelo puede consultar para ver efectivos disponibles. Esas ausencias le resultaron extrañas.

—Desde luego que lo son —murmuró Georgina, mientras se apoyaba en el respaldo de su silla.

El camarero sirvió entonces sendos humeantes platos de comida. Crazybit se había decantado por un espléndido chuletón, mientras que Georgina por una sofisticada ensalada. La interrupción fue la coartada para que ambos comensales se instalaran en un confortable silencio para madurar lo hablado hasta el momento. Crazybit le hincó los cubiertos en su bistec y lo atacó con apetito. Georgina le secundó. Poco después de unos bocados, visto el silencio de Crazybit, su expectación había crecido.

—¿Qué averiguaste tú? —preguntó finalmente Georgina.

—Ajá... —Crazybit sonrió abiertamente—. Sabía que deducirías que no me iba a conformar con un dato inexacto. —No fue un trabajo fácil... aunque bueno, la NASA no ha implementado firewalls de seguridad tan potentes como los del Ejército del Aire. Así que no me costó mucho romper su sistema. Siempre hay puertas traseras, ¿sabes?

Pero Georgina se mantenía tan seria como antes. ¿Iba a resultar imposible arrancarle una sonrisa? Al menos podría dejarle que diera un poco de brillo al mérito que había tenido conseguir la información. Pero a Georgina estaba claro que no le gustaban los rodeos. Claudicó.

—MIA.

—¿MIA?

—Missing In Action. Desaparecidos en combate. Eso mismo.

—¿Qué quiere decir eso exactamente, Crazybit? La NASA no tiene desaparecidos en acción... —Georgina había dejado los cubiertos sobre la mesa. Captaba toda su atención.

—Sí, es terminología militar Georgina. Comprendo que es absurdo imaginar a unos astronautas en una acción militar, pero sabes muy bien que la mayoría de los astronautas tienen antecedentes militares. Peyton y Garland son un buen ejemplo.

—¿Y los susodichos desaparecidos?

—La tenían.

Nuevo silencio.

—No tiene sentido, —concluyó Georgina y suspiró—. Y eso me lleva a otra pregunta a la que quiero me des respuesta. ¿Por qué estás tú aquí con nosotros?

Crazybit sintió toda la dureza con la que estaba formulada la pregunta, que no admitía bromas, respuestas falsas, circunloquios. Solo la verdad.

—Resolví un enigma, un código.

Georgina aguardaba. Crazybit sonrió incómodo por la presión. Deseaba agradecerla, pero todo tenía sus límites, sus compromisos legales.

—Era una especie de cartucho egipcio... pero no eran jeroglíficos convencionales. Se trataba de un código. Creo que lo debieron consultar con numerosos criptólogos del mundo. Yo lo resolví. Eso es todo. La verdad es que me resultó tremendamente fácil. Parece una bravuconada, pero es la pura verdad. También tuve algo de suerte, porque de entrada cualquiera que no fuera yo habría echado el resultado a la papelera. Hacía falta una mezcla de talento y arrojo para determinar que el resultado obtenido era correcto.

—¿Qué decía?

Crazybit se tensó. Después empezó a cabecear, lentamente, de un lado a otro, negando.

—Me muero por contártelo, pero estoy comprometido legalmente. No puedo decir qué es lo que descubrí. —Se llevó un gran porción de carne a la boca y masticó con fruición, satisfecho de su explicación.

—¿Puedes decirme si la respuesta te inspira alguna relación con lo que me acabas de desvelar?

Crazybit enarcó las cejas.

—No veo relación alguna Georgina. Al menos, que se me ocurra ahora mismo. Lo juro por Snoopy.

Ambos ingirieron algunos bocados de sus platos respectivos sin mediar palabra.

—Te aprecio Crazybit. Me pareces buen hombre, pero no voy a salir contigo, —dijo Georgina después de una pausa en la que se había quedado pensativa y antes de abordar el siguiente bocado.

Crazybit se atragantó.

—Pero cómo... Es decir... Yo... no pretendía... quiero decir que sí, pero... no así.

Georgina se rio al ver la confusión de su contertulio.

—Perdona que sea tan directa.

—¿Estas saliendo con alguien? —Crazybit observó el semblante impertérrito, aunque risueño de ella. No le iba a contestar—. Me lo debes... al menos eso.

—No, no estoy saliendo con nadie, —contestó, después de lo cual bebió un sorbo de vino.

Crazybit vació su vaso. Se sentía derrotado y necesitaba una salida digna.

—¡Estupendo! No hagamos nada precipitado, naturalmente. Pongamos el ritmo que te interese. No hace falta irse a vivir juntos pasado mañana... —elucubró.

—No hay ningún ritmo que poner, Crazybit, —desmintió Georgina con voz suave y una sonrisa.

—Llevas tiempo sin salir con nadie, lo comprendo. No quieres precipitarte, lo respeto.

—Eso es verdad, —corroboró ella—. Espero que no hayas hackeado mi correo.

—Jamás haría algo así, por favor, —exclamó ofendido Crazybit.

—Pues el tiempo que llevo sin salir con nadie es asunto mío y solo mío, —advirtió.

Georgina dejó la servilleta sobre la mesa y se levantó.

—Debo irme. Ha sido una velada interesante. Si averiguo algo prometo compartirlo contigo.

Crazybit observó el andar decidido con el que Georgina abandonaba el comedor.

Frunció el ceño. Pidió la cuenta mientras un pensamiento iba cobrando fuerza en su interior, para su perplejidad. Pero cuanto más lo pensaba más acertado le parecía.

«Sigue enamorada de él».

Después de pagar la cuenta comprendió que las prisas de Georgina le habían impedido contarle la historia por completo. No se trataba solo de los dos astronautas citados los que había hallado en sus indagaciones como bajas aparentemente militares. Había varias decenas más.

Capítulo 23

Tobías asistía junto con el resto de astronautas de la misión a un curso en una de las pequeñas aulas de formación ubicadas en la sede central del Centro Espacial Johnson. Se trataba de una ponencia un tanto aburrida que explicaba los pormenores del cálculo matemático que había tras el lanzamiento de la *Soyuz* en la que iban a viajar, a fin de conocer los momentos críticos del lanzamiento y las conocidas ventanas de reinserción, para que, en caso de ocurrir un desastre, este no acabara con sus vidas. Analizó qué variables de velocidad y aceleración deberían manejar para sobrevivir a la reentrada. Stuckers, un experimentado ingeniero que había dirigido numerosas misiones en el pasado, explicaba con voz paciente cada uno de los capítulos del temario. No era hombre dado a enriquecer sus explicaciones con anécdotas e incidencias reales que hicieran de su discurso algo menos tedioso y árido. Siempre había sido un matemático de los pies a la cabeza y era poco dado a empatizar con sus semejantes. Garland y Georgina parecía que no habían tardado demasiado en desempolvar sus recuerdos en la materia. Peyton parecía ausente y Crazybit era el más perdido de todos, aunque era innegable que sus preguntas demostraban un noble interés por comprender hasta la última coma. Lo único malo de aquella retahíla de preguntas era que el curso se alargaba insoportablemente, y para Tobías, que era algo que ya tenía muy trillado, comenzaba a convertirse en una actividad aburrida.

Pero un aviso por la megafonía interrumpió la charla. Se instaba a todo el personal involucrado en la misión MS 505 a personarse en la sala de conferencias del Centro Espacial Johnson en menos de cinco minutos. Todos se miraron entre sí y se despidieron del ponente, que pareció sentirse tan aliviado como ellos por la interrupción sobrevenida.

El Centro Espacial Johnson es un complejo de edificios situado en las afueras de Houston. No solo se encuentran allí los edificios principales, destinados a los controles de misión, tanto el legendario como el flamante y remodelado nuevo control de misiones, así como el laboratorio de flotabilidad neutral, a la que Crazybit llamaba constantemente la piscina, sino que constituía un importante centro neurálgico de la NASA que empleaba a más de tres mil personas en aquel momento. Muchas de ellas habían sido las convocadas a la cita. El camino que siguieron para llegar al centro de conferencias, —el *speakers bureau*— lo hicieron andando, como muchos otros trabajadores que habían dejado sus tareas al ser convocados. Mientras caminaban, Crazybit era el único que preguntaba, pero todos parecían demasiado entretenidos en sus propias conjeturas como para responder con algo más de un monosílabo a los comentarios del más curioso del grupo, que no hacía sino insistir si aquello era algo usual o no, y si resultaba raro ese género de convocatorias. Cuando llegaron a la sala de conferencias Crazybit no había despejado ninguna de sus dudas y

se limitó a mostrar cierto enfado con sus colegas por su escasa colaboración, aunque ninguno de ellos pareció sentirse afectado. Estaban ya inmunizados a los exabruptos, tacos, y comentarios ingeniosos del hacker informático.

Al llegar a la sala de conferencias observaron que ya había numeroso público congregado. Charles, que oteaba desde el estrado la llegada de científicos e ingenieros, les indicó con señas que se acercaran a la primera fila tan pronto los localizó. A fin de cuentas eran ellos el baluarte de la misión.

Al poco rato el público cesó en sus charlas y cuchicheos, Charles tomaba el micro y saludaba a los presentes.

—Disculpen que haya interrumpido su trabajo, —comenzó diciendo—, pero una noticia que dentro de poco será divulgada por los medios de comunicación me ha provocado una honda inquietud que quiero compartir con ustedes. No lo haré con ánimo de que nos sumamos en el desánimo, sino con el que suponga un auténtico revulsivo. Muchos de ustedes formaron parte del equipo de la *Trinity* y se merecen conocer esta noticia de primera mano. —El administrador hizo una pausa mientras apoyaba sendas manos en el atril. Se notaba que los músculos de sus brazos se tensaban, como si quisiera transmitir a su audiencia el temple que lo dominaba—. China ha lanzado una nave espacial en ruta translunar. Tenemos sobradas razones que esa ruta es tan solo parte de una maniobra de apoyo orbital con el objeto de obtener impulso en dirección a Marte.

Una corriente de murmullos llenó la sala de extremo a extremo. El conferenciante pudo sentir, como había sentido él en su propia piel, la afrenta que significaba aquella noticia.

—Por primera vez en décadas nuestro país corre el riesgo de dejar el liderato de la exploración espacial. Tenemos, como científicos, el anhelo de que la misión china sea un triunfo... pero yo, personalmente, como administrador de esta histórica agencia, siento el malestar de la derrota... y me niego a aceptarla. Me niego a pensar que somos peores, que incluso contando con medios reducidos y con la oposición de buena parte del Congreso, no seamos capaces de levantar cabeza después de la tragedia de la *Trinity*. Es más... esta nación se ha forjado con hombres que han sabido levantarse después de haber caído. ¿Estamos hechos nosotros, aquí presentes, de una pasta peor? —Un murmullo de negaciones llenó la sala—. ¿Vamos a ser derrotados ahora cuando estábamos a punto de lograr un hito histórico? ¿Vamos a rendirnos? —Mucha gente hablaba abiertamente y clamaba que era necesario hacer algo—. No, por supuesto que no. No pienso hacerlo... no creo que ustedes lo hagan.

Una ola de murmullos de aprobación recorrió la audiencia.

—Y no solo eso... —prosiguió al cabo de un largo minuto tras el cual los ánimos se fueron serenando—. También dudamos seriamente acerca de la intención de ese vuelo translunar. Es muy posible que se dirija a Marte... pero hemos recibido informes de la CIA que especulan con la posibilidad de que la *Maoxian* no tenga

como primer objetivo el planeta rojo... y que haga una escala para tomar el control de la *Trinity*.

Esta vez sus palabras provocaron una auténtica conmoción. Mucha gente se levantó de sus asientos profiriendo que tal cosa no se podía consentir.

—No existe consenso al respecto, pero los gabinetes jurídicos del gobierno no tienen claro que criterio tiene una nave espacial abandonada a su suerte. Es obvio que la *Trinity* no cuenta con tripulantes con vida, no puede haberlos a estas alturas, y se trata de una nave sin mando. Podría entenderse que se aplica el mismo código que a los barcos a la deriva en alta mar... y en ese caso de dar con ella podrían tomar posesión de la misma. —Charles hizo una pausa en la que hundió su cabeza en el pecho. Parecía querer medir muy bien las palabras que iba a pronunciar a continuación. Alzó la vista y se enfrentó de nuevo a su audiencia—. Ni qué decir tiene el pesar que siento por la pérdida de las vidas humanas de la tripulación de esa astronave... el hecho de que sean astronautas de otra nación la que lleguen en primer lugar a la *Trinity* me produce una honda desazón. Pero más me inquieta otra cuestión... Las causas del accidente de la *Trinity* son un misterio para nosotros. El que sea otro país el que tenga acceso a una información crítica que en buena lógica nos correspondería a nosotros estudiar, me resulta humillante.

La sala quedó en silencio cuando el administrador hizo una larga pausa tras sus últimas palabras.

—He mantenido contacto con diversos senadores de ambos grupos de la cámara de representantes. Sin embargo... los detractores del programa espacial forman un grupo compacto y heterogéneo, que abarca ambos bandos políticos. Nuestras esperanzas para reactivar el programa espacial son escasas. ¿Qué podemos hacer, compañeros y amigos?

El semblante de Charles, surcado de arrugas pareció envejecer en unos segundos. Tobías sintió el peso de una misión imposible sobre los hombros de aquel hombre.

—Sí... todos ustedes están repasando las escasas posibilidades con las que contamos y... no, es verdad, no hay ninguna... al menos en nuestra administración espacial. Tan solo puedo comunicarles que en esta ocasión la NASA va a pasar el testigo a la iniciativa privada. Todos ustedes seguro que han oído hablar de la multinacional Spaceminner, la filial de la corporación minera BHPBilliton, que desde hace años elucubra con la posibilidad de la extracción de mineral y recursos de la Luna y el cinturón de asteroides. He hablado con su director gerente, Billy Haider, y me ha asegurado que comprenden la crisis que afrontamos. Han decidido fletar la *Spaceminner One* con destino a la *Trinity* a fin de recuperar la información vital para la continuidad de la delantera de la carrera espacial de nuestra gran nación.

Charles recorrió con la mirada la sorprendida audiencia que atendía sus palabras. La incertidumbre se había apoderado de todos ellos. Tobías se sentía confundido ante lo vertiginoso de las noticias. Una partida de ajedrez que se había estado disputando entre bambalinas, era colocada de improviso en el centro de un escenario para que

todos observaran su desarrollo. Resultaba difícil hacerse una composición de cuál era la situación real ante tal cúmulo de noticias.

—Se preguntarán quiénes van a ir en esa astronave, quién va a controlar dicha misión desde Tierra, logística, preparativos... —Tobías tragó saliva. Parecía imposible que aquello estuviera sucediendo. Su piel se erizó y sintió hasta la última raíz del cabello tensarse—. No, estimados amigos, la NASA está fuertemente maniatada. —Tobías suspiró. Había sido demasiado hermoso para ser real. No, él no iba a dirigir ese vuelo a la *Trinity*, ni su tripulación viajaría en el *Spaceminner One*... por un momento se entusiasmó con la posibilidad de que un sueño imposible pudiera hacerse real. La desilusión recorrió la sala con una oleada de comentarios que obligó al administrador a reiniciar su discurso hasta en tres ocasiones—. Carecemos de capacidad —consiguió decir finalmente imponiéndose al vocerío de su auditorio—, salvo de destinar los escasos medios aún disponibles para monitorizar la misión. Lo cierto es que los rumores que se han oído en los últimos años en relación a BHPbilliton son ciertos, y ha destinado una ingente parte de sus beneficios a desarrollar un programa espacial, radicado en Ecuador, país en el que han invertido recientemente una considerable suma de recursos. Al parecer, a cambio se le han practicado generosas desgravaciones fiscales por parte de nuestro gobierno. Ahora mismo esa corporación se halla en una posición envidiable para defender los intereses de la NASA en primer término, y por ende, de Estados Unidos. Créanme si les digo que estamos en buenas manos.

Tobías observó de reojo a sus compañeros. Peyton, imperturbable, sereno. Parecía casi hasta alegrarse de que la posibilidad con la que todos habían especulado en un destello de esperanza por el que la NASA tal vez pudiera resurgir de sus cenizas, se descartara irremisiblemente. Garland nervioso, se frotaba las palmas de las manos en el pantalón. Parecía un atleta a punto de tomar la salida de los cien metros lisos. Georgina le miró a él y después a Garland. Es la que mostraba mayor confusión. Crazybit sonreía cínicamente, como si todo le pareciera un chiste malo, y se limpiaba las uñas con cierta maña pero evidente mal gusto. Parecía que aquel alegato le importaba un pito y la carrera espacial menos aún.

—Según tengo entendido la *Spaceminner One* despegará en breve plazo desde Ecuador en un intento de tomar posesión de la *Trinity* antes de que China pueda hacerse con ella. A partir de este momento me he planteado mantenerles informados a todos ustedes sobre esta situación. Espero contar con su colaboración en los aspectos que puedan surgir derivados de esta difícil coyuntura.

Y sin más Charles abandonó el estrado. Varios altos funcionarios de la NASA lo rodearon de inmediato y formaron un corrillo que no tardó en dirigirse hacia los despachos de directivos. La concurrencia se enredó en acalorados debates. Mientras tanto, Tobías, confuso, observó a su grupo. Nadie hablaba entre sí. Parecían saltar chispas entre todos ellos y no se sentía con fuerzas en intentar mediar para iniciar una conversación con grandes dosis de diplomacia, en la que cada cual podría soltar

exabruptos del resto de sus compañeros, por más que el contenido de la charla diera para un interesante debate. A fin de cuentas se trataba de hablar de volver a Marte, una misión que podría traer fatídicos recuerdos a todos ellos. El único que pareció tener algo que decir fue el quincuagenario Crazybit.

Apartó sus largas melenas rubias y se acercó a él sonriente a fin de ponerle una mano sobre los hombros. Le miró fijamente con sus ojos claros, con el brillo tenue que deja en las pupilas muchos años de excesos. Parecía que adivinaba su desazón.

—Ánimo camarada Tobías. ¡Qué más da Marte y la *Trinity*! ¡Nosotros ya tenemos nuestra lata voladora de cerveza rusa que nos llevará a tomar por culo!

* * *

Garland no supo cómo evadirse de Crazybit, ese viejo verde le ponía nervioso, no era el tipo de persona con el que sintiera capaz de llevarse bien. Lo había abordado en un par de ocasiones pero él no había dado pie a mucha conversación. Sí, eran compañeros de misión, pero eso no significaba ni que tuvieran que ser amigos, ni siquiera llevarse bien. Ya era bastante enrarecido el ambiente del equipo para además sentir la presión de intentar forzar las relaciones con un personaje que no le inspiraba ningún sentimiento positivo.

—¿Qué tal Garland? ¿Buen momento para tomarnos esa garimba que teníamos pendiente desde hace tiempo?

Garland suspiró. Busco una excusa para eludir una cita que ya había esquivado unas cuantas veces.

—Ah, Crazybit observa con interés como se debate usted... devanándose los sesos por encontrar una buena excusa que no esté repetida... Tal vez una tía enferma a la que deba visitar, o un entrenamiento al que debe presentarse... o...

—Está bien, usted gana, vayamos a tomarnos esa cerveza, —se rindió Garland, condescendiente.

Crazybit gruñó contento por su victoria.

—Verá, camarada Garland... Le he observado detenidamente, —comentó Crazybit mientras le palmeaba la espalda con confianza—, tiene usted el perfil del héroe de la misión. No sé si lo ha observado. Bien parecido, mandíbula ancha que denota seguridad e intrepidez, un ceño capaz de fruncirse en los momentos difíciles, como el líder que valora pros y contras a la vez que sopesa las cuestiones éticas implicadas... y haga lo que haga, nunca se equivoca, ¿no es así? Y lo que es más importante, un nombre sonoro, que no desluzca las portadas de las cabeceras de los diarios nacionales cuando haya que ensalzar sus nobles acciones.

Garland gruñó descontento.

Se dirigieron al restaurante principal de las instalaciones. Mucha gente, viendo la hora que era, se dirigía hacia allí para cenar algo antes de regresar a sus hogares, o simplemente tomarse algo y comentar con sus compañeros las implicaciones de la

conferencia de Charles. Garland oteó entre las mesas por si había alguna en la cual pudieran incorporarse. Al menos así eludiría un cara a cara con Crazybit, algo que no le hacía demasiada ilusión.

Crazybit se las ingenió para pedir rápidamente un par de whiskys. Garland no sabía cómo, pero de alguna manera Crazybit adivinó cuál era su combinación y marca preferidas.

—Así que eres escritor.

Garland le miró desconfiado. No había mucha gente que lo supiera.

—Es una afición en la que me permito dar rienda suelta a mis ocurrencias... aunque llevo tiempo sin publicar nada nuevo.

—Me pareció ingenioso ese libro sobre el entrelazamiento cuántico... el de las comunicaciones interplanetarias con distintas razas alienígenas... *Código estelar*.

—Ha tenido cierta repercusión...

—Podría llevarse al cine...

—Ya lo intentó mi editorial... pero mi estimado amigo, Peyton Sharrow, movió hilos adecuadamente a fin de abortar cualquier posibilidad de que algo así sucediera.

Crazybit sonrió dejando entrever una hilera de dientes no demasiado blancos. El consumo de tabaco durante años había dejado su impronta. Le miró fijamente.

—Sé que está muy metido en asuntos más serios. Me interesa su línea de investigación de las estrellas oscuras. He leído algo al respecto. Me ha parecido interesante, aunque le reconozco que después de la tercera línea no entendía nada. Mi mente no está para perderse en esas minucias... —concluyó con un exabrupto sin temer ofender a Garland, como si este tuviera que consentir su descaró—, pero si me dieras alguna noción básica al respecto...

Garland asintió. Era evidente que Crazybit había leído algo al respecto, pero siendo un lego en astrofísica le habría sorprendido si hubiera entendido gran cosa, y por otro lado, era aquel asunto una de las pocas cosas que aún le generaba cierto entusiasmo.

—Sabrá que la teoría cosmológica vigente —se dispuso a explicar el concepto con paciencia—, o al menos aceptada mayoritariamente, concluye la existencia de materia oscura, que además rebasa a la ordinaria en una proporción de cuatro a uno. Eso significa que estamos rodeados por dicha materia oscura. Pero si consideramos, como predice la teoría, que dicha materia es activa gravitatoriamente hablando, debería colapsar, como sucede con la materia ordinaria, y formar estrellas o centros de gravedad masivos que de alguna forma generen calor, fusión, o algún tipo de reacción derivada de su potencia gravitatoria. A esos cuerpos, sean cuales sean, se les denomina estrellas oscu...

Pero Crazybit interrumpió incluso antes de que concluyera su breve explicación.

—¿Usted cree que existen agujeros negros de materia oscura?

—En mi equipo estamos convencidos de que no existe la materia oscura. Estamos realizando una misión de observación con un satélite que pretende poner punto final a

la controversia sobre su existencia o no.

Crazybit tamborileó con sus dedos sobre la mesa y se echó un largo trago de whisky al gaznate. Garland recordó de improviso que aquel hombre era extraordinariamente rico, y decidió moderar su mordacidad. Después se maldijo por sus esperanzas infantiles, había considerado por un segundo que tal vez pudiera patrocinar alguno de sus estudios que dormían en un cajón de su despacho, y se revistió de su habitual armadura de escepticismo.

—Sin embargo a mí me interesa más otra obra suya. La teoría antrópica... creo que tiene algunas publicaciones al respecto.

Garland puso mala cara. Sus teorías antrópicas habían sido formuladas cuando se hallaba en lo más bajo de su carrera académica y el ostracismo propiciado por Peyton le cerraba una tras otra las puertas del mundo académico. Dado que la escritura no se le daba del todo mal, volcó su ira en tomar los aspectos más contradictorios de la Ciencia con tal de arremeter contra todos. No era la mejor etapa de su vida. Hablaron largo y tendido sobre el tema y Garland apreció un sincero deseo de Crazybit por informarse en profundidad sobre el tema, lo cual le agradó, aunque seguía desconfiando.

En un momento determinado Crazybit aprovechó una pausa y cambió de tema de conversación.

—¿Qué te ha parecido el anuncio del Administrador? ¿Viste la cara que puso Tobías cuando comprendió que el asunto quedaba definitivamente fuera de las manos de la NASA? —Crazybit rio jovial—. Parecía que le iba a dar un infarto.

Garland frunció el ceño.

—A Tobías, como a la mayoría de los presentes, nos dolió en el alma que la NASA haya perdido el liderazgo de la carrera espacial. Es un día triste para mucha gente. —Comentó Garland serio, que no compartía la alegría burlesca de Crazybit. Tomó un trago de su vaso.

—Sin embargo me doy cuenta de que tú te muestras impasible. A ti esa noticia no te ha afectado. No me equivoco, ¿verdad?

Garland le miró unos segundos, valorando si merecía la pena confiar en aquel compañero de misión. Concluyó que no había nada que perder.

—Hace tiempo que la carrera espacial dejó de ser una prioridad para mí. Cuando abandoné ese sueño creo que mi implicación con la causa de la NASA se debilitó profundamente.

Crazybit movió la cabeza, en un gesto de comprensión.

—Pero sin embargo, estás aquí.

Garland le contempló impertérrito.

—Sí, aquí estoy. —Después de una pausa cambió el enfoque de la conversación—. Lo que realmente me intriga es por qué te interesas tanto en mí. No soy nadie en especial ni mi trabajo me va a llevar nunca a lograr ningún premio académico ni nada

parecido. Soy un outsider del sistema sin remedio. —Garland se ponía en pie, y esas eran sus palabras de despedida.

Crazybit le miró con los ojos entrecerrados y chasqueó los labios. Sonrió.

—Por su culpa estoy aquí, señor Sutton. Por su culpa, —murmuró cuando ya Garland se había alejado de él. «Simplemente quería saber qué tiene usted de especial», pensó por último.

Y brindó, bebiéndose el resto del contenido del vaso de un solo trago.

Capítulo 24

Tobías se alejó de la gente que aún se congregaba en la sala de conferencias sin despedirse de sus compañeros. Georgina interpelaba a una colega sobre alguna cuestión relacionada con la conferencia. Crazybit y Garland habían iniciado una conversación en la que no le apetecía inmiscuirse, dado que el empresario de los antivirus parecía querer invitarle a tomar algo y charlar. Peyton había desaparecido sin mediar palabra, como en él era habitual.

El discurso de Charles le había provocado un hondo malestar. Le fastidiaba todo lo que estaba sucediendo. Amaba esa agencia espacial, y si Charles quería espolear a su gente hiriéndoles en su orgullo lo había logrado. Una sensación de impotencia lo dominaba. Pero cuanto más lo pensaba, más comprendía lo inútil de todo. Era demasiado tarde para la NASA, estaba acabada, sentenciaba Tobías para sí. Sin presupuesto, ¿de qué otra alternativa disponían sus científicos sino elucubrar con misiones que con suerte pudieran empezar a planificarse en los próximos lustros? Tendría suerte si antes de morir lograba ver una misión de la NASA que fuera más allá de la órbita lunar.

Pero había más, mucho más. Sentía un profundo malestar cuyo origen no podía determinar. En primer término, lo achacó a la circunstancia de que tal vez Charles debía haberlo mantenido al corriente de todas esas novedades en la carrera espacial. Comprendía perfectamente que no tenía ningún asiento de privilegio para optar a que compartiera dicha información con él. Pero Tobías se daba cuenta de que era el único jefe de misión operativo en aquel momento. Al menos podría haber tenido la consideración de una charla con él a fin de explicarle la situación crítica que atravesaban.

Finalmente identificó la causa de su inquietud, pues cada vez que su nombre resonaba en la cabeza lo inundaba un hondo pesar. *Spaceminner One*.

Ese era el auténtico mal. No era siquiera China, la competidora oficial de su país. De pronto la carrera espacial había pasado a manos privadas, ese era la causa de su mal cuerpo. Estaba en el cajón de salida de una carrera de caballos que se había cancelado. Comprendía que la jugada se había cocinado en altas instancias. Los servicios secretos del país debían saber desde hacía tiempo, mucho tiempo, que esto sucedería, que los chinos preparaban una misión a Marte y que probablemente de paso intentarían hacerse con la *Trinity*. Su prestigio sería enorme y la imagen del país asiático en el mundo se catapultaría al estrellato. Tobías suspiró mientras se dejaba caer en el mullido sillón de su despacho.

Era tarde, pero se sentía abatido. Era hora de cenar pero el apetito no le acuciaba, ni mucho menos. Le habían dado una paliza... al menos así se encontraba anímicamente. *Spaceminner One*... ahora iban a ser ellos los que desarrollaran el programa espacial. La jugada maestra. El país necesitado y una empresa de capital

americano acude a su rescate. Tobías se mesó los cabellos. La opinión pública, menos cuatro columnistas destacados, intelectuales brillantes pero «opinadores» profesionales contracorriente, se volcaría en un arrebato de patriotismo a enterrar alegremente la NASA.

Se inclinó hacia delante y tecleó en el buscador el nombre de la empresa minera. Se perdió en el galimatías de la web corporativa. Regresó al buscador y tecleó el nombre seguido de Ecuador. En seguida localizó numerosas noticias relacionadas con las operaciones de minería en el país. Añadió en el buscador las palabras «programa espacial». Las búsquedas resultantes parecieron mucho más concisas y de interés, aunque su lectura le produjo una profunda desazón. Sabía algo de español así que no necesitaba traducir las páginas automáticamente, cuestión que la mayoría de las veces dejaba mucho que desear. Sin embargo, cuando leía en diagonal un artículo publicado en el diario digital *La hora*, una imagen lo dejó paralizado. Se comunicaba la inauguración de la planta espacial de BHPbilliton en Ecuador, a la que habían asistido numerosas personalidades. Un rostro en el séquito presidencial llamó inmediatamente la atención porque su pelo rojizo resultaba inconfundible.

—¡Lionel! —exclamó atónito.

Comprobó la fecha de publicación. Databa dos años de antigüedad. Todo parecía un absurdo. Lionel, allí, desde entonces, vestido de civil, pero sin duda alguna, ejerciendo en su papel como asesor militar. ¿Qué asignación tenía Lionel dentro de la USAF para que su figura resultara omnipresente allá dónde hubiera un vuelo espacial de por medio?

«Quinto vuelo de pruebas exitoso de la prestigiosa firma minera BHPbilliton...».

Tobías dejó de leer. Llevaban años enviando cohetes al espacio sin que apenas trascendiera a los medios... O mejor dicho, pensó Tobías, sí que había trascendido, pero como una cuidadosa campaña de imagen. El asalto al espacio planteado como una extensión de la actividad minera. Nadie se lo había tomado demasiado en serio y todo parecía una campaña estética de marketing tipo *Star Wars*, tendente a mejorar la imagen de la compañía de cara a los inversores. No parecía factible ni rentable la minería espacial, según los cálculos que muchos analistas habían pronosticado.

Lionel regresaba de nuevo a primer plano, en la mente de Tobías. ¿Qué pintaba allí el militar? ¿Estaría supervisando también las misiones espaciales privadas? Ese tipo de control implicaba algo completamente diferente al discurso oficial que en su día había servido para que la NASA hubiera sido sometida al dominio militar. A punto de dejar caer la Agencia Espacial, fue el ejército el que asumió destinar parte de su ingente presupuesto a la carrera espacial... pero con sus condiciones, sus terribles condiciones. Entonces... ¿qué necesidad tenía una empresa privada de una supervisión o control de la fuerza armada del aire del ejército de Estados Unidos? Tobías se reclinó en su asiento. Empezó a pensar en sus contactos con la fuerza aérea. Eran lejanos, exiguos... pero después sonrió. Por supuesto.

Cogió su Smartphone con desenvoltura y marcó.

Una voz replicó.

—Dime, —repuso Garland.

* * *

El *Dirty Business* era una cervecería del centro financiero de Houston. Abundancia de madera, una amplísima galería acristalada con una selección impresionante de ginebras, whiskys, y por supuesto, cervezas. A las diez de la noche se encontraba atestada de gente, a pesar de tratarse de un día entre semana. Tobías recorrió la concurrencia esperando encontrar a su compañero. Garland, que lucía una chaqueta de ante, le saludó desde el fondo del local. Se hallaba sentado en una esquina, cuyas paredes de ladrillo rojo, lucían atestadas de fotografías de época en blanco y negro. La luz indirecta resultaba especialmente difusa en aquella zona y daba a la reunión un carácter de conspiración.

Se saludaron.

—¿Quién es entonces ese Tom Daniels del que me hablabas? —preguntó Tobías a bocajarro.

—Un buen tipo. Un tío honesto. Te puedes fiar de él siempre. Nos dirá lo que sepa... que no creo que sea mucho. Sé que trabajó hace un tiempo junto a Lionel. Él era un buen piloto y fuimos compañeros durante mucho tiempo, hasta que me apunté en el Centro Espacial Johnson para la carrera a Marte. —Garland hizo una mueca involuntaria que llevó a Tobías a desear adivinar qué pasaba por la cabeza de su amigo en ese momento—. Hace un par de años nos encontramos por casualidad, aquí en Houston. Ya no es el mismo. Está más gordo y ahora es piloto de líneas comerciales. Pero justo antes de dejarlo tuvo una oferta muy particular de la USAF que venía directamente de Lionel. Nunca le había prestado atención a ese dato... hasta que me pediste esta tarde que si tenía algún contacto en el ejército del aire relacionado con Lionel. Es lo que tengo.

Tobías asintió. Le intrigaba mucho esa oferta de la que hablaba Garland, pero este quiso saber de dónde arrancaba el repentino interés de Tobías sobre la cuestión. Este le informo de las conclusiones a las que había llegado aquella misma tarde, tras la conferencia de Charles. A Tobías le pareció que Garland no parecía especialmente defraudado con lo que acontecía por la carrera espacial y le preguntó por ello.

—Verás Tobías, lo cierto es que estoy bastante desengañado de todo esto. Realmente cuando me planteaste formar parte de esta aventura pensé que... tal vez algo que había muerto dentro de mí, años atrás, pudiera revivir. Pero desgraciadamente no es así. Para mí, ahora mismo, es un trabajo bien pagado y ya está. Mi única ilusión es obtener fondos para mi proyecto...

—El de las estrellas oscuras, —terminó Tobías, y Garland asintió.

—Sí, ese proyecto de investigación es lo que me mantiene entretenido... aunque si te digo la verdad, es algo en lo que intento apasionarme pero... no lo logro, de

verdad que no logro... Creo que todo tiene que ver con la noche del cumpleaños de Peyton... —reconoció finalmente Garland tragando saliva—. Creí que me iba a resultar más fácil pasar página.

Tobías asintió.

—Erais adultos los dos. Deberías saber lo que os traíais entre manos...

Garland asintió con cara de circunstancias tras el que bebió un largo trago de cerveza. Pero la conversación se terminó bruscamente. La faz de Garland se iluminó súbitamente al reconocer entre el gentío la presencia de su viejo amigo. Se puso en pie y se acercó a saludarlo. Se dieron un fuerte abrazo y rieron con fuerza. Tobías no pudo oír el intercambio de bromas y anécdotas que se prodigaron durante un largo par de minutos.

Finalmente se dirigieron a la mesa, no sin que antes Garland pidiera una ronda de pintas para los tres.

Garland formuló las correspondientes presentaciones con desenfado y presentó a Tobías como un antiguo colega al que se le había subido los humos y que ahora era su jefe. Rieron durante un buen rato. Tobías observó a Tom Daniels. Su ligera obesidad redondeaba sus facciones, generaba una abultada tripa que su amplia chaqueta de piloto disimulaba dignamente, y su elevada estatura contribuía a darle un aspecto de gigantón buenazo, este último atributo derivado de una mirada franca y una boca predispuesta a la sonrisa. Por lo demás Tom Daniels tenía cabellera de un rubio pajizo y frente que tendía a mostrar sudor con facilidad.

Brindaron por la alegría del reencuentro, y tras la pausa que siguió, Garland aprovechó para plantear la cuestión.

—Así que Lionel Martin... —comentó Tom mientras sonreía de oreja a oreja—. ¿Qué pasa con ese capullo?

Fue Tobías el que tomó la palabra.

—He sabido que además de supervisar operaciones espaciales de la NASA estuvo, tal vez está, involucrado en el proyecto espacial de BHPbilliton. No sé qué relación tuviste con él, pero tal vez nos podrías decir qué mando desempeñaba cuando estabas en la USAF.

Tom gruñó. Hizo un esfuerzo por recordar.

—Sí. No tenía trato con él desde luego, porque se relacionaba con el Alto Mando, el Pentágono, y gerifaltes varios. Pero de vez en cuando se dejaba caer por la base aérea de Keesler, en Missipi...

—Segundo mando de la fuerza aérea, —aclaró solícito Garland.

—Sí, eso... y bueno, facilitaba unos dossiers a los pilotos con mejor hoja de servicio. Era un memorándum que informaba sobre una selección de pilotos. No se sabía para qué clase de trabajo, no decía nada al respecto, pero muchos pensábamos que era de carácter exclusivamente militar y de una exigencia extrema.

—¿Y eso? —Inquirió de inmediato Garland al extrañarle ese matiz.

—Había pruebas en gravedad reducida, quizás era lo que más llamaba la atención. Recuerdo que la preparación física era muy exigente. Yo mismo lo estuve considerando, pero en aquel momento Theresa y yo íbamos a casarnos con lo cual... Eso sí, la remuneración era colosal.

—¿Qué más recuerdas de esas pruebas? ¿Para qué eran? —preguntó ávido Garland.

—No recuerdo demasiado. No presté mucha atención... pero sí tenía un amigo al que perdí la pista. Jenkins. Recibí un correo electrónico suyo diciéndome que estaba en Quito y que estaba encantado con lo que hacía. Le respondí, pero nunca más volví a recibir correo alguno suyo. Ya sabéis cómo es eso... No sé nada de él desde entonces... aunque a lo mejor echó un vistazo a este local y de pronto me topo con él, así es la vida, —Tom rio con fuerza su propia broma.

Tobías y Garland intercambiaron una mirada. Pero Tom prosiguió al recordar algo.

—Hay otro dato curioso que me llamó la atención del dossier. Lo he recordado ahora, mientras os lo cuento. El programa estaba dirigido tanto a pilotos de la USAF como a integrantes de Operaciones Especiales, y no cualquiera... Los Navy SEALs —Y Tom enarcó su ceja derecha como para resaltar el dato.

—¿Lo ponía en el propio informe? —preguntó Tobías sorprendido.

—Sí... era una manera de dar a entender que no cualquiera podría optar a esos puestos. Algo exclusivo para la élite. La verdad... parecía bastante peligroso y yo, como os dije, ya estaba pensando en sentar la cabeza... —Tom soltó unas risotadas al recordar algo—. Si le llego a decir a Theresa que la boda se vuelve a aplazar porque me había enrolado en aquella historia se divorcia de mí antes de casarnos. —Y Tom volvió a reír alegre por aquel recuerdo.

Capítulo 25

El día estaba resultando especialmente monótono para Godfrey Akers, un joven oficial del ejército del aire que supervisaba el trabajo de varias docenas de ingenieros militares que velaban por el buen funcionamiento de la red de satélites. Trabajaban en una extensa red de edificios situados a unos kilómetros al este de Colorado Springs, en las estribaciones de las Montañas Rocosas, desde los cuales monitorizaban el buen funcionamiento del sistema Global Positioning System. Dada la monotonía habitual de su trabajo, en la que rara vez se produce alguna alerta por tormenta solar, le sorprendió el aviso de una incidencia con uno de los satélites. El cabo Wilkinson le enviaba una notificación de la misma con el habitual lenguaje técnico y escueto según la fórmula militar establecida.

«Hoy no, por favor» pensó Godfrey que no quería decepcionar a su mujer justo en el día en que sus padres acudían a casa a cenar. La última vez que habían sufrido una incidencia por una avería en un satélite había perdido la noción del tiempo. Se activaron todos los protocolos de seguridad porque se sospechaba que el satélite tal vez hubiera sido abatido por un sistema *antisatélites* de rusos, chinos o norcoreanos. El Pentágono y la Casa Blanca habían aguardado impacientes su dictamen para establecer las oportunas contramedidas. En suma, había sido un incidente cargado de una tensión impensable para lo que es la habitual rutina en el Ala 50 de la Base de la Fuerza Área Schriever.

—Se trata de una interferencia, señor. Alguien está empleando la misma frecuencia que el satélite. Es una frecuencia reservada...

—Sí, sí, ya sé... —El teniente Godfrey interrumpió al cabo cuando le entregaba su informe, que firmó como recibido. Ahora la papeleta estaba en su tejado. Observó con fastidio como el joven cabo regresaba a su puesto de seguimiento, libre de preocupaciones. Le tocaba a él resolver el desaguisado.

Pensó en avisar a su oficial superior, pero el capitán tenía muy mal genio cuando lo interrumpían en su trabajo. Le pediría más información de inmediato y lo haría de mal humor.

Godfrey suspiró. Al menos esta vez no parecía ser un fallo del hardware del satélite, como la ocasión anterior. Introdujo los datos para monitorizar el satélite en cuestión. Todo parecía en orden. Ningún indicador en rojo en el panel de mando. El cabo tal vez se hubiera excedido en la meticulosidad de su estudio. De pronto los indicadores se pusieron a cero y toda la pantalla se tiñó de números rojos... y cinco segundos después regresó a la normalidad.

Godfrey solicitó el status del satélite y efectivamente, tal como el cabo indicaba, un aviso de interferencia en las comunicaciones se estaba generando sistemáticamente cada poco tiempo. Se trataba de una frecuencia reservada para el

Ejército, por lo que el que estuviera jugueteando con ella se exponía a una severa sanción... y un buen susto.

Descolgó el teléfono.

—Sam... necesito que me triangules una señal ahora mismo.

Al otro lado del hilo una voz gruñó.

—¿Tiene que ser ahora?

—Te envió los datos a tu terminal. Sí, tiene que ser ahora antes de que el Pentágono nos ponga a todos en DEFCON 1.

El tal Sam colgó el teléfono no sin que antes el oficial escuchara una sarta de improperios dirigidos contra el ejército. Sam era de los pocos civiles que trabajaban en la instalación.

Le envió la frecuencia. El teléfono móvil vibró unos segundos. Pudo comprobar que era Madi recordándole que no fuera impuntual a la cena con sus padres. Suspiró.

Regresó a la frecuencia problemática. El programa había hecho su trabajo. Una interferencia, una señal de audio codificada, pero que utilizaba un encriptado del Ejército. Tal vez no debiera escuchar aquello, pero activó el audio.

Una voz entrecortada sonó brevemente. Era un bucle que se repetía incesante, como una baliza que emite una señal intermitente.

«No se acerquen a la máquina de Dios». Después de escucharla varias veces detuvo el audio. Había algo en la voz que le estremeció. Ese tono perentorio, casi desesperado, resultaba desagradable.

El teléfono sonó, era Sam. ¡Qué poco había tardado! Godfrey descolgó sin decir palabra. Aún estaba impresionado por lo que acababa de escuchar.

—¿Qué coño de broma es esta, Godfrey? —Masculló malhumorado Sam.

Godfrey bufó. Sam era un maleducado que parecía vivir en un permanente estado de cabreo.

—A ver, cuéntame, Sam, no tengo todo el día, —repuso un tanto contrariado por el enfado de su colega.

—Supongo que es una broma, Godfrey. La señal viene de más allá de nuestros satélites.

—¿Más allá?... ¿Cuánto más allá?

—¿Qué te parece cerca de Marte?

Capítulo 26

Por primera vez en mucho tiempo Garland se sentía vagamente animado. Una inquietud, cargada de optimismo, recorría sus venas, como un flujo vivificador que era capaz incluso de arrancar colores más alegres de cuanto podía observar, bien yendo de compras por la calle o tomando un café en la terraza de la esquina, y percibía el cambio en su predisposición más locuaz con las personas con las que se relacionaba.

Esa inquietud o nerviosismo que lo animaba le había hecho salir de casa a dar un paseo de tarde de domingo. Había elegido el Memorial Park. En esas horas vespertinas, el parque, salpicado de prados y bosques, se inunda de familias, de deportistas con ropas de colores abigarrados, de parejas paseando indolentes o amigos reunidos en bulliciosos picnics. El tiempo era excelente y el apremio que lo imbuía lo obligaba a mantener un paso rápido, aunque Garland ni siquiera era consciente de eso.

Esa mañana había tenido una conversación con Georgina.

Solo de pensar en su nombre sentía que su corazón latía más rápido. Debía recapacitar.

Cuando Tobías le propuso participar en una misión espacial con sus antiguos compañeros sintió una repulsa brutal a participar en nada en lo que Peyton estuviera implicado. Era un sentimiento visceral e irrefrenable. Él mismo se había sorprendido, a pesar de ese rechazo inicial, por su postura final en la que accedía a participar. Se había dicho a sí mismo que no comprendía cuál había sido el impulso que lo había motivado a aceptar la oferta y atribuía su decisión a una vocación de astronauta resurgida de las cenizas, más poderosa que todas sus objeciones.

Había otra causa que podía argüir por su inclusión en el proyecto presentado por Tobías, las razones económicas. El proyecto DSP apenas había contado con patrocinios y colaboraciones suficientes, y su empeño le había llevado a apostar su patrimonio personal. Después de la crisis con Georgina poco le importaba su nivel de vida y su futuro. Se volcó en la carrera académica, no como un proyecto vital, sino como un punto donde focalizar toda su energía. Se constituyó en una especie de punto de fuga existencial hacia el que volcó toda su capacidad. Quería descubrir algo. No le importó arriesgar su patrimonio, y esto le condujo a una vida mucho más precaria de lo que le habría gustado. La oferta de Tobías paliaba en gran medida su irresponsabilidad económica. No obstante, en las últimas semanas había recibido varias ofertas succulentas de universidades y empresas que garantizaban un porvenir mucho más allá de los emolumentos que procurase su aventura espacial, que a fin de cuentas, se circunscribían a un tiempo muy breve. Y Garland sabía que no aceptaría ninguna de esas ofertas.

Todas constituían débiles tentaciones. Sabía perfectamente cuál era la razón que había vencido su participación en un proyecto que le suscitaba de entrada un rechazo tan frontal. La inclusión de Georgina en el equipo.

Saber que ella iba a presentarse igualmente suscitó en él sentimientos encontrados que lo desarbolaron. Tras el incidente ocurrido en la casa de Peyton unos años atrás, había perdido definitivamente el contacto con Georgina. Su relación se había roto irremisiblemente, y ni siquiera sus intentos por mitigar el daño surtieron efecto. Los exiguos encuentros posteriores, tras la noche del desastre, no sirvieron para nada. El corazón de Georgina se había congelado respecto a él. Incluso Garland temía que el daño que le había hecho iba más allá de él mismo, era una mella que la había afectado mucho más profundamente, en un ámbito vital que incumbía a una necesidad tan fundamental como era la percepción que pudiera tener en adelante del género humano. Era un desengaño terrible y Garland, que la conocía bien, sentía en su propio interior la magnitud del dolor.

Tras aquellas charlas infructuosas el desánimo se apoderó de él. Nunca llegó a comprender del todo cómo había obrado tan irreflexivamente, pero la mezcla de alcohol, un periodo largo sin haber estado en compañía de su prometida, y la extraña y sensual cercanía de Marina, habían disparado sus hormonas, y el instinto, ofuscado, había obrado el resto. Nunca había vuelto a sentir nada parecido. También dentro de él se había producido una rotura irremediable... y el tiempo le había demostrado que no había sido capaz de recomponer el «yo», seguro y vital, del Garland anterior.

La vida había perdido todo su sabor e interés a partir de ese momento. Por si fuera poco, un poderoso enemigo se erigía allá hacia donde él emprendiera camino. Peyton era dueño de un importante imperio económico. Su familia había ostentado una próspera industria en Texas pero él había quintuplicado su fortuna, y por lo poco que Peyton había dejado traslucir en sus conversaciones, sus empresas iban viento en popa. Y Garland se había convertido en el particular entretenimiento destructor de su antiguo amigo. Allá donde él fuera, una pequeña tropa de sabuesos indagaba, fisgoneaba, y lo desacreditaba sin piedad a través de bulos infundados o ejerciendo inoportunas presiones económicas. Su vida había iniciado un lento pero imparable declive, que estuvo a punto de embarrarse definitivamente en la adicción al alcohol. Afortunadamente hubo esferas en los que el ánimo vengativo de Peyton no pudo llegar y constituyeron los débiles agarres a los que se sujetó para no caer en la más absoluta desesperanza.

Y durante todo ese tiempo, esos largos años de adversidad sin tregua, Garland era consciente que no había dejado de pensar en Georgina. La pena era su inseparable compañera, y dejaba pasar las horas muertas de su tiempo libre sumido en una melancolía que misteriosamente le proporcionaba un raro consuelo.

Y llegó el reencuentro.

Cuando la vio, sentada en la sala oval de exposiciones apenas logró articular unas palabras, un gesto, un saludo distante, cohibido, que no reflejaba, ni por asomo, el

terremoto interior que sacudió su corazón. Su pulso se disparó como si acabara de correr velozmente en una prueba de cinco mil metros e intentara llegar a meta fingiendo que el esfuerzo apenas había mermado sus fuerzas. Durante la sesión todo su ser recordaba que tan solo, a unos metros, tras él, ligeramente a su derecha, estaba ella. No hubo un solo segundo donde cada centímetro de su piel no sintiera su cercanía, donde dejara de sentirse observado por ella. Y a la vez que experimentaba una dicha cristalizada en un pensamiento esperanzador, sentía un pesar descorazonador, que le abrumaba. Eran tan contradictorias las emociones que apenas pudo seguir el hilo discursivo de Tobías. Si le hubieran pedido que resumiera la sesión no habría logrado articular una síntesis con una mínima coherencia.

Contaba con la presencia de Peyton, pero su ardorosa enemistad quedaba completamente eclipsada por la luminosidad de Georgina. La asistencia de Lionel, personaje por el que no sentía la más mínima simpatía, le resultó intrascendente y pronto se olvidó de él. Ni siquiera el gozo de volver a pisar lo que para él representaba un territorio venerable, el Centro Espacial Johnson, pudo competir con el vértigo de sentimientos en el que se había abismado.

Después de tantos años de monótona existencia, donde los latidos vitales parecían amortajados y mortecinos, se había adentrado en una vibrante montaña rusa en la que se alternaban alegrías, penas, esperanzas y sinsabores, al más puro estilo de un colegial primerizo en lides amorosas. Garland no se reconocía a sí mismo, pero su capacidad de imponerse sobre los altibajos de sus emociones era nula. Pasara lo que pasara, jamás abandonaría aquella misión mientras Georgina participara. Esa idea parecía cincelada en su voluntad como algo absolutamente inalterable.

Así que después de meditar intensamente al respecto, llegó a una inesperada conclusión que sirvió para apaciguar los sobresaltos de su corazón. Cuidaría de ella. Comprendía que no podía hacerse ilusiones, y que si procedía de tan ingenua manera acabaría metiendo la pata, sufriendo él, o incluso provocando un nuevo dolor. Esa posibilidad le asustaba. Sería su ángel guardián, velaría por ella. Se lo debía. Y esa idea le proporcionó serenidad.

Los días, las semanas, transcurrieron mientras el ánimo se apaciguaba, incluso se enfriaba paulatinamente. Las rutinas de preparación y entrenamiento, revisiones médicas, y otros protocolos, exigían pautas personalizadas. Raras veces coincidían, pocas veces interactuaban. Garland seguía experimentando, cada vez que la veía, bien al final de un pasillo, o bien cruzando las calles del complejo espacial yendo de un edificio a otro, como el corazón se aceleraba y sus sienes enfebrecían súbitamente, sin poder controlar un ápice sus reacciones, hasta el punto de que dejaba de oír a la gente a su alrededor y su mente se nublaba con pensamientos diversos, pero siempre relativos a la mujer que nunca había logrado arrancar de su memoria.

Por supuesto que mantuvieron conversaciones en aquel primer periodo de relativa convivencia. Intrascendentales, a menudo en presencia de otros compañeros o personal instructor del Centro Espacial, nada que pudiera servir para inferir qué

significaba ahora mismo para Georgina, por más que intentara desgranar cada mirada, cada gesto, o incluso las sonrisas de la mujer, siempre llegaba a terrenos de dudas que nada resolvían. Una mañana incluso mantuvieron una corta conversación, mientras se dirigían desde el aparcamiento donde habían coincidido, hacia el aula de instrucción. Se preguntaron qué tal les había ido en ese tiempo. Por primera vez Garland reconoció en ella un síntoma que disipaba uno de los temores que más desvelos le producía, la indiferencia. Un ligero temblor en la voz de Georgina, al preguntar, la delató. Garland por supuesto que era consciente que su nerviosismo, debía de resultar evidente para ella, pero siempre le había parecido que Georgina guardaba una entereza superior. ¿Qué tal le había ido?, le había preguntado. La cabeza de Garland estuvo varios días ocupado en resolver qué quería saber exactamente. Se había casado, tenía novia, estaba soltero aún... Garland había respondido superficialmente, sin dar datos exactos sobre su situación, y cuando correspondió con la misma pregunta Georgina respondió igualmente esquiva, eso sí, citando su trabajo anterior en Nueva York. Supo mantener la conversación más viva, añadiendo circunstancias sobre su empleo, incluso alguna anécdota del museo, que logró disimular en gran medida el azoramiento inicial. Pero Garland se aferró a esa efímera rendija por la que se había colado una luz de esperanza para albergar por primera vez en mucho tiempo, un pequeño tesoro de ilusión.

Pero de nuevo un periodo de dos semanas sin apenas contacto volvió a apagar esos brotes de buen ánimo que empezaban a arraigar en él. El sentimiento de equipo de la misión MS 505 era nulo. No había reuniones de convivencia, no solían quedar para tomar siquiera una cerveza los cuatro astronautas de la misión. Con Peyton era imposible, Crazybit le resultaba excesivo, y Tobías parecía ensombrecido por las preocupaciones de ser jefe de misión. Respecto a este último, Garland tenía la impresión de que su amigo había llegado a la conclusión que no era conveniente, para el buen desarrollo del programa, que sus lazos de amistad pudieran convertirse en un obstáculo, razón por la que optaba por mantenerse distante, en general, de todos ellos. Cuando la pelea con Peyton desencadenó un terremoto en el Laboratorio de Flotabilidad Neutral y Garland observó que fue Charles el que tomó la batuta y Tobías dio un paso atrás, comprendió que aquella misión se desarrollaba dentro de unos parámetros completamente alejados de la normalidad. En otro tiempo, ante una situación así, se habría planteado, sin género de duda alguna, sustituir al astronauta que correspondiera. No había sido así. La crispación del equipo rallaba en el paroxismo, al menos entre Peyton y él, pero los escasos puentes tendidos con Crazybit y con la propia Georgina imposibilitaban por completo desarrollar el más mínimo acercamiento que permitiera crear un sentimiento de unión entre todos ellos, y aunque Garland lo deseaba ardientemente, se daba cuenta de que él mismo era la persona menos indicada para ello. Crazybit, alejado de todas aquellas disputas, era excesivamente egocéntrico como para preocuparse por cuestiones que no fueran su fama y su dinero. Aprovechaba las redes sociales para despacharse a gusto sobre lo

que le parecía el programa espacial y el entrenamiento, y no había tenido pocas discusiones con Tobías acerca de lo que podía publicar o no en dichos medios. El resto del equipo no parecía importarle en exceso, salvo por aquella conversación que tuvo días antes en la cafetería del centro espacial, a raíz de la conferencia de Charles. Pero aquel súbito interés decayó tan rápidamente como había aparecido. Habían iniciado los vuelos parabólicos, para simular gravedad cero, en un nuevo DC9, y la adrenalina que generaba aquellas experiencias parecía absorber todas sus energías como si fuera un chiquillo al que su padre lleva a la montaña rusa por primera vez.

Y había sido precisamente la secuencia de vuelos de gravedad cero la que rompió repentinamente la tensión que existía entre todos ellos. Era difícil no reírse de las tonterías y ocurrencias que se deparaban, ingravidos e inofensivos, sobre la gran cabina acolchada del avión. Hasta Tobías se apuntó a alguno de aquellos vuelos de pruebas. Eran frecuentes las risas, y Garland se acostumbró a cruzar miradas sonrientes con Georgina derivadas de aquella simpática experiencia. Crazybit se había pasado el vuelo haciendo payasadas, bien era cierto que grabándolas en vídeo para su famosa cuenta de Youtube, pero en ellas participaron directa o indirectamente el resto de los pasajeros, así que el buen humor se generalizó durante un breve periodo de tregua, y el día del último vuelo, cuando por fin descendieron por la escalerilla una vez tomaron tierra, la temperatura del grupo había ascendido algunos grados y parecía que las tiranteces existentes se habían aflojado. Tobías, casi imprudentemente, sugirió tomarse unas cervezas en la cafetería del aeropuerto y ante su sorpresa todos se apuntaron.

La conversación fue una continuación del buen ambiente del vuelo y se mezclaron algunas anécdotas simpáticas ocurridas en los últimos meses que habían quedado en la memoria de todos pero sin la posibilidad de ser explotadas en una reunión de camarería como aquella. Cuando atardecía y se ponía el sol el grupo se dispersó, salvo Georgina y Garland, que parecieron no tener ninguna prisa por levantarse de la mesa. Garland se hizo cargo de pagar la cuenta y los demás se fueron bromeando entre ellos.

—Es la primera vez que veo con esperanza que el equipo pueda funcionar... ya era hora, —comentó finalmente Georgina, una vez su rostro aflojó la sonrisa marcada por las últimas bromas.

—Ojalá sea así. No será como cuando íbamos a ir con la *Trinity*... pero al menos viajaremos al espacio...

Georgina asintió.

—¿No te parece extraño? —preguntó, pero al ver que Garland no entendía a qué se refería lo aclaró—. Me refiero al hecho de que estemos repasando el instrumental de vuelo de una nave Delta. La única nave Delta operativa fue la *Trinity*... La fabricación de la América se detuvo cuando se perdió contacto con la *Trinity* y sobrevino el recorte de presupuesto. Me resulta tan extraño...

—Es puro protocolo, Georgina... Es la única nave de vuelo que cuenta con un simulador... Y sería el modelo empleado caso de que prosiguiera la carrera espacial. Me imagino que hasta que no se elabore un nuevo prototipo todos los astronautas que se formen aquí seguirán estudiando sus protocolos y mandos. No hay otra alternativa.

Georgina asintió, dándole la razón.

—Tengo una rara impresión en todo esto, Gar, —Garland se estremeció cuando Georgina se refirió a él de la misma manera que años atrás—, es como si estuviéramos jugando en una liga inferior. Me da pena todo lo que está sucediendo. Muchos de los edificios del Centro Espacial Johnson están semivacíos, equipos abandonados... hasta se nota por los hierbajos que crecen en las aceras o en el asfalto. Tiene un aspecto de ciudad abandonada que no me gusta nada. Tengo el presentimiento que la nuestra va a ser la última misión. No me extrañaría que una vez ahí arriba nos ordenen el desmantelamiento de módulos...

—Te comprendo, —dijo Garland, aunque lo cierto era que nunca se había planteado la misión en esos términos. En adelante la BHPbilliton asumiría la iniciativa en la carrera espacial, pero el hecho de que fuera una multinacional privada la que ostentara ese título ensombrecía el futuro, o más bien, lo hacía opaco. ¿Qué intereses reales podría esconder la corporación? El conocimiento y la exploración pasarían a segundo término puesto que la prioridad absoluta sería la rentabilidad. Los descubrimientos serían secretos, y solo revelados una vez se hubiera exprimido cualquier posible rédito—. Sí, entiendo a qué te refieres, —continuó Garland después de valorar estas reflexiones—. La exploración espacial va a ser muy diferente a partir de ahora.

—¿Qué crees que harán con la *Trinity*? —preguntó Georgina, a la cual se le notaba que le preocupaba verdaderamente el tema.

—Me imagino que hay poco que hacer realmente con ella. Se accidentó. Todo indica que algún sistema vital se averió repentinamente... las comunicaciones se interrumpieron y...

—Esa es la versión oficial, Gar. Creo que no nos han contado toda la verdad.

Garland le miró extrañado. Por primera vez atendía a la conversación sin ver a Georgina como su exprometida, sino como una compañera de misión.

—Desembucha, —instó.

—Hace unos meses, cuando todo esto estaba en sus comienzos, pasé a dar el pésame a la viuda de Ed, Margaret... Era algo que tenía pendiente. Recuerda el cariño que nos dispensaba. Para ella éramos algo así como sus hijos. Siempre insistía en invitarnos a comer a su casa y no pocas veces nos venía a ver durante la preparación.

—Fue una buena época, —corroboró Garland con añoranza.

—Me hizo un comentario al que no presté mucha atención, pero que desde que se anunció la carrera de China y la BHPbilliton en pos de la *Trinity* cada vez me preocupa más. Creo que debería haberlo comentado antes, especialmente con Tobías,

tal vez él pueda hacer algo al respecto. —Georgina hizo una pausa—. Me comentó algo inaudito. Al parecer existió una comunicación de la tripulación de la *Trinity* antes de desaparecer. Ella cree que la muerte de su marido está vinculada con ese mensaje, es más, cree, está casi segura de ello, que Charles debía estar informado al respecto. No soporta a Lionel. Al parecer estuvo presionando a Ed de una manera brutal...

Garland asintió al oír esto. Desconocía esos detalles. Después de la noche del incidente en la casa de Peyton había roto todos los vínculos con su vida pasada de astronauta. Se enteró de la muerte de Ed por la prensa, pero se limitó a enviar un pésame y una corona de flores. No quería aparecer en un escenario en el que no iba a ser bienvenido, y lo último que habría deseado era ser protagonista de un conflicto en un momento tan triste.

—Esa grabación... sería importante conseguirla. ¿No tenía ella copia alguna de ella?

—Ella insistió en que Ed intentó contactar con Tobías...

Garland la miró intrigado.

—¿Has hablado con él?

—Por supuesto. Insiste en que ni siquiera tenía registro de las llamadas de Ed, ni siquiera mensajes de voz o de texto... aunque según Margaret así debía de ser.

—No me imagino a Tobías mintiendo ni a ella ni a nadie.

—¿Tobías? Absolutamente incapaz. Es el hombre más honesto que conozco —rubricó Georgina.

Ambos se quedaron en silencio. Parecía que la cordialidad se había recuperado en el trato. Garland se sentía cómodo, como si estuviera en un ambiente hogareño después de mucho tiempo viviendo en lugares remotos y ajenos. Pero Garland presentía que Georgina no iba a dejar que la calma se asentara por mucho tiempo.

—Según parece Margaret nunca supo cuál era el contenido del mensaje, pero escuchó a Ed mientras intentaba comunicar desesperadamente con Tobías... hablando para sí.

—¿Qué oyó?

Georgina asintió, con expresión preocupada.

—Sí. Hacía una mención a mi persona. La clave está en Georgina. Eso fue lo que escuchó.

—¿En ti? —preguntó asombrado Garland. Ambos quedaron mirándose en silencio, compartiendo la misma preocupación. Garland comprendió de inmediato que un lazo invisible los había vuelto a unir como antaño. Fue una sensación breve y efímera, que se deshizo con la pregunta que formuló Georgina a continuación.

—¿Por qué pasó lo que pasó, Gar?

Garland no se esperaba aquel disparo a bocajarro. Analizó el semblante de Georgina y sus miradas se sostuvieron fijas uno en el otro durante largos segundos. No parecía estar cargada de rencor, ni de ningún otro sentimiento negativo. ¿Era

compasión? Tal vez simplemente quería entender... algo que ni tan siquiera para él tenía explicación.

—No lo sé, Georgina... yo sé que te quería... —Garland experimentó como su pecho ardía con un fuego descontrolado. Desearía no haber utilizado el pasado. Podría haber añadido tantas palabras que quedó abrumado y calló unos segundos—. Jamás lo llegaré a entender... —Estuvo a punto de iniciar la retahíla de excusas que ya había enumerado en su día. Alcohol, Marina, circunstancias... todo le parecía ahora palabras vanas e intuía que Georgina no quería eso—. No he conseguido rehacerme desde entonces. Nunca llegué a salir con otra persona... en serio, me refiero... En los últimos tres años de hecho he llevado una vida ascética, —bromeó, aunque su sonrisa fue incapaz de mantener su entereza y Georgina no hizo ni siquiera un ademán por seguir su chanza. Permanecía solemne, seria.

—Es curiosa la vida... —comentó ella—. Hay veces que uno desearía volver al pasado y cambiar las propias elecciones, ¿verdad? Pero no puede ser, estamos atrapados por nuestros actos, y el presente simplemente no es otra cosa sino el castigo de nuestros errores. Leí esto hace tiempo en algún sitio... y desde entonces pienso en ello con frecuencia.

Garland no encontró nada qué decir. Repasó los rasgos de Georgina mientras se entretenía jugando con el posavasos entre sus dedos. Finalmente bajó su mirada y la detuvo, pensativa, en sus manos.

Cuando horas más tarde Garland se dejó caer en la cama de su apartamento, con las luces apagadas, oyendo el tráfico de la ciudad, fue incapaz de conciliar el sueño. Su corazón se confundía en un amasijo de sentimientos encontrados de los que era incapaz de dilucidar cuál era la emoción predominante ni cuál de ellas era la correcta, la que debía escoger, si es que realmente tenía esa libertad de elección. ¿Alimentar las esperanzas de un renacer... o asumir que el alma de Georgina permanecería por siempre inaccesible?

Y ahora, mientras caminaba presuroso por el parque y repasaba una y mil veces los recientes acontecimientos, una idea se iba fijando en su mente como un mantra, que después de repetirse incesantemente, acaba siendo memorizado. «Cuidaré de ella».

Capítulo 27

Garland había observado a Tobías durante toda la tarde. Estaba raro.

La sesión de la tarde había sido de las pocas que se desarrollaban en grupo, abordaba cuestiones generales de la Estación Espacial. Una ingeniera técnico cuyo nombre no recordaba, de fisonomía obesa pero de excelente humor, hacía un repaso de las incidencias sucedidas en la Estación Espacial a lo largo de los años. Desde accidentes menores a fallos graves detectados en su construcción y de cómo estos habían sido subsanados. El recorrido abarcaba un sinfín de anécdotas así como una serie de hechos graves que nunca trascendieron a la prensa y que pusieron en grave peligro la continuidad de la misión espacial. No obstante el genio y figura de la ponente hacía de la exposición una de las más amenas que recordaba Garland hasta la fecha, y hasta el propio Peyton no pudo evitar soltar sus buenas carcajadas cuando la docente replicaba los exabruptos carentes de pudor de Crazybit con mayor crudeza y menos inhibición de la que el cincuentón esperaba.

—He tenido cinco hermanos mayores, señorito Crazybit, —añadía la profesora tras el último de los repasos—. No creo que un aprendiz de brujo me vaya a enseñar nada a estas alturas de cómo es el género humano.

Pero Tobías permanecía serio. Garland diría que estaba impaciente y que un peso enorme parecía acaparar todas sus preocupaciones. Ocasionalmente sus miradas se cruzaron, y cuando esto sucedía era obvio que si el afroamericano sonreía era de una forma forzada. Garland conocía bien a su amigo desde hacía años y esa expresión no venía aparejada a nada bueno.

La clase se desarrolló sin pausas, con intensidad, y la lección quedó para todos mucho más clara cuando remarcó las cualidades fundamentales para vivir en el espacio, sangre fría e ingenio. Cuando la profesora concluyó, Crazybit entabló una conversación particular con ella mientras abandonaba el aula, y ambos desaparecieron sin despedirse de los demás. Otro tanto hizo Peyton, que no solía mezclarse habitualmente con ninguno de ellos, y desapareció ensimismado en su *tablet*.

Garland observó por el rabillo del ojo a Georgina, que recogía sus bártulos sin apresurarse, en tanto él procuraba demorarse lo máximo posible. Tenía el presentimiento de que tal vez pudiera surgir una nueva ocasión de mantener una conversación privada con ella. Se sentía como un colegial pensando de esa manera, pero era algo superior a sus fuerzas.

Sin embargo Tobías, sentado unas hileras por detrás de ellos, permanecía con las manos sobre el pupitre, inmóvil y absorto, como si no se hubiera dado cuenta de que la lección había concluido.

Cuando menos lo esperaba Garland, Tobías interrumpió el silencio reinante con una invitación inesperada.

—Necesito hablar con ustedes dos. —Ambos se volvieron para enfrentarse interrogativos con Tobías—. Y es un asunto que no admite demoras. Debe ser ahora. Vayamos a tomar algo por ahí... Es como digo, materia relevante.

Garland y Georgina se miraron extrañados, pero ninguno de ellos se opuso. El tono de Tobías, extraordinariamente serio, no admitía negativas.

Tobías conocía un restaurante situado junto al lago Clake, un pequeño remanso de aguas junto a la bahía Trinity, que gozaba de un mirador espléndido hacia las aguas abiertas y desde el que se divisaban multitud de puertos deportivos. El lago, salpicado en el atardecer por decenas de embarcaciones a vela y pequeños yates de recreo que iban y venían entrecruzando arbitrariamente sus singladuras, incitaba al espectador a cesar la conversación y deleitarse en el paisaje. La puesta de sol teñía el horizonte de vívidos tonos anaranjados.

Sentados en la mesa de una terraza, acariciados por una brisa tibia de verano, Tobías optó por solicitar un licor al camarero que se aprestó a atenderles y otro tanto hicieron Georgina y Garland, que aunque tenían apetito, el semblante cariacontecido de Tobías no incitaba a apresurarse en asuntos prosaicos.

—Esta misma mañana he sido testigo de una conversación que me ha dejado absolutamente intranquilo. No me gusta nada de lo que he oído. Me conocéis bien. Odio los chismorreos, no soporto la mentira, no doy crédito a los rumores... —Tobías hizo una pausa. Su semblante había adquirido una severidad mayúscula. Garland se sintió impresionado y Georgina se vio obligada a ocultar una incipiente sonrisa—. Nada de cuanto comente en esta conversación debe ser revelado a nadie. ¡A nadie! Insisto. Vosotros dos sois los dos únicos en los que puedo confiar.

—¡Por Dios Tobías! —Georgina intervino visiblemente preocupada—. Vas a lograr que me sienta realmente nerviosa.

—No es para menos... no es para menos... —sentenció por dos veces el afroamericano...

Tobías calló un tiempo que pareció eterno a sus dos contertulios. Finalmente, comprendiendo que había captado su atención y que ambos asentían en señal de acuerdo, se decidió a emprender su relato.

—Esta mañana acudía temprano al despacho de Charles. Quería consultar varios temas relacionados con la fecha del lanzamiento. No va dar tiempo a implementar todos los temarios previstos ni los entrenamientos planificados. Hay que hacer descartes y me había pedido que hiciera una propuesta. Llegué a su despacho y la señorita Greenwood, su secretaria, no se encontraba, pero como vi la puerta entreabierta me acerqué a echar un vistazo yo mismo. Charles no es nada formal conmigo, así que no me pareció tomarme ningún exceso de libertad por ello. Ya tenía una mano en el picaporte, dispuesto a abrir por completo la puerta, cuando me di cuenta que en el despacho de Charles tenía lugar una agria discusión. —Tobías miró ceñudo a Garland y Georgina—. Era con Lionel. No pude evitar oír parte de la conversación y me quedé clavado oyendo el resto. —La expresión solemne de Tobías

evitó que Garland hiciera alguna broma, aunque le hubiera gustado tomarle el pelo en una situación similar—. Lo primero que entendí fue nítido, e incontestable. En la *Trinity* hay actividad.

Tanto Garland como Georgina exclamaron sorprendidos. Tobías esperó a que se calmaran para explicarse.

—Era Charles el que lo expuso. Dijo textualmente; «La *Trinity* aún permanece operativa. Hemos detectado una señal que procede de allí. Es una grabación, una advertencia», dijo. Esto lo entendí perfectamente.

—¿Una advertencia? —preguntó Georgina de inmediato.

—«No se acerquen a la máquina de Dios», ese fue el mensaje al parecer. Creí entender que se trata de una grabación que se repite. —Tobías aguardó a que sus interlocutores asimilaran aquel mensaje incomprensible—. Después la conversación prosiguió. «Es una locura proceder a la destrucción de la *Trinity*. Eso no va a impedir que los chinos lo descubran». Eso fue lo siguiente que escuché. Como comprenderéis me quedé en estado de shock. No pude ni moverme... Me tendréis que disculpar. La conversación fue muy intensa. Todo lo que se dijo ahora me parece un revoltijo de ideas que tengo que conectar adecuadamente para que tenga un sentido.

—¿Hay alguien vivo en la *Trinity*? ¿Cómo es posible? ¿Deberían saberlo otras estaciones?... ¿verdad? —Garland no cesaba de preguntar, pero fue Georgina la que hizo la deducción que aclaraba ese punto.

—No necesariamente. Recuerda. La *Trinity* disponía de una frecuencia segura codificada. Si utilizara ese canal sería muy difícil que nadie diera con la señal, y muchísimo menos fuera capaz de descifrarla sin los códigos apropiados. Y por otro lado, si se trata de una grabación, es muy posible que no queden supervivientes. No a estas alturas.

Tobías asintió.

—A esa misma conclusión llegué yo. Pero dejadme seguir. Charles y Lionel, como os decía, discutían vehementemente. Lionel quería poner en marcha una operación militar a la que Charles se oponía con vehemencia, mientras defendía seguir adelante con el plan *Destiny*. Su argumento principal era que no estaba dispuesto a que los chinos se adelantaran. Dijo algo de un octaedro... pero no entendí en absoluto a qué se refería.

—¿Un octaedro? —Garland sintió una extraña evocación pero fue incapaz de determinar su origen.

—Lionel siguió con su razonamiento. Insistió varias veces en una idea. El Presidente ya había hablado con su homólogo chino al respecto, y aún así estos han optado por enviar a la *Maoxian* camino de la *Trinity*. Saben a lo que se exponen. —Tobías volvió a hacer una pausa y observó el rostro concentrado de Garland. Seguía pensando en el octaedro, Tobías lo comprendió—. A mí también me llamó la atención, pero no entendí nada respecto a qué se refería. El diálogo prosiguió pero Lionel soltó varias palabras gruesas y Charles le replicó con mayor contundencia si

cabe mientras decía que no estaba dispuesto a seguir perdiendo a más astronautas sin lograr nada.

Tobías calló para que Garland y Georgina asimilaran esas palabras.

—Eso encaja con lo de las bajas como desaparecidos en acción de astronautas que detectó Crazybit. —Los dos compañeros le miraron extrañados, y Georgina se limitó a explicarles el descubrimiento de su colega ausente, al cual ella no había dado excesiva importancia hasta la fecha.

Tobías prosiguió.

—Entonces Charles defendió su punto de vista. Su frase exacta fue la siguiente: «La misión *Destiny* debe llevarse a cabo, Lionel, a fin de cuentas, tú y yo sabemos que ella ya ha estado allí. El mensaje de vídeo de la *Trinity*... en el que el comandante hacía la grabación en el interior del *Octaedro*. Georgina estaba allí, Lionel. Es por eso que tiene que ir». —Tobías concluyó con una pausa que aprovechó para mirar con seriedad a sus interlocutores—. Esas fueron sus palabras, y aunque ahora me resultan extrañísimas, estoy seguro de que fue eso lo que escuché.

Tobías aguardó un momento mientras comprobaba que ambos astronautas valoraban suficientemente cuanto había expuesto.

—Dijeron tu nombre Georgina. No tengo duda alguna de que se referían a ti.

Georgina y Garland le miraron perplejos. Su cara de asombro era absoluta.

—¿Misión *Destiny*? ¿Y qué es ese *Octaedro* del que habla?

—No os molestéis en buscar esas referencias en la base de datos de la NASA. No hay nada que tenga ese nombre. O bien es una operación secreta, como parece que ya ha habido más de una por lo que deduzco de todo ello, o bien es una misión que desarrolla la BHPbilliton con el apoyo del Gobierno Federal y la NASA en segundo término. Aún así, no hay nada de ello en la red.

—De todas formas necesito que repitas eso último. —Georgina miraba con expresión de absoluta confusión—. ¿Qué significa eso exactamente de que ya he estado allí y por eso tengo que ir? Parece una incongruencia, Tobías. —Concluyó con una sonrisa nerviosa.

—¿Y esa grabación procedente de la *Trinity*? Eso concuerda con lo acontecido con la muerte de Ed, ¿recordáis? Su viuda hablaba de una grabación... de un mensaje... —Garland sintió un escalofrío al ver como cuadraban dos piezas de un puzle que le resultaba por completo inexplicable. Georgina asintió solemne.

—Debemos contarle todo esto a Crazybit. Él ha confiado en mí. Creo que puede ser de ayuda.

Tobías negó con la cabeza. No le agradaba el excéntrico y mucho menos la idea de compartir un secreto con él. Miró a Garland y este asintió resignado, por lo que se rindió a la idea. Después de un rato en que los tres permanecieron en silencio retomó la palabra.

—No lo sé... pero me ha dejado muy intranquilo, absolutamente intranquilo, chicos. No sé cuáles son los tejemanejes de Lionel, pero tiene muchísimo más poder

del que creemos. Está involucrado en la supervisión de los vuelos de la BHPbilliton y su *Spaceminner One*. Aún así, hay otra cosa de él que ahora mismo me preocupa todavía más.

Tobías captó por completo la atención de Garland y Georgina.

—El hecho de que también nos esté supervisando personalmente.

Capítulo 28

Garland se sentó en el sillón de su apartamento. No se había molestado siquiera en descorrer las cortinas, que estaban cerradas desde la noche anterior, y la mortecina luz del atardecer cruzaba en un haz amarillento la sala de estar. Una moqueta vieja y unos muebles que ya contaban con más de dos décadas de vida, le otorgaban al apartamento una personalidad particular y rancia, a la que el astronauta se había ido acomodando poco a poco. Pese a que su salario no era una cifra nada desdeñable, las vicisitudes de los últimos años y la implacable persecución profesional a la que Peyton le había sometido, habían acabado llevándole a vivir al margen de lujos, de forma muy sencilla. La ostentación de deportivos y el disfrute de amplios dúplex o mansiones en zonas de alto *standing* habían pasado a la historia.

Pero no eran esas las consideraciones que perturbaban su mente en ese momento. Nada de eso.

Era una conversación que acababa de mantener con Charles, el administrador de la NASA. Lo había convocado cuando la sesión del día había concluido y se preparaba para regresar a su apartamento. Había demorado su salida del Centro Espacial Johnson esperando coincidir con Georgina, como había sucedido más de una vez en las últimas semanas, pero sin embargo fue abordado por el propio Charles, que le conminó a reunirse con él en su despacho. No pudo negarse.

Ya desde el primer momento se sintió alterado, incomodidad que se agudizó al constatar que el coronel Lionel Martin también se encontraba presente en el despacho, aguardando.

No se habían andado con rodeos. Garland, sentado en el sillón del apartamento repasaba los detalles de la conversación, los gestos, cada palabra de lo que le habían dicho, y todo ello le inquietaba profundamente.

Abordaron la conversación con un tema prosaico. El control de mandos de la *Soyuz* durante el despegue, una cuestión que Garland sabía que estaba plenamente computarizada. No obstante Lionel recordó que a partir de la entrada en órbita se podía pasar a modo manual.

Garland asintió.

Entonces fue Lionel el que habló. Explicó con claridad lo que se esperaba de él.

Garland obligó a Lionel que le repitiera las instrucciones dos veces más, mientras miraba asombrado a Charles, que insistía que la maniobra propuesta era de máxima prioridad. Garland alegó cuantas inconveniencias se le ocurrieron, pero diríase que aguardaban sus objeciones, a todas las respondieron convenientemente. Solo le faltó negarse a acometer semejante locura.

¿Qué peligro entrañaba aquello? ¿Qué clase de maquinación extraña era aquella? ¿Qué objetivo perseguía?

Se negaron a responder a sus preguntas.

Garland no dijo nada, pero su mirada suplicaba «no me hagáis esto».

Se levantó del sillón, nervioso al recordar la escena, y se sirvió un generoso vaso de whisky con hielo. Necesitaba serenarse y tomar una decisión, una difícil decisión, cuando de pronto el móvil sonó por sorpresa. Se sentía confundido y no deseaba mantener una conversación con nadie. La melodía del teléfono se repetía incesante y estaba dispuesto a dejar pasar la llamada, pero la visión de un nombre familiar que le inspiraba confianza le movió a aceptarla, aunque un segundo después ya se arrepentía de haberlo hecho. No se encontraba con el humor adecuado para mantener una conversación cabal.

Dan Sinclair. Las estrellas oscuras.

Todo aquello parecía tan lejano. Intentaría despacharlo lo más rápido posible. Necesitaba pensar.

—¿Garland? ¿Eres tú?

Había tardado en contestar y su colega le preguntaba para confirmar.

—¿Cómo va todo por allí? —preguntó Garland con desgana.

—Te envié un mail hace unos días. No has respondido. Hoy era el día.

—¿La *Dark Stars Probe*? —Inquirió Garland sin mucho ánimo. La conversación de hacía una hora aún mantenía toda su cabeza enfebrecida.

—¡Claro! ¿No quieres saber los resultados?

—Sí... Sí, por supuesto. —Garland era consciente de su propia falta de entusiasmo. Era sorprendente la capacidad que había mostrado en volcarse en aquel proyecto, pero ahora le parecía una ilusión efímera y lejana.

—Ha sido un éxito... o un fracaso... depende de cómo se quiera mirar. Por supuesto tenemos una cantidad ingente de información *raw*... —Era evidente que Dan esperaba a que Garland le interpelase, pero la pregunta no llegaba—. Todo es aún prematuro y los datos se deben estudiar bien, pero... te anticipo mis conclusiones. No existen tales estrellas oscuras, no existe nada ni remotamente parecido a lo que podría esperarse que sea la materia oscura. Garland, ¿sabes lo que eso significa? —Dan hablaba con entusiasmo, un entusiasmo que a Garland no le afectaba.

—El modelo estándar... es incompleto. Es lo que vaticinabas en tu libro y lo que nos movió a emprender toda esta búsqueda. Garland, cuando tengamos lista la publicación te vas a hacer famoso... Nos vamos a hacer famosos. ¡Esto vale para un Nobel!

—Si nos lo publican, Dan, si nos lo publican. —A Garland le parecía ingenua la alegría de su compañero de investigación y le recordaba los condicionantes que había por el camino. Demasiado acostumbrado estaba ya a la adversidad como para no darse cuenta que un estudio tan problemático como ese se enfrentaría a serias objeciones de los pares que revisan un *paper* tan polémico.

Pero Garland se limitó a sonreír. Aquel ensayo no le parecía tan importante. No lograba que una intensa inquietud le abandonase, siquiera con la llegada de aquella

buena noticia. El éxito no aliviaba su malestar.

—Escucha Dan... me pillas muy cansado del entrenamiento diario. ¿Qué te parece si mañana lo comentamos con más calma? Envíame los detalles por correo. Querré echarles un vistazo...

Se despidieron y Garland desconectó al fin el teléfono.

Necesitaba pensar. Comprender qué le sucedía.

Había una amenaza que Lionel había concretado con mucha claridad. No la había olvidado. No podía comentar nada a nadie. En ese caso, sería sustituido *ipso facto*. Comprendido.

Tal vez eso es lo que debía hacer... pero ¿y si se equivocaba? Si echaba al traste la misión, otra vez por su culpa... O incluso peor, ¿si la *Soyuz* partía sin él? Era una responsabilidad demasiado grande. Perdería a Georgina de vista. Se había jurado no permitir que nada malo le ocurriera.

Las nuevas instrucciones de Charles se sumaban a lo que había comentado Tobías unos días antes y se engarzaban con una coherencia preocupante. Conforme se aproximaba la fecha del lanzamiento la misión se ensombrecía. Secretos de Estado, intereses ocultos de la agencia espacial, el omnipresente control del Ejército y la intervención sospechosa de una importante multinacional minera, entretejían una confluencia de poderes en el que era imposible saber quién dominaba a quien. Ellos, la misión al completo, parecían ser un simple peón que iba a cumplir una tarea que estaba más allá de sus fuerzas.

«Georgina ha estado allí, por eso debe ir». ¿Qué significaba ese razonamiento completamente incoherente? ¿Dónde había estado ella, si jamás había emprendido viaje espacial alguno?

Una idea clara lo dominaba. Nada malo le pasaría a Georgina. Era su seguridad lo que verdaderamente le preocupaba, de eso estaba seguro.

Confiar en Charles y Lionel. Lo último que deseaba hacer. Lo último... pero no encontraba alternativa.

Y el colofón de toda la trama de conspiración representado por un misterio insondable, que Tobías había puesto sobre la mesa unos días atrás, y al que ni siquiera se había atrevido a mentar por temor a ser apartado del equipo: El *Octaedro*.

Capítulo 29

Peyton Sharrow se había desplomado sobre el sofá de la sala de descanso. Acababa de almorzar un día más, solitario, en uno de los autoservicios del Centro, y después acudía a su pequeño refugio particular, esa pequeña aula, reconvertida en salita de espera, que pocos conocían, pero que disponía de buena señal de *wifi*, una televisión y varios sillones cómodos donde dejarse echar una cabezada si disponía de tiempo para ello.

Su ánimo le incitaba a permanecer alerta. Siempre lo estaba.

Su vida le resultaba particularmente apasionante, si bien lamentaba la circunstancia de no poder compartirla con nadie. Cada día lo vivía intensamente. El sentimiento que aún lo dominaba, después de tantos años, era el asombro.

Asombro, esa era la palabra.

Cómo definir si no era con ese término, la perplejidad que le suscitaba el hecho de haber encontrado una guía que le iba a indicar cómo llevar su vida a lograr un objetivo cuya comprensión aún se le escapaba. Era cierto que había heredado un importante emporio empresarial familiar, pero él lo había centuplicado en pocos años. Y no había sido por méritos propios. Una misteriosa misiva recibida años atrás había cambiado por completo su existencia, hasta el punto de sentirse tocado por el Destino, como un extraordinario ser Elegido.

Rememoró el sobre azul con un octaedro que había recibido el día que había perdido a Marina. Un día cargado de fatalismo y misterio, una confluencia de características que le resultaban imposibles de conciliar.

El contenido del sobre mostraba un mensaje tan increíble como fascinante. ¿Increíble? Así lo parecía, hasta que de pronto un día comprendió que no era en absoluto una broma. Un detalle que había descubierto en el escrito lo había puesto sobre aviso. La tinta, de aspecto metálico, con el que estaba redactado el documento contenido en el sobre, así como el propio logotipo que figuraba sobre aquel papel azulado, era de platino. El documento, por sí mismo, valía una pequeña fortuna. ¿Qué tenía que perder si decidía seguir sus consejos? Poco... o nada.

Decidió seguir al pie de la letra la primera de las instrucciones. No tardaría mucho en empezar a comprender la valiosísima utilidad de aquella extraña y anónima misiva. Su empresa consideraba la compra de una pequeña empresa tecnológica, texana, cuyo emblema eran dos cuernos de vaca entrelazados. Estuvo a punto de poner reparos al memorándum de absorción y desechar una operación que no parecía rentable, y su propio consejo de administración era reacio a la misma. La misiva azul daba una instrucción taxativa; realiza la adquisición. No matizaba, ni aseguraba un resultado incierto, como los ampulosos estudios de mercado a los que estaba acostumbrado realizados por consultoras independientes o auditorías. La operación se llevó a cabo, y efectivamente, poco después se revelaba que dicha empresa había

desarrollado una tecnología de *fracking* que revolucionó el sector y multiplicó sus beneficios. De pronto sus cuartetas misteriosas de extraños jeroglíficos se habían convertido en una extraña y fascinante guía que le obnubiló por completo. ¿Qué significaban? ¿Quién se había tomado la molestia de garantizar su encumbramiento? ¿Hasta dónde llegaría? Ojeaba las instrucciones futuras y se maravillaba de las operaciones que se apuntaban para más adelante, saboreando anticipadamente el placer de un poder y una fortuna que aquella tinta plateada aseguraba.

Su maravilloso poder le hacía sentirse como un moderno Aladino en compañía de un genio capaz de darle cuanto quisiera. Aquel dominio extraño sobre su futuro le hipnotizó y le llevó a recluirse en sí mismo. A vigilar atentamente todo cuanto acontecía a su alrededor a fin de aprovechar cada oportunidad conforme las instrucciones recibidas. Fuera de esa fascinación solo existía otro sentimiento. El rencor por el hombre que ponía en peligro todo cuanto estaba construyendo.

Peyton suspiró.

Quizás lo que más le había perturbado de aquella cuarteta era la línea que le decía que iba a emprender el camino hacia el espacio. Peyton hacía tiempo que daba por concluida su carrera espacial particular, pero comprendiendo que el tiempo había demostrado que cada una de las líneas del mensaje había resultado, pese a sus esfuerzos, prácticamente irreconocible hasta la llegada de la oportunidad correspondiente, esa instrucción siempre le había resultado inquietantemente concisa. Cuando Tobías se había presentado en su rancho, en Texas, y le había propuesto la misión espacial no daba crédito a lo que oía. De pronto su carrera como astronauta volvía a reactivarse, y pese a su oposición a la idea, finalmente no había podido negarse a la irresistible fuerza que le arrastraba en pos de su destino, y esa idea le impelía a seguir adelante, incluso aunque no quedara más remedio que compartir tiempo con el indeseable de Garland Sutton.

Un recién llegado irrumpió abruptamente en sus reflexiones. La figura desmadejada de Crazybit, siempre vistiendo horriblemente informal, en ese momento con una camisa vaquera que caía por fuera de los pantalones, y con su melena en parte encanecida, desordenada y excesivamente grasienta para el gusto de Peyton sujeta por un elástico rosa, se movió dudoso de un lado para otro, como el perro que husmea un lugar escrupulosamente a fin de determinar cuál es el rincón idóneo para marcar con su orín.

—Así que es aquí donde te escondes mequetrefe... —saludó con una torva sonrisa. Peyton no pudo evitar pensar que tal vez estuviese bebido. Llevaba una lata de cerveza en la mano. Se sentía molesto por la presencia de aquel hombre que le incomodaba. Deseaba estar a solas y aún menos le apetecía la compañía de aquel hombre extravagante.

—¿Dónde coño...? —El hombre miró a su alrededor, como buscando algo, y al encontrarlo soltó una palabrota. Tomó el mando a distancia del televisor y lo encendió. Cambió de canal hasta dejar las noticias de la CBS. No se dio cuenta de

que Peyton le observaba con irritación. Parecía inmune a la antipatía que le suscitaba, como un impermeable a la lluvia.

—Mira eso colega... a ver qué te parece, —masculló finalmente.

Una voz en *off* de la CBS parecía estar explicando una primicia. Peyton prestó atención puesto que los titulares parecían llamativos. La intervención de Crazybit había resultado oportuna.

Una locutora afroamericana informaba sobre un insólito paso en la carrera armamentística.

—Recordamos la noticia alrededor de la cual está girando toda la actualidad en la jornada de hoy. A primera hora de la mañana, el presidente de los Estados Unidos, acompañado por toda la plana del Estado Mayor del Ejército, ha anunciado el despliegue en el espacio de una red de satélites armados con cabezas nucleares. La medida ya ha sido comentada por diversos representantes políticos y sociales del país, tal y como se lo hemos narrado en directo, pero ahora cabe hacer una ronda por las principales capitales del mundo. Vamos a contactar con nuestra compañera en Pekín...

Crazybit se volvió hacia Peyton e impidió que este siguiera escuchando las noticias. Sonreía de una manera torva.

—No se puede ni imaginar el revuelo que ha causado esto aquí. Esto parece una jaula de grillos. ¿No oye los aullidos? —Bromeó Crazybit—. La gente está que se tira de los pelos. No sé cuántos convenios internacionales y de desarrollo pacífico del espacio se salta ese programa... —Crazybit tiró el mando descuidadamente en un sillón cercano en tanto Peyton lo observaba con frialdad—. ¿Qué le parece todo esto, Peyton? La NASA desahuciada... empresas privadas haciéndose con el control del programa espacial... y ahora el Ejército toma el cielo estrellado al asalto. ¿Es el apocalipsis lo que estoy olfateando?

Crazybit le guiñó el ojo. Peyton notó una leve ansiedad y se movió intranquilo en su sillón, prestando más atención a las noticias. Crazybit era un puñetero loco, pero hablaba como si supiera algo de él. Siempre lo había visto como una molestia, pero ahora su antipatía crecía.

—¿Qué hace aquí, en esta misión? Multimillonario, en compañía de gente que detesta, porque salta a la vista... ¿qué necesidad tiene de participar en este circo? —preguntó Crazybit que se desplomó en un sillón que gimió al recibirle tan abruptamente.

—Tal vez tenga la misma necesidad que usted. También tiene su fortuna particular —comentó con desdén Peyton, aunque su mirada permanecía clavada en su interlocutor con severidad.

Crazybit se rio con ganas.

—Crazybit es un loco. Si se ha apuntado a esta excursión espacial por la más frívola de las razones. Tengo mi estúpida legión de fans, que no se pierden ni uno solo de mis tuits. ¿Sabe? Ser famoso es una esclavitud. Estás obligado cada día a

decir o a hacer una parida... y esto de darse un garbeo espacial cumple el objetivo. Hay que alimentar al bicho que lleva la gente dentro y ¡es agotador! Por otro lado... ¿Sabe la satisfacción que da poder insultar a todo el mundo y sentir el clamor de las masas detrás, aplaudiendo como borregos? —Se volvió a reír. Después le miró de soslayo—. Sé por ejemplo por qué está aquí Garland... sí, nuestro amigo Garland, o la bellísima Georgina. Y sé por qué estoy yo, por supuesto. Lo que aún no entiendo es la presencia suya aquí... Está claro que no está disfrutando con la experiencia... ni tampoco creo que obedezca a razones crematísticas. —Se levantó y se dirigió a la puerta de la sala—. A veces me pregunto... ¿Es algún género de penitencia que se ha impuesto? Pero no se apure... porque estoy en ello. Estoy en ello de verdad.

Esas palabras fueron la despedida pues Crazybit se había vuelto a levantar y se dirigía hacia la puerta. Peyton sintió que la cólera iba creciendo dentro de él. Sus palabras eran necias, pero el hecho de pretender argüir una amenaza le resultaba ofensivo e insultante.

Pensó en el sobre azul.

No había ningún texto que explicitara ninguna amenaza, ni nada que hiciera pensar en Crazybit como un enemigo peligroso.

Se tranquilizó.

Capítulo 30

Tobías terminó su exposición. Había sido un repaso somero de toda la misión, el programa de vuelo, actuaciones en caso de emergencia y aspectos importantes de la preparación del lanzamiento. Y también una despedida. Mañana, aquel grupo de astronautas heterogéneo que le escuchaba partiría camino de una exrepública soviética, Kazajistán, a la base de Baikonur, para su lanzamiento orbital. Sentía que era una despedida y le emocionaba en parte, especialmente por quienes sentía un mayor afecto, Georgina y Garland. Peyton era otro hombre completamente diferente al que recordaba. Su amistad se había enfriado. Parecía siempre ausente, encerrado en su hermética vida interior. Una actitud de recelo revestía cada una de sus conversaciones y daba la impresión que incluso ante la pregunta más nimia se tomaba un tiempo para pensar la respuesta. Crazybit era todo lo contrario, imprevisible e inmanejable. Con su permanente media sonrisa siempre dibujada en la cara, parecía creerse más listo que nadie, y rara vez le había visto cambiar de actitud. Tanta soberbia le causaba repulsión y en su interior no dejaba de juzgarlo como un completo majadero. Aun así, sus cuatro oyentes agradecieron sus palabras y le dedicaron unos cálidos aplausos cuando finalizó la charla deseándoles lo mejor.

El despacho en el que se encontraban era una de la sala de juntas más lujosa del Centro Johnson. Contaba con un mobiliario sofisticado, recién estrenado, en cuyos sillones, situados alrededor de una mesa de forma ovalada, sus oyentes disfrutaban de un asiento tan cómodo como pudieran imaginar. La enorme pantalla del fondo de la sala había servido a Tobías para desarrollar su exposición resumen, y una vez finalizó, girando una discreta rueda en el panel de mandos que disponía en la mesa, frente a él, consiguió aumentar la luminosidad de la sala, que hasta el momento había permanecido atenuada.

Garland parecía más tenso que de ordinario, y también extrañamente ausente, hasta el punto que cuando Georgina había intentado entablar una conversación con él, apenas había balbuceado algunas lacónicas respuestas.

—Va a ser un viaje movidito, con la que está cayendo —comentó Crazybit, que se había retrepado en su silla giratoria—. Con la carrera armamentística espacial que acabamos de iniciar tanto Rusia como China estaban hablando de tomar represalias. Tengo fuentes bien informadas que especulan con la posibilidad de suspender el «petardazo».

Tobías gruñó. Crazybit había adquirido la costumbre de referirse al lanzamiento con aquella insoportable expresión que le enervaba.

—Le recuerdo que la misión no puede ser suspendida. El objeto de la misma es relevar al personal que lleva varios meses en la Estación Espacial. Entre ellos hay dos rusos. Dudo que tomen represalias de esa índole contra sus propios tripulantes. Sabemos de buena tinta que están ansiosos por regresar.

Crazybit se rio por lo bajo. Parecía que no quería dar por concluida la última reunión. Tobías querría invitarles a tomar algo, a fin de brindarles una despedida cordial, pero el ambiente de equipo nunca había cuajado. Dudaba si intentarlo una vez más sería una buena idea. Tal vez era mejor dejarlo estar.

—Tobías, usted que está metido en esto hasta la corbata... ¿qué nos puede decir sobre esos misiles nucleares? Tengo un colega que trabaja para el mando aéreo... cuyo nombre no puedo revelar... pero me ha dado a entender en un tuit que tal vez esos misiles no estén apuntando hacia objetivos terrestres...

Tobías le miró extrañado. Soltó aire por la nariz. Aquel hombre siempre estaba buscando teorías de la conspiración. Fue Georgina, más curiosa, la que le obligó a hablar y Crazybit continuó después de hacerse de rogar.

—Sí... he ido atando cabos hasta llegar a una apabullante conclusión que a continuación paso a exponer. —A fin de dotar de solemnidad a su opinión bebió con parsimonia del vaso de agua que tenía frente a él, logrando captar la atención de los presentes, aunque tanto Peyton como Tobías refunfuñaron contrariados—. Intuyo que lo que se pretende es evitar que la *Maoxian* china pueda alcanzar a la *Trinity*. A saber por qué razón es importante evitarlo. Según me dice este analista de sistemas, los misiles están programados para adquirir trayectorias espaciales aprovechando el tirón gravitatorio Tierra-Luna... En fin... son cálculos muy complejos y eso implicaría localizar objetivos más allá de nuestro planeta, obviamente... Para mí que están listos para enviar a los chinos del *Maoxian* al carajo espacial.

Peyton bufó, incrédulo, pero no dijo nada. Garland parecía ausente, y la única que pareció tomarse la idea en serio fue Georgina.

—Vamos, hombre... ¿e iniciar una guerra mundial? ¿Sabes la que se armaría si se hiciera algo así?

—Bueno... ¿Y por qué crees que la flota china está haciendo maniobras en el Pacífico y el Ejército ha suspendido permisos y se encuentra en estado de máxima alerta? No, aquí hay más tela de la que parece. Ahora mismo hay un lío de mil demonios... y mañana se celebra sesión en la ONU en la que medio planeta va a intentar reprender a nuestro país. Incluso nuestros aliados callan porque se sienten traicionados. Ni siquiera los serviles británicos están por la labor de apoyarnos...

Todos quedaron en silencio. Tobías sentía que el enfado crecía dentro de él. Ese debate no estaba ayudando en nada a serenar los ánimos. Decidió cortar por lo sano.

—Precisamente por eso debemos permanecer unidos, —sentenció.

Los cuatro le miraron con súbito interés.

—Sí. Todos vemos como la NASA se deshace a ojos vista. ¿Es esta la última misión espacial de la Agencia? No lo sé. Todo lo que veo a mi alrededor me entristece. Empresas privadas y Ejército parecen buitres devorando un cadáver, picoteando de aquí y allá... Todos hemos escuchado rumores extraños, hemos visto cosas que no nos han gustado nada..., la Agencia parece en manos de intereses turbios y yo ya no sé en quien confiar. —Tobías hizo una pausa. Apoyó las manos

sobre la mesa. Sabía lo que quería decir. No era muy amigo de sinceramientos, pero si no hablaba entonces sabía que siempre sentiría el remordimiento por su silencio—. Os diré lo que creo... lo que sé. Sé que todos nosotros, si estamos aquí, es porque siempre nos fascinó el espacio, el vuelo espacial. Ese sueño nos ha unido, para bien o para mal, y nos guste o no formamos un equipo. Vuestras vidas van a descansar en las manos de quienes se sientan a vuestro lado. Miraos bien... porque cuando estéis allí arriba si tenéis un problema será el que tenéis a cada lado el que acudirá a salvaros el cuello. Va a dar igual los líos que tengamos en casa... vuestra vida dependerá del resto.

Durante unos segundos todos permanecieron en silencio. Tobías advirtió al fin que Crazybit permanecía sombrío y reflexivo, una pequeña victoria el haber logrado borrar su mirada cínica. Hasta Peyton parecía meditar sobre sus palabras mientras miraba discretamente a Garland, que frente a él, parecía el más ensimismado del grupo. Georgina le miraba devotamente, convencida de la veracidad de su análisis.

—Sí, puñetero Tobías, tienes razón en lo que dices... pero Crazybit solo piensa en el «subidón» de adrenalina que le va a dar cuando nos metamos dentro de un par de días en esa vieja lata de sardinas y le peguen fuego a la estopa... Y también te digo que como la cosa se salga de madre y el bote arda por los cuatro costados, vamos a ver cuál de los tres churrascos que tendré al lado mío viene a salvarme el cuello, — Crazybit guiñó el ojo pícaramente hacia Georgina—. ¿Quién se apunta a una cerveza?

Y Tobías experimentó un intenso alivio al constatar que hasta Peyton sonreía y aceptaba la invitación.

Capítulo 31

Cuenta atrás para el lanzamiento.

Tobías se frotó las palmas de las manos sobre el pantalón para eliminar el sudor. La tensión se hacía insoportable. La coordinación entre todos los equipos implicados era absoluta. Cada cual sabía perfectamente cómo obrar, los protocolos estaban perfectamente establecidos y las competencias delimitadas. De hecho, todos eran más veteranos que él mismo. Sin duda Charles habría despertado no pocas antipatías contra él entre varios de aquellos profesionales que le aventajaban en experiencia para asumir la dirección de vuelo. Las razones por las que se había obviado el orden natural de ascensos no constituían ningún secreto y Tobías había eludido su consideración, hasta ese preciso momento.

Si algo salía mal él era un hombre de paja. Nadie lo defendería y lo dejarían caer como un fardo.

Mientras observaba las grandes pantallas de seguimiento y el personal, atento a sus respectivos monitores, se maravilló de cuanta solemnidad se acumulaba en la sala, como si se hallaran en una extraña liturgia en una aún más inverosímil catedral. El lanzamiento tenía lugar a miles de kilómetros de allí. Tan pronto la *Soyuz* estuviera en órbita la red mundial de estaciones de seguimiento se coordinarían por completo a través de aquella sala, llevando a cabo una intensa monitorización de todos y cada uno de los parámetros de su ascenso a las alturas.

Echaba de menos que Charles no estuviera allí. Sería un buen espaldarazo para su jefatura.

Repasaba los principales datos de la *Soyuz* en el monitor de su puesto de trabajo, situado en la parte superior de la sala. La meteorología en la estepa kazaja era impecable. Cielo despejado y sin viento. Junto a él sus varios ayudantes de vuelo hablaban con tranquilidad a través de auriculares, creando un coro de cacofonías de voces monótonas. Todo estaba en orden. Llevaba meses preparando ese momento, sería penoso descubrir un fallo justo entonces.

Tal vez nadie hubiera deseado su puesto. Era otra idea que de vez en cuando lo asaltaba. Era la primera misión de la NASA tras el fiasco de la *Trinity*. Todos recordaban la caída de Ed. El acoso incesante de Lionel Martin y las tristes circunstancias en las que el antiguo jefe de vuelo puso fin a su vida. Tal vez todos aquellos compañeros del malogrado ingeniero sentían el peso del arrepentimiento, de no haber sido lo suficientemente fuertes de apoyar a su líder, que habían dejado caer en solitario, como fruta madura, sin que nadie moviera un músculo por él. Sí, también era posible que la culpa por aquel pecado mantuviera a los posibles competidores por su cargo con la cabeza gacha y actitud humilde. Lo cierto es que no tenía queja de nadie. Sus instrucciones se seguían al pie de la letra, nadie le cuestionaba.

—Señor... —Su ayudante le indicaba que prestase atención al monitor principal. La imagen de la *Soyuz* ocupaba toda la pantalla. Era el atardecer, y la línea del horizonte se mostraba de un azul claro intenso, mientras que la parte superior ya lucía de un tono oscuro, casi negro. Un audio, en ruso, reverberó en toda la sala. Se iniciaba la cuenta atrás. Tobías sintió su corazón que palpitaba cada vez con más fuerza. Un monitor gigante mostraba el interior de la nave, con los cuatro astronautas pertrechados con sus estilizados trajes espaciales, mucho menos aparatosos que los empleados durante el siglo xx. La imagen se salpicaba de interferencias de estática cada pocos segundos.

—Sistemas vitales correctos. Todo en orden, —dijo una voz anónima por la megafonía interior de la sala.

Tobías se acercó al micrófono y su voz se oiría tanto allí como en la sala de lanzamiento de Baikonur.

—Adelante.

La cuenta atrás prosiguió. Ya nadie hablaba. Cada uno de los jefes de sistemas había dado su correspondiente visto bueno.

La cuenta atrás finalizó. Una intensa humareda de color blancuzco eclosionó en la base del cohete. Los soportes de sujeción se soltaron, a la vez que la inmensa mole de metal se elevaba los primeros metros sobre el suelo. Una potente llama fulgente era visible por primera vez. Tobías contenía la respiración mientras observaba como la impresionante nave emprendía su veloz ascenso, como a cámara lenta, como si estuviera a punto, en cualquier momento, de desplomarse debido a la fuerza de su propio peso. Pero Tobías se tranquilizó. Los monitores indicaban la aceleración *g* esperada. Se imaginó la compresión que debían sentir los astronautas en ese preciso momento.

La nave se perdió en el firmamento. La cámara solo mostraba la estela de humo que cada vez parecía más tenue y distante. El canal de vídeo se cerró.

El audio de cabina de la *Soyuz* se incorporó a la megafonía de la sala.

* * *

Cuando Garland se despidió del equipo que había entrenado como posibles relevos en caso de retirada, baja médica, o cualquier otro percance que hubiera sufrido alguno de los miembros de la tripulación oficial, experimentó una sensación desagradable, como si hubiera dejado pasar una oportunidad de la que más tarde se arrepentiría.

Hizo de tripas corazón y se aferró a la idea que le sostenía en pie. Esperaba no estar equivocado por completo. Miró de reojo a Georgina mientras el ascensor los elevaba velozmente a la cúpula del cohete *Soyuz*. Todos permanecían en silencio, embutidos en el ajustado traje espacial, con las escafandras en la mano, cada cual a saber en qué pensaba, se cuestionó Garland. Crazybit silbaba despreocupadamente.

Había estado parlanchín toda la mañana debido al exceso de adrenalina que le impelía a mantener viva la conversación, aunque fuera comentando nimiedades, incluso a pesar de que a ninguno de sus compañeros le hacía la más mínima gracia ni respondía a sus chanzas.

La tensión mantenía a Garland en silencio. Sus lacónicas respuestas habían provocado que la conversación que Georgina había intentado mantener con él, muriese al poco de nacer, o que fuera Crazybit el que insidiosamente se interpusiera entre los dos e intentara en vano alegrarles el día. Pero Georgina era lo suficientemente lista como para comprender que algo no iba del todo bien, y su carácter habitualmente distendido se había contagiado de su melancolía.

Peyton era un caso aparte. Su semblante se mantenía severo, como siempre últimamente, aunque Garland descubrió un inesperado rictus de nerviosismo en su expresión. Sin duda más lo iba a estar conforme el momento del lanzamiento se aproximara.

Unos ayudantes con mono blanco los ayudaron a acomodarse en el interior del módulo habitable. Garland ocupó el puesto de piloto y rápidamente identificó todos los paneles. Eran idénticos a los usados durante los entrenamientos, solo que aquellos se encontraban mucho más desgastados. Los simuladores ofrecían un entorno aséptico. Allí apestaba a queroseno. No era extraño si se tenía en cuenta que iban a estar sentados sobre una verdadera bomba incendiaria a base de queroseno, oxígeno líquido y propelentes. Sí, lo recordaba perfectamente. El queroseno tiene un olor persistente, difícil de erradicar, y al detectarlo experimentó la crudeza del peligro al que se enfrentaban.

A pesar del frío que hacía en la incipiente noche exterior, Garland sudaba. Pero no era un sudor debido a un esfuerzo físico. Se trataba de algo más bien enfermizo, puro estrés. Ya le habían apercibido para que intentara relajarse. Su pulso por encima de cien pulsaciones llamaba la atención, pues era muy superior al del resto de sus compañeros.

El transcurrir del tiempo se le antojó a Garland que se ralentizaba, que cada movimiento transcurría con una fluidez viscosa, con una lentitud desquiciante.

Después de unos minutos eternos de tensa espera se informa por radio que se procede a activar el filtro de litio para evitar la concentración de monóxido de carbono y poco después se cierran las escotillas. El pulso de Garland se acelera y una operadora médica le recomienda, con voz dulce, que respire más despacio. Garland se concentra en la respiración pero sin obtener éxito en la reducción de su ritmo cardíaco.

Llegan los siguientes avisos. Se activa la respiración de los trajes y se comprueba que la cabina está herméticamente cerrada. Garland sigue al pie de la letra las comprobaciones rutinarias de instrumental que se llevan a cabo desde el centro de control ruso. Un aviso impersonal les recuerda que deben proceder a verificar la

presurización de los trajes. Otra voz anónima, que se solapa con las anteriores, indica que los chequeos de todos los sistemas han sido correctos.

Observa a Crazybit a su lado, sonriente como un niño a punto de subirse a una atracción de feria. Le indica con un gesto que la posición de los visores de los cascos debe cerrarse. Nervioso, como si hubiera sido un fallo imperdonable, Crazybit baja su visor.

La torre con control informa que inicia la purga de los motores con nitrógeno, una medida destinada a evitar explosiones indeseadas. Varios golpes secos llegan hasta la cabina. Garland sabe que se trata de los cordones umbilicales que se han desprendido del cohete. Ahora todos los sistemas eléctricos son los de la propia *Soyuz*. Tranquiliza a Crazybit con un gesto, pues no comprende que esos sonidos son los esperados.

La orden Pusk resuena en sus auriculares. ¡Lanzamiento!

Los turbomotores ya rotan a máxima velocidad. La cabina está sometida a una incómoda vibración. El estruendo es ensordecedor. Garland, atento a sus monitores, constata que los últimos puntos de apoyo de la *Soyuz* con la Tierra se han retirado y la nave empieza a alejarse del suelo.

Los primeros dos minutos son los peores. La aceleración los somete a una presión de tres *gs* y media. Se desprende la torre de escape y se produce un bajón en la casi insoportable presión de la aceleración. La nave espacial está perdiendo empuje, pero es un mero espejismo. En pocos segundos se activa la segunda fase de los propulsores. La gravedad vuelve a subir, pero esta vez ya no llega al punto álgido de la primera etapa. Sus pulsaciones están disparadas, aunque ahora ya no llaman la atención del equipo médico. Es toda la tripulación la que sufre taquicardia.

La tercera fase se inicia a los cinco minutos del despegue. De nuevo la aceleración es paulatinamente creciente. Garland se siente extenuado por el esfuerzo. Parece que todo su cuerpo puja por resistir la presión intolerable. Finalmente, próximos a los nueve minutos de vuelo, la *Soyuz* entra en fase orbital, según comunica la voz ausente de un operador por radio.

La presión de la gravedad disminuye abruptamente, conforme se apaga el último de los motores.

Garland mira atentamente el panel de control.

¿Es una locura lo que está a punto de suceder?

* * *

Tobías paseaba inquieto por la sala de control, observando por encima de las espaldas de los técnicos que monitorizan el lanzamiento. La fase crítica había salido a la perfección. Aún no se había logrado establecer contacto por radio. Primera contrariedad. Los rusos no daban ninguna explicación pero tampoco desde Houston conseguían obtener respuesta de la nave. Estaban dentro del margen de tiempo para

que los astronautas se repusieran del despegue, pero Tobías notaba como la ansiedad tomaba cuerpo.

La *Soyuz* estaba entrando en la órbita correctamente... pero una voz, precisamente la que Tobías menos deseaba oír, le requirió. Se trataba del operador que seguía la trayectoria de la nave que había alzado la mano reclamando su atención. Tobías se presentó allí de inmediato. Se inclinó junto a un joven ingeniero que supervisaba la trayectoria y observó su monitor.

No hizo falta que hiciera pregunta alguna. Una ligera desviación respecto de la trayectoria prevista se dibujaba en un sencillo esquema en el que se apreciaba con trazos finos la esfericidad de la Tierra y la línea blanca sobre la cual se movía un cursor que indicaba la posición de la astronave rusa. Una línea roja parpadeante, ligeramente desplazada sobre la línea verde de la trayectoria prevista, resultaba claramente visible. Junto a ella una señal de alerta advertía de la posibilidad de un error fatal. Un indicador de desviación, del cero con veintiocho por ciento, pero que iba subiendo centésima a centésima, corroboraba que el margen aumentaba.

Tobías llevaba unos auriculares inalámbricos. Pulso el botón de llamada y se puso en contacto con la operadora, a la que le rogó le enlazara con el cosmódromo de Baikonur. En dos segundos hablaba con su contacto en el Área 1 de la estación terrestre.

—No sabemos lo que sucede. —Una voz con un notable acento extranjero y completamente neutra le explicó la situación—. El cohete se insertó perfectamente en la órbita debida... tal vez sea un escape de aire... o de los depósitos de combustible, que está alterando el rumbo del módulo. Estamos haciendo comprobaciones. Debemos esperar...

—¿Han contactado con la tripulación? ¿Sería conveniente saber qué sucede?

—Negativo.

Un incómodo silencio siguió a la respuesta. Tobías intuyó que su enlace ruso seguramente seguía la monitorización del lanzamiento de la misma forma que lo hacía él mismo. La divergencia había subido hasta un punto y medio.

Uno de los físicos del equipo se acercó a Tobías con un papel impreso. Era un hombre grueso que vestía una camisa a cuadros ajustada y ostentaba una amplia barba.

—Jefe... —Todos se dirigían así a Tobías, incluso los que eran mucho más mayores que él—. ... Se trata de una mera hipótesis... si no corrige el rumbo la *Soyuz* seguirá una trayectoria que la sacará de la órbita terrestre...

Tobías se sintió desfallecer. ¿Qué estaba sucediendo? Un pensamiento fugaz cruzó su mente. Si aquello era una pesadilla quería despertar ya.

Resolló. No le parecía factible que fuera a realizar aquella pregunta.

—Si eso fuera a pasar... ¿qué rumbo seguiría?

—No tiene fuerza suficiente para llegar a ningún sitio. Simplemente se alejaría de la Tierra y quedaría en el limbo del espacio, entre las órbitas de la Tierra y Marte...

Tal vez se convirtiera en un NEO...

Dos por ciento de desviación.

Llamó a Charles.

—Sí, Tobías, lo sé. Estoy siguiendo el lanzamiento desde mi despacho. He hablado con el administrador ruso... no hay nada que hacer.

Tobías agradeció que Charles no hubiera montado en cólera. Si algo se podía hacer era mejor tener la cabeza fría.

—¿Has hablado con Lionel? A fin de cuentas es nuestro enlace con la Fuerza Aérea. Tal vez tengan satélites de comunicaciones que puedan localizar frecuencias de la *Soyuz*... es prioritario establecer contacto cuanto antes...

—Ya he hablado con el Pentágono. Están en ello... pero no me prometen nada...

Un operador que le hacía señas con la mano captó la atención de Tobías y se dirigió rápidamente hacia él. Se despidió de Charles.

—Ha desaparecido la señal de localización... es como si se hubiera apagado la baliza o...

Tobías se dio cuenta de que el joven técnico no quería concluir la frase. «O tal vez se haya destruido la nave»...

—Operadora, contacto con Baikonur.

Al poco pudo hablar con su enlace ruso.

—¿Contacto visual?

—En esta fase del despegue, imposible. Se encuentra sobre el Pacífico, en zona horaria diurna. Imposible visualizar la *Soyuz*...

Esta vez Tobías si creyó distinguir un leve tono de disculpa en la voz del ruso.

Se imaginó lo que quedaba por delante. Contactaría con la Estación Espacial. Tal vez ellos pudieran ver algo. A fin de cuentas la *Soyuz* se había lanzado en su dirección... aunque para eso aún faltaban cinco largas horas. Si no se producía el contacto... le aguardaba una muy dura rueda de prensa.

De pronto fue consciente de quienes iban en la astronave eran sus amigos. Al reflexionar sobre ello tuvo que dejarse caer en la silla de su puesto. Un silencio sepulcral reinaba en la sala de control de vuelo. Era como si un puñal de acero le hubiera atravesado el pecho.

* * *

Garland se sentía exhausto, pero su mente trabajaba a toda potencia. Comprendía perfectamente el protocolo indicado, que no era precisamente el oficial. Iba a secuestrar un modulo espacial *Soyuz*. Sin duda, si sobrevivían a la misión, pasaría a la Historia... y en caso contrario, poco iba a importar. Sabía que él era el mejor para desempeñar ese trabajo. No podía permitir que lo relegaran de su puesto...

Desactivó la señal de radio. Fue un movimiento rápido y las comunicaciones con la Tierra quedaron cortadas. Crazybit, a su derecha no parecía haberse dado cuenta de

nada. Aún permanecía abotagado por el esfuerzo.

—Tengo instrucciones de Charles que debo seguir al pie de la letra —comunicó a sus compañeros, que aún estaban en estado de shock. Sabía que poco había que hacer en la maniobra de despegue y posterior acercamiento a la Estación Espacial, y las escasas tareas a realizar correspondían al piloto, Garland. Aun así era consciente de que Georgina se daría cuenta en seguida de que no se estaban siguiendo los protocolos estudiados en el Centro Espacial Johnson. La interrupción de la señal de radio era de por sí un acto preocupante, pero Garland sabía que diciendo eso la tranquilizaba en parte y le creaba serias dudas sobre cómo interpretar ese acto... y los que iban a suceder. Confiaba en que el debate interno le proporcionara tiempo suficiente como para concluir sus maniobras.

Se inclinó hacia delante. Un panel, situado en el límite de movimiento que le permitía los anclajes de seguridad de su traje espacial, apareció en su campo visual. Extendió su brazo, ingrátido ya, y logró hacerlo salir de su posición. La tapa recién desplegada quedó suspendida en el aire y poco a poco se alejó de él. Unos cables alimentaban un dispositivo que parpadeaba con una luz roja. No había interruptor alguno, así que obró como le habían indicado. Arrancó los cables y la luz se apagó definitivamente.

—¿Qué diablos estás haciendo Garland? —Inquirió Georgina con voz alarmada.

El tono imperioso inquietó de inmediato a Crazybit, que hasta la fecha no había abierto la boca, y a Peyton, que también exclamó exigiendo explicaciones.

—Debo tomar el control de la nave. Es una operación delicada...

Pero sus compañeros no cesaban de interrogar acerca de su extraño comportamiento, porque al igual que Georgina, no recordaban que Garland tuviera que emprender ninguna acción en particular poco después del despegue, ni mucho menos de una índole tal que se parecía mucho a un acto de sabotaje. Sin embargo Garland se había desprendido de los guantes y manipulaba los paneles digitales de control con presteza, introduciendo coordenadas que sabía de memoria.

Georgina le sujetó el brazo e interrumpió su labor.

—Por favor, Georgina, esto es importante, confía en mí, —suplicó.

Peyton gritaba desahogado que le explicara qué estaba sucediendo y Crazybit se reía, histérico, ante el caos radiofónico que imperaba en el módulo. Garland se quitó la escafandra y se desprendió de los auriculares. Al menos así no resultaba tan agobiante la presión ambiental.

Georgina había hecho otro tanto y le hablaba tenuemente, a su lado...

—Por Dios, Garland, explícame qué estás haciendo... —le imploró Georgina.

Garland no pudo resistirse.

—Cambio el rumbo de la Soyuz, Georgi... —utilizó sin querer el diminutivo de su etapa de novios. Se arrepintió al instante. Surgió sin pensar.

—¿Por qué?

Peyton se había desprendido de su escafandra y guantes, así como de los arneses que lo mantenían sujeto en su sillón. Ahora flotaba ingrávido en la cabina, pero su mirada fija en él no alentaba nada bueno. Debía darse prisa. Estaba alargando su mano en su dirección, pero le faltaba un punto de apoyo para impulsarse y poderle alcanzar.

—Vamos a sentir un pequeño tirón... ¡sujetaos!

Garland completó a duras penas el proceso inicial. La *Soyuz* experimentó un violento impulso que alejó a Peyton súbitamente de escena. Garland oyó como vociferaba, enfadado, tras colisionar dolorosamente contra los paneles del fondo de la cabina.

Pero se recuperó. Mientras tanto Garland se afanaba en soltar sus arneses. Ahora se iban a suceder unos minutos complicados, pero no podía perder de vista el contador del impulso. Cuando se cumplieron veinticuatro segundos de aceleración detuvo los motores. De nuevo experimentaron la ingravidez. Pero Peyton tenía esta vez dónde sujetarse. Tomó impulso y salió dirigido hacia Garland hecho una furia. Con una mano se agarró al cuello de su traje y apoyado en él giró hasta situar su cabeza a pocos centímetros del semblante de Garland.

—¿Qué estás haciendo, estúpido?

—Sigo instrucciones de la NASA. Y debéis ayudarme. ¡No vamos a la Estación Espacial!

Crazybit se rio con fuerza y aulló. Parecía estar disfrutando de la situación. Georgina contemplaba a Garland con preocupación. Tanto su voz como la de Peyton se superpusieron en un «¿A dónde vamos?» tan lleno de furia como de angustia.

—Os juro que no lo sé... pero si no lo hubiera hecho yo me habrían relevado de la misión... y habría sido mi sustituto el que hubiera culminado la operación, que no os quepa duda al respecto. No podía hacer nada hasta ahora... Me informaron justo antes de partir para Baikonur... —Garland hablaba con vehemencia. Estaba abrumado por lo que había hecho, pero no había arrepentimiento en su voz—. No había elección, —sentenció con voz bronca.

Crazybit intervino entonces por primera vez.

—Bueno, esa es la frase de los capullos, no cabe duda al respecto. «No había elección, no había elección...» —remedó. Garland sintió como la sangre subía a su cabeza.

Pero no debía perder la concentración. Intentó apartar a Peyton de su campo visual, pero seguía observándolo de cerca. Por un momento pensó que lo iba a agredir.

—Tengo que completar la maniobra de aproximación... Falta poco...

—¿Aproximación a qué? —preguntó Georgina perpleja.

—A aquello... —señaló Garland. Un punto metálico brillante que reflejaba la luz solar.

Todos miraron perplejos hacia el lugar. Garland comprobó las coordenadas. Preparó la maniobra de frenado.

—Sujetaos de nuevo. Vamos a tener microgravedad.

Peyton se dirigió a su asiento de mala gana.

—Encuentros en la tercera faseeeee... uy que miedoooo... —Crazybit se estaba tomando la situación a guasa y Garland se preguntó si no se habría tomado algún tipo de droga para relajarse con excesiva generosidad.

Manióbró con los propulsores laterales suavemente hasta lograr enfilear el rumbo hacia el objetivo. Garland no sabía hacia qué se dirigían. Ni siquiera eso le había sido revelado por seguridad, le habían dicho. En ese sentido se encontraba tan a ciegas como sus compañeros. Al menos, ahora sí habían comprendido que se hallaban en una situación crítica y le permitían operar en silencio.

Activó los propulsores levemente. La *Soyuz* cabeceó hacia un lado y hacia otro. Finalmente activó los retropropulsores y la nave empezó a disminuir su velocidad relativa respecto a lo que era su objetivo, que se encontraba en la trayectoria señalada. Por primera vez en las últimas horas, Garland se sentía aliviado.

Sin embargo, cuando finalmente la silueta hacia la que se aproximaban dejó de convertirse en un punto y adquirió una cierta fisonomía, no pudo dar crédito a lo que veían sus ojos.

—Es imposible... —murmuró Peyton, que también observaba aturdido la imagen de su monitor.

* * *

Había sido una rueda de prensa horrible. Tobías era primerizo y Charles le dijo que afrontara la noticia con calma y serenidad, y que contara todo lo que había ocurrido. Él comparecería ante los medios más adelante. Lo cierto es que apenas había periodistas para cubrir un lanzamiento al espacio en una misión de carácter intrascendente. Toda la prensa especializada estaba siguiendo desde hacía varias semanas las operaciones emprendidas por la división de minería espacial de la BHPbilliton. En cambio, una simple visita a la Estación Espacial, no resultaba relevante. Además, la nueva carrera armamentística del espacio acaparaba de por sí sola toda la atención del público y dejaba poco espacio para otras noticias.

Cuando Tobías explicó que se había perdido contacto y que la nave llevaba una trayectoria que la alejaba irremisiblemente de la Tierra, los escasos periodistas no daban crédito a lo que oían. Alguien grabó la rueda de prensa con un móvil, pues no había cámaras con equipos, y un vídeo de mala calidad en el que un azorado Tobías explicaba la pérdida de la *Soyuz*, fue la imagen de cabecera de todos los noticiarios de televisión aquella mañana.

Charles le abordó tan pronto abandonó la sala de prensa y le rogó le siguiera, y aunque Tobías se hacía y deshacía en explicaciones, Charles callaba sin responder a

una sola de sus conjeturas. Tomaron el ascensor hasta la última planta del edificio del complejo de Centro Johnson y se encaminaron a su despacho. Lionel, como no, aguardaba impaciente, moviéndose con evidente gesto de disgusto de un lado a otro. Tobías se temía que iba a devorarlo.

—Tobías, siéntate, por favor.

Lionel y Charles intercambiaron una significativa mirada.

—Queremos seguir contando contigo —explicó el administrador con calma. Tobías se sintió sorprendido. No era precisamente lo que esperaba oír—. Creo que eres una persona discreta y de máxima confianza, y ahora que empieza de verdad el verdadero trabajo, quiero contar contigo. Dime que podemos confiar en ti.

El semblante severo de Lionel parecía indicar lo contrario. Tobías musitó un «por supuesto» casi inaudible. Su boca era papel secante.

Charles se echó para atrás en su asiento. Pareció masticar algo, como si lo que tuviera que decir debiera ser mascado previamente antes de ser escupido.

—Tus amigos están sanos y salvos, —explicó finalmente.

Tobías entrecerró los ojos. No creyó haber entendido bien. Hacía menos de diez minutos, con el rostro descompuesto, casi a punto de llorar, acababa de anunciar la pérdida de vidas de los cuatro astronautas se daba casi por segura. Charles había estado allí, en primera fila, escuchándole en silencio. ¿Cómo podía...?

—Sí, comprendo tu incredulidad, pero era necesario que fuera así. Están a punto de emprender una misión ultrasecreta que es prioritaria para nuestro país, Tobías. No pueden fallar... no podemos fallar. Debía ser así cómo se hacían las cosas. Nadie debe saber que están vivos...

—¿Vivos? ¿Dónde? La *Soyuz* es un módulo con un soporte vital escaso... la trayectoria los lleva a un rumbo sin solución... ¿Quién los va a rescatar?

—Tranquilo Tobías, —Charles calmó a su subordinado—. La *Soyuz* va dónde tiene que ir. Sí, lo sé, estaba programada para ir a la Estación Espacial, pero Garland alteró su rumbo para alcanzar un objetivo distinto. Según sabemos... —la mirada de Charles buscó la de Lionel, que continuó la explicación de mala gana.

—Según sabemos se dirige al encuentro de la *Destiny*, una nave Delta, idéntica a la *Trinity*, la nave con alcance marciano, construida por la corporación minera para la NASA en secreto, una réplica que se mandó construir dos años atrás, cuando se perdió contacto con la *Trinity* original.

Tobías suspiró.

—¿Garland estaba en esto? —Notaba como el enfado crecía en su interior. «Ha sido usado como una marioneta», fue un pensamiento fugaz que le insufló un sentimiento de ira.

—Garland fue conminado a obedecer —replicó taxativo Lionel.

Charles hizo un gesto de disgusto.

—Le explicamos a Garland cuál era la situación y él optó por colaborar. Sabía que si no contábamos con él pasaríamos al piloto de reserva. Prefirió ser él el que

asumía el riesgo de la maniobra. No quería dejar solos a sus amigos.

Tobías bufó.

—Ahora mismo estará contando esto mismo a sus compañeros... al igual que hacemos contigo, —explicó Charles.

—Yo no era muy partidario de contar contigo. Desconfío bastante de los civiles, —interrumpió malhumorado Lionel. Tobías le devolvió la mirada con rabia.

—¿Qué misión es esa? —preguntó finalmente Tobías, resignado a contener su ira. Quería saber en dónde se habían metido sus compañeros.

—Tienen que llegar hasta la *Trinity*... sí... no te asombres. Sabemos dónde se encuentra. Y no es una misión de rescate, Tobías. Es algo mucho más importante. Siéntate, debes ver algo.

Lionel también se sentó, y Charles activó una pantalla de su despacho.

—Antes de visualizar esto debes saber algo. La *Trinity*, antes de desaparecer, realizó varias comunicaciones con Houston... comunicaciones, que dada la trascendencia de lo acontecido, deben mantenerse en secreto. Un gran artefacto, de una dimensión colosal, alteró el rumbo de la nave, estimamos que debido a su atracción gravitatoria. Se trataba... se trata, de una construcción artificial, que por las imágenes recibidas y las descripciones de los tripulantes de la *Trinity*, era una nave espacial de aspecto octaédrico, cuya base estimamos en varios cientos, sino miles, de kilómetros cuadrados... Como te digo colosal. —Charles suspiró—. Lograron introducirse en su interior con el módulo de amortizaje *Fram*. Allí hicieron la grabación que vas a visualizar a continuación... y que te llevará a comprender por qué esta misión, y por qué precisamente son ellos, los que deben regresar al *Octaedro*.

Tobías sentía una presión enorme en el pecho, no sabía si por miedo a lo que iba a ver, o por el temor de perder de nuevo a sus amigos en una misión extraordinariamente arriesgada, mucho más aún de lo que podría imaginar.

Pero Charles no le dejó mucho tiempo para reflexionar. Rápidamente la pantalla mostró una secuencia de vídeo. Se trataba de las imágenes grabadas desde la cámara situada en la escafandra del comandante Douglas Sanders, tal y como venía explicitado en un pequeño texto en el que se indicaban otros datos técnicos del vídeo. El audio era de una calidad pésima, y la imagen sufría constantes interferencias. Se sobresaltó al observar la silueta del *Octaedro* vista desde el módulo *Fram* de amortizaje, conforme este se acercaba a la inmensa estructura alienígena. Charles aceleró la imagen en varias ocasiones a fin de que Tobías comprendiera la magnitud del objeto hacia el cual se había dirigido la tripulación de la *Trinity*.

Una vez finalizó la secuencia de aproximación al *Octaedro*, las siguientes imágenes mostraron a los astronautas moviéndose por unos pasillos de una estructura con formas y colores que en nada los hacía parecer manufacturados por el hombre. Simbologías luminosas indescifrables, contornos sinuosos, brillos fantasmagóricos... todo confería a las imágenes un aspecto escenario fantástico que inducían a su

incredulidad. Hacía tan solo un momento estaba anunciando que sus amigos habían muerto. Ahora le decían que se dirigían hacia una nave alienígena de aspecto macabro. ¿Qué iban a hacer allí?

De pronto la imagen se aclaró. Habían llegado a una gran sala abierta, con un ventanal inmenso y transparente que incitaba a pensar que ni siquiera habría cúpula protectora que los aislara del espacio exterior. Diminuta, la *Trinity*, permanecía suspendida delante de ellos con un brillo blancuzco, reflejando inocentemente la luz de sol. Su apariencia conocida, y su origen humano, aliviaban la opresión de saberse en un espacio extraño. En mitad de la sala una gran consola en forma de media luna ocupaba el lugar central. Parecía un inmenso tablero de mandos. Los otros astronautas se entretenían intentando averiguar qué significaban los extraños jeroglíficos que ocupaban su superficie. El comandante se acercó a un extremo de la consola. Allí, ligeramente cubiertos por una pátina de polvo, fulgían suavemente cuatro de esos cartuchos. Levemente pasó sus dedos sobre uno de ellos, y para su sorpresa, pues hizo un movimiento hacia atrás que delataba esa sensación, una gran pantalla holográfica se activó. Una imagen nítida flotó delante de ellos. Se trataba de varios astronautas, con el clarísimo logotipo de la *Trinity* en sus hombros, que parecían deambular por la misma sala. Una de las figuras se acercaba a la toma de vídeo y parecía tener la intención de dirigir un mensaje a alguien. De improviso retiraba el visor solar y el semblante de una mujer se hizo claro.

—He acabado comprendiendo qué es este lugar...

El vídeo finalizaba en ese momento.

Antes de que Tobías pudiera decir nada, Charles amplió la imagen de vídeo congelada, que era lo que Tobías estaba a punto de solicitar.

Era increíble. Algo tan extraordinario que no podía ser cierto.

Pero la imagen era inconfundible. De hecho, lo era su voz.

Aquella astronauta era... ¡Georgina Salucci!

—Sí, Tobías, ella ya ha estado allí. Por eso debía regresar. Por eso ella tiene que estar en el *Octaedro*... porque ya ha estado allí.

Tobías se sentía mareado.

—Pero eso significa... eso significa...

—Sí, Tobías, —la voz de Lionel, inflexible e impaciente concluyó sus pensamientos sin incluir una décima de piedad en su tono—. Eso significa que el *Octaedro* es una máquina del tiempo... y somos nosotros los que nos vamos a hacer con su control... a toda costa.

Capítulo 32

Georgina estaba nerviosa. Su pulso la delataba. Podía sentir la sangre golpeando sus sienes, en su garganta, en el pecho. La maniobra que les había propuesto Garland para abordar la nave Delta, una copia fiel de la *Trinity*, parecía suicida. El problema residía en que ambas naves no estaban pensadas para ser acopladas la una a la otra.

Era una cuestión de tiempo. Garland frenaría la *Soyuz* hasta equiparar su velocidad orbital a la Delta. Entonces abandonarían el módulo ruso para abordar el americano dando un paseo espacial. Garland iba a ser el primero en intentarlo.

No tenían demasiado tiempo para llevar a cabo el paseo. Sobrevolaban el Pacífico. Habría forzosamente pocos observadores en Tierra que pudieran ser testigos de la maniobra. Todos los telescopios del mundo estaban intentando seguir el módulo perdido y comunicar con el mismo. Georgina se sentía como un preso que se está fugando de la cárcel, y la situación la contrariaba absolutamente. Le asombraba el humor con el que Crazybit se había tomado el asunto, y la sangre fría inhumana con la que Peyton afrontaba los hechos, una vez superó su enfado inicial. ¿Nadie tenía el suficiente sentido común para oponerse a esa maniobra y a ese plan?

Garland le aseguró que cuando llegaran a la Delta se pondrían en contacto directamente con Charles. Era el único compromiso que había logrado tranquilizarla. Toda la escasa confianza que había empezado a recuperar con Garland se había disuelto como por ensalmo y hasta se sentía, no solo defraudada por él, sino enfadada consigo misma por no haberse percatado de que algo así podría suceder. En las últimas semanas los indicios se habían acumulado, enturbiándolo todo, pero jamás habría concluido que su misión pudiera desembocar en una aventura tan arriesgada como a la que se enfrentaban. ¿Cómo es que no habían atado cabos y se habían anticipado a la encerrona?

Todo estaba listo. Garland abrió una válvula a fin de facilitar la descompresión del módulo, y a continuación hizo lo propio con la escotilla exterior. Antes de salir afianzó el cable al que estaba sujeto, en un anclaje dispuesto a ese efecto en la superficie exterior de la *Soyuz*. Georgina observó como el cuerpo de Garland salía al exterior hasta que sus pies dejaron de verse por la escotilla. Ella se aproximó a la abertura a fin de observar la maniobra con atención.

La enorme semiesfera azulada del Pacífico con una frondosa y desdibujada línea de nubes en el Trópico, flotaba sobre su cabeza como un globo mágico. Más allá una negrura impenetrable. Asomó la cabeza y parte del torso. Allí estaba la Delta, mucho más lejana de lo que le habría gustado. Garland había emprendido el camino hacia ella. El cable se desenrollaba velozmente, a medida que el astronauta, impulsado por los propulsores del traje, se dirigía certero hacia la nave, un verdadero duplicado de la *Trinity*. Su figura se empequeñecía progresivamente. ¿Cómo era posible que un proyecto de esa envergadura hubiera esquivado los controles presupuestarios de la

NASA? Y sobre todo, ¿para qué se había construido aquella copia de la *Trinity*? Las palabras de Margaret resonaron en ese momento, proféticas, en su mente. «La clave está en Georgina». El pecho le oprimía al respirar.

La silueta del astronauta finalmente se superpuso con la de la nave espacial. Ambas se fundieron en un único y brillante contorno blanco y Georgina no sabía decir qué sucedía.

—Accediendo a la cápsula. —La voz de Garland sonó entrecortada—. Voy a asegurar el cable.

Después de unos intensos segundos de espera la voz de Garland confirmaba que la sujeción era firme.

—T menos cinco minutos... es hora de que vengáis.

«T menos cinco minutos», pensó Georgina. Era el tiempo que tardarían en encenderse brevemente los motores de la *Soyuz* que la llevarían irremisiblemente a perderse en el espacio. Debían abandonar aquella nave.

Se asomó al interior de la nave. Los otros dos astronautas aguardaban pacientes, cada cual sentado en su sitio, inmóvil, como una estatua de la antigüedad contemplando el paso del tiempo. Con una seña bastó para que Crazybit comprendiera que era el siguiente. Georgina aguardaba en el exterior, sujeta a un arnés y esperando a que Crazybit saliera torpemente de la *Soyuz*. Era una maniobra complicada que habían ensayado un par de veces en el tanque de gravedad neutra de Houston. Claro que siempre le habían dicho que nunca llegarían a realizar nada parecido.

—Vaya con las vistas... ¿cuánto cuesta un ático así? Te compraría uno si te vinieras a vivir conmigo...

Crazybit hacía ver que había recuperado su sentido del humor, pero su tono tembloroso atestiguaba que no las tenía todas consigo.

Georgina se acercó a él hábilmente, desenganchó el cable de su sujeción a la *Soyuz*, lo pasó por el arnés de Crazybit y volvió a anclarlo a su sitio. Ahora Crazybit estaba sujeto a la tirolina que habría de llevarlo hasta la otra nave.

—Ahora es tu turno, —le indicó.

Solo había un traje que contaba con propulsores, el que había empleado Garland. El resto habría de hacer el recorrido hasta la otra nave valiéndose del cable y las manos. Crazybit empezó lentamente con la maniobra mientras Peyton emergía prudentemente de la *Soyuz*. Georgina repitió la operación, pero en esta ocasión, una vez aseguró a Peyton, ya no sujetó el arnés a la *Soyuz*, sino a su arnés. Ella era la última del grupo. En pocos minutos la *Soyuz* encendería sus motores y se alejaría rápidamente de allí. No era conveniente estar demasiado cerca.

—Crazybit... ¿qué sucede?

Avanzaban muy lentamente. En principio la maniobra era sencilla, tirar del cable hacia sí e ir haciendo el recorrido hasta la nave Delta. Algo más de cien metros de distancia. Pero al parecer Crazybit tiraba del cable con escasa fortuna. No sabía

manejarse adecuadamente con las manoplas del traje espacial y la ayuda de Peyton resultaba infructuosa. Georgina, la última de la cola, aguardaba impaciente tras ellos mientras observaba de reojo a la *Soyuz*, que en breve iniciaría su reencendido de motores a fin de proseguir su viaje a ninguna parte.

Crazybit gemía y maldecía a la vez. Se estaba haciendo un nudo y le resultaba imposible avanzar. No había sido capaz de hacer pasar el cable del que había tirado por la hebilla de sujeción y Peyton deshacía pacientemente el nudo corredizo que había originado. Georgina pensó entre divertida y desesperada que parecían un hatillo de peces enredados en los anzuelos de un pescador.

Sucedió lo que se temía. Los propulsores giroscópicos de la *Soyuz* se activaron. La nave giró sobre sí misma a fin de recuperar la trayectoria programada, pero el giro la acercó peligrosamente a Georgina, que observó aterrorizada como esa mole de decenas de toneladas se movía de repente como un resorte y crecía a ojos vista hasta abarcar todo su campo visual.

No pudo evitar el impacto.

Resultó brutal. La *Soyuz* la golpeó lateralmente, aunque ella fue capaz de girar y apoyar los pies a fin de que la cápsula no golpeará directamente el traje, y sobre todo la escafandra. Pero el cable rozó la nave. De pronto esta arrancó su motor principal. Georgina captó el fulgor de la tobera por el rabillo del ojo. La *Soyuz* salió disparada vertiginosamente, envuelta en un misterioso silencio.

Pero la situación se volvió dramática. El cable se enredó momentáneamente en alguna de las protuberancias de la cápsula, se tensó y arrastró a los tres astronautas en una inesperada y violenta sacudida. Georgina comprendió inmediatamente que algo no iba bien.

De pronto todo daba vueltas en un caos indescifrable de imágenes. El vacío del espacio, la azulada semiesfera visible de la Tierra, y ocasionalmente la nave Delta, que parecía extrañamente distante, se alternaban en su campo visual, rotando a una velocidad que hacía que todo resultara incomprensible. No había rastro de sus compañeros.

Sintió ganas de vomitar. Cerró los ojos.

El pánico crecía dentro de ella, pujando por copar toda su mente, como una marea que anegaba su capacidad de raciocinio.

«Has sido entrenada para superar esto».

Gritó.

Se alarmó al comprender que no había respuesta. Tal vez el golpe había dañado su equipo de radio, o su antena... Bajó la vista, recorriendo lo poco que podía ver su propio traje espacial. Eso no la mareaba.

La hebilla en la que se había sujetado con el cable que la unía a la Delta... estaba allí... vacía. El cable se había roto con la sacudida. Una punzada de dolor le atravesó el pecho. Era puro miedo.

Debía buscar un pensamiento... algo a lo que asirse, antes de que el pánico se hiciera por completo dueño de ella.

«Tú has sido la que siempre ha querido vivir este tipo de situaciones», se reprochó. «¿De qué crees que iba esto?».

El reproche funcionó. Su mente se serenó.

Entonces recordó la baliza de seguridad. Señal de radio y luminosa. Buscó en uno de los bolsillos bajos del pantalón. Allí estaba. La tomó con la mano y la activó. Una potente luz roja empezó a parpadear. No la podía oír, pero una señal de radio, un pitido agudo e inconfundible, debería empezar a oírse en las frecuencias de radio de los astronautas.

Aún así un pensamiento la sobrecogió. ¿Tendrían medios sus compañeros para llegar a recogerla? El combustible del traje espacial de Garland era muy limitado, y tal vez la sacudida propiciada por la *Soyuz* la había alejado ya kilómetros, o cientos de kilómetros, de la Delta. Hacía tiempo que no veía la nave espacial.

—¿Garland... me oyes?

Intentó que su voz no sonara demasiado atemorizada, pero no lo consiguió.

—¡Garland! —gritó de nuevo. Y esta vez se dio cuenta de que la desesperación la dominaba.

* * *

Tobías desfallecía. La segunda rueda de prensa no iba a ser precisamente como la primera. Repasó sus notas una vez más, pero el tumulto de periodistas que agolpaban la sala de prensa y el vocerío caótico de sus conversaciones, llegaba incluso hasta el pequeño despacho en el que aguardaba el momento de comparecer ante los medios. Lionel paseaba intranquilo de un lado a otro mientras Charles le remarcaba los puntos más importantes.

—Sobre todo, Tobías, en caso de que te sientas acorralado te vas a la muletilla de que estamos todavía comprobando la información de la que disponemos y que los expertos tratan de obtener conclusiones.

Tobías asentía.

«Mentir a todo el país... al mundo entero...».

El alma se le venía a los pies. No era capaz de aquello. Iba contra todos sus principios... y sin embargo, todo lo que le habían revelado Lionel y Charles en su despacho resultaba tan descabellado que resultaba inverosímil. Una carrera espacial entre dos superpotencias por hacerse con un artefacto alienígena que era, a todas luces, una máquina del tiempo. De solo pensarlo le entraban escalofríos.

Una guerra fría soterrada. ¿Qué sabían los chinos? Ni Lionel ni Charles estaban muy seguros de ello, o tal vez lo sabían perfectamente y una vez más le habían engañado miserablemente. A fin de cuentas él era un peón perfectamente prescindible. Pero si quería seguir «dentro» debía colaborar. La promesa era que tras

la nueva rueda de prensa podría contactar con la *Destiny*, la nave Delta a la que sus amigos iban a abordar.

«Hago esto y nada más», se decía una y otra vez.

Sin embargo la señal de la baliza de Georgina se había activado. Eso no estaba previsto y hasta Lionel y Charles se habían sorprendido genuinamente cuando en la sala de control se dio a conocer la activación de esa señal de alarma. Hubo gente que vitoreó. A fin de cuentas estaban vivos, decían. Pero la ausencia de señales de radio y la imposibilidad de contactar radiofónicamente con nadie de la tripulación hacían pensar que tal vez se tratara de una señal desesperada. Pronto un desánimo, incluso aún mayor, se apoderó de todos los operadores de la sala.

Charles y Lionel cuchichearon y le hicieron partícipes a Tobías de sus cuitas.

—No debería haberse activado esa señal. Eso significa que han tenido problemas en el trasbordo. En la base de Ecuador aún no han recibido señales de la *Destiny*.

Le habían prometido que tan pronto terminara la rueda de prensa irían a una estación militar de máxima seguridad desde la cual podrían comunicar con sus amigos. Tobías no veía el momento de pasar el mal trago. Estaba seguro que se arrepentiría de todo ello, pero la motivación de mantenerse en contacto con los suyos era superior.

Aún no había salido a la sala de prensa, pero su corazón latía como si hubiera corrido los cien metros lisos empleando al máximo hasta la última fibra de sus músculos.

* * *

Georgina abrió los ojos. Para su sorpresa no se encontraba flotando en el espacio oscuro, en medio de la nada, sino que yacía tumbada, «experimentando la gravedad», pensó asombrada, y una manta ligera le cubría el cuerpo. Se sentía descansada, extrañamente descansada.

La sensación de pesadilla que le había agobiado parecía ahora un mal sueño, pero comprendió, no podía ser de otra manera, que había sido algo real. Un pensamiento la asaltó. ¿Estaría aún flotando en el espacio, perdida definitivamente cualquier esperanza de rescate, condenada a vagar unas pocas horas más hasta agotar su oxígeno y tal vez experimentaba las alucinaciones propias de un moribundo?

El recuerdo de que había estado a punto de morir la alteró. Se incorporó en la cama y se mantuvo apoyada sobre sus codos. Alguien se movió en las sombras y se alejó del lugar.

Reconocía el sitio. Se hallaba en el interior de una nave Delta, en el módulo habitable. Debía estar girando ya y debido a ello experimentaban la gravedad. Si abandonaban el anillo que giraba sobre el eje de la Delta flotarían ingravidos. El «anillo» era el alma mater de la nave espacial. El diseño de la astronave había solucionado graves problemas derivados de largas travesías por el espacio. Proveía

gravedad y eliminaba el hasta entonces insuperable inconveniente de la pérdida ósea y muscular que experimentaban los astronautas. Además el anillo del módulo vital incorporaba una red de electroimanes, cuyo velocidad y sentido de giro divergía, de tal manera que se generaba un campo magnético suficientemente potente como para eliminar la radiación cósmica y solar como uno de los riesgos para la salud al que se enfrentaban los astronautas. La *Trinity* ya había demostrado con éxito que el «anillo» resolvía dos cuestiones clave para que la Humanidad abandonara la cómoda placenta espacial del sistema Tierra-Luna.

Crazybit se acercó hacia ella sonriente. Traía una bandeja en la mano, un vaso de agua, y también algo para comer, que agradeció. Se sentía exhausta.

—¿Qué tal te encuentras, pequeña? —preguntó mientras se sentaba en un taburete que acercó junto a la cama. Las bases imantadas de las patas chirriaron levemente.

Georgina suspiró. Intentó recordar.

Sí, recordó el agobio de verse perdida en el espacio, sin rescate posible. Comprobando el descenso paulatino de las reservas de oxígeno. La baliza había consumido toda su batería y había terminado por apagarse. Después ella misma había debido perder la consciencia, cuando empezó a respirar su propio dióxido de carbono...

—¿Qué sucedió?

—Has tenido suerte... Tienes aquí a un loco que al parecer está dispuesto a jugarse el cuello por ti. Después de que la *Soyuz* saliera echando leches y nos lanzase a los cuatro vientos, tú perdiste la sujeción al cable. La sacudida rompió tu hebilla y saliste dando vueltas como si fueras un muñeco de tiro al plato. Te juro que al principio me hizo gracia verte girar con las manos extendidas y girando como una peonza. Fue realmente cómico... —Crazybit puso cara de loco mientras agitaba las manos como un payaso. Georgina no pudo evitar reír la estupidez de su compañero—. Pero después te perdimos de vista y a mí se me pasó el buen humor. Garland nos instó a que llegáramos a la nave y Peyton, afortunadamente, tuvo la suficiente sangre fría de ponerme como un fardo a su espalda y se ocupó de toda la faena. Tanto entrenamiento en la piscina y ya ves para que sirve Crazybit... Según llegamos a la astronave Garland salió a por ti, aunque Peyton le insistió que era un disparate. Quién lo iba a decir, Peyton dándole consejos a Garland para que tuviera cuidado. Tendría que haber grabado la escena en vídeo porque nadie me creerá. —Crazybit suspiró—. ¿Qué sucedió? No lo sabemos bien. Garland nos comentó que se había activado la baliza de socorro y Peyton le dio la posición. Dijo que era un suicidio ir en tu búsqueda, pero por lo que se ve Garland no estuvo melindroso precisamente. Al parecer tenía el depósito justo, y el oxígeno se te iba a terminar, por lo que era una maniobra que... —Crazybit no concluyó la frase.

Pero Garland lo había conseguido. Allí estaba ella.

Sí, pero si no hubiera sido por Garland tal vez podría haberse ahorrado toda aquella parafernalia. Si les hubiera dicho la verdad tal vez ella habría desistido de

participar en semejante misión. Recordó vagamente las razones que les había dado en la *Soyuz*... y sintió que la ira crecía dentro de ella. Aún tenía una seria conversación pendiente con él. Mientras tanto Crazybit seguía parloteando sobre cómo Garland había logrado rescatarla, y que como había agotado su combustible, obligó a Peyton a maniobrar la Delta para reducir la travesía de regreso. Pero antes de que Crazybit hubiera concluido su relato, Georgina había terminado de comer sus galletas y había emprendido camino del puente, donde se imaginaba debía hallarse Garland.

Cuando Georgina llegó a la sala de control de comunicaciones, que se hallaba en el módulo vital con gravedad, encontró a Peyton y Garland enfrascados en una videoconferencia con Tobías.

—Os aseguro que yo no sabía nada. Garland era al único al que se había informado de esta maniobra. Estoy tan desconcertado como vosotros. Ahora mismo acabo de dar una rueda de prensa asegurando que os halláis en paradero desconocido y todo el mundo os da por muertos. Los rusos están diciendo en sus noticiarios que tienen a la *Soyuz* localizada y que todo apunta a un error humano incomprensible. La tensión está creciendo por momentos... sinceramente, no sé si la Casa Blanca está al tanto de esto o no, pero ha habido un cruce de acusaciones muy desagradable entre mandatarios...

—Esto es una completa locura... —empezó diciendo Peyton mientras se llevaba las manos a la cabeza y se atusaba su cabellera.

—Esto es un disparate completo, —sentenció con voz enfadada Georgina—. Casi muero ahí fuera, Tobías, no sé si te han contado. ¿Así que no sabes lo que ha hecho este irresponsable? —Georgina se enfrentó a su jefe de vuelo con el ceño fruncido y cara de pocos amigos mientras señalaba a Garland acusadora.

—Sí, Georgina... me han estado explicando. Todos vosotros me estáis pidiendo explicaciones... pero... yo me acabo de enterar... Esto es demasiado increíble para mí. Os digo que acabo de mentir a la nación entera... ¿nación? Al mundo entero. Charles y Lionel me han exigido un secreto absoluto. Nadie del Centro Espacial, salvo Charles y yo, está al tanto de esta maniobra. Solo la USAF... y quiero imaginar que la Casa Blanca. Ni siquiera los familiares debían estar al tanto. Por eso se ocultó. Estoy en medio de todo este follón como si fuera un parachoques... sinceramente... —Tobías parecía que estaba a punto de desmoronarse—, no sé si voy a poder aguantar esto. Charles fue explícito. Si colaboraba podría ser vuestro enlace con la Tierra... Acepté... pero no por mí, por vosotros. Ahora os dejo la decisión en vuestras manos. Si creéis que no podéis confiar en mí... me aparto. No tengo ningún afán de protagonismo. Solo he aguantado lo suficiente hasta veros a todos bien, muchachos.

La voz de Tobías denotaba sinceridad. Sus ojos se cargaron de lágrimas.

—Por favor Tobías... No digas eso. Prefiero contar con tu apoyo ahí abajo que no con alguno de los capullos que nos han metido en esto sin contar con nosotros. —

Peyton se mostró contundente. Se advertía que deseaba restaurar la confianza de su amigo cuanto antes.

Georgina deseaba desfogarse, pero por más que lo anhelara comprendía que Tobías era una víctima más de una estrategia que quedaba muy por encima de su capacidad de decisión. Solo tenía ganas de enfrentarse a Garland. Finalmente estalló.

—Tú nos has metido en esto sin que pudiéramos decir nada... ¡nada! —Se encaró con él—. Me parece que has traicionado nuestra confianza, por completo. Es algo horrible lo que nos has hecho, Garland. ¿Comprendes que mi familia me está dando por muerta en estos momentos? A todos nosotros... ¿Cómo vamos a reparar ese daño? ¿No pensaste en ello cuando aceptaste comprometernos de esta manera? No, no te perdonaré, Garland... esta vez no. —La furia dominaba a Georgina por momentos.

Garland sacudió la cabeza y miró al suelo sin decir palabra.

—Él no podía hacer nada por nosotros... Georgina... —Intentó mediar Tobías.

—Sí, Georgina. Ya le escuchaste antes, en la *Soyuz*. Lo habrían apartado de nosotros y su suplente nos habría llevado igualmente hasta donde estamos ahora. La diferencia es que tendríamos entre nosotros a un perfecto desconocido en el que no podríamos confiar ni un ápice. —El que parecía haber asumido todo con más tranquilidad que nadie era Peyton. Hasta Crazybit abrió la boca de par en par al oír la disculpa con la que Peyton cubría a Garland.

Georgina hizo un gesto de furor. Su mirada seguía echando fuego. Garland, sentado, con la cabeza gacha, era la pura imagen del abatimiento.

—¿Y por qué nosotros Tobías? ¿Al menos te han explicado ya por qué nosotros?

Tobías intentó aplacar a Georgina a la vez que lograba centrar la discusión sobre términos más constructivos. Su semblante adquirió otra expresión, ya no compungida, sino solemne. Charles apareció entonces en escena. Al parecer había estado junto a Tobías, apoyándolo con su presencia, pero ahora ocupó parte de la pantalla. Después de saludar a los tripulantes de la nave Delta se explicó.

—Todo tiene que ver con la primera nave Delta, la *Trinity*. La que se envió a Marte hace tres años. Su misión fracasó. El accidente del que nadie supo qué había sucedido no fue tal. La *Trinity* fue desviada de su curso porque un objeto masivo, de un tamaño descomunal, alteró su órbita. Y no hablamos de un objeto de índole natural.

—¿Un objeto... artificial masivo? —Crazybit preguntaba a la vez que soltaba una carcajada—. ¿Qué demonios estás diciendo? ¿Qué la *Trinity* se topó con la Estrella de la muerte o algo así?

—Sí, habría que decir algo así. Se topó con una nave espacial... aunque la palabra nave induce a pensar en algo relativamente comprensible... pero no es el caso. El objeto tiene el tamaño de Ceres, es octaédrico... y es artificial. Pero para qué os voy a describir algo que os puedo mostrar... Vedlo vosotros mismos.

Charles hizo una señal a un operador e inmediatamente la pantalla cambió de aspecto. Peyton comprendió que el pequeño monitor por el que transcurría la videoconferencia se quedaba pequeño para apreciar las dimensiones del artefacto. Con la interfaz gestual desplazó la imagen a la pantalla principal que presidía la sala, y esta mostró una imagen sobrecogedora de un objeto de aristas perfectas, surcado por líneas y conductos simétricos, que refulgían con débiles brillos en tonos turquesas y dorados. Los ingredientes de misterio, belleza y amenaza aderezaban por igual aquel objeto espacial. Alrededor del octaedro la negrura del espacio casi disimulaba su contorno oscuro. Georgina intentó pensar en que aquella figura tenía el tamaño de Ceres y el pensamiento de quién habría sido capaz de construir una estructura semejante la dejó helada.

—¿Se ha establecido contacto? —preguntó con un hilo de voz.

—No lo sabemos, —respondió con voz neutra Charles.

—Eso solo puede significar que no vienen en son de paz. Nos están estudiando... vienen a por nosotros... —Crazybit hablaba con voz ronca, visiblemente asustado.

—No es exactamente como suena. La tripulación de la *Trinity* logró introducirse en el interior del *Octaedro*. Estaba por completo vacío, y aunque aún funcionaban sus sistemas de energía, no parecieron toparse con nadie, al menos inicialmente...

—Pero si se perdió el contacto... algo debió de atacarles... —Peyton colegía que había algo más de lo que Tobías explicaba.

—Podría ser... aunque he visto el vídeo infinidad de veces, no estamos seguros de qué se trata. Podría intentar explicarlo... pero hasta que no lo veáis no lo entenderéis... y entonces, solo entonces, estaremos en igualdad de condiciones. El vídeo que vais a ver lo grabó la cámara de la escafandra del comandante Douglas Sanders.

Sin más de nuevo la imagen de Tobías desapareció de la gran pantalla. En su lugar una imagen borrosa, salpicada por interferencias inoportunas, mostró a un par de astronautas avanzando por un pasillo angosto y escasamente iluminado que llegaban a una amplia sala abovedada con una enorme explanada que finalizaba en un ventanal con soportales titánicos. Una inesperada visión del cielo provocó el desconcierto de los astronautas que se detuvieron sorprendidos por la belleza del espectáculo. Un leve resplandor blancuzco, en uno de los márgenes de la imagen, mostraba la silueta de la *Trinity* refulgiendo por el reflejo de la luz del sol.

Ante ellos se extendía una amplia consola a la cual se dirigieron. El comandante optó por acercarse hacia un panel que parecía disponer de varios mandos. Los manipuló al azar y logró que un monitor holográfico se iluminara. El comandante debía haberse asustado pues retrocedió unos pasos. Al comprender de qué se trataba se acercó. Eligió uno de los símbolos incomprensibles que se exponían a su alcance, y cuando aparecieron otros nuevos, volvió a elegir otro, aparentemente al azar. De improviso el holograma mostró una imagen. Se trataba de un astronauta que se hallaba en aquel mismo lugar, y cuando en un momento determinado habló, todos en

la sala se quedaron helados. No podía ser, pero, una vez que el comandante se aproximó a la imagen, un semblante que todos reconocieron de inmediato hizo que se quedaran petrificados por la sorpresa. Detuvieron el vídeo en ese punto.

—Soy yo... —dijo con un hilo de voz Georgina al reconocerse. Su furia se había desvanecido. Estaba asustada, muy asustada.

—Sí... Todos estamos seguros de que eres tú. Lo que creemos... lo que nos tememos, es que la *Trinity* dio con una nave espacial... que es una máquina del tiempo. Lo que veis... es lo que va a suceder, obviamente. —Tobías dejó que sus compañeros fueran asimilando la información. Garland parecía aturdido, más que los demás, al descubrir a Georgina implicada de aquella inesperada manera en el destino de todos. El sentimiento de culpa parecía hundirlo en la más absoluta desesperación. Crazybit soltaba risitas y palabras inconexas, como intentando enlazar pasado y futuro, mientras movía los dedos índice señalando lugares imaginarios que le ayudaran a comprender lo sucedido.

Peyton parecía el más serio de todos... y también el más preocupado. Fue él el que sintetizó la idea que sin duda ocupaba las mentes de sus jefes en la Tierra.

—¿Comprendéis ahora el lío en el que estamos metidos si los chinos logran hacerse con su control antes que nosotros?

Capítulo 33

«Crazybit... Crazybit... que haces tú por aquí...».

Crazybit canturreaba mientras su mirada se perdía en la impresionante vista de la Vía Láctea de la que disponía desde su pequeño camarote. No era una ventana real aunque el efecto logrado resultaba inmejorable. La rotación del módulo vital donde se encontraba ofrecería, caso de contar con una auténtica claraboya, un paisaje móvil a una velocidad mareante en la que resultaría imposible fijar la vista en un punto. En su lugar, para evitar la claustrofobia, el módulo habitable disponía de diversas pantallas que simulaban ventanales y ojos de pez cuyas imágenes reales provenían de cámaras situadas en las partes no rotatorias de la *Trinity*. El efecto que se perseguía, y se lograba, era transmitir un efecto de tridimensionalidad coherente. El sol brillaba siempre por lo que parecía debía ser estribor, y la negrura más absoluta del espacio que ofrecía una miríada de estrellas relucientes se disfrutaba en las vistas de babor. Los astronautas no eran conscientes de la enorme velocidad de giro del módulo habitable hasta que tenían que tomar los túneles, que como radios de una rueda, conectaban dicho módulo con el eje central de la *Trinity*. Un pequeño elevador en el que se sentaban y al que se sujetaban con arneses, los trasladaba desde un punto a otro. Cuando la puerta del pequeño compartimento se abría, ya en el eje central de la nave, el astronauta flotaba ingrávido, y comprendía instantáneamente el vertiginoso cambio que se había operado, de estar rotando a velocidad considerable en el exterior de una rueda gigante, a hallarse en el centro de su eje, sin peso.

Pero Crazybit no consideraba esas cuestiones. Más bien se preguntaba qué sentido tenía su presencia en la *Destiny*. Hacía escasas horas se había llevado a cabo la maniobra de encendido de motores y habían debido permanecer inmóviles en sus camarotes, todos a excepción de Garland, único ocupante de la cabina de mando. La maniobra estaba completamente programada, pero el piloto debía permanecer de guardia con el traje espacial preparado ante cualquier eventualidad que pudiera suceder. La aceleración a dos *gs* fue prolongada y después se atenuó. Crazybit había perdido la noción del tiempo y al final la presión sobre todo su cuerpo, que a su vez estaba descansando sobre la acolchada superficie de su camastro, le llevó a quedar sumido en un agradable y tibio sopor del que acababa de despertar.

Entonces empezó a pensar de verdad. Todo había sucedido muy rápido. Tras la conversación con Tobías un mensaje del centro de control de vuelo en Tierra les conminó a realizar la maniobra de encendido de motores cuanto antes. Al parecer, si la conjetura de Peyton era acertada, era preciso recuperar la ventaja de la *Maoxian* china.

Crazybit volvió a canturrear. «Crazybit... Crazybit... qué carajo haces aquí».

Tobías nunca le había revelado el por qué de su presencia. Descifrar un jeroglífico demostraba sus aptitudes como criptógrafo, pero él siempre había pensado que tal vez

debería enfrentarse a algún género de conspiración de espionaje espacial en el que tuviera que sabotear o puentear satélites enemigos. Por eso le enviaban ahí arriba, y a él no le importaba nada participar en el reto, es más, resultaba inspirador, además de que le permitiría constituirse en una leyenda. Pero desde que Tobías había mencionado la existencia de una gigantesca nave alienígena parecía que todo empezaba a encajar. Era él quien iba a ocuparse de desentrañar su idioma, aunque esa conjetura le resultaba chocante por una razón que se negaba a aceptar. Tal vez debiera enfrentarse a algún género de lenguaje extraterrestre, y haber superado la prueba del código jeroglífico de la NASA demostraba su aptitud.

Entonces lo comprendió.

No era casualidad la presencia de Georgina, porque había estado en el *Octaedro* en un futuro... o eso decían, y al parecer la Agencia apostaba por ver realizada la profecía y garantizar de esa manera el dominio estadounidense sobre el artefacto. Por otro lado él sospechaba la razón por la que Garland formaba parte de la misión... y aunque la idea que amparaba esa posibilidad le resultaba descabellada, no la podía descartar, incluso se aprestaba a brindar unas conclusiones sorprendentes sobre la naturaleza del *Octaedro*. La suya propia parecía tener cierto amparo en las conjeturas que le rondaban en la cabeza. Se rio al pensar que había sido engañado desde el primer momento y, lejos de enfadarle, reconocía en las estratagemas de los mandamases de la Agencia las técnicas de tahúres tan avezados como él mismo.

Y... ¿Peyton? Sí, seguramente la NASA rescataba a los astronautas originales de la *Trinity* y eso requería su presencia. Pero Crazybit no las tenía todas consigo. Asumía la presencia de todos excepto la de Peyton. Tal vez fuera una conjetura, pero... Decidió escribir un mensaje a la Tierra. Contaba con varios amigos más que dispuestos a colaborar si se lo pedía, sobre todo teniendo en cuenta que su petición procedía de ultratumba, no olvidaba que en la Tierra todos lo daban por muerto. Crazybit gozaba de antemano con el impacto que tendría entre sus allegados la constatación de que estaba vivo y que reafirmaría el dicho popular, bicho malo nunca muere.

Le gustaría que realizaran unas pesquisas. Su intuición de sabueso digital le decía que podría existir un nexo más oscuro e interesado de lo que las apariencias indicaban. Sin embargo, no iba a resultar tan fácil. No podría hablar con claridad con Tobías, que a todas luces había sido usado sin escrúpulo alguno por sus superiores para tender una celada a todo el equipo. Eso implicaba casi con total seguridad que las comunicaciones estarían controladas por el bueno de Lionel. Tendría que idear algo que estuviera a la altura de las circunstancias... pero intuía donde podría hallar una brecha de seguridad.

Aún así decidió que tal vez una conversación desenfadada con el informático pudiera resultar interesante... «qué demonios, estoy más aburrido que cuando me quedé aislado en Aspen por una tormenta de nieve con mi primera esposa». Al

recordarlo dio un respingo en la cama y se incorporó como un muelle. Iría en busca de Peyton, a ver qué contaba.

El recorrido por el módulo vital resultó extraño y divertido. Caminaba, sí, pero le daba la impresión de haberse convertido en un extraño ratón atrapado en una rueda de noria, como las que se les instala en sus jaulas. Las paredes resultaban ser el suelo sobre el que se desplazaba, en un efecto tan fascinante como confuso. No tardó mucho tiempo en localizar al informático multimillonario en la zona de comunicaciones.

Cuando se sentó junto a él, este apenas se inmutó, así que Crazybit decidió iniciar la conversación con una idea que le rondaba la cabeza.

—Cuando hablamos hace unas horas con Tobías hizo un comentario que no hemos tenido tiempo de analizar... pero que resultaba revelador. Es un asunto que cuando Crazybit piensa en ello, pues se siente, como decirlo... intranquilo.

Peyton le dirigió una mirada distraída mientras movía el cursor y repasaba el funcionamiento de varios sistemas. Diagramas y esquemas se deslizaban rápidamente de un lado a otro. Peyton parecía saber muy bien lo que estaba haciendo.

Crazybit ignoró el desinterés de Peyton y prosiguió.

—Sí... no sé si te fijaste pero... Charles habló de la primera Delta. Y... no sé... Crazybit piensa que cuando uno dice primera, es porque tal vez ha habido al menos una segunda *Trinity*... tal vez una tercera... A saber la *Destiny* que número ocupa en esa dinastía. Eso me lleva a pensar en esos astronautas desaparecidos que descubrimos...

Peyton había enarcado la ceja.

—Parece bastante inverosímil... La NASA no tiene presupuesto para tanto dispendio... —comentó condescendiente.

Crazybit gruñó.

—Claro... como por ejemplo esta nave en la que nos encontramos. No dejarás de reconocer que ha sido una completa sorpresa, ¿verdad?

Esta vez sí que logró captar la atención de Peyton, que se volvió hacia él, asintiendo.

—A lo que voy, Peyton, es que si ha habido varias misiones que han llegado al *Octaedro*, y no se sabe mucho de ellas, Crazybit da por sentado que los fulanos que pilotaban esas naves han sido abducidos, sodomizados y refritos por los aliens octaédricos de los cojones.

Peyton le miraba impasible.

—Sí, tal vez tengas razón. Esta es una misión que entraña un cierto riesgo.

Crazybit soltó un taco contundente.

—¿Una misión que entraña un cierto riesgo? Colega, Crazybit tiene otro nombre para algo así. J.S.E.M.

Peyton sacudió la cabeza incrédulo.

—Sí, capullo. Jodido Suicidio En Masa. Nos dirigimos hacia una muerte cierta. Al menos tú y yo...

—¿Tú y yo?

Ahora sí. Por fin había logrado pinchar a aquel arrogante hijo de puta, se dijo Crazybit. Peyton había salivado. No las tenía todas consigo.

—Sí... Georgina llega al *Octaedro* y sale en la peli que Tobías nos ha mostrado, muy bien. Yo sé que Garland también cuenta.

Peyton le miró extrañado. Le preguntó con la mirada.

—Sí. La prueba de acceso de Crazybit... sí, la prueba para seleccionar al tronco que debía acompañaros era descifrar un jodido jeroglífico. Adivina en qué jerigonza estaba redactado el galimatías que había que descifrar. Sí, no me mires con esa cara de chivo loco, Peyton. Es en la misma grafía que se observaba en el vídeo que nos mostró Tobías dentro del *Octaedro*. Tardé en darme cuenta de ello, pero hace un momento he comprendido y atado los cabos. —Crazybit soltó una sonora carcajada al ver que el semblante de Peyton se desencajaba—. Y Crazybit, que es un arrogante cabrón que no sabe qué hacer con sus neuronas, resolvió el misterio. No podía ser de otra manera. —Hizo un aspaviento con los brazos, como reclamando reconocimiento universal—. ¿Y sabes qué coño ponía el dichoso cartucho que me dio la NASA para que lo descifrara? —Preguntó por último.

Peyton y Crazybit mantuvieron la mirada firme el uno en el otro durante interminables segundos, pero Crazybit no le dio el capricho a Peyton de decir esta boca es mía, sino que aguardó a que el otro fuera el que preguntara, con voz llena de incredulidad, lo que ya intuía.

—¿Garland?

Capítulo 34

Garland respiraba con fuerza. La visión del espacio vacío, más allá de la *Trinity*, resultaba embriagadora... pero también su instinto le advertía de cuán peligroso era permanecer allí, flotando en el espacio, a salvo solo por un frágil traje espacial.

Actividad extravehicular. Demasiado precipitado. Todo estaba sucediendo demasiado rápido, no había tiempo para detenerse a reflexionar. Pocos días antes de partir en la *Soyuz* rumbo a la órbita terrestre había sido conminado a colaborar en un giro de la misión que parecía un completo despropósito, sin otra opción que ser radicalmente apartado para que otro usurpara su lugar. Apenas se habían repuesto de la extraordinaria actividad sucedida desde que despegaran de Baikonur, abordaran la *Destiny* en un peligroso paseo espacial, y tras una larga sesión en la que se habían visto sometidos a gravedad extra, derivada del hecho de poner en marcha los motores de gas argón de la nave, un aviso de Peyton alertaba de una avería inminente. No habían dispuesto siquiera de un tiempo mínimo para descansar y asimilar los acontecimientos.

Y no se trataba de una avería cualquiera. Era el sistema de refrigeración el que amenazaba con resultar seriamente dañado si no se efectuaba una rápida intervención. Un sensor advertía de un inminente riesgo de fuga. No había tiempo. Salir al espacio no era tan sencillo como ponerse un traje y dar un paseo por el vacío. Se requería un periodo previo de descompresión que habían aprovechado para repasar cuál iba a ser el objeto de la reparación.

Pero a pesar de lo urgente, Garland no dejaba de pensar en el motivo principal que los había conducido hasta la nave émula de la *Trinity*, la *Destiny*. Las explicaciones de Tobías, aduciendo que la *Trinity* había descubierto un gran artefacto alienígena que a todas luces parecía ser una máquina del tiempo, aunaba dos elementos tan fascinantes como incomprensibles. No había tenido tiempo de asimilar la información, ni siquiera había podido comentarla con sus compañeros. Los reproches de Georgina habían anulado su buen juicio, y la capacidad de análisis y su concentración estaban claramente mermadas. La psicóloga de la NASA le había explicado el fenómeno. «Efecto túnel». Se pierde la lucidez mental derivada de una prolongada situación de estrés, solo se es capaz de centrarse en lo inmediato. Y cada minuto de las últimas horas había resultado terriblemente intenso. La escasa conversación apenas había servido para que todos expresaran la aceptación de la nueva misión propuesta, pero bajo unas condiciones de tensión sobrehumanas. Sí, resultaba fascinante, eso era indudable. Años atrás todos habían tenido una fuerte motivación para embarcarse en el peligroso viaje a Marte, pero su preparación psicológica había sido intensa en ese sentido. Ahora, enfrentándose a un reto de mucha mayor envergadura, su predisposición mental era precaria. Garland

comprendía con pesadumbre, que no estaban preparados para afrontar un viaje como aquel.

Regresó a la realidad.

Contempló el panorama cósmico que tenía ante sí a través de la esclusa que acababa de deshojarse ante él, aunque su mente permanecía absorta en otra idea que lo obsesionaba.

«Georgina ya ha estado allí».

El pensamiento sobrecogía a Garland.

«Seguramente todos nosotros hemos estado allí... en el futuro. Simplemente vamos a cumplir lo que debe suceder», pensó Garland con un sentimiento de fatalidad. Si la tripulación de la *Trinity* había captado unas imágenes de Georgina en el artefacto, como una grabación, significaba que efectivamente, aquella máquina era capaz de unir pasado, presente y futuro. La profecía debía cumplirse, y de esa forma, resolver el misterio del *Octaedro*... y de lo acontecido con la *Trinity*. ¿Podrían viajar al pasado o al futuro desde aquel enigmático lugar? ¿Se podría cambiar la Historia? Ese pensamiento le inquietó particularmente. Esperaba no verse en medio de una controversia moral acerca de si debían empezar, o no, a alterar acontecimientos históricos según conveniencias de lo más diverso.

Ansiaba sentarse tranquilo y poder entablar con sus compañeros una larga conversación sobre lo que tenían por delante... aunque la actitud de Georgina le resultaba insuperable y no acertaba a dilucidar un planteamiento para abordarla sin que le reprendiera sus actos, presentes y pasados. No iba a agradecerle que se hubiera arriesgado para salvarle la vida, todo lo contrario, le reprocharía como una nueva traición el que no hubiera desenmascarado cuáles eran los verdaderos objetivos de la NASA a tiempo. Es verdad que podía haber revelado al grupo la naturaleza nueva de la misión... pero la amenaza recibida era muy clara... «una palabra de esto y estás fuera». Y conocía lo suficiente a Charles para saber cuándo este hablaba con determinación inquebrantable. Lo habrían inmovilizado y aislado en el caso de no mostrarse colaborador. Incluso le mostraron el dossier del piloto que le sustituiría.

«Sí, era la mejor misión que un astronauta pudiera desear», pensó mientras maniobraba con el arnés y aseguraba la hebilla del cable de seguridad a un asidero exterior de la *Destiny*. El primer Contacto con otra civilización, solo que esta misión estaba ensombrecida por rencores, desafíos, desconfianzas... incluso ni siquiera habían sido la primera opción. Un misterio no exento de aspectos tenebrosos se cernía sobre ellos. No, no era una misión limpia, sino que ocultaba intenciones que, Garland adivinaba, escapaban a su comprensión y que tendrían que ser desenmascaradas tarde o temprano si no querían ser simples peones prestos al sacrificio.

—Bueno... ¿vamos a tener que esperar mucho más tiempo a que te deleites con el paisaje o nos ponemos manos a la obra?

Garland se sobresaltó. La voz de Peyton, conminándole a terminar el trabajo que tenía por delante, le sacó de su leve distracción. Dejó de contemplar el cielo estrellado y volvió a fijarse en el recorrido que tenía ante sí. El alargado y abrupto camino sobre la superficie del cilindro central de la nave Delta, la *Destiny*, que debía conducirlo hasta la plataforma de las antenas.

Peyton estaba realmente preocupado por la naturaleza de la avería, le había conminado a una intervención rápida y no dejaba de urgirle a actuar.

Peyton. Algo había cambiado en él. Había dejado de ser tan severo, ¡había dejado de ignorarle! Se había serenado, no parecía el mismo hombre envenenado por el rencor. Tal vez la importancia de cuanto tenían ante ellos había obrado finalmente como un bálsamo y había terminado de madurar, de aparcarse las diferencias del pasado. No es lo mismo odiar a alguien lejano, a quien has dejado de ver y has convertido en un icono en el que te ensañas, que una persona, que para bien o para mal, te trae el recuerdo de viejos momentos en común, de cuando una fuerte amistad los unía, reflexionaba Garland mientras avanzaba con precaución, anclando y desanclando hebillas del cable de seguridad conforme avanzaba por el costado del eje central de la *Destiny*. Tal vez todo pudiera quedar atrás después del *Octaedro*... si sobrevivían.

Las antenas de comunicaciones se erguían más adelante y constituían una buena referencia. El aviso de emergencia procedía de un panel cercano, situado en un relieve de la estructura cilíndrica de la *Destiny*. Debía subir por una escalera cuyos barrotes sobresalían ligeramente de la pared metálica que, como un gran pedestal, elevaba las armaduras de las parabólicas unos metros por encima del ras de la cápsula cilíndrica de la *Destiny*.

Cuando llegó a lo alto comprendió que iba a ser una operación difícil. El cable del arnés apenas le bastaba para situarse cerca del panel que debía desarmar. Sería más cómodo operar si realizaba la operación simplemente usando las sujeciones magnéticas de las botas... El panel de conductos mostraba una tapa señalizada con una llamativa combinación de franjas de colores amarillos y negras. En su interior una de las llaves de control de presión de un conducto debía haberse aflojado durante la maniobra de aceleración. Dedicó un tiempo a analizar cómo iba a proceder de manera segura. La máxima principal era la seguridad, y la seguridad implicaba permanecer siempre enlazado con el arnés de sujeción a la *Destiny*, pero... Peyton no paraba de hablar, preocupado por lo que una posible fuga pudiera representar.

Tomó sus precauciones. Aseguró el arnés en su nuevo agarradero antes de soltarse del que había empleado para subir por la escalera. Se encaminó hacia la tapa, y giró en el vacío lentamente para poder dirigir sus brazos hacia el lugar que debía manipular. Los conceptos arriba y abajo eran relativos y variaban convenientemente según la voluntad. Garland había sido entrenado para ello. No obstante sentía un profundo desequilibrio interior. Le estaba afectando la actitud hostil de Georgina mucho más de lo que le gustaría admitir. Aunque se decía que tenían una larga

travesía por delante, le inquietaba que su decisión de colaborar forzosamente con Charles y Lionel, hubiera roto cualquier posibilidad de, al menos, rehacer su amistad. La certeza de un nuevo distanciamiento dolía.

Sucedió cuando manipuló la tapa de acceso a los circuitos. Una inesperada explosión y la cobertura saltó despedida como si un resorte invisible la hubiera catapultado. Garland experimentó una súbita ceguera. Un resplandor intenso e imprevisto lo había deslumbrado. Inmediatamente después un pitido molesto inició una secuencia creciente, como la de una ambulancia. ¿Qué había pasado? ¿Qué estaba pasando?

Había sentido una fuerte sacudida. De pronto estaba siendo zarandeado de un lado a otro como si la *Destiny* se hubiera convertido en un toro salvaje que brega por descabalar a su jinete.

Comprendió que la *Destiny* no tenía capacidad de realizar giros tan violentos.

Era él.

Era su traje.

—¡Garland! —La voz de Georgina le requería su atención, perentoria—. ¿Me oyes? ¡Es tu traje! Múltiples aperturas... de pequeño tamaño... pero estás en proceso de descompresión. El traje está compensando la pérdida, pero eso va a agotar tus reservas de aire rápidamente. ¿Me oyes?

«Descompresión». El pensamiento provocó un estallido de pánico que intentó controlar. No dejaba de sacudirse. Era preciso agarrarse a algo, cuanto antes.

«Descompresión». Una vez que el traje se quedara sin aire le quedarían quince segundos de vida. Un dolor en el pecho... y la pérdida de consciencia que antecede a la muerte. La idea cruzó veloz por su mente.

Su cuerpo se tensó. Logró asirse al cable que lo sostenía a la *Destiny*. Poco a poco logró, tirando de él, tomar uno de los asideros para los astronautas, y desde allí inició el camino de regreso a la cámara de descompresión. ¿Tendría tiempo?

Se tomó unos segundos en comprobar las reservas de aire. Cerca de la zona roja. Aceleró sus movimientos.

¿Sentía frío? Sí, era intenso y afilado.

Sus brazos se movían torpemente. Cada vez que se sujetaba a un asidero su cuerpo parecía querer gastarle una broma agitándolo en dirección contraria y alejando su mano del siguiente asidero que debía agarrar. Las fugas de aire lo convertían en una marioneta del azar.

Avanzó unos metros. Ahora era preciso colocar un arnés en un nuevo tramo de sujeción y liberar el que quedaba atrás. No había tiempo para tanta maniobra.

Se desprendió del arnés y obvió la maniobra de un nuevo anclaje. Los segundos corrían en su contra. Estaba sin sujeción. Si perdía el contacto con la *Destiny* el traje lo llevaría a una mortal deriva espacial. Sentía el frío ralentizando sus movimientos, haciendo sus dedos insensibles, los brazos giraban con más y más torpeza. Contempló el siguiente barrote al que aferrarse que parecía ir y venir en su busca,

pero sin llegar a estar nunca completamente a su alcance. Si no lograba asirse al siguiente tramo saldría volando por el espacio, girando como una peonza fuera de control.

Redobló sus esfuerzos. Se agarró al asidero.

La luz de la entrada a la esclusa fulguraba cálida, dándole la bienvenida, unos metros más allá. Un nuevo pitido se incorporó al anterior. Más insistente y amenazador. Las alarmas que le indicaban que su tiempo se acababa.

Oía voces en la radio, pero no las entendía... o no quería entender. Otro agarradero más. Estaba allí... casi.

Un dolor en el pecho... ¡Quince segundos!

«Un último esfuerzo Garland».

Lo dijo él... pero también lo oyó en la radio. ¿Había sido Georgina?

Se catapultó al interior de la esclusa. Ya no respiraba. No había nada que respirar. Abrió los ojos, incrédulo. Se había golpeado la cabeza, la espalda...

Todo se oscureció.

Capítulo 35

Cuando Garland recuperó la consciencia experimentó un intenso bienestar. Comprendió vagamente que no se hallaba en un sueño, pese a la placentera sensación de irrealidad. Su mente le advertía que había escapado de un peligro muy grave y que debía hallarse bajo los efectos de algún opiáceo potente. Deseaba que la sensación perdurase. No le costó nada mantenerse con los ojos cerrados, flotando en un universo de olores y sonidos distantes, agradables, que vagamente le recordaban a episodios de su niñez, tal vez enfermo pero feliz por las atenciones dispensadas por su madre.

Georgina se hallaba cerca. Su fragancia familiar era inconfundible. Una oleada de intensos sentimientos le embargó. Georgina. Quiso decir su nombre, pero comprendió que una palabra pronunciada pudiera deshacer el sortilegio y calló. Se movía cerca de él. Oía sus pasos cortos. Lo debía estar monitorizando. Ella, como bióloga, era responsable de la atención médica.

Recordó sin angustia como se había quedado sin aire. Ahora ese capítulo, lejos de alarmarle, le despertaba una poderosa sensación de curiosidad. Había sido una situación crítica. Sin duda sus compañeros se habrían preocupado por él, especialmente deseó que Georgina se hubiera llevado un buen susto. Recordó cómo logró entrar por la compuerta de la *Destiny* con un último y desesperado esfuerzo y después todo se apagó.

Oía las voces de sus compañeros. Más allá de su exiguu dormitorio, se hallaba una sala común donde Crazybit y Peyton conversaban. La voz de Georgina también participaba en el debate, aunque Garland diría que en ocasiones se acercaba a la puerta de su habitación para controlar los monitores que mostraban sus signos vitales.

—Insisto —la inconfundible voz de Crazybit, bronca y fuerte, aseguraba con fuerza la fe en una convicción—. Ese artefacto, ese *Octaedro*, no nos traerá nada bueno. Cuanto más pienso en ello más mala espina me da. Creo que es una especie de troyano... como los virus, que a su vez toma el nombre de la famosa argucia de los griegos para tomar Troya con la gran armadura hueca de un caballo. Estamos ante un gran artefacto abandonado a las puertas de la Tierra, justo en el camino más obvio que pudiera emprender una civilización terrestre iniciando su singladura espacial más obvia, camino del planeta con más aptitudes para ser colonizado de su sistema solar.

—¿No es un poco paranoico ese pensamiento? —Peyton le rebatía con voz calmada—. Tal vez trate de lo que simplemente observamos. Una nave espacial a la deriva que tal vez después de eones haya llegado hasta aquí...

Esta vez fue Georgina la que terció.

—¿Una simple nave espacial? Si lo que dice Tobías es cierto, se trata también de una máquina del tiempo...

—Quizás sus creadores sufrieron un percance y la abandonaron... —Fue Crazybit el que continuó el razonamiento—. O tal vez fuera la propia máquina la que propició su fin y los aniquiló.

—Pudiera ser que se trate de un arma peligrosa y por eso optaron por abandonarla a su suerte y ahora nosotros... ¿la hemos encontrado? Tampoco parece una perspectiva muy halagüeña. —Especuló Georgina—. Siempre hemos leído sobre las máquinas del tiempo como quimeras imposibles, y en la literatura de ficción se presentan como artefactos que pueden propiciar paradojas curiosas y simpáticas... pero resulta impensable. La física nos dice que es imposible, pero por otro lado... Ahora mismo si consideramos el conocimiento científico que alcanzará la humanidad dentro de mil años, cosas que nos parecen absolutamente imposibles en la actualidad quizás sean asuntos completamente superados en ese tiempo.

—¿Garland no había escrito algo sobre eso? ¿Una novela en la que existían paradojas temporales? —Preguntó Crazybit, pero Georgina ignoró su comentario y prosiguió.

—Pero... os dais cuenta de lo que significaría en nuestro mundo disponer de un poder semejante. La nación, el ejército, o la facción que controlara ese artefacto alteraría la Historia de forma definitiva. Es el arma del poder absoluto. A saber qué harían los chinos si la controlaran...

—¿Y nuestro gobierno, Georgina? ¿Qué crees que haría? ¿Lo pondría al servicio de los intereses de la Humanidad, de los norteamericanos en exclusiva... o solo de las familias que copulan con el poder? —La voz de Crazybit tan sardónica como en él era habitual.

Todos callaron.

—Es posible que de momento interese mantener el descubrimiento en secreto, sin tener que buscar una conspiración del Club Bilderberg, Crazybit. —Peyton razonó con serenidad—. Si la opinión pública mundial estuviera al tanto de este descubrimiento sin conocer el origen e intenciones de sus creadores, a saber qué clase de caos podría desatarse en el mundo entero...

—Aun así... —Georgina retomó el hilo después de un largo intercambio de dimes y diretes de Crazybit y Peyton—, me resulta difícil de creer que la nave llegara hasta dónde se encuentra por casualidad. El Universo es demasiado grande para que un objeto semejante se sitúe en una franja del espacio tan concreta. Creo que, Crazybit, tienes razón en algo. Creo que se quería que la encontráramos en un momento determinado de nuestra Historia.

—¡Exacto! —exclamó el aludido—. Algo así como una trampa lógica. Cuando demuestras ser lo suficientemente capaz e inteligente como para ser un rival a nivel galáctico, te plantan un *Octaedro* mortal en el jardín de tu sistema solar, para que las civilizaciones incautas piquen y se fumen el porro envenenado de Pandora. Y cuando intentas dominar algo tan complejo como las líneas del tiempo acabas pifiándola

inexorablemente, ¡creando un irremisible colapso de tu propia especie! —Crazybit parecía exaltado por su conclusión.

—Así que los creadores del artefacto deben ser necesariamente hostiles. Ponen a la puerta de nuestra casa un paquete bomba... —Peyton parecía escéptico—. Sencillamente, no me lo creo.

—¿Y entonces? ¿Qué ha sido de ellos? —Preguntó retador Crazybit.

—A lo mejor... a lo mejor siguen allí, dentro, esperándonos, —concluyó improvisadamente Peyton.

—O a lo mejor ya han establecido contacto con la Humanidad... o con parte de ella. —Está vez fue el propio Garland el que habló desde la cama. Era una idea que había surgido con fuerza mientras los escuchaba y tenía ganas de participar en la conversación—. Si lo pensáis bien, ¿qué sabemos de los planes de Lionel y Charles? Son herméticos, nos dicen lo imprescindible y cuando a ellos le interesa. Tengo la impresión de que saben mucho más de lo que nos han contado.

Todos callaron.

Capítulo 36

Georgina no acababa de acostumbrarse a la forma circular del módulo habitable. La fuerza centrífuga emulaba una gravedad terrestre, pero su forma creaba curiosas perspectivas en su interior. Por ejemplo, al andar por el amplio pasillo central a cuyos lados se compartimentaba las diversas partes vitales como dormitorios, sala de comunicaciones, laboratorio, zonas comunes, cocina y despensa, sala de control de la *Destiny*... se tenía la impresión de caminar por una empinada pendiente, que no obstante, no representaba ningún esfuerzo, porque no había realmente una cuesta arriba. Pero lo que resultaba chocante de verdad era alzar la vista hacia arriba y ver los objetos suspendidos en ángulos imposibles que hacían pensar que forzosamente debían precipitarse hacia el «abajo» que ocupaba el observador. Cuanto más raro resultaba descubrir a otro compañero paseando moviéndose por esas latitudes, como si se tratara de un nuevo superhéroe capaz de sostenerse normalmente por paredes y techos. Costaba acostumbrarse a esa perspectiva fascinante, pese a que ya habían transcurrido varias semanas desde que se completó la maniobra de aceleración.

Su enfado con Garland había remitido levemente. Si bien en un principio su ira había sido fulgurante y real, verlo convaleciente y reponiéndose a duras penas de la pérdida de presión sufrida en el percance de la reparación del sistema de refrigeración, había atemperado el ímpetu de su mal ánimo respecto a él y ahora su frialdad era más que otra cosa una pose, una defensa erigida a fin de impedir la posibilidad fantasmal de que su relación resucitara.

Garland seguía mirándola con resignación, asumiendo con su silencio el papel de reo culpable que daba su causa por perdida incluso sin la celebración de un juicio. No iba a oponer resistencia a su dictamen, y eso, hasta cierto punto, fastidiaba a Georgina, que habría deseado desahogar su frustración con alguien. Como Garland no intentaba justificarse no existía la posibilidad de reprochar sus excusas.

Reinaba una cierta armonía en la tripulación. Peyton estaba absorbido por su trabajo y cuando no era así, analizaba concienzudamente la información que Tobías había remitido a la *Destiny* en relación al *Octaedro*. Según él, disponían de toda cuanto la *Trinity* podía aportar. Georgina había visionado varias veces los mismos vídeos, sin descubrir nada nuevo. Sin embargo la tenacidad con la que Peyton llevaba a cabo aquella tarea parecía obsesiva.

Crazybit era el alma libre de la tripulación. También había estudiado con mucho interés los vídeos y comunicaciones de la *Trinity* facilitados por Charles, pero pareció cansarse de esa labor tan pronto completó un par de visionados. Al menos esa era la impresión que transmitía. Sin embargo Georgina intuía que quería hablar en privado con ella, y no era una cuestión fácil, porque la mayoría de los compartimentos de la *Destiny* eran abiertos. Había poco espacio para la intimidad, y además Georgina recelaba de cuáles serían los motivos reales por los cuales ese hombre quería

acercarse a ella. Recordaba cómo se había declarado sin ambages meses atrás, de una manera burda y prosaica, y se temía un número parecido.

Pero un día que se hallaba en su pequeño camarote ordenando su ropa limpia, Crazybit se coló en el interior y cerró discretamente el panel corredizo que hacía de puerta. Se sentó frente a ella y la miró solemne. En el estrecho espacio en el que se encontraban Georgina se temió que tendría lugar una escena. El viaje era largo y la situación claustrofóbica. A saber por qué senderos mentales deambulaba Crazybit, se dijo.

—Esta es una misión de mierda, Georgina, cada día estoy más convencido de ello, —le confió.

Georgina enarcó una ceja. De todos los comienzos posibles, no había pensado que Crazybit empezaría de esa manera.

—Sí, una misión de mierda. Cuanto más piensa en ello Crazybit, menos le está gustando el percal. Todos mienten, Georgina, todos. Aquí no hay un puñetero astronauta que diga dos palabras seguidas sin que una sea mentira. —Crazybit parecía realmente molesto. Se frotó la boca con la mano, como si de esa forma pudiera ordenar mejor cuanto tenía que decir.

—No sé a qué te refieres —comentó Georgina, escéptica.

Crazybit bufó. Miró a las paredes de la habitación, alternativamente, como buscando una invisible fuente de inspiración.

—Llevo atando cabos, Georgina, desde que nos metieron en esta lata de cerveza con gas comprimido en el culo, y este Peyton cada día me gusta menos. La gota que ha colmado el vaso... la he averiguado hace un par de horas. He logrado burlar las restricciones de comunicación. —Crazybit hablaba con signos de agitación—. Hace unos días infiltré un pequeño virus en el sistema de monitorización de la *Destiny*. Como sabes, cada pocos minutos realiza un chequeo y transmite a la Tierra el status de la nave. Ha sido complicado y me ha llevado tiempo pero... al final he logrado que un pequeño programa se alojara en un servidor de la NASA y desde allí... he encargado una pequeña misión de investigación a una persona de confianza. Obviamente el archivo que colé no era el típico RAW data que esperaban recibir. Cuando un operador ha intentado manipular el archivo ha ejecutado el virus sin saberlo y así se puso en marcha mi pequeña Mata Hari, enviando un correo a mi enlace.

—¿Y cómo has conseguido que te envíen los resultados de vuelta?

—Eso no lo he hecho yo... sino el colega mío... el que recibió el mensaje activado por mi troyano.

—¿Alguien sabe que estamos vivos, Crazybit? —Georgina estaba sorprendida por la desfachatez de Crazybit—. Allá abajo nos dan por muertos. Es crucial para que la misión no se complique de más. Nos advirtieron que no debíamos comunicar con nadie.

—Me importa un comino eso. ¿Y si morimos aquí arriba a manos de unos marcianos sin escrúpulos... no ha de saberlo el resto de pardillos de la Tierra? Mira, si un bicho verde de ojos saltones me va a desintegrar con una pistola psicodélica, al menos que mi nombre quede como el primer ser humano víctima de la cruel violencia alienígena. —Aunque Crazybit parecía decirlo en broma, su tono era serio—. Y lo que te digo. No me gusta Peyton y te explico lo que he averiguado. Ese hombre me mosquea. Como sabes soy un hombre rico... inmensamente rico... pero cuando conocí a Peyton descubrí en él una arrogancia que reconozco muy bien. Es la soberbia del hombre que, aun sabiendo que tú eres un tío resuelto económicamente, él sigue siendo inmensamente más rico que tú... es decir, noté su desprecio por mi mísera fortuna, como si yo fuera un chaval de las favelas de Río. He conocido un par de hombres así, y sé reconocer ese desdén.

—Peyton ha cambiado mucho. Antes no era así, te lo aseguro... y ya era rico hace años. Lo que sucedió lo trastornó por completo.

—Lo que tú quieras, guapa, yo sé lo que me digo. El tiempo me ha demostrado porque estamos aquí cada uno de nosotros. Tú... debes venir, porque sabemos que estarás en el *Octaedro*. Garland, me atrevería a decir que por la misma razón... su nombre figura en el lenguaje jeroglífico que se visiona en los vídeos que muestran la consola de mandos del *Octaedro*. Yo lo descifré, sí. Y esa, de paso, es la razón por la que yo estoy aquí. Superé una prueba de la NASA con ese mismo código.

Crazybit esperó a que Georgina acabara de asimilar esa información. Movía aún la cabeza con incredulidad.

—¿Garland?

—Sí, ese exnovio tuyo con aspecto de perro apaleado que te ronda con gemidos lastimeros y mirada vidriosa, ese mismo.

—Pero...

—Sigo pensando que ese *Octaedro* es algo mucho peor de lo que estimamos. Estamos actuando como unos pardillos y me inquieta. Creo que Charles y Lionel se creen los reyes del mambo por estar gestionando esta aventura con discreción y de espaldas a la opinión pública... pero son unos completos cretinos. ¿Sabes por qué descifré el nombre de Garland de un jodido mensaje alienígena?

Georgina negó despacio con la cabeza.

—Porque apliqué un criterio de mínimo esfuerzo. Consideré que los jeroglíficos tenían una correspondencia directa con el alfabeto humano, y me dediqué a correr un programa que probaba diferentes combinaciones de posibilidades. Y con un sistema octodecimal... ¡Eureka! Me sale un nombre, y yo, que soy un tío práctico y que no tiene miedo al ridículo, se lo envío a la NASA. Después de eso Crazybit se olvidó del código de pacotilla hasta que un día aparece en mi vida un negrata finolis de la NASA...

—Tobías...

—¿Y sabes por qué me mosquea todo esto?

Georgina negó con la cabeza de nuevo. Crazybit hablaba rápido y esperaba que efectuara las deducciones con la misma rapidez.

—Porque un sistema octodecimal asociado al alfabeto humano significa que el *Octaedro* ha sido pensado y diseñado para nosotros, ¿comprendes? Sigo creyendo que se trata de un artefacto-trampa que va a poner en la picota al planeta Tierra entero y a sus inútiles y egocéntricos seres humanos. Y nosotros vamos corriendo para allá dispuestos a activar el dispositivo.

Georgina intentó asimilar lo que le estaba diciendo Crazybit, pero este no le dejó tiempo de efectuar ninguna consideración.

—Sí. Pero retomemos el otro asunto que me escama. Peyton. ¿Quién le ha dado vela en este entierro? Siempre ha sido una cuestión que era como el cabo suelto y mi mente odia los cabos sueltos. Incluso durmiendo, mis circuitos cerebrales dan cuerda a la máquina de pensar. Un día se me ocurrió cuál podía ser la razón. Verás. En este velatorio... ¿Quiénes son los invitados? La NASA, la USAF... ¿y?

—¿Y?

—BHPBilliton, por supuesto.

—¿BHP?

—Por supuesto. La mayor empresa minera del planeta Tierra que ya iniciaba su andadura espacial con el objetivo de obtener tierras exóticas y otros elementos de asteroides y cometas. De improviso se convertía en el principal aliado de la NASA en su particular carrera espacial con China. No creo que eso se fraguara en un par de semanas... o de meses... se requieren años. Sin duda esa maquinaria de colaboración se puso en marcha desde el primer día que la *Trinity* se topó con el *Octaedro*. Un consorcio económico-militar que obviara posibles inconvenientes políticos y de opinión pública. ¿No es magistral? Todo al margen de la gestión pública, con sus inconvenientes de lo políticamente correcto y demás sandeces de medir las palabras en las ruedas de prensa. ¿Sabes lo que implicaría politizar toda esta cuestión del *Octaedro* si tuviera el presidente que dar explicaciones presupuestarias y políticas a la cámara del Congreso? Imagínate las comisiones de investigación y control. Y eso por no hablar de compartir el artefacto con otras naciones o ponerlo bajo la supervisión de la ONU.

Georgina sacudió la cabeza.

—Creo que te has desviado del tema, ¿no?

—Por supuesto que no. ¿No adivinas quién es uno de los principales accionistas de BHPBilliton?

—¿Peyton? —preguntó Georgina incrédula.

—Obviamente no es tan sencillo como decir su nombre, pero sí. Hay multitud de sociedades interpuestas, dominadas por él de forma más o menos absoluta. No ha sido fácil, pero afortunadamente hoy día todo está en la red. Su fortuna es mucho mayor de lo que yo mismo estimaba... es un cabrón hijoputa rico de verdad, tanto que hasta yo me escandalizo.

Georgina se echó hacia atrás. Permanecía sentada al borde de la cama y la noticia pareció recordarle cuán pequeño era su camarote. Quería respirar. Sin embargo Crazybit se acercó hacia ella, hablando aún más bajo.

—¿Has observado a Peyton y su sobre azul?

—¿Su sobre azul?

Crazybit sacudió la cabeza asqueado.

—Dichosos científicos. Sabréis un montón sobre infinidad de asuntos, pero lo que se dice estar pendientes de lo que sucede a vuestro alrededor... es que sois una completa nulidad. —Georgina le hizo un gesto apremiante para que continuara su explicación—. Crazybit no deja pasar una. Sí... es raro. Al principio así me lo pareció, pero después me he dado cuenta que es algo que lleva consigo todo el día, un pequeño sobre azul, apaisado, con un documento del mismo color en su interior. De vez en cuando lo ojea, cuando cree que nadie lo observa. Es extraño.

—Puede ser un documento personal... —explicó Georgina, que no tenía ganas de asumir demasiados misterios.

—Ok, eso mismo pensó Crazybit... eso mismo pensó Crazybit... —El hombre sonrió de una manera que a Georgina, en la semioscuridad de su camarote, le pareció la sonrisa de un chiflado... si no fuera por la figura plateada que luce el frente de ese sobre. Un maldito *Octaedro*, claro, nítido..., ¡qué jodida casualidad! ¿Verdad?

Georgina no supo qué replicar.

—Y si a esto sumamos una última conjetura que no deja de rondarme la cabeza desde hace días, la cosa aún pinta un poco peor.

—¿Peor?

—Recuerda el accidente de Garland.

Georgina asintió.

—Bien... poco antes del mismo estuve hablando con Peyton. Estábamos en la sala de control y él me estaba medio ignorando, para variar. Sin embargo yo creo que él olvidaba algo fundamental, que yo sé tanto o más de programación y sistemas informáticos que él mismo. Estaba verificando los sistemas de refrigeración exterior.

—No sé a dónde quieres llegar... Él fue el que alertó de una avería en el sistema..., es coherente con lo que dices. Cuando Garland abrió la compuerta de circuitos se demostró que era cierto... Hubo una liberación de gas que era sin duda lo que había disparado la alarma.

—Sí... eso pensaba yo al principio... pero... desde que he ido atando cabos tengo una puñetera idea que me está devorando el cerebro como un gusano una manzana podrida. ¿Y si los acontecimientos no fueron exactamente así? ¿Y si lo que vi era a Peyton estudiando los controles de las llaves de control de presión a fin de provocar un accidente-trampa?

Georgina negó con la cabeza.

—Me niego a creer algo así.

Crazybit levantó los hombros.

—Es lo que me dice mi instinto. Cuando estaba conmigo todos los sistemas figuraban como «Operativos». Solo un par de horas después salta la alarma... Uy, qué casualidad...

Georgina se quedó muda. No comprendía qué interés podía tener Peyton en acabar con un compañero de misión por muchos ánimos de venganza que tuviera. Se dirigían a un destino incierto... ¿y la prioridad de Peyton estaba por encima de un objetivo tan crucial y de una cuestión tan infinitamente trascendente como pudiera ser contactar con una raza alienígena o descubrir una máquina del tiempo?

—¡Georgina!

Garland se plantó en la puerta del camarote de la mujer y se sorprendió al descubrir agazapado en una esquina y sentado en un taburete, a Crazybit.

—Ah... y tú. Venid los dos a la sala de control. Acabo de descubrir algo insólito.

—¡Sorpréndeme! —exclamó Crazybit con una risotada.

—Nos siguen, —explicó lacónico Garland, y desapareció raudo por el pasillo sin dar más explicaciones. Crazybit y Georgina se apresuraron tras de él.

Capítulo 37

Tobías corrió apresuradamente a la sala de comunicaciones. Acababa de llegar un mensaje de la *Destiny* y su gente le requería explícitamente a él. Se sentía perplejo.

En los últimos días afrontaba una seria depresión. Se había convertido en la cara visible a nivel mundial de una gran mentira: la desaparición fatal de la *Soyuz* en su vuelo MS 505.

Y por otro lado, su papel actual en la travesía de la *Destiny* era poco relevante, su principal labor era mantener el contacto y favorecer la confianza con la tripulación de la nave. Era él de las pocas personas en las que la directiva de la misión, encabezada por Charles y Lionel, podía situar como mediador para esa tarea. Si algo le retenía en su puesto era esa certeza. Ahora que la *Destiny* solicitaba su presencia experimentaba un súbito interés, pero bien sabía, que tal vez en unas horas, si acaso a la mañana siguiente, la incertidumbre se apoderaría de nuevo de él. Volvería a hablar con Charles sobre su decisión de abandonar la misión, por muy interesante, trascendente e importante para el país que esta pudiera significar.

* * *

Se había preparado un despacho especial para que las comunicaciones de la Tierra con la *Destiny* siguieran un estricto protocolo de seguridad. El acceso se lograba mediante reconocimiento de iris, y la terminal de comunicaciones exigía una contraseña más que sofisticada que Tobías había memorizado concienzudamente. Estaba prohibido guardarla en cualquier tipo de soporte.

Lo que le aguardaba a Tobías no se trataba de una conversación propiamente dicha. La *Destiny* se había alejado tanto de la Tierra que los mensajes, a pesar de viajar a la velocidad de la luz, se demoraban interminables minutos hasta que llegaban a los interlocutores a los que iba dirigidos. La *Destiny* le había enviado una grabación. Seguramente Lionel y Charles ya habían tenido acceso a la misma, antes que él, y esa idea le sulfuró.

Allí estaban los cuatro tripulantes de la *Destiny*, agolpados frente al visor de comunicaciones. Garland sentado al frente, el resto alrededor suyo, de pie, inclinados hacia delante. Parecía que todos tenían interés en decir algo.

—Tobías, —la voz de Garland sonaba perentoria—, hemos descubierto algo sorprendente. Al principio no podía dar crédito a lo que pensaba pero... lo hemos podido confirmar con nuestro visor telescópico. Detecté por casualidad un súbito destello a nuestras espaldas al que el sistema de alertas de la *Destiny* no dio importancia. Parecía tratarse de un evento astronómico ordinario, probablemente una supernova muy lejana. Pero aquí tenemos tiempo de sobra para aburrirnos... así que revisé las grabaciones, y ampliando la imagen, detecté esto.

La imagen de los astronautas se sustituyó por una fotografía espacial donde predominaba el negro. Pero efectivamente, había un destello, un fulgor, completamente distinto al de las estrellas colindantes. Progresivamente Garland ampliaba la imagen hasta que una silueta, borrosa, pero inconfundible, tomó cuerpo. Se trataba de otra nave Delta, otra con la misma configuración y aspecto que la *Destiny* o la *Trinity*. Tobías se quedó con la boca abierta. La imagen de los astronautas regresó a la pantalla. Todos parecían querer hablar a un tiempo.

—¿Qué significa eso? ¿No nos estarás engañando verdad? —preguntaba Peyton con voz ofendida.

—¿Estamos en peligro? ¿Por qué nos has metido en este lío, negrata? —preguntaba visiblemente histriónico Crazybit.

—Si se trata de una nave Delta significa que la NASA está detrás... ¿Verdad? A estas alturas parece lógico pensar que tú ya deberías estar al tanto de todo... ¿no es así? —La voz acerada de Georgina cortaba como el cuchillo más afilado. Tobías tenía la boca pastosa.

Era Garland el que parecía mantener la sangre fría. Garland siempre había sido su amigo, en los peores momentos, incluso, y estaba demostrando comprender que Tobías, como todos ellos, no era sino un peón que no comprendía el escenario sobre el que se movía.

—Como puedes imaginar estamos preocupados. La tenemos bajo observación, y la trayectoria claramente indica que viene tras nuestra estela. No sabemos qué significa eso, como me imagino que te sucede a ti. Pero hemos descubierto el pastel —detrás de Garland, Crazybit remedaba «pastel, pastel», y soltaba carcajadas nerviosas mientras agitaba los brazos y manos—, así que ya puedes pedir a Charles y Lionel las necesarias explicaciones. Necesitamos saber quiénes son nuestros enemigos y o aliados en esta historia. Ya es bastante comprometido acercarse al *Octaedro* como para encima que nos mantengan a oscuras sobre lo que sucede a nuestro alrededor. Corto.

La comunicación terminaba abruptamente, no sin que antes se oyera un batiburrillo de voces exigiendo aclaraciones con tonos visiblemente molestos.

Tobías suspiró, abrumado, y pulsó el botón de grabación.

—Amigos, no tengo ni la menor idea de qué va todo este asunto... pero voy a exigir explicaciones a Charles ahora mismo. Seguramente él mismo ya haya visionado vuestra comunicación. Vamos a ver qué me dice.

Tobías tenía poco que añadir. Estaba decidido. Si en los días anteriores su ánimo permanecía indeciso la mayor parte del tiempo, la indignación actual había hecho cristalizar la más dura de las decisiones. Abandonó el control de misión y tomó el ascensor hacia la última planta del edificio principal del Centro Espacial Johnson de la NASA. Recorrió los pasillos enmoquetados y llegó a la antesala que precede al despacho del Administrador. La secretaria, al ver que no seguía el protocolo pertinente de acercarse a su mesa, sino que se encaminaba directamente a la puerta de

su jefe, corrió presta a impedirle el paso, pero fue demasiado tarde. Tobías no estaba con ánimos de perderse en citas formales y tiempos de espera. La gota había colmado el vaso, y ya rebosaba.

Charles y Lionel le miraron taciturnos cuando entró apresuradamente en la habitación. Parecía que lo estaban esperando. El administrador miró a la secretaria y con un gesto le indicó que todo estaba bien. La mujer cerró la puerta discretamente a espaldas de Tobías y se retiró a su puesto de trabajo.

—¿Y bien? ¿Qué está pasando aquí? —Pero Tobías no aguardó a que ninguno de sus interlocutores pudiera explicarse—. Estoy harto, verdaderamente harto. He accedido a dar la cara todos estos días y semanas, pero ya no aguanto más. Lo hacía por mis amigos... pero ya me doy cuenta de que no sirvo de nada, solo de pantalla, ante ellos y ante el mundo. Una marioneta, ese es mi papel aquí... Me niego a continuar con la farsa. Exijo saberlo todo... ¡Absolutamente todo!

Tobías estaba verdaderamente furioso. Le daba igual seguir en su puesto o ser despedido fulgurantemente por el Administrador de la institución para la que trabajaba. Sí, era tan cierto que casi lo deseaba. Exudaba por cada poro de su piel la rabia contenida durante aquel interminable periodo de mentiras y giros inesperados. Aquel último lo había empujado a tomar la drástica decisión, y tanto Lionel como Charles lo sabían. Si necesitaban un ápice de él, de la confianza que despertaba en sus antiguos camaradas, lo mantendrían al tanto. Si se había equivocado en sus cálculos, lo despedirían *ipso facto*... Sería un alivio.

—Siento, Tobías, que hayas tenido que enterarte de esta manera, —se disculpó Charles conciliador—. Puedo darte mil explicaciones y excusas, pero las obviaré. Vamos a aceptar el planteamiento que nos haces y darte acceso total a todo lo que sabemos. —En ese momento se produjo un significativo cruce de miradas entre Charles y Lionel. Tobías olfateó que el militar había expresado sus reservas hacia esa decisión—. El círculo de personas que están al tanto de todo, Tobías, es realmente reducido, pero está claro que te has implicado en defender la causa de nuestro país como el que más.

—¿Nuestro país?

—Es obvio, —repuso Lionel con su habitual tono cortante—. Ahora mismo no lo sabe nadie, pero nuestros telescopios apuntan hacia la *Maoxian*. Están a punto de alcanzar el *Octaedro*. Es alto secreto, pero toda la armada está en DEFCON dos, un nivel de alerta que solo se ha declarado en dos ocasiones anteriormente; durante la crisis de los misiles de Cuba y justo al inicio de la Guerra del Golfo. Es muy posible que en los próximos días se alcance el DEFCON uno. Creo que no entiende el alcance de la situación actual... Estamos al borde de una guerra nuclear.

Tobías sacudió la cabeza, extrañado. Iba furioso por un engaño y le estaban ofreciendo la respuesta que menos habría considerado en la más fantasiosa de sus imaginaciones.

—Pero...

—Usted, naturalmente, no ha considerado más que una faceta de toda esta historia. No se lo reprocho, es civil y es científico. Su mente está centrada en quienes construyeron ese artefacto, qué hicieron con él, por qué ha llegado hasta nosotros... Me imagino perfectamente cuáles son el cariz de las consideraciones que ha efectuado. Sin embargo, yo como militar y estratega, al igual que el Alto Mando en el Pentágono, vemos, fundamentalmente en el *Octaedro*, un arma de consecuencias devastadoras para el futuro de la Humanidad, un arma capaz de alterar irremediablemente el curso de la Historia. La nación que controle el Armagedón se convertirá en una potencia militar y económica a años luz del resto de las naciones. Batallas ganadas, tecnologías, descubrimientos..., todo en la Historia se decantaría a favor del país que controle el *Octaedro*. En solo unas horas, si la *Maoxian* tuviera éxito, podrían empezar a suceder cambios... cambios que nos estuvieran indicando que el pasado habría empezado a manipularse. Si tal sucediera, me temo que nuestro país no podría rendirse sin intentar detener semejante ataque.

Tobías miró a Charles asustado.

—¿Y cómo podría saberse si algo ha cambiado en la Historia? Si tal fuera así inmediatamente todos asumiríamos que la Historia «siempre» ha sido de esa manera. No hay posibilidad de detectar los cambios.

Lionel negó.

—Hemos ideado un método. Se han codificado los eventos históricos más sobresalientes de todas y cada una de las naciones del mundo. Ahora el código es independiente de la Historia. Cada segundo el código genera la lista de eventos previamente criptografiados. Si descubrimos una divergencia significa que la máquina del tiempo ha sido utilizada por parte de los chinos... Los chicos la llaman «la máquina de la verdad».

Tobías asintió, confundido.

—¿Me está diciendo que es verdad? ¿Que estamos al borde de un conflicto nuclear?

Charles asintió, solemne.

—Evidentemente usted no ha comprendido la magnitud del problema al que nos enfrentamos—. Sentenció Lionel.

Charles intervino entonces más moderado.

—No hace falta ser necesariamente fatalista, Tobías. Hay serios indicios para la esperanza. Pese a todos los infortunios y vidas perdidas, es obvio que la *Destiny* alcanzará su objetivo. Lo sabemos porque tenemos las imágenes del futuro, grabadas en el *Octaedro*, y que la tripulación de la *Trinity* pudo enviarnos antes de perder contacto con nosotros.

—¿Y por eso estás seguro de que los chinos no tendrán éxito? —Tobías preguntaba incrédulo.

—No será la primera nave que intenta abordar el *Octaedro* después de la desaparición de la *Trinity*, —Charles suspiró—. Cuando perdimos la nave se organizó

un guirigay terrible, como bien sabes. Por un lado teníamos unas evidencias contundentes sobre la existencia del *Octaedro*, con todas sus amenazas e implicaciones transcendentales... por otro lado una horda de senadores de distinto signo arremetiendo contra el presupuesto y el derroche descomunal que suponía ese fracaso. La Casa Blanca nos prohibió difundir las imágenes del *Octaedro* y todo cuanto estuviera relacionado con él. Como te puedes imaginar, se consideró como un asunto de seguridad nacional.

—Me lo imagino... —suspiró Tobías, y tomó asiento por primera vez. Ahora empezaba a entender muchas cosas—. ¿Y entonces se inició la colaboración con BHPbilliton, no es así?

Lionel asintió.

—Era necesario que un agente independiente y de confianza, pudiera destinar un presupuesto ingente a este asunto. El gobierno federal podría colaborar marginalmente y llegar a acuerdos comerciales, tanto dentro como fuera de nuestras fronteras. Fue una negociación exitosa y la compañía minera anunció poco después el inicio de su programa espacial particular con fines mineros.

—Así que muy poco tiempo después de la pérdida de la *Trinity* fuimos capaces de enviar otras naves delta en su auxilio, —completó Charles—. Tres en concreto. Todas ellas perdidas irremisiblemente cuando entraron en contacto con el *Octaedro*...

—Y por eso confiáis que la *Maoxian* no tenga éxito en su misión.

Charles asintió, aunque Lionel le miraba fijamente, impertérrito. Imposible saber qué pensaba el militar. ¿Deseaba realmente el estallido de una conflagración nuclear?

—¿Y eso qué tiene que ver con la nave que va detrás de la *Destiny*?

—Es una nave militar de apoyo, —explicó contundente Lionel—, fletada bajo supervisión de la USAF por la BHPbilliton.

—¿Una nave militar de apoyo? ¿Estamos hablando de gente armada con fusiles láser o algo así?

—Intervendrán capturando a la tripulación china si esta se convirtiera en un problema. Van bien equipados y quedarán a expensas de lo que pueda necesitar nuestra gente.

Tobías suspiró.

—¿Y Georgina? Da la impresión en el vídeo que ella llegaba hasta allí. ¿No será capaz de controlarlo?

Sus interlocutores callaron.

* * *

Tobías salió mareado del Centro Espacial Johnson. No sabía qué pensar. Sus amigos estaban en una situación más que comprometida. Tendría que comunicarles todo cuanto le había sido revelado. Ignoraba cómo se lo tomarían, pero dependería de ellos la decisión que tomaran... Respecto de la nave que iba tras de ellos, a Tobías se

le asemejaba a una especie de mercenario dispuesto a poner fin a la vida de un rehén caso de que no cumpliera con los requerimientos que se le solicitaban. Qué situación tan infernal. ¿Una medida de apoyo o un medio coercitivo para imponer una orden?

Estaba llegando al aparcamiento donde tenía estacionado su vehículo cuando una persona se le acercó corriendo. Era pelirrojo, de pelo y barba rizadas. Su aspecto bonachón e inofensivo no logró que Tobías se pusiera a la defensiva. Por su forma de expresarse reconoció en él a un colega, un científico.

—¿Tobías Harrelson?

Tobías asintió.

—Me presento, soy Dan Sinclair, colega de Garland. —Tobías tuvo un fogonazo de su memoria. Recordaba a aquel hombre, de hacía tiempo, pero no supo discernir ni cuándo ni cómo.

Le miró extrañado y Dan le devolvió una sonrisa.

—Colaboraba con el difunto Garland en una investigación realmente fascinante con ayuda de algunos patrocinadores, y me consta que él mismo aportó fondos de su bolsillo en más de una ocasión para pagar tiempos de observación de telescopios por todo el mundo. Algunos realmente caros, en órbita... ya sabe... Spitzer, Hubble... — Dan sonrió nervioso.

—Comprendo, pero... ¿qué necesita de mí? —Tobías se encontraba en un estado mental espeso. La reciente conversación mantenida le había dejado con el ánimo dividido y una sensación de zozobra. No podía concentrar su atención en aquella conversación y tenía ganas de concluirla cuanto antes.

—Es muy simple. Garland me pidió, que caso de que saliera algo mal... le entregara este sobre.

Y acto seguido el hombre menudo le alargó un sobre de color crema, ligero, en cuyo interior parecía contener unos pocos folios impresos, según pudo comprobar Tobías de una ojeada. Le miró extrañado. No comprendía de qué se trataba.

—Garland me llamó preocupado un par de días antes del lanzamiento. Diría que tenía un mal presentimiento. Me pidió, que caso de que sobreviniera lo peor... le hiciera llegar una copia a usted. Es el trabajo en el que estuvimos colaborando durante varios años y que culminó con la Sonda DSP... La búsqueda de las estrellas oscuras, no sé si Garland le comentó algo al respecto. Lo cierto es que también se analizaron los movimientos de giro de varios cientos de galaxias. Es exhaustivo, aunque el *paper* al final no resulte tan abultado. —El hombre rio tímidamente, como excusándose.

Tobías recordó. Sí, Garland llevaba años trabajando en aquella idea. Desde que había abandonado el programa espacial, creía recordar que aquel estudio se había convertido en su particular obsesión.

Tobías estuvo a punto de responder que se lo comunicaría a Garland en cuanto pudiese, pero aterrado se dio cuenta de que había estado a punto de meter la pata. Garland estaba muerto para Dan Sinclair y siete mil millones de humanos más.

—Sí, ha sido una pérdida terrible para todos —dijo en su lugar—. Me siento honrado por el hecho de que me hiciera llegar esta copia.

—Garland le tenía en alta estima... y mucho aprecio. No le quepa la menor duda.

El pelirrojo estrechó su mano de nuevo y dio media vuelta, alejándose del lugar mientras Tobías intentaba recomponer su estado de ánimo.

—¡Esto va a ser algo gordo! —gritó con voz triunfal, volviéndose cuando ya se había alejado unos cuantos metros. Tobías asintió, confuso y con una vaga sonrisa de incompreensión.

Oscurecía y ansiaba llegar a casa y desconectar de toda aquella pesadilla... aunque dudaba que fuera capaz de lograrlo.

Capítulo 38

Beatrice le esperaba vestida tan solo con un camisón corto, segura de su poder seductor. No era en sí misma una prenda de alta lencería, ni mucho menos, sino una sencilla de algodón que quizás le quedaba algo corta y que permitía mostrar sus largas y esbeltas piernas, y en determinados momentos, como por casualidad, la incipiente redondez de sus nalgas. Era toda una llamada de atención a su sensualidad... pero Tobías no se encontraba de humor para corresponder. Beatrice lo comprendió tan pronto como observó la cara de preocupación de su marido cuando se desplomaba en una de las sillas de la cocina y se servía un contundente tazón de leche fría. No hacía falta que dijera nada para adivinar que había tenido un mal día.

Rabiaba porque sabía que su marido era celoso guardián de un secreto que ni siquiera compartía con ella. No ignoraba que Tobías había estado a punto de revelárselo en contadas ocasiones, pero lo máximo que había conseguido hasta la fecha es que se sincerara a medias, que reconociera que el tal secreto existía. Mostrar su naturaleza implicaba romper un compromiso de confidencialidad de graves consecuencias legales, y por otro lado, cualquier indiscreción futura supondría un problema ya no solo para él, sino también para ella. Le preocupaba que no pudiera compartir esa carga que tanta pesadumbre le acarreaba, pero era abogada y ejercía en un prestigioso bufete de Houston. Si fuera su cliente le recomendaría esa misma disciplina. Inicialmente había atribuido su actitud cariacontecida a la pérdida de sus amigos en el accidente de la *Soyuz*, pero cuando observó que su vida en el Centro Espacial Johnson continuaba con una rutina que lo desgastaba a ojos vista, comprendió que debía haber algo más. Así que se limitaba a mostrarle el mayor apoyo posible, como el que sabe que su pareja soporta una grave enfermedad y lo único que puede hacer es compañía en los momentos más bajos.

Tobías tomó el vaso de leche, dio un largo trago, y se alejó de la cocina, suspirando y llevándose consigo el sobre de color crema con el que había llegado a casa. Ella le remedó el suspiró varias veces y él soltó una carcajada, aunque no sin demasiadas ganas.

—Sí, ha sido un día horrible. Ojalá te pudiera contar algo...

Oyó como se sentaba en el sofá de la sala de estar. Se había quitado la corbata y la había dejado tirada sobre la mesa de la cocina. Beatrice la cogió con desgana y se dirigió a su cuarto a guardarla. Tobías leía unos documentos con cara extrañada.

—Voy a ducharme... —Tobías gruñó. «Otra indirecta que no pilla», se quejó Beatrice interiormente.

Al cabo de media hora regresó con una toalla grande ceñida como único atuendo. Otra toalla más pequeña envolvía su pelo húmedo. La expresión de Tobías permanecía en un grado de abatimiento que a Beatrice le costaba mucho disipar. Era

viernes. Tenía tiempo por delante, un largo fin de semana, siempre y cuando no surgiera nada inesperado. Se sentó junto a él y le dio un beso en el cuello. Él sonrió.

—¿Qué es? Bueno... si lo puedo saber, —preguntó prudente Beatrice, señalando los papeles que Tobías aún mantenía en la mano. Estaban grapados y Tobías ya había llegado a la última página.

—Un estudio que no comprendo demasiado bien en sus conclusiones. ¿Alguna vez has oído hablar de las estrellas oscuras?

Beatrice negó con la cabeza.

—¿Agujeros negros? —respondió Beatrice con otra pregunta, aunque intuía que no debía tratarse del mismo cuerpo astrofísico.

Tobías negó con la cabeza.

—¿Recuerdas la materia oscura? —Beatrice asintió, recordaba las explicaciones fascinantes de su marido sobre ese tema—. Si existe... dado que su naturaleza implica la existencia de masa y esta a su vez tiene consecuencias gravitatorias, debería ser factible que se acumulara creando cuerpos masivos, estrellas, con características peculiares. Según este estudio ni en el presente ni en el pasado más lejano observado, se ha detectado su existencia. —Tobías suspiró—. Todo es muy técnico, pero creo que viene a asegurar que la materia oscura es un camelo, que no existe.

Beatrice suspiró deseando que Tobías concluyera su aburrida explicación. Volvió a besarle en el cuello, una vez, y otra. Finalmente sintió que sus músculos se relajaban y que se volvía hacia ella. Su cálido beso en la boca esta vez sí fue correspondido.

* * *

Beatrice se rascó la cabeza. Su larga cabellera rizada lucía despeinada. Aún se sentía somnolienta, aunque fuera, en el jardín, el sol brillaba con fuerza. Se sentía levemente mareada. ¿Era posible que estuviera embarazada? No quería hacerse ilusiones de nuevo, para sufrir después un triste desengaño. Lo dejaría estar sin dar más vueltas al asunto.

Se preparó el desayuno mecánicamente. Cuando el café con leche y las tostadas estuvieron listas se dirigió al salón. Tobías, en pijama, hablaba por teléfono. Su tono formal y la rigidez con la que estaba sentado demostraban que se trataba de una conversación seria.

—Tengo en mis manos un estudio, profesor Larson, que resulta bastante concluyente al respecto, y como digo, el *paper* indica que va a ser publicado en la *Astrophysical Journal*...

La otra voz al otro lado de la línea interrumpió a Tobías y habló largamente, tanto que Beatrice llegó a olvidar que la conversación tenía lugar. Ya había encendido la televisión cuando escuchó a Tobías responder.

—Bueno, lo cierto es que aseguran la inexistencia de la materia oscura. Su análisis de un centenar de galaxias demuestra que si tal género de materia existiera deberían hallarse, al menos residualmente, un cuerpo astronómico denominado estrella oscura, de la cual no existe evidencia. Sin embargo, el estudio refuta de paso, la teoría alternativa más seria hasta la fecha, la denominada cosmología de la invariancia de escala... otra manera alternativa de explicar el movimiento de las Galaxias... —Nuevo silencio de Tobías—. Sí... comprendo... Comprendo... Claro, eso es lo que se está afirmando, que el modelo cosmológico estándar no funciona... Comprendo...

Beatrice sonrió. Disfrutaba observando la naturaleza infinitamente diplomática de Tobías. La voz del profesor Larson vibraba como el lejano zumbido de un moscardón. Parecía que estaba soltando una reprimenda a su marido, y este, conciliador, asumía la lluvia de quejas con sus habituales monosílabos «comprendo» o similares. Se rio al recordar como la aplacaba a ella igual cuando se enfadaba por sus horarios abusivos que le llevaban a estar en largas temporadas ausente de casa hasta altas horas de la noche. Afortunadamente ahora no era así.

Finalmente Tobías colgó después de despedirse amablemente.

—¡Qué testarudo es este hombre!

—¿Quién era, amor? —preguntó Beatrice con algo de indiferencia.

—El profesor Larson... un antiguo profesor mío de Universidad. Quise consultarle el estudio de Garland y su colega, Dan Sinclair. Para él es un disparate. La materia oscura es una verdad de fe y decir que un nuevo estudio la pone en entredicho es herejía. Ya es mayor... no está para cambios de paradigmas... —se consoló finalmente a modo de explicación.

Beatrice asintió.

—¿Qué era eso de la invariancia?

Tobías resopló y se sentó en el sillón, junto a ella. Le robó una tostada que mojó ligeramente en su café con leche.

—Sé que la astrofísica no te gusta... así que no te aburriré con mis explicaciones. Por resumir, la invariancia de escala de espacio vacío es, hoy en día, la mejor opción para sustituir las explicaciones que nos proporcionaban los conceptos de materia oscura y energía oscura.

Beatrice sonrió y le dio un beso en la mejilla.

—Cuanto me quieres. Adoro cuando te ahorras esas explicaciones que sé que estás deseando darme.

Tobías se rio por la sinceridad de su mujer.

—Bueno... yo te lo agradezco también cuando me ahorras las explicaciones de tus enredados litigios legales. Eso sí que es materia oscura.

Ambos rieron con ganas, pero el móvil de Tobías sonó interrumpiendo su buen humor, y al ver el origen de la llamada su expresión se ensombreció.

Descolgó y asintió con semblante serio. Se puso en pie, antes de colgar, como si estuviera recibiendo instrucciones y se cuadrara ante un superior.

—Debo irme al Centro Espacial... Los chinos... han llegado...

Pero se interrumpió al caer en la cuenta de que tal vez estuviera diciendo más de lo debido.

Beatrice lo vio pocos minutos después salir hacia el garaje. Iba con su traje y corbata habituales. Su expresión era funeraria.

* * *

Charles y Lionel le esperaban en el Centro Espacial Johnson, en una sala de control, pequeña, ubicada en un edificio auxiliar que estaba íntegramente controlado por militares. Todos los ingenieros y operadores que seguían la travesía de la *Destiny* desde allí eran militares, según había podido comprobar Tobías. Él era, ciertamente, una excepción.

Charles le saludó estrechándole la mano. Se veía que estaba hondamente preocupado.

—Han llegado, Tobías, han llegado.

Y señaló la pantalla principal en la que se emitía una señal de vídeo que se correspondía, sin duda alguna, a una nave espacial que Tobías identificó de inmediato con la *Maoxian*. Sus pictogramas en mandarín sobre el metal blanco resultaban llamativos, pero aún más la visión del *Octaedro*. La *Maoxian* se hallaba tan cerca del mismo que su tamaño resultaba imponente, y quedaba por completo fuera del campo visual de la retransmisión.

Tobías iba a formular una pregunta, pero Lionel, que estaba pendiente de él, pese a apenas haberle dedicado un gesto de saludo, se anticipó con la respuesta.

—Hemos pirateado su señal. Tenemos un agente en la Agencia Espacial China. La retransmisión la vemos con unos pocos segundos de retraso respecto a ellos.

Tobías asintió.

El silencio en la sala era sepulcral. Solo el ronroneo de los ventiladores de los equipos informáticos y algún ocasional pitido rompía la tensa calma de la expectación. Las voces chinas de los astronautas llegaban nítidas, aunque sus intervenciones eran muy esporádicas, parecían impresionados por la vista del enorme *Octaedro*. Un servicio de traducción instantánea subtitulaba la emisión a fin de poder entender sus conversaciones.

Los astronautas chinos apenas habían intercambiado algunos mensajes entre ellos cuando súbitamente hubo una explosión de voces. Un par de astronautas indicaban a un tercer compañero, el que al parecer estaba llevando a cabo la retransmisión de vídeo, que dirigiera la mirada hacia otro lugar. El *Octaedro* desapareció del campo visual. Por unos momentos la visión resultó borrosa y confusa. Tobías recordó que lo que estaban viendo venía con al menos quince minutos de demora, dada la lejanía de

la ubicación del *Octaedro*, así que estaban viendo el pasado, aunque fuera un pasado reciente. Por un momento la cámara captó fugazmente una silueta cercana y reconocible, la *Trinity*. Hubo una exclamación de sorpresa generalizada en toda la sala. Hasta el propio Tobías se sorprendió exclamando al ver su nave perdida tan repentinamente cerca. La *Maoxian* había detenido su travesía junto a la nave norteamericana.

Pero la grabación de vídeo no buscaba la cercana *Trinity*, sino algo más lejano. Finalmente la imagen dejó de tambalearse y se fijó en dos puntos brillantes. Tobías comprendió al punto qué eran los débiles puntos refulgentes en los que el cámara trataba de fijar el objetivo. No eran estrellas. Siluetas de color blanco, con su inconfundible aro central, que un zoom, debidamente ejecutado por el astronauta, volvió completamente reconocibles. Dos naves tipo Delta, el mismo modelo que la *Trinity*, con sendos logotipos que ya Tobías reconocía muy bien, BHPbilliton Spaceminner Co.

Suspiró preocupado.

¿Qué iba a suceder ahora?

La conversación entre astronautas y su jefe de vuelo en Tierra se recrudeció. El servicio de traducción simultánea acumulaba líneas de mensajes que Tobías leía aceleradamente. La indicación que prevaleció fue la de aproximarse a la cercana *Trinity*. Querían investigar qué había en su interior. Charles se revolvió inquieto. Lionel parecía de piedra, pero el sudor se perlaba en su frente. El corazón de Tobías palpitaba con fuerza.

Las maniobras de aproximación de los astronautas resultaron lentas. Sin embargo, tras una larga hora de maniobras aún no habían logrado introducirse en el interior de la nave. Todas las compuertas permanecían cerradas.

—Esos cabrones ni siquiera nos han llamado para pedirnos permiso... —murmuró furioso Lionel, mientras observaba los movimientos de los astronautas y se oían las agudas voces orientales que ocasionalmente intercambiaban información e indicaciones.

Abandonaron el intento y decidieron entonces acercarse al *Octaedro*. Tobías estaba tenso. A fin de cuentas era lo que más le interesaba en ese preciso momento. Comprendía que lo que había sucedido a la tripulación de la *Trinity* forzosamente debería averiguarse en el interior del gigantesco artefacto alienígena.

Las horas transcurrieron como segundos. Tobías lo atribuyó a la expectación enorme. Alguien acercó una bandeja con cafés, que desaparecieron en un instante. A pesar del carácter militar de los presentes, en muchos operadores se evidenciaba el estado nervioso que sufrían. Charles se había quitado chaqueta y corbata y remangado la camisa. Se le veía especialmente inquieto.

—Me preocupa que los chinos filtren estas imágenes. Hasta la fecha nosotros éramos los únicos que disponíamos de ellas. La presencia de ese artefacto y la circunstancia de que se han perdido tantas vidas hasta la fecha... no sería una buena

manera de transmitir ningún género de noticia idónea asociada a un primer contacto, —explicó preocupado.

Tobías asintió, pero fue Lionel el que replicó.

—Ya lo hemos hablado antes. Seguramente llegarán a la misma conclusión que nosotros. No les interesa una situación de alarma o de pánico. Su sistema político es de los que gusta ejercer un férreo control sobre la información que se suministra a la ciudadanía. Si nosotros hemos tenido dudas... imagínate ellos. No dirán ni pío.

Ambos volvieron a centrar la mirada en la pantalla. El *Octaedro* iba aumentando de tamaño progresivamente. Diversa señalización HUD de color verde se superponía en la imagen. Era fácil comprender que la *Maoxian* se encaminaba hacia una gran compuerta de apertura.

—¿Allí fue dónde se dirigió la nave de exploración de la *Trinity*, no? —preguntó Tobías.

Lionel confirmó lacónicamente asintiendo sin más.

Llegó un momento donde la superficie del *Octaedro* ocupó toda la imagen. Era de un color oscuro, negro como el ébano, pero salpicada de líneas doradas, refulgentes, que se alternaban con otras líneas menos nítidas de color turquesa. Se preguntó si mantenían algún tipo de funcionalidad práctica o se trataba de un caprichoso diseño estético. La gran abertura a la que se encaminaba la nave china refulgía con luz de esa misma tonalidad turquesa.

El aspecto pétreo, inmóvil, inerte, del gran *Octaedro*, inspiraba multitud de pensamientos a Tobías, que se sobrecogía al considerar que pudiera tratarse de una presencia que llevase miles, o cientos de miles de años, allí. ¿Y si había alguien en su interior? La pregunta de si su presencia era casual o no, le sobrecogía. ¿Qué harían de la Humanidad unos seres capaces de construir algo así? Y eso sin entrar a considerar que se trataba de una máquina del tiempo, algo absolutamente descartado por la ciencia conocida por la humanidad. Ya lo había dicho A.C. Clarke tiempo atrás, una tecnología suficientemente sofisticada se asemeja a la magia. Así mismo podrían considerarse las implicaciones de aquel artefacto incomprensible, pero aún no sabía cómo calificar dicha magia, si maléfica o benigna. Y esa duda le inquietaba profundamente. Había hablado con Beatrice recientemente sobre la posibilidad de fundar una familia, tener hijos... y ahora que estaban convencidos de ese paso, la amenaza de ese objeto superlativamente poderoso tan cerca de la Tierra y de sus vidas, pendía sobre su futuro sembrando incertidumbre... y también temor.

* * *

La *Maoxian* se había acercado finalmente a la entrada del *Octaedro* en una larga y lenta maniobra de aproximación. Tobías acababa de regresar del baño y se había percatado de que ya oscurecía en el exterior. Beatrice estaría inquieta al estar todo el

día sin saber de él. Le indicó con un mensaje de texto que estaba muy ocupado. Obvió la lectura de sus mensajes, que eran muchos.

El *Octaedro* contaba con gravedad propia. La *Maoxian* se vio obligada a encender sus motores para adquirir una órbita sincrónica respecto al enorme artefacto. No obstante no se trataba de una gravedad muy fuerte, según indicaron los astronautas chinos. Prepararon su módulo de vuelo extravehicular. Charles, que había salido hacía unos minutos, regresó con unas hamburguesas del bar y con bebidas que compartió con Lionel y con él. Los nervios le habían impedido darse cuenta del apetito enorme que acumulaba.

A media noche, hora de Houston, el pequeño módulo chino aterrizaba en el interior del *Octaedro*. Tobías pensó que se trataba de una especie de gran hangar, pero que sin embargo se hallaba vacío. Dada su inmensidad, el espacio desierto resultaba aún más desolador. El pensamiento que desencadenaba la vasta extensión vacía era el de hallarse en un lugar abandonado. Sin embargo, contaba con una penumbra artificial, un débil fulgor turquesa que emanaba de conductos que formaban aristas geométricas en paredes y techos, incluso también en el pavimento. La escasa luz fantasmal aportaba visibilidad al escenario. Los astronautas se desplegaron poco después sobre la superficie del *Octaedro*. Consideraban que aunque más débil que la Tierra, la gravedad resultaba extraordinariamente cómoda. Sus pasos eran largos, y ocasionalmente un salto les permitía avanzar varios metros en un único esfuerzo.

Descubrieron una compuerta lateral. Se introdujeron por ella. ¿Qué podrían descubrir que no hubiera detectado la *Trinity*?

—¿Saben ellos lo que sucedió con nuestros tripulantes?

Charles no dijo nada.

—Tres naves abandonadas en mitad del espacio... alguna desde hace varios años... es un indicativo más que suficiente que el lugar entraña peligros, —contestó en su habitual tono irritado Lionel.

—Sí, pero desde su punto de vista ellos desconocen si hemos establecido contacto y nuestra tripulación está viviendo confortablemente en el *Octaedro* desde hace tiempo... A lo mejor sus premisas y temores van por ahí.

Pero la conversación se interrumpió súbitamente. Todos gritaron.

La imagen de vídeo, enlazada con el visor de la escafandra del astronauta chino que encabezaba la avanzadilla, había iluminado una figura humanoide. Los gritos de los astronautas chinos resultaron incomprensibles. Tobías sufrió un sobresalto, aterrorizado. Todos lo habían visto, era un traje espacial de la NASA. Allí delante un astronauta de la NASA se había movido, había cruzado de lado a lado el ancho pasillo por el que avanzaban los chinos. Todos en la sala aguardaban con el corazón en un puño, aunque algunos operadores habían gritado sorprendidos señalando lo que todos habían visto.

Finalmente, los astronautas chinos se calmaron. Prosiguieron su avance hacia la abertura hexagonal por la que habían perdido de vista al extraño. El pasillo parecía

vacío, pero se aventuraron en su interior. La iluminación escasa se veía compensada por la que proporcionaban sus trajes espaciales.

Todo sucedió repentinamente.

Una sucesión de imágenes escalofriantes, incomprensibles... La gente en la sala chilló, horrorizada.

De improviso el astronauta de la NASA había reaparecido. Pero a sus espaldas. Uno de los astronautas chinos había empezado a gritar. Los subtítulos de la pantalla se llenaron con un mensaje insistente: Ayuda, ayuda.

El astronauta que realizaba la transmisión ayudó al segundo de la fila y ambos se encaminaron hacia el tercero y último. Forcejeaba claramente con un astronauta que en su hombrera lucía la bandera norteamericana. Parecía que trataba de retenerlo. Lo sostenía por la escafandra y el chino se resistía con todas sus fuerzas. Sin embargo no lo logró. Todos fueron testigos de la agonía del oriental. Mientras el primer astronauta trataba inútilmente de socorrer a su colega el otro forcejeaba contra el astronauta homicida. El panel de subtítulos se llenó de insultos agresivos. El forcejeo provocó que el astronauta chino se encarara con el norteamericano. Una visión fugaz y desconcertante resultó nítida para todos los presentes, que exclamaron sin llegar a decir nada. La visera de la escafandra del norteamericano estaba levantada. No había nadie allí, el interior del traje espacial estaba vacío.

Sin embargo, ese traje espacial, vacío, se movía animado por una fuerza y determinación colosal. El chino intentó apartar de sí esa figura fantasmal inútilmente. De pronto su compañero, que forcejeaba con la figura misteriosa, comprendió la naturaleza de cuál era su enemigo, y presa del pánico emprendió la huida. El canal de audio resultaba ya absolutamente incomprensible y no se aportaban más subtítulos a la escena de horror.

Las imágenes de improviso quedaron fijadas en una curiosa perspectiva del pasillo donde había ocurrido todo, una vista desde el suelo que indicaba que el astronauta había caído y permanecía inerte. Pudo observarse la carrera apresurada del último de los astronautas regresando a la *Maoxian*, y tras él los hábiles movimientos de su perseguidor invisible. El audio seguía transmitiendo los gritos de auxilio del superviviente, dado que sus otros compañeros habían enmudecido súbitamente.

Los jadeos indicaban que se dirigía a toda velocidad al módulo de amartizaje en el que se habían posado en el hangar enorme del *Octaedro*. Su cuarto compañero que permanecía en la nave espacial le alentaba a que mantuviera la calma y maniobrara con sangre fría. Súbitamente todos comprendieron que estaba hablando solo.

El tercer astronauta había enmudecido.

La imagen fija de vídeo cesó y fue substituida por una pantalla de interferencias.

Capítulo 39

El desconcierto de la tripulación de la *Destiny* era mayúsculo. El grupo se había reunido en la sala de convivencia, la más cómoda y confortable, a fin de comentar la reciente comunicación recibida desde la Tierra.

Acababan de visionar el vídeo que les había transmitido Tobías informándoles de lo acontecido con la *Maoxian* y aún no acababan de digerir el total de las noticias. De hecho, Georgina se sentía tan absolutamente rebasada por los acontecimientos que era incapaz de articular palabra. Solo parecía que Crazybit, que a todo le encontraba una gracia y se reía con sonoras carcajadas, era el único ser vivo de la nave. Peyton mostraba una palidez cadavérica, mientras que Garland dirigía discretas miradas a la mujer cada poco tiempo. Georgina comprendía que para él, ella era su única preocupación, como si los terribles acontecimientos de la Tierra no fueran con él.

—No me puedo creer lo que han dicho de China... y nuestro país. ¿Enzarzados en una guerra inminente? ¿Se han vuelto locos? Georgina se había puesto en pie. Necesitaba descargar su adrenalina moviéndose.

—No te preocupes... ¿No has oído lo que decía el lorito de Charles? No hay elementos para temer por nuestra seguridad... Y eso nos lo dice ¡después de haber perdido contacto con la tripulación de la *Maoxian*! —exclamó entre risas Crazybit.

Crazybit reía y miraba a cada uno de sus compañeros de viaje, pero no parecía cosechar otro premio que no fuera una condescendiente reprensión en sus miradas. Cada cual mascaba el contenido del mensaje para sí.

—Ya está bien de tanto silencio. Quiero tener un debate constructivo sobre lo que está sucediendo. Me niego a quedarme quieta como un ratón de laboratorio, —clamó Georgina.

—Deberíamos ordenar ideas... —comentó por primera vez Garland, que la miraba compungido.

Georgina asintió. Crazybit aplaudió la idea y Peyton se limitó a mirar preocupado, evidentemente conmocionado por el cariz de las noticias.

—Sabemos que la *Maoxian* llegó a la *Trinity* en primer lugar, —explicó Georgina—. La USAF pirateó sus señales de comunicación, que llegaban con quince minutos de retraso. Después de un tiempo de espera, reciben orden de abordar la *Trinity*. No pueden, no parece haber ningún tripulante en el interior de la astronave. Descubren entonces dos astronaves Delta no demasiado lejos de allí, también en las inmediaciones del *Octaedro*. Sus módulos vitales no giran, al igual que el de la *Trinity*, lo cual lleva a deducir que nadie permanece en su interior. Cunden las prisas. Los chinos quieren tomar posesión del *Octaedro* cuanto antes, así que lanzan su nave de amortizaje con tres tripulantes a bordo.

Garland asentía en señal de acuerdo con su resumen, y Crazybit hizo algún apunte menor, pero Georgina lo obvió.

—Desembarcan en un gran hangar del *Octaedro*, y al adentrarse en el interior del artefacto... son abordados por una silueta familiar... ¿dijo familiar?

—Sí, familiar, esa fue su palabra exacta —apuntó frenético Crazybit, que cada minuto parecía más fuera de sí.

—Fueron abordados por la silueta familiar de un astronauta norteamericano... Esto... me resulta demasiado inverosímil... Y los analistas de la NASA hablan de que no era realmente un astronauta de los nuestros, sino un octo, tal y como ellos ya denominan a los habitantes del *Octaedro*. Por lo que parece, han establecido que quizás adoptaron esa forma para facilitar la toma de contacto, una especie de señal de bienvenida reconocible...

Crazybit interrumpió, exaltado.

—Aunque eso no casa muy bien con el hecho de que interrumpieran las comunicaciones y los chinos perdieran el contacto con su gente... Eso no resulta muy «familiar», a no ser que sus relaciones fraternales sean de una índole desconocida para nosotros, —expresó con sorna mientras meneaba el dedo índice negando teatralmente.

—Tobías comentó que los analistas determinaban que no estaba claro qué sentido tenía el uso de la violencia con los chinos. No hay certeza de que estén muertos o retenidos. El hecho cierto es que se ha cortado la comunicación con la Tierra, —comentó Garland desapasionadamente, en contraposición al ánimo de Crazybit.

—Y a continuación China, sin mediar explicación a la opinión pública mundial, arremete contra una base militar estadounidense en Japón. Decenas de muertos, —expuso Georgina, que fue interrumpida por Crazybit, que a su vez concluyó el informe.

—Y los nuestros replicaron fulgurantemente destruyendo varias islas artificiales del Mar de China, el espacio que los chinos reclaman para ellos desde hace años. Muchachos, hay una guerra en ciernes ahí abajo. Y al parecer no han explicado, aunque para nosotros resulta evidente, que la causa de la misma está aquí arriba.

—Los chinos deben creer que fuimos nosotros los que atacamos a los suyos e interrumpimos las comunicaciones. Los trajes espaciales indudablemente eran nuestros, pero ellos debieron de ver tan claramente como dice Tobías, que no había nadie en el interior de los mismos... Y este hecho confirma mi hipótesis de que ese artefacto es un Caballo de Troya destinado a borrarlos del mapa. —Concluyó vehemente Crazybit.

—Aun así no se lo creen. Deben estar paranoicos y rabiosos y buscan un culpable. Piensan que tenemos una ventaja colosal sobre ellos y no parecen dispuestos a admitir la derrota... —corroboró Georgina, que se arrebujó en el sillón en el que se hallaba sentada.

—Si eso fuera así... —Peyton parecía más que pensativo—, no se podría descartar una escalada bélica. La situación es complicada, y reconocer la existencia del *Octaedro* los sitúa en terreno también inestable. Un país se fortalece ante un

enemigo común conocido... pero ante un enemigo de la envergadura del *Octaedro* la sociedad se desintegraría.

—A mí lo que me preocupa, y perdonad mi prosaica forma de pensar que vela sobre todo por la continuidad de mi propia existencia, es lo que va a ser de nosotros. —Crazybit sonreía con nerviosismo y se movía de un sitio a otro constantemente mientras hablaba—. Tobías aseguró que las grabaciones de las que disponen les permiten estar seguros de que nuestro equipo no sufrirá daños... Y yo me pregunto: ¿Qué grabaciones son esas? ¿Por qué no las podemos ver?

Fue Peyton el que replicó a esto. Se veía que era algo sobre lo cual había estado meditando.

—Son un testigo de verosimilitud. Si se trata de una máquina del tiempo todo ocurrirá como está grabado. Si fuera otra cosa... los hechos sucederán de una manera diferente... —explicó mientras captaba la total atención de sus compañeros—. No, no estoy cien por cien seguro de ello, pero sería un razonamiento coherente. Una máquina del tiempo. ¿Es realmente posible? La física que conocemos nos asegura que es del todo imposible... pero por otro lado, ¿cómo puede haber estado Georgina allí si aún no ha llegado? Sí, cuanto más lo pienso, más creo que están tratando de confirmar cuál es la verdadera naturaleza del *Octaedro*. Quieren asegurarse que lo que dice y hace Georgina se corresponde fielmente con la grabación que extrajo la tripulación de la *Trinity*.

—Tal vez esos astronautas... han sido relegados a un tiempo remoto, en el futuro... —especuló Crazybit—, y a lo mejor eso mismo es lo que nos espera a nosotros.

Georgina negó.

—¿Qué pasaría si fuera realmente una máquina del tiempo?

—Otorgaría un poder incalculable a nuestro gobierno... o al gobierno que la controlara... —aseguró Garland, convencido.

—¿Seguro? —Georgina le miraba con el ceño fruncido—. Un poder inmenso, sí, pero a nuestro gobierno... ¿o a aquel que la controlara? Muy a menudo los intereses de los gobernantes parece que obedecen al interés común, pero solo lo parece.

Se miraron entre sí, mientras sopesaban esa posibilidad.

—No os olvidéis que tenemos una nave siguiéndonos... en principio incluye un contingente armado, viene para protegernos... ¿pero y si su objetivo es otro? ¿Si lo que quiere realmente es controlarnos? —Esta vez el comentario de Crazybit dejó a todos pensando. Garland asintió, confundido.

—Estas disquisiciones no nos llevan a ningún sitio, —concluyó, práctica, Georgina, que sentía mareos por momentos. Sobre ella recaía una responsabilidad enorme. El *Octaedro* se erigía en su imaginación como un juez inmisericorde que se abalanzaba sobre ella a fin de aplastarla como a un insecto—. Por otro lado hay que felicitar a Garland. —Cambió de tema para aliviar la angustia que la deriva de la conversación le había provocado—. No he entendido muy bien el galimatías de las

explicaciones de Tobías, pero tenía pinta de que el trabajo que te han aceptado en el *Astrophysical Journal* es importante.

Garland sonrió halagado.

—Sí, es una buena noticia, pero os debo decir que me ha dejado absolutamente perplejo. No os quiero aburrir con tecnicismos, más ahora que estamos con una perspectiva tan compleja pero... bueno, sinceramente, esperaba que el trabajo sirviera para eliminar la conjetura de la materia oscura del modelo cosmológico vigente... y en gran medida es verdad que el estudio refuta perfectamente su existencia.

—Y entonces... ¿a qué viene esa cara de cordero degollado que pones? —Le espetó Crazybit—. Deberías estar dando brincos de alegría y poniendo chiribitas en los ojos... ¿a qué viene esa expresión de derrotado?

Garland rio la ofensiva bienintencionada de Crazybit.

—Esperábamos que a su vez sirviera para confirmar la mejor teoría alternativa a la existencia de materia oscura, la teoría de la invariancia de escala... Era lo mejor que teníamos, pero las observaciones no concuerdan con alguna de las predicciones teóricas. El artículo que se va a publicar pone la cosmología patas arriba. No va a servirnos para explicar cómo funciona el Cosmos... ni la gravedad. Solo para tumbar unos cuantos paradigmas.

Crazybit se rio de buena gana ahora. Se echó en el diván sobre el que estaba y cruzó las manos bajo su cabeza.

—Yo te diré cómo funciona el Universo, pequeño. Si tienes dinero, mucho dinero, todo se mueve alrededor tuyo. Ni gravedad, ni leches.

* * *

Peyton se encerró en su camarote tan pronto el cónclave informal finalizó.

Se sentía extraordinariamente confundido. «Una marioneta, soy una marioneta... pero, ¿de quién?». Esta cuestión lo atormentaba, y cada día que pasaba su trastorno lo ofuscaba con mayor ímpetu. Comprendía que tarde o temprano su máscara de impasibilidad acabaría cayendo. No podía retener por más tiempo la tormenta de ideas y emociones que lo assolaba.

Sí, el *Octaedro* era una máquina del tiempo. No cabía duda. Él tenía la prueba. Un sobre azul, con su emblema, y el interior un código de instrucciones, incomprensibles en sí mismas... hasta que la vida, las circunstancias, acababan situándolo en momentos álgidos donde el texto cobraba pleno sentido y entonces se traducían en una acertada inversión o... en otras cuestiones que parecían peregrinas pero que, llegado el momento, se habían demostrado como cruciales, tanto como evitar una zona donde se producía un atentado, o realizar un chequeo médico específico que detectaba una enfermedad de pronóstico grave justo a tiempo para una oportuna intervención. Sí, el sobre azul le había situado en una posición en la vida envidiable, incluso le había permitido esquivar más de una vez circunstancias que tal

vez habrían sido mortales... Y entonces, ¿quién era el autor anónimo de semejante misiva? Si era él mismo desde el futuro... ¿no habría sido adecuado revelarlo con rotundidad?

Las últimas líneas resultaban ahora determinantes.

«Cuando llegues al *Octaedro...*», se iniciaba el último párrafo. Siempre había sido un párrafo incomprensible, absolutamente incomprensible. Jamás habría pensado que se trataba de un artefacto de dimensiones colosales situado en las cercanías de Marte. Ahora, llegada la hora de la verdad, todo empezaba a encajar, pero también adquiría un cariz sobrecogedor.

Peyton relejó el texto, una vez más, como si esa lectura pudiera arrojar un sentido nuevo a la frase. No era una instrucción, «debes ir al *Octaedro*», del estilo de las anteriores. Bien era cierto que sí estaba establecido que debía participar en una misión espacial de la NASA, eso era meridianamente claro, y que esa misión debía llevarle al punto donde se encontraba como una inevitable serie de acontecimientos. Más adelante su libre albedrío tomaba de nuevo el control. Una serie de instrucciones claras le indicaban qué debía hacer. La incomprensión de aquel texto, que había leído por primera vez casi cinco años atrás, adquiría ahora un significado completo que le provocaba un prodigioso vértigo.

El *Octaedro*. Siempre había creído que se trataba de un lugar en la Tierra, o tal vez un nuevo negocio u oportunidad a la que debía presentarse. Cuando Tobías reveló la verdadera naturaleza de la misión y la existencia de la astronave alienígena con forma de *Octaedro*, sintió que su mundo interior se convulsionaba. ¿Sería ese su fin? No había más instrucciones después de aquel último párrafo. ¿Qué significaba eso? Eran tal vez los octos los manipuladores de su existencia, que entretejían los acontecimientos de su vida a fin de lograr un objetivo determinado. Resultaba incomprensible que una raza alienígena se entretuviera entonces en favorecer a un único individuo de una especie inteligente de una forma tan clara y ventajosa.

El último párrafo... Una serie de líneas que había tenido presente durante buena parte de su vida, había marcado por completo los derroteros de gran parte de sus emociones. Un mandato, o un consejo, algo, que escrito con letras plateadas, se había convertido en algo más que un simple lema y había marcado hondamente su existencia reciente con una gran y misteriosa interrogación.

Capítulo 40

Tobías aparcó su vehículo, un amplio todoterreno de un color rojo vino metalizado, frente al jardín de la casa de Ed Kersey, aunque debió recordarse que ya tan solo pertenecía a su viuda, Margaret. Era una visita que había surgido esa misma mañana, cuando ella le llamó con voz preocupada diciéndole que quería verle sin falta. Tobías había relegado las reuniones de la tarde para el día siguiente y dado que la consideraba como de su propia familia, quiso atender el ruego de Margaret sin tener el apremio de un tiempo limitado.

La casa tenía un aspecto envejecido. El jardín estaba descuidado. Los parterres no estaban limpios, las plantas se habían asilvestrado o no presentaban un aspecto lúcido. Malas hierbas asomaban por doquier. Sin embargo la visión de aquella casa de madera pintada con tonos pastel le trajo un sinfín de recuerdos agradables. La preparación para el viaje inicial de la *Trinity* tenía que ver mucho con aquel lugar. Ed había logrado formar el equipo no solo a base de entrenamiento duro y preparación intensiva. También había creado unos fuertes lazos de amistad en torno a su hogar. ¡Qué diferentes eran aquellos años que precedieron el acontecimiento fallido de su misión a Marte! El regusto del amargor emborronó la primera impresión de alegría y añoranza que le había ocasionado la visita.

Margaret le recibió con un cálido y largo abrazo. Tobías se sintió como si estuviera visitando a su propia madre, fallecida años atrás. La mujer parecía mayor de lo que era. El sufrimiento por la pérdida de Ed había pasado una factura en los rasgos delicados de su rostro, que ahora mostraban infinidad de pequeñas arrugas y que, además, había ensombrecido los antes claros arcos de sus cejas. Había perdido la seguridad y la confianza que Tobías siempre recordaba en la distinción de su hablar y en la dignidad de su apariencia. Margaret era ahora una mujer en las puertas de la ancianidad cuya personalidad se había vuelto más frágil.

Hablaron sobre frivolidades. Después la mujer se interesó por cómo se desarrollaba su trabajo en la Agencia Espacial, y en este punto Tobías se vio obligado a contemporizar con ella despachando frases corteses pero carentes de información relevante. Le habría gustado desahogarse, pero entonces, además de crearse un grave problema personal, también se lo ocasionaba a la mujer caso de que incidentalmente pudiera hacer cualquier comentario a la persona equivocada. Margaret comprendió que las respuestas automáticas de Tobías al respecto obedecían a la confidencialidad propia de su jefatura y lo asumió con bondad.

—Tobías, no te he llamado por nada relacionado con tu trabajo actual, —dijo finalmente la mujer suspirando—. Me alegro mucho de verte tan viril y cortés como siempre. —La mirada de Margaret se fijó en él llena de orgullo—. Sé que puedo confiar en ti... Ed lo habría hecho también. —La voz se quebró ligeramente en ese punto, pero prosiguió—. Estoy haciendo algunas reparaciones en casa porque... estoy

pensando en venderla, y en mudarme. Es una decisión dolorosa, pero, esta casa y este lugar creo que deben permanecer en el pasado tal y como la recuerdo. Ahora, vacía y mustia, estoy contaminando la memoria de muchas cosas agradables y dulces con el deterioro y el vacío. No debe ser así... —La mujer se quedó pensativa unos segundos—. Los obreros que están reparando las paredes que se encuentran en peor estado, al retirar uno de los paneles, hallaron esto. Creo que Ed lo había escondido... y creo que era para ti.

Entonces alargó en dirección a Tobías un sobre blanco que reposaba en una mesita, junto al sillón en el que se encontraba sentada. Tobías lo tomó en su mano y echó un vistazo a su interior. Un *pendrive*.

—Cuando Ed falleció... todos decían que fue un suicidio, pero yo sé que no es así. Él había descubierto algo y cuando quiso contártelo a ti... estoy seguro de que tú eras el primero al que habría acudido... sucedió...

Margaret no pudo acabar la frase, una lágrima cristalina se deslizó por su mejilla. Tobías le tomó la mano y murmuró palabras de consuelo para aliviar el dolor de la anciana. En la otra mano, sostenía, como si fuera un objeto del cual dependía su vida, el *pendrive* de Ed.

* * *

Un presentimiento funesto embargaba a Tobías en su regreso al despacho en el Centro Espacial Johnson. Sin duda era el mensaje que Ed había intentado hacerle llegar, el mensaje que le había costado la vida. No podía tratarse de otra cosa. Al parecer había escondido la información a salvo de la exhaustiva revisión que se había llevado a cabo en la casa del difunto jefe de vuelo. Todos estos años escondida, a la espera de un golpe de suerte.

Subió la escalinata del edificio principal de dos en dos, pasó los controles de seguridad con impaciencia y el ascensor le llevó hasta la planta de su despacho. Tan pronto como se sentó introdujo el *pendrive* en la ranura del ordenador. Notaba que su respiración se aceleraba.

¿Estaba seguro de que quería saber?

Un archivo de vídeo.

«El mensaje de Georgina».

Lionel y Charles siempre se habían escudado en la necesidad de esconder de forma rotunda el contenido del mensaje que Georgina había enviado. Se trataba de una especie de prueba de la verdad. Cualquier pista o indicación podrían desvirtuar la comprensión de la naturaleza del *Octaedro*, de su verdadero poder. Era necesario verificarlo sin interferencia alguna.

Ahora él estaba a punto de verificar el alcance del descubrimiento. Comprendía que se estaba jugando su puesto de trabajo. Pensó en las recriminaciones que Beatrice podría hacerle, ahora que estaba embarazada, y de que su sueldo era más necesario

que nunca. Si lo hablara con ella, como experta abogada, le habría llenado la cabeza de mil razones jurídicas por las que tal vez era mejor ignorar el contenido de aquel archivo y entregarlo, o incluso destruirlo.

«Al diablo», pensó. Se trataba de sus amigos. Eran ellos los que estaban allí arriba. Hizo doble clic en el archivo y una ventana de vídeo se abrió instantáneamente.

Era Georgina, sin duda.

Tras la escafandra se distinguían, bajo el gorro protector, los rasgos de su semblante, suaves, iluminados por un resplandor verdoso, que contribuían a reforzar su mirada decidida, pero incapaz de esconder el temor que sentía en ese momento.

Tobías suspiró.

Puso toda su atención en todo cuanto aparecía en pantalla. Escasos minutos de grabación en los que Georgina parecía estar a punto de dar una información que alteraba todo cuanto se sospechaba sobre la naturaleza del *Octaedro*. Sin embargo, la grabación concluyó abruptamente. Tobías se incorporó violentamente por el final inesperado. Repitió la última secuencia varias veces, hasta que no le cupo la menor duda de lo que había presenciado.

Poco a poco, todo su ser, fue presa de una ira intensa, desatada. Él, que no era proclive a enfadarse, sino a meditar bien cada acto, que era la persona más diplomática que en numerosas ocasiones tanta gente le había dicho sobre él mismo, Beatrice siempre se lo decía, perdió el control por completo. Salió de su despacho hecho un basilisco. Ni siquiera esperó al ascensor. El despacho de Lionel estaba un par de plantas más arriba. Subió por la escalera a toda velocidad.

La secretaria del coronel intentó preguntarle algo, pero Tobías ni siquiera esperó, sino que abrió la puerta abruptamente. Lionel, que estaba leyendo un legajo de documentos, le miró de reojo, sorprendido pero molesto a la vez, mientras buscaba con la mirada a su secretaria, una mujer de uniforme y pelo recogido que se apresuró a interponerse entre su jefe y Tobías. Pero fue una maniobra inútil por completo.

Tobías se plantó frente a Lionel, lo tomó de la corbata y lo obligó a incorporarse violentamente, y antes incluso que pudiera gritar una objeción, le propinó un puñetazo en la mejilla con todas sus fuerzas. Lionel cayó aparatosamente sobre su sillón y tanto el militar como el mueble, fueron a caer al suelo con estrépito. Tobías oyó como la secretaria solicitaba ayuda mientras intentaba interponerse de nuevo entre él y Lionel.

Pero aún no había acabado. Logró zafarse de ella, y pudo colocar un nuevo puñetazo a Lionel cuando estaba a medio incorporar, que volvió a caer aparatosamente sobre el sillón volcado. Alguien le sujetaba el brazo, que lo tenía tenso como el acero dispuesto a soltar una nueva descarga sobre el desgraciado militar tan pronto tuviera ocasión de ello. Pero de pronto Tobías se encontró llevado en volandas más allá de su voluntad, alejándolo del escritorio de Lionel. Dos forzudos militares, incluso más altos que él mismo, lo habían tomado de cada brazo y

lo oprimían con fuerza contra una de las paredes del despacho. Tobías estuvo a punto de zafarse de nuevo. Una idea ardía en su cerebro. Quería golpear a Lionel hasta acabar con él.

Deseaba insultarlo, pero era tanto el esfuerzo que ejercía para escapar del cerco al que era sometido que solo podía gruñir. Varios militares más se sumaron a la refriega y Tobías quedó definitivamente sujeto.

—¡Llévenselo de aquí! —gritó enfurecido Lionel—. ¡Detengan a ese hombre y métenlo en un calabozo!

Tobías vio entre los rostros de los soldados que se apelotonaban contra él, a Lionel hecho una furia, con el rostro ensangrentado y un ojo completamente morado. Se llevó unos pañuelos de papel a la cara para contener la hemorragia de la nariz, de la que manaba una sangre de un rojo vivo.

Le iban a colocar unas esposas cuando de pronto llegó Charles, que preguntó exaltado, que es lo que había sucedido allí.

—Lo sé todo, malditos... —logró balbucir Tobías, que apenas podía hablar por el peso de los hombres que lo sujetaban.

—Lo sé todo... Charles... Sois unos cabrones... Teníais que haberlo dicho... He visto el vídeo...

Charles le miró perplejo. Tobías se apercibió que incluso el semblante de Lionel palidecía.

—He visto el vídeo, malditos bastardos...

—¿Georgina? —preguntó Charles en voz baja. Pero el silencio era absoluto ya en el despacho y Tobías lo oyó perfectamente. Asintió.

Charles suspiró. Los segundos parecieron años, pero finalmente habló.

—Déjenos solos...

—Pero señor, —objetó uno de los militares, el que ostentaba mayor rango.

—Tobías... ¿vas a ser capaz de hablar como una persona madura o quieres que te encerremos por media docena de cargos graves? —Inquirió Charles visiblemente enfadado.

Tobías sintió como su furor menguaba. ¿Había algo que hablar?

Gruñó, pero finalmente accedió.

Charles ordenó a todos los militares que se retiraran, y estos, previo asentimiento de Lionel, obedecieron.

Cuando los hombres abandonaron la estancia Tobías se encaró con Charles.

—He visto como asesinaban a Georgina, —le reprochó con rabia, mientras tomaba una silla y se sentaba saturado de crispación.

* * *

Los tres hombres se miraron en silencio durante largos segundos. El ambiente era eléctrico. Tobías seguía estando furioso y notaba, dentro de sí, que cualquier

provocación lograría alterarlo, si bien su ira ya estaba contenida, su mente se había enfriado. Se daba perfecta cuenta, desde hacía tiempo, de que él mismo era un hombre peligroso por lo que sabía, por lo que podía revelar a la prensa, en caso de que se planteara desenmascarar todo lo relacionado con la *Trinity*, la *Destiny* y el *Octaedro*. Él, Tobías, había sido el rostro visible del accidente de la *Destiny* y el público y el país lo reconocería de inmediato si ahora convocaba a los medios por su cuenta y riesgo. Durante las ruedas de prensa posteriores trabó contactos con diferentes periodistas. Era cierto, era una persona a tener en cuenta y estaba asumiendo un riesgo enorme al plantar cara a los planes del gobierno. Esa posibilidad, desenmascarar sus conspiraciones, la había considerado innumerable cantidad veces, pero no ignoraba que si acudía a la prensa no tendría nada que ganar, y todo que perder. ¿Y qué sucedía con su conciencia si se quedaba de brazos cruzados? Si algo le ocurriera a alguno de sus amigos... ¿qué clase de dignidad tendría? Tobías se daba cuenta de que no podría vivir con semejante carga. A menudo había meditado sobre ello, y siempre cabía la posibilidad de que la misión, aún siendo peligrosa, acabara bien.

Así que desde hacía tiempo atrás había tomado la resolución de que denunciaría la situación de sus compañeros si se tornaba en una necesidad perentoria. Ahora ese compromiso se había tornado ineludible. Georgina moría... y ellos lo sabían. Miraba a Charles y este dejaba pasar el tiempo tranquilamente. Tobías tenía la impresión de que estaba eligiendo cuidadosamente los argumentos que iba a esgrimir para volverlo a poner de su lado.

—Tobías, no estamos seguros de lo que es exactamente el *Octaedro*.

Tobías bufó.

—¿A estas alturas me revelas eso? Por otro lado es algo difícil de negar habida cuenta de que yo he visto el vídeo, he oído el mensaje... es Georgina, en el *Octaedro*, algo que evidentemente aún no ha sucedido porque todos sabemos que Georgina y la *Destiny* todavía están a millones de kilómetros de ese artefacto. Es obvio que esa máquina alienígena tiene una tecnología que nos aventaja en siglos, tal vez milenios. ¡Estamos viendo el futuro, lo que va a suceder!... y esa grabación fue obtenida hace tres años. ¿Qué otra explicación hay para algo así?

Charles y Lionel intercambiaron una significativa mirada.

—¿Y si no lo fuera? ¿Si fuera algo diferente?

—Debemos advertir a Georgina... Está a punto de morir... ¿Qué te sucede Charles? Es Georgina... —Tobías no estaba dispuesto a admitir algo distinto de lo que para él, era a todas luces una clara evidencia.

Charles le miró con compasión.

—Tobías, es mucho más que la vida de Georgina lo que está en juego, es la vida de la Humanidad entera. No sabemos qué es ese artefacto, si se trata de una máquina del tiempo... una máquina que las leyes de la física que conocemos nos demuestran que es absolutamente imposible que exista, u de otra cosa que ni si quiera alcanzamos

a imaginar. La lógica nos dice, por lo que sabemos de Ciencia, que ha de tratarse forzosamente de otra cosa, y en ese caso la vida de Georgina estaría a salvo. Pero si no fuera así, si se tratara efectivamente de una máquina del tiempo...

Charles dejó la frase sin acabar.

—Si se tratara de una máquina del tiempo, Tobías, la Humanidad entera corre auténtico peligro —concluyó drásticamente Lionel, malhumorado. Aún se llevaba periódicamente un pañuelo de papel a la cara que después arrojaba a la papelera con manchas de sangre.

—Estáis jugando con la vida de una persona, de una compañera, de una amiga... —suplicó Tobías, que no estaba dispuesto a dejarse vencer.

—Georgina es la única persona, que sepamos, que ha logrado llegar lo suficientemente lejos, dentro del *Octaedro*, como para comunicarse con la Tierra. Es una baza importantísima, y tal vez los hechos no sucedan como hemos visualizado en el mensaje de vídeo. Tal vez el *Octaedro* es capaz de reconstruir hechos más o menos probables... y estaríamos visualizando simplemente una infografía de hechos probables...

Tobías sacudió la cabeza.

—No me explico como algo tan evidente, tangible, obvio... puede entrar en la esfera de lo probable. Estáis negando lo evidente.

Charles desaprobó las palabras de Tobías.

—Tobías, —le dijo—, estamos hablando de una tecnología que ni siquiera soñamos emular. Escapa por completo a nuestra capacidad. Si es una máquina del tiempo ¿te das cuenta de las posibilidades que proporciona al gobierno o personas que la controlen? Hasta a mí me da miedo pensar en las consecuencias... El pasado, susceptible de ser cambiado por un grupo de personas facilitaría que estas acumularan un poder colosal y convirtieran al resto de la humanidad en parias. El mundo ya es suficientemente injusto para que ese poder aumente las diferencias. — Charles hizo una pausa y se serenó—. ¿Has considerado que si tal posibilidad fuera cierta no quedaría más remedio que destruir el *Octaedro*? Esto es absolutamente confidencial, pero sabemos que China está desplegando su arsenal militar. Van a por todas Tobías... y nos consideran sus enemigos, sus rivales por el control de una poderosa tecnología.

Charles se puso en pie y paseó por la habitación. Tobías tenía una sensación de pesadilla, como si llevara encerrado en aquel despacho días y días, golpeándose la cabeza contra un muro, incapaz de hacer entrar en razón a aquellos hombres.

—De hecho la pregunta que me ronda la cabeza desde hace semanas, —continuó el administrador de la NASA—, es por qué una civilización alienígena habría dejado a las puertas de nuestra casa un regalo tan peligroso e incontrolable como ese. Parece una verdadera prueba de superación que consiste en validar si la Humanidad es capaz de rechazar la tentación de un poder tan colosal que seguramente acabaría

provocando nuestra propia autodestrucción. ¿O tal vez era eso lo que pretenden? ¿Una prueba de madurez?

Tobías se puso también en pie. Le costaba mostrarse sereno. Pensaba en la posibilidad de comunicarse con la *Destiny* a espaldas de Lionel, pero sabía que todo el equipo de control era militar, sus mensajes eran ineludiblemente censurados. De hecho, ya había intentado avisar a los tripulantes de la *Destiny* de que algo no era correcto. ¿Se habrían dado cuenta? Idear una estratagema para que Georgina no fuera al *Octaedro* era algo que parecía irrealizable al menos si era demasiado explícita.

—Estáis pensando en destruir el *Octaedro*... y la *Destiny*... eso no sería problema, porque todo el mundo da a los astronautas por muertos... —concluyó en voz baja.

Charles negó con la cabeza.

—Lo único que nos preocupa ahora es no iniciar un conflicto militar de proporciones descabelladas. Los chinos ya han visto el *Octaedro*, aunque no han comprobado el poder que esconde, pero lo sospechan. La presencia de varias naves Delta, de la NASA y de BHPbilliton, sin que se haya revelado al mundo su existencia, suponen motivos más que suficientes para despertar su susceptibilidad. La pregunta que se hacen ellos ahora es la siguiente: ¿Qué pasará si los norteamericanos se hacen con el control?

Tobías volvió a sentarse. Todo, absolutamente todo, parecía un plan descabellado.

—¿En qué os basáis para decir que no es una máquina del tiempo?

Charles miró a Lionel, y fue este el que contestó.

—Es una conjetura, una simple conjetura..., pero es lo mejor que tenemos.

Capítulo 41

Tobías se sentó frente al monitor. Solo en su despacho se disponía a grabar un nuevo mensaje de vídeo destinado a la *Destiny*.

Se hallaba confundido, saturado de emociones contradictorias. Sus ganas de renegar de todo aumentaban día a día, pero abandonar a sus amigos a su suerte era algo impensable. En la confrontación de ambos propósitos vivía un estado de preocupación que lo desgastaba a ojos vista. En los últimos meses hasta su relación con Beatrice se había enfriado. Su ánimo aletargado no ayudaba a superar la frustración de su vida laboral. Incluso el estado de buena esperanza de Beatrice no lograba disipar su apariencia taciturna. Si al menos pudiera resolver ese frente sabría que tendría un punto en el que apoyar su vida, pero esa adversidad ensombrecía aún más sus pensamientos, y el llegar a casa, aunque suponía un alivio a sus preocupaciones, no lograba sortear los obstáculos a base de engaños y mentiras erigidos por Lionel y Charles, y la preocupación por la suerte de sus amigos pesaba... Y si a eso añadía la creciente tensión internacional, derivada de circunstancias que ni siquiera podía revelar a Beatrice, su cabeza parecía a punto de estallar por aquel cúmulo de problemas.

Las comunicaciones con la *Destiny* eran muy esporádicas. Lionel había impuesto esa condición hacía tiempo. El riesgo de que se interceptaran las transmisiones era una cuestión delicada, que amenazaría a insignes personajes, muy por encima de sus cabezas. Si ellos lo habían logrado en su día con la *Maoxian*, posiblemente los chinos podrían acabar haciendo otro tanto si descubrían la existencia de la *Destiny*. Tobías empezó a entender que caso de revelarse el secreto de la misión de la *Destiny*, la pérdida de su reputación iba a ser lo de menos. La prensa y la política se lanzarían al cuello del más alto dignatario del gobierno. Posiblemente las cascada de acontecimientos no acabara en simples responsabilidades políticas. Podría desatarse el caos social y económico cuando el mundo supiera de la existencia del *Octaedro*, y la presión sobre el gobierno americano por parte de muchas naciones del mundo se intensificaría. Empezaba a entender que no era él solo el que soportaba todo el peso de cuanto acontecía con la *Destiny*. A fin de cuentas, era una cuestión de Estado.

Pero a raíz de la última controversia con sus superiores, una idea terrible se imponía en su convencimiento, y el paso de los días no hacía sino corroborar su impresión. Sospechaba que los mensajes que él grababa en su despacho, destinados a los integrantes de la tripulación de la *Destiny*, en los que les notificaba sobre todo aquello que debería concernirles en cuanto a su seguridad e interés, eran distintos de lo que la *Destiny* recibía.

La idea había surgido un día, inopinadamente, viendo una película con Beatrice y otros amigos, en la que alguien hizo hincapié que uno de los actores que figuraban en el reparto no era realmente una persona física, sino un actor renderizado por

ordenador. El comentario se prestó a bromas pues el ambiente era relajado, hasta que de pronto un recelo ensombreció el ánimo de Tobías. De pronto una infinidad de pequeños detalles cuadraron. Tobías había remitido en más de una ocasión advertencias o consideraciones de las cuales no obtenía respuesta alguna en los mensajes de vuelta de la tripulación de la *Destiny*. Al principio no les dio ninguna importancia. Pensó, «esta gente ni siquiera considera mis advertencias porque están seguros de lo que quieren hacer». Pero ahora temía seriamente que aquellas partes más delicadas o controvertidas de sus mensajes habían sido suprimidas... y lo que era peor, quien sabía si incluso no existía un doble virtual que manipulaba definitivamente todo cuanto él desease transmitir a sus colegas.

Se disponía a grabar el último mensaje previo a la llegada de la *Destiny* al *Octaedro* y estas consideraciones resultaban extraordinariamente presentes en sus pensamientos. El mensaje anterior se había transmitido hacía ya dos semanas. La *Destiny*, y por ende el *Octaedro*, se encontraban en Conjunción con la Tierra, esto es, se hallaban en el área diametralmente opuesta del sistema solar, la mayor distancia que podía existir entre el artefacto y la nave espacial, y la Tierra. Eso ralentizaba lamentablemente las comunicaciones, hasta imposibilitar por completo el mantenimiento de una conversación en vivo. Sumado a ello los protocolos de seguridad impuestos por la USAF, el mensaje que se disponía a grabar Tobías le parecía como el desesperado intento de un naufrago de hallar salvación por el método de lanzar una botella conteniendo un mensaje de socorro al océano.

—Queridos amigos.

Tobías carraspeó. Se sentía incómodo. Miró a la nota en la que había escrito con su caligrafía esbelta, las ideas que no quería omitir en su alocución.

—Queridos amigos —repitió—. La situación se está complicando en casa. La tensión internacional se ha disparado en las últimas semanas. El conflicto del Mar de China se ha recrudecido y las amenazas de los servicios diplomáticos entre varios países de la región han provocado una serie de refriegas militares que tienen a todo el mundo preocupado. Después del ataque de represalia de la Armada, varios países que reclamaban los atolones de los que se había apropiado China décadas atrás, han sido tomados. Vietnam, Indonesia y Filipinas asaltaron con sus fuerzas militares varios de ellos. Pero la Armada china respondió con una violencia inusitada y técnicamente todos esos países se encuentran en guerra. El compromiso de nuestro gobierno es de apoyar sus legítimas aspiraciones. De momento las hostilidades están teniendo lugar en el campo marítimo, pero ya se han producido escaramuzas aéreas en diversos puntos de Vietnam y Filipinas y el ejército chino se está movilizándolo. También lo hacen nuestras tropas.

Tobías se detuvo. No, no iba a hablar del estado de máxima alerta en la que se encontraban las tropas que gestionaban los misiles balísticos de ambas potencias. Aquello no aportaba ningún comentario esperanzador y no iba a ayudar en nada a la

gente de la *Destiny*. ¿Sería censurada su explicación de cómo iban las cosas en casa? Estaba convencido de que sí que lo sería.

—Como os dije en mi mensaje anterior, me siento preocupado por las circunstancias en la que se perdió la comunicación por parte de la tripulación de la *Maoxian*. Aquí se acordó que tenéis plena libertad de detener la marcha de la *Destiny* y regresar a casa. Siempre queda la otra nave de la BHPbilliton que puede intentar el abordaje del *Octaedro*, y ellos al menos, van armados. Estoy muy preocupado por vuestra seguridad... pero comprendo que es una decisión vuestra. Me gustaría que me confirmarais que estáis al tanto de los riesgos que asumís.

Hizo una pausa. Una pausa larga. ¿Comprenderían sus amigos lo que estaba intentando hacer? No, no creía que fueran capaces de darse cuenta, pero al menos debía intentarlo.

—Hay un punto importante, una novedad, en lo que respecta al *Octaedro*. Diversos radiotelescopios bajo nuestro control total han estado realizando un seguimiento exhaustivo del artefacto desde que fue descubierto. No tenemos mucha información, pero sí parece confirmarse un hecho que alimenta su naturaleza como máquina del tiempo. Al parecer su capacidad gravitatoria no está en consonancia con el volumen que tiene. Varios teóricos han formulado la propuesta de que es muy posible que en su interior se esté generando una singularidad que altera por completo el espacio tiempo a su alrededor. Dicho en cristiano, el *Octaedro* tiene muchísima más masa de la que debería. Algunos postulan la existencia de un agujero de gusano en su interior.

Después de otra pausa pasó a detallar una serie de aspectos técnicos que debían tener en cuenta en la maniobra de frenado, que ya se hallaba próxima a su ejecución. Todos los datos llegarían en un archivo informático que se les transmitiría a continuación, pero Tobías había hecho un resumen del procedimiento a fin de que la maniobra estuviera perfectamente calculada. Todas sus preocupaciones no habían impedido que realizara su trabajo con la mayor profesionalidad posible.

Finalizó. Envió el archivo a la sección de transmisiones. Había cumplido con su cometido.

Al menos lo había intentado. Era todo cuanto podía hacer desde allí.

Rogaba al Cielo que se dieran cuenta.

Capítulo 42

Garland llevaba una vida reflexiva en la *Destiny*. Apenas conversaba con los demás. No seguía las bromas o hilos conspirativos de Crazybit, ni participaba en las elucubraciones en los que el resto del grupo se entretenía en las horas de asueto. Visto exteriormente, resultaba una persona introvertida, aunque en su interior se agitara una tormenta que lo hacía sufrir.

Aún entonces, después de la larga travesía en la *Destiny*, era presa de dudas acerca de lo acertado de su decisión. Comprendía que la determinación de la NASA de haber llevado a cabo la misión sin su presencia, y siempre contando con Georgina, era inamovible. No era un capricho siquiera de Charles. Garland comprendía perfectamente que se había iniciado una carrera mundial por el apoderamiento del *Octaedro*, en el que de momento participaban dos naciones..., y quien sabía si una multinacional que no obedecía a estrictos deberes patrióticos, sino a otros más espurios. Si hubiera alertado a Georgina sobre el incipiente cambio en el destino de la *Soyuz*, habría sido sustituido por otro astronauta cuya lealtad hacia ella podría ser inexistente. Y Garland comprendía que se trataba de una misión de alto riesgo. Claro estaba que podría haber evitado de alguna manera que Georgina participara... aunque no sabía exactamente cómo. Ese deambular mental de una consideración a otra lo agotaba y lo mantenía ensimismado. Caso de que él hubiera destapado el asunto, Lionel y Charles habría reclamado a Georgina su sentido patriótico y de lealtad al país para reclutarla para la *Destiny*... con él fuera. Y Georgina habría aceptado, no era de las personas que rehúyen el deber.

Y por otro lado ya no podía ocultarse a sí mismo una dolorosa realidad que ahora, en una convivencia cercana y constante, lo sometía a un sentimiento de amargura atroz. Sí, estaba enamorado aún de Georgina, y su cercanía no era más que un recordatorio de ese amor imposible. Mantenía la compostura, actuaba con perfecta indiferencia ante los demás, pero en ocasiones debía encerrarse en su camarote a descansar y tranquilizarse, cuando el dolor de la pérdida irremediable parecía ocupar cada célula de su cuerpo. Todos sus sentimientos, casi enterrados durante el último lustro, habían permanecido intactos bajo una pátina de nostalgia y olvido. Durante las sesiones de preparación en el Centro Johnson la atracción por ella había resurgido con fuerza, pero habían sido en las semanas de rápido viaje camino del *Octaedro* cuando los sentimientos había regresado con un ímpetu mucho mayor que antaño.

No necesitaba justificarse ni disculparse. Aquel era un amor imposible, un amor roto, que pertenecía a su pasado. Tan solo le quedaba deleitarse en los rescoldos de esos recuerdos de años atrás. Cuando se conocieron, cómo flirtearon como colegiales en un interminable verano que ambos ingresaron en la NASA, y cómo siguieron una trayectoria profesional que desembocaría en la misión a Marte en la que los dos

participarían. Todo había propiciado una relación intensa que iba a finalizar en un espléndido matrimonio.

Nunca comprendería lo que sucedió en aquella estúpida noche en casa de Peyton, jamás se entendería a sí mismo y su irreflexivo ímpetu del instinto carnal, que le llevó a una situación tan irrefrenable como inesperada. ¿No podía expiarse de alguna manera aquel error de su pasado? Estaba dispuesto a todo.

Afortunadamente, al menos, el trato con Georgina se había normalizado. Ella tenía buen corazón y su carácter era disciplinado. No era una muchacha alocada gobernada por una caprichosa emotividad. Al enfado inicial por el cambio de planes al que él había sometido al resto de la tripulación, siguió una semana de recriminaciones severas, pero en cuanto asimiló el actual status se regresó a la normalidad previa al incidente. Había aceptado finalmente sus explicaciones, y Garland no sabía exactamente en qué grado, pero de alguna forma las daba por válidas.

Ahora que faltaba poco para la llegada al *Octaedro* arreciaban las tentaciones de sincerarse con Georgina, y una y otra vez se negaba a entrar en ellas. El primero ante el que se sentía desacreditado era ante sí mismo. No confiaba en su propia palabra y consideraba, que aunque sus sentimientos por Georgina eran firmísimos, se juzgaba a sí mismo como un hombre roto, incapaz de mantener su palabra o su compromiso. Al menos, se decía, no podría hacerle eso de nuevo a Georgina. Tan solo le consolaba su disposición fatal a hacer cuanto estuviera en su mano por protegerla, eso era lo único a lo que se aferraba.

Cada vez que hablaba con ella era esa determinación la que le servía para mantenerse firme y no desmoronarse, para no desfallecer ante el abatimiento que lo asediaba, o para no sucumbir a la simple desesperación. Él mismo se encadenaba y amordazaba a fin de no arrastrar a la mujer que amaba a la misma situación que antaño.

* * *

Garland reflexionaba sobre todo esto, una vez más, tumbado en su camarote cuando alguien llamó a su puerta. Georgina se introdujo discretamente una vez dio permiso. De inmediato se incorporó y ofreció la silla de un pequeño escritorio para que la mujer tomara asiento. Aunque no era la primera vez que hablaban a solas, sí lo era que se introducía en su habitación. Garland no pudo evitar mostrarse expectante por lo que Georgina querría comentarle.

La mujer sonrió al ver la evidente avidez de su compañero y sonrió.

—Necesitaba charlar con alguien... —explicó finalmente a modo de introducción—, y ahora resulta que eres tú en quién más confío.

A Garland esas palabras le supieron a gloria. Bien era cierto que sus dos compañeros ofrecían perfiles que no parecían muy fiables, pero eso a Garland le daba

igual.

—Me ha dejado preocupada el descubrimiento que ha hecho Crazybit respecto a la transmisión de Tobías. ¿Qué te parece?

Garland estaba tan absorbido por sus propias cuitas que incluso el descubrimiento del mensaje retocado de Tobías del que se había percatado Crazybit no le había inquietado demasiado. Era obvio para él que no podían fiarse de lo que les decía la Tierra, y aquel descubrimiento había sido la constatación. Sin embargo, desde su perspectiva fatalista de las cosas, el hecho de demostrarse una conspiración que los mantenía en un engaño, o al menos, ignorantes de toda la información que deberían tener, no añadía nada nuevo.

—Sí... es verdad. Crazybit estuvo muy acertado al revisar el mensaje de vídeo y analizarlo minuciosamente. Fue muy hábil descubrió que las manecillas de un reloj desenfocado, situado en el fondo de la imagen sobre una estantería abarrotada de libros, se desplazaban de manera incongruente. Había que estudiar muy a fondo el vídeo para descubrir algo así... Es bueno el tío, lo reconozco.

Crazybit había organizado una trifulca cuando lo descubrió, el día anterior, llamando a todos a la sala de comunicaciones donde demostraba, sin género alguno de dudas, que el mensaje había sido trucado. Estimaba que cinco minutos de conferencia habían sido sustituidos por conversación insulsa. Houston, o la Tierra, como decían ellos en su argot particular, se desentendía de sus preguntas y requerimientos. Los estaban dejando solos, que corrieran con todo tipo de riesgos, y Tobías ni debía darse cuenta de cómo estaba siendo utilizado. Y detrás iban los supervisores de BHPbilliton a vigilar que todo saliera bien.

—Me preocupa, Garland... me preocupa todo esto. ¿Por qué no nos dicen la verdad? La única explicación que se me ocurre es que tal vez sea una misión demasiado peligrosa. ¿Qué nos dice Tobías que no han querido que sepamos? No dejo de preguntarme por ello... y las respuestas que me doy me dejan muy intranquila.

La expresión de Georgina pareció descomponerse por momentos y parecía que iba a romper a llorar. Garland experimentó una oleada de compasión por ella.

—Georgina. Confía en ti misma. Sé que piensas que tienes una gran responsabilidad...

—¿Qué se supone que debo hacer? —Le interrumpió ella con el semblante descompuesto—. Ese maldito vídeo que se supone que ha llegado del futuro... ¿qué digo o qué hago? Maldita sea... me preocupa y mucho, Garland.

Garland le sonrió. Sintió el calor de haber vivido alguna situación con ella similar a esa, anteriormente, hacía muchos años, casi como si fuera otra vida, en la que la había visto preocupada realmente por algo, que ahora, en la distancia, carecía de importancia... y tan solo habían pasado cinco años desde que estrechara aquella mujer entre sus brazos por primera vez.

—Georgina, te conozco muy bien. Eres fuerte. Siempre sabes lo que hay que hacer... y cuando llegue el momento... sé que estaré orgulloso de ti.

Garland pronunció esas palabras sinceramente, con su corazón, y para su sorpresa, Georgina se dejó caer en sus brazos. Sintió como lloraba serenamente sobre su hombro y mientras la abrazaba, sentía romperse en mil pedazos, incapaz de ver sufrir a la persona que amaba.

—No te preocupes. Yo estaré junto a ti, siempre, en todo momento, pase lo que pase, cuidaré de ti. Siempre me he preocupado por ti, ¿sabías? Incluso en estos años que no nos hemos visto...

Georgina se secó las lágrimas avergonzada y sonrió infantilmente al darse cuenta de lo que le decía Garland.

—¿Qué estás diciendo?

Garland suspiró, negando. No quería haber dicho aquello, pero la emoción del momento lo había delatado y había sido incapaz de no sincerarse. Ya no podía echarse atrás.

—Sí, en estos años siempre he procurado saber de ti. Seguí tus pasos profesionales, dónde trabajabas o qué hacías. Incluso asistí a un par de conferencias tuyas en el museo de la Ciencia de Nueva York. Iba bien disfrazado entre el público. Fue para mí un orgullo verte desenvolver tan bien. Incluso cuando has aparecido alguna vez en televisiones locales también estuve pendiente.

Georgina sonrió ahora con más ganas, incluso se rio.

—Menudo par de tontos somos, —exclamó mientras se secaba las mejillas con la manga de su camiseta—. Yo también me esforcé por saber qué era de ti. Seguí tu periplo universitario, recorriendo diversas universidades del país... y las publicaciones también las leía con interés.

—¿Leíste alguno de mis libros? —preguntó Garland desconcertado.

—No, eso no. Hasta que no nos volvió a juntar Tobías no sabía que seguías escribiendo ciencia ficción. Quien iba a saberlo si utilizas seudónimo.

Garland se sintió confuso. No esperaba que Georgina hubiera estado pendiente de él en todos esos años. Era una noticia que lo conmocionaba, pero que también le provocaba una enorme alegría. Por un momento había olvidado por completo dónde se encontraban y la existencia del *Octaedro*.

Pero el semblante de Georgina se ensombreció.

—Peyton me preocupa... y una de las razones ni siquiera me atrevo a comentártela. Fue un razonamiento de Crazybit, una conjetura...

Garland le miró extrañado.

—¿Te has fijado en el sobre azul que ojea de vez en cuando?

—¿Sobre azul? —Garland se estremeció de pronto. Un recuerdo lejano había aflorado inesperadamente—. ¿A qué te refieres?

—Crazybit ha pillado a Peyton con un sobre azul que tiene un extraño emblema plateado en su dorso, un octaedro. Es algo de lo más misterioso. Yo he estado atenta

también pero no he llegado a verlo. No obstante, no creo que Crazybit mienta en algo así. Pero... ¿qué te ocurre? ¿Qué piensas?

Garland se había quedado de piedra. La mención al sobre con el emblema de un octaedro le trajo una oleada de recuerdos que le obligó a contener la respiración. La vista la había fijado en el suelo, aunque no veía nada. Su mente se había abstraído en el pasado.

—La noche fatídica, en la casa de Peyton... le vi con un sobre azul, tal como lo describes. Tuvo un pequeño rifirrafe con Lionel, que intentaba robárselo... Fue una situación surrealista, que desembocó en la pelea que tuvimos él y yo...

Las palabras de Garland murieron en un suspiro. Georgina calló. Optó por cambiar de tema.

—Además, Crazybit parece que ha descubierto algo desconcertante, que también me preocupa. Peyton es al parecer un accionista principal de BHPbilliton Spaceminner... ya sabes, la compañía que apoya a nuestro gobierno en su conquista del espacio. Es sospechoso que nunca haya mencionado nada al respecto. Peyton es verdad que siempre fue muy reservado respecto a la riqueza o las empresas que poseía... pero esta confluencia de circunstancias me resulta extraña.

Garland asintió, preocupado.

—Si algo he aprendido estos años es que Peyton es un enemigo terrible. No podemos ir de frente... o al menos, no veo la manera que logremos que nos reconozca nada. Callará y negará si intentamos dar a entender que mantiene unos intereses distintos a la versión oficial. Sabes cómo es él... al menos, cómo es él ahora.

—Sí, lo sé, —asintió Georgina—. Debemos pensar en algo. Queda poco tiempo para llegar al *Octaedro*... y tengo miedo. No solo es por lo que vamos a encontrar allí. Me preocupa Peyton... y la nave que sigue tras de nosotros.

Georgina volvió a abrazarse lentamente a Garland. Parecía agotada y débil. Él la abrazó con ternura mientras la fragancia de la mujer le arrastraba a un sinfín de pensamientos, que finalizaron, una vez más, en la férrea determinación de protegerla a toda costa.

Parte 4

EL OCTAEDRO

Capítulo 43

Crazybit se había quedado solo en la *Destiny*.

La astronave permanecía en órbita baja alrededor del *Octaedro*. Lo habían establecido así en la semana previa a la llegada. No demorarían la visita a la nave alienígena.

El *Octaedro* resultaba increíblemente más impresionante en directo que cuanto podrían haber inferido de la observación de las numerosas imágenes con las que contaban. A pesar de cuanto la habían estudiado a fin de familiarizarse con su estructura, su inmensidad resultaba sobrecogedora. Eran la hormiga junto al elefante.

Había una preocupación en el equipo por una cuestión. La nave de la BHPbilliton estaba en camino. Por más que habían preguntado a Tierra sobre ella las respuestas eran esquivas. Tobías no decía nada en relación a dicha nave, como si careciera de importancia, ignorando manifiestamente sus preguntas o respondiendo con evasivas tranquilizadoras. Tras el descubrimiento de Crazybit, la razón empezaba a ser obvia. Habían censurado sus mensajes. Además se había impuesto el toque de queda en las comunicaciones, que se habían restringido considerablemente como medida de precaución. La seguridad era vital y Estados Unidos no quería descubrir la existencia de dicha misión por múltiples razones, una de las cuales era la crisis bélica con China. El descubrimiento de sendas astronaves americanas recién llegadas al *Octaedro* se prestaba a que fuera considerada como una potencial y letal amenaza por su rival asiático, más si se tenía en cuenta que la *Maoxian* había desaparecido.

Todo eso lo comprendía la tripulación, pero Crazybit era el más crítico y el más exaltado por la deriva que estaba adquiriendo su precaria situación en el espacio. Por esa razón el resto de la tripulación había convenido que él fuera el tripulante que debía quedarse a bordo. Todos coincidieron en considerarlo el más desequilibrado y el menos idóneo para abordar el *Octaedro*.

No obstante Crazybit tenía las ideas respecto a lo que hacer muy claras. Tan pronto vio abandonar a los astronautas la *Destiny*, embarcados en la *Columbus*, la pequeña nave de amartizaje, camino del *Octaedro*, abandonó el cuadro de comunicaciones de la *Destiny* y se dirigió a los camarotes. Desde hacía semanas una idea lo carcomía y por fin había llegado la hora de poner su plan por obra. Tenía todo el tiempo del mundo, ahora que por fin estaba solo.

Su obsesión, el sobre azul de Peyton.

Lo había pillado en más de una ocasión, meditabundo, leyendo el contenido de ese sobre. Nada habría pasado si no fuera por el emblema, un octaedro, plateado, que adornaba la cara principal del mismo. Peyton había tratado de ocultarlo y él había disimulado cuando lo descubrió, ahorrando una pregunta embarazosa. Pero no podía quitarse de la cabeza el hecho de haberlo visto y formular las preguntas de rigor que ese logotipo suscitaba. Confiaba en que Peyton hubiera asumido por su

comportamiento indiferente que no había visto nada. El Crazybit que conocía Peyton no era de los que se callaba algo así, siendo como era un quisquilloso preguntón y metomentodo.

Pero Crazybit tenía a Peyton entre ceja y ceja. No pensaba mostrar ni una sola de sus cartas.

* * *

El camarote de Peyton se encontraba en un orden escrupuloso, casi maniático. Toda la ropa ordenada, doblada en idénticas proporciones, apilada como si se expusiera en los estantes de una tienda. Tan meticuloso resultaba el orden que parecía impersonal.

Registró cada uno de los cajones. Inspeccionó cada pila de ropa, por si el misterioso sobre se encontrara escondido en alguna prenda. Deshizo la cama, por completo. Revisó el colchón sacándolo de su emplazamiento. No quedaba mucho por revolver. Desmontó los cajones del armario y los revisó de arriba abajo, por si tuvieran algo escondido con adhesivo en sus bases. Nada.

El camarote contaba con un aseo particular con ducha. Lo sometió al mismo exhaustivo escrutinio. Su imagen reflejada en el espejo le llevó a considerar el intentar sacarlo de su sitio. En vano. Entonces reparó en una pequeña muesca.

Se trataba de una pequeña marca en la pared, un panel fenólico de un color gris, de gran resistencia al desgaste, que era el material empleado en la compartimentación de la gran rueda que conformaba el módulo habitable de la *Destiny*.

La marca se encontraba junto al lavabo. A Crazybit le hizo pensar en algo que se movía y que a base de repetir el movimiento había ocasionado un leve desgaste en la superficie del panel.

Forcejeó con el lavabo. Resultaba inamovible.

Reparó en el soporte estético que ocultaba el desagüe. Sorprendentemente logró girarlo, creando una abertura a un compartimento imprevisto, el hueco entre el seno del lavabo y el panel fenólico en el que iba encastrado y que en sí mismo era un cubículo. Palpó a ciegas en su interior, y sus dedos tocaron una pequeña bolsa de plástico. La extrajo.

Una fina bolsa de plástico con cierre de ranura hermética, contenía lo que tanto buscaba. El sobre azul de Peyton.

Lo abrió. Sus dedos, temblorosos, recorrieron el emblema del *Octaedro*. Suspiró nervioso, al comprender que el dibujo representaba al *Octaedro* en sus más ínfimos detalles. A simple vista era un octaedro, pero al fijarse en su diseño se apreciaban líneas y relieves finamente trazados que se correspondían con las ranuras luminosas que recorrían las superficies planas de cada una de las caras de la gigantesca astronave. Incluso se apreciaba la entrada principal, una abertura rectangular en una de las aristas donde se unían las dos pirámides imaginarias.

Sintió una inquietud como nunca antes había experimentado. Su campo visual pareció reducirse considerablemente. Todo desapareció, a excepción del sobre azul. Sus dedos extrajeron con sumo cuidado varias hojas azules, único contenido del sobre.

Exclamó.

Fue algo por completo inesperado.

Aquella hoja misteriosa, contenía una serie de estrofas, casi parecía un poema, si no fuera porque estaba escrito en una caligrafía impensable. La misma que habían visto en el interior del *Octaedro*. Estaba escrito con jeroglíficos octos.

Y el poseedor de esa extraña misiva era Peyton.

Mil preguntas se agolparon en la mente de Crazybit... pero los nervios le obligaron a utilizar el baño en primer lugar. «Dichosa edad de mierda», se dijo mientras orinaba copiosamente e intentaba ordenar las ideas. «¿Qué diantres significa esto? ¡Qué diantres significa esto! Piensa inútil». Crazybit se reprochaba su incapacidad para determinar a qué obedecía ese texto, qué implicaba que Peyton fuera su poseedor. Mil conjeturas le nublaban el pensamiento. Hizo una foto del sobre y de los textos y procedió a dejarlo en el sitio donde lo había encontrado.

Pero una idea empezó a cobrar más fuerza. Dentro del nerviosismo al menos veía algo de luz.

«Peyton conoce este idioma. Lo domina. Lo entiende».

Iba camino de la sala de comunicaciones pero se detuvo.

«¿Qué voy a hacer ahora?... ¡Piensa!».

No podía comunicar por el hilo de comunicaciones y advertir a todos, incluido Peyton, que estaba al tanto de su secreto. Al menos de momento no.

De hecho... ¿qué iba a hacer?

Había corrido hasta sentarse frente al panel de comunicaciones. La pequeña nave de amortizaje, la *Columbus*, se aproximaba al *Octaedro*.

De pronto Crazybit lo recordó. Tenía una misión pendiente.

Desde que se había iniciado los preparativos para abordar el *Octaedro* habían transcurrido horas. Ponerse los trajes espaciales, chequear la *Columbus*, apertura de compuertas y maniobra de desacople... el protocolo había consumido mucho tiempo, tiempo que habían dejado en el olvido a su nave perseguidora. Y no querían que los de BHPbilliton interfirieran en su investigación del *Octaedro*.

Crazybit corrió de nuevo al cercano panel de control donde se hallaba el telescopio que monitorizaba a su perseguidor.

—¡Tan cerca!

La telemetría no podía estar equivocada. Si aquello era cierto la nave Delta que se aproximaba a toda velocidad se encontraba a unos pocos miles de kilómetros.

¿Cómo era posible si hacía una semana la distancia que los separaba era sideral?

Entonces Crazybit comprendió. Ellos, para situarse en órbita del *Octaedro*, habían llevado a cabo un frenado a lo largo de la última semana, que apenas había supuesto

un trastorno en su ritmo de vida. La inercia que generaba la maniobra de frenado podía convertirse en un inconveniente grave dada la elevadísima velocidad que la *Destiny* había llegado a adquirir. Era obvio que los mercenarios de BHPbilliton no habían seguido el mismo procedimiento. Corroboró sus sospechas observando el motor principal que vuelto en su dirección, escupía una llama fulgurante y potente. Los de BHPbilliton estaban ejecutando una maniobra de frenado mucho más agresiva que les iba a permitir situarse junto a ellos en un tiempo récord.

Pero había algo más. La silueta de la nave modelo Delta le resultaba a estas alturas familiar. Tardó en comprenderlo. El eje central sobre el que giraba la rueda del módulo habitable parecía más grueso. Estaba a punto de no prestar atención a ese abultamiento cuando valoró que no costaba nada ampliar la imagen, como así hizo. Tardó en comprender lo que estaba viendo. El fulgor de los motores en el frenado dificultaba la visión, pero ajustando el contraste y la nitidez logró hacerse una idea de la causa. Se trataba de una tobera. Era como si la nave dispusiera de un extra de propulsión. En cualquier caso le extrañó. No estaba encendiéndose para la maniobra. Había dos más, igualmente fijadas al eje central. Decidió no prestarles mayor atención porque las consideró una mejora destinada seguramente a dotar a la nave de mayor autonomía.

Crazybit se lamentó por haber sido tan estúpido al no haber considerado que posiblemente la maniobra de frenado podría efectuarse en mucho menos tiempo, siempre que la tripulación estuviera dispuesta a sufrir unos cuantos grados g de más. ¿Cómo no se había evaluado esa posibilidad?

—Aquí la *Columbus*. —La voz de Garland sonaba por el hilo interno de comunicaciones. Crazybit lo escuchó a través de los auriculares que llevaba puestos.

—Aquí la *Destiny*, —respondió de inmediato.

—Estamos a punto de abordar el *Octaedro*. Vemos varias naves posadas en diferentes puntos de este gran hangar. No sé si lo puedes ver a través de alguno de los monitores de vídeo de la *Columbus*.

Crazybit ojeó la enorme pantalla que tenía frente a él. Las imágenes, subdivididas en diferentes monitores, mostraban los puntos de vista subjetivos de cada astronauta, además de cómo le había dicho Garland, multitud de cámaras accesorias situadas en distintas ubicaciones de la *Columbus*. En una de ellas se veía parcialmente la propia *Destiny*, apenas visible en uno de los ángulos porque ya la propia estructura del hangar del *Octaedro* la ocultaba. El panorama resultaba mareante, pero finalmente Crazybit marcó las pantallas en las que se veía partes enormes de un hangar de apariencia interminable. Tres módulos de amortizaje apenas reconocibles como diminutos puntos blancos sobre una superficie oscura, del mismo diseño de la *Columbus*, así como la china perteneciente a la *Maoxian*, se observaban a grandes distancias entre sí, abarcando un área enorme.

La nave delta de BHPbilliton proseguía su aproximación según podía ver en el panel radar que tenía frente a sí. Había algo en ella que despertaba sus sospechas,

pero lo que había descubierto de Peyton, el contenido del sobre azul, ocupaba todo su pensamiento. Peyton partía de una posición muy ventajosa. Conocía aquel idioma... ¿Cómo comunicarse con Georgina o Garland sin que Peyton se enterase? Se le ocurrían mil tonterías que de inmediato podrían poner a Peyton sobre aviso. «Joder, espero que no tenga que coger un asqueroso traje de vuelo extravehicular para llegar hasta ellos y hablar en lenguaje de signos».

La *Columbus* se acercaba a la superficie con cautela y finalmente tocó suelo. Las imágenes del módulo quedaron fijas y se hicieron irrelevantes. Tan solo los monitores de los astronautas se movían. Crazybit se agitaba nervioso, se mordía los nudillos, debía hacer algo, pero desconocía por completo qué. Incluso si avisaba de la cercanía de la nave delta de BHPbilliton ¿no estaría diciéndole a Peyton que llegaban aliados?

Volvió a ojear las toberas accesorias de la nave delta. De pronto creyó comprender de qué podían tratarse, como una inspiración fugaz, pero antes de que pudiera concretarse en un pensamiento, Crazybit se dejó llevar por lo que era su principal preocupación. «El sobre azul... debo decírselo... y también lo de la nave delta...».

Garland procedía con parsimonia y seguridad al apagado de sistemas de la *Columbus* y Georgina le ayudaba. Crazybit veía sus brazos moviéndose y manipulando los controles digitales del panel de mando y sentía la exasperación de no poder obrar. Se llamaba a la paciencia, a la calma, el momento llegaría... siempre llega el momento oportuno.

Mientras tanto Peyton se había dirigido a la esclusa de salida. La abrió y echaba un vistazo al exterior. Su visor mostró una superficie desértica, en cuyo cielo el bruñido techo del *Octaedro* mostraba sus filigranas luminosas, unas doradas, otras turquesa, siempre rodeadas de un halo indefinido y fantasmagórico que la nitidez de la retransmisión no difuminaba. Crazybit, atento, observaba en el monitor la retransmisión de su cámara personal. Quería someterle a un especial marcaje.

—¿Qué tal Peyton? ¿Qué se observa desde allí?

Crazybit estaba algo nervioso y su voz no tenía su temple habitual. Si hubiera sido el Crazybit normal habría soltado varios tacos e incluso estaría cabreado por cualquier sandez. Se dio cuenta demasiado tarde. Tal vez Peyton comprendiera que su actitud fuera consecuencia del temor, derivada de haber averiguado algo...

Peyton salió de la *Columbus* y echó a correr. Su imagen del visor oscilaba como si se moviera agitadamente. Uno de los monitores exteriores de la *Columbus* lo mostró fugazmente mientras se alejaba corriendo de la nave.

—¡Peyton! —exclamó Crazybit—. Peyton... ¿Qué haces cabrón? Responde, —le conminó Crazybit que sentía como ahora sí empezaba a enfadarse de verdad.

—Peyton está corriendo... se está alejando de vosotros... —comentó Crazybit cuando fue interrogado por Georgina—. Joder, y ahora el cretino se ha desconectado de la red. No podemos hablar de él... Ni él nos puede oír.

Garland y Georgina exclamaron al unísono y exigieron explicaciones.

Pero Crazybit había clavado los ojos en la nave de BHPbilliton. Por fin había entendido todo. Fue un lapsus en los que las voces de Georgina y Garland resonaban por el canal de audio sin que él prestara atención.

Ahora entendía.

—Lo que oís... lo que oís... Peyton es un asqueroso traidor, mercenario, egoísta millonario del carajo. Creo que quiere apropiarse de la máquina para él... o algo peor... No lo sé. Lo único que sé es que sus hombres están a punto de llegar al *Octaedro* y que el muy cabrón ya domina el idioma de los octos. No nos lo había dicho, pero sabe mucho más de lo que podríamos pensar... Además... además...

Crazybit calló un momento.

Comprendió, asustado, que estaba hablando solo.

Capítulo 44

Garland había logrado posar el pequeño módulo de amortizaje sobre la superficie del hangar del *Octaedro* con una suavidad exquisita. Los retropropulsores habían soportado perfectamente la gravedad que generaba el *Octaedro*, muy similar a la marciana. Apenas se sintió que el vehículo se había detenido.

Ahora se iniciaba la aventura de verdad, pensó, mientras sentía que su corazón se aceleraba. Miró a través del cristal de la escafandra a Georgina, que cruzó una significativa mirada con él. Estrechó su mano para fortalecerla.

La radio interna crepitó inesperadamente. Era Crazybit hablando, casi gritando, algo sobre Peyton.

Pero la comunicación se interrumpió tan pronto se había iniciado. Garland intentó restablecer el contacto con el informático pero resultó imposible. Las comunicaciones con la *Destiny* estaban interrumpidas. Fue entonces cuando Georgina le señaló uno de los monitores. Era Peyton, corriendo por la superficie oscura del hangar. Su videocámara insertada en la parte superior de su escafandra se movía de un lado a otro y delataba que corría.

Georgina gritó su nombre varias veces, pero no obtuvo respuesta. Finalmente la señal de vídeo y audio de Peyton se interrumpió.

—Ha huido... —constató Garland, y Georgina asintió.

—Vamos, tenemos trabajo por delante. Vamos a ver qué descubrimos en este maldito lugar —dijo con evidente desánimo Georgina.

La explanada del hangar resultaba inabarcable a la vista. El techo parecía un cielo negro surcado por las misteriosas líneas fluorescentes de colores dorado y turquesa. Garland, después de fijar la vista en esas líneas geométricas llegó a la conclusión de que pulsaban, su intensidad crecía y decrecía alternativamente a un ritmo muy pausado, casi indetectable. Empezaron la marcha hacia uno de los laterales, el más cercano, con la esperanza de encontrar un acceso al interior del *Octaedro*. El paso resultaba fácil, a pesar de que el traje espacial era ceñido, no costaba demasiado moverse con él.

Ya no había rastro de Peyton, aunque podía estar unos cientos de metros por delante de ellos. La penumbra y la inmensidad del espacio abierto lo ocultarían sin problema. Garland reflexionaba intranquilo. Allí estaban. En una nave alienígena de un tamaño casi planetario. Nadie había salido con vida antes que ellos de allí. ¿Por qué esta vez iba a ser diferente? Sí, la NASA, Charles y Lionel, les aseguraban que ya habían estado allí, al menos Georgina había estado allí, y había hecho una grabación. ¿Qué decía? ¿Por qué les habían ocultado el vídeo? Pero lo que realmente le había quitado el sueño a Garland era la consideración de que el hecho de que hubieran estado allí no representaba ninguna garantía de retornar a casa.

—Nada de asumir riesgos. Si surge cualquier problema corremos hasta el módulo y regresamos a la *Destiny*. —Avisó Garland, prudente.

Dicho esto señaló el camino hacia una de las paredes inmensas que delimitaban uno de los laterales del hangar. Avanzaron hacia un horizonte al cual nunca se acababa de llegar.

—Hemos perdido la comunicación totalmente con la *Destiny*. Ni siquiera la telemetría... no nos llega ninguna señal, —comentó Georgina que había estado manipulando su consola del antebrazo insistentemente, tarea que se vio obligada a dejar frustrada.

Al final, después de largos minutos de caminata, distinguieron lo que parecía ser una gran abertura en la pared. El marco de esa gran entrada se hallaba ribeteado por las genuinas figuras geométricas fulgurantes, en oro y turquesa, características del *Octaedro*, pero estas parecían refulgir con un brillo más intenso, como una señalización intencionada que indicaba la presencia de un acceso.

Se encaminaron hacia allí.

Al cabo de largos minutos cruzaron su umbral y entraron en una gran sala. Garland pensó inmediatamente que se trataba de un vestíbulo. Pero no era esa la palabra adecuada. ¿Qué clase de función tendrían aquella especie de bosque artificial que se extendía ante ellos? Unas estructuras fractales partían del suelo en forma de pilar, para abrirse conforme ascendían, en ramales simétricos hasta fundirse finalmente los brazos de unos y otros y conformar un techo con multitud de bóvedas. Y a diferencia de todo cuanto habían visto con anterioridad, en aquel extraño bosque de metal, los filamentos luminosos no eran simples marcas fijas que delineaban figuras geométricas, sino que aquí, como breves destellos, recorrían hilos invisibles sobre las superficies del metal, produciendo un hipnótico movimiento de luces doradas y turquesas que recorrían, arriba y abajo, de manera absolutamente arbitraria y con inesperados destellos aquí y allá, los pilares y ramales que conformaban el extraño bosque.

Garland y Georgina se miraron extrañados. Algo del todo incomprensible. Avanzaron al azar, introduciéndose más y más en la laberíntica columnata sin hallar ninguna referencia que los incitara a seguir una dirección particular. Pero finalmente vislumbraron el final de la cámara. Una escalinata de suave pendiente arrancaba de un primer escalón de gran extensión que se ovalaba sobre el pavimento. Presentaba un aspecto redondeado, completamente distinto al de las aristas que hasta la fecha habían sido la tónica dominante de la arquitectura del *Octaedro*.

El ascenso se producía dentro de la misma estructura abovedada de la cámara que dejaban atrás, pero los pilares que se erigían junto a ellos eran cada vez más y más altos. Cuando llegaron al final de la misma las bóvedas que se conformaban por encima de sus cabezas eran indistinguibles debido a la altura enorme que adquirían las columnas. Además el abigarrado bosque de columnas se había aclarado, y ahora los pilares surgían del suelo a gran distancia unos de otros.

—¡Mira!

Georgina había descubierto algo. Un brillo blancuzco resaltaba claramente sobre el metal negro de todo cuanto conformaba el interior del *Octaedro*. Corrieron hacia lo que parecían ser trajes espaciales tirados sobre el suelo.

Garland llegó primero. Movi6 el traje espacial que tenía más cerca a fin de comprobar su interior. Vacío. La solapa con el nombre del astronauta que lo había llevado resultaba clara, Leonard Barry. Garland recordó su nombre de inmediato. Tobías lo había citado como uno de los astronautas en paradero desconocido según la base de datos a la que había tenido acceso.

—¿Qué ha sido de ellos? —Georgina inspeccionaba otros cuerpos. Cuatro en total.

Pero otro objeto había captado la atención por completo de Garland. Aquellos hombres iban armados. Se trataba de un arma similar a un fusil de asalto M4 con algunas modificaciones, especialmente en el cargador, más amplio. Tomó uno y en seguida comprendió que las balas eran especiales. El cilindro del propelente era hermético y mayor. No hacía falta ninguna modificación adicional para que la física hiciera el mismo papel en ausencia de atmósfera. Se apropió del arma.

Georgina le hizo un gesto de incredulidad pero él lo ignoró y señaló más adelante. Otro grupo de astronautas yacían en el suelo. Se hallaban lejos, pero en esta ocasión no corrieron hacia ellos. Garland se aseguró un par de cargadores adicionales en el bolsillo de su traje espacial. Se sintió extraño con el arma en la mano. Debían contactar con los octos, no emprenderlas a tiros con ellos, se recriminó. Aún así se sintió más confiado. Georgina carecía de formación militar y no hizo siquiera el ademán de tomar otro fusil.

Se trataba de la expedición china. Estaban sus trajes espaciales, y al igual que en el caso de los americanos, no había nadie en su interior. Vacíos. Sin embargo permanecían perfectamente cerrados. Era un trabajo absurdo, una vez que se había completado la costosa tarea de desembarazarse del traje, volverlo a montar como si hubiera alguien dentro. ¿Qué sentido tenía aquello? Por otro lado era indudable que el interior se hallaba limpio como una patena. Garland se tomó la molestia de desmontar la escafandra. El interior estaba limpio, impecable, ni un rastro de nada que indicara la más mínima señal de violencia. Sin embargo, si no estaban allí, ¿dónde se encontraban sus propietarios? No parecía haber en el entorno nada que hiciera pensar en un hábitat apto, ni para el ser humano... ni tampoco para los octos, salvo que estos no necesitaran respirar.

—¿Dónde vive esta gente? —Garland expresó sus pensamientos en voz alta a fin de participar de ellos a Georgina.

—No veo nada que haga pensar que existen cámaras de descompresión... habrá que seguir buscando...

Pero la frase de Georgina se había interrumpido inesperadamente. Garland siguió su mirada y en seguida comprendió la razón. Varias figuras humanoides se

desplegaban hacia ellos.

Se hallaban aún bastante lejos, pero el color y la silueta los asemejaba a ellos mismos, a humanos pertrechados de sus correspondientes trajes espaciales. El color blanco parecía brillar no obstante con una luminiscencia especial. Garland se preguntó si ellos mismos resplandecían de igual modo, pero observando el traje de Georgina desestimó la idea.

—Debemos irnos... —Georgina parecía asustada.

Era lo convenido, sí. Pero Garland quería dar tiempo a Georgina a que llegara al módulo, arrancara motores...

—Ve tu primero. Yo los detendré aquí, —dijo mientras esgrimía el fusil.

Georgina le miró suplicante a través del cristal de la escafandra pero Garland se mostró inquebrantable.

—Enciende motores. Yo voy tras de ti. Confía en mí. Puedo correr más rápido que tú, y es necesario ganar tiempo para poder preparar la *Columbus* para despegar.

Georgina negó con la cabeza. Se veía que era una decisión que no estaba dispuesta a emprender.

—Georgina, por favor. Se nos echan encima. Si huimos los dos no tendremos tiempo de preparar el módulo para despegar, —insistió Garland—. Nos alcanzarán... Ve delante de mí. Todo depende de ti ahora.

Garland estaba desesperado. Finalmente logró que Georgina se alejara, primero despacio, después corriendo.

Los extraños astronautas se aproximaban. Garland se plantó ante ellos e hizo la señal de alto, pero no fue atendido. Blandió el arma con pericia y realizó un disparo a uno de los pilares cercanos. Un destello inesperadamente luminoso y una esquirla de metal bailoteó por el suelo ante sus pies. Pero aquellas figuras avanzaban imperturbables hacia él.

—¡Alto o disparo!

Un grito amenazador, pero sin efecto alguno.

Diez metros.

Garland se desesperó. Retrocedió unos pasos y apuntó al octo que avanzaba en el centro de la formación. Si le alcanzaba la descompresión sería fácil de reparar.

Disparó.

Nada.

Tal vez había errado el disparo y repitió. Muy cerca ya, imposible fallar.

De nuevo pareció fallar.

Ahora disparó al suelo, delante de la fila de astronautas que se acercaban y un reguero de chispas y pedazos de metal volaron por los aires. Pero aquellas siluetas lo estaban rodeando, completamente inalterables e inmunes a sus disparos.

Ya iba a disparar directamente al cristal de la escafandra cuando finalmente se detuvieron, rodeándolo. La figura central extendió la mano hacia él y sobre la palma de su mano centelleó un mensaje en el código octaédrico. Caracteres de trazos

enrevesados e incomprensibles que brillaban con un fulgor verdoso o inmaterial se materializaron de la nada. Garland cabeceó. No entendía los jeroglíficos, hasta que de improviso, inesperadamente, los caracteres se alteraron misteriosamente y fueron sustituidos por el alfabeto que él conocía.

Lo que vio lo dejó perplejo.

Era su nombre lo que figuraba en aquel mensaje.

Capítulo 45

El corazón de Georgina latía con tanta fuerza que diríase que quería escapar de su cuerpo. Había descendido hasta el gran bosque de columnatas de metal a una marcha apresurada. Corrió a través de aquellos extraños pilares de metal que se abrían en abanico sobre su cabeza en un frío despliegue fractal con la intención de hacer el recorrido inverso que la había llevado hasta allí. Pero la urgencia sembró de dudas su carrera y minutos después, desolada, comprendió que se había perdido irremisiblemente. Aquella sala de mil bóvedas aparentaba ser de unas dimensiones descomunales. La arboleda de pilares de la cual no se vislumbraba final alguno, impedía caer en la cuenta de lo magnitud de su tamaño. Según sus cálculos hacía tiempo que debía haber llegado a la abertura que comunicaba con el hangar, pero no había ningún indicio de que se hallara próxima a aquel lugar.

Llamó entonces insistentemente a Garland primero, y a la *Destiny* después, esperando contactar con Crazybit, pero en vano. La radio permanecía muda. Aquellas salas metálicas debían obrar como un potente obstáculo para las comunicaciones de radio.

Se empeñó en tranquilizarse y optó por guiarse por una firme determinación. Seguiría un rumbo en línea recta, hasta dar con un límite de aquella estancia incomprensible, y después, hallada alguna pared, se limitaría a seguir el perímetro de la estancia hasta dar con el acceso al hangar. Le preocupaba qué habría sido de Garland para entonces y se sentía responsable por su seguridad. Si su plan lo llevaba adelante como había previsto, ¿qué haría cuando llegara corriendo al módulo de amortizaje y viera que ella no estaba? Pensaría lo peor, y lo que era seguro es que no partiría de regreso a la *Destiny*. O incluso podría haber sucedido que Garland hubiera sido hecho preso o muerto por los extraños astronautas que habían visto. Los octos parecían querer emularlos en su apariencia, pero si esa forma de actuar fuera para demostrar que deseaban mostrarse amistosos, ¿qué había sido de las diferentes tripulaciones que habían desembarcado en el *Octaedro*?

Georgina caminó más despacio, intentando escrutar entre las columnatas un atisbo que le resultara útil para hallar la salida. Pasaron largos minutos hasta que al final encontró una estructura nueva. Se trataba de una elevación de la sala, a la que se accedía a través de una pequeña escalinata que desembocaba en una habitación redonda de unos quince metros cuadrados. Una vez subió a investigar, comprobó que se hallaba cubierta por una cúpula opaca que resplandecía con líneas fulgurantes ocasionales que la recorrían como estrellas fugaces y coloridas. La iluminación en el interior de la habitación resultaba difusa, y Georgina decidió apagar las luces de su traje espacial a fin de que la vista se adaptara mejor a la semioscuridad reinante. Así fue como se dio cuenta de que la sala no se hallaba por completo vacía, como había pensado al principio. Una extraña estructura de aspecto sinuoso y de un material

gomoso se constituía en un extraño púlpito. Un pedestal la elevaba unos centímetros sobre el suelo, y Georgina se dio cuenta de que gran cantidad de filamentos luminosos confluían hacia dicha estructura. Los filamentos vibraban levemente, aumentando o disminuyendo hasta desaparecer la intensidad de su brillo, como el palpar al ritmo extraordinariamente lento de la respiración de un gigante. No pudo evitar acercarse a inspeccionar la estructura.

Comprendió que estaba pensada para un ser bípedo, con dos manos, o al menos, dos extremidades que pudieran asirse a sendos mandos que sobresalían del resto. Su aspecto ergonómico la impulsó a situarse en el pedestal y asirlos. Parecía hecho expreso para un ser humano...

De pronto las manos parecieron disolverse y quedarse atrapadas por una sustancia maleable que se extendió desde sus muñecas hasta los hombros. Al intentar hacer fuerza para desasirse de la trampa en la que había caído, observó atemorizada que sus botas habían sido igualmente fijadas al suelo. Algo la había atrapado sorpresivamente, estaba inmovilizada.

Iba a gritar, pero comprendió con pavor, que la estancia se estaba cerrando sobre ella misma. Todo se había vuelto oscuro y la bóveda acristalada se contraía sobre ella a ojos vista. No había reflejo en aquella imagen, sino tan solo unos puntos titilantes que se asemejaban a estrellas en una noche cerrada. Pero Georgina no tenía tiempo para entretenerse en cuestiones superficiales. Forcejeaba con todas sus fuerzas por intentar aflojar alguna de sus ligaduras, sin conseguirlo. Iba a quedar emparedada en vida en un sarcófago alienígena.

En unos segundos la situación se había vuelto claustrofóbica. La superficie acristalada que formaba la cúpula de la habitación se había empequeñecido hasta rodearla por completo. Ni siquiera podía ver su propio cuerpo, y un escalofrío de pavor recorrió todo su ser. Entonces una extraña sensación se adueñó de ella, flotaba como un espíritu libre en medio del espacio sideral.

¿Qué había sido de ella... de su cuerpo? Miró en todas direcciones, pero siempre encontró el vacío del espacio, sin reconocer nada, ni estrellas o constelación alguna. Sin embargo, en un momento dado, detuvo su vista en un punto luminoso que poco a poco ganaba intensidad.

«Es el sol», comprendió.

Logró calmarse. Era capaz de situar la posición del *Octaedro* dentro del plano de órbitas del sistema solar. No le costó reconocer el brillo azul y luminoso que era la Tierra.

«La Tierra»... y entonces se produjo un cambio súbito que hizo que su corazón atronara por el vértigo que experimentó. Era como si se hubiera precipitado en una caída a una velocidad brutal sobre el planeta y en una fracción de segundo su campo visual se había reducido brutalmente. Quedaron atrás las estrellas, en un destello que las convirtió en débiles líneas de luz, y la Tierra surgió, al menos una parte de ella,

brevemente, solo un atisbo, justo antes de sentir que todo su ser se precipitara hacia el suelo en una caída aterradora.

Se sobrepuso finalmente al miedo con un asidero a la lucidez, un murmullo primero que después se transformó en una idea que vibraba en su consciencia, y en esa idea halló una fuente de paz que logró mitigar la indefensión infinita que se habían apoderado de ella. «Garland». No fue solo pensar su nombre, fue sentir, muy hondo, en su interior, una vibrante emoción que desalojó todo cuanto la intimidaba. Creía sinceramente que iba a morir, y en ese crítico instante, su nombre la serenó. Comprendió, en un chispazo de inteligencia, que todo cuanto había sucedido entre él y ella en los últimos meses escondía una historia de amor que ella se había negado a corresponder. Su corazón se llenó de ternura al saber que ya nunca sería posible volverle a decir «te quiero».

Pero súbitamente todo cambió. Un instante de negrura absoluta, de frío intenso... tras el cual sus ojos se abrieron a la luz, una luz de sol, diurna, cálida, que le obligó a entrecerrar los ojos.

Caminaba sobre un camino terroso, de arcilla roja, junto a unas acacias que crecían dispersas por una estepa árida y polvorienta. Unos niños le acompañaban en su marcha. Eran niños de piel oscura y camisa blanca. Pantalones verdes los niños, faldas cortas las niñas. Algunos coreaban una canción. Pensó que no iba a entender la letra, pero sí, la reconoció como si siempre la hubiera sabido. Aquel idioma, sonoro y cantarín, era su idioma, el *masai*, y la canción que hacía referencia a una divinidad, Enkai, era muy popular y la maestra del colegio se las había enseñado unos días atrás. Por fin eran capaces de cantarla haciendo los coros y llevando el ritmo correctamente. Entonces Georgina comprendió. No era ella, era un niño de tantos, que regresaba feliz a su casa. Sentía sus emociones, pensaba sus pensamientos, la alegría de volver a ver a su madre y el vacío del estómago que clamaba por un almuerzo succulento. Aquella existencia simple y feliz borró de un plumazo todas sus preocupaciones y se quedó maravillada mientras sentía, como si fuera su propia voz, la de aquel niño que aún no había mudado su tono agudo por la voz más grave del adolescente. Se vio los pies, calzado con unos zapatos negros completamente sucios de polvo, y unos calcetines blancos que ya no lo eran. Un amigo, de pronto supo el nombre, Njogu, pasó su brazo sobre su hombro y cantaron a dúo el estribillo con todas sus fuerzas.

Bastó una mirada, simplemente eso. Georgina comprendió de pronto que aquel estremecimiento inesperado de todo su ser, como un relámpago, se debía a una niña, Mugure, con la que se había intercambiado una discreta mirada primero, y después una tímida sonrisa. Ella caminaba con dos amigas más, con un paso cantarín, por el otro lado del arcén, al otro lado de la carretera, una carretera de asfalto negro, mal rematada, que más que fundirse con la tierra africana parecía que iba a ser devorada por esta. De vez en cuando pasaba un camión envuelto en una nube de polvo cargado de trabajadores, que subidos en su cabina de carga, eran transportados de vuelta a su casa después de pasar todo el día faenando no se sabía dónde. Un autobús de turistas

de pieles blancas se detuvo más adelante, junto a un pequeño poblado donde artesanos y comerciantes se afanaban por vender unos pocos suvenir. Njogu le hizo una señal y corrieron al unísono hacia el grupo de pantalones cortos y camisetas multicolores mientras saludaban en su lengua alegremente y sonreían. Los turistas siempre les regalaban alguna tontería. Con el rabillo del ojo vio que Mugure también echaba a correr hacia ellos.

Georgina experimentó la felicidad, una emoción que reconoció como una joya que había perdido hacía tanto tiempo que había olvidado cómo era su aspecto.

Súbitamente todo se ennegreció de nuevo.

Ahora ya no era un niño en África. De pronto comprendió que era una mujer, estaba en su casa, un piso en la ciudad. Se afanaba en preparar la comida mientras la televisión, encendida en la sala de estar, sonaba estridente, compitiendo sin éxito con la música de ritmo machacón de la radio, encendida en la propia cocina dónde se encontraba. Georgina sintió de inmediato que algo no iba bien.

Aquella mujer, madura, de cerca de cincuenta años según pudo verse Georgina reflejada en un cristal de la ventana, porque ahora Georgina era enteramente ella, se preocupaba por Jeremy, su hijo. Estaba haciendo el servicio militar. Llevaba varios días sin recibir noticias. Nunca recordaba el nombre del portaaviones en el que se encontraba, aunque es posible que no hubiera embarcado ni estuviera en alta mar. Le preocupaba tanto todo... Sabía que durante las maniobras era imposible la comunicación y el incumplimiento era severamente castigado. Debía hacerse a la idea de esas largas ausencias de contacto, pero resultaba tan duro.

Había intentado dejar de oír las noticias, pero era una lucha que debía ganar minuto a minuto... y no podía. El Mar de China. ¿Qué se la había perdido a los Estados Unidos en el mar de China?

—¡Vicky! —gritó de improviso. Llamaba a su hija. Georgina comprendió que no era por necesidad, simplemente demandaba su compañía. La angustia subía por el pecho de la mujer y parecía que iba a impedir que pudiera completar el movimiento de la respiración.

Una joven adolescente apareció por la puerta de la cocina con cara aburrída.

—¿Qué quieres esta vez mamá?

—Hiciste lo que te pedí. Mira que no quiero volver a tener problemas contigo otra vez...

—Que síiii... —canturreó Vicky mientras desaparecía de la puerta—, ya lo he recogido todo y estoy estudiandoooo...

«¡Qué voy a hacer con esta chica!».

El pensamiento resonó con fuerza e impresionó a Georgina. El sentimiento que había detrás de esa idea era mucho más amplio que el que abarcaba su mera formulación. Echaba en falta a su marido, fallecido unos años atrás en un accidente laboral. Conducía un camión. Una noche dejó de llamarla, como hacía siempre. Dejó de llamarla... Y esa idea le llevo de nuevo a Jeremy.

Un largo suspiro. En el horno la carne estaba soltando su jugo. Quedaba poco para que estuviera en su punto. Había hecho puré. La ensalada estaba lista.

Miró la comida. No, no podría probar bocado. Iba a resultarle imposible comer nada. No en ese estado de ansiedad. Georgina comprendía todo porque era ella misma la que estaba allí, con los brazos en jarras, mirando la mesa preparada, a punto de llamar a Vicky de nuevo para que viniera de nuevo a la cocina, para almorzar, para conversar, para que le hiciera compañía... pero conteniendo ese momento porque comprendía que estaba a punto de echarse a llorar otra vez y no quería que su hija la descubriera con los ojos llorosos.

Todo en negro de nuevo. Un instante de paz y de pronto, un súbito cambio.

Ahora es un joven. Lleva traje y avanza decidido por un pasillo estrecho por el que se cruza con varios ejecutivos a los que saluda de forma variada, pero siempre con confianza y cordialidad. Está pensando en su carrera profesional y en que todo se va a ir al traste. Se iban a casar en verano, pero la crisis que se avecina va hacer que los planes de mucha gente cambien. Él no va a ser mejor que los demás. Pero ese pensamiento no lo tranquiliza.

Ha sido convocado por el senador, él es su ayudante.

Ahora Georgina comprende que está entrando en el despacho oval. Está atestado de gente, un murmullo de voces. Localiza a su senador, el señor Wembley, un hombre sesentón, de pelo corto, escaso y cano, que le saluda con alivio al verle.

—¿Lograste hablar con mi mujer?

Asiente.

—Es terrible, es terrible todo esto.

El joven asiente de nuevo. Su corazón late con fuerza. Desea hacer una pregunta al senador, pero hay demasiada gente en la pequeña habitación. Después de pensarlo varias veces decide esperar. El senador se lo confía todo a él.

Al presidente lo ve de espaldas. Habla con el Jefe del Estado Mayor del Ejército de los Estados Unidos. Están sentados en los sofás situados frente a la mesa presidencial, pero se levantan. Murmuran algo.

—Vamos a la sala de crisis, nos esperan, —dice alguien en voz alta.

El joven traga saliva. Nunca ha estado allí. Georgina lo sabe. Debe permanecer junto al senador en todo momento. Él se lo pide. Se lo pide su país... pero si por él fuera iría corriendo a buscar a Jane y después se irían lejos... muy lejos.

Hay una duda que le carcome. «Debería haberlo hecho... debería haberlo hecho».

Georgina se da cuenta de que es un pensamiento que le causa dolor. Su frente permanece crispada mientras la gente abre un pasillo por el que pasa el personal de seguridad, que precede al presidente, al Jefe del Estado Mayor y después el resto de la comitiva presente.

El senador le murmura mientras le mira de reojo.

—¿Le dijiste lo de la casa del lago?

Asintió, enérgicamente. Lo había hecho bien, no podía fallar en algo tan crítico como eso, bien lo sabía. Esta vez el senador pareció darse por satisfecho y su semblante se relajó un tanto.

«Debería haberlo hecho». Esta vez el pensamiento lo asaltó con una fuerza brutal. Se apartó del grupo.

—John... ¿A dónde vas?

El senador.

—Al baño... un segundo. —Si tan solo pudiera hacer una llamada, se lo estaba suplicando con la mirada.

—No, ni hablar. Abajo hay baños de sobra. Ven.

Una orden perentoria, inapelable. Georgina siente como el dolor se agolpa en el pecho. Es un miedo a la pérdida, a lo que está por venir.

El cuchicheo de un almirante y un general que caminan tras ellos llega nítido a él.

—... portaviones hundido. Tres misiles de crucero impactaron uno tras otro. Las imágenes de satélite son claras. Han sido ellos. Y el presidente habló claro al respecto a los malditos chinos... Ahora saben lo que toca.

La conversación murió con ese presagio funesto.

Se superó un férreo control de acceso que enlenteció la marcha, pero al cabo de unos minutos viajaba en la cabina de un ascensor amplio, pero atestado de gente. Frente a él una mujer de cara cansada parecía mirarle sin verle.

Si al menos le hubiera avisado a Jane... para que saliera de la ciudad, y se fuera lejos... lo más lejos posible.

Y todo acabó de improviso. La luz se apagó, su visión se oscureció... Georgina sintió que flotaba ingravida, por un segundo, en una total ausencia de sensaciones, solo el rescoldo de las emociones que había experimentado, y tras un instante de calma, de nuevo un vértigo la dejó sin respiración.

Había regresado.

Estaba arrodillada, con las manos apoyadas en el suelo, sin fuerzas. Ya nada la sujetaba. Se encontraba en la pequeña sala de la cúpula en la que había entrado unos minutos antes, todo parecía igual a cuándo ella había entrado. Los asideros manuales se encontraban inocentemente estáticos, frente a ella. La cúpula oscura había adquirido su forma estable original. Georgina salió a trompicones de allí, pues su sentido del equilibrio estaba alterado y la visión permanecía borrosa. Descendió por la escalera abrumada por las emociones intensas y mezcladas que había experimentado, conmocionada, le costaba asumir cuanto acababa de experimentar. Intentó asimilar lo sucedido, pero resultaba demasiado inextricable para hallar una explicación en el estado de confusión en el que se hallaba. ¿Cuánto tiempo había pasado? A ella se le antojaban escasos minutos, pero cuando observó su muñeca el tiempo de oxígeno se había recortado en tres horas.

Había alguien allí delante, a lo lejos, oculto parcialmente por los incontables pilares que poblaban el lugar. Una figura blanca, un astronauta como ella. ¿Podría ser

Garland? Pensó aliviada que tal vez se tratara de él, pero al instante, como un fogonazo deslumbrante, cayó en la cuenta de que no llevaba arma alguna cargada en sus manos, a diferencia de Garland, al cual recordaba perfectamente haberlo dejado pertrechado de un fusil de asalto. La figura también la había descubierto y se detuvo. No, no podía tratarse de Garland.

—¿Garland?

No obtuvo respuesta. Pudiera ser que la radio no resultase operativa, al menos para las distancias más largas, pero también podría tratarse de un octo, un ser o un ente creado por aquel lugar que emulaba su aspecto. Sintió miedo y no quiso aguardar a aquella figura que avanzaba decidida hacia ella se aproximara peligrosamente. Echó a correr de nuevo, y se internó en el bosque de pilares metálicos sin volver la vista atrás.

Capítulo 46

Crazybit comprendía que no le quedaba otra solución. Las comunicaciones se encontraban interrumpidas. ¿Qué hacer sino ir hasta allí y advertirles de lo que sucedía? De nada le valía quedarse en la *Destiny*, y de poco servía lo que había averiguado si era incapaz de advertir a sus compañeros de sus implicaciones. Allí, aislado, era un inútil completo. Además, no sabía pilotar aquel cacharro.

Era necesario que Garland y Georgina salieran de allí cuanto antes. Paseó de un lado a otro, nervioso, diciéndose que debía esperar, que todo se arreglaría, y que era una locura utilizar el sistema de paseo extravehicular, un propulsor autónomo que se acoplaba al traje espacial, para realizar semejante travesía temeraria hasta el *Octaedro*. Durante el viaje, sus compañeros de vuelo lo habían adiestrado en su uso. Había sido algo entretenido y Crazybit siempre había pensado que caso de llegar a usarlo tendría a alguien al lado para orientarle. No iba a ser así.

Consultó la consola de mandos, desesperado. Telemetría indicaba que tendría autonomía de sobra para llegar al *Octaedro*. Suspiró resignado. Habría deseado que el resultado fuera negativo.

Se armó de valor. No veía otra opción, debía rescatar a sus compañeros, al menos a Georgina y Garland. «Peyton me importaba un pito». Además, si no lo hacía, «¿cómo coño regresaría a casa?», se preguntaba consternado. No sería la primera vez que se jugaba el tipo practicando deportes de riesgo o consumiendo drogas de dudoso origen, pero al menos ahora se iba a jugar el cuello por una causa altruista... al menos en parte. Era cierto que esos excesos habían quedado muy atrás en el tiempo. Una seria advertencia médica y el hecho de que todavía quería disfrutar muchos años de vida habían obrado el efecto de alejarlo de los malos hábitos. ¿Iba a volver a las andadas ahora que ya había dejado atrás los despropósitos de juventud? En un momento álgido de duda dio con el motivo que le ayudó a decidirse. «Adelante con ello. Si hay que *palmarla* al menos que sirva para dar un buen titular de prensa: Rico chiflado muere en su traje espacial, víctima de un ataque de pánico, ahogado en su propia orina».

Sudaba copiosamente cuando logró enfundarse correctamente el traje. Siempre aparecía algún sensor que rechazaba el visto bueno para abrir la esclusa de salida al exterior. El aviso «Cierre incorrecto del traje» iluminaba la pantalla de control cada vez que presionaba el botón de apertura. Con cada fallo había ido elevando el tono de sus epítetos calificativos denigrando al ingeniero que había ideado semejante método. Cuando al fin logró que el traje quedara correctamente sellado, se cargó a las espaldas el aparatoso complemento de vuelo, y después de teclear correctamente la secuencia de órdenes, el vacío del espacio se abrió ante él. Un inacabable precipicio le advertía de una caída insondable hacia ningún lugar. El vértigo se apoderó de él. «No lo haré. No haré esta maldita locura».

Recordó el consejo de Garland. Había que desmagnetizar las botas, así perdería la sensación de estar pisando tierra firme. Ingrávido, flotando en el vacío, sería mucho más fácil entender que no iba a caer a ningún lugar. Se rio al comprender que Garland tenía razón.

Manióbró ligeramente con los mandos del propulsor y salió despedido de la esclusa como si hubiera sido catapultado por un muelle gigante a una aceleración sideral. Comprendió horrorizado que se movía en una dirección incorrecta y con una velocidad enorme. Su respiración se aceleró. El *Octaedro* estaba a su derecha, en un ángulo de noventa grados, y él se alejaba de él como si fuera el pasajero de un tren que ve pasar rauda ante sí una estación. Intentó serenarse. Retropropulsores para frenar, recordó. Hizo un esfuerzo por concentrarse y meditó bien su siguiente maniobra. No quería equivocarse y terminar por perder de vista la única referencia visual con la que contaba.

Logró frenar su trayectoria. Poco después iniciaba el giro para encaminarse en dirección al artefacto.

«Maldición». Crazybit giraba ahora como una peonza. El *Octaedro*, la *Destiny* y millones de estrellas, se movían alrededor de él en un caos giroscópico que estaba a punto de hacerle vomitar. De nuevo tuvo que concentrar toda su atención en el mando y su giro se detuvo. Comprendió por fin que a todo movimiento, por muy leve que este fuera, había que prever su réplica opuesta a fin de que la maniobra se ejecutara como pretendía. Al final las lecciones recibidas fueron adquiriendo consistencia y en unos minutos Crazybit volaba hacia el *Octaedro*.

Poco a poco había adquirido el control de los propulsores. Sereno, había logrado imponer la razón al pánico y la prisa, y por fin era capaz de dirigir con precisión su vuelo hacia la rampa del hangar del *Octaedro*. Conforme se aproximaba a la gigantesca estructura su dimensión colosal, casi planetaria le extasiaba. El asombro por el grado de capacidad tecnológica que se escondía detrás de aquel portento lo dejaba sin aliento. De hecho, no solo era la sensación de acercarse a algo enorme, sino de hacerlo cada vez más rápido. Crazybit empezó a recordar las conversaciones de pilotaje que habían precedido su llegada al *Octaedro*. Garland había explicado que iba a dejar a la *Destiny* en una órbita estacionaria para que siempre estuviera visible el acceso de la gran estructura alienígena. La palabra órbita de pronto adquirió un nuevo sentido en la mente de Crazybit. La *Destiny* estaba en órbita porque el *Octaedro* generaba su propia gravedad... y él, por tanto, estaba cayendo a gran velocidad hacia allí abajo.

Tendría que hacer una maniobra de aterrizaje con su traje espacial. ¿Estaba preparado para ello? ¿Tendría combustible suficiente para el frenado? Ni se le había ocurrido plantear esa cuestión al ordenador de a bordo, simplemente había mirado la telemetría, como si ir de la Tierra a la Luna fuera una cuestión de saber cuántos kilómetros hay y poco más. «Joder, Crazybit, eres un puñetero novato, vas a acabar como un puto moscardón reventado en el parabrisas de tu Lamborghini», se reprochó

mientras activaba la consola de su antebrazo. Nervioso empezó a buscar opciones que pudieran ayudarlo.

El *Octaedro* estaba impresionantemente cerca. El hangar refulgía con su verdoso azul, un color que a Crazybit le resultaba enfermizo, como si fuera una fuente de infecciones o de malignidad. La *Columbus* era un insignificante punto blancuzco. Crazybit la marcó en la consola del antebrazo para fijar el objetivo a alcanzar. Al menos eso sí lo había aprendido bien.

Ahora el acceso del hangar se mostraba en su auténtica dimensión. Él era una mota de polvo blanco adentrándose en la monstruosa boca de un ser antediluviano. A pesar de la enorme velocidad apenas tenía sensación de la misma, salvo por los avisos de telemetría del traje que advertían, con una voz que a Crazybit se le antojaba insufriblemente carente de empatía, de un impacto crítico inminente.

«Maldito engendro del demonio, ¿no hay manera de que esto se detenga?». Había activado los retropropulsores pero aunque estaban disminuyendo la velocidad, el aviso de impacto inminente resonaba cada pocos segundos en el audio del traje para su desesperación.

—«Impacto inminente. Si desea activar aterrizaje de emergencia presione la opción "sí"».

Crazybit rugió de furia para desahogarse y comprobó como efectivamente acababa de aparecer el aviso en su consola del antebrazo. Al presionarla los retropropulsores invirtieron su posición respecto al *Octaedro*. Ahora caía de espaldas. Crazybit, aliviado, comprendió que era con los propulsores principales como empezó a ralentizarse notablemente la caída del astronauta. Un minuto después se posaba suavemente en el suelo del *Octaedro*, junto a la *Columbus*, que permanecía con la puerta de la esclusa abierta y sin ninguna señal de que hubiera nadie a bordo.

Se deshizo del aparatoso propulsor de vuelo, que con la gravedad, resultaba realmente pesado, incluso a pesar de haber agotado la mayor parte del combustible. Se sentía extraño caminando con el traje espacial, pero era relativamente cómodo porque el traje ceñido permitía una gran libertad de movimiento. Era claramente superior a los aparatosos trajes que habían utilizado en la piscina del Centro Neutro de Flotabilidad.

Comprobó que la *Columbus* se hallaba completamente vacía. ¿Hacia dónde ir?

La imagen de Peyton echando a correr alejándose del módulo de amortizaje ocupó su mente. Hubo un momento en el que había mirado hacia atrás, antes de que cortara las comunicaciones, para comprobar si alguien le seguía. El ángulo en el que se mostraba la *Columbus* le daba la referencia exacta. Crazybit recordaba que se veía parte de la esclusa abierta así como la cabina de pilotos. «Hacía allí corrió el cabrón», se dijo, mientras emprendía el camino en esa dirección. Asumió que sus compañeros habrían seguido sus pasos. Peyton parecía ser el único que sabía lo que había que hacer allí, y eso resultaba preocupante.

Avanzaba hacia una pared de una altura descomunal. Las líneas de luces lo fascinaban y no dejaba de repetirse para qué diablos servían. Pero a medida que las emociones por la travesía espacial se calmaban y la adrenalina se diluía en su sangre, la preocupación que le había obligado a correr tantos riesgos ocupaba de nuevo la totalidad de su pensamiento.

Una gran puerta, de contorno simétricos y múltiples ángulos que dibujaban una figura geométrica trapezoidal, se hizo distinguishible al cabo de un largo tiempo de caminata. Aceleró el paso y cuando llegó al bosque de columnatas con su arquitectura fractal conformando una infinidad de bóvedas se sintió desconcertado. ¿Qué significaba aquello? ¿Qué sentido tenía? Las líneas doradas o turquesas fluían, incesantemente por aquel paisaje artificial y metálico, reptando por el suelo, subiendo por los pilares y perdiéndose en lo alto de la bóveda como si fueran gotas de un líquido misterioso, una sabia que alimentaba aquella arboleda sin vida.

Se perdió.

La sala no conducía a ninguna parte. No había una ruta, un camino marcado hacia algún sitio, una señal... ni siquiera intentando ver más allá de la extensa red de pilares, era discernible nada. No había una geometría aparente en su distribución espacial. Parecían dispuestos de forma aleatoria. No había hileras de columnas, nada que hiciera pensar en un orden que mostrase una pauta, sino el mismo caos que la naturaleza habría propiciado en un bosque cualquiera de la Tierra. Crazybit tan pronto creía haber encontrado una lógica, cuando descubría que no había patrón alguno, así una y otra vez. Cuando asumió que no iba a hallar ninguna coherencia en la distribución de lo que le rodeaba comprendió que estaba irremisiblemente perdido. Había hecho demasiados giros, había avanzado en zigzag, incluso había intentado retroceder sobre sus pasos, como para darse cuenta que ya ni siquiera se veía capaz de hallar el camino de regreso a la *Columbus*. Todavía quedaban muchas horas de autonomía de oxígeno, pero no era eso lo que más le preocupaba.

Llevaba más de una hora deambulando por aquel extraño lugar cuando al fin descubrió la primera irregularidad en aquel paisaje de columnas. Se trataba de una especie de cenador coronado por una psicodélica cúpula de cristal oscuro, bruñida, que reflejaba las líneas iridiscentes que transitaban a su alrededor. Se adivinaba una breve escalinata que ascendía hacia una abertura que se mantenía en penumbras. Crazybit iba a encaminarse hacia allí cuando sucedió algo que lo dejó petrificado. Un astronauta apareció en la puerta de aquella misteriosa estructura. No le costó mucho reconocer la fisonomía de Georgina, que aunque se trataba de una mujer alta, no lo era tanto como ninguno de sus compañeros de viaje y en base a su tamaño dedujo que debía ser ella.

Crazybit se dio cuenta de que el astronauta también se había percatado de su presencia. Durante unos segundos ambos parecieron quedarse de piedra por la sorpresa. Crazybit intentó contactar a través de la radio gritando insistentemente el nombre de Georgina, pero no obtuvo respuesta. Comprendió que tanto metal podía

estar obstaculizando las comunicaciones. Levantó la mano, a forma de señal, pero entonces el astronauta descendió la escalinata todo lo apresurado que le permitía el traje y desapareció raudo por entre el bosque de columnas.

Emprendió la marcha tan rápido como pudo en pos de quien estaba seguro se trataba de Georgina, pero llegar al punto donde la había visto le llevó varios interminables minutos, y desde allí no se observaba ninguna traza de la dirección que había tomado. Dedujo que se habría alejado en la dirección opuesta a dónde lo había visto, por lo que emprendió una marcha rápida guiado por su intuición.

No tardó mucho en desesperarse. Se hallaba más perdido que nunca y la urgencia le llevaba a maldecir una y otra vez. Creía hallarse en una pesadilla de la cual le gustaría despertar y a fuerza de soltar improperios y blasfemias creía que lo lograría.

Sin embargo, sus carreras, que habían derivado en un apresurado ir y venir en diferentes direcciones, acabaron llevándolo a un sitio sorprendente.

«Caramba». Se hallaba perplejo. Un ampuloso acceso a una parte especial del *Octaedro*. Se trataba de un gran pórtico, precedido de un pavimento ornamentado con unas sofisticadas filigranas. También los rebordes en la calzada que marcaban los límites ascendentes del camino contenían adornos geométricos brillantes y llamativos. La calzada, ascendente, culminaba en una puerta áurea que contenía, y ahí estribaba el motivo de su asombro, cincelada a lo largo de ambas hojas de sus puertas, los jeroglíficos octos que ya conocía tan bien.

«Garland», murmuró para sí.

Crazybit recordó cómo la NASA lo había puesto a prueba largos meses atrás. Le había facilitado un código de signos, aquellos jeroglíficos de los octos, y le había pedido que determinara, si es que existía, una correspondencia con el alfabeto humano. Había aplicado un algoritmo de criptografía que él mismo había desarrollado siendo joven y la decodificación resultó pasmosamente sencilla. De hecho, resultaba cautivador que un algoritmo humano sirviera... pero ese pensamiento siempre le había inquietado, como había revelado a Georgina en más de una ocasión.

«Garland». Crazybit pensó que ese acceso, que contenía en grandes signos, el nombre de su amigo, solo podía significar que tras aquellas puertas destinadas a ser traspasadas por su compañero, se encontraría la solución al misterio del *Octaedro*.

«¿Por qué coño Garland? ¿Por qué no Crazybit?».

La pregunta empezó a marearle. Parecía un acertijo incomprensible, y sobre todo, completamente fuera de sentido. Quizás era Garland aquel al que debían temer. Siempre había considerado que era Peyton el que mantenía un secreto en relación al *Octaedro*... el sobre azul... BHPbilliton... ¿Garland? ¿Ese hombre ahogado en un estúpido sentimiento de culpa? Crazybit apreciaba a Garland, pero no comprendía dónde estribaba la importancia de su compañero.

Llevaba mucho tiempo corriendo de un lado a otro y horas sin comer nada. El traje contaba con un mínimo soporte de abastecimiento de agua y nada de comida. Se

sentó en un pilar a reponer fuerzas. De improviso parecía venirse todo encima y las fuerzas le flaqueaban.

Recordó los viejos trajes espaciales del siglo xx. Más de cien kilos de peso y una autonomía de unas pocas horas como mucho. Aquel traje era bastante ergonómico y ligero, por no hablar que la autonomía de oxígeno era de casi dos días. La mochila que llevaba a la espalda quemaba perclorato de litio, liberando el oxígeno que necesitaba para respirar y expulsando el CO₂ sobrante del sistema...

De pronto se sobresaltó.

«Soy un completo idiota», se increpó. «Libera el CO₂... siempre ha estado ahí».

Crazybit había recordado que entre otras cosas, su sofisticada consola del antebrazo disponía de un sistema de medición de partículas atmosféricas. Se había ideado para comprobar la naturaleza del aire, caso de encontrar una atmósfera que se supusiera respirable. No había sido necesario su uso porque no había siquiera presión atmosférica, pero eso daba igual para el analizador químico. Podía usarlo como si fuera un sabueso que rastrea a su presa. Allá por dónde hubiera pasado Georgina habría liberado un rastro de dióxido de carbono. El rastro tardaría en disiparse... bastaba con iniciar un camino e ir tomando lecturas, siempre y cuando no retrocediera sobre sus pasos, a riesgo de detectar sus propias emisiones.

Su ánimo se recuperó de inmediato y las fuerzas regresaron como por ensalmo.

«A caminar».

Y Crazybit emprendió la marcha alejándose de la puerta de Garland y yendo en una dirección distinta por la que había llegado. Tal y como se había propuesto cada poco tiempo tomaba lecturas, que siempre resultaron ser completamente negativas, hasta que en un arranque de euforia descubrió, tal y como esperaba, trazas de dióxido de carbono. Extendió entonces el brazo en distintas direcciones y determinó que en una de ellas la concentración era algo mayor. Avanzó apresuradamente en esa dirección, realizando lecturas sistemáticas, siempre encaminándose por la vía que mostrara los mayores niveles del gas. Poco a poco las lecturas mostraban mayores concentraciones.

Con una carcajada de alegría descubrió a Georgina sentada en el suelo unos metros delante de él. Parecía agotada, derrengada, las piernas extendidas en el suelo y las manos apoyadas sobre sus piernas, como una niña pequeña que ha perdido el camino de regreso a casa y se siente abandonada a su suerte.

La carcajada de Crazybit había llegado hasta la mujer, que al oírla bruscamente en el audio del traje pegó un respingo. Crazybit, fuera de su campo visual, acudió rápido a tranquilizarla.

—Calma chiquilla, que soy yo, el viejo Crazybit presto al rescate.

Georgina sonrió, aunque su semblante, bajo la escafandra, no era capaz de encubrir la preocupación.

—Llevo horas perdida...

—¿Garland?

Georgina negó con la cabeza.

—Nos separamos. Encontramos a un grupo de octos y él se quedó para plantarles cara. Yo debía haber regresado a la *Columbus* y me perdí...

—Nadie ha regresado a la *Columbus*. Estuve allí y desde luego Garland no estaba... y si en algo apreciamos la vida más vale que seamos capaces de llegar hasta el maldito módulo cuanto antes.

Georgina le miró extrañada en un gesto claro que inquiría a su compañero que le explicara de qué estaba hablando.

—Sí, pequeña, este *Octaedro* y sus malditos inquilinos van a volar por los aires cuando menos te lo esperes. Más vale no estar aquí dentro para comprobarlo.

Capítulo 47

Peyton había llegado a la gran sala del *Octaedro*. Era un lugar indicado. Allí empezaba todo. «Si quieres mantener el control y el poder de un mundo rendido a tus pies, lee esto».

Un mensaje que había cambiado por completo su vida. Había sacrificado demasiadas cosas, incluido él mismo. Ya no era la misma persona que había iniciado aquella aventura tiempo atrás, ni mucho menos. Incluso los ideales habían sido sacrificados... temporalmente.

Peyton avanzó hacia uno de los laterales de la gran sala. Un techo ovalado y cóncavo moría en los extremos del enorme recinto en una suave pendiente. No había paredes. La estructura misma de la sala parecía ser un gran ojo, por cuyo gigantesco cristalino se observaba una vasta extensión del espacio estrellado. El brillo del sol despuntaba sobre el resto de estrellas, así como el de la Tierra, un punto brillante, con un ligero tono azulado, que flotaba en el espacio ajeno al hecho de que todo su futuro dependía de lo que él, Peyton, iba a ejecutar en dicha sala.

Aún no comprendía del todo lo que era el *Octaedro*. Era difícil de entender. ¿Por qué una raza alienígena había otorgado semejante poder a aquel que lo descubriera? Era indudable que él había sido esa persona. No lo recordaba, pero lo sabía. Tal vez fuera una consecuencia del viaje en el tiempo. No tenía una certeza absoluta de lo que debía hacer, solo lo sabría cuando llegara el momento.

Peyton avanzó decidido hacia uno de los extremos más recónditos del salón. En el centro, una gran consola de mandos se distribuía en un panel alargado y de forma curva, justo frente al gran escaparate del espacio. Allí no se encontraba lo que necesitaba.

¿Cómo había averiguado su yo del futuro lo que debía hacer allí? Imposible saberlo.

¿Y si no era el Peyton del futuro el que le había suministrado aquel código de instrucciones? ¿Quién sería si no? Y... ¿con qué objeto?

Al principio había aceptado el reto. Lo recordaba... claramente. Había perdido a Marina trágicamente, estaba muy afectado. Estaba dispuesto a todo porque no había nada que perder.

Había tenido ideales en un inicio, cuando todo comenzaba. Pensó que la fortuna que podría amasar serviría para hacer grandes cosas en su país... después en el mundo. Pero cuando comprendió que tenía un poder inmenso, se sintió como un dios. La ambición empezó a crecer dentro de él. Se veía capaz de cambiar la Tierra misma, sus sociedades divididas, las guerras, la miseria, la injusticia... vislumbró un mundo en el que la armonía y la paz serían su legado y él su modelador.

También hubo un descubrimiento que lo cambió todo. Cuando descifró el código en el que estaba escrita la carta azul y leyó su contenido, primero quedó aturdido por

lo que implicaba, especialmente las líneas finales. Todo su ser se resquebrajó por completo... y de sus cenizas surgió un nuevo Peyton Sharrow, irreconocible incluso para él mismo. Primero se odió, por lo que había hecho... después la fuerza de su ira le impulsó a tomar todo cuanto se le ofrecía.

Pero para lograrlo necesitaba acumular más y más poder. Y eso le obligaba a utilizar la fantástica tecnología que el *Octaedro* le dispensaba. No había sido difícil decodificar aquel lenguaje octodecimal expresado en aquellas enigmáticas líneas jeroglíficas. No representaba una excesiva dificultad para un experto programador como él. Y deducía que no iba a ser esa la primera vez que obraba el milagro de emplear el misterioso poder del *Octaedro*. No comprendía ni su origen, ni el sentido de aquel extraordinario poder. Pero no estaba dispuesto a desdeñar una oportunidad tal, y conforme leía las instrucciones contenidas en el sobre azul, más verídica se mostraba su capacidad de dictar decisiones empresariales que incrementaban su poder y su fortuna hasta límites impensables.

Aún quedaba mucho por hacer, pero directa o indirectamente Peyton Sharrow había logrado erigirse, en secreto, no solo como el hombre más rico del mundo, sino también como la persona con una capacidad de decisión sobre la economía global más importante del planeta. Sí, y aún quedaba mucho por hacer.

Se sentó en un pedestal ergonómico y esperó a que una pequeña consola emergiera del suelo y se desplegara ante él. Dejó el fusil automático apoyado a su lado y se enfrentó a una amplia pantalla holográfica que se extendió de extremo a extremo de la consola. Un teclado con símbolos octos brilló, etéreo, bajo sus manos. Sabía lo que debía hacer. Añadir unas líneas de código adicionales, una serie de pistas que le permitirían tomar la decisión correcta en el momento oportuno de forma que en su regreso al punto de partida contara con nuevas oportunidades de ampliar su poder.

Las líneas de código se deslizaron por la pantalla fluidamente hasta que las detuvo en el momento justo.

«Marina».

Peyton suspiró. Recordó lo que había sacrificado a la causa. Ya no tenía remordimientos... aunque cinco años atrás se horrorizó por lo que estaba a punto de hacer. Unas escuetas líneas de advertencia se lo indicaban: Lo había intentado de todas las formas posibles, siempre con ella, su gran amor. Y no había sido posible. Ella se oponía a su plan, nunca lograba una conciliación definitiva ni amoldar su poder a los criterios que la estúpida conciencia de Marina imponían. Al principio había aceptado sus razones y se había guiado por su criterio, a pesar que eso implicaba renunciar a un sinfín de oportunidades. Y aún así Marina sufría, y mucho. Peyton le recriminaba las cosas que podría evitar, guerras, hambrunas, muertes, incluso enfermedades, si le daba carta blanca para obrar, pero ella se le quedaba mirando con una expresión de miedo que Peyton era incapaz de borrar.

Había tenido que prescindir de ella. Era terrible. Cuando Peyton descubrió que él mismo era el artífice de su muerte... se odió sin descanso. Pero el sobre azul contenía instrucciones que en sí mismas eran una tentación de poder irrefrenable. Sucumbió a la seducción de un poder ilimitado, y a medida que crecía su imperio, comprendía que no habría habido otra opción. No habría sido posible mantener a Marina al margen, ella no comprendería que la razón de su ambición era buena ni habría justificado su manera de proceder. Había un fin que estaba cada vez más al alcance de su mano y Marina sería incapaz de verlo. Supondría una distracción, un inconveniente, su conciencia habría sido un lastre, no habría cesado de poner reparos a sus asuntos... no habría aceptado el poder que se le había otorgado a él, Peyton Sharrow. Jamás admitiría que un don así fuera a parar en manos de una sola persona... sería incapaz de comprender o de compartir un objetivo que Peyton había interiorizado profundamente. Se veía como una persona tocada por el Destino del Hombre, no podía desdeñar un don como ese. El sobre azul le decía claramente que Marina era un obstáculo que debía ser eliminado... y le explicaba cómo hacerlo.

Sí, había prescindido de Marina... y era en ese momento cuando, una vez más, tendría que efectuar el sacrificio. Pero ahora, en ese momento, ya no había remordimiento en su conciencia. Nada ni nadie podría interponerse en su objetivo.

Había llegado el momento de incluir las líneas de código contenidas en el sobre azul y que ya conocía de memoria..., pero su tarea se vio interrumpida inesperadamente. Alguien se aproximaba.

Capítulo 48

Crazybit y Georgina descansaban junto a uno de los pilares del lugar en el que se habían encontrado. Crazybit detalló la estrategia que había seguido para localizarla y esta se mostró admirada por la ocurrencia que a nadie se le había pasado por la cabeza con anterioridad.

—Estábamos tan acostumbrados al hecho de que no existe atmósfera en el interior del *Octaedro* que no habíamos considerado la posibilidad de hallar nuestro rastro de esa manera. Es ingenioso, —le felicitó.

—Sí, se agradecen las lisonjas... pero antes he de ponerte al tanto de un par de detalles más que seguro que ignoras, —Crazybit hablaba nervioso. Si se mantenía sentado y no gesticulaba en exceso era porque el traje le cohibía y le resultaba molesto. Georgina detectaba en su voz un tono del estilo «y ahora vas a ver» que le preocupaba—. Lo primero. Descubrí el sobre azul de Peyton. Lo tenía bien oculto en su camarote, tal y como sospechábamos... ¡no hay escondrijos para un hacker! ¿Verdad?

Georgina no pudo contenerse y preguntó inmediatamente por lo que figuraba escrito en su interior.

—Nada, Georgina, nada comprensible, al menos para mí..., de momento. Está escrito en lenguaje octo, Georgina. ¿Comprendes? Eso me lleva a hacer dos consideraciones alternativas a fin de que no te estrujes el cerebro, cosa que ya he hecho suficientemente en las últimas horas. Te aseguro que mientras revoloteaba por el espacio sideral como un moscardón en busca de pareja he tenido tiempo de sobra para sorberme los sesos. Son dos las opciones a considerar. La primera, —y Crazybit mostró su dedo índice claramente a Georgina, como un profesor a un alumno atento—, Peyton es un capullo gilipollas, que le encanta pasarse las horas en blanco mirando fijamente un texto incomprensible. Es algo que a mí mismo a veces me pasa, cuando me quedo con los ojos abiertos como platos y cara de tarugo escrutando jeroglíficos egipcios absolutamente indescifrables... O, segunda opción, —y Crazybit añadió el dedo corazón a su expresiva forma de enumerar su argumento—, Peyton conoce el lenguaje octo.

Georgina consideró esa segunda opción y la noticia la dejó con la boca abierta, incapaz de asimilarla.

—¿Qué sentido tiene que Peyton conozca el lenguaje octo? ¿Por qué no lo ha revelado a los demás?

Pero mientras hacía la pregunta ella misma se daba cuenta de las posibles implicaciones.

—Dios mío... si estamos en una máquina del tiempo, ¿qué le habría impedido enviarse a sí mismo un mensaje indicándole cómo aprender dicho idioma?

—¿Aprender dicho idioma, Georgina? Cualquier programador espabilado sería capaz de ello, más contando con un texto largo sobre el que aplicar un programa de criptoanálisis. No, probablemente esa cuestión no le ocuparía mucho tiempo. Y entonces... cuando comprendiera la magnitud de lo que tenía entre manos, ¿qué haría?... Deja que piense alguna cosa a ver si se me ocurre algo... ah ¡sí, claro! Convertirse en el hombre más rico y poderoso del mundo. ¿Qué otra cosa si no podría hacer un hombre que ya de por sí era ambicioso si le cae la lámpara de Aladino en sus manos?

Crazybit calló a fin de que Georgina pudiera recapacitar sobre todo lo que Crazybit había expuesto.

—Pero... pero...

—Piénsalo bien, muchacha. Peyton era rico hace años... pero ¿ahora? Fíjate. Que yo sepa, es el principal accionista, a través de sociedades interpuestas, de un conglomerado multinacional que domina BHPbilliton... ¡BHPbilliton! La mayor empresa minera del planeta y en breve del sistema solar. ¿Comprendes? Y eso es porque yo quise indagar. ¿Qué otros hilos maneja y controla? Te daré un par de pistas que te van a dejar helada.

Crazybit aguardó a que Georgina le prestara atención. Se daba cuenta de que aún estaba perpleja por lo que acababa de decirle. La incredulidad se leía en su semblante. Finalmente, cuando le devolvió la mirada a Crazybit, este prosiguió.

—¿Por qué crees que he venido hasta aquí como un superhéroe de pacotilla, volando como una mariposa indecisa entre el *Octaedro* y Marte? ¿Acaso creías que era por un simple chute de adrenalina o porque tenía ganas de flirtear contigo? No, mujer no. Había una razón poderosa, y es que la nave Delta de BHPbilliton está al caer... sí, no me mires con cara de sorpresa. Los tíos han apurado una frenada de órdago. Nada de una deceleración progresiva y soportable. Han llevado sus organismos al límite... Están aquí, ya, es inminente... Y adivina lo que llevan cargados a la espalda, como un escarabajo pelotero cargado de estiércol. —Georgina pudo observar a través de la escafandra la mirada de Crazybit, cercano al paroxismo y con los ojos muy abiertos—. Pues una mierda, sí, pero bien distinta. Tres misiles balísticos, que no creo que sea en plan dar la bienvenida a los octos con fuegos artificiales.

Georgina se puso en pie, nerviosa.

—¿Qué quiere decir eso? Parece una incongruencia...

—Explícate, —Crazybit comprendió que Georgina había hecho un razonamiento que aún no alcanzaba las deducciones que él sí había tenido tiempo de hacer.

—Si Peyton controla la máquina del tiempo de los octos... ¿por qué iba a destruirla? No tiene sentido. Si acaso pudiera ser el gobierno del país...

—Sí, sí, sí... el gobierno, el FBI, la CIA, todos pueden tener interés en controlar el *Octaedro*... o destruirlo. Pero Peyton también puede que quiera destruirlo... siempre que encuentre la manera de salvarse él... a lo mejor viajando en el tiempo.

Piénsalo, si destruye el *Octaedro* no habrá manera de deshacer los cambios que haya introducido en la historia con su tramposa manera de proceder. Sería su forma de cristalizar su éxito. Seguramente pensará que de nada le habría servido lograr su gigantesca fortuna si alguien llega después y vuelve a meter una monedita en la ranura del *Octaedro*, borra toda su jugada y reinicia la partida.

Georgina se movía de un lado a otro, nerviosa.

—Creo que Peyton quiere cerrar el Casino. Formalizar su última apuesta y después romper el cacharro.

Georgina negaba con la cabeza, absolutamente incrédula de todo cuanto su compañero le revelaba.

—Sin embargo hay algo que no me cuadra. Antes tuve una experiencia extraña, Crazybit. Estuve dentro de varias personas en la Tierra...

Crazybit le miró extrañado.

—¿No será que la calidad de lo que respiras ha bajado y estabas alucinando? Conozco bien cómo es eso...

—No, Crazybit. Estoy segura de ser una experiencia real... Yo estuve allí y experimenté lo que sentían esas personas...

Crazybit negó con la cabeza.

—Georgina, hay que salir de aquí, cuanto antes. Sea una cosa, o sea otra, esto va a petar. Cuando estemos en la *Destiny* ya tendré tiempo de sobra de explicarte cuál es la operativa de un «viaje».

Pero Georgina seguía deambulando de aquí para allá, pensativa, mientras Crazybit se movía a su alrededor rogándole que se fueran de allí cuanto antes. Aunque fueran solo ellos dos, podrían alcanzar la *Destiny*, alejarse de allí lo suficiente y poner sobre aviso a la Tierra de lo que Peyton estaba haciendo.

—No, —dijo finalmente Georgina con voz férrea.

Crazybit remedó su «no» con distintos tonos agudos e histéricos.

—No, no, no, no, noooooo, ¿es eso lo único que se te ocurre decirme? ¿No te das cuenta que he venido hasta aquí para salvarte la vida?

Georgina rio.

—Sí, Crazybit, que te conozco bien. Has venido hasta aquí para salvar tu viejo culo, —le respondió con el mismo lenguaje soez del aludido—. No sabes pilotar la *Destiny*, sin mí o sin Garland no tienes a dónde ir. Y además piensa bien esto. Si Peyton destruye el *Octaedro*, ¿qué crees que impide que destruya también la *Destiny* y los incómodos testigos que transporta de regreso a la Tierra?

Crazybit se quedó sin resuello. Intentó replicar algo, pero solo salía de su boca un estúpido «eh» que era incapaz de concretarse en una frase coherente.

—Vamos, quiero localizar a Peyton. Hay que detenerlo, impedir que siga controlando esta máquina... y tú me has enseñado cómo hacerlo. Caminaremos hasta que detectemos su huella química.

* * *

Y eso fue lo que hicieron durante un paseo que a Crazybit le pareció interminable. Se adentraron en el bosque de pilares, lo atravesaron, llegaron a grandes salas vacías en las que la iluminación la proporcionaban las fugaces líneas turquesas y doradas que recorrían los circuitos dibujados en el suelo. Georgina pendiente de que los sensores del traje le alertaran de la presencia de restos de respiración humana que el traje de Peyton debía expeler, y Crazybit a su lado, protestando por lo que consideraba una irremediable locura, instando a la astronauta, una y otra vez, a regresar a la *Columbus* y emprender la vuelta a la *Destiny*. Pero Georgina no daba su brazo a torcer.

Finalmente lo hallaron, unas trazas de gas que debían corresponderse o bien con Peyton o bien con Garland. A Georgina le pareció una excelente noticia, todo lo contrario que a Crazybit, que veía como su estancia en el *Octaedro* se alargaba inexorablemente.

El rastro los llevó hasta un conducto que se estrechó hasta convertirse en un pasadizo donde debían caminar en hilera, y que pronto empezó a cruzarse con otros pasillos de proporciones muy diversas, que se cortaban unos a otros con ángulos impredecibles, sin que aquel galimatías laberíntico no pareciera tener otro sentido sino el de desorientar. Pero Georgina había logrado mantener el indicador químico con unos niveles aceptables, y si disminuía retrocedían hasta dar con una ruta alternativa que recuperase los niveles más altos. En poco tiempo se dieron cuenta de que fuera el que fuera al que estuvieran siguiendo, este parecía tener muy claro hacia donde iba, porque la ruta parecía mantener siempre una coherencia, siguiendo en todo momento una misma dirección. En absoluto parecía tratarse de una persona desorientada. Crazybit había dejado finalmente de refunfuñar.

La negrura como el carbón de los paneles que formaban los pasillos absorbía por completo las luces de sus trajes, y los destellos característicos del *Octaedro* parecían menguar en aquella parte del interior del artefacto.

Al fin llegaron a una gran sala. Crazybit enseguida se apercibió de su forma ovalada y de su inmensidad. Los extremos de la misma resultaban por completo inalcanzables a la vista, tanto por la distancia como por la escasa iluminación, que procedía fundamentalmente, de una gran ventana panorámica que ofrecía una espectacular vista del sistema solar.

El sol parecía brillar con una fuerza singular, que a pesar de su pequeñez destacaba con claridad sobre el resto del aterciopelado negro del fondo cósmico. Sobre el mismo, una miríada de estrellas esparcidas refulgían como diminutos diamantes.

El vidrio debía atemperar la intensidad del astro porque era posible posar su mirada sobre el Sol sin que sobreviniera ningún efecto desagradable en los ojos.

—La Tierra, —señaló de inmediato Georgina, un diminuto punto azul de brillo intenso.

Crazybit aún contemplaba embelesado la belleza del firmamento cuando se apercibió que Georgina lo había dejado solo. Cuando la buscó con la mirada, la localizó en una enorme consola con un sofisticado panel de mandos que no había dudado en manipular. Sobre la superficie plana de la consola se activaban vaporosas figuras holográficas, tan incomprensibles como sofisticadas y hermosas.

—¿Qué haces? —preguntó preocupado el hacker mientras se acercaba presuroso a su compañera—. Ten cuidado no vayas a activar algún sistema de búsqueda y destrucción de capullos porque te cargas la Tierra.

Georgina no hizo caso de los comentarios de Crazybit, estaba absorta en comprender lo que significaba lo que tenía ante sí.

—Crazybit, creo que estoy ante la consola de comunicaciones. Fíjate en estos símbolos, no son jeroglíficos, son iconos. Creo que este tiene que ver con las transmisiones.

Georgina movió la mano sobre uno de los hologramas y automáticamente el espacio de la consola se despejó de otros indicadores y, para sorpresa de ambos, una imagen agrandada de la propia Georgina se erigió delante de ellos como un gigante. Ambos se sorprendieron, pero Georgina comprendió al momento de que se trataba de una réplica de ella misma. Todos los movimientos que realizaba eran reproducidos simultáneamente por su holograma.

—Voy a efectuar una grabación, después veremos la manera de transmitirla a la Tierra.

Georgina observó las opciones disponibles y eligió una de ellas. Parecía que había acertado con lo que pretendía.

—Houston, soy Georgina Salucci. Me encuentro en el interior del *Octaedro*, y creo que he descubierto la verdadera naturaleza del *Octaedro*...

—¡Detente!

La inesperada voz de Peyton irrumpió estridente por la red interna de audio de los trajes. Ambos astronautas se volvieron y se encararon con un Peyton que los apuntaba con un fusil de asalto, a unos diez metros de distancia.

Crazybit notó unas intensas ganas de ir al baño, pero sin embargo, la voz de Georgina sonó firme, infundiéndole valor.

—¿Vas a dispararnos quizás? No puedo creer que después de tantos años hayas degenerado en un asesino sin escrúpulos. ¿Tanto te ha estropeado la codicia que reniegas hasta de los que eran tus antiguos amigos?

Peyton no contestó. Se limitó a avanzar hacia ellos despacio.

—¿Qué te pasó? ¿Fue la muerte de Marina? Recuerdo que a partir de ese momento dejaste de ser el mismo...

—Aléjate del panel de mandos —respondió el aludido fríamente.

Pero Georgina lo ignoró. Se volvió sobre la consola y empezó a manipular los mandos. Crazybit se daba cuenta de que estaba siguiendo un proceso de prueba y error. La voz de Peyton volvió a insistir que se alejara de allí pero Georgina seguía a lo suyo. Finalmente sucedió algo curioso, la imagen holográfica que permanecía suspendida sobre la consola se empequeñeció y fue a posarse sobre la palma de Georgina, como si fuera un objeto del cual pudiera disponer a su antojo. Crazybit pensó que enviar esa transmisión sería algo tan sencillo como introducirlo en el cesto correcto. Varios iconos se desplegaron sobre la superficie de la mesa.

Georgina pulsó uno, indecisa.

Pero la acción de Georgina finalizó súbitamente. Algo la había golpeado en la espalda, y sus últimas palabras murieron con un quejido de dolor. Crazybit no daba crédito a lo que había sucedido, pero cuando vio a Georgina como se apoyaba primero en la consola con las dos manos, y segundos después sus rodillas flaqueaban y perdía la verticalidad hasta desplomarse en el suelo, comprendió que Peyton había abierto fuego. Se situó junto a ella. Su rostro parecía cadavérico. Las alarmas del traje de Georgina parpadeaban, pero solo ella podía escuchar el aviso de emergencia que emitía su traje.

Crazybit vio entonces un orificio por el que escapaba el aire. Rápidamente extrajo de uno de sus bolsillos una tela adhesiva de reparación y aplicó un parche. Como no se quedó muy convencido repitió la operación con otro.

Finalmente se encaró con Georgina, que habló entrecortadamente.

—Me ha disparado, Crazybit... me ha disparado.

Crazybit aún acomodaba a Georgina para que pudiera respirar con facilidad cuando Peyton volvió a hablar.

—Sí, he sido yo el que ha disparado. No suelo amenazar en vano.

—¿Estás loco Peyton? ¿Nos vas a matar? —preguntó Crazybit fuera de sí.

Peyton se detuvo a unos metros de ellos, mirando con desdén hacia ambos.

—¿Matar? Todos hemos de morir. Poco voy a cambiar al respecto. Solo voy a adelantar el momento.

* * *

Crazybit miró con desesperación a Peyton, que mantenía su temple impasible, y que con el arma en la mano recordaba en todo momento quién mantenía el control de la situación.

—Esa comunicación nunca llegará a la Tierra.

—Eso habrá que verlo, Peyton. No te saldrás con la tuya, miserable cabrón.

Crazybit alargó la lista de insultos mientras no dejaba de observar el semblante pálido de Georgina que permanecía tendida en el suelo. Era obvio que le costaba respirar y más que presumible que estuviera desangrándose, pero Crazybit no veía en qué manera podía intervenir. Quitarle el traje para vendarle la herida era del todo

imposible. La única opción era trasladarla a la *Columbus*, y esa tarea, aunque estuviera solo sin el impedimento que representaba Peyton, ya resultaba de por sí imposible.

—Sabemos que quieres el control de esta máquina del tiempo. En la Tierra deben sospecharlo también. No te dejarán que te hagas con el control.

Peyton se rio.

—¿Máquina del tiempo? ¿Quién ha dicho que esto sea una máquina del tiempo? —preguntó en tono burlón. Parecía que tenía ganas de dejar en evidencia lo poco que sabían sobre el artefacto en el que se encontraban y que él presumía de conocer muy bien—. No, esta no es una máquina del tiempo, ni mucho menos.

Crazybit le miró extrañado. Si no era tal cosa, ¿cómo explicar la grabación que Georgina había realizado y que había llegado a ellos indudablemente desde el futuro?

—Sí, veo que te haces preguntas para las que no hayas respuesta. Habéis dado por hecho cosas que parecían las más lógicas sin haber contemplado otras explicaciones antes, de lo cual me alegro porque eso me resulta muy beneficioso. De otra manera mi intervención hoy aquí resultaría mucho más complicada.

Peyton se detuvo un momento en su discurso y se quedó pensativo.

—De hecho, —prosiguió—, no sé qué hago perdiendo tiempo con vosotros aquí, en una charla estéril. Tengo aún mucho trabajo que hacer y me estáis entreteniendo demasiado. —Peyton esgrimió su fusil de asalto y apuntó hacia Crazybit. Iba a apretar el gatillo, no había duda al respecto.

—¡Espera! —Crazybit estaba desesperado. ¿Cómo detener a ese psicópata?—. Aún nos necesitas para regresar...

Peyton le miró en silencio y después se rio, aunque no dejó de apuntarle.

—Buen intento, pero lo cierto es que para eso... no necesito a nadie, me temo.

De nuevo sus manos asieron con seguridad el rifle apuntando a Crazybit, que no supo ya qué decir.

—Garland se vengará... y acabará contigo, maldito capullo, —dijo como epitafio, cargada cada una de sus palabras con odio y desprecio, aunque lamentó profundamente la escasa capacidad ofensiva de los epítetos que habían acudido a su mente en un momento tan álgido.

Peyton apuntó con el rifle al pecho de Crazybit. Este observó como su dedo oprimía ligeramente el gatillo, a punto de descerrajarle un disparo... que nunca llegó. Poco a poco fue bajando el arma hasta que apuntó inocuamente al suelo. Peyton bufó. Parecía contrariado.

—Garland... —dijo finalmente—. Garland, es verdad. Es posible que me convenga manteneros con vida para que ese imprudente no se vuelva loco. —De nuevo hizo una larga pausa, en la que pareció sopesar los pros y contras de cómo proceder—. Está bien, quiero que vengáis conmigo. No es mucho trayecto, pero no os quiero perder de vista.

Crazybit ayudó entonces a Georgina a incorporarse y la cargó sobre su hombro. Aunque era liviana comprendía que cada paso representaba para ella una tortura. Afortunadamente el traje ceñido debía obrar como un obstructor de la hemorragia. Crazybit se sentía abrumado por la impotencia ante el sufrimiento de Georgina y le murmuraba palabras de aliento. Caminaron por delante de Peyton en la dirección que este les indicaba.

—¿Qué has querido decir con que el *Octaedro* no es una máquina del tiempo? — Preguntó en un momento que hicieron una pausa en su caminar para que Georgina se recuperase un poco.

Peyton le miró de soslayo. Tardó en responder. Su voz desapasionada daba a entender que era un asunto que le aburría.

—Nada es lo que parece, Crazybit, nada. No estamos en una máquina del tiempo... porque el tiempo, ni el espacio, ni siquiera existen realmente. El *Octaedro* es la prueba, es el corazón de todo. De la Tierra, del sistema solar, de la Vía Láctea y... del Universo entero.

Crazybit intentó digerir lo que estaba diciendo Peyton. Parecía que estaba divagando.

—Comprendo que te has chutado algo muy fuerte y estás viendo visiones calidoscópicas, pero si me hablaras de una forma comprensible, todo me resultaría más fácil de entender.

Peyton pareció ignorar la pregunta. Al cabo de un buen rato, cuando ya estaban llegando a dónde querían, señaló un lugar en el que quería que se situaran. Después se dirigió a una pequeña consola y se sentó frente a ella. A pesar de que parecía concentrado en lo que mostraba un monitor holográfico, tenía perfectamente en su campo visual a Crazybit, sentado en el suelo, y a Georgina, tumbada junto a él.

—No has respondido a lo que Crazybit te ha preguntado... —Logró decir Georgina entrecortadamente una vez se acomodó en el suelo.

Esta vez Peyton sí se tomó la molestia de responder. Abandonó el teclado sobre el que estaba pulsando velozmente y dirigió la mirada hacia los dos astronautas.

—Yo no lo llamaría una máquina del tiempo, al menos es un término que induce a pensar en viajar de un momento a otro de la Historia. Creo que la palabra adecuada es algoritmo... —Asintió, y después de unos segundos prosiguió con tono más convencido—. Sí, personalmente pienso en el *Octaedro* como en el algoritmo *Trinity*.

—¿*Trinity*? —preguntó extrañado Crazybit.

—Sí, claro... —respondió Peyton, con voz segura—, en honor a la primera vez que estuvimos aquí.

Capítulo 49

Tobías llevaba dos días en un verdadero sin vivir. La *Destiny* había llegado al *Octaedro* y lo había abordado... y a partir de ese momento las comunicaciones habían cesado. Se aguardaba impacientemente la llegada de cualquier género de mensaje desde el *Octaedro* que diera a entender que la misión seguía su curso, pero la señal de radio permanecía plana. En especial esperaba ansiosamente una grabación de vídeo de Georgina, que pudiera corroborar las sospechas que todos mantenían sobre el *Octaedro*. Por si fuera poco la crisis internacional no había decaído en absoluto. Se habían librado diferentes escaramuzas aéreas en el Mar de China, y el hundimiento de un portaaviones norteamericano con su consiguiente represalia, no menos contundente, había llevado a los medios de comunicación a hablar claramente de la Guerra del Mar de China, dado que de momento el conflicto se circunscribía a esa área geográfica. Y las dos potencias no se aprestaban a disminuir ni un ápice de sus pretensiones.

Pero el desaliento de Tobías seguía ligado a la situación de la tripulación de la *Destiny*. La imaginación del jefe de vuelo le recriminaba, elucubrando desenlaces terribles para los que habían sido sus compañeros, que no hubiera sabido detener a tiempo aquella locura. Él y solo él era responsable de ese desastre, que para mayor deshonra suya, se consumaría de espaldas a la opinión pública, ignorante del sacrificio inútil de aquellas personas que habían sido sus amigos. El oprobio era abrumador.

* * *

Lionel lo había convocado junto a Charles para una reunión del gabinete de la misión. Los técnicos informaron rutinariamente sobre todo tipo de cuestiones, pero no aportaron ninguna novedad sobre la situación crítica que estaban viviendo. La incomunicación proseguía, y además los telescopios del Ejército no apreciaban nuevos movimientos de ninguna de las astronaves que les sirviera de aviso sobre la presencia de los astronautas... o los octos.

Finalizada la reunión, Lionel requirió tanto a Tobías como a Charles que no se marcharan. Era obvio que tenía un asunto nuevo que plantear.

Las luces de la sala de reuniones aún se mantenían con una intensidad baja porque el proyector se había utilizado para mostrar las fotos borrosas que los telescopios habían captado de la *Destiny* y el *Octaedro*. Incluso en una de ellas se había visto un punto brillante dirigiéndose al *Octaedro* que se interpretaba como el vuelo del *Columbus*. Ahora, la imagen del *Octaedro* presidía el fondo del salón, que envuelto en penumbras de luces indirectas, contribuía a incrementar una turbia sensación de conspiración.

—El tiempo se agota —comentó Lionel con su sequedad habitual. No miraba a ninguno de los dos afroamericanos que se sentaban frente a él, en la gran mesa ovalada. Era evidente que trataba de elegir las palabras adecuadas, pero su acervo militar le impidió andarse con rodeos—. Considero conveniente activar el plan... alternativo.

Tobías tragó saliva. Su cuerpo se tensionó más aún de lo que habría esperado. Iba a protestar enérgicamente... había llegado el momento de actuar. Ya le habían explicado que si todo iba mal la posibilidad que se barajaba era la de destruir el *Octaedro*, aún a costa de que los tripulantes de la *Destiny* estuvieran aún a bordo del artefacto. Pero Lionel no había finalizado su exposición de motivos.

—Hasta la fecha no me he visto obligado a compartir una información altamente sensible... y que en gran medida ha sido algo de incumbencia casi absolutamente personal, pero ha llegado un momento crítico y comprendo que necesitan saber lo mismo que yo. He aquí mi historia y lo que alcanzo a saber. —Por primera vez el militar levantó la vista de la mesa y miró alternativamente a sus interlocutores. No iba a ser una confesión, sino una declaración voluntaria, parecían querer recalcar sus acerados ojos claros—. ¿Recuerdas la noche que nos conocimos, Tobías, en una fiesta que brindaba Peyton en su mansión de Beverly Hills?

Tobías asintió lentamente. Recordaba vagamente la presencia del entonces suboficial en la fiesta como una curiosidad que nadie acertaba a explicar convenientemente.

—No se trató de una coincidencia... ni mucho menos. De hecho yo trabajaba para una oficina muy secundaria del Ejército del Aire. Administrábamos y coordinábamos diferentes estaciones de radar de la Zona Este. En varias de ellas se había detectado, ese mismo día, una incidencia... una anomalía muy extraña. Distintos radares de la región coincidían en señalar un mismo origen de una señal electromagnética muy potente. La triangulación nos proporcionó unas coordenadas muy concretas... y sorprendentes: La casa de Peyton Sharrow. Inicé la tramitación del pertinente permiso para proceder a una investigación exhaustiva, pero indagando sobre el inmueble descubrí que aquella misma noche se celebraba una fiesta a la que estaba invitada lo mejor de la sociedad californiana. Decidí mover algunos hilos y conseguí que me incorporaran en la lista de invitados. Por supuesto yo estaba como pez fuera del agua en un sitio como aquel. Un teniente del ejército del aire, joven y casi imberbe, en una fiesta de alto copete con la crema y nata de la sociedad, y justo cuando iba a acudir a investigar un acontecimiento extraño. —Lionel sonrió con expresión de desdén—. Se pueden figurar mi desconcierto.

Lionel volvió a clavar la mirada en la mesa. Después de unos segundos de pensárselo, extrajo una cajetilla de tabaco, ofreció a sus interlocutores un cigarrillo, que rechazaron, y se encendió uno. La primera calada fue larga y profunda. Cuando exhaló el humo prosiguió.

—Sin embargo, lo que no podía imaginar de ninguna de las maneras, es que pocos días después de la fiesta, que terminó de manera muy calamitosa... y dramática, como todos recordamos, Peyton Sharrow me ofreciera una fortuna si me ponía a su servicio mientras proseguía mi carrera militar. Es más, me prometió no solo una fortuna, sino que también me procuraría un ascenso rápido hasta lo más alto de la cúpula militar. El tiempo me ha hecho comprender que de esa forma logró atraparme en una pegajosa tela de araña de la que no he podido escapar en todos estos años... hasta ahora.

Lionel se quedó contemplando la mirada de Tobías, fija y penetrante, en él. Comprendió que la rabia se estaba acumulando. Lionel continuó su relato con parsimonia.

—Acepté. Me parecía una locura rechazar la oferta. No era nadie, no implicaba hacer nada ilegal... y eso sí, tomé la determinación de que jamás traicionaría a mi país o mis hombres si Peyton me lo pedía. Y lo cierto es que su parte del acuerdo la respetó escrupulosamente. Con los años logró situarme en un escalafón de suficiente rango como para convertirme en una persona con capacidad de decisión crítica en lo concerniente a la misión *Trinity*. Todos sabemos cómo transcurrió.

—¿Qué ordenes recibió de Peyton en aquel entonces? —Tobías mantenía los puños cerrados con fuerza sobre la mesa, aunque no era consciente de ello.

Lionel aspiró otra larga calada antes de responder.

—Ninguna —respondió lacónico.

Hizo una larga pausa, dejando que tanto Charles como Tobías asumieran el resultado de su respuesta.

—Sí, me resultó desconcertante, sorprendente... siempre había esperado esa llamada, esas indicaciones en las que pudiera hacer uso de mi influencia, de mi capacidad de decidir... No, fue mucho más hábil e inteligente de lo que había considerado. Yo era joven e inexperto y acababan de ascenderme. Me sentía observado y juzgado. Peyton no me dio nunca ninguna instrucción, pero parecía sugerir que sabía algo, la existencia de una amenaza que la *Trinity* iba a descubrir. Logró alterar mi ánimo y que transmitiera una presión enorme al equipo de seguimiento de la misión en Houston, porque indirectamente él me la transmitía a mí. Fui utilizado sin darme cuenta a fin de precipitar los acontecimientos. Con los años comprendí mejor que Peyton estaba jugando con ventaja, manipulándonos a todos a fin de llevar a buen término su plan. Cuando me enteré que él mismo había sido el informático que había realizado el programa de inteligencia de la *Trinity*, comprendí que la misteriosa desviación que sufrió la nave y su incapacidad de corregir el rumbo, muy probablemente habían tenido a Peyton como el artífice de lo ocurrido.

Lionel suspiró.

—Tú los vendiste... —murmuró Tobías acusador.

—Deja que termine de hablar, Tobías, —solicitó conciliador Charles, que también escuchaba con máxima atención. Lionel agradeció su intervención con un gesto.

—Tardé tiempo en realizar todas estas deducciones. Peyton, después de la pérdida de la *Trinity* me dejó en paz por una larga temporada durante la cual yo incubé el deseo de vengarme. Pero no parecía llegar ese momento. Y no llegaría... hasta que empezó a configurarse el plan de vuelo de la *Destiny*. La USAF ya consideraba la misión en los términos actuales; secreta, amparándonos en un plan de vuelo sobre una misión que se habría dado por perdida... fue a partir de ese momento cuando Peyton empezó a solicitar mi intervención activa de nuevo.

Lionel apagó con fuerza el cigarrillo en una de las tazas de café y se tomó un tiempo en encender el siguiente.

—Sin embargo yo estaba atando cabos. Ya existía la sospecha clara de que el *Octaedro* podría tratarse de una máquina del tiempo. Pero había un detalle, algo que yo había descubierto en la casa de Peyton la noche en la que fui invitado y a la que acudí, les recuerdo, con ánimo de investigar qué mecanismo o qué suceso podría haber provocado el incidente radioeléctrico masivo que habíamos detectado. Había llevado un simple medidor Geiger porque sospechábamos que el evento podría haber dejado algún tipo de señal radioactiva. Y no fue desencaminada la sospecha; encontré un misterioso sobre azul con un *Octaedro* como encabezado. Me llamó la atención su interior. Estaba escrito en un lenguaje extraño... un código jeroglífico indescifrable para un lego. Quise hacer fotografías... pero el destino se alió contra mí y Peyton me descubrió en ese momento crítico. Se puso como loco... intentó golpearme... Al comprobar mi móvil para ver si había fotografiado el contenido del sobre azul descubrió las pruebas del delito de Marina y Garland.

—¿Pero no dice que después lo contrató?

—Así fue... Pocos días después del fallecimiento de Marina, su mujer, me hizo regresar de nuevo a su hogar, a altas horas de la noche. Se hallaba en un estado de excitación, pero muy decidido, y me hizo una oferta muy generosa. Parecía otra persona. Por mi parte decidí olvidar el asunto del sobre.

Lionel de nuevo hizo una pausa. Se levantó y paseó lentamente por la sala, con las manos en los bolsillos, como si ese paseo le ayudara a rememorar lo que había sucedido hacía ya tantos años.

—Todo esto que les cuento jamás ha salido de mi boca. Nunca lo he hablado con nadie, hasta ahora. Y he tenido buenos motivos para ello. Cuando apareció el *Octaedro* en escena, especialmente cuando la tripulación de la *Trinity* nos envió un vídeo de una grabación imposible, donde era Georgina la que hablaba, empecé a comprender las implicaciones de todo ello, más aún cuando Peyton solicitó mi intervención...

—¿Quería participar en la misión de la *Destiny*? —preguntó Tobías, inquieto.

—¿En la *Destiny*? Mi intervención no era necesaria para eso. Como decía, al aparecer el *Octaedro* en escena y Peyton me hizo su extraña petición, me empecé a preguntar quién era Peyton Sharrow en realidad. Inicé una labor discreta de investigación y pronto comprendí que me hallaba ante uno de los hombres más

poderosos del planeta. Su influencia traspasaba fronteras. Su capital es inmenso, pero se halla disperso en sociedades intermedias que tienen un peso más que notable en los principales emporios mundiales. Peyton Sharrow, señores, tiene línea directa, si lo desea, con los principales gobiernos del planeta... o tal vez con todos, siempre a través de multinacionales, prestigiosos bufetes, o lo que sea menester en cualquier momento. La fortuna había sonreído constantemente a Peyton Sharrow desde la noche en la que perdió la vida su malograda mujer.

Tobías comprendió que debía existir una ligazón oscura entre el evento radiológico, el sobre azul, y la fortuna incipiente... pero algo no encajaba.

—Peyton amaba locamente a su mujer... de eso no me cabe duda, —comentó.

—Sí, es un hecho sorprendente... que falleciera aquella noche, cuando parece disponer del control de una máquina que controla el tiempo... pero recordemos que le había engañado... tal vez desde mucho antes. En cualquier caso Peyton lo destapó convenientemente...

—No sin tu ayuda, ¿verdad?

Lionel sacudió la cabeza.

—No es algo de lo cual me vanaglorie. No pretendía en absoluto descubrir a los amantes... estaba grabando todo cuanto veía, era mi trabajo, y descubrí la escena por pura casualidad... aunque, este término, casualidad, es posible que sea una palabra que esté utilizando en esta ocasión demasiado a la ligera.

Lionel calló, y el silencio que siguió rebosaba de tensión.

—¿Qué solicitó Peyton de ti entonces? —Preguntó Charles, evidentemente intrigado por el papel de Peyton en la historia.

—Peyton me solicitaba información confidencial acerca de la misión y los preparativos. Yo le facilitaba todo lo que consideraba que no era crítico. Me pidió que ralentizara u ocultara algunos informes, como la detección de la señal de aviso procedente de la *Trinity*. También me utilizó durante los años que siguieron a la desaparición de la *Trinity*. Hubo dos Spaceminner cargadas con marines, lanzadas desde Ecuador que, en secreto, se dirigieron al *Octaedro*. Fueron misiones fallidas, y dado el casi total desinterés de Peyton por ellas, ahora comprendo que las daba por perdidas desde el principio. Y así llegamos hasta el momento donde la NASA y la Fuerza Aérea deciden cambiar de estrategia en base al famoso vídeo en el que aparece Georgina. Se organizan los preparativos de la *Destiny*... y Peyton vuelve a aparecer en mi vida. —Lionel sonrió como si recordara algo que ahora le hacía gracia—. Y... sí, se produjo entonces una petición que me resultó absolutamente inverosímil. Él sabía que yo coordinaba la misión de la *Destiny* y supervisaba al administrador de la NASA. Había usado sus hilos para colocarme en esa posición. Mi influencia debía ser notable por tanto. Sabía que íbamos a reclutar a un astronauta especialista en criptografía y temía que se opusiera. De hecho, en esa cuestión, yo mismo fui el más insistente... Tenía una buena razón para ello.

—Lo recuerdo —corroboró el propio administrador.

—Sí. Había visto el código que contenía el sobre azul. Me resultó incomprensible, pero es algo que nunca llegué a olvidar del todo. Me había llamado demasiado la atención, no tanto el contenido del sobre, como la violenta reacción de Peyton. —Lionel hizo una pausa. La mirada volvió a fijarse en la mesa, hacía un esfuerzo por ordenar los recuerdos—. Pueden imaginar mi turbación cuando llegaron las imágenes de la *Trinity*, poco antes de que la tripulación desapareciera. Reconocí de inmediato los jeroglíficos. Todos cuantos vimos el vídeo de la transmisión de la *Trinity* pensamos de inmediato en que se trataba de una máquina del tiempo. No había otra explicación. Sin embargo yo comprendí que podía ser mucho más que eso. Peyton tenía una relación con aquel artefacto y entendí, que si verdaderamente se trataba de una máquina del tiempo, no podría desenmascararlo porque él podría alterar cualquier intento mío por desbaratar sus planes. Debía obrar por mí mismo en todo momento y lo que yo sospechaba no podría rebasar nunca la esfera de mi propia persona. ¡No podía confiar en nadie! Mi primera maniobra fue la selección de un experto en criptografía para cubrir la plaza restante. Utilicé parte del código que figuraba en uno de los hologramas que se descubrían en el *Octaedro*. Era una decisión lógica y Peyton no le prestó excesiva atención, y por supuesto, ignoraba con qué criterios hice la selección. Consideré que si Peyton, un informático avezado ha tomado partido de lo que halló en el *Octaedro*, solo se me ocurrió que tal vez otro igualmente capaz tuviera la habilidad suficiente de desbaratarlo.

Lionel hizo una pausa buscando la aprobación de sus interlocutores, pero ambos se mantuvieron impassibles.

—Georgina, —prosiguió Lionel con calma—, no podría faltar en la tripulación, dado que todo iba a girar en torno al cumplimiento de la profecía anunciada por el misterioso vídeo recibido de la *Trinity*. Por otro lado, la NASA había recibido la recomendación, casi la obligación por parte de la Casa Blanca, que era sensible a muchos requerimientos de diversos patrocinadores de campaña, incluido BHPbilliton, de incluir a Peyton en el equipo. Él era un candidato inamovible. Visto eso, lo fácil a continuación era la opción de incorporar a Garland, que adquiriría una lógica aplastante... además de existir otra poderosa razón que solo yo conocía en ese momento. Su inclusión como jefe de vuelo, —dijo Lionel refiriéndose a Tobías y obviando la explicación anterior—, fue también consecuencia de esta conjunción de circunstancias.

—¿Y bien...? ¿Qué quería Peyton? ¿Para qué le requirió que tan inverosímil le pareció? —preguntó inquieto Tobías.

—Solicitó apartar a Garland de la misión —respondió impertérrito Lionel.

—¿Garland? ¿Por qué?

Tanto Charles como Tobías habían formulado las mismas preguntas casi a la vez. Ambos estaban desconcertados.

—Sí, me resultó sorprendente la fijación que mantenía con Garland. Era obvio que había una animadversión personal hacia él, fácil de comprender si se entiende

que había sido, al menos por una noche si creemos su versión, el amante de su mujer. Sin embargo, la naturaleza de su insistencia no tenía que ver con destruir a Garland, el objetivo era apartarlo de la *Destiny*.

—¿Cómo puede estar tan seguro de ello? —preguntó Charles escéptico.

—Al parecer hizo lo posible para que diversas instituciones le formularan propuestas económicas más que apetecibles que ridiculizaban sus honorarios de la NASA. Así al menos me informó que había procedido.

—Garland siempre se quejó de que Peyton había hecho lo posible por arruinar su carrera académica... —explicó Tobías—, ¿y ahora hacía justo lo contrario?

Lionel asintió.

—Exacto. Eso mismo pensé yo. Por esa misma razón, y por el hecho de que mis sospechas sobre mi protector eran cada vez más fuertes, decidí desobedecerle por completo. Afortunadamente Garland no se dejó tentar. Es evidente que sigue tontamente enamorado de Georgina. Fue pan comido cuando le presioné para que colaborará en la simulación del accidente de la *Soyuz* amenazándolo con apartarlo de ella, pura psicología inversa. Así que si Peyton no quería a Garland... mi objetivo, mi empeño absoluto, fue conseguir a toda costa que participara en la misión... dándole a entender indirectamente que sin él, tal vez Georgina estuviera en peligro. No sé cuál era la fortuna que le ofrecería a Garland, pero su interés por Georgina fue superior. Un difícil equilibrio, como pueden imaginar, el que debía mantener. —Lionel sonrió, para sorpresa de Tobías, con orgullo.

—Entonces... ¿qué papel desempeña Garland en todo esto? —preguntó Tobías incrédulo.

—Garland... ¿Sabían cuál era el contenido del jeroglífico que descifró Crazybit y que le valió su billete para el *Octaedro*? Ese mismo nombre. Garland. Mi estupor al ver la respuesta de Crazybit fue inmenso, sí. En ese momento comprendí que Garland era el cuarto tripulante de la *Destiny*.

Lionel hizo una larga pausa durante la cual miró pensativo a la pantalla. El *Octaedro*, suspendido en el espacio contra el fondo estrellado representaba una incógnita incomprensible.

—¿Cuál es el papel de Garland en todo esto? —preguntó Lionel repitiendo a Tobías—. Sí, caballeros, eso mismo me pregunto yo constantemente.

Lionel apagó el cigarrillo aplastándolo con fuerza contra los posos del fondo de una taza de café.

Después volvió a mirar a sus interlocutores que le observaban llenos de perplejidad, y repitió la misma frase final, palabra por palabra.

Capítulo 50

Garland se había visto rodeado por una extraña comitiva de octos. Vestían trajes espaciales idénticos a los suyos, con la diferencia de que ningún emblema o texto delataba quien los había confeccionado. Sus escafandras mantenían los visores bajados, por lo que era imposible ver sus rostros. Una voz neutra, la que había mantenido la conversación previa con él, le había indicado que debía acompañarlos, y había obedecido dócilmente. Flanqueado por un par de octos, yendo otra pareja por delante y otra por detrás, Garland se sentía por completo como un prisionero, si bien no le habían exigido que abandonara el arma, que mantenía bien sujeta entre las manos.

Habían dejado atrás el bosque de pilares y se plantaron ante una enorme puerta que mantenía una extraña hilera de símbolos octos refulgiendo sobre sus hojas. Conminaron a Garland para que se aproximara a la misma y la puerta se abrió con suavidad, mostrando tras ella un panorama tétrico y oscuro. Se introdujeron entonces en una gran sala, de techo tan alto que no resultaba visible. Por más que la mirada de Garland intentó penetrar en la oscuridad, el cielo se difuminaba en un abismo de negrura. Otro tanto sucedía con cualquier género de límite de su campo visual. Una enorme extensión de una plataforma metálica y negra como el ébano moría en una negrura como de noche cerrada allá donde dirigiera la mirada. Sin embargo, a su alrededor, los astronautas octos brillaban como si un potente foco de luz blanca dirigiese su haz sobre cada uno de ellos.

Avanzaron con un paso cansino durante largos minutos, hasta que inesperadamente, en un lugar tan indistinto como cualquier otro, según podía observar Garland, la comitiva se detuvo. Uno de los octos avanzó unos metros, destacándose de los demás. De pronto una barra de cristal y metal surgió de su mano, que había extendido hacia delante, como si hubiera solicitado una dádiva a un ser invisible. La vara refulgió unos segundos, hasta que, súbitamente el octo la clavó en el suelo con fuerza. Garland sintió una vibración que llegó a él a través del suelo. De pronto la gran sala en la que se encontraban se transformó bruscamente. Pilares dorados, de aspecto marmóreo, exquisitamente pulidos, adornados con sofisticadas filigranas que emulaban flores y plantas, emergieron por doquier, constituyendo lo que de pronto se le antojó a Garland como un antiguo templo griego en pleno esplendor de su civilización, de una belleza deslumbrante. Cada uno de los elementos arquitectónicos que conformaban lo que ahora parecía una gran nave de un recinto sagrado brillaba como si fueran fuentes de luz. Sobre los pilares, en los capiteles, los símbolos octos que en ellos figuraban relucían fulgurantes, y Garland se imaginó que tal vez constituían los textos de una religión antigua pero viva, y la luminosidad de sus jeroglíficos fuera la prueba de su vigencia. El techo, labrado en la piedra, mostraba escenas de una mitología incomprensible, pero con figuras evidentemente

humanas. Más allá de los pilares un jardín exuberante, cargado de plantas, rebosante de reflejos de brillo y de color, con la sombra proporcionada por numerosos árboles de copas densas de follaje, parecían haberle trasladado de improviso al corazón de un jardín paradisíaco en el más espléndido de los días primaverales.

Un altar sencillo pero reluciente, de idéntico material que el resto del templo, captó la atención de Garland. Avanzó despacio hacia él.

Sobre la superficie de la mesa un texto octo con caracteres de gran belleza oscilaba, como si la superficie de mármol que constituía aquel mueble se tratara de un líquido maleable y las letras flotaran sobre el mismo, adquiriendo su forma caprichosa al albur de la brisa. Garland acercó sus dedos a los cambiantes jeroglíficos, dispuesto a comprobar si no se trataba de una ilusión óptica, pero tan pronto lo hizo se produjo una súbita explosión de luz, que lo dejó completamente deslumbrado durante unos segundos. Se quedó inmóvil, expectante, esperando a recuperar por completo la visión.

Cuando al fin empezó a reconocer el espacio en el que se encontraba, se sorprendió al darse cuenta de que no estaba solo. Un hombre de barba blanca y pelo igualmente canoso, aguardaba, erguido, junto al altar, mirándole con ojos benévolo y aire paciente. Tardó un tiempo en comprender, el de sus pupilas relajándose para adaptarse de nuevo a la luminosidad del lugar, que la persona que tenía ante sí se caracterizaba por unos rasgos familiares, similares a los suyos, sorprendentemente familiares.

—¿Padre? —preguntó atónito, lleno de incredulidad.

El anciano que Garland reconocía como su padre vestía una túnica sencilla y caminaba descalzo. No ostentaba ningún adorno salvo un pequeño colgante con un símbolo octo dorado sobre su pecho. Parecía estar aguardando a que Garland dijera algo.

—¿Quién eres? —preguntó a continuación. Garland comprendía la imposibilidad de que su padre, fallecido muchos años atrás, fuera el que se encontraba frente a él.

—¿De verdad que no me reconoces? Hemos mantenido ya en anteriores ocasiones encuentros similares a este. No temas. Si he adoptado esta figura fácilmente reconocible para ti era para aliviar tu espíritu de la tensión y el miedo. — El anciano sonrió.

—¿Anteriores ocasiones? ¿A qué te refieres?

El anciano le invitó a que lo acompañara con un gesto de la cabeza. Se internaron en el jardín. Garland sintió la tentación irresistible de quitarse la molesta escafandra y disfrutar de lo que parecía ser un aire puro, pero el anciano se lo desaconsejó con la mano y le sonrió.

—No es la primera vez que has estado en el *Octaedro*, como os gusta llamar a este punto del espacio.

—No recuerdo haber estado antes —replicó Garland, que no salía de su asombro aún por la conversación que estaba manteniendo—. No puedo creer en lo que me

dices salvo que me muestres pruebas.

—Pruebas... —murmuró el anciano.

—¿Es esto una máquina del tiempo? —preguntó Garland, que intentaba compaginar lo que le había dicho el anciano con su propia experiencia.

—No, no exactamente. Creo que para que lo comprendas es necesario que te cuente mi propia historia, o más bien la de mi gente. Sentémonos en aquella glorieta a charlar. Tenemos todo el tiempo del mundo, —el anciano pareció bromear con aquella frase porque sonrió para sí mismo y a Garland le dio la impresión de que se reía por lo bajo.

La glorieta consistía en una serie de bancos que se cerraban en un círculo, techado por una pérgola cubierta por una frondosa buganvilla cuyas hojas, de color malva, adquirirían una tonalidad tan intensa que parecían pequeñas lámparas de colores.

—Mi pueblo habita un planeta similar al tuyo, Garland. Contamos con una luna y también es el tercer planeta interior del sistema. Después de miles de millones de años desde su creación, la vida inteligente se hizo presente. Nuestra raza, similar a la tuya, evolucionó rápidamente y pronto los avances científicos y la tecnología nos permitieron adentrarnos en el conocimiento del Cosmos. Como ves, tenemos antecedentes comunes. Como la raza humana también nosotros topamos con una evidencia que nos abrumaba y nos dejaba perplejos. Por lo que recuerdo, en vuestro mundo lo llamáis principio antrópico. El hecho de que cuanto más se conoce el Cosmos y sus leyes naturales, más evidente resulta que la coincidencia de que tantos factores y variables se comporten de una manera tan balanceada, tan equilibradamente precisa, resultaba desconcertante. Si dichas constantes sufrieran una variación infinitesimal en sus valores, no sería factible nuestra existencia. Esa es una materia que tú dominas correctamente, lo sé.

Garland asintió. Era un principio que siempre le había fascinado.

El anciano se inclinó hacia delante. Unos pajarillos que picoteaban entre los adoquines que empedraban la glorieta se habían posado junto a ellos. Extendió la palma de su mano hacia el grupo, y dócilmente, el más osado, se posó sobre ella. El anciano la acercó entonces hacia así, y lo acarició con delicadeza, después de lo cual el avecilla partió de nuevo volando, alejándose de allí junto con el resto de su bandada.

—Cuanto más sabíamos, el desconcierto científico aumentaba... porque también abundábamos en otras realidades tan sorprendentes y, podríamos decir, antinaturales, que ya apuntaban a un importante descubrimiento que lo iba a trastocar todo. Me refiero a realidades tan desconcertantes como el principio de incertidumbre, el entrelazamiento cuántico, o las diversas singularidades sin solución que nos brindaba nuestro universo... Siempre teníamos fe en que algún día, todo debería encajar en su sitio, —prosiguió con tono ausente, y durante unos breves segundos quedó sumido en silencio, recordando algo que pareció entristecerle. Pero su expresión se animó súbitamente, y prosiguió—. No obstante, un día quedamos completamente

abrumados cuando comprendimos que en última instancia, nuestro Universo no era factible... al menos con las leyes de la naturaleza que confiábamos dominar. Habíamos descubierto un imposible, la fantástica cuadratura de todo lo creado se desvanecía como una quimera cuando nuestras cosmonaves empezaron a recorrer los confines de la galaxia y comprendimos que lo que se observaba realmente desafiaba a todo cuanto nuestras teorías podían establecer. También al estudiar lo infinitesimalmente pequeño empezaron a quedar claras determinadas incoherencias. Ante la constatación de que posiblemente algo estaba completamente equivocado en nuestros planteamientos decidimos efectuar una prueba lógica con la máquina más compleja y potente de la que nuestra civilización era capaz de crear. La máquina se situó en uno de los satélites naturales de nuestro planeta, disponía para su funcionamiento de una cadena de plantas solares dispersas por el espacio, acaparando una superficie espacial enorme, tales eran los requisitos energéticos requeridos, y después de décadas de preparación, el experimento dio comienzo.

Garland iba a realizar una pregunta, pero el anciano le interrumpió con una señal de la mano, no quería alterar el orden de su discurso y no deseaba ser interrumpido.

—Desconcertados por lo que sugerían las pruebas empíricas nuestros ingenieros plantearon construir universos, simulaciones, que permitieran comprobar hasta qué punto podría ser factible que seres inteligentes evolucionados en dichos universos artificiales, hechos a imagen y semejanza del nuestro, fueran capaces de detectar lo mismo que nos había sucedido a nosotros. Se recreó un universo completo, que incluía todo cuánto sabíamos del nuestro.

El anciano sonrió y se quedó mirando, pensativo, a Garland, que se quedó en silencio. No comprendía muy bien lo que aquel ser le estaba intentando transmitir, hasta que al final la luz de una deducción desconcertante empezó a brillar con fuerza.

—¿Quiere decir que yo... que todo cuanto conozco... mi planeta... el universo entero en el que vivimos... es una simulación informática destinada a... probar una teoría científica?

El anciano permanecía impertérrito. Garland sacudía la cabeza. Finalmente se puso en pie.

—¿Me está diciendo que mi universo es una simulación efectuada para constatar las incoherencias de un universo real? —Garland no daba crédito a lo que acababa de preguntar y soltó una carcajada cuando finalizó.

El anciano asintió lentamente y tomó la palabra.

—Todo es perturbadoramente simple. ¿Por qué hemos sido creados y abandonados a nuestra suerte? En el caso vuestro la respuesta resulta evidente en mayor o menor grado. Nuestra raza quería saber si algo así podría suceder realmente... y así lo hemos podido constatar. Tú fuiste el resultado del experimento. La primera persona que fundamentó lo que más adelante será denominado el Principio de Incoherencia del Todo a raíz de las conclusiones de la *Dark Stars Probe*.

Garland suspiró.

—El *Octaedro*... ¿Qué es? ¿Dónde estamos?

—Sí, el *Octaedro* es la interfaz, el único medio por el cual el creador, nosotros, podemos entrar en contacto con sus criaturas. Lo exigía la naturaleza del ensayo. No poder alterar con intervenciones exógenas el desarrollo independiente de la vida inteligente, de su capacidad de discurrir, de descubrir su mundo y su universo y de hallar las conclusiones más duras, por paradójicas que estas pudieran resultar... como tú hiciste. Una vez arrancado el experimento, carecíamos de capacidad de interactuar con vuestro universo simulado. Y en cuanto al *Octaedro*, en cierto sentido, sí, se hizo para ti. La única interacción que permite esta construcción virtual es con el descubridor del Principio. El resto de tripulaciones que intenten abordar el *Octaedro* son eliminadas. Es algo tan sencillo como depurar el programa y borrar datos incómodos. Así está programado. Era algo que no debía suceder pero una alteración imprevista del código ha propiciado que el sistema activara sus defensas en varias ocasiones. —El anciano suspiró apesadumbrado—. En suma, queríamos conocer a la mente que propiciaría el descubrimiento, es decir a ti.

—¿Para mí? ¿Por qué yo?... —Pero Garland había creído entender ya el motivo—. Te estás refiriendo a nuestro experimento sobre la materia oscura... No parecía que fuera a resultar un trabajo tan determinante.

—El experimento que mi civilización ha efectuado, la simulación que habitas, con toda su complejísima y enorme capacidad de procesado, solo aguardaba un momento crítico. Aquel en el que se concitaban las circunstancias que originarían la formulación del Principio de Incoherencia del Todo. Ese instante es el punto de inflexión de la simulación y se produjo cuando una idea que siempre te había rondado por la cabeza, cristalizó en un posible experimento que sirviera para constatar la primera evidencia del Principio. A partir de ese momento la simulación creaba los condicionantes necesarios para traerte hasta aquí. Podría decirse que fue la única excentricidad autorizada a los que formulamos el vasto programa de tu universo.

El anciano miró a Garland con una sonrisa benevolente. Este empezó a entender a qué momento se refería.

—Eso sucedió cuando conocí a Dan Sinclair... en la fiesta de Peyton... —murmuró.

—Sí, correcto. Ahora no tienes perspectiva de lo que habéis puesto sobre la mesa, pero en suma, habéis sentado a través del trabajo que llevasteis a cabo, las bases del Principio de la Incoherencia del Todo. La materia oscura es la relación final, la variable generada por el modelo para que todo cuadre y sea compatible. Cuando se constata su inexistencia, pero a la vez se observa cómo el Universo sigue existiendo sosteniendo principios incompatibles a la vez que imprescindibles, la conclusión es obvia... aunque dura de asumir. Llevará tiempo que vuestra civilización lo asimile.

Garland se puso en pie. Empezaba a sentirse verdaderamente nervioso. El anciano prosiguió con su explicación.

—También por la exploración de lo muy pequeño se puede llegar a las mismas conclusiones. Las partículas que se comportan como ondas o materia, según convenga, el principio de incertidumbre..., por no hablar del entrelazamiento cuántico... particularidades de lo muy pequeño, tan sorprendentes que parecen mágicas... no son sino condicionamientos establecidos en el programa y también habrían servido para que más tarde o más temprano alguien propusiera el principio de Incoherencia...

Garland respiraba agitado.

—No comprendo... todo resulta demasiado inverosímil. No puedo creer que en verdad me esté diciendo que yo y todo mi universo sea una simulación... ¿yo soy un programa?

El anciano asintió.

—Increíblemente complejo, tanto, que eres verdaderamente libre. —El anciano comprendió que Garland no llegaba a asimilarlo—. ¿Qué más da que lo que tú percibes como materia sea realmente un conjunto de datos, una secuencia casi interminable de información binaria? ¿Realmente cambia eso lo que eres o lo que sientes? No hay ningún principio determinista en el programa, cada ser humano es una inteligencia independiente, consciente, libre. Te cuesta imaginar algo así porque en vuestro mundo la capacidad técnica de ejecutar un programa con semejante capacidad de proceso es absolutamente impensable. Pero imagina la tecnología que tendréis dentro de mil años... No resultará nada descabellado que os planteéis vuestro propio experimento... —El anciano hizo una pausa durante la que observó a Garland, abrumado, que seguía sacudiendo la cabeza, negando—. No debes alterarte. Muchos filósofos y poetas de tu mundo ya lo han expresado con certeza. Lo importante no es la verdad de lo que se es, sino de lo que se siente. Es la experiencia vital lo que nos constituye. Por muy desbordante que sea la verdad que te revelo ahora, tú mismo la negarás... porque toda tu experiencia y todo lo que sientes no puedes entenderlo como una realidad virtual, sino como una física. En el fondo, ¿qué más da una cosa u otra si lo que cada ser consciente, tanto de mi universo como del tuyo, lo único que ansía es hallar la felicidad? Fíjate en este paisaje. ¿Acaso ahora mismo no te parece tan real como tú y como yo, siendo yo mismo otra recreación virtual de mi «yo» que está fuera de esta simulación y que con el que, por cierto, no guardo ninguna similitud?

El anciano se incorporó y señaló un sendero por el cual le invitó a caminar. Una puesta de sol teñía de naranja y carmesí el firmamento, y junto con el horizonte, contorneado por lomas de pendientes suaves cubiertas por una alfombra de verdor y salpicada por pequeños árboles de copas redondeadas, dibujaba un paraje idílico, una ensoñación fantástica.

—Pero eso es horrible... eso... si la gente lo supiera podría... es algo descabellado —protestó con voz débil el astronauta.

—Sí. Estáis dotados de libre albedrío. La gente, sí... las personas, los individuos, siempre son los elementos azarosos que pueden destruir la armonía de la más espléndida obra de arte, de la más elevada construcción erigida con el mayor esmero, —sentenció—. De hecho, ha sucedido lo impensable. Un individuo de vuestra especie ha tomado el control del experimento, justo ahora que este había concluido... Me temo que tu mundo corre grave peligro.

Capítulo 51

Peyton tecleaba rápidamente código en la consola que tenía ante sí. Era un trabajo que había madurado en los dos últimos meses de travesía espacial, aunque ciertamente en el último año no había dejado de pensar ni un solo instante en lo que debía hacer en aquellos minutos críticos. Cada una de las instrucciones que tecleaba le aseguraba una baza ganadora, un nuevo éxito, una empresa que sería coronada con el poder y la gloria. Ya era alguien importante, qué duda cabía sobre ello, pero era difícil conformarse con tanto cuando aún podría lograr mucho más.

Redactaba el contenido del sobre azul.

Todo estribaba en ello.

Había algo más. Una sutil alteración del código fuente del *Octaedro* que había sido capaz de influir definitivamente en el desarrollo de los acontecimientos, de tal manera que había sido capaz de completar su plan sin que nada ni nadie lo interrumpiera.

—¿Qué vas a hacer con nosotros, capullo?

Crazybit era un auténtico incordio. De buena gana le pegaría un tiro ya y acabaría con su lastimosa existencia... al menos de momento. Pero lo necesitaba vivo, al igual que a Georgina. Garland era una obsesión del sobre azul. Había que eliminarlo, acabar con él, el sobre azul resultaba taxativo.

—Si no me permites que socorra a Georgina morirá, —insistió de nuevo Crazybit.

Pero Peyton se limitó a levantar levemente la vista, a fin de confirmar que ambos se hallaban sentados en el suelo, unos metros por delante de él. Su fusil de asalto permanecía a su diestra, fácil de alcanzar en un instante. Todo bajo control.

Peyton ignoró nuevamente las quejas del hombre y prosiguió con su tarea de programación. Debía concentrarse en las instrucciones que incorporaba al texto del sobre azul, una de cuyas primeras líneas recomendaba la contratación de Lionel. El hecho de ponerlo a su servicio serviría para desactivar la alarma que la introducción de un elemento atemporal, el sobre azul, había despertado en el Ejército del Aire, y en segundo lugar, sería su hombre durante años dentro de la NASA, una influencia nada desdeñable con la que se facilitaría información vital de cara al viaje al *Octaedro*, tal y como se había demostrado.

El resto de las instrucciones, las que estaban destinadas a su engrandecimiento personal, no solo comprendía las que ya estaban incluidas en el ciclo actual. La experiencia que había adquirido, las oportunidades que había detectado, era necesario aprovecharlas en el nuevo ciclo que se iniciaría en breve. Peyton se sentía como el amo y señor del Universo, dueño de una lámpara mágica capaz de proporcionarle todo cuanto se antojase. Solo era cuestión de tomar nota de todo aquello que hubiera resultado provechoso para multiplicar su ya notable fortuna inicial en unos

dividendos astronómicos que le habían permitido escalar a la cumbre de los hombres más poderosos del mundo en tan solo cinco exiguos años.

¿Por qué había sido él el afortunado? Desconocía por completo las razones. El sobre azul no indicaba nada al respecto. Solo un indicio, sospechoso, le hacía comprender que tal vez él había usurpado un poder que no le correspondía. ¿Por qué figuraba el nombre de Garland en un acceso infranqueable en el interior del *Octaedro*? Había sido un descubrimiento que le había inquietado. La propia insistencia del sobre azul de evitar a toda costa que Garland participara en la misión de la *Destiny*, o si acaso, eliminarlo físicamente, lo configuraba como su principal adversario, aún cuando desconocía las razones. Y ahora que había tanto en juego no estaba dispuesto a asumir el más mínimo riesgo.

El lenguaje octo no era complicado, pero el código holográfico tridimensional que tenía ante sí resultaba incomprensible. El tiempo le había enseñado que era casi imposible, no del todo, manipularlo.

Había descubierto varias cosas. La cronología humana era fácil de identificar. Cada año figuraba marcado como un capítulo de programación distinto. No resultó difícil determinar que había un tiempo, relativamente reciente, a partir del cual no podía editar el código. La programación estaba cristalizada, era inabordable. Siempre le había intrigado ese límite. No menos sorprendente fue descubrir que el código se volvía abierto a partir de un acontecimiento que había sucedido en su casa durante la fiesta que había brindado en honor a su mujer. Algo había sucedido en ese momento que el programa detectaba como crítico, aunque ignoraba por completo el qué. Esa era la razón por la cual todo el ciclo se iniciaba en esa noche. Era el primer momento del tiempo donde podía enviarse su privilegiada misiva y no antes. ¿Cuántas veces lo había hecho ya? Imposible saberlo. ¿Cuántas veces más lo haría? Peyton no sabría decirlo. Con lo que tenía muy bien podría haber prescindido del *Octaedro*, romper el bucle que había creado con su algoritmo, y dejar que la Historia siguiera su curso. Siempre había repasado una y otra vez lo ocurrido durante la noche de la fiesta en su casa, sin detectar nada que indicase cuál era el evento de naturaleza crucial que fijaba en ese momento del tiempo el punto cero a partir del cual se podía manipular el código fuente. Indudablemente ese evento situaba a los cuatro miembros de la expedición original de la *Trinity* en el epicentro de toda la historia. La razón de la cósmica excentricidad se le escapaba a sus pesquisas hasta desesperarlo. No obstante eso no impediría que siguiera adelante con su plan.

De lo que estaba convencido era de lo valioso del tiempo, extremadamente valioso, puesto que apenas disponía de cinco años para completar el ciclo que culminaba con su regreso, si es que esa palabra era la adecuada, al *Octaedro*.

¿Cómo había empezado todo? Peyton no lo sabía, pero podía imaginarlo. El ciclo se había iniciado seguramente con la primera misión *Trinity* original, en la que figurarían los cuatro amigos de siempre, como había estado previsto inicialmente. La nave habría topado con el *Octaedro*, y allí Peyton había descubierto el código... y tal

vez había creado un bucle inadvertidamente, enviándose un primer mensaje con algunos ingenuos consejos. Era imposible saberlo con seguridad. Lo cierto es que en el segundo ciclo Peyton debió de empezar a comprender las posibilidades que brindaba una tecnología como aquella y conforme se preparaba de nuevo la misión de la *Trinity*, Peyton se reservó en secreto repetir el ciclo por tercera vez, a fin de asegurarse mayores ventajas personales en la nueva repetición. Y la rueda empezó a girar y en cada nuevo bucle, el Peyton ingenuo se transformaba en el hombre de visión que era entonces, de manera más rápida y abrupta, porque el contenido del sobre era más perentorio, hasta que llegó a un punto en el que él mismo, el Peyton situado en el *Octaedro*, había forzado al Peyton receptor del sobre azul, a fin de trastocar su voluntad, desde un principio, para someterla a la consecución de un plan... Y para ello había optado por inducir un horrible sacrificio. Cuando el Peyton ingenuo del inicio del bucle comprendía que había sido él mismo el inductor del crimen, caía en un estado febril del cual emergía el nuevo Peyton, transformado y visionario capaz de llevar a cabo la empresa a la cual estaba destinado sin ninguna vacilación.

El *affaire* de Marina con Garland. Ese había sido su punto magistral. Había resultado complejo y laborioso. Sabía que no podía transmitirse a sí mismo una instrucción brutal, como la de asesinar a Marina, porque no la obedecería. Debía hallar una forma de desembarazarse de las personas que más impedimento podían ejercer en su camino a la gloria sin que su yo inexperto pusiera trabas. Podía imaginar como en sucesivos bucles se había demostrado a sí mismo que Marina no sería nunca su compañera en el destino al que había sido llamado. No tenía la ambición, su conciencia resultaba excesivamente escrupulosa, miraría con recelo como medraban sus cuentas y crecía su poder. No.

Había sido duro comprender que él mismo había propiciado, por un cambio en los afectos de ambas personalidades alterando artificiosamente el código del *Octaedro*, que la noche fatídica devinieran en amantes. Las personalidades de Marina y Garland consistían en un complejo sistema de ecuaciones que trazaban ondas de probabilidad. Él había forzado tal sistema a fin de lograr su propósito, interfiriendo en su libre albedrío, y como consecuencia ambos resultaron gravemente dañados. De hecho Marina desaparecía de escena en una trágica muerte, y Garland se sumía en una profunda depresión. El Peyton ingenuo, el de esa noche todavía lo era y mucho, habría sido incapaz de alejarse por propia voluntad de Marina. Los años, el poder y la ambición le abrirían los ojos y le harían ver la verdad... eso lo comprendía bien Peyton a estas alturas del juego.

Lionel había sido su segunda jugada magistral. Había convertido a un estúpido suboficial que podría haber estado a punto de destruirlo todo como consecuencia de su investigación rutinaria, derivada de la introducción artificiosa a la existencia del sobre azul, en su agente más eficaz. Había logrado que su incómoda presencia en la fiesta celebrada en su casa catalizase el incidente que había ensombrecido la velada.

Poco después lo seducía con su magnánima oferta y lo situaba en un punto ideal para que obrara como un eficiente peón a su servicio.

El resto de las instrucciones eran directas y claras. Había datos del contenido del sobre en los que Peyton se reconocía. Lo que se decía en ese texto, solo él podía saberlo. Y esa certeza le llevaba a depositar toda su fe en aquel sobre azul. Ya lo había hecho... y lo volvería hacer.

Y cada vez que llegaba al *Octaedro* añadía nuevos mandatos o incluso mejoraba otros anteriores.

Y finalmente reiniciaba el bucle.

Todo volvía a comenzar sin que nadie lo sospechara. Ni siquiera él mismo... aunque contaba con la valiosísima ayuda del sobre para descubrir la verdad, una verdad que costaba asimilar.

¿Hasta cuándo?

Peyton tenía el convencimiento de que cuando reconociera que su poder era incontestable, cambiaría la instrucción final de reiniciar el bucle, por otra bien distinta, destruir el *Octaedro*. Hecho eso, su poder estaría a salvo de que otra persona pudiera descubrir su secreto o alterar el ciclo, y lo acontecido en la que sería la última versión del bucle cristalizaría como un episodio inalterable de la historia humana.

Y ya nadie podría arrebatarse su poder.

* * *

—Peyton, esta vez no te vas a salir con la tuya, —la voz de Garland sonó nítidamente en el audio de la escafandra de Peyton.

—Joder Garland, eres peor que el séptimo de caballería, siempre llegando al límite, —Crazybit estalló de alegría al oír la voz de su compañero.

Georgina se limitó a gemir diciendo el nombre de Garland, pero se hallaba demasiado débil como para mantener una conversación.

Peyton alzó la vista y ojeó en todas direcciones. El lugar era ideal. No existían obstáculos que le obstaculizaran una visión clara de muchos metros de distancia a su alrededor. Se situaba en el centro de un amplio círculo de mortecina claridad. Tomó el fusil de asalto y caminó rodeando la consola que había estado manejando, esperando encontrar cualquier signo de movimiento o de luz que delatara a Garland, pero era evidente que debía haber apagado todas las trazas luminiscentes que incorporaba el traje espacial. No se veía ni rastro de él.

—Has sucumbido a la codicia, Peyton... pero yo te salvaré. —La voz de Garland, clara, segura, sulfuró a Peyton, que se ríó lleno de sarcasmo.

—Ignoras hasta dónde he llegado. Intuyo que no será la primera vez que me intentas impedir que mi plan salga adelante, y como las anteriores, fracasará. — Peyton se movía sigiloso, barriendo con la mirilla del fusil todo en su derredor, esperando descubrir la presencia del astronauta—. Impondré un nuevo orden, acabaré

con la anarquía y el desgobierno. No temas, porque aunque soy ambicioso procuraré la prosperidad de los pueblos. ¿No me crees? Ven y te explicaré cómo lo hago.

—Eres una víbora viperina, —escupió Crazybit con desprecio—. Y Garland, no sé lo que tienes en mente, pero por el bien de Georgina es conveniente que lo que tengas previsto obrar, lo resuelvas cuanto antes...

La voz de Crazybit se fue apagando conforme hablaba. Al descubrir los ojos de Georgina entrecerrados, sin apenas luz, se sintió desfallecer.

—He hablado con los octos. He comprendido la naturaleza del *Octaedro*.

Peyton se sobresaltó.

—¿Los octos?

—Tus nervios te delatan. Jamás has hablado con ellos, ¿verdad? Desconoces el propósito de este artefacto. No es el que tú le has dado, pervirtiendo este instrumento en un medio de poder egoísta y en destrucción.

—¿Destrucción? —La voz de Peyton rezumaba furia.

—Ahora mismo en la Tierra está a punto de desatarse un holocausto nuclear.

—No tengo nada que ver con ello.

—Este artefacto es el motivo. Las grandes potencias recelan unas de las otras. La nación que controle una máquina capaz de hacer lo que hace esta asumirá un poder incontestable.

—¿De qué estás hablando? —terció Crazybit—. ¿Qué sucede en mi amado terruño?

—El poder que quieres lograr a través del dominio del *Octaedro*, Peyton, —volvió a insistir Garland—, ha provocado que las grandes potencias hayan descubierto su existencia. Cuando decidas que has acumulado suficiente poder es más que probable que no puedas detener una conflagración mundial.

—Destruiré el *Octaedro*.

—No podrás... No está en tu mano.

Peyton calló. Garland hablaba con una calma exasperante.

Disparó. Los fogonazos iluminaron alternativamente los espacios hacia los que Peyton apuntaba, como los flashes silenciosos de un fotógrafo. Abrió fuego en varias direcciones distintas, aleatorias, con la esperanza de forzar algún movimiento que delatara la posición de su rival. En vano.

—No creo que hayas visto ningún octo. ¿Quiénes son? ¿Qué quieren de nosotros? —Peyton confiaba en hacer seguir hablando a Garland.

—Sé que fuiste tú, Peyton, el que destruyó las vidas de Marina y la mía.

Peyton volvió a abrir fuego mientras gritaba. Después se quedó resollando. Rabiaba. Decidió forzar las cosas. Ya que tenía una baza ganadora no era cuestión de desaprovecharla. Se acercó a los dos astronautas que descansaban en el suelo. Georgina mostraba una faz cadavérica. Crazybit le miró crispado. Les apuntó con el fusil.

—Garland, más vale que aparezcas ya o sino no podrás evitar que dispare sobre ellos.

Crazybit maldijo.

—Ni se te ocurra aparecer, Garland. ¡Acaba con ese hijo de perra de mala madre!

Peyton gritó con furia, llamando a Garland con todas sus fuerzas. Quería mantener el control de la situación a toda costa. Era imprescindible acabar con todos ellos, Garland el primero.

—Voy a disparar, —dijo finalmente Peyton con voz más baja.

Una silueta clara de un astronauta emergió justo en el límite de la claridad. Peyton la observó detenidamente. Había algo extraño, pero no era el momento de estar con miramientos. Apuntó cuidadosamente y disparó.

La figura permaneció erguida.

No podía ser otro que Garland.

Avanzó unos pasos en su dirección.

Apuntó cuidadosamente y disparó.

Nuevamente la figura ni se inmutó.

Siguió avanzando, con cautela, el arma en posición de disparo. A diez metros era imposible fallar. Una salva de disparos barrió la figura del astronauta, que ni siquiera pareció resentirse por impacto alguno. Diría que estaba empleando munición de fogeo si no hubiera sido por la herida que había provocado unos minutos antes en Georgina, que se hallaba en trance de muerte.

Peyton comprendió de pronto lo que le alarmaba de aquella figura humana. El traje espacial. Era idéntico al de él mismo en cuanto a la silueta, no cabía duda al respecto, sin embargo carecía de cualquiera de los emblemas que él mismo lucía en pecho y hombros. Ni la bandera, ni el logotipo de la NASA, ni ninguna otra agencia espacial. Tampoco figuraba el emblema de la misión en la que pudiera reconocerse alguna de las características de sus trajes espaciales. No, aquella silueta no podía ser Garland. El brillo de la luz, escasa, le impedía distinguir el rostro tras el cristal de la escafandra.

Sin dejar de apuntar, visiblemente nervioso, se movió oblicuamente a la figura humana, hasta alcanzar un ángulo donde no había reflejos.

El traje espacial... estaba vacío. ¿Qué era aquello?

Pero súbitamente se vio bruscamente impulsado hacia un lado. Algo o alguien le había embestido con violencia. Casi perdió el subfusil, pero cayó torpemente al suelo y rodó, haciendo todo lo posible por no desprenderse del arma. Momentáneamente tuvo una visión de su agresor. Esta vez sí que no había dudas, Garland estaba allí. Tenía que matarlo. Se jugaba una apuesta demasiado alta como para perderlo todo.

Quedó tumbado boca arriba, el arma en su mano derecha, pero había perdido el contacto con la empuñadura. Se ladeó para ayudarse con su otra mano. Empuñar, apuntar y vaciar el cargador.

Pero recibió una fuerte patada en su costado izquierdo. Sintió un dolor agudo. Calculó que posiblemente una patada había roto algunas de sus costillas. La respiración se hizo dificultosa.

Ahora tenía el arma bien asida, se incorporaba, barriendo con el cañón el espacio a su alrededor. Garland estaba allí, demasiado cerca. Intentó encañonarlo, pero su adversario pudo tomar el arma con una de sus manos y apartarla de sí. Varios fogonazos vibraron violentamente, en silencio.

«Me quedaré sin munición».

Forcejeó con Garland, pero este había cogido el subfusil con fuerza y utilizó su cuerpo para darle un nuevo empujón. Peyton sintió como el arma se le escurría de entre los dedos. Sería el fin si perdía aquella pelea.

Una de sus manos quedó libre y empezó a golpear la espalda de Garland con todas sus fuerzas, pero una nueva sacudida de Garland lo lanzó más allá, desequilibrado, hasta caer de espaldas al suelo.

Garland le encañonó. ¿Iba a disparar?

—Corre a ver a tus amigos. Si te das prisa tal vez llegues a tiempo de despedirte de Georgina. —Escupió Peyton con desprecio.

—¿Por qué Peyton? ¿Por qué todo esto?

Pero un aullido de dolor de Crazybit hizo que Garland no aguardara a sus explicaciones. Había emprendido una carrera en auxilio de Georgina.

Capítulo 52

Garland corrió hacia Georgina y Crazybit cargando con el arma de Peyton. No le temía, ahora que sabía lo que era el *Octaedro* ya no representaba ningún peligro.

Se arrodilló junto a Georgina y le tomó la mano con fuerza, como si de esa manera pudiera insuflar nueva energía vital. Ella entreabrió los ojos y esbozó una débil sonrisa.

—Creo que no voy a vivir para contarlo...

Garland suspiró consternado. Tenía tanto que contar.

—No temas Georgina, todo saldrá bien.

Ella asintió con la mirada. Crazybit callaba, pero se apartó y se dirigió hacia la consola en la que minutos antes había estado entretenido Peyton.

—Aquella noche, que todo se truncó entre nosotros... tiene que ver con este lugar, con el *Octaedro*. No somos conscientes, pero vivimos en un universo simulado... aunque nos parezca increíble. La primera vez que estuvimos aquí fue con la *Trinity* original. Peyton lo descubrió y comprendió que si generaba un bucle podría partir con ventaja si se hacía llegar información útil a sí mismo en el inicio del ciclo que iba a crear. —Crazybit soltó varios exabruptos a cada cual más exagerado—. Le acarreó tanto éxito que decidió aprovechar cada nueva oportunidad para sumar más y más información con la que saciar su ambición. Y con cada bucle su codicia se hizo más desmedida, hasta el punto de que Marina se convirtió en un problema personal... Yo también lo era... Decidió destruirnos a ambos para que ninguno de los dos mermara sus posibilidades desde el principio.

—¿Por qué a ti? —preguntó débilmente Georgina.

—Sí... yo. Todo se originó en la fiesta en casa de Peyton. Allí sucedió un hecho insignificante, pero que cuyas consecuencias cristalizarán en un importante descubrimiento. Coincidí con un astrofísico, Dan Sinclair, que había leído un ensayo mío. Fue una conversación interesante, pero breve, a raíz de la misma decidimos formar equipo y auspiciar una investigación pionera. Al parecer nuestro *paper* sobre la inexistencia de la materia oscura está destinado a sentar las bases de lo que se denominará el Principio de Incoherencia del Todo, una especie de antiteoría de la teoría del Todo... antesala que sirve para comprender la artificialidad de nuestro universo... Por ello el *Octaedro* estaba destinado a mí... los octos, sus creadores, no querían interferir con nosotros... solo establecer contacto con aquel, si es que llegaba a darse el caso, que descubriera la base de este principio.

—Eso explica la presencia de tu nombre en el *Octaedro*... —murmuró Crazybit, que a pesar de estar enfrascado en la contemplación del código que figuraba en la consola, no dejaba de prestar atención a lo que Garland decía.

—Así es. Peyton descubrió el código, y comprendió que mi nombre figuraba en los accesos que conducían al corazón del *Octaedro*. Dedujo que tal vez está estructura

estuviera destinada a mí y que él estaba usurpando un poder que no le correspondía. Por ello decidió destruir las vidas de los que se podían interponer en su camino. Georgina, el incidente de la fiesta de Peyton entre Marina y yo fue una alteración del código del *Octaedro* urdido por Peyton... Yo siempre te he querido. Nunca comprendí cómo había sido eso posible... Créeme, te lo suplico.

Georgina parpadeó lentamente. Intentaba asimilar todo cuanto le decía.

—Eso ahora da igual, Garland. Siempre te he querido... —Georgina sonrió en un último esfuerzo.

Garland sintió un dolor enorme cuando comprendió que Georgina se había ido. Sus dedos se escurrieron entre los suyos, ya sin vida, inertes.

Cuando Crazybit observó el gesto alicaído de Garland, y el gemido que era su respiración, se aproximó a él y apoyó su mano sobre su hombro. No sabía qué decir.

Transcurrió un largo minuto en el que ambos hombres quedaron junto al cadáver de Georgina, Garland absorto en su dolor, Crazybit incapaz de pronunciar una palabra de consuelo. Pero finalmente comprendió que Peyton había huido, y repentinamente vislumbró cuál podría ser su plan, vista la situación actual del *Octaedro*.

—Garland, si no he comprendido mal, estabas explicando que hemos vivido una especie de bucle, que intuyo es lo que Peyton estaba programando frenéticamente hasta que llegaste. Hemos desbaratado su plan... pero... él puede conformarse con lo que tiene perfectamente, con la fortuna y el poder que ya ha acumulado. Tal vez esté echando cuentas y decida que ha llegado el momento de abandonar la partida.

—¿Qué crees que pretende?

Crazybit gruñó y después se explicó.

—Si yo fuera el hijo de perra malnacido de Peyton, huiría a la *Columbus* y regresaría a la nave Delta que ha fletado la BHPbilliton. Desde allí ordenaría disparar los tres misiles termonucleares que porta y mandar este simpático *Octaedro* a tomar viento fresco. Se acabaría la posibilidad de que nadie rehiciera el bucle anulando sus tejemanajes... y ciertamente que el cabrón tiene pasta para vivir como un maharajá hasta el fin de su miserable existencia de gusano.

Garland caviló unos segundos y se puso en pie.

—Tienes razón. No sabía lo de los misiles. Es lo que va a hacer y debo impedirlo.

—Voy contigo...

Garland negó.

—No... tan necesario como impedir ese proyecto es anular el algoritmo de Peyton. Eso te corresponde a ti. Descifraste mi nombre. Solo hay que eliminar las líneas de código que abarcan el sobre azul con la información que contiene...

—Y tu *affaire* con Marina... ¿no es verdad?

Garland asintió con semblante grave.

—Esa fue una jugada de lo más traicionera, —corroboró Crazybit—. Si algún día me casara y mi mujer descubriera que la engaño, intentaré explicarle que un

desgraciado ha alterado mi código fuente a fin de arruinarme la existencia... a ver si funciona.

—Tú sabes octo... ¿no es verdad? Descifraste mi nombre... —Garland ignoró la broma de Crazybit.

—El octo es pan comido para mí... —presumió Crazybit—. Nunca lo quise reconocer, pero es un sistema similar al hexadecimal, pero con base dieciocho, octodecimal... aunque no como el nuestro...

Pero Garland ya no estaba pendiente de la conversación. Había echado a correr y rápidamente las sombras se lo tragaron.

* * *

Crazybit se frotó las manos. Se dirigió a la consola que hasta hacía pocos minutos había estado usando Peyton.

«El octo es pan comido para mí», se remedió a sí mismo según observó la pantalla en la que había trabajado Peyton.

Se le vino el alma a los pies. No solo se trataba de una extensión de texto alienígena extremadamente compleja, sino que existían al menos tres niveles de profundidad. El código era holográfico. Necesitaría tiempo, mucho tiempo, para familiarizarse con el mismo.

¿Qué estaba escribiendo Peyton?, se preguntó intentando descubrir algún género de cursor, algo que indicará qué o dónde estaba manipulando aquel galimatías incomprensible.

—¿Le puedo ayudar en algo?

Una voz inesperada le sorprendió, pero mucho más aún el hecho de levantar la vista y descubrir una figura humana de una túnica blanca resplandeciente. La llevaba ceñida a la cintura por un fajín de siluetas geométricas de brillos plateados y dorados, que se alternaban hipnóticamente. El mismo diseño ribeteaba los remates de la prenda. Se trataba de un hombre anciano de barbas y pelo cano, de piel ajada y tez morena. Le sorprendió tanto que Crazybit, al incorporarse precipitadamente de su asiento, trastabilló y cayó de espaldas al suelo, aparatosamente.

—¿Es usted Dios? —preguntó tan pronto se incorporó sobre los codos.

El anciano sonrió y negó con la cabeza.

—Me siento afortunado. Hubo un instante que pensé que iba a ser fulminado como castigo por mis pecados de juventud, —confesó Crazybit aliviado.

—¿Qué haces? —Inquirió el hombre recién aparecido.

—Intento corregir el mal que ha infligido Peyton Sharrow...

—Destruir su bucle, por tanto —confirmó el anciano.

—Así es —corroboró Crazybit mientras se sentaba de nuevo y se enfrentaba a la maraña de código intentando comprenderla.

El anciano se situó a su espalda y carraspeó ligeramente.

—Debo desbaratar una jugada lujuriosa que insertó el malnacido para joder vilmente la existencia a mi colega. Tengo que arreglar una historia de amor... Ya ve, a mi edad haciendo de Cupido, —explicó Crazybit.

El anciano extendió su mano hacia la pantalla y las líneas de código corrieron velozmente hasta detenerse en varias que brillaban, resaltando unas sobre el resto.

—¿Son esas? A la hoguera con ese sortilegio informático... —Crazybit halló la manera de extraer las líneas del programa de forma intuitiva, tomándolas con la mano y arrojándolas fuera de la pantalla.

—Ahora tenemos que hacer algo con un sobre azul marcado con un octaedro...

De nuevo la pantalla se deshizo en un fulgurante desplazamiento de líneas de código que se detuvieron en un marcador que brillaba notablemente.

—Hemos de proceder con cautela en este punto... —comentó Crazybit pensativo.

—¿A qué se refiere? —preguntó el anciano extrañado.

—Habría que asegurarse de alguna manera que el bucle llega a su fin... no sea que Peyton vuelva a descubrirlo todo y regresemos a las andadas.

—No temas por ello. El *Octaedro* ha cumplido su función. —Crazybit apartó la vista de la pantalla holográfica y miró al anciano, extrañado por su explicación, que el hombre se aprestó a aclarar—. Después de la conversación con su compañero Garland, el *Octaedro* ha cumplido su propósito y tras restaurar el orden en la simulación, el *Octaedro*, la única interfaz diseñada como medio de comunicación entre los programadores y ustedes, será eliminado de su universo. No necesitamos interactuar más y su futuro quedará completamente en sus manos. La disyuntiva actual, para su raza, es que o bien anulamos nosotros el *Octaedro* ahora que ya ha cumplido su función... o bien el individuo que denominan Peyton puede lograr destruir esta interfaz. Creo que intenta comunicar con una nave espacial que porta armas nucleares con el fin de evitar que usted reinicie el bucle de nuevo.

Crazybit bufó.

—¿Es verdad entonces que somos una simulación? A pesar de que estoy alterando este código, una parte de mí lo niega rotundamente. No me lo trago, ¿comprende?

—Así es, no obstante.

—¿Y no puede usted detener a Peyton desde aquí? Borre al elemento Peyton.

El anciano sonrió.

—El programa se ejecuta libremente sin que los creadores podamos intervenir, —explicó con su voz meliflua—. No es factible esa interacción. Curiosamente, por lo que se ha visto, el *Octaedro* sí ofrecía una puerta trasera a los sujetos activos del programa para alterar el código. Son ustedes excesivamente intrépidos y creativos.

—¿Puedo preguntar qué sentido tiene todo esto entonces? ¿Un juego?

—No, más bien un experimento. Uno que nos ha servido para constatar un hecho sorprendente... ustedes, los humanos de este universo, han iniciado la verdadera comprensión de la artificialidad de este universo. Mi raza, una especie igualmente

inteligente, más avanzada que la suya, ha hecho un descubrimiento similar respecto a la naturaleza del universo que habitamos.

Crazybit meneó la cabeza con los ojos entrecerrados. Era como si hubiera bebido un licor de aspecto insulso pero de graduación tan potente como inverosímil.

—¿Ustedes también viven en un Universo que es una simulación informática?!

—Efectivamente —respondió el anciano con parsimonia.

—Flipante —sentenció Crazybit, y soltó un largo silbido que murió con una nota grave.

Ambos quedaron en silencio unos instantes.

—¿Han llegado a conocer a sus creadores? ¿Establecido contacto con ellos a través de un *Octaedro* como este tal vez? ¿Para qué tanta simulación?

El anciano negó con la cabeza.

—Nuestro propósito como entes creados resulta por completo desconocido. No hay conclusión posible y de momento cada individuo ha de buscar la mejor respuesta que le satisfaga personalmente.

Crazybit soltó una carcajada.

—¡Filosofía! —exclamó—. Me río porque esa es una cuestión que también nos abarca a nosotros.

—Tiene usted un curioso sentido del humor —comentó el anciano.

—Y eso que no me conoce bien —apuntó Crazybit—. En cualquier caso me gustaría resolver este desagradable asunto de Peyton. En particular pienso en esa memorable noche en la que él decidió tomar el control del mundo para su provecho y procurarle un duro castigo, un correctivo... ¿Me entiende? —Crazybit miró fijamente a través del cristal de la escafandra al anciano. Diría que sus ojos brillaron con cierta complicidad—. Después de las putadas que nos ha hecho habría que pasarle la factura al fulano. No sé, algo que lo aparte de la carrera espacial, que lo hunda en un abismo de preocupaciones y sacrificios, algo que lo reviente, que le lleve al punto de ignorar si es de día o de noche y que haga que sus entrañas crujan de angustia las veinticuatro horas del día...

El anciano se había situado frente a Crazybit y ahora lo miraba con aire severo, el ceño fruncido, los labios prietos... aunque esos ojos...

—Oh, déjeme que me explique —rogó Crazybit con expresión traviesa.

Capítulo 53

Peyton había llegado casi sin resuello a la *Columbus*. Ignoraba si Garland le perseguía o no, pero prefería presumir que así era. Había consumido mucho más oxígeno del que debería y se encontraba en niveles de reserva. Afortunadamente en la *Columbus* disponía de aire más que suficiente. Se quitó la escafandra, que dejó en el asiento del copiloto.

Aunque no todo estaba saliendo según el plan preestablecido, no le costaba demasiado adaptarse a las circunstancias y prescindir de un nuevo bucle que propiciara mayores cotas de poder y riqueza. Se conformaría con su ingente fortuna. La sombra de su poder abarcaba el orbe entero y su influencia era sentida en los gobiernos más poderosos. Tenía una vida por delante para desplegar sus deseos y ambiciones. Ahora debía destruir el *Octaedro*. Nadie más debería ser capaz de usar su poder, de reiniciar un nuevo bucle que pudiera anular todo cuanto ya era y poseía. El sacrificio había merecido la pena.

Llevó a cabo una revisión rutinaria previa al inicio del vuelo, y una vez verificó que todos los sistemas indicaban con luz verde que estaban correctamente operativos, procedió al encendido de motores del *Columbus*. Al producirse la ignición Peyton notó la vibración leve que recorría toda la nave.

—Peyton, detente...

La voz de Garland.

Peyton maldijo. No se había equivocado al sospechar que lo perseguiría. Pero Garland había sido un estúpido por no haberlo detenido cuando pudo. Ahora ya iba a ser demasiado tarde para él. Iba a desplegar la baza ganadora.

La *Columbus* inició el despegue. Peyton hizo girar la nave, que cabeceó ligeramente, buscando la enorme salida del hangar. El espacio exterior, negro como el azabache, aguardaba impertérrito a que abandonara aquel lugar enigmático e incomprensible.

Lo vio. Una figura blancuzca, lejana, que corría inútilmente hacia él, intentando detenerle. Sintió pena. Iba a morir, junto con todos los que quedaran en el *Octaedro*. Así debía ser. Nadie debía saber qué había sucedido allí. No debían divulgarse los misterios del artefacto. En la Tierra se ocuparía conveniente de las personas que pudieran sospechar siquiera de la existencia de aquel objeto sideral.

La *Columbus* fue ganando velocidad progresivamente. La silueta de Garland quedó atrás, pequeña, impotente, como una hormiga que no puede evitar ser pisada por la suela del zapato de un ser infinitamente más poderoso.

—Solicito contacto con la *Walkiria*. ¿Me oyen?

Repitió varias veces la solicitud hasta que al final logró el contacto que tanto ansiaba con la nave modelo Delta fletada por la BHPbilliton, una de sus

adquisiciones más notables, que les había estado siguiendo en los últimos meses en su travesía al *Octaedro*.

—Aquí la *Walkiria*. Identifíquese.

—Peyton Sharrow. Me hallo a bordo de la *Columbus*. Quiero poner en práctica el protocolo B. ¿Me ha entendido?

Un largo silencio.

—Debe confirmarme entonces la secuencia del cifrado.

—Por supuesto. Tome nota. Oscar, Charlie, Tango, Oscar.

—Verificado.

—Asígneme un vector de aproximación, quiero salir de aquí cuanto antes.

—Un momento por favor...

Hubo un largo silencio radiofónico.

—Señor...

—¿Sí? ¿Qué sucede?

—Tal vez debería estar informado previamente de lo que ha sucedido en la Tierra...

—¿Qué diantres ha sucedido en la Tierra?

La voz dubitativa del oficial con el que hablaba le enervaba. ¿Por qué no obedecía sin más?

—Ha estallado una conflagración nuclear. Ha habido intercambio de disparos de misiles nucleares entre China y Estados Unidos... Hemos perdido contacto con la base desde hace varias horas...

Peyton se quedó conmocionado. Un conflicto nuclear... ¿cómo podría afectar eso a sus planes? ¿Qué países habrían quedado arrasados? ¿Sus empresas? ¿Su emporio estaría destruido total o parcialmente?

«Maldición». Peyton sintió como la tensión arterial aumentaba. La orden de destrucción del *Octaedro* se presentaba ahora como una fatalidad. No podría establecer los daños con tanta precipitación. Era necesario contactar con la Tierra. Si la situación era catastrófica tendría que intentar regresar al *Octaedro*, y tal vez con refuerzos, conseguir un nuevo bucle que evitara tamaño desastre. Su cabeza razonaba a toda velocidad, pero las conjeturas abarcaban tantas posibilidades que se sentía desbordado. No podía establecer ninguna conclusión con claridad.

Peyton gritó lleno de furia.

Regresar al *Octaedro* también significaba poner en juego todo lo que había conseguido hasta la fecha. Si Garland se hacía con el control anularía las modificaciones de su bucle. Todo estaría irremediadamente perdido entonces. No.

Un pitido advirtió que la ubicación de la *Valkiria* figuraba en su radar. Activó el piloto automático para encaminar a la *Columbus* directamente a su encuentro.

Necesitaba tiempo, pero carecía de él.

—Aguarde aún un poco. Quiero considerar el lanzamiento de los misiles... No hagan nada todavía.

Pero la voz de Peyton sonó distraída en sus últimas palabras. ¿Qué era aquel punto luminoso que mostraba el radar y que se movía justo detrás de la Columbus? El radar la identificaba como otra nave de amortizaje. Era descabellado... pero no imposible. Garland habría tomado la *Fram* y se dirigía hacia él. Peyton recordó que había varios módulos de amortizaje en el interior del *Octaedro*. Había dado por hecho que ya no estarían operativos, una presunción errónea. Y ¿qué pretendía Garland ahora? Odiaba cuando alguien no sabía darse cuenta de que había perdido la partida.

Una idea cruzó por su mente, pero le pareció demasiado estúpida para que pudiera ser cierta. Garland no está tan loco, pensó.

—Aquí Peyton... ¿Garland? ¿Me escuchas?

Insistió varias veces. El sistema de comunicaciones indicaba que la línea estaba abierta. ¿Por qué diablos no respondía?

La *Fram* seguía aproximándose. Peyton empezó a considerar desactivar el piloto automático, pero la aproximación manual para abordar la Valkiria resultaría complicada. Por otro lado, ¿cómo iba a abordarla si Garland le acosaba con su nave?

—Garland, podemos negociar. Si quieres te puedo dar tiempo... para que saques a Crazybit y Georgina del *Octaedro*...

—Georgina ha muerto.

La voz de Garland sonó glacial, pero también firme, decidida.

Peyton suspiró antes de hablar.

—¿Qué pretendes? No tienes ninguna posibilidad...

—El que no tiene ninguna posibilidad eres tú, Peyton. Más vale que no destruyas el *Octaedro*.

Un tono seguro y amenazador. ¿Qué pretende?

—¿Por qué no debo hacerlo? —Peyton formuló la pregunta con temor. Se aferró a los mandos, la *Fram* se aproximaba rápidamente. Debería desactivar el piloto automático y eludir el abordaje de la nave de Garland.

—Porque vas a morir.

—No puedes matarme. Careces de armamento...

—Yo soy mi propia arma, Peyton. Te aseguro que ninguno de los dos va a salir vivo de esta.

Peyton maldijo y tomó definitivamente el control de la nave. Era eso. Garland se dirigía hacia él como un misil. «Ya no tiene nada que perder... es un loco temerario. Debía evitarlo. Si lo golpeaba a esa velocidad...».

Comprendió que debía ponerse el traje espacial al completo. Si había cualquier fuga...

Maniobró bruscamente, encendiendo motores y alejándose de su trayectoria al encuentro de la Valkiria.

—Detente... aún tienes una vida por delante. No la desperdicies así. Puedes regresar a la Tierra conmigo...

La *Fram* estaba corrigiendo su rumbo también. Peyton aceleró al máximo. En pocos segundos sabría si la embestida de Garland habría sido fallida o no.

—Garland detente o... destruiré el *Octaedro*... y debes saber que en la Tierra ha estallado un conflicto nuclear...

Peyton se puso la escafandra. Comprobó que el nivel de oxígeno era mínimo. Agitado, volvió a manipular los mandos. La consola pitaba intermitentemente.

—Garland detente... Voy a ordenar que disparen los misiles... Valkiria... ¿me oyen?

—Sí señor.

—¡Lanzamiento! ¡Lanzamiento!

Un golpe terrible lo zarandeó entonces. Los arneses le oprimieron el pecho. La cabina empezó a rotar caóticamente. Las estrellas se movían a una velocidad de vértigo. Peyton intentó controlar la *Columbus*, pero todo el panel de mandos estaba salpicado por señales parpadeantes y rojas de alerta. El audio del traje recibía un mensaje insistente de fuego. Comprendió que la propia cabina estaba ardiendo. Reconoció su propia sombra, danzando al capricho de las llamas que revoloteaban ingravidas, justo detrás de él.

De pronto, una súbita sacudida arrojó una nube de fuego que lo envolvió por completo.

Capítulo 54

Garland sentía que el pecho le iba a estallar. Pilotaba la *Fram* temerariamente. Un pensamiento ocupaba por completo su mente. No permitiría que Peyton escapara con vida del *Octaedro*. Era la única manera de impedir que culminara la destrucción del artefacto. Crazybit debía procurar el inicio de un nuevo bucle en el que se borrarán todas y cada una de las anotaciones que Peyton se había dejado a sí mismo. Debía eliminar los errores que habían malogrado su vida y la de Georgina, además de destruir la de Marina. Y para conseguirlo Garland debía asegurarse tiempo. Debía impedir a toda costa que Peyton destruyera el *Octaedro*. Y Garland conocía bien a Peyton, y sabía que solo ordenaría la destrucción del *Octaedro* cuando se viera por completo seguro, a bordo de la Valkiria, la astronave de BHPbilliton que había acudido a su rescate.

«Georgina», pensó embargado por la emoción.

Se había jurado que no le pasaría nada malo y... Ahora no solo tenía ocasión de evitar su muerte, sino de que ambos pudieran contar una nueva oportunidad de rehacer sus vidas y su amor, a salvo de las maquinaciones de aquel hombre perdido por la codicia que los había elegido como víctimas propiciatorias.

La *Columbus* se agrandaba por momentos, conforme se acercaba velozmente a ella. Ignoraba los mensajes de Peyton, que gritaba por la radio pidiendo explicaciones. No quería dejar que adivinara su jugada hasta que fuera demasiado tarde. Faltaba poco ya. Peyton aún no había desactivado el piloto automático. Confiaba en que todos estimaban en tanto su vida como él mismo hacía. No comprendía lo que estaba a punto de hacer por amor. Pronto, si quería evitar lo que se proponía, no tendría tiempo suficiente para cambiar la inercia de la *Columbus*. Sería una presa fácil.

Se precipitaba en un claro rumbo de colisión.

Moriría.

Sí, sin duda, al igual que Peyton. Nadie sobreviviría a un choque colosal.

Abrió las espitas de oxígeno de la nave. Quería que el accidente provocara una gran explosión que afectara ineludiblemente a la nave de Peyton y la destruyera igualmente. El oxígeno en abundancia garantizaría una soberbia combustión.

Peyton iniciaba una maniobra de evasión... pero ya era demasiado tarde. Los propulsores traseros de la *Columbus* brillaban con más intensidad. Su primer error. Eso no iba a cambiar su trayectoria, si acaso acelerarla, pero seguía siendo una presa fácil porque la *Fram* se aproximaba siguiendo su estela.

Ahora encendía los laterales, con el ánimo de esquivar su encuentro, pero la escasa potencia de esos propulsores apenas serviría para compensar la fuerte inercia generada por los propulsores de cola, los más poderosos. Sí, Peyton se daba cuenta, seguramente horrorizado, que no había logrado alterar apenas la trayectoria del

Columbus. Él, Garland, era el piloto y había dedicado infinidad de horas a los simuladores. Peyton era capaz de gobernar una nave de amartizaje, sí, pero carecía del dominio excepcional requerido para el duelo que tenía lugar en las cercanías del *Octaedro*.

Después de arduos esfuerzos Peyton había logrado sacar a duras penas a la *Columbus* de su trayectoria rumbo a la Valkiria, pero había sido un trabajo inútil. Garland apagó los motores de cola. La *Fram* era un verdadero misil en términos de velocidad relativa respecto a la *Columbus*. Ahora con los laterales iba ajustando su posición milimétricamente, manteniendo siempre la trayectoria de interceptación perfectamente ajustada... Todo estaba hecho.

«Georgina... lo hago por ti. Pase lo que pase, siempre te llevaré en mi corazón».

Tres,

dos,

uno...

impacto.

Epílogo

Garland experimentaba una rara sensación de ligereza. Parecía que el Universo conspiraba para que se sintiera feliz. Aparcó el Camaro y se deleitó durante un par de minutos en la contemplación del atardecer. La alfombra de luminarias de Santa Mónica se extendía a sus pies hasta fundirse en un mismo azul, océano y horizonte. Las nubes, en lontananza, se teñían de rojos y naranjas en una combinación de degradados que sería la envidia del pintor más avezado. En el cénit brillaban las primeras estrellas, destacando entre todas ellas la que en su día encarnaba a la diosa Venus. Garland buscó instintivamente un punto ligeramente rojizo que no le costó encontrar. Últimamente lo observaba con frecuencia. «Marte, pronto nos veremos las caras tú y yo», pensó divertido.

Se metió las manos en los bolsillos e inició el cómodo descenso por la sinuosa carretera camino de la fiesta que tenía lugar en la mansión de Peyton. Observó que en uno de los numerosos vehículos que ocupaban los arcenes, había un ocupante, que se aprestó a descender conforme Garland pasaba a su lado.

—Perdone, usted va a la fiesta de un tal Peyton... Sharrow.

Se trataba de un joven de aspecto nervioso pero sonrisa fácil. Ojos claros, mirada inteligente. Garland notó una extraña familiaridad, pero se sintió incapaz de determinar el origen de la misma.

—Sí, hacia allí me dirijo, —le confirmó.

—Le acompaño, si no le importa.

Garland hizo un gesto de consentimiento y caminaron en silencio, cuesta abajo.

—¿Nos conocemos de algo? —preguntó finalmente Garland que sentía una extraña afinidad con el joven.

—Por supuesto, aunque tal vez tarde en recordar. Se trata de un raro capítulo que tuvo lugar en su vida en un tiempo lejano...

Garland suspiró y enarcó las cejas. Así que el joven estaba haciéndose el interesante. Podría tratarse de alguno de sus alumnos de Universidad. Había impartido varios cursos que dispensaban algunos créditos en varias universidades del país, cuando los entrenamientos de la NASA y la investigación se lo habían permitido. Tal vez su relación tuviera que ver con su faceta de escritor de ciencia ficción... pero lo descartó. No le sonaba la cara como alguno de los subordinados de ninguno de sus editores.

Estaba a punto de preguntar por su nombre pero el joven le sorprendió con una cuestión.

—Perdone caballero, ¿pero sabe si habrá tías «buenorras» en la fiesta? Sería un desperdicio si una noche tan espléndida como esta uno la malgasta en un muermo de tres al cuarto.

Garland soltó una carcajada y se detuvo en su caminar a fin de observar con mayor detenimiento al jovencuelo. Demasiado confianzudo y ordinario. A Peyton le gustaba codearse con *la crème de la crème*. ¿Sería el *enfant terrible* de algún famoso magnate?

Desde luego vestía como un modelo. Ropa de marca, un traje hecho a medida. Tenía buena percha el muchacho, como recién salido de Harvard, pero con el desparpajo de un truhán de los barrios más sórdidos de San Francisco.

—Me imagino que habrá algunas invitadas solteras, —comentó Garland con una sonrisa cómplice y en un tono más educado.

Estaban llegando a la espléndida entrada de la mansión de Peyton. Una azafata, acompañada de dos personas de seguridad, verificaba el acceso de los invitados. Una pareja de chicas que lucían trajes de noche ceñidos y de apariencia muy atractiva, comprobaban junto a ellos que se encontraban en la lista de invitados.

—Si me disculpa, debo acometer una tarea a vida o muerte...

Y el joven se coló a otras parejas de invitados, que llegaban en ese momento al atrio, y se sumó descaradamente a la pareja de chicas. Garland se limitó a observar, unos metros por detrás, la escena que tenía lugar ante sí, y pudo verificar sin demasiado asombro, que su acompañante enseguida se ganaba la confianza de la pareja de jovencitas, haciéndolas reír... y de paso se colaba a la larga lista de invitados, introduciéndose con ellas en el amplio jardín de la mansión.

Garland se limitó a esperar su turno pacientemente, y cuando le tocó, pasó, junto con otros invitados, por un pasillo de setos recortados que antecedía al jardín donde se desarrollaba el evento. La música de una orquesta que interpretaba temas de música *soul* llegaba prometedoramente hasta sus oídos, confiriendo a la tibia atmósfera del atardecer del apacible bienestar que procura la despreocupación.

Accedió al interior de la vivienda, vagando sin prisas en busca de conocidos. Hombres con smoking o traje, como el mismo, alternaban con mujeres de vestidos de noche, en las que era habitual la ostentación de oro y diamantes. Incluso Garland, un habitual de aquella mansión, se sintió ligeramente desplazado. El gobernador de California y una nutrida representación de senadores de Washington se hallaban entre los presentes. No había duda que Peyton sabía relacionarse. No solo la familia, una de las más acaudaladas de California, le había abierto muchas puertas, sino que su reciente incorporación al equipo de la *Trinity* le había brindado un punto adicional de popularidad que le había granjeado la simpatía del público y la envidia de no pocos políticos. También había representantes de negocios, jóvenes y adinerados empresarios del Silicon Valley, así como lo más selectos cargos de diversas universidades del Estado. Una mezcla de dinero, poder y política con la que Peyton parecía tener un don natural para congeniar.

Por fin una cara conocida, Tobías, siempre erguido y recto como si le sujetaran la espalda con el palo de una escoba. Honesto e ingenuo, un excelente amigo de Garland en el que siempre se podía confiar. Garland se aproximó por su espalda y le

saludó con una palmada en el hombro al que siguió un efusivo apretón de manos. Tobías le sonrió, sorprendido, aunque había un rictus en su expresión que denotaba una leve incomodidad.

Garland atrapó una copa de un espumoso, a juzgar por su aspecto, champán, que un camarero que paseaba entre los invitados iba ofreciendo con ademanes elegantes.

—¿Qué sucede? —preguntó antes de deleitarse con un corto sorbo de la copa.

Tobías bufó.

—Un tipo, un tío raro. Peyton debería mirar un poco mejor a quién mete en su casa. Hay gente importante aquí...

Garland se fijó mejor en la expresión seria de Tobías. Aguardó a que se explicara. A veces era demasiado reservado. Había que darle tiempo para que se explayara. No solía dar fruto el impacientarse con él haciendo preguntas insistentes porque tendía a enrocarse.

—Sí, un fulano, un jovenzuelo imberbe, se me acerca todo serio y me explota en la cara con una sandez...

Garland enarcó las cejas. ¿Una sandez? ¿Qué quería decir con eso? Aguardó. Tobías que veía que Garland se limitaba a esperar ulteriores explicaciones, se decidió a aclarársela. Deseaba desahogarse.

—Cacaculopedopis.

Garland soltó una carcajada.

—¿Cómo?

—Sí, lo que oyes. Un loco... anda por ahí diciendo eso, al menos a mí me lo dijo. Imagínate que se acerca a uno de estos gerifaltes y va soltando lo primero que se le pasa por la cabeza, —se quejó Tobías—. No sé qué es lo que ha fumado ese tipo, pero para mí que está completamente colocado.

Tobías recorrió con la mirada el recinto ajardinado y por fin detuvo la mirada en un grupo de mujeres que parecían reírse en compañía de un hombre.

—Sí, mira... allí está el fulano... Crazy no se qué. Su mismo nombre ya es un indicio de que no está bien de la azotea.

De pronto una sensación de *deja vu* sobrecogió a Garland. Ese nombre resonó con fuerza en su memoria, como si hubiera vibrado un aldabonazo con un volumen inesperado a su espalda y se hubiera llevado un susto de muerte. Su expresión relajada demudó en otra de sorpresa. Tobías se apercibió del cambio.

—¿Lo conoces?

—Me ha venido a la memoria el fogonazo de un recuerdo asociado a un nombre similar... pero se trataba de un hombre mucho mayor que tú o que yo, según creo recordar. En absoluto de un jovenzuelo... quiero decir, que es algo definitivamente imposible...

Garland echó un largo trago de su copa, hasta vaciarla. La idea que estaba cruzando por su mente en aquel preciso momento era un auténtico disparate. Un recuerdo de sucesos imposibles había surgido con una nitidez meridiana, pero se

trataba de hechos que, claramente, nunca habían sucedido. Garland suspiró. Era como si hubiera sentido una premonición de algo terrible que podría suceder en el futuro. Una locura. La conmoción pasó y el efecto del champán no tardó en llegar. Además, acababa de ver llegar a Georgina y la cálida sonrisa que le dirigió despejó todos los nubarrones de su humor.

Tardó unos minutos en llegar hasta ellos. Parecía que a cada paso que daba surgían nuevos conocidos que la agasajaban. Garland la contempló con deleite. Estaba hermosísima. De pronto Crazybit, el nombre surgió con fuerza y claridad en su mente, la abordó. La saludó con efusividad y habló con ella brevemente, haciéndola reír. Garland volvió a sentir una tensión desconocida. Todo lo que rodeaba a aquel joven lo inquietaba enormemente, pero no lograba identificar el problema.

Georgina por fin llegó hasta ellos. Saludó a Tobías con un beso en la mejilla, y a Garland con un cálido y un largo beso en los labios.

Hablaron sobre cuestiones intrascendentes de la fiesta, pero Garland ardía en deseos de formular una pregunta. Aprovechó un momento en el que Tobías se distraía hablando con un tercero para inquirir por lo que el joven rubio le había dicho a Georgina minutos antes.

—No sé si debería responder a tu pregunta, —comentó Georgina divertida, con mirada de complicidad, que hizo que la intriga que sentía Garland se incrementara exponencialmente. Georgina, que sintió el rubor que se apoderaba de su pareja, se rio con ganas.

—No has de temer que me haya piropeado a mí... —confesó finalmente—, más bien ha sido de ti de quien ha hablado.

—¿De mí?

Georgina asintió con una risa triunfal.

—Me ha dicho que si te dejas escapar seré la mujer más estúpida del mundo y que en su vida había visto un amor tan románticamente abnegado como el que tú sientes por mí.

Garland soltó el aire de sus pulmones con fuerza. Era como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago y se hubiera quedado sin respiración.

Pero antes de que pudiera preguntar nada, tanto Tobías como Georgina le conminaron a callar. Peyton, subido a un estrado, en medio del jardín, rogaba al público que le prestara atención. Junto a él había subido Marina, hermosa y esbelta, formaban una pareja sin par. Ambos parecían sentirse como pez en el agua captando la atención de todos los allí congregados. Ese tipo de protagonismo no iba con la personalidad de Garland, pero reconocía que su amigo tenía talento para aquello, y tan pronto organizaba actos benéficos como el presente, como contribuía con eventos similares a lograr fondos privados de fundaciones que patrocinaran programas de investigación universitarios. Siempre se lo decía, «Peyton, eres un artista».

Peyton inició su discurso.

—Estimados amigos. Es para mí y para Marina una gran satisfacción contar con vuestra presencia y apoyo. Agradezco vuestra generosidad, inestimable, que contribuye en mucho a que el día de hoy esté cargado de alegría. Poderlo compartir con todos ustedes es algo que me hace profundamente feliz.

Una salva de aplausos obligó a hacer una pausa al ponente, que expresaba con una franca sonrisa que la satisfacción a la que aludía era auténtica. Su mujer se acercó a él y Peyton la estrechó por la cintura. Iba a proseguir su discurso... Fue entonces cuando Garland sintió un codazo en sus costillas. Cuando se volvió, molesto, descubrió de nuevo al joven Crazybit, junto a él, que le guiñaba un ojo, con un aire divertido y travieso que dejó a Garland sin saber qué decir. «Ahora viene lo bueno», le dijo al oído Crazybit antes de esfumarse de nuevo. Garland soltó un taco por lo bajo e iba a reconvenir con severidad a Crazybit, pero Georgina, que se encontraba en su otro costado, le requirió para que callase y no se moviese de su vera.

—Amigos míos, vuestra presencia en esta fiesta tiene un cariz benéfico y las aportaciones que se han realizado a la campaña en pro de niños huérfanos que ha organizado mi mujer es encomiable. Pero no solo quiero agradecer desde mi corazón vuestra generosidad. Hay algo más. Una intensa felicidad que quiero compartir. —Garland, al igual que el resto de los convidados, pudo reconocer en el brillo de los ojos de su amigo que este se hallaba visiblemente emocionado. Su voz tembló ligeramente cuando retomó la palabra—. Es un placer para mí comunicaros que Marina y yo vamos a ser padres en un plazo de no muchos meses. —Una amplísima sonrisa coronó el anuncio—. Este motivo de celebración de Marina y mío queremos extenderlo a todos los presentes.

Una nueva salva de aplausos y vítores interrumpió las palabras del anfitrión, que se vio obligado a besar efusivamente a su mujer y después a realizar un brindis público que todo el mundo secundó.

—Sí... creo que esto va a replantear mi viaje al planeta rojo... —confesó entre risas y aplausos al ser interpelado por el público.

Garland no entendía muy bien por qué se sentía tan absolutamente confundido, pero intuía que ese joven, Crazybit, tenía mucho que ver en la inquietud que experimentaba. Por supuesto que sentía una honda alegría por la felicidad de Peyton... pero ese nombre, Crazybit... Quería formularle un par de preguntas, pero el joven se reía y bebía champán como si la vida le fuera en ello.

Crazybit, ¿quién era? No lograba identificarlo. Observaba sus ojos claros, su cabellera rubia... De pronto el recuerdo de alguien mucho mayor cuadró inesperadamente en sus rasgos juveniles. Era como si conociera al padre... debía ser eso.

Pero aún así, una idea descabellada taladraba su mente sin descanso. No se la podía quitar de la cabeza.

De improviso, Crazybit se plantó a su lado, y le pasó el brazo por el hombro, como si fueran camaradas de toda la vida.

—Gar... —le susurró Crazybit mientras le dirigía una mirada de conspiración, y continuó hablando antes de que este pudiera formular una pregunta coherente—, he de confesarte que he hecho una pequeña travesura. No es del calibre de la que en su día hizo Peyton pero... servirá para que nos resuelva la vida.

Garland le miró con el ceño fruncido. ¿De qué diantres hablaba aquel pirado?

Entonces, inesperadamente, Crazybit abrió ligeramente la chaqueta y extrajo parcialmente, para que solo él lo viera, un sobre azul que estaba guardado en un bolsillo interior. Garland observó brevemente el emblema de un *Octaedro* plateado sobre su superficie.

Entonces, con un chispazo eléctrico que lo conmocionó, recordó todo.

Post-Epílogo

A varios miles de kilómetros de distancia de la costa Oeste norteamericana, en las estribaciones de la isla de Guam, sumergiéndose a casi once kilómetros de profundidad, el batiscafo *Deepblue* transporta a un único pasajero, un oficial del ejército que, agobiado por la presión, la profundidad alcanzada y por la estrechez del habitáculo en el que viaja, siente la punzada de la claustrofobia.

Su tripulante ha tenido tiempo para reflexionar mientras el sumergible, hora tras hora, se ha ido hundiendo en las frías y oscuras aguas del Océano Pacífico. No ha sido fácil llegar hasta allí, se dice. Intenta tranquilizar su atribulado espíritu mientras la embarcación cruje con quejidos metálicos estremecedores. Da la impresión que el artefacto puede implosionar en cualquier momento.

—Teniente Martin... sus constantes vitales están disparadas. Haga un esfuerzo por serenarse.

La voz de la radio crepita, pero el mensaje del suboficial de comunicaciones es comprensible. Lionel Martin escupe una maldición y responde con escaso sentido del humor. El suboficial calla al otro lado de la línea, aunque está a punto de responder la impertinencia del teniente.

El tripulante del batiscafo recapitula intentando concentrarse, siguiendo la recomendación de los psicólogos que le han ayudado a prepararse para la inmersión.

Todo empezó tres años atrás, cuando desempeñaba un cargo menor de jefe de una de las estaciones de radares de la zona oeste de Estados Unidos. Una noche, siendo él el oficial de guardia, sucedió algo absolutamente inverosímil. Una potente señal radioeléctrica cruzó el firmamento norteamericano a una velocidad de varios miles de millas por hora. Todo apuntaba a que se trataba de un meteorito, que según los satélites militares, se estrelló cerca de la isla de Guam. Varias grabaciones accidentales de buques mercantes sirvieron para triangular la situación exacta del impacto sobre el mar.

El incidente no despertó mayor interés en el Alto Mando, y aunque hubo cierto revuelo científico, el asunto quedó olvidado en poco tiempo.

No sería así para el teniente del Ejército del Aire de los Estados Unidos, Lionel Martin. Un extraño y poderoso presentimiento cobró fuerza en su ánimo. La intensa sensación de que su destino personal estaba ligado al descubrimiento de lo que ese objeto representaba, se materializó en su imaginación. Solo él asociaba la poderosa perturbación electromagnética con la llegada del objeto extraterrestre. La vinculación era nítida en su razonamiento. No era, ni mucho menos, un objeto natural, sino uno de índole artificial. Su intuición le decía, le aseguraba, con una fe capaz de mover montañas, que se trataba... de un artefacto procedente de una civilización alienígena.

La idea le obsesionó, tanto, que fue capaz de movilizar la pétrea burocracia militar para, uno a uno, convencer a cuantos oficiales y generales le salieron al paso, y articular recursos y materiales ingentes a fin de llevar a cabo la portentosa tarea del rescate del meteorito sumergido. No solo debía llevarse a cabo empleando los medios que el asunto requería, sino que además la operación, dado lo que había en juego, debía desarrollarse con el más hermético secreto. Lionel Martin presentía que la Humanidad se aproximaba a un descubrimiento trascendental que muy probablemente debiera administrarse con suma prudencia.

Tal fue el fervor y convencimiento con el que Lionel exponía su proyecto, trazaba en sus diagramas la trayectoria del meteoro y la asociaba a la perturbación radioeléctrica que había registrado, que los muros del escepticismo de las fuerzas armadas norteamericanas fueron cayendo uno a uno, así, hasta llegar al culmen de su carrera y exponer al propio presidente de la nación su plan de rescate.

Lo había conseguido. El Estado Mayor en pleno, contagiado de su fervoroso entusiasmo, logró finalmente que la Casa Blanca no reparara en gastos. Se debió de construir un carísimo batiscafo, con capacidad de rescatar un objeto que pudiera alcanzar hasta una tonelada de peso, del fondo de las más abisales profundidades del planeta, las Fosas Marianas, donde el dichoso artefacto había tenido la desgracia de precipitarse.

A Lionel Martin no le hizo tanta gracia tener que presentarse como voluntario para la inmersión, pero comprendió que si no lo hacía, podría suceder que la gloria de un triunfo semejante le fuera arrebatada por un insípido oficial de la marina que fuera asignado aleatoriamente para desempeñar tamaña misión.

Hubo de someterse a un largo periodo de preparación. El mar no era su medio predilecto, y mucho menos aún la inmersión a semejantes profundidades. Desde el principio se evidenció un grave problema de claustrofobia, al que el teniente se enfrentó con un tesón que fue la admiración del gabinete psicológico que trató su dolencia. A menudo, en las sesiones de preparación, sufría graves crisis. Arritmias, espectaculares ataques de histeria, incómodos problemas de tics en los párpados, así como palpitaciones y sudores fríos, que aprendió a sobrellevar sin medicación, como requería el perfil del candidato, ejerciendo, en apariencia, un soberbio autodomínio de sus miedos, que si bien no convencieron a todos los profesionales que supervisaban sus aptitudes, al menos no se hallaron con fuerza moral para oponerse a la obstinada voluntad del oficial por llevar a cabo personalmente la tarea propuesta.

* * *

Ahora, a casi diez mil metros de profundidad, escuchando los espantosos quejidos de la lata de metal en la que estaba encerrado, había tenido tiempo más que suficiente de arrepentirse de su decisión, aunque fuera un ejercicio inútil. Cada minuto

comprobaba el tiempo que restaba de inmersión. Si el radar no hallaba nada pronto, se iniciaría la lenta maniobra de izado y abandonaría la negra y opresora profundidad.

Sí, estaba arrepentido de su estúpida premonición.

Nunca más volvería a fiarse de su intuición.

Y entonces... el radar pitó de improviso.

Dentro de la cacofonía de ruidos de la embarcación, la mayoría de los cuales procedían de la constante adaptación de la estructura a la presión de toneladas de agua sobre cada centímetro cuadrado del batiscafo, el pitido sonó como una melodía sinfónica. Lionel se abalanzó sobre el panel del radar. Sudaba copiosamente y las gotas se precipitaron, molestas, sobre la pantalla. No obstante la marca del radar era clara. Debía girar unos pocos grados al este y completar la profundidad de inmersión. Allí delante había un objeto metálico que había devuelto con claridad la señal del radar. Por primera vez el corazón de Lionel latió con un ápice de alegría. La luz de la esperanza iluminaba su interior. Al alcance del brazo robótico del *Deepblue* iba a disponer el destino de una gloria imperecedera que permanecería ligada a su nombre hasta el fin de los tiempos.

Los siguientes quince minutos transcurrieron con celeridad. La concentración con la que acometió ese último esfuerzo barrió las tribulaciones del militar como si jamás hubieran existido. La promesa del éxito le procuró una sonrisa. El batiscafo había alcanzado el fondo marino y sus focos mostraron un cieno pálido y desértico, visible a través de la estrecha claraboya del sumergible. Empujó levemente el joystick de pilotaje hacia delante para impulsar con una breve rotación de las hélices al *Deepblue* en la dirección que le mostraba el radar.

Allí estaba.

Debió respirar hondamente para superar el ahogo de la emoción. Después aulló de sorpresa y contento.

Sí, no se trataba en absoluto de un meteorito o una roca de aspecto convencional.

Las afiladas aristas de un objeto negro como el ébano destacaban sobre la arena oceánica.

Se trataba de un octaedro, no había duda al respecto. Lionel lo inspeccionó con calma moviendo el batiscafo en su derredor a fin de estudiarlo desde distintos ángulos. Parecía una pieza compacta, de naturaleza claramente artificial.

—¿Qué sucede ahí abajo?

Lionel reconoció la voz del capitán de la fragata que monitorizaba sus pasos desde la superficie. El aullido había llamado la atención de la tripulación y la expectación había llevado al capitán, que hasta el momento se había mantenido al margen, a comunicar con él.

—Las imágenes no son muy claras... —comentó el capitán.

Lionel tenía la boca seca.

—Se trata de un objeto artificial. Yo... diría que no es de manufactura humana...

Lionel oyó como en el puente de la fragata la tripulación estallaba en aplausos y exclamaciones.

—Muy bien teniente. —La voz del capitán sonaba distante pero parecía emocionada—. Le pongo en comunicación con la Casa Blanca. El presidente de los Estados Unidos está siguiendo su operación de rescate en directo. Cuéntenos lo que ve.

Los dedos sudorosos de Lionel manipulaban con cuidado los brazos robóticos del batiscafo a fin de hacerse con el objeto. Medía un metro de largo, y daba la impresión de que debía ser extraordinariamente pesado. Uno de los brazos lo movió por debajo del cieno, levantando una gran nube de polvo. Quería sostener el objeto desde abajo.

—Creo que lo he logrado... —comentó después de un largo minuto—. Ahora es necesario que las aguas se aclaren a fin de proseguir con la maniobra sin riesgo de dañar el objeto.

Bien sabía Lionel que de lo que tenía miedo era de dañar el batiscafo, que gemía lastimeramente cada vez que manipulaba los brazos robóticos. Pero la Historia requería un héroe de sangre fría y mente clara que obrara en consecuencia.

—¡Un momento! —exclamó sobresaltado al cabo de un largo minuto de espera—. Hay una inscripción jeroglífica sobre la superficie del objeto.

—Explíquenos lo que ve, hijo. —Era el propio presidente de la nación el que se dirigía a él.

Lionel se frotó los ojos, el sudor le estaba irritando la vista.

—Creo que es indescifrable... ¡no! Distingo algo... es un jeroglífico... parece emitir luz débilmente... ¡no! Es increíble... pone... pone...

—¿Qué es lo que pone, muchacho? ¡Hable! —El presidente se mostraba realmente ansioso.

—¡Mi nombre! —Lionel no daba crédito a lo que estaba viendo. Parpadeó varias veces, pero sí, allí, ese objeto octaédrico de aspecto inhumano mostraba, en una de las caras, con claridad, ahora que el cieno se había aposentado, su propio nombre.

—¿Su nombre? ¿Está bromeando? —El presidente había cambiado claramente el tono de voz, como si alguien le estuviera gastando una broma pesada que no le hacía la más mínima gracia.

—Sí... hay más texto... —Lionel carraspeó. Su voz había perdido el tono emotivo de segundos antes. Ahora vacilaba como la llama de una vela a punto de extinguirse.

—¿Más texto? Dígame lo que pone, muchacho... dígame lo que está escrito en ese maldito trozo de metal de los cojones...

La voz del presidente estaba derivando hacia un estadio de profunda ira, aunque Lionel había dejado de escucharla..., al igual que había dejado de imaginar un sinfín de acontecimientos gloriosos y triunfales que iban aparejados a aquella prometedora misión, la cual había devenido en cruel pesadilla en un giro horrorosamente inesperado.

—Sáquenme de aquí... sáquenme de aquí ¡ya!

Lionel no dejaba de implorar que lo izaran de las profundidades con voz llorosa. El presidente abandonó la comunicación y la voz anodina del suboficial de comunicaciones que le sustituyó intentó calmarlo, mientras le aseguraba tranquilizadamente, que se iniciaba la operación de extracción de inmediato. Reconocía los primeros síntomas evidentes de un grave ataque de claustrofobia y sabía que debía obrar con sangre fría.

Lionel hiperventilaba. Un oficial médico se hizo cargo entonces de la radio, intentando que recobrase el dominio de sí mismo y dejara de gritar como un poseso rabioso. Le inspiraba hablando de espacios abiertos, le sugería que cerrara los ojos e imaginara un bucólico prado verde bajo un cielo azul límpido, y otras consideraciones naturalistas que a Lionel, en ese momento, le parecían auténticas sandeces.

El militar tenía cosas más importantes en las que pensar que nada tenían que ver con su aversión a los espacios pequeños cerrados. Elucubraba, temblando de frustración, en cómo iba a repercutir semejante fracaso en su carrera.

Y es que todo apuntaba que había concluido allí mismo, en el lugar más profundo de la Tierra, junto a un extraño artefacto octaédrico al que había dedicado tres largos años de su vida en encontrar, que se había llevado por delante una ingente cantidad de millones de dólares del presupuesto de la Armada, y que tenía grabada, con una curiosa caligrafía, un mensaje que sin duda iba destinado a él.

«Lionel Martin, eres un capullo».

Índice de contenido

Cubierta

El algoritmo Trinity

Parte 1: LA «TRINITY»

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Parte 2: BEVERLY HILLS

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Parte 3: HOUSTON

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42

Parte 4: EL «OCTAEDRO»

Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54

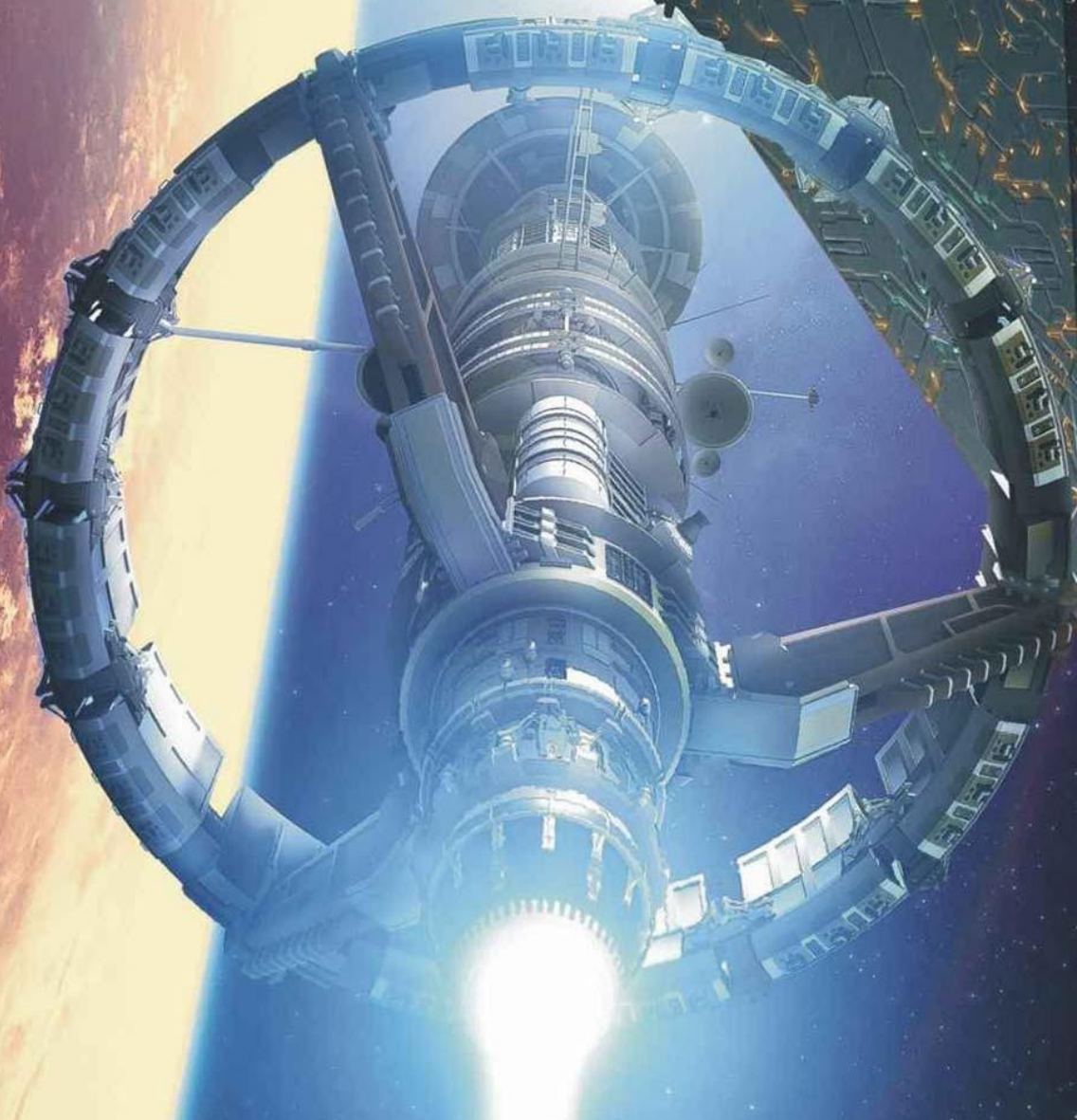
Epílogo

Post-Epílogo

EL

de

ALGORITMO TRINITY



CARTER

DAM

Lectulandia

